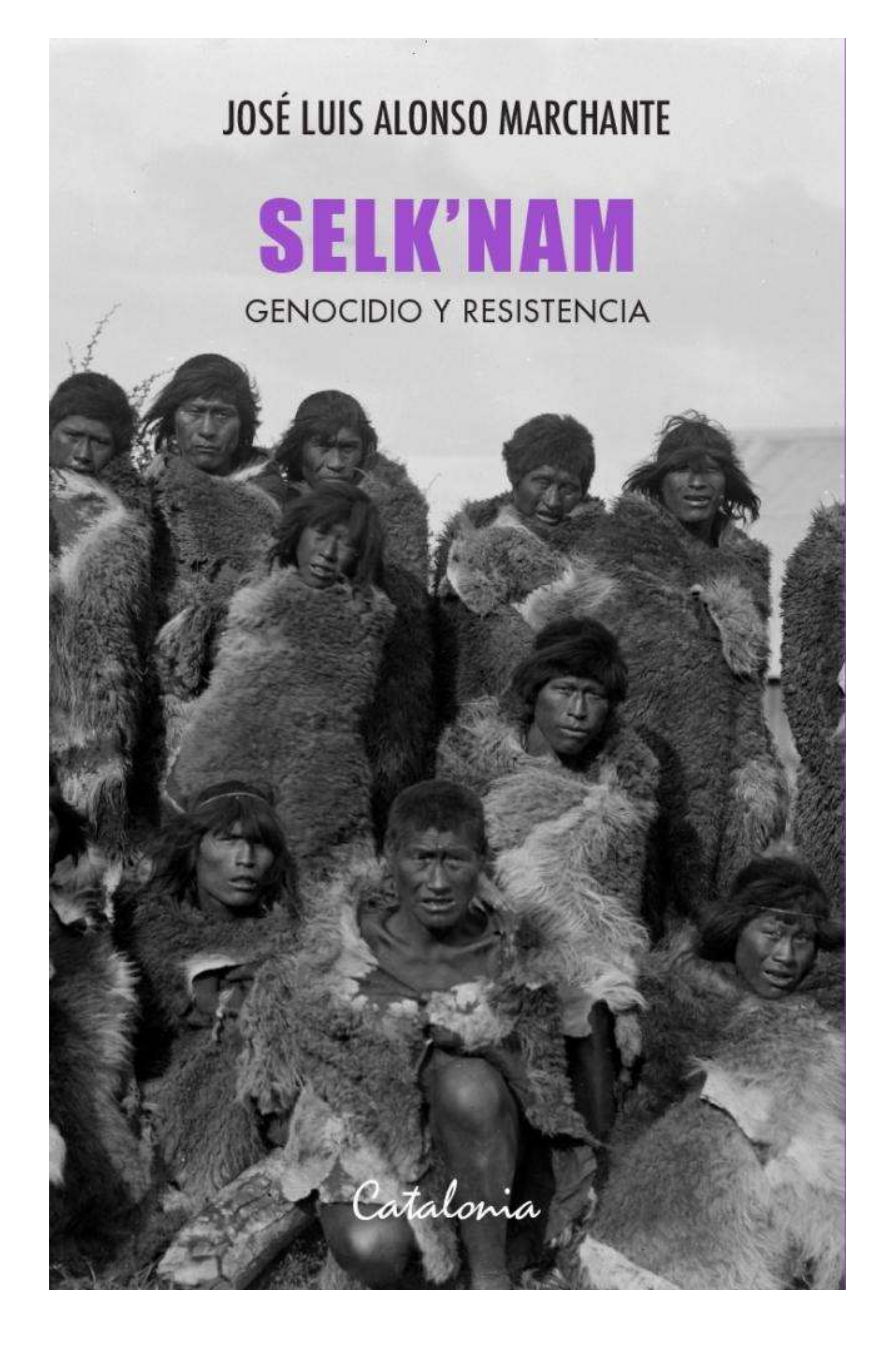


JOSÉ LUIS ALONSO MARCHANTE

SELK'NAM

GENOCIDIO Y RESISTENCIA

Catalonia



JOSÉ LUIS ALONSO MARCHANTE

SELK'NAM

GENOCIDIO Y RESISTENCIA

A Osvaldo Bayer (1927-2018), que nos enseñó tanto.



Mapa de Tierra del Fuego, Instituto Geográfico Argentino, 1885.

PRÓLOGO ENTRE EL ESPANTO Y LA

TERNURA

Un espanto más bárbaro, más bárbaro, más bárbaro, que el hipo de cien perros botados a morir.

Pablo de Rokha

El genocidio es el espanto bárbaro, más bárbaro. Un grupo humano es arrastrado a través de un acabo de mundo por otro grupo humano que se sitúa desde la pretensión de barrer con una existencia despreciada, reemplazándola por la presencia propia, exclusiva, superior, ocupando las tierras de los hombres y las mujeres de quienes se eliminan nombres, se borran huellas, se destruyen vidas. El exterminio planificado, ejecutado a veces por fuerzas estatales y otras por privados, y generalmente en una alianza de poder público, empresarial, religioso y popular, corroe en su despliegue la experiencia histórica de los perseguidos, quebrando la transmisión de la memoria intergeneracional e instalando en los sobrevivientes el miedo y la negación, la subordinación, la impotencia. Sobre los sobrevivientes caen la duda y el desdén, y caen las ruinas de vidas que fueron plenas. El brutal rito de paso por el apocalipsis impone a los hijos e hijas de los sobrevivientes un secreto calladamente orgulloso, muchas veces vergonzante, siempre peligroso por derrotado, y resistente, de alguna manera, entre los pliegues de la memoria. Esperando la ocasión de ser nombrada.

Genocidios tenemos muchos, demasiados, diversos. Ninguno cierra su círculo de espanto sin la Historia. El espanto está satisfecho cuando deja de causar espanto.

Cuando se naturaliza. Y para la naturalización se necesitan hombres armados y periodistas, lo mismo que historiadores y abogados. Sobre las carnes sin tumba se levantan sociedades nuevas, que construyen para sí mismas épicas de progreso y bienestar imposible sin la matanza y las deportaciones, las reducciones o los campos de concentración. Historias coloniales, construidas gracias a la erradicación de un pueblo y al despojo de la tierra de toda memoria socialmente significativa anterior. Ciertos pasados son convertidos en insignificantes, o prehistoria, y lo significante nace del poder creador de los exterminadores, del poder conmemorador que da actualidad a una particular selección del pasado como Historia Nacional. Esa invención de un tiempo homogéneo y continuo sella una lápida historiográfica sobre la heterogeneidad de experiencias en las tierras ocupadas. Pocos ejemplos más actuales que la celebración de

los 500 años del viaje de Hernando de Magallanes como “descubridor” de Chile y Argentina, creaciones bastante más recientes. Para los

pueblos originarios sobrevivientes es la reiteración de la negación de su existencia independiente y de la puesta en valor del hecho colonial.

Desde la década de 1880 los pueblos de la isla Grande de Tierra del Fuego debieron esconder el estigma que eran su pelo y sus ojos, su caminar y comer distinto, su palabra y sus recuerdos de las historias que vivían sus pares que estaban siendo asesinados y deportados. Para los sobrevivientes: no ser más lo que fueron colectivamente, y deber ser, en la soledad, lo más parecidos posible a los que estaban fundando el nuevo mundo. Adaptarse adoptando otro idioma y una religión de subordinación. En este mundo nuevo surgido de la aniquilación del mundo de siempre, llamado Tierra del Fuego argentina y chilena, los sobrevivientes, mujeres y niñas las más, tuvieron que sufrir lo imposible para dejar de ser lo que eran. Y convertirse, entre otras cosas, en chilenas y argentinas.

El deseo de exterminar a un grupo social solo es plenamente comprensible para perpetradores y cómplices. Para los que hemos sido educados en las tradiciones nacional-colonialistas, confinar su memoria a la prehistoria fue natural. La tarea de explicarse la voluntad genocida es interminable, siempre inconclusa, y tiene como necesidad la recuperación de la humanidad, es decir, de la historicidad de las y los deshumanizados. Rompiendo las naturalizaciones y las continuidades impuestas.

Reconociendo los derechos plenos de los sobrevivientes y sus descendientes a su tierra y sus mares, y sobre todo a su historia. A ese combate por la historia se vuelve como se vuelve siempre al amor, como se vuelve siempre al trauma, a lo que pudo y puede ser, que es tan distinto de lo que estuvo siendo y lo que ha sido. Hay allí algo inconmensurable, como el afán de lucro, que juega de motor de la industria de erradicarles la tierra, la historia y la vida a otros pueblos. Así es en el caso del genocidio selk'nam al que vuelve José Luis Alonso Marchante en este, su segundo libro sobre el sur extremo, para profundizar con la indignación y la ternura en la trayectoria de las muertes y en los baldíos de la sobrevida. Porque en estos reaparecen también otras tramas: solidaridades calladas, lazos murmurados, gestos de complicidad o alguna piedad.

No la misericordia, tan proclamada por adoctrinadores y guardas del mal morir, por historiadores-ventrílocuos del progreso y las autoridades que lamentan la "extinción"

de "nuestros" pueblos originarios. Hay en este libro, como en *Menéndez, rey de la Patagonia*, otra indignación y otra ternura: la del

escritor que se aproxima a una geografía distinta y a otros pueblos sabiendo que la derrota, aunque catastrófica, es siempre breve, como dice la canción. Que las posibilidades de ser otros se construyen.

“Me pasé media vida tratando de disimular mi condición de indio, para en esta última convencer a los demás de que lo soy ciento por ciento”, le permite decir el autor a Luis Garibaldi Honte, en una cita que recoge. Esa idea cruza el libro como un fantasma que inspira a recuperar, desde dentro de la historia siempre contada, las historias que en ella quedaron escondidas o erradicadas. Historias de gente que perdió, luchando, y que ha debido luchar para que su historia presente no sea pasado remoto, extinción o daño colateral.

Este libro-ensayo está planteado en una perspectiva lo suficientemente amplia como para reconocer los tiempos de las rupturas vitales y las toscas continuidades en este siglo XXI preapocalíptico. Alonso Marchante se ha dado un trabajo interpretativo mayor, revisando una gran base documental de narraciones segmentadas temporal, disciplinar e institucionalmente. De esta tremenda revisión de bibliografía y documentos, la mayor parte de ella conocida, pero nunca antes puesta en diálogo, surge una interpretación de conjunto con valor propio, que permite desmontar juicios y prejuicios convertidos a fuerza de repetición en una suerte de sentido común al pensar la historia de la colonización de la Tierra del Fuego. Es un libro que le pasa el cepillo a contrapelo a la historia colonialista, nacionalista, regionalista, supremacista, para contribuir a una interpretación humanista.

Las nociones de pueblos barridos por el viento feroz de un progreso abstracto, Alonso Marchante las discute dándoles nombre: donde se dice *progreso* puede leerse *capitalismo avalado por el Estado*, desplegado para beneficio de pocos y en perjuicio de los más. La idea interesada y extendida de las misiones salesianas como espacios bienintencionados de protección a las y los perseguidos se desmorona también, al considerar la acelerada mortandad de los deportados y la radical negación de la plena humanidad de los hombres, mujeres y niños confinados a una isla en medio del Estrecho o arrinconada sobre la fueguina costa atlántica. El prejuicio de la incapacidad de comprensión de la moderna propiedad, el de la adaptación imposible; el juicio sobre el daño colateral en la formación de la soberanía chilena o argentina, el juicio sobre el genocidio sin planificación o del genocidio como “extinción”… Todos estos dispositivos tradicionales de la historiografía más conservadora, heredera conceptual de los empresarios o uniformados prohombres de la colonización, se desarman a través de este libro generoso al citar y al convidar a la

lectura.

José Luis Alonso Marchante presenta nuevamente un ejercicio innovador en su magnitud y en la acertada combinación de aquellos fragmentos, dispersos, que reúne con buena pluma y mejores intenciones: ampliar el campo de lo dicho y decirlo con voz clara. Quienes se aventuren a través de estas páginas encontrarán una propuesta interpretativa y, junto con ella, una cantidad importante de huellas que seguir para

profundizar tantos temas que quedan abiertos. Creo que en las historias del extremo sur americano, como en las de tantos otros territorios que son objeto del colonialismo más reciente, se encuentran claves que podrían permitir frenar aunque sea en parte la cuesta abajo en la rodada del género humano. El autor es generoso, también, al dejar muchas puertas entreabiertas para que ingresen nuevos y nuevas autoras a descorrer sus velos.

Porque no hay historia definitiva, porque es posible, aún, que la historia continúe.

Alberto Harambour

***PREFACIO* CON UNA BALA EN LA CABEZA** *Ayer fue el silencio a balazos. Hoy somos la memoria que persiste, los aires de lucha y las lenguas que no han podido callar. El pueblo selk'nam vive.*

Miguel Pantoja, escritor selk'nam

La tarde cae lentamente sobre la estepa fueguina. Los rayos de un sol muy débil iluminan la escena con una luz crepuscular. Una tropilla de guanacos formada por una docena de ejemplares sestea tranquilamente en la pradera, a la sombra de un frondoso bosque de lenga. Los animales no presienten el peligro, aunque uno de los machos, el más viejo, otea vigilante los alrededores desde una pequeña elevación del terreno.

Avanzando en sentido contrario al del viento para no ser detectado, un joven cazador selk'nam se arrastra sigilosamente entre los matorrales en dirección a su presa.

Ha elegido como objetivo a una hembra de edad adulta que pasta despreocupada a unos cincuenta metros de él. El muchacho se levanta ligeramente para observarla, con su cabeza tocada por el *xochil*, el gorro triangular de piel de guanaco que le sirve de camuflaje. Solo tiene que acercarse unos metros más y la presa estará al alcance de sus flechas. Este es el momento más delicado de la acción, porque cualquier movimiento en falso alertará a los animales y dará al traste con todo el esfuerzo. A pesar de ser poco más que un niño, el joven selk'nam ya ha demostrado en varias ocasiones su destreza en la caza y su puntería con el arco. Capaz de caminar durante días enteros siguiendo el rastro de los guanacos, su fuerza, resistencia y agilidad son el orgullo de su familia.

Ahora está a punto de cobrarse una nueva pieza, después de perseguir a la manada casi desde el alba. Unos metros más y, a corta distancia, podrá hacer blanco con seguridad en alguna de las partes vitales del animal. La fuerza de penetración del proyectil será suficiente para matar al guanaco de forma instantánea. Situado en el lugar preciso, extrae silenciosamente dos flechas, coloca una en el arco y se reserva la otra entre sus dientes por si es necesario repetir el tiro. Deja caer su manto de pieles y posa su carcaj en el suelo, bajo sus rodillas, incorporándose lentamente sin hacer el menor ruido. Tensa la cuerda de su arco y apunta cuidadosamente al cuello enhiesto del guanaco,

que sigue sin sospechar la cercanía del letal cazador.

En ese instante, un sonido sordo y seco retumba en la pradera. Los guanacos levantan inmediatamente sus cabezas, se estiran mirando en dirección al ruido y, como



un resorte, dan un salto y huyen a gran velocidad internándose entre los árboles. El chico ha caído de bruces hacia delante, con los brazos extendidos. Todavía aferra el arco con su mano izquierda, la flecha no ha sido lanzada. El muchacho tiene un agujero de bala en la cabeza del que mana un hilillo de sangre roja y espesa. Está muerto.

Enseguida llega hasta el lugar un hombre montado a caballo, apuntando prudentemente con su rifle hacia el sitio donde yace el cuerpo inerte. De un salto baja de su montura y toca temerosamente con la punta de sus botas altas al joven selk'nam.

Empujando más fuerte con el pie, consigue darle la vuelta y contempla los ojos vacíos del muerto, con la mirada extrañamente perdida en la infinita distancia. Otros tres jinetes arriban en ese momento a la zona. Uno de ellos, el jefe que comanda la cuadrilla, sin bajarse del caballo, felicita al hombre que ha disparado por el trabajo bien hecho.

Selk'nam asesinado por la expedición Popper a Tierra del Fuego (detalle), 1886.

Museo del Fin del Mundo.

Los otros hombres se mantienen serios, con la vista fija en el cadáver del muchacho. El asesino saca una navaja afilada y, con un tajo seco y preciso, corta las dos orejas del muchacho. Es la prueba incontestable de que hay “un indio menos”[1], la garantía que el empleado presentará ante el patrón para cobrar la libra esterlina establecida como recompensa. También le arranca el arco de la mano y recoge las flechas esparcidas por el suelo. Seguro que algún pasajero de los vapores que atraviesan el estrecho pagará un buen precio por un auténtico arco selk’nam.

El sol casi ha desaparecido por completo; es tarde ya para buscar a los demás selk’nam, las mujeres y los niños, que no deben andar muy lejos. Por la mañana el capataz y sus hombres harán una batida para capturarlos a todos. Con su macabro botín, el grupo inicia el regreso al casco de la estancia. Son los empleados a sueldo de los grandes terratenientes, especialistas en las cacerías humanas, hombres rudos y violentos siempre dispuestos a darles una lección a los nativos para que aprendan de una vez por todas el significado de la propiedad privada. Bien pagados, con buenos caballos, armados de carabinas Winchester de repetición y con suficiente munición, en unos meses han “limpiado” casi completamente la zona norte de la isla. La mayoría de los hombres y muchachos selk’nam son asesinados tratando de proteger a sus familias, oponiendo sus inútiles arcos y flechas a las mortíferas balas de sus enemigos. Las mujeres, las niñas, los ancianos son apresados por los cazadores y llevados a las misiones religiosas, no sin antes advertirles que recibirían un tiro si los volvían a ver merodeando cerca de las ovejas.

Escenas similares a la que acabamos de describir sucedieron sin duda en territorio selk’nam y fueron trágicamente comunes a partir de la invasión de la isla por parte de los terratenientes ganaderos desde finales del siglo XIX. Las ingentes cantidades de armas y municiones enviadas a la isla, los relatos de las cacerías escritos por los propios matadores, los múltiples restos humanos conservados con signos evidentes de muerte por arma de fuego y, sobre todo, la abrupta disminución demográfica de la población selk’nam demuestran la terrible crueldad que acompañó el violento proceso de colonización en Tierra del Fuego.

Este libro contiene la historia del pueblo selk’nam, víctima de uno de los más terribles genocidios del pasado reciente. Un conjunto de actos criminales, asesinatos, persecuciones y deportaciones, planificados con

la intención de destruir a los habitantes autóctonos de la isla y de arrebatarles sus territorios ancestrales. Un exterminio ocultado deliberadamente por la historiografía oficial para “blanquear” las biografías de los autores intelectuales y materiales del mismo. Sin embargo, también es un libro que habla de la resistencia de los selk’nam frente a los invasores, de las estrategias que llevaron a cabo para tratar de frenar el avance de las explotaciones ovinas y, cuando todo su territorio fue usurpado, para sobrevivir en un entorno hostil. Y es que, a pesar de que los indígenas fueron diezmados, hubo supervivientes y hoy los selk’nam contemporáneos, mujeres y hombres orgullosos de su sangre y su linaje, luchan por que se reconozca su pasado y sus legítimos derechos. Todo ocurrió hace poco más de cien años en la Tierra del Fuego, en *Karukinká* en el idioma selk’nam, “el último rincón de los hombres”.

CAPÍTULO 1 **LA TIERRA DE LOS HUMOS**

Tierra del Fuego puede ser descrita en pocas palabras: un país montañoso en parte sumergido, de tal suerte que profundos estrechos y vastas bahías ocupan el lugar de los valles. Una inmensa selva que se extiende desde la cima de las montañas hasta la orilla del agua.

Charles Darwin, 1832

La isla Grande

En el extremo más austral del continente americano está situada la isla Grande de Tierra del Fuego, entre los 52 y 55 grados de latitud sur del paralelo del Ecuador y los 65 y 72

grados de longitud oeste del meridiano de Greenwich. Con forma de triángulo isósceles, comprende una extensión de unos 48.000 kilómetros cuadrados que la convierten en la isla de mayor tamaño de América del Sur. Está rodeada al este por el océano Atlántico, al sur por el canal *Onashaga* 2 y al norte y al oeste por el estrecho de Magallanes, que la separa del territorio continental.

La mayor parte de la isla está formada por mesetas y llanuras suavemente onduladas, mientras al suroeste se localiza un terreno muy accidentado moldeado por las últimas estribaciones de la cordillera de los Andes que, corriendo de oeste a este, tiene en los montes Shipton y Darwin las alturas máximas con sus casi dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar. La orografía condiciona el clima, de tal modo que existe un enorme contraste entre la climatología de la región montañosa, con frecuentes precipitaciones y pocos días de cielos despejados, y la de la comarca esteparia del centro y el norte, con menores lluvias, clima más estable y un fuerte viento. Precisamente el viento inclemente, cuya tenaz persistencia es una de las características comunes a toda la Patagonia, sopla con fuerza en esa zona de la isla, barriendo sus extensas planicies. En las regiones boscosas del centro y sur la capa del suelo propicia para la vegetación es muy estrecha. Por ello las raíces de los árboles se extienden por la superficie en lugar de hundirse en la tierra, lo que provoca que estos sean arrancados por el viento con facilidad. La temperatura media anual en la isla es fría, sobre los cinco o seis grados centígrados, con una amplitud térmica moderada, sin grandes heladas ni días muy calurosos. En las montañas del sur existen nieves



perpetuas y las masas de hielo se precipitan lentamente hacia el mar formando los glaciares, otra de las señas de identidad de la región.

Existe gran disparidad entre las costas de la isla Grande de Tierra del Fuego. De carácter recto y salpicadas de algunos acantilados hacia el océano Atlántico; sinuosas y pobladas de bahías y ensenadas en el sur, frente al canal *Onashaga*; y de forma irregular y caprichosa en la parte occidental, en el litoral del estrecho de Magallanes. La isla está surcada por numerosos cursos de agua, ríos y arroyos, entre los que destaca el río Grande, el de mayor longitud, que nace en el lado chileno de la isla y desemboca en el océano Atlántico, ya en la parte argentina. Cuenta también con varios lagos y lagunas, destacando el lago *Kakenchow* 3 en el centro sur de la isla, con 645 kilómetros cuadrados de superficie. Por tanto, el agua se encuentra en casi cualquier sitio, lo que dará lugar a una flora pastosa que será aprovechada por los herbívoros silvestres como el guanaco (*Lama guanicoe*) y, tras la colonización, por cientos de miles de ovejas. Los otros mamíferos autóctonos de Tierra del Fuego son el zorro (*Lycalopex culpaeus*) y el cururo (*Ctenomys magellanicus fueguinus*), este último en situación de peligro de extinción al haberse visto afectado muy negativamente por la sobreexplotación ovina. También existen casi doscientas clases de aves, entre las que destacan el cauquén, el zorzal y algunas especies de patos. Entre los mamíferos marinos más comunes en el hábitat fueguino, además de los pingüinos, se encuentran los lobos marinos, el elefante marino y la foca leopardo, que forman nutridas colonias que residen casi todo el año en las roquerías.

Bahía *Yendegaia* en el canal *Onashaga*, 1932. Fotografía: Robert Gerstmann.

Museo Chileno de Arte Precolombino.

Los bosques son frecuentes en la parte más meridional, predominando allí una vegetación lujuriosa en la que sobresalen las variedades de hayas, como la lenga (*Nothofagus pumilio*), el coihue (*Nothofagus dombeyi),* el guindo (*Nothofagus betuloides*) o el ñire (*Nothofagus antartica*). Como veremos más adelante, serán precisamente los bosques de la parte central de la isla Grande, al pie de las montañas, el lugar donde los selk'nam buscarán refugio para huir de las persecuciones.

Todo este inmenso territorio, conquistado por una generosa naturaleza y ocupado por infinidad de especies animales y vegetales, fue poblado por los humanos hace miles de años.

Los primeros habitantes de Tierra del Fuego

El ser humano comenzó a habitar la Tierra del Fuego hace unos once mil años, a fines del Pleistoceno, cuando la gran isla aún estaba unida al continente y el estrecho de Magallanes no existía. Era la época del final de la última glaciación, caracterizada porque los campos de hielo cubrían amplias partes del planeta y los océanos todavía se encontraban entre veinte y sesenta metros por debajo del actual nivel. Poco a poco los primeros glaciares se derretirán y subirá el nivel del mar, dando lugar a la presente distribución orográfica del archipiélago de Tierra del Fuego, formada por el quiebre de la cordillera que eclosiona en una infinidad de islas e islotes y en una laberíntica red de canales que se extienden hasta el cabo de Hornos. Además de la isla Grande, territorio selk'nam, las otras islas de mayor tamaño son isla Hoste e isla Navarino, región yagán, y la isla Santa Inés en el extremo noroeste, frecuentada en el pasado por los kawésqar.

El sitio arqueológico con más antigüedad de la isla Grande es el yacimiento Tres Arroyos, situado en la parte chilena, entre bahía Inútil y bahía San Sebastián, y cuyas excavaciones dirigidas por Mauricio Massone desde 1983 han demostrado la temprana presencia de ocupación humana del territorio. Por otra parte, en la costa norte de Tierra del Fuego se ubica el abrigo Marazzi, con varios niveles estratigráficos, siendo el de más edad de hace nueve milenios. En las sucesivas campañas de excavación se han descubierto varias sepulturas y artefactos líticos, bifaces, percutores, bolas, etc., pertenecientes a grupos de cazadores y tallados con un alto grado de perfeccionamiento. Más recientemente, el sitio Ewan ha sido

estudiado desde una perspectiva etnoarqueológica por un equipo coordinado por María Estela Mansur, arqueóloga del Centro Austral de Investigaciones Científicas (CADIC), encontrándose los restos de una de las últimas ceremonias del *Hain*, celebrada en ese lugar en 1905.

Hace ahora siete mil años, la Tierra del Fuego se transforma en un archipiélago y las sociedades de cazadores-recolectoras que la habitan se especializan en nomadismo terrestre o marino, en función de la configuración del territorio que frecuentan. Los selk'nam y haush pertenecerán al primer grupo y los kawésqar y yaganes al segundo. A partir de ese momento, los pueblos canoeros extenderán gradualmente su área de ocupación abarcando, en el caso de los yaganes, las islas comprendidas entre el canal *Onashaga* y el cabo de Hornos, y en el de los kawésqar, el territorio hasta el golfo de Penas. Siguiendo a la doctora Dánae Fiore, "no podemos afirmar con total certeza que estas poblaciones prehistóricas hayan sido los ancestros directos de los pueblos fueguinos conocidos por los europeos desde el siglo XVI (…) Sin embargo, existen varias similitudes entre el modo de vida de las poblaciones prehistóricas de cazadores y recolectoras del norte-centro con la sociedad selk'nam y el de las poblaciones prehistóricas canoeras del archipiélago suroeste fueguino con las sociedades yámana y alakaluf" (Fiore, 2009: 50).

De cualquier modo, y mientras la arqueología no nos proporcione nuevas evidencias, para contar la historia de los pueblos autóctonos de la Tierra del Fuego debemos recurrir necesariamente a los registros escritos. Los primeros exploradores y navegantes procedentes de Europa iban a aparecer por el horizonte hace quinientos años, un lapso de tiempo insignificante si tenemos en cuenta los miles y miles de años que los habitantes ancestrales llevaban viviendo en ese lugar. Sin embargo, serán ellos quienes describan el modo de vida tradicional de estos pueblos, siempre de manera fraccionaria, puesto que cubren solo parcialmente los últimos cinco siglos y sus relatos además están condicionados por la época, las circunstancias y los intereses concretos del autor. Los europeos también serán quienes modifiquen abruptamente su existencia, acabando con su cultura y tradiciones milenarias.

Magallanes y su estrecho

En marzo de 1520 apareció frente a las costas de la Patagonia una flota española formada por cinco barcos y capitaneada por un portugués, Hernando de Magallanes.

Aunque los hombres que componían la expedición entonces no lo sabían, estaban protagonizando un acontecimiento histórico, ya que un reducido grupo de ellos iba a completar años después la primera vuelta al mundo. En realidad, el principal interés de los expedicionarios era puramente económico, puesto que su objetivo era localizar una nueva ruta para llegar a las Molucas, las fabulosas “islas de las especias”. Muy visitadas desde tiempos antiguos por mercaderes chinos, árabes e indios, en 1512 los portugueses instalaron allí una fortaleza para monopolizar este comercio.

Se trataba de alcanzar la codiciada región por mar, ya que las rutas terrestres hacia Oriente habían sido clausuradas tras la caída de Constantinopla en manos del poderoso Imperio otomano en 1453. También se hacía necesario evitar la navegación por el litoral de África donde Portugal, para entonces enemigo mortal de los españoles, tenía una poderosa flota y varias ciudades amuralladas. El viaje fue azaroso y lleno de dificultades, de tal forma que, cuando los marinos tocaron las costas de la Patagonia, una buena parte de los capitanes y tripulantes se encontraban en franca rebeldía, convencidos de que no existía ningún paso entre los océanos y que había que emprender el regreso a España. Magallanes, que conocía bien la cartografía de la época[4]

y estaba seguro de hallar ese paso, reaccionó con gran violencia contra los sediciosos y ahogó en sangre la revuelta, ejecutando a los principales cabecillas de la misma: “Luego que hubo amanecido, mandó Magallanes a tierra el cadáver de Mendoza y lo hizo descuartizar, pregonándolo por traidor, ahorcó a Gaspar de Quesada y lo descuartizó con igual pregón, por mano de Luis de Molino, su cómplice y criado; sentenciado a quedar desterrado en aquella tierra Juan de Cartagena y a un clérigo, su confidente”

(Pigafetta, 1899: 197). Conocemos las peripecias de este viaje gracias principalmente al relato del italiano Antonio Pigafetta, que formaba parte de la tripulación y se convirtió en el cronista de la expedición. En su diario anotó los avatares y penurias de una travesía que duró tres largos años y en la que perecieron la mayoría de los hombres

embarcados en el puerto de Sevilla, Hernando de Magallanes incluido.

Solventada la rebelión, la flota española permaneció durante el invierno en las costas de la Patagonia, donde se encontraron con los míticos aónikenk. A los visitantes les llamó poderosamente la atención la gran envergadura y corpulencia de los habitantes nativos:

[U]n día apareció de improviso en la playa un hombre de estatura gigantesca, casi desnudo, que, bailando y cantando, se echaba arena en la cabeza (…) Era tan alto aquel hombre, que le llegábamos a la cintura, siendo en lo demás muy proporcionado. Era ancho de cara, cuyo contorno estaba pintado de rojo, de amarillo el de los ojos, y en los carrillos dos manchas en forma de corazón. Su traje, muy elemental, estaba hecho de pieles cosidas; son de un animal que tiene cabeza y orejas de mula, cuello y cuerpo de camello, patas de ciervo y cola de caballo, y relincha como este. Abunda mucho en esta tierra según pudimos ver más adelante (Pigafetta, 1899: 11).

Los europeos bautizaron a este pueblo con el nombre de *patagones* [5], palabra que más tarde evolucionará y servirá para nombrar a la región entera, Patagonia.

A Hernando de Magallanes se le antojó llevarse de vuelta a España a algunos de esos extraños “gigantes” para exhibirlos como sus trofeos en la corte real:

Mostró empeño en quedarse con los dos más jóvenes de aquellos salvajes. Para conseguirlo empleó la astucia más bien que la fuerza; el recurrir a ella habría costado la vida a más de uno de nosotros. Regaló a todos cuchillos, espejos, cascabeles, cuentecillas de vidrio; tantas cosas que tenían las manos llenas. Enseñóles después unos anillos de hierro, que no eran otra cosa que grillos, y, viendo cuánto les gustaban, se los ofreció también; pero tenían las manos tan ocupadas, que no podían tomarlos, observado lo cual por el capitán general, les hizo entender que se los dejaba poner en los pies, y con ellos se marcharían, a lo que accedieron por señas. Entonces nuestra gente les puso los anillos y pasaron la clavija del cierre, que remacharon con presteza.

Mostráronse recelosos durante la operación manifestándolo así; pero el capitán general los tranquilizó. Apercibidos, no obstante, del engaño se pusieron furiosos; bufaban, daban tremendos alaridos e invocaban a Setebos, o sea el demonio, en su ayuda. Se intentó detener también a los otros dos, mas fue preciso usar de la fuerza, pues resistíanse de tal modo, que apenas si nueve hombres bastaron

para derribarlos en tierra y poderles amarrar las manos (Pigafetta, 1899: 14).

Ninguno de los dos muchachos llegó a España. Ambos murieron en la larga travesía, afectados por las enfermedades y la reclusión a bordo.

Ya hemos visto cómo este primer contacto entre indígenas y europeos estuvo muy lejos de ser cordial. Bien al contrario, la mayoría de los encuentros entre los navegantes y los pueblos originarios de Patagonia y Tierra del Fuego serán muy violentos, puesto que a los conquistadores los movía casi exclusivamente un desmedido afán de riqueza.

El enfoque histórico tradicional que presentaba el “descubrimiento” de América como un diálogo y encuentro de dos mundos, como la interconexión entre culturas, ha sido ya ampliamente superado ante la realidad de los hechos: asesinatos, robos de tierras, malos tratos, deportaciones, contagio de enfermedades, esclavitud. Como afirma el periodista magallánico Rafael Cheuquelaf, “acontecimientos similares tildados de descubrimientos son en realidad actos violentos que implican daño y padecimientos para los

‘descubiertos’, los habitantes del lugar, que son incorporados sin saberlo ni quererlo a una dinámica de tipo imperialista de la que son víctimas”. Estos violentos encuentros provocaron una catástrofe sin precedentes, ya que se calcula que, en solo un siglo, murieron el noventa por ciento de los nativos americanos, posiblemente el desastre demográfico más extremo de la historia de la humanidad[6].

En 1520 los selk’nam tuvieron más fortuna que los aónikenk, sus vecinos del continente, puesto que evitaron el encuentro físico con los recién llegados. En efecto, desde el 21 de octubre de aquel año, día en que Magallanes comenzó la lenta progresión por el estrecho que hoy lleva su nombre[7], los europeos no pudieron observar a ninguno de los habitantes de la isla Grande de Tierra del Fuego a pesar de haber fondeado en

una de sus bahías, la de San Felipe. En cambio, los selk’nam sí que vieron a los conquistadores y sus asombrosas embarcaciones, manteniéndose prudentemente ocultos, pero avisándose entre ellos, por medio de fogatas, de la presencia de extraños en su territorio. Los primeros navegantes europeos en transitar por un mar que ya había sido surcado mucho antes por las canoas kawésqar advirtieron las columnas de humo blanco que se elevaban hacia el cielo. Es por esta razón que bautizaron el lugar como

“Tierra de los humos”. Ni siquiera sabían si se hallaban ante una isla o un continente, simplemente estaban frente a un espacio inexplorado. Y evidentemente habitado. Así lo cuenta Maximiliano Transilvano, quien, aunque no participó en la expedición, escribió una relación del viaje publicada tan solo unos años después: “Procediendo pues por el Estrecho tardaron hasta pasar de la otra parte y llegar al mar del sur veintidós días, en el cual tiempo jamás pudieron ver por ninguna de aquellas costas hombre alguno mortal, salvo que una noche vieron gran multitud de fuegos en la tierra que estaba a la mano siniestra del estrecho hacia el austro, de donde conjeturaron que habían sido vistos de los habitadores de aquella región, y que se hacían aquellas almenaras de fuego unos a otros, nunca empero pudieron ver persona alguna” (Fernández, 1837: 266).

El origen nos lo confirma también el cronista Alonso de Ovalle: “La Tierra del Fuego tan nombrada en los mapas, relaciones y noticias que tenemos del estrecho de Magallanes, ha engañado a muchos con su nombre, juzgando que se lo habían puesto por algunos volcanes o fuegos que de ella brotasen; y no es así, porque la etimología de este nombre no tuvo más fundamento que haber visto en ella los primeros que pasaron por este estrecho muchos humos y fuegos de la gran gente que la habitan, y por ello comenzaron a llamarla Tierra del Fuego” (Ovalle, 1646: 63). Muchos siglos después, en 1882, el explorador Edelmiro Correa vio las mismas hogueras, lo que es indicativo de que, durante largo tiempo, los habitantes de la isla Grande de Tierra del Fuego no fueron molestados y siguieron llevando su forma de vida tradicional: “Se veían en el fondo de este puerto grandes humaredas como si vivaqueara en numeroso campamento, estos humos que llamaron nuestra atención y cuya causa no nos explicábamos, supimos más tarde que significaban una señal de aviso que los indios de la costa daban a los del interior indicándoles la existencia de un buque en la bahía, acontecimiento poco frecuente hasta entonces y que les causaba el más serio sobresalto”

(Correa, 1892: 16).

Finalmente, el 27 de noviembre de 1520, los tres barcos restantes[8] alcanzaron la boca occidental del estrecho, completando el recorrido de este paso legendario. Nada más salir a mar abierto, el inmenso océano con el que se encontraron fue bautizado por los expedicionarios con el nombre de océano Pacífico, al ponderar las aguas serenas y calmas por las que navegaron.

Merece la pena hacer aquí un inciso para señalar cómo, aprovechando este suceso histórico, algunas personalidades de la región de

Magallanes se empeñan hoy en datar el “descubrimiento” de Chile en 1520, adelantándose así en quince años a la conquista de Diego de Almagro por el norte. El alcalde de Punta Arenas prepara para 2020 los festejos de los “500 años del descubrimiento de Chile”, un acto en el que espera congregar al presidente de Chile y a autoridades de España y Portugal, y que va en la misma línea de lo sucedido en 1920 cuando, con ocasión del IV centenario, se inauguró el monumento a Magallanes. Construido en el centro de la Plaza de Armas de la ciudad por decisión testamentaria del terrateniente José Menéndez, se hizo con la clara intencionalidad de engrandecer la figura del navegante portugués, la del mismo Menéndez y de paso la de todos los europeos que serían considerados como únicos impulsores del progreso de esas regiones.

Ahora bien, defender el nacimiento de Chile en 1520 es un claro ejemplo de anacronismo histórico, puesto que sabemos que Magallanes y sus hombres atravesaron apresuradamente el estrecho, sin detenerse a explorar la región y mucho menos a

“fundar” ningún país. Los expedicionarios no tenían interés alguno en radicarse en la zona y apenas si pusieron el pie en tierra, lo justo para aprovisionarse de agua y otras mercancías. Su única obsesión era llegar a Asia, al archipiélago indonesio famoso por sus riquezas en nuez moscada y clavo de olor. Volviendo a la descripción de Transilvano: “Y como el capitán Magallanes considerase que aquella tierra era muy fragosa, y que aun en aquel tiempo que duraban los días diecinueve horas hacía por allí grandísimos fríos, y que era tierra de continuas y perpetuas frialdades en todos los tiempos del año, parecióle que era tiempo perdido haber de explorar ni saber lo que en tal tierra había, por lo cual no gastando allí muchos días sin provecho, tiró con sus tres naos por el estrecho adelante, yendo siempre con mucho tiento para no tocar en tierra, y así pasó y llegó al otro mar del sur, donde era su principal propósito de ir” (Fernández, 1837: 266). Habrá que esperar hasta el 21 de septiembre de 1843, más de tres siglos después, cuando, ahora sí, un grupo de audaces marineros chilotes a bordo de la goleta *Ancud* funden Fuerte Bulnes, la primera población de Chile a orillas del estrecho de Magallanes.

En esta desenfrenada competición por ser los primeros se suma ahora también la localidad argentina de Puerto San Julián, el lugar donde los europeos invernaron al llegar a las costas de América del Sur. Un par de senadores proponen que la ciudad sea declarada “Punto Cero” del origen de la región patagónica con el objetivo de “que se conozca y se valore dónde y cuándo comenzó la historia de nuestro país (…) tuvo lugar la primera estadía de europeos en territorio argentino, la

primera misa en el territorio, el primer encuentro entre la población europea y los primeros pobladores originarios del lugar, donde nace el concepto de Patagonia y es la primera toponimia del país”[9]. Los políticos se olvidan de señalar que San Julián también es el lugar donde Magallanes ejecutó violentamente a los capitanes rebeldes y donde secuestró a dos aónikenk que murieron poco después en alta mar.

Mientras Argentina y Chile se disputan el derecho de haber sido los “primeros” en tener a los europeos en la Patagonia, empiezan a aparecer ya movimientos sociales de rechazo a la forma en la que se quiere conmemorar este aniversario y que, a imagen y semejanza de lo que ocurrió en 1992 con el V Centenario del Descubrimiento de América, amenazan con empañar las celebraciones oficiales en los distintos países. Y es que conviene recordar que kawésqar, aónikenk, yaganes, haush y selk’nam llevaban miles de años habitando lo que hoy es la Patagonia chilena y argentina, y son por tanto estos pueblos, y no los europeos, los que en todo caso merecerían el título de “descubridores de la región”.

Continuando con el relato del viaje, una vez que los barcos españoles pasaron de largo por el extremo más meridional de América y cruzaron en toda su amplitud el océano Pacífico, arribaron en marzo de 1521 a las actuales islas Filipinas. Allí, desobedeciendo las órdenes recibidas por el rey y en contra de la opinión de sus capitanes, que querían continuar el viaje, Hernando de Magallanes decidió someter por la fuerza de las armas a los habitantes autóctonos. Se trataba de obligarlos a aceptar la religión católica y la sumisión al reino de España, de imponer a sangre y fuego lo que el antropólogo norteamericano Edward H. Spicer ha llamado “cultura de conquista”[10], y que se caracterizaba por la violencia irracional, la usurpación de tierras y la destrucción de pueblos enteros. Así, el 27 de abril de 1521 el capitán general desembarcó en la isla de Mactán al mando de sesenta hombres fuertemente armados con el fin de doblegar la resistencia de un grupo de isleños rebeldes. Aunque el armamento de los soldados españoles, que disponían de mosquetes, ballestas, bombardas, armaduras y corazas, era muy superior, los nativos les tendieron una emboscada, los derrotaron en la misma playa y mataron de un certero lanzazo a Magallanes.

Muerto el jefe de la expedición, los dos barcos que le quedaban a la flota zarparon con destino a España, ambos con sus bodegas cargadas de especias, pero cada uno tomando una dirección diferente[11]. El 6 de

septiembre de 1522 atracaba en el puerto de Sanlúcar de Barrameda al mando de Juan Sebastián Elcano la nao *Victoria*, el único barco superviviente con diecisiete tripulantes que habían resistido a un larguísimo viaje de más de tres años de duración. A pesar del alto costo en vidas humanas, la expedición comercial fue un éxito y la ruta de las especias a través del océano Pacífico quedó definitivamente abierta. Enseguida los barcos optaron por el rumbo del cabo de Hornos, que, a pesar de las frecuentes tempestades, era más propicio para la navegación a vela que el estrecho. La extraordinaria hazaña de estos hombres, que fueron capaces de dar

por vez primera una vuelta completa al mundo en sus frágiles embarcaciones, figura ya en los anales de la navegación. Hay que advertir, sin embargo, que esta primera circunnavegación del globo terráqueo fue producto de las circunstancias, ya que los expedicionarios tenían previsto hacer el camino de vuelta por la misma ruta de ida. Las terribles penalidades sufridas, que supusieron la pérdida de la mayor parte de la flota y de la tripulación original, convencieron a Elcano de que, a pesar de la hostilidad de los portugueses, intentar la vuelta a España atravesando el océano Índico y bordeando las costas africanas era mejor que regresar por donde habían venido, un largo viaje al que seguro no sobrevivirían.

Debido a la excepcional dimensión histórica de este viaje, en la actualidad también España y Portugal mantienen una querella para tratar de arrogarse todo el mérito de la gesta marítima. A pedido del director del diario español *ABC*, que protestaba por la ilegítima apropiación por parte de las autoridades portuguesas de la paternidad de la expedición, la Real Academia de Historia de España preparó un informe que sentenciaba “la plena y exclusiva españolidad de la empresa”12. Como reacción, los historiadores portugueses han puesto el acento en la nacionalidad lusa de Magallanes y en el hecho de que fue al servicio de Portugal donde aprendió el arte de navegación.

A la hora de valorar estos acontecimientos, tampoco debemos olvidar la violencia desatada por los navegantes contra los pueblos que se encontraron en su camino, tan extrema que incluso le costó la vida al propio Magallanes. Hoy en Filipinas, donde fue vencido el navegante portugués, se debate una propuesta para cambiarle el nombre al país, ya que es un homenaje al rey español Felipe II, que ni siquiera estuvo allí. Al mismo tiempo Lapu-Lapu, que según la leyenda fue quien ultimó a Hernando de Magallanes clavándole una lanza de bambú en el rostro, ha sido convertido en héroe nacional. Una imponente estatua del guerrero hecha en mármol se alza desafiante en el lugar de la batalla, símbolo de la resistencia contra los conquistadores

europeos.

El viaje de Magallanes-Elcano revolucionó la cartografía del globo, revelando una inmensa *terra nullius* o "tierra de nadie" disponible para ocupar. Estamos en la época de la doctrina del descubrimiento según la cual "las naciones europeas adquirieron los títulos de las tierras que 'descubrieron' y los habitantes indígenas perdieron su derecho natural a esas tierras cuando llegaron los europeos y las reclamaron como propias"

(Dunbar-Ortiz, 2018: 260). Un concepto de derecho internacional que servirá durante siglos como justificación para la legalización de la conquista y la colonización, para devastar civilizaciones enteras y destruir pueblos indígenas, apropiándose de sus tierras y creándose en su lugar una oligarquía terrateniente tremendamente codiciosa.

Al poco tiempo de su regreso, Antonio Pigafetta publicó el primer mapa del estrecho de Magallanes orientado, tal y como era habitual en la época, de sur a norte, de tal modo que el océano Pacífico queda a la derecha y el océano Atlántico a la izquierda.

Unos años después, en 1548, aparecerá por vez primera en un mapa el nombre "Tierra del Fuego". Fue obra del cartógrafo piamontés Giacomo Gastaldi, que incluyó su "Carta marina nova tabula" en la *Geografía di Claudio Ptolomeo Alessandrino* 13. Inaugurada su presencia en la cartografía, solo será cuestión de tiempo que los primeros conquistadores comiencen a llegar al territorio fueguino.

Selk'nam: el primer encuentro

En el siglo XVI las ricas ciudades de México y Perú, en manos de los españoles desde los inicios de la conquista de América, se habían convertido en un emporio de riqueza pretendido por otras naciones. Sin embargo, la política de *mare clausum*, por la que españoles y portugueses monopolizaban todo el comercio con América, no gustó a las demás potencias europeas. Ingleses y holandeses enviaron escuadras de guerra al estrecho de Magallanes, tanto con la finalidad de cartografiar una región todavía desconocida como de saquear y asaltar los puertos del Pacífico débilmente defendidos.

Los habitantes de esta parte de la América española, hartos de los ataques que asolaban sus costas, abandonaron algunas ciudades y se refugiaron en el interior.

Con el fin de poner término a estas invasiones, en 1579 el virrey del Perú Francisco Álvarez de Toledo mandó a la zona a Pedro Sarmiento

de Gamboa con dos barcos bien armados y pertrechados, el *Nuestra Señora de la Esperanza* y el *San Francisco*. Su objetivo era hostigar y alejar a las naves inglesas de Francis Drake que merodeaban por la región, y al mismo tiempo desalentar nuevas incursiones de otros piratas y filibusteros.

También le ordenó que capturara a algunos nativos para que le sirvieran de intérpretes en vistas a una ulterior colonización del territorio. Fue así como, casi seis décadas después del paso de Hernando de Magallanes por el mismo lugar, se produjo el primer encuentro entre los europeos y los habitantes de la isla Grande de Tierra del Fuego.

El histórico suceso ocurrió el 11 de diciembre de 1579[14] cuando Sarmiento desembarcó con sus hombres en una bahía a la que nombró Gente Grande, porque allí encontró a un grupo de quince selk’nam:

Desembarcamos en tierra por ser ya tarde para hacer noche. Y estándonos alojando, tiró un soldado un arcabuzazo a unas aves, y a la respuesta del arcabuz dieron muchas voces unos indios que estaban en una montaña en la otra parte de esta ensenada: y al

primer grito pensamos ser lobos-marinos hasta que los vimos desnudos y colorados los cuerpos, porque se untan estos, según después vimos, con tierra colorada (…) En la costa brava, junto a la mar, entre unos peñascos, estaban quince mancebos desnudos totalmente; y llegados a ellos con señas de paz, nos señalaron con grandes voces e instancia con las manos hacia donde dejábamos los navíos; y llegándonos más a las peñas les señalamos se llegasen y les daríamos de lo que llevábamos. Sarmiento les dio dos paños de manos y un tocador, que otra cosa no tenía allí; y los pilotos y soldados les dieron algunas cosas con que ellos quedaron contentos. Dímosles vino, y derramáronlo después que lo probaron; dímosles bizcocho, y comíanlo; y no se aseguraron con todo eso. Por lo cual, y porque estábamos en costa brava a peligro de perder el batel, nos volvimos al alojamiento primero, y les dijimos por señas que fuesen allá. Y llegados al alojamiento, Sarmiento puso dos centinelas por seguridad (Sarmiento, 1768: 109).

A pesar de que los españoles habían sido recibidos pacíficamente por parte de los naturales de la isla, que colocaron sus arcos y flechas en el suelo en señal de paz, eso no impidió a Sarmiento dar órdenes a sus soldados para que trataran de tomarlos prisioneros: “Prendió con violencia a uno de ellos para que fuese lengua: púsole en el batel; abrazóle con regalo, vistió su desnudez, e hízole comer. A esta tierra

llamó Punta de la Gente, por ser la primera en que la halló”. Sin embargo, poco después, “el indio, a quien jamás se le enjugaron las lágrimas, soltando una camisilla, se arrojó a la mar y se les fue a nado” (Sarmiento, 1768: XLVI).

En 1584 el conquistador español regresó al estrecho, pero ahora con la intención de establecer de forma permanente varias ciudades fortificadas para impedir el paso de buques de otras naciones. Desde España se organizó una imponente expedición compuesta por dieciséis barcos con dos mil hombres, de los que solo una cuarta parte conseguirían arribar a su destino final. A orillas del estrecho de Magallanes se fundaron dos establecimientos: Nombre de Jesús, en la costa continental patagónica, y Rey Don Felipe, en la península de Brunswick. Sin embargo, las duras condiciones climatológicas, la dificultad para encontrar alimentos y el hecho de que fueran abandonados a su suerte provocó la destrucción de estas poblaciones y la muerte de la mayoría de los colonos. El marino inglés Thomas Cavendish, que recogió a un puñado de supervivientes, bautizó el siniestro lugar como “Port Famine”, nombre que se ha mantenido hasta la actualidad y que se añade a toda una desesperanzada toponimia de la zona que advierte de los peligros a los viajeros incautos: bahía Inútil, cabo Decepción, punta Brava, isla Desolación, punta Desengaño, isla del Diablo, isla Furia o paso Tortuoso. Para el escritor Ricardo Rojas, “el conjunto de la toponimia fueguina



documenta los cataclismos de su historia, peores que los de sus geografías” (Rojas, 2012: 34).

Mapa del estrecho de Magallanes, obra de Levinus Hulsius, 1603. Biblioteca Nacional de Francia.

Puerto del Hambre y Philippopolis o Ciudad del Rey Don Felipe son dos de las referencias geográficas que aparecen en el famoso mapa de Levinus Hulsius de comienzos del siglo XVII. Al norte del estrecho de Magallanes están representados tres

“patagones”, siempre dibujados de acuerdo con fantásticos atributos, como el gigantismo que les atribuyeron los primeros viajeros. En la Tierra del Fuego, en primer plano, se puede apreciar a una pareja de “fueguinos”15 con un niño de corta edad.

Estamos ante una *terra incognita*, que todavía no se sabe si es continente o isla. Una segunda mirada permitirá al observador atento darse cuenta de que en ese mapa el nombre del cabo Froward, que significa en inglés antiguo ‘adverso’ y que hace referencia al clima hostil del lugar, ha sido trazado con escritura invertida.

El abandono a fines del siglo XVI de las efímeras ciudades españolas del estrecho de Magallanes fue uno de los síntomas inequívocos del lento declinar de un imperio.

Durante un siglo españoles y portugueses se habían repartido los territorios de ultramar, partiendo el mundo casi por la mitad, como si de una gran manzana se tratase; América y el Pacífico para los primeros y las costas africanas y el Índico para los segundos. Pero pronto van a entrar en escena dos nuevas potencias navales, Inglaterra y

Holanda, que cada vez se volverán más audaces en sus expediciones marítimas, llegando a desafiar el monopolio ibérico de las principales rutas de navegación.

En los siguientes siglos, solo corsarios, filibusteros y algún que otro solitario navío español se aventuró a enfrentar el largo y tortuoso trayecto por el estrecho de Magallanes[16]. La mayoría de los veleros que cubrían la ruta entre el océano Atlántico y el Pacífico preferirán doblar el Cabo de Hornos, situado mucho más al sur y donde los fuertes vientos permiten una travesía más rápida pero también muy arriesgada.

Aunque los yaganes habían llegado con sus canoas hacía miles de años a la isla de Hornos, cuyo nombre en lengua indígena es *Ushtanush*, el lugar no sería descubierto para la navegación interoceánica hasta 1616 por el holandés William Schouten, que había partido de la ciudad de Hoorn, de donde viene la denominación actual. A partir de entonces, ese islote rocoso, ese aparentemente insignificante hito geográfico, se convertirá sin embargo en un sitio mítico para los marineros del mundo entero, que acuñarán el nombre de “cabo-horneros” para bautizar a aquellos que han conseguido la proeza de doblarlo.

Costas irregulares y discontinuas compuestas de una multitud de islas, con peñascos que emergen casi a ras del agua a una distancia de hasta dos o tres millas de la costa, lo que impide a los barcos acercarse a tierra, excepto en pleno día y con tiempo despejado.

Cabo de Hornos, remoto punto en los mapas, azotado por vientos huracanados continuamente acompañados de lluvia, nieve o granizo, famoso por sus naufragios y tempestades, donde chocan con estrépito los dos océanos.

En todo caso, los largos viajes transatlánticos entrañaban muchos otros peligros y lo habitual era que las tripulaciones fueran diezmadas en el transcurso de los mismos, regresando al puerto de partida solo unos pocos supervivientes. Las causas eran diversas: fallecimiento por hambre, enfermedades como la tisis o el temible escorbuto[17],

frecuentes naufragios, violentos amotinamientos o sangrientas luchas con los habitantes autóctonos.

Algunos de estos navegantes tomaron contacto con los aónikenk de las costas de la Patagonia, dejándonos descripciones más o menos detalladas de su aspecto físico y de sus costumbres. Sin embargo, con respecto a los pobladores de Tierra del Fuego, lo único que los exploradores pudieron ver fue, una vez más, los fuegos que hacían los selk'nam para avisarse entre ellos del peligro. No es extraño que, después del violento encuentro con Sarmiento y otras desagradables experiencias similares con los conquistadores europeos, los habitantes de la isla Grande de Tierra del Fuego trataran de mantenerse lo más alejados posible de estos ocasionales y codiciosos visitantes. Esta

situación de aislamiento se prolongará durante largo tiempo, hasta la violenta invasión de su territorio a finales del siglo XIX por parte de los terratenientes ganaderos.

CAPÍTULO 2 CAZADORES DEL VIENTO

Si uno quisiera ver a los onas en la absoluta y pintoresca majestad de su primitiva forma de vida, habría que verlos durante la marcha. ¡Aquí vienen! Los grandes sabuesos olfateando a la vanguardia, seguidos por poderosos guerreros con mantos de pieles agitadas por el viento, con sus arcos y carcajes preparados y sujetos bajo el brazo izquierdo, caminan con paso erguido, con zancadas simples y amplias. A continuación siguen las mujeres, algunas con niños a sus espaldas, pero todas cargando pesados equipos para la acampada.

Charles W. Furlong, 1910

Cazadores y recolectoras

Desde hace miles de años, los selk'nam habitan la isla Grande de Tierra del Fuego, *Karukinká* 18, como es llamada por ellos. Se trata de una extensa región comprendida entre el estrecho de Magallanes al norte y el canal *Onashaga* al sur, donde con anterioridad a la colonización de la región compartían el territorio con un pueblo canoero de pescadores, los yaganes. De costumbres nómadas, los selk'nam ancestrales se dedicaban a la caza y la recolección, desplazándose constantemente de un sitio a otro dentro de sus *haruwen* 19 o espacios de caza asignados a cada linaje o grupo familiar extenso. Aunque tenían unos límites bien definidos, los traspasaban frecuentemente para encontrarse con los habitantes de la comarca vecina para el intercambio, las ceremonias rituales o los matrimonios. A cada *haruwen* le correspondía una porción del cielo con sus estrellas, con la que los selk'nam elaboraron su particular cosmogonía.

Desconocemos con exactitud el significado del nombre *selk'nam*, que aparentemente no quiere decir nada en concreto. Algunos autores, de acuerdo con el estudio realizado por la lingüista Elena Najlis en 1968-1971 con testimonios recogidos entre los propios indígenas, lo traducen como el "clan de la rama separada". Para Martin Gusinde no existiría traducción, de tal modo que la palabra *selk'nam* serviría sencillamente para designar su nombre propio: *yikwa ni sélk'nam*, "nosotros somos los selk'nam" (Gusinde, 1982: 111). Y es que fue Gusinde quien popularizó el nombre *selk'nam* para identificar a este pueblo, ya que observó que así era como se llamaban a sí mismos, con sus dos sílabas separadas para imitar con más precisión el sonido de su lengua. No obstante, otros investigadores habían registrado anteriormente el nombre, con distintas variantes:

shílk'nam (Lehmann-Nitsche), *shilkenam* (Gallardo), *shilkanen* (Furlong) o *tshelknam* (Beauvoir). En cambio, *ona*, apelativo con el que fueron conocidos durante casi un siglo y cuyo uso todavía puede verse ocasionalmente en la actualidad, era como los llamaban los yaganes, sus vecinos del sur. Este nombre fue el adoptado por el misionero Thomas Bridges.

Los selk'nam estaban perfectamente adaptados a un clima riguroso que se caracterizaba por los fuertes y constantes vientos, las bajas temperaturas y las heladas nocturnas. El amplio espacio terrestre que ocupaban estaba dividido en dos regiones con características

morfológicas propias: al norte se encontraba *párik*, la zona de praderas y estepas, y al sur estaba *hersk*, donde el bosque comenzaba a volverse cada vez más denso. La división entre ambas comarcas estaría situada en el río *Hurr*, actual río Grande (AA.VV., 2009: 251). Junto al resto de los pueblos preexistentes de América, los selk'nam llegaron desde Asia atravesando el estrecho de Bering. La mayoría de los antropólogos coinciden en señalar que cruzaron a Tierra del Fuego cuando la isla Grande todavía estaba unida al continente y el estrecho no existía. Se han señalado sus similitudes con los aónikenk de la Patagonia continental, especialmente en cuanto a su aspecto físico y su idioma, que supuestamente tendría un origen común, la familia lingüística *chon*.

Su complexión física y su altura impresionó vivamente a los primeros visitantes europeos, con una media de 1,75 metros en los hombres y diez centímetros menos en las mujeres. Por eso los españoles llamaron "Gente Grande" al lugar donde los encontraron en 1579 por primera vez. Se trata de una de las principales bahías del norte de la isla y uno de los parajes que más frecuentaban. Todavía en épocas más recientes los exploradores quedaban maravillados ante la corpulencia de los selk'nam, tal y como nos relata el belga Adrien de Gerlache: "es una raza magnífica. Normalmente miden seis pies, algunos seis pies y seis pulgadas" (Gerlache, 1902: 92). En 1920 se llegó incluso a comercializar en Europa un supuesto extracto de carne de guanaco, el alimento fundamental de los selk'nam, que consistía en unos polvos que reforzaban el sabor y el poder nutritivo de cualquier caldo y que, según el prospecto de "Productos Liebig", servían "para mantenerse joven y para cuidarse". El ingeniero Carlos R. Gallardo, que escribió uno de los más famosos libros sobre los selk'nam después de realizar un viaje a Tierra del Fuego a principios del siglo XX, los describió así: "El aspecto general del ona impresiona gratamente, pues se presenta como un hércules sano y ágil, y esa impresión se acentúa al ver su porte altivo, su arrogancia, la mirada franca con que exterioriza la plena confianza que en sí mismo tiene y el convencimiento de su propio valer"

(Gallardo, 1910: 109).

Acostumbrados a observar hasta la más mínima señal de la naturaleza, la visión de los selk'nam era prodigiosa y podían ver a grandes distancias. También sorprendió a los colonizadores su facilidad para la imitación y el aprendizaje de idiomas, de tal modo que algunos exploradores se encontraron con nativos que hablaban palabras de español, inglés o alemán, en función de la nacionalidad de los náufragos con los que hubieran tenido contacto. La lengua selk'nam,

que los lingüistas sitúan dentro del *chon* o *tshon*, ha intrigado a los estudiosos que señalan su complejidad gramática y las dificultades para su correcta pronunciación. Diversos autores se han dedicado a la recopilación de vocabularios y a la confección de corpus lingüísticos del idioma selk’nam, siendo los más conocidos los de Ramón Lista, Henryk Arctowski, Robert Lehmann-Nitsche, Carlos Gallardo y Lucas Bridges. El primer diccionario de la lengua selk’nam fue publicado en 1901 en Buenos Aires por el sacerdote José María Beauvoir, gracias a los vocablos y expresiones que le habían facilitado sus informantes selk’nam y otros misioneros.

El alimento principal de los selk’nam era el guanaco, un animal de importancia vital, hasta el punto de que la existencia cotidiana y toda su organización socioeconómica girarán alrededor de su caza y aprovechamiento. Podemos incluso hablar de una

“civilización del guanaco” a imitación de la expresión “civilización del reno”, que fue empleada por el antropólogo francés André Leroi-Gourhan para referirse a los cazadores del Paleolítico superior. Llamado *Yowen* [20] por los nativos, es un mamífero salvaje de patas esbeltas, cuello largo y erguido y una pelambre muy fina de color marrón-rojizo que se transforma en blanca en las partes inferiores de su cuerpo.

Perteneciente a la familia de los camélidos, este elegante animal está emparentado con la vicuña, la llama y la alpaca, con la diferencia de que solo las dos últimas especies han podido ser domesticadas por el ser humano. Se mueven en tropillas que pueden alcanzar hasta los ochenta o más individuos y son animales tímidos y extremadamente curiosos, lo que no les impide estar en constante alerta gracias a sus excelentes sentidos de la vista, el oído y el olfato. Además, en los montículos y elevaciones normalmente hay apostado algún guanaco macho vigilante, preparado para dar un relincho de alarma en caso de la llegada de intrusos a su territorio. El escritor Mempo Giardinelli escribió sobre estos animales: “impresionan por su porte entre elegante y aburrido.

Como todos los camélidos, tienen las patas muy delgadas y el cuello enhiesto. En la Patagonia se los ve siempre hermosos, magníficos a la distancia, con esa extraña apariencia distinguida que mezcla lo aristocrático con lo salvaje. Desconfiados y homofóbicos, huyen siempre, guiados por una impulsiva inteligencia” (Giardinelli, 2009: 91). Con la finalidad de que el número de guanacos no decreciera, los selk’nam desarrollaron todo un sistema de ampliación de los extensos pastizales mediante el uso del fuego. Quemaban el sotobosque, una

mezcla de arbustos y plantas bajas, para que en la primavera brotaran pastos jóvenes y otras cubiertas vegetales que atrajeran a los guanacos. De este modo, cazaban un animal salvaje que ellos mismos habían ayudado a



alimentar y que luego les procuraría su sustento. Es posible que alguno de estos incendios fuera visto por los hombres de Magallanes en 1520, contribuyendo a la elección del nombre de Tierra del Fuego.

El guanaco era cazado por los selk'nam con arco y flecha. Dado su carácter esquivo, su desconfianza del ser humano y su extrema agilidad, la caza resultaba en ocasiones muy complicada. No obstante, los selk'nam llevaban miles de años perfeccionando sus técnicas para cobrar estas escurridizas presas, al principio con lanzas y después con arcos, muchas veces ayudados por sus perros. Ataviados con una piel de guanaco sujeta con nervios del mismo animal, los cazadores se tocaban la cabeza con un gorro en forma triangular llamado *xochil*, que al estar confeccionado con pieles les servía también para ocultarse. Hombres y mujeres se adornaban con collares y brazaletes hechos de pequeños huesos de pájaro o conchas y de valvas de moluscos.

Las tácticas de caza variaban en función del número de cazadores que participaran en la persecución, de la estación del año en la que se encontraran, del conocimiento del terreno donde se desarrollara la acción o incluso de la edad de los animales. El cazador se guiaba por su instinto para localizar la tropilla y perseguía al animal hasta que este se ponía a tiro. En el momento del disparo dejaba caer su capa al suelo y lanzaba el proyectil, conservando varias flechas entre los dientes para usarlas inmediatamente en el supuesto de fallar al primer intento. Si la flecha no acertaba un órgano vital, el animal podía errar todavía durante un largo trecho y el cazador estaba obligado a

perseguirlo, para lo que se ayudaba frecuentemente de sus inteligentes perros. Este arte de “caza por aproximación” implicaba habitualmente largas caminatas que podían durar todo el día.

Un cazador podía recorrer más de treinta kilómetros en una misma jornada, insensible al hambre y a la fatiga, hasta su regreso al campamento familiar. También se realizaba la “caza al acecho”, en la que el arquero se apostaba pacientemente en los lugares de paso de los animales a la espera de su presa.

Arqueros selk’nam. Fotografía: William S. Barclay, 1902, Museo del Fin del Mundo.

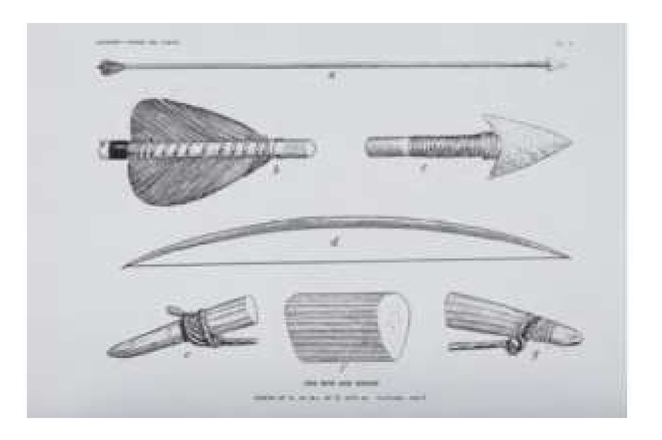
Para la “caza comunitaria” se movilizaban varios hombres pertenecientes a distintas familias. Ayudados por sus perros, atraían los guanacos a un cerco preparado con anticipación. El estanciero de origen británico Lucas Bridges, que convivió con los selk’nam en su hacienda Harberton al sur de la isla Grande, nos relata una de estas cacerías colectivas:

Catorce hombres estuvieron fuera por cinco días y solo cazaron cinco guanacos. Dos noches acamparon en el monte sin abrigo alguno. Una noche fueron empapados por una fuerte lluvia (…) Su práctica es la de traer a su casa la mejor parte de esos animales, de modo que, cuando están afuera, usan la cabeza y partes huesudas. También se limitan a dos comidas por día: una es lo primero que hacen por la mañana y la otra cuando regresan al campamento por la noche. La extensión de tierra que atraviesan siguiendo a sus perros es sorprendente y llegan a alejarse mucho; la maravilla es cómo se las ingenian para encontrarse de nuevo en su campamento temporario en la noche, aunque a menudo esta ya ha avanzado mucho antes que lleguen los cansados y cargados cazadores. Por cierto, esta gente demuestra gran fortaleza, persistencia y energía al perseguir su caza, sea de guanacos en el monte, sea de lobos en el agua (Bridges, 1998: 76).

Una vez abatida la pieza, si era de regular tamaño, se cortaba en varias partes y se repartía entre los distintos cazadores para su transporte de vuelta a casa. Un guanaco adulto, de noventa kilogramos de peso, podía satisfacer las necesidades de alimentación de dos o tres familias. Nunca se mataban más animales de los necesarios, puesto que los selk’nam no habían desarrollado medios para la conservación a largo plazo de la carne.

Estudiando las huellas que dejaban en el suelo, los cazadores podían saber la edad e incluso el tiempo transcurrido desde que el animal había pasado por ese lugar. El proceso de despiezar al animal implicaba también la extracción de la piel, que se utilizaba como abrigo, siempre con el pelo del animal colocado hacia fuera. Un trozo de esa piel les servía para fabricar sus mocasines, que tanto llamaron la atención de los primeros exploradores que creyeron que el tamaño de sus pies era descomunal. Los *xamni* o zapatos resultaban muy abrigados y se hacían con hierba seca y cuero de guanaco. También confeccionaban diversos utensilios con los huesos, nervios y tendones del animal, como las puntas de flechas, el hilo para coser sus pieles o la cuerda para sus arcos. Prácticamente no existía ninguna parte apreciable del animal que no se utilizara para algún fin.

Los hombres selk'nam jamás se separaban de su arco, siempre preparados para abatir la presa en cuanto se presentara la primera oportunidad. En la espalda llevaban el carcaj hecho de piel de lobo marino, y en su interior una docena o más de flechas construidas en madera de calafate (*Berberis buxifolia*) y con la punta en sílex modelado



con mucha precisión. Cuando los navegantes europeos empezaron a frecuentar sus costas y la presencia del vidrio se hizo más usual, los selk'nam prefirieron fabricar sus flechas talladas en ese material. Los fragmentos de vidrio y de hierro los obtenían por intercambio o aprovechando los restos de los naufragios, y se convirtieron pronto en un excelente sustituto de la piedra. En todo caso, la preparación de estas armas llevaba mucho trabajo y los hombres dedicaban gran parte de su tiempo a ello. El padre De Agostini, en una de las escenas de su famosa película *Terre Magellaniche*, filmó al selk'nam Pachek en el proceso de confección de arco y flechas:

Al calor del fuego curva pacientemente una rama de haya, la que pule

después con un vidrio o con los cantos de una piedra de aristas vivas. Elabora la cuerda de su arco con tendones de guanaco que somete a una prolongada masticación, y después tuerce y trenza en un cordón uniforme. La punta de la flecha es de vidrio o de sílice, hábilmente construida por medio de presiones efectuadas con la mano derecha. La punta de la flecha es fijada en el asta por medio de tendones de guanaco. La aleta de la flecha la forman con pequeñas plumas de avutarda, que el indio empareja hábilmente con una brasa.

Arcos y flechas selk'nam, según una plancha del libro de Lothrop, 1928.

Los cazadores llevaban también colgada una pequeña bolsa, llamada *shoshostel*, conteniendo todo lo estrictamente imprescindible para la expedición cinegética: Dos piedras de chispa, hongo seco, plumas para las flechas, (…) puntas de flecha, nervios de guanaco, pinturas, brea procedente de los naufragios, para poner en las flechas, vidrio y piedra especial para puntas de flechas, un huesito para trabajar el vidrio de la flecha, una piedra para quebrar la punta de aquel hueso a fin de que siga

sirviendo, un pedacito de cuero de zorro sobre el cual ponen el polvo de piedra para alisar las flechas, nervios para los arcos, flechas, etc., grasa para pintarse, aceite de lobo o de pájaros que guardan en una vejiga de lobo, el cuchillo y un pedacito de piedra para afilarlo (Gallardo, 1910: 264).

La bolsita era muy ligera; pesaba poco más de un kilogramo, para no entorpecer la marcha del cazador, y su contenido debía servirle tanto para hacer fuego como para reparar sus armas sobre el terreno. En la bolsa de cuero de guanaco que portaba Seriot cuando fue asesinado se encontró un raspador, un perforador, dos cuchillos, tres formones y una piedra de afilar, todas herramientas destinadas a aprestar el arco y las flechas para la caza (Outes, 1906: 289).

Una actividad complementaria pero que suponía un importante aporte a la alimentación de los selk'nam era la caza de los cururos, de la que normalmente se encargaban con gran pericia las mujeres. También llamados tuco-tuco, son roedores que habitaban por miles la estepa fueguina y que eran muertos en sus madrigueras por medio de un palo alargado con el que se los golpeaba. Estos pequeños mamíferos

horadaban enormes extensiones de tierra para construir sus túneles, lo que ocasionará muchas complicaciones a los caballos de los exploradores y colonizadores cuando traten de atravesar su territorio. Al ser ocupada la mayor parte de la estepa fueguina por los ganaderos, los cururos serán exterminados debido al temor a que las ovejas se quiebren las patas en sus oquedades.

Las mujeres selk'nam también recolectaban en las playas mariscos y moluscos que quedaban al descubierto después de la marea, tales como lapas, centollas, almejas y mejillones, cuyas valvas utilizaban como herramientas cortantes u objetos decorativos.

En las tareas de recolección de moluscos podían participar todos los miembros del grupo familiar, ancianos y niños incluidos. En la costa norte de Tierra del Fuego se han encontrado restos arqueológicos de corrales de pesca, formados por murallas de piedras que permitían capturar peces en la bajamar y que eran usados colectivamente, tanto por los selk'nam como por los kawésqar que frecuentaban esa región.

Esporádicamente, una ballena varaba accidentalmente en la costa, lo que constituía un importante acontecimiento social para la comunidad selk'nam. Enseguida las familias que se encontraban en los alrededores aprovechaban la carne y la grasa del animal, y avisaban mediante señales de humo a los habitantes de comarcas más alejadas. A diferencia de los yaganes y kawésqar21, que eran unos expertos navegantes y podían acercarse al animal si este quedaba inmovilizado lejos de la playa, los selk'nam dependían de la marea para que la ballena muerta estuviera a su alcance.



La ballena u *ochen* tenía una gran importancia en la mitología selk'nam, de tal modo que Xalpen, uno de los *shoort* del *Hain*, está inspirado en este animal (Gusinde, 1982: 907). Otro de estos espíritus, Tanu, parece representar también una pequeña ballena, con su cabeza

en forma triangular y su cuerpo abombado. Por otro lado, existe un canto selk'nam llamado *Kaisiya* que tenía por finalidad atraer a la costa a la ballena moribunda. Una vez avistada en el horizonte, el *xon* o chamán repetía sin cesar la misma letanía para lograr que la marea trajera hasta la playa al animal muerto.

En los meses que van de diciembre a marzo recogían los huevos de cormoranes, patos, cauquenes y avutardas, cuyos pichones cazaban después con bastante habilidad.

En las noches sin luna los cazadores acudían a los lugares donde dormían las aves, muchas veces en zonas escarpadas y de difícil acceso, y con una antorcha deslumbraban a los pájaros, a los que seguidamente daban caza con un golpe preciso propinado por un bastón.

Grupo de selk'nam en marcha, 1907. Fotografía: Charles W. Furlong, Darmouth College Library.

Las plumas de algunas de estas aves eran empleadas en la elaboración de flechas y servían para la estabilización del proyectil al objeto de dirigir su vuelo. El último complemento a la alimentación de los selk'nam, pero no menos esencial que los anteriores, era la recolección de bayas de arbustos como el calafate, el michay (*Berberis ilicifolia*) o la chaura (*Pernetya mucronata*), gruesos hongos del género de la *Cyttaria* y tubérculos como la achicoria y el apio silvestre. También abundaban pequeñas semillas de *Sisymbrium*, que, secadas al sol o tostadas sobre una brasa, servían para la preparación de una pasta muy nutritiva. El botánico Raúl Martínez Crovetto llevó a cabo en 1965 un trabajo de campo mediante entrevistas a algunos de los selk'nam más

destacados de la época: Ishton, Kiepja, Rupatini, Paka, Loij o Minkiol. Allí llegó a identificar 182 especies de plantas con sus nombres originarios, de las que más de 50

serían comestibles y muchas de ellas tenían usos medicinales. En palabras de la botánica, la doctora Marian Berihuete Azorín: "apenas se ha prestado atención al uso de los vegetales en esta zona, dejándose fuera de los estudios no solo una parte esencial de la subsistencia, sino también la importancia socioeconómica de todo el grupo social encargado de su explotación: las mujeres" (Mansur, 2012: 137).

Vida social y familiar

Los selk'nam se movían por su territorio en pequeños grupos formados por dos o tres familias de quince personas como máximo. Pertenecientes con frecuencia al mismo linaje, se trasladaban de un lugar a otro en pos del alimento, distribuyéndose claramente las funciones entre cada integrante del grupo. Los hombres caminaban delante con sus arcos y flechas prestos para abatir cualquier animal con el que se encontraran; las mujeres les seguían, acarreando todos los utensilios domésticos y muchas veces porteando en la espalda un bebé, envuelto en la misma piel de guanaco que la de la madre; más atrás seguían los ancianos y los niños. Los desplazamientos se hacían por senderos bien conocidos y el grupo caminaba siempre al ritmo del más lento, sin dejar a nadie atrás. El rumbo a tomar se decidía conjuntamente por los guías del grupo y respondía generalmente a los movimientos estacionarios de la caza.

Aunque en la sociedad selk'nam tradicional el hombre tenía una mayor preponderancia, el papel de la mujer era muy importante. Según la antropóloga Anne Chapman, la mujer selk'nam "era muy digna; capaz de enfrentar la autoridad masculina, de abandonar a un marido abusador, de desafiar a un chamán varón midiendo sus propios poderes con los de él. Si las circunstancias lo requerían, ella sola podía cazar guanacos con la ayuda de perros o alimentar a su familia con peces, moluscos y plantas. Las mujeres no eran simples reproductoras ni resignadas trabajadoras, ni tampoco esposas sumisas" (Chapman, 2007: 99). También las personas mayores eran respetadas y escuchadas y gozaban de una gran autoridad moral debido a su edad y experiencia: "El joven debe ser generoso con los ancianos, escuchar sus consejos y ayudarles mucho en sus necesidades. El joven debe ser estoico, resignado, y aprender y resistir el hambre. El joven no debe ser glotón. El joven debe siempre demostrar su generosidad, sobre todo repartiendo la carne de su caza entre los compañeros" (Gallardo, 1910: 238). La mayoría de los chamanes que conocían las técnicas de curación para enfermedades y accidentes eran personas de avanzada edad, que habían adquirido esos conocimientos en su larga vida. Y es que la medicina

selk'nam estaba sustentada en una sabiduría atesorada durante miles de años y que entroncaba directamente con las hierbas y plantas proporcionadas por la naturaleza.

Los encuentros amigables con otras familias eran usuales, momento

aprovechado para la interacción social y el trueque. Se organizaban cacerías en las que participaban un mayor número de hombres, lo que les permitía cobrar más piezas de las habituales.

También se reunían para las uniones de parejas, para los intercambios de regalos y materias primas o para escenificar sus ceremonias rituales. El encuentro o reunión de mucha gente se denominaba *kuashketin*. Nos lo cuenta Chapman tras entrevistar a sus informantes selk'nam: "se celebraban toda clase de competencias entre chamanes, tiro al arco, carreras a pie, luchas. Efectuaban cambios de bienes a corto plazo que llamaremos regalos precisamente porque el cambio se realizaba en un contexto ritualizado. Los que deseaban convocar gente para participar en un *kuashketin* mandaban mensajeros a los campamentos tanto de su propio territorio, de su linaje, como de otros, para informar del lugar y de la fecha aproximada de la reunión" (Chapman, 2002: 143).

La lucha era uno de los deportes preferidos de los selk'nam y solían enfrentarse hombres de distintos clanes, sin armas, trabándose en un combate cuerpo a cuerpo que terminaba siempre sin víctimas. Los amigos y familiares contemplaban con expectación las evoluciones sobre el terreno de los luchadores, que peleaban durante horas, hasta que uno de los dos caía por agotamiento o a consecuencia de un golpe certero de su contrincante. Por la noche, en torno a las hogueras, la gente comentaba divertida los mejores momentos de las peleas del día y el nombre de los vencedores se pronunciaba con respeto.

Otro de los entretenimientos más habituales eran las competiciones de tiro con arco, una actividad en la que los selk'nam eran probados expertos. Existían diversas variantes, como tiro al blanco fijo o móvil o el tiro a distancia. En el primer caso se trata de demostrar la puntería, calculando el arquero la velocidad del viento y la distancia al objeto de trazar la parábola precisa y acertar en el blanco: "Para el tiro al blanco les sirve de arma el arco, de proyectil una flecha inservible o una desprovista de la punta, punta que guardan para que no se pierda, y de blanco algún trozo de cuero o un pájaro muerto. En este ejercicio demuestran una habilidad asombrosa e insuperable. Lo mucho que les cuesta hacer una flecha, es la causa de que en este entretenimiento no usen sus flechas buenas" (Gallardo, 1910: 344). En la modalidad de tiro móvil, en la que se utilizaban flechas con la punta roma, uno de los hombres actuaba como blanco, protegido por una piel de guanaco. El arquero disponía de un número de flechas limitado con el que debía tratar de acertar a su compañero.

Los viajeros y exploradores se sorprendieron de la extraordinaria

maestría de los selk'nam en el manejo del arco. Un ejemplo de ello era el tiro a distancia, donde con frecuencia las flechas alcanzaban más de doscientos de metros, para lo que era imprescindible una considerable fuerza muscular. El famoso etnólogo alemán Martin Gusinde pudo asistir a una de estas exhibiciones, en la que varios arqueros se colocaron en fila y dispararon sus flechas simultáneamente. Enseguida todos corrieron hacia el sitio donde se habían clavado, reconociendo la flecha propia por el emplumado, lo que permitía discernir al ganador. Para el sacerdote, "[e]l arco y la flecha son los inseparables compañeros del selk'nam. ¡Qué bien ha sabido combinar las escasas materias primas que le ofrece su tierra natal para fabricar los medios de tan vital importancia para su vida económica!" (Gusinde, 1982: 224).

Los selk'nam practicaban el trueque entre los distintos grupos familiares, otorgándole un valor determinado a cada objeto. Algunos de los artículos intercambiados eran la pirita para hacer el fuego, las maderas para fabricar arcos y flechas, los ornamentos de plumas de pájaros o las conchas de moluscos. También realizaban intercambios con sus vecinos, sobre todo con los pescadores kawésqar del oeste, a los que entregaban carne y pieles de guanaco a cambio de productos del mar, como grasa de ballena o cueros de lobos marinos.

La ornamentación selk'nam estaba formada por distintas piezas, como collares, brazaletes o gorros, confeccionados con cueros, plumas y huesos de animales y pájaros.

La escritora y artesana selk'nam Margarita Maldonado incluye en su libro un capítulo dedicado a este aspecto, con profusión de fotografías. Allí podemos contemplar el *Own de sheltrr*, tocado hecho de plumas y cuero de guanaco que usaban los *xon*; los *kelcher*, collares de caracoles engarzados empleados por mujeres y niñas para engalanarse; o los *t'otes*, unos adornos hechos con pequeños huesos de alas de pájaros a los que se les añadía un toque de color rojizo. Las mujeres también trenzaban cestas y canastos elaborados con un junco llamado *táyu* (*Marsippospermum grandiflorum*), que servían para la recolección de alimentos, y bolsas de cuero, mucho más cómodas de transportar y que ofrecían mayor protección contra la humedad.

Los selk'nam tenían la costumbre de pintarse en distintas partes de su cuerpo por variados motivos. Puntos y rayas, motivos geométricos y abstractos, la pintura corporal selk'nam forma parte ya del patrimonio artístico de América y su estética ha inspirado a una gran cantidad de pintores y artistas de todo el mundo que en sus obras reflexionan sobre los conceptos de etnicidad o genocidio22. La arqueóloga Dánae

Fiore ha estudiado la información etnográfica y las evidencias arqueológicas del uso de la pigmentación entre los selk'nam, señalando el empleo de tres colores, blanco, negro y rojo, que se obtenían usando tierra, arcillas y cenizas vegetales, y que se mezclaban con agua, grasa

y aceite para lograr su adherencia a la piel. Se recurría a la pintura en variadas situaciones de la vida diaria y servía para expresar un estado de ánimo, prepararse para una visita o una cacería o señalar alguna circunstancia especial, como la primera menstruación, un compromiso o el duelo por el fallecimiento de un familiar. En cualquier caso, es en la ceremonia del *Hain* donde la pintura corporal aparece representada más frecuentemente: "era utilizada continuamente durante la ceremonia por los hombres adultos, ya iniciados, por los candidatos, muchachos que iban a ser iniciados, llamados *klóketens* en lengua selk'nam, y también por las mujeres, que actuaban principalmente como 'espectadoras' en esta iniciación masculina, pero que también pintaban sus cuerpos en algunos momentos específicos durante la ceremonia"

(Fiore, 2001: 212).

Los tatuajes también eran comunes, como lo describe el antropólogo Robert Lehmann-Nitsche, que pudo examinar a varios selk'nam llevados a Buenos Aires:

"tiene los dos antebrazos tatuados; de la mitad interna de la articulación del codo desciende hacia el lado radial una línea hecha de pequeñas rayas transversales negra-azulada, cada raya mide apenas un centímetro de longitud: este tatuaje se llama *etetéi*.

Hay más cicatrices blancas en forma de líneas largas y paralelas, llamadas *toxt*; estas cicatrices van del lado radial del antebrazo hasta la mitad del brazo; se encuentran también en las piernas. Un segundo tipo de cicatrices está representado por puntos redondos, blancos y aislados, sobre el antebrazo" (Lehmann-Nitsche, 1915: 177).

Los vínculos entre las diferentes familias selk'nam nos muestran a un pueblo pacífico, habituado a compartir entre todos los miembros del grupo los recursos de la naturaleza y donde el interés de la comunidad prevalecía por encima de los intereses individuales. Lucas Bridges describe el reparto de una expedición de caza en la que participan varios hombres:

Al carnear un guanaco, los onas generalmente dividían la res en seis

pedazos para facilitar su transporte. Esta vez, Talimeoat cortó el animal en tantos trozos como hombres y a cada uno le arrojó su parte. En cada caso, el beneficiado era el único individuo que no mostraba interés en este reparto; simulaba estar arreglando el fuego o secando sus mocasines, o mirando al vacío, hasta que otro miembro del grupo le llamaba la atención sobre el regalo recibido; entonces él lo levantaba casi sin mirarlo, y sin demostrar ningún placer lo ponía a su lado. Talimeoat y Kaichin no se habían reservado ni un pedacito, ni siquiera el pecho, que siempre era considerada la porción del matador. Después de un rato, algunos de aquellos a quienes, quizás a propósito, se les había dado una porción mayor que a los demás, la dividieron con los afortunados cazadores (Bridges, 1952: 221).

La guerra era prácticamente desconocida entre los selk'nam; así lo prueba el desarrollo de sus armas, ideadas exclusivamente para las actividades de caza, y los múltiples relatos de viajeros, que siempre ponderaron el carácter apacible de los habitantes de Tierra del Fuego, bien dispuestos a socorrer a los náufragos o entablar relaciones cordiales con los recién llegados. El selk'nam Luis Garibaldi Honte evoca la época anterior a la llegada de las ovejas a la isla: "Los indígenas en aquel tiempo no eran malos porque ellos protegían a los náufragos. Encontraban a un náufrago que se había accidentado, otro que había quedado exhausto y los llevaban a su campamento. Si no podían caminar, se los cargaban sobre sus espaldas. En eso demuestra que no era gente que recibía mal a los extranjeros, sino que el blanco fue el malo, el europeo" (Chapman, 2002: 66).

Julio Popper, el polémico explorador de Tierra del Fuego, describió a los selk'nam así: "Se hallan dotados de elevados y nobles sentimientos humanitarios, tienen raciocinio sensato, son magnánimos hasta el punto de saber perdonar a sus enemigos, más aún, llevan el desdén de la venganza, hasta compensar el mal con el bien, hasta convertirse en protectores de la raza que los persigue, conduciendo a náufragos varados en las playas, hacia los puntos donde pueden encontrar auxilio (…) no son caníbales, ni los salvajes de los modernos tratados de etnografía, sino hombres afectuosos que tienen un acentuado cariño hacia sus hijos, como los hijos hacia sus padres; que llevan largo luto por sus difuntos pintándose al efecto el rostro de negro"[23]. Nos lo confirma otro gran conocedor de los selk'nam, el padre De Agostini: "el indio ona jamás se demostró belicoso sino para tutelar sus bienes, sus tierras y su familia. Nunca fue sanguinario, tan solo cuando se vio tomado de mira por los blancos, se vengó por represalia, y a veces terriblemente" (De Agostini, 1956: 288). En efecto, a pesar de su carácter afable, los selk'nam serán capaces de defenderse valientemente de las agresiones de los empleados de las

estancias e incluso llevarán a cabo toda una estrategia de resistencia cuyo fin último sería expulsar a los asaltantes de su tierra.

Otros autores nos hablan también de enfrentamientos y rencillas entre selk'nam, aunque estos se circunscriben a la última fase de la invasión de los colonizadores, cuando amplias regiones del centro y norte de la isla habían sido ocupadas por el

"hombre blanco". Esta usurpación violenta del territorio expulsó a los grupos sobrevivientes hacia los bosques del sur, zonas de superficie muy reducida donde los selk'nam inevitablemente entraban en colisión entre sí en su búsqueda de unos recursos alimenticios cada vez más escasos: "Cuando los blancos comenzaron a establecerse en la tierra de los onas, muchos de los aborígenes se vieron obligados a invadir los territorios de caza a que decían tener derecho otros grupos de indios del sur, los que a su vez se vieron forzados a internarse en las montañas. Todo esto provocaba rivalidades y peleas

en mayor grado que antes de la intrusión de los blancos, y por consiguiente las grandes y amistosas reuniones escaseaban" (Bridges, 1952: 438).

Hay que acotar, sin embargo, que el alcohol no pareció interesar nunca a los selk'nam. Introducido en la Patagonia por comerciantes sin escrúpulos, se convirtió en un gravísimo problema que afectó a pueblos como los aónikenk. El alcohol siempre figuró en la mochila de los conquistadores, que lo usaban como un medio para doblegar la voluntad de los nativos. Tampoco los selk'nam se sintieron atraídos por el tabaco o las bebidas estimulantes como el café o el té, ni siquiera entre aquellas personas sometidas por largo tiempo a la influencia de los colonizadores.

Precisamente por esta razón, debemos poner en duda la veracidad de la llamada

"matanza de la playa de Santo Domingo". Algunos autores como José María Borrero sitúan esta supuesta masacre en el norte de la isla Grande hacia el año 1900 y cuentan que unos cuatrocientos selk'nam fueron invitados a un banquete donde, tras emborracharlos y perder el conocimiento, fueron asesinados alevosamente (Borrero, 1999: 39). Pero, como hemos dicho, los selk'nam no bebían y además el número de víctimas es absolutamente exagerado, por tanto, esta historia resulta inverosímil. En contraste, no hay ninguna exageración en los asesinatos llevados a cabo por los empleados de las estancias y que están ampliamente documentados, como podremos comprobar en


páginas sucesivas.

Las ceremonias rituales

La escenificación de rituales ceremoniales entre los selk'nam era de gran importancia; estos podían durar varios meses dependiendo del tipo de rito a ejecutar. La ceremonia del *Hain* es la representación más conocida. A través de ella se simbolizaba el paso a la edad adulta de los jóvenes, *klóketen*, que eran sometidos a diversas pruebas y recibían la sabiduría de su pueblo directamente de los chamanes o *xon*. Ya en 1914 pudo ser registrada por el sacerdote Juan Zenone, que nos dejó una extensa descripción de la misma, relatando las actividades diarias de los aspirantes e indicando los nombres de los espíritus o *shoort* 24.



Tres *shoort* secundarios, 1923. Fotografía: Martin Gusinde, Instituto de la Patagonia Sin embargo, fue Martin Gusinde quien divulgó mundialmente este ritual con sus escritos y fotografías. El sacerdote pudo asistir a una representación ejecutada por el gran chamán Tenenesk, que se celebró entre el 21 de mayo y el 7 de julio de 1923: El escenario era una pradera, ubicada en un lugar bien escondido, rodeada de bosques, se extendía de norte a sur por casi un kilómetro,

con un ancho medio de unos doscientos veinte pasos. En su lugar, más estrecho, ubicado más o menos en la mitad de su extensión lateral, el piso se elevaba algo hacia el este, hasta alcanzar el linde del bosque. Justamente en esta pequeña cuesta se construyó la Choza Grande, muy pocos pasos fuera del bosque y con la ancha entrada abierta hacia el este. Al lado oeste de la pradera, justamente enfrente de la Choza Grande y a una distancia de unos ciento noventa pasos se hallaba el campamento estable con las distintas chozas destinadas a vivienda, bajo la protección de los árboles, y no más de treinta metros bosque adentro.

Desde aquí se tenía una vista libre hacia la Choza Grande, cuya entrada permanecía invisible para todos los ocupantes del campamento (…) El estado de ánimo de todos los ocupantes del campamento estaba preparado de la mejor manera posible, y cada uno esperaba la iniciación de la fiesta con impaciencia. Los hombres cobraron fuerzas nuevamente con un abundante asado, los padres de familia en su propia choza, los solteros en parte en la de sus parientes, en parte ya en el *Hain*. Después de las dos de la tarde, un hombre tras otro se dirigió disimuladamente y a buena distancia de los demás a la Choza Grande. Yo mismo tuve que quedarme en el campamento. Al empezar me presentarían a la manera de un *klóketen*, pero después sería tratado como uno que ya ha pasado por el examen (Gusinde, 1982: 821).

Una parte esencial en esta representación era la participación de los distintos espíritus, cada uno con su máscara y su pintura ritual característica, divididos entre aquellos que proceden del cielo y los que emergen del inframundo. Xalpen, el espíritu femenino subterráneo con su poder omnímodo; Tanu, hermana y enviada de la anterior; Olum, el restaurador de vida; Halaháches, el espíritu masculino del cielo; Matan, el bailarín; Keternen, el recién nacido que simboliza el comienzo del ciclo; Koshménk, escindido a su vez en cuatro espíritus que representan los puntos cardinales; o Ulen, veloz como el viento. En total catorce espíritus principales y varios de carácter secundario que nos hablan de la riqueza del panteón selk'nam.

Señalemos, sin embargo, que la obra de Gusinde, bien que irremplazable, estuvo signada por su empeño en demostrar el monoteísmo religioso de los selk'nam. Además, para la época de su visita a Tierra del Fuego los supervivientes se encontraban en un avanzado proceso de aculturación, que incluía la adopción de una serie de hábitos de origen europeo. El grupo que conoció Gusinde hacía tiempo que no llevaba a cabo sus rituales tradicionales y, de hecho, solo aceptaron escenificar la ceremonia del *Hain* a cambio de la

entrega de regalos y dinero. El estudio atento de las series fotográficas nos permite ver a los mismos actores vestidos con atuendos selk'nam y, al instante, con ropas occidentales o viceversa. Es decir, a pedido del fotógrafo, se revestían de sus antiguos hábitos con la finalidad de que la escena resultara más "auténtica". Estas discutibles prácticas antropológicas nos hacen evocar con tristeza la época en la que más de cuarenta linajes selk'nam se enseñoreaban de la Tierra del Fuego.

Anne Chapman, que pudo recopilar los relatos orales que le transmitieron las ancianas selk'nam, especialmente la *xon* Kiepja, señaló el triple propósito de la ceremonia:

1. Se iniciaba ritualmente a los jóvenes varones a la adultez y se los sometía a un período de adiestramiento que se prolongaba durante todo el transcurso del *Hain*. Se les enseñaba las tradiciones religiosas y míticas que eran exclusivas, en parte, de los hombres; el comportamiento ético correcto, las técnicas y las exigencias de la caza.

2. Era igualmente importante la "instrucción" que recibían las mujeres, la cual afirmaba la dominación social masculina. A menudo los "espíritus" las amenazaban y les infligían castigos.

3. También el *Hain* se constituía en el principal foco del intercambio social. Congregaba a personas que rara vez tenían oportunidad de encontrarse y mitigaba los conflictos.

Además, era fuente de expresión artística y de expansividades para todo el mundo (Chapman, 2002: 197).

Según Federico Echeuline, en un testimonio recogido también por Anne Chapman, el último *Hain* se celebró en 1933, organizado por las escasas familias sobrevivientes de las grandes epidemias de los años 1924 y 1929, cuyo foco se localizó en las estancias ganaderas de la zona.

La celebración del *Hain* no era la única ocasión de reencuentro en la colectividad selk'nam. La muerte de una persona implicaba siempre una serie de rituales funerarios.

Los amigos y vecinos acudían desde los *haruwen* cercanos a acompañar en el duelo a la familia, entonando lastimeros cantos fúnebres y exteriorizando su dolor pintándose la cara o realizándose escarificaciones en piernas, brazos o rostro. También se cortaban el cabello en forma de tonsura como señal de luto. Los selk'nam enterraban a sus muertos envolviendo el cuerpo en su capa de guanaco y cubriéndolo bajo montones de piedras y ramas para

defenderlo de la voracidad de los animales salvajes. Inmediatamente después abandonaban el lugar de la sepultura con la finalidad de dejar descansar para siempre al fallecido. No hay constancia de que realizaran cremaciones y los únicos huesos calcinados que se han encontrado en las excavaciones arqueológicas corresponden a animales, aunque es cierto que muchas veces realizaban un fuego sobre la tumba para eliminar todo rastro de enterramiento. Por supuesto, no permitían la profanación, lo que no impidió que muchos de los exploradores de Tierra del Fuego se procuraran algún cráneo o esqueleto desenterrado furtivamente. Este lúgubre comercio tan generalizado en la época hace que hoy en día decenas de museos e instituciones de Europa y América todavía tengan en sus depósitos restos humanos selk'nam.

Los selk'nam tenían un amplio registro de cantos vocales, locuciones verbales y representaciones sonoras, que se usaban en distintas circunstancias y momentos de la vida familiar y comunitaria; al atender a un enfermo, para preparar la caza, como lamento por una persona fallecida, durante un eclipse de luna, *etc.* Al igual que sucedió con el idioma, considerado gutural y estridente por muchos viajeros, los cantos selk'nam fueron percibidos muy negativamente por los primeros exploradores. Para Gallardo, "ni la música vocal ni la instrumental tiene importancia entre los onas, siendo así una excepción entre los pueblos salvajes. Puede decirse que en este pueblo solo existe la primera, y que les agrada aun cuando es de una forma sumamente primitiva, pues solo producen ruidos sin armonía; su melopeya es triste, monótona, insípida, chata, sin el más mínimo asomo de belleza (…) producen un sonido desagradable e indescriptible. Lo que sí se nota algunas veces es un ona silbando, pero lo hace sin melodía" (Gallardo, 1910: 162).

En realidad, Gallardo simplemente estaba juzgando los cantos selk'nam desde su particular visión que consideraba a este pueblo como "primitivo". Mucho más complejo es el análisis realizado por el etnomusicólogo Jorge Novati, que estudió las cintas

sonoras conservadas en los archivos y viajó a Tierra del Fuego en 1967 para grabar a Rupatini y Loij. En sus escritos afirmó que "la totalidad del patrimonio musical de los selk'nam estuvo ligada a manifestaciones rituales" (Novati, 1970: 395) y estableció una clasificación de los cantos en función de su finalidad: canciones referentes a hierofanías celestes, cantos y danzas concernientes a fenómenos meteorológicos, canciones para favorecer la caza, cantos fúnebres, cantos y danzas relacionados con las ceremonias chamánicas y el *Hain* o rito de iniciación masculina.

La choza y el fuego

Dado su carácter nómada, los selk’nam nunca permanecían más de tres o cuatro días en el mismo sitio. Generalmente eran las mujeres las que se encargaban de trasladar los materiales necesarios para montar las tiendas, como ramas y pieles. La construcción de las chozas, de tipo circular, era rápida y sencilla, como corresponde a campamentos que solamente iban a ser utilizados por unos pocos días. Hay que tener en cuenta que los selk’nam no disponían de animales de carga como los aónikenk, lo que obligaba a que los materiales fueran muy ligeros para poder ser transportados a pie. Las chozas estaban hechas con palos de mediana longitud sobre los que se colocaban cueros de guanaco, además de ramas y hojas, dejando siempre un hueco para que saliese el humo.

En el interior de la tienda colgaban los canastos que las mujeres tejían al estilo de los yaganes. Confeccionados con junco trenzado, se ayudaban para su elaboración con un punzón de hueso, empezando por el fondo y terminando en la boca del canasto.

Las chozas tenían un metro y medio de diámetro, de tal modo que el espacio fuera lo suficientemente grande para albergar a una o dos familias. En el suelo se colocaba hierba y hojas secas y, justo en el centro, se mantenía permanentemente encendido un pequeño fuego. Los miembros de la familia dormían unos junto a otros, incluyendo a los pequeños y fieles perros de caza, cuya función era proporcionar calor a los humanos y que en ocasiones ejercían de improvisadas nodrizas de los niños y niñas más pequeños. La abertura de la choza, de unos sesenta centímetros, siempre se situaba hacia el oriente, lo que les permitía recibir los primeros rayos del sol nada más despuntar el nuevo día y, además, protegerse de los vientos del oeste, que en la Tierra del Fuego soplan con enorme fuerza. Durante la jornada, cuando el viento arreciaba y necesitaban realizar un alto en la caminata, simplemente improvisaban un paraviento con palos y pieles como resguardo. En todo caso, la ubicación de la choza se encontraba siempre en un lugar estratégico que les permitiera dominar los alrededores y advertir la presencia de extraños en su territorio.

El fuego era un elemento imprescindible para la supervivencia de los selk’nam, que habitaban lugares fríos y con clima muy extremo. Las hogueras eran encendidas con pirita de hierro y setas secas, y como antorchas se empleaban ramas confeccionadas con tallos de chaura, que tiene la propiedad de arder con una llama duradera. La recogida

de la leña era una tarea colaborativa en la que participaba la familia al completo: "los niños traen estacas y ramas finas; la mujer quiebra las ramas que puede alcanzar con la mano y recoge leños más grandes; el hombre trae a la rastra troncos gruesos" (Gusinde, 1982: 187). Todos los elementos para realizar el fuego, pirita, pedernal y yesca, se transportaban en las marchas guardados cuidadosamente en bolsas de piel de guanaco o zorro o en pequeñas canastas.

Además de para calentarse, los selk'nam daban al fuego múltiples usos. Por ejemplo, para cocinar brevemente la carne o para cocer los moluscos y lograr así la apertura de las valvas. También se usaba para templar determinadas materias primas que podían luego ser moldeadas con más facilidad. En todas las ceremonias rituales y sociales de los selk'nam el fuego tenía un papel protagonista y siempre había una gran fogata encendida que era alimentada por todos los presentes: hombres, mujeres y niños. En las zonas boscosas la madera estaba disponible de forma casi ilimitada, mientras que en las comarcas esteparias era más difícil de recolectar.

El perro fueguino, un misterio sin resolver

Los perros eran los únicos animales domésticos que convivían con los selk'nam. Ágiles, delgados y de pequeño tamaño, eran ideales compañeros por sus características para la caza del guanaco: "El ona reconoce inteligencia en su perro y por consiguiente, cuando va de caza y pasa algún tiempo sin que este encuentre rastros, el indio fija su atención en el rumbo que aquel quiere tomar y lo sigue pacientemente aun cuando crea que está equivocado. La práctica le ha revelado que el perro sabe lo que hace tan bien como el hombre" (Gallardo, 1910: 200). El arqueólogo Ricardo Latcham los describió de la siguiente manera: "tenían una estatura de más de sesenta centímetros, su cuerpo era robusto, el pelaje algo largo pero no crespo, su cola bien poblada y llevada horizontalmente, las orejas cortas y paradas, el hocico alargado pero no muy puntiagudo y la dentadura fuerte"[25]. Algunos viajeros distinguieron en sus observaciones dos tipos de perros: uno pequeño, de color marrón claro, que era empleado para localizar a los cururos, y otro mucho más grande, de pelo corto y negro, que acompañaba a los selk'nam en la caza del guanaco (Marguin, 1875: 495).

En las noches frías, los perros fueguinos se acurrucaban en contacto con las personas, proporcionándose mutuamente calor, sobre todo a los más pequeños de la familia, gracias a la piel del animal. El explorador Julio Popper fue testigo de cómo arropaban espontáneamente a unos niños selk'nam:

Estando una tarde en la playa de la bahía Lomas, recogimos cuatro criaturas de seis a ocho años de edad y las llevamos, no obstante las enérgicas protestas —bien justificadas por otra parte— del mayor de los muchachos, hacia un alojamiento indio abandonado una hora antes. Al hacerles entrar en uno de los toldos asumieron luego una apariencia somnolienta, acurrucándose los cuatro en un solo punto. A poco más noté que los perros entraban uno a uno en el toldo, colocándose en grupo alrededor de los pequeños onas, para asumir la forma de una especie de envoltura, que bien pronto apenas dejó entrever la cabeza de los chicos: se encontraban estos completamente rodeados de perros de todo tamaño (Popper, 2003: 94).

Los zoólogos no se ponen de acuerdo sobre la existencia o no de un can autóctono de la Tierra del Fuego, animal que sería adoptado indistintamente por los selk'nam, aónikenk, yaganes y kawésqar. Aunque el perro es muy común en la América precolombina, desde Groenlandia hasta el extremo sur, diversos autores opinan que podría haber sido incorporado con la llegada de los primeros españoles, ya en el siglo XVI, al extraviarse algunos ejemplares cuando los marineros iban a tierra. Pedro Sarmiento de Gamboa pudo verlos ya en 1580, en la parte del continente, a la altura del cabo San Gregorio: "caminando nosotros sobre la barranca del mar nos alcanzaron diez valientísimos indios muy grandes de cuerpo con un caudillo muy mas grande que el grande que Pedro Sarmiento trajo la primera vez que vuecencia magnánimo vio en Badajoz ese mismo año y traían perros de ayuda barcinos de traílla muy mayores que los grandes de Irlanda que los hay muchos en aquella tierra y los usan traer para la guerra y pelean perros contra perros y aun contra los hombres contrarios" (Pastells, 1920, II: 38).

Sin embargo, en la zona continental existen registros de restos fósiles de perros de una antigüedad de mil quinientos años, mientras que la toponimia mapuche en los dos lados de la cordillera de los Andes incorpora varias referencias directas a los perros a través de la palabra *trewa*. En París, en el Museo de Historia Natural, se conserva el esqueleto de unos de estos perros, nombrado *Canis magellanicus* y llevado a Francia en 1891 por la expedición de Rousson y Willems. Estos animales están presentes también en casi todas las fotografías donde aparecen grupos de selk'nam numerosos.



En cuanto los ganaderos desembarcaron en Tierra del Fuego, se pusieron a la tarea de acabar con estos perros: "la raza canina indígena, muy parecida a la zorra, casi ha desaparecido, pues los civilizados mataron y matan un número inmenso, considerándolos con razón, como peligrosos para las ovejas importadas; por cada perro llegaron a dar la suma de diez pesos"26 (Coiazzi, 1914: 341). Martin Gusinde anotaría que "su extinción se debe a la importación de galgos y perros ovejeros llevada a cabo por los estancieros; porque el perro salvaje era un peligro para las ovejas, y así ha tenido que desaparecer, aun siendo de importancia vital para el indio mismo" (Gusinde, 1920: 157). Era evidente que cualquier amenaza para el ganado, viniera de los animales o de los seres humanos, debía ser neutralizada inmediatamente con cualquier medio disponible. En realidad, toda la fauna nativa, como el guanaco o el cururo, será perseguida con saña, puesto que interferían en el crecimiento exponencial de la cabaña ovina27.

Dos familias selk'nam con un perro, 1907. Fotografía: Charles W. Furlong.

Cortesía de Dartmouth College Library.

Haush, los cazadores de la costa

En la isla Grande existía otro grupo de cazadores nómadas de a pie, los haush, que habitaban el extremo sudoriental frente a la costa atlántica. Tenían tantos puntos en común con los selk'nam que algunos autores hablan del mismo pueblo. Así, Martin Gusinde señalaba que "no puede considerarse a los Haus [*sic*] como un pueblo o una raza distinta a los Selknam: por el contrario, los dos forman una misma unidad étnica (…) Ambos son cazadores nómades con cultura netamente arcaica. Con respecto a las particularidades lingüísticas ha de considerarse el habla de ambos como dos dialectos del mismo tronco lingüístico" (Gusinde, 1924: 35). Para Anne Chapman, que los diferenciaba claramente, los haush habían sido los primeros en llegar a Tierra del Fuego. Durante milenios, ocuparon el territorio comprendido entre bahía Thetis y bahía Aguirre y se especula con que fueron desplazados por las tribus selk'nam que vivían al norte, pero sin llegar a aventurarse más al sur debido al canal *Onashaga* y a la presencia de otro pueblo, los yaganes.

Teniendo en cuenta el carácter costero de su hábitat, los haush aprovechaban preferentemente los recursos del mar. De este modo, no es extraño que, además de las pieles de guanaco, muchos se cubrieran con pieles de lobo o león marino, cuyas colonias eran abundantes en los alrededores de la península Mitre. Las mujeres eran unas expertas pescadoras. Utilizaban un palo muy flexible en el que colocaban en un extremo un trozo de barba de ballena con un nudo corredizo, lo que les permitía atrapar peces sin anzuelo de forma muy ingeniosa. Los hombres se sumergían en el agua hasta la barbilla con una red hecha de tendones de guanaco y, al retirarse hacia la costa, la extraían llena de peces.

Los haush tuvieron contacto con los navegantes procedentes de la lejana Europa desde muy temprano, debido a que los barcos utilizaban habitualmente la ruta del estrecho Le Maire. Se trataba de un paso muy peligroso por la constante violencia del mar, pero que permitía alcanzar el cabo de Hornos o el canal *Onashaga* mucho más rápidamente. Este estrecho separa la parte sudeste de la Tierra del Fuego habitada por los haush de la costa oeste de la montañosa isla de

los Estados, una zona que los yaganes conocían bien, pues se encontraba dentro de sus rutas de navegación. En 1616

los holandeses Jacob Le Maire y Willem Schouten se convirtieron en los primeros europeos que cruzaron este estrecho, de donde proviene su nombre actual.

Unos años después, en 1619, llegaba a la zona la expedición comandada por los hermanos Bartolomé y Gonzalo García de Nodal. El 23 de enero de ese año

desembarcaron en la bahía Buen Suceso y se encontraron con ocho haush: “Vimos que no traían armas ningunas, y que venían en cueros, desnudos; algunos traían bonetes de plumas blancas de pájaros, y otros algunos pellejos de carneros, con lana larga como los de España, y un pellejo de venado que trocaron con un capote, y hilo de lana de carneros; y correas de cuero adornadas con almagre: vinieron abriendo los brazos y dando voces a su modo, a, a, a, y arrojando los bonetes que traían en señal de amistad”.

Era la primera vez que haush y europeos se encontraban frente a frente. A pesar del pacífico recibimiento los españoles, armados con sus arcabuces y espadas, trataron de capturar a los indígenas: “Salimos otra vez a tierra, con pensamiento de ver si podíamos coger algunos. Llevamos algunas niñerías, y dos frascos de vino y pan que les dimos, y ellos lo tomaron: pero por ningún caso han comido ni han querido beber de los que les dábamos: que debían de entender que les dábamos alguna ponzoña. Tomaban de buena gana cualquier cosa de fierro, y otro cualquiera metal. Aquí tratamos como podíamos

[de] coger algunos (...) Jamás debieron de ver gente por allí; ni se espantaban de los arcabuces ni sabían qué cosa era porque había algunos que estaban con las cuerdas caladas para disparar, y no hacían movimiento alguno” (García de Nodal, 1621: 32). Los españoles no tuvieron éxito en su tarea y, después de aprovisionarse de agua y leña, levaron anclas sin conseguir apresar ningún haush.

Ciento cincuenta años más tarde se produjo otro encuentro con los europeos. El 10

de enero de 1765 el barco español *Purísima Concepción*, que había salido de Buenos Aires con destino al puerto peruano del Callao, naufragó en la costa oriental de Tierra del Fuego, en Caleta Falsa. Los casi doscientos náufragos tardaron tres meses en construir otro barco con el que emprender el regreso. Durante todo ese tiempo,

convivieron con los haush sin ningún contratiempo. Los marineros españoles celebraron su hospitalidad y su carácter amigable: "es buena gente, que no tienen malicia, ni sus armas pueden ofender mucho". Este temprano contacto entre haush y europeos nos permite también conocer algunas de las costumbres de este pueblo, como la de la pintura corporal: "los más venían pintados de encarnado, como almagra, y otros teñidos de negro: las caras con varias pintas blancas". Después de varias semanas de convivencia pacífica, los españoles abordaron la carabela que habría de devolverles a su casa. Desde la playa los haush "despedían a la gente con mucha ternura y demostraciones de amistad, haciendo señas con sus pellejos que les sirven de ropa" (Schindler, 1995: 180). En 2014, un grupo de investigadores dirigidos por la arqueóloga Dolores Elkin halló en la costa restos de este naufragio, como cerámicas, vidrios, maderas e incluso balas de cañón.

Para los británicos de la expedición del *Endeavour*, capitaneada por James Cook, que pasaron por el lugar en diciembre de 1768, el recibimiento fue igual de cordial:

A las dos del mediodía echamos el ancla en la bahía Buen Suceso. Los señores Banks y Solander fueron conmigo a tierra para buscar una aguada. Una treintena de americanos aparecieron al otro lado de la bahía y viendo que éramos unos diez o doce se retiraron.

Banks y Solander avanzaron hasta acercarse a aproximadamente doscientos pasos; enseguida dos americanos dieron la vuelta, caminaron algunos pasos hacia ellos y se sentaron. Cuando estuvimos a su altura se levantaron y arrojaron cada uno, entre ellos y los extranjeros, un pequeño palo que llevaban en la mano. Creímos que era un símbolo de paz. Los americanos volvieron apresuradamente junto a sus compañeros y nos hicieron un signo para que los siguiéramos. Aceptando su invitación, recibimos grandes demostraciones de amistad (Cook, 1817: 170).

También los marineros norteamericanos de la famosa United States Exploring Expedition 1838-1842, comandada por Charles Wilkes, pudieron entrar en contacto con los haush. Fue en bahía Buen Suceso, en febrero de 1839, y nos han dejado un relato de este encuentro pacífico:

Mientras los barcos se aproximaban a la costa, los nativos comenzaron a gritar y avanzaron sin miedo hacia ellos cuando desembarcaban, exhibiendo un aire apacible y aparentemente con total confianza pues estaban desarmados. Un anciano, que era el jefe, se acercó para

saludarles, primero golpeándose su pecho varias veces y luego el de cada una de las personas que le acompañaban (…) Después de esta ceremonia se internaron en la espesura y regresaron con sus arcos y flechas. Estas personas eran imitadores admirables y podrían repetir todo tipo de sonidos, incluyendo palabras, con gran precisión; la imitación sonaba a veces algo ridícula. Estaban desnudos, a excepción de la piel de guanaco, que les cubría desde los hombros a las rodillas. La partida de nativos estaba formada por diecisiete individuos y, con algunas excepciones, tenían una altura superior a la de los europeos. El jefe, el más anciano de entre ellos, tenía menos de cincuenta años y su estatura era relativamente más baja; su hijo era uno de los más altos con más de seis pies de altura. Tenían todos buen porte y un semblante de aspecto agradable, frentes bajas, pómulos marcados, amplios rostros, la parte baja saliente; su cabello tosco, recortado a la altura de la coronilla dejando un estrecho borde de cabello colgando, sobre el que llevaban una especie de cinta de piel o de lana. Sus dientes frontales estaban bastantes desgastados, lo que era mucho más visible, sin embargo, en los mayores que en los jóvenes (…) Tenían en apariencia poca curiosidad y nada parecía atraerles o causarles sorpresa. A pesar de ser una raza simple, no carecen de astucia; y solo con gran dificultad podrían ser persuadidos de vender sus arcos y flechas, lo que sin embargo hacían después de pedir permiso a su jefe: esta autorización era absolutamente necesaria antes de cerrar un trato. Habían tenido previamente comunicaciones frecuentes con los europeos; fragmentos de varios artículos de manufactura europea se podían ver en su posesión como por ejemplo cuentas de cristal.



Rechazaban el tabaco, whisky, pan o carne y solo deseaban obtener hierro viejo, clavos, y piezas de flejes. Su comida consistía principalmente en pescado y mariscos. El artefacto para pescar estaba hecho con la aleta dorsal de un pez atada a una fina barba de ballena en forma de rebaba; esto les servía de gancho y con él obtenían el suministro de comida. Sus armas consistían en su totalidad de arcos y flechas. Los nativos tenían perros comunes a los que parece que apreciaban mucho (Wilkes, 1849: 45).

Mujer haush. Fotografía: Alberto María De Agostini, Museo del Fin del Mundo.

La antropóloga Anne Chapman describió uno de los rituales haush, el *Peshere*, según los testimonios de Kiepja y Loij. Estaba protagonizado

por los chamanes que rivalizaban entre sí en la demostración de sus habilidades. En las ceremonias participaban también las mujeres y los niños y se realizaba una redistribución de regalos, como capas de guanaco, canastas, adornos, *etc.*

A pesar de su aislamiento, los haush también sufrirán posteriormente las persecuciones de los colonizadores y se verán afectados por epidemias y enfermedades, de tal modo que su ya exiguo número se redujo todavía más. En 1969 Chapman recorrió a caballo el territorio haush, ya despoblado: "Llegué a apreciar lo que puede haber significado para los haush el habitar esta región: los bosques, las malezas, los turbales, lo quebrado del interior y lo escarpado de las costas, compensados por acogedoras playas. Y fue precisamente en estos últimos lugares que encontramos unos fragmentos de utensilios de piedra y de hueso dejados por los haush" (Chapman, 2002: 254). Los

supervivientes se instalaron en las zonas urbanas y hoy la comunidad haush está representada en el Consejo Educativo Autónomo de los Pueblos Indígenas (CEAPI) por Horacio Vera.

Yaganes, el pueblo de los canales

Al sur de la isla Grande de Tierra del Fuego se encuentra el canal *Onashaga*, que es el comienzo de un archipiélago de decenas de islas, canales y fiordos, una región habitada desde hace seis mil años por los yaganes. Se trata de un pueblo nómada de pescadores que se desplazaba en canoas abarcando un espacio muy amplio, el *Úsin*, su mundo conocido. El mar yagán tiene una riqueza casi infinita en aves y mamíferos marinos, por lo que el alimento fue muy abundante hasta la llegada de los colonizadores. Sus contactos con los pueblos vecinos eran muy frecuentes, principalmente con los selk'nam en el límite entre las dos naciones. Muchos indígenas hablaban indistintamente ambos idiomas y los matrimonios mixtos no eran raros, como nos lo confirma el misionero Thomas Bridges: "los Onas se mezclan con sus vecinos Yaganes del sur y se casan entre ellos. El mismo intercambio conservan con los Alacaluf, sus vecinos del oeste"28.

El relato más antiguo que tenemos sobre los yaganes es de 1624, el denominado

"informe de Schapenham" cuyo nombre es debido a su autor, el vicealmirante holandés Geen Huygen Schapenham, que formaba parte de la flota comandada por Jacobus l'Hermite. La formidable escuadra holandesa, formada por once barcos con 1637

hombres y 294 cañones, estuvo varias semanas atracada en las islas situadas más al sur del archipiélago fueguino. Nos han dejado una minuciosa descripción de las costumbres y hábitos yaganes: “Construyen sus chozas o casitas con troncos de árboles; redondas abajo, terminan en forma de punta, a manera de las tiendas de campaña, con una apertura en la parte más alta para dejar escapar el humo. Estas chozas están asentadas en un pozo de dos a tres pies, cavado en el suelo, y recubiertas de tierra en su parte exterior (…) Tienen varios tipos de armas. Unos llevan arcos y flechas con punta de piedra en forma de arpón, hechas con mucho arte. Otros se arman de largas lanzas cuya punta es un hueso filoso provisto de dientes para clavarse mejor en las carnes.

Utilizan también garrotes y hondas que manejan con mucha eficacia, así como cuchillos de piedra bien afilados”.

Aunque los narradores holandeses relatan que el primer encuentro con los yaganes fue amistoso, la violencia iba a estallar unos días después. El 23 de febrero de 1624 un grupo de marineros de la dotación del Aigle, que habían ido a isla Hoste a buscar agua, fue supuestamente atacado por los yaganes: “los salvajes vinieron con la bruma y

mataron y golpearon a diecisiete hombres con sus hondas y garrotes; lo que no les había resultado difícil puesto que los marineros no tenían armas. Y todo a pesar de que ninguno de los nuestros les había hecho la menor provocación o el menor insulto a esos bárbaros” (Roger, 1705: 696). No sabemos realmente lo que sucedió, porque solo se conserva el testimonio de una de las partes en conflicto. En cualquier caso, los cuerpos desaparecieron misteriosamente, lo que sirvió al cronista para asegurar que los yaganes se los habían comido, iniciándose así la leyenda sobre el canibalismo de estos pueblos[29].

Como buenos marinos, los holandeses se fijaron especialmente en el proceso de construcción de la canoa yagán, hecha tras descortezar con muchísimo cuidado un árbol en pie que tomaban de los frondosos bosques de guindos, que entonces se extendían casi hasta el mar: “Sus canoas son dignas de admiración. Para construirlas, toman la corteza entera de un árbol grueso; la modelan, recortando ciertas partes y volviendo a coserlas, de manera que adquiera la forma de una góndola de Venecia. La trabajan con mucho arte, colocando la corteza sobre maderos, como se hace con los barcos en los astilleros de Holanda. Una vez obtenida la forma de góndola, refuerzan la canoa cubriendo el fondo de punta a punta con palos transversales, que recubren a su vez de corteza; luego cosen el conjunto” (Gallez, 1976: 17). Tras la llegada de los europeos a la región, los yaganes sustituirán sus

tradicionales canoas de corteza por otras embarcaciones fabricadas con troncos, que tenían la ventaja de una mayor durabilidad.

Víctor Vargas Filgueira, escritor yagán, dirigente de la comunidad indígena Paiakoala y que se desempeña en la actualidad como guía en el Museo del Fin del Mundo de Ushuaia, explica en sus charlas que no existía un tamaño estándar en la canoa yagán, sino que esta dependía del número de miembros que formaban la unidad familiar que iba a viajar en ella. El hombre se situaba en la proa, con su arpón preparado para cobrar una presa, y la mujer tenía la delicada tarea de remar y dirigir la canoa en la dirección correcta, muchas veces en medio de un mar embravecido. Esta división del trabajo entre hombre y mujer colocaba a la sociedad yagán en una gran igualdad entre sexos, puesto que ambas actividades, cazar y remar, eran esenciales para la supervivencia familiar.

Los niños se ocupaban de achicar el agua y de mantener encendidas las brasas, que custodiaban en el fondo de la embarcación extendidas sobre una plataforma de tierra, y que les servirían para alumbrar el fuego al llegar a tierra.

A finales de 1988 un equipo multidisciplinar dirigido por Carlos Pedro Vairo, actual director del Museo Marítimo y del Presidio de Ushuaia, llevó a cabo la reconstrucción de una canoa de corteza al uso yagán añadiendo todos los implementos habituales, como remos de madera, arpones, sedales de pesca y cestos de junco. Posteriormente navegaron en ella por los canales de Tierra del Fuego, comprobando su extraordinaria estabilidad y flotabilidad. El pueblo yagán tiene el privilegio de ser la única tradición naval marítima propia de Argentina: “además de estar perfectamente adaptado a la región, siendo su canoa el mejor ejemplo de ello, vivía en armonía con la naturaleza. De esa forma pudo habitar un lugar inhóspito y temido por todos los navegantes del mundo, salvo por ellos mismos” (Vairo, 1995: 85). La experiencia se repetiría en 2016, pero en este caso fue un pescador yagán, Martín González Calderón, quien navegó en una canoa artesanal por el territorio de sus ancestros. Todo el proceso fue filmado y dio lugar a un documental dirigido por Alberto Serrano, director del Museo Martin Gusinde, y Cristóbal Azócar, con el título *Tánana*, que en lengua yagán significa ‘estar listo para zarpar’.

La gran destreza de los yaganes para la construcción de sus canoas rivalizaba con su habilidad para la navegación: “Los yaganes, diestros cazadores de pájaros dormidos y hábiles pescadores, están habituados a navegar de noche, pues generalmente hay menos viento a esa hora

que durante el día; su vista en la oscuridad es sorprendente”

(Bridges, 1952: 117). Precisamente en los canales por donde navegaban tuvieron desagradables encuentros con las tripulaciones de los barcos loberos y balleneros, que los trataron con mucha violencia. Abusaban sexualmente de las mujeres y les robaban sus pieles de nutria, lo que provocaba que los yaganes se eclipsaran aterrorizados a la vista de una simple vela. Además, la caza intensiva de estos animales marinos provocó que se rompiera el delicado equilibrio del medio natural del mundo yagán, quienes a partir de entonces tuvieron cada vez más dificultades para procurarse el alimento.

En cuanto a su aspecto físico, los yaganes eran de más baja estatura y más livianos que los selk’nam, lo que se explica fácilmente si tenemos en cuenta que debían viajar en ligeras canoas y el peso excesivo podría resultar un problema. Adaptada perfectamente su fisonomía a sus condiciones de vida, en muchas fotografías se aprecian pliegues de la piel en la rodilla por su costumbre de estar siempre en cuclillas sobre sus canoas. Sin embargo, el análisis de los restos humanos ha demostrado que no existen diferencias significativas entre hombres o mujeres yaganes y selk’nam respecto a sus proporciones esqueléticas (Pearson, 2005: 49).

Su alimento más común estaba compuesto de lobos marinos, peces —sobre todo sardinas y merluzas— y moluscos, y además recolectaban frutos, bayas y raíces comestibles. Los lobos marinos de uno (*Otaria flavescens*) o de dos pelos (*Arctocephalus australis*) eran un gran aporte de carne y una excelente fuente de calorías gracias a sus gruesas capas de grasa. Los yaganes también eran capaces de cazar pequeñas ballenas y delfines, a los que perseguían en sus canoas y daban muerte con sus arpones.

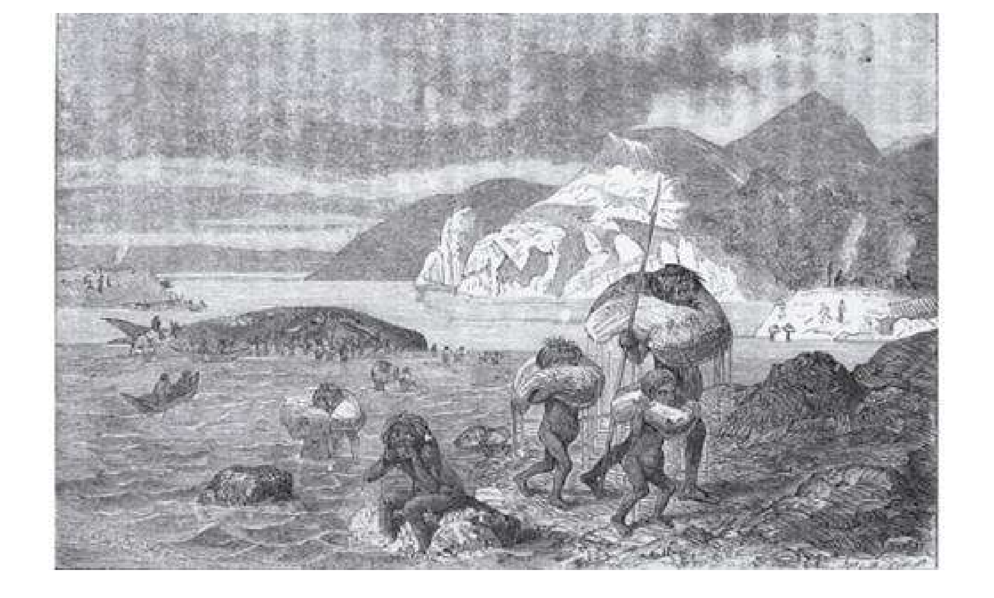
Nuevamente Thomas Bridges, que convivió con ellos durante décadas, nos narra la caza de una ballena perseguida a arponazos: “fue muerta literalmente pulgada por pulgada, habiendo recibido su cuerpo algo así como cien arponazos”30. Según el sacerdote Antonio Coiazzi, los yaganes “en sus débiles canoas osan atravesar canales, intérnanse

en todos los complicados brazos de aquel archipiélago, y hasta metense en alta mar para seguir una bandada de delfines o una ballena herida que lleva enterrada la punta del arpón atada a la correa” (Coiazzi, 1914: 35).

Mucho más habitual, sin embargo, era que uno de estos grandes cetáceos quedara accidentalmente varado en la playa. Considerado

como un regalo del destino, los yaganes se beneficiaban inmediatamente de los restos del animal. Se avisaban entre ellos mediante fuegos que podían ser vistos desde muy lejos, reuniéndose en el sitio de la varadura muchas familias que gozarían durante varios días de la abundancia de alimento. La grasa y los pedazos de carne de la ballena eran enterrados en la arena de la playa y conservados por los yaganes como reserva de alimento para las épocas de escasez, mientras que los tendones y huesos eran utilizados para confeccionar los objetos de uso cotidiano. Según Martin Gusinde, los yaganes denominaban *ufkáriteka* a la varadura de una ballena. Con uno solo de estos enormes animales "se abastece a muchas familias durante varias semanas; su carne y aceite, huesos y tendones, barbas y dientes tienen un útil y variado aprovechamiento" (Gusinde, 1951: 213).

Existe un grabado de Johann Baptist Zwecker que apareció publicado por vez primera en 186031 y que está inspirado en los relatos de la famosa expedición de Robert Fitz-Roy. En él se puede ver una gran ballena varada en la costa, rodeada por decenas de yaganes con sus canoas, ocupados en el despiece del animal con sus cuchillos hechos de conchas. En primer plano un padre y sus hijos cargan sobre sus hombros grandes trozos del animal, tras realizar en la carne un original agujero por donde asoman sus cabezas. Al fondo pueden apreciarse las señales de humo que servían para avisar a aquellas familias que pudieran estar más alejadas del lugar. Desde mediados del siglo XIX, la masificación de la caza de ballenas por parte de las expediciones balleneras europeas y norteamericanas pondrán en peligro esta especie y convertirán en cada vez más improbable el varamiento natural de estos cetáceos. Los pueblos autóctonos de la Tierra del Fuego perderán así un importante complemento a su alimentación.



Aprovechamiento por los yaganes de una ballena varada, grabado de Johann Baptist Zwecker, 1860.

Los yaganes se cubrían el cuerpo parcialmente con una piel de foca para protegerse del frío y el viento. Las constantes lluvias y las mojaduras del mar convertían en poco adecuados los mantos de guanaco u otras ropas. Grandes observadores de la naturaleza, habían constatado que los cormoranes, tras zambullirse en el mar para pescar, emergían casi secos gracias a una glándula que provocaba que el agua se escurriese entre sus plumas. Como no disponían de esa glándula, los yaganes se untaban su cuerpo desnudo con grasa de animal con el fin de lograr que el agua resbalara por su piel sin empaparlos. Precisamente, al insistir los misioneros en cubrir su desnudez con vestimentas europeas, los yaganes perderán esta capa protectora y serán víctimas de todo tipo de enfermedades que, aceleradas por la humedad y las pulmonías, harán estragos en la comunidad.

En diciembre de 1832, cerca de las islas Wollaston, un joven naturalista inglés llamado Charles Darwin se cruzó con varias canoas yaganes. Aunque apenas pudo vislumbrar a los indígenas desde la cubierta del bergantín *Beagle*, eso no le impidió emitir una lapidaria sentencia sobre ellos en su diario: “esos desdichados salvajes tienen la talla escasa, el rostro repugnante y cubierto de pintura blanca, la piel sucia y grasienta, los cabellos enmarañados, la voz discordante y los gestos violentos. Cuando se ve a tales hombres, apenas puede creerse que sean seres humanos, habitantes del mismo mundo que nosotros”

(Darwin, 1942: 263). Es evidente que el padre de la "teoría de la evolución" se precipitó al juzgar tan negativamente a los yaganes y se equivocó al situar en el último escalón de su particular esquema evolucionista a este pueblo milenario que había logrado adaptarse magníficamente a un entorno y a un clima tan extremo. Sin embargo, la masiva difusión del relato de Darwin contribuyó a la creación de una falsa imagen etnográfica sobre los yaganes que perduró durante mucho tiempo, hasta la llegada en 1882 de los franceses de la expedición científica al cabo de Hornos,

cuyos integrantes convivirán un año con los yaganes, cambiando radicalmente la visión sobre este pueblo. La larga serie de fotografías, más de setecientas, tomadas por Jean-Louis Doze y Edmond-Joseph Payen y conservadas en el museo quai Branly de París, muestran a personas bien alimentadas, en excelente forma física, sanas y sin enfermedades, viviendo en una sociedad feliz.

El antropólogo Luis Orquera ofrece una explicación para la aparente simplicidad del instrumental de los yaganes:

Si el alimento no escasea y es previsible el acceso fácil y cotidiano a él —como ocurría en la región de los canales—, la sencillez de comportamientos es explicable. Por lo pronto no tiene sentido tomarse el trabajo de conservar alimentos, salvo el caso de paroxismos de abundancia como el que resultaba del varamiento de alguna ballena. Si cada familia tiene acceso fácil a todos los recursos indispensables para la vida, el intercambio comercial no es tan necesario y solo se justifica por la copartición de comida entre familiares cercanos o amigos, o el trueque para obtener algún elemento realmente difícil de conseguir localmente. Si no hay conservación de alimentos ni comercio, tampoco hay posibilidades de acumular riqueza mayor que la de otros, y por lo tanto no pueden aparecer desigualdades sociales más allá de reconocer a alguna persona habilidades o prestigio especiales, no necesariamente transmisibles por herencia. Por lo tanto, tampoco había lugar a que surgieran jefaturas estables, fuese para coordinar esfuerzos comunales o para satisfacer necesidades generales, mucho menos para expoliar a los restantes integrantes del grupo (Orquera, 2012: 101).

Tal y como hacían los selk'nam, los hombres y mujeres yaganes se pintaban con frecuencia, generalmente para conmemorar algún acontecimiento social o simbolizar su estado de ánimo. También se embadurnaban la cara y el cuerpo con pintura roja y blanca para participar en los rituales más importantes de la cultura yagán, llamados *Chiejáus* y *Kina*. El *Chiejáus* era la ceremonia de iniciación

que debían afrontar los *uswáala* o novicios, tanto niños como niñas. Contando con el apoyo de un padrino, iban superando las exigentes pruebas programadas por el *ulastékuwa* o maestro de ceremonias, que adornaba su cabeza con un gorro de plumas blancas. Los aspirantes aprendían a pescar y recolectar, a seleccionar la leña adecuada y encender el fuego, a construir sus chozas, en definitiva, a sobrevivir en medio de la naturaleza. Se conserva una valiosísima fotografía de Martin Gusinde en la ceremonia de 1922 que tuvo lugar en bahía Mejillones, donde aparecen retratados los hombres y mujeres yaganes listos para iniciar la ceremonia, con sus rostros pintados con rayas y puntos en colores blanco, rojo y negro.

Para participar en la *Kina*, la ceremonia suprema de los yaganes, era necesario haber superado en dos ocasiones el *Chiejáus*. Los desafíos eran todavía más estrictos y aquí se aparecían los *kespix* o espíritus superiores que procedían del fondo del mar, del interior de la tierra o de lo más espeso del bosque. Algunos de sus nombres son Tánuwa, Kinamíama o Kalampása. Se construía una gran choza de forma cónica con una entrada lateral donde los hombres, además de pintarse la cara, se colocaban también las máscaras rituales de madera. En esta ocasión solo participaban hombres y eran los más ancianos, los *yékamush* o médicos-hechiceros, quienes transmitían las enseñanzas a los jóvenes, como el mito del origen de Watauinewa y la leyenda de cuando las mujeres yaganes gobernaban el mundo, muy similar a la tradición selk'nam del *Hain*. Fue precisamente una mujer yagán, Nelly Calderón, quien se convirtió en el contacto más importante de Gusinde e intercedió ante los ancianos de Punta Remolino para que permitieran al sacerdote alemán participar en las ceremonias.

El pueblo yagán fue nombrado de muy diversas maneras por los conquistadores europeos. Fitz-Roy, que los visitó en 1831, doscientos años después de los holandeses, los llamó *tekenika*, ya que le respondían invariablemente a sus preguntas con la palabra *teke uneka*, que en lengua yagán significa 'no entiendo'. El reverendo Thomas Bridges les puso el nombre de *yagán* o *yahgan*, porque escuchó a los indígenas la palabra *Yahgashaga*, que era como denominaban el hoy nombrado canal Murray, situado entre las islas Hoste y Navarino: "Les di a estos nativos el nombre yahgan porque era apropiado. El estrecho Murray, cerca del cual se estableció nuestra misión y que los nativos llamaban yahga, puede ser considerado el centro de su territorio y el lenguaje al modo en que allí se habla es el que yo aprendí y esta es su forma más pura, siendo la que está a medio camino entre sus variedades habladas al sur, al este y al oeste. Por las razones anteriores yahgan parecía un nombre adecuado y ahora se conoce así en todas partes"32. Tras dos décadas de convivencia con los yaganes,

Bridges sentará sólidas bases para un mejor conocimiento de los indígenas, especialmente de su idioma.

Además de traducir al yagán los evangelios de Lucas y Juan y los Hechos de los Apóstoles, compondrá un diccionario de su lengua con más de 32.000 palabras, publicándose por vez primera la sección Yagán/Inglés en 1933. Muchos años después, en 2012, el arqueólogo Alfredo Prieto llevó a cabo un gran hallazgo, al localizar la parte Inglés/Yagán en la Biblioteca Británica de Londres.



Athlinata y su familia. Fotografía: Expedición científica cabo de Hornos, 1882-83, Museo Quai Branly, París.

En la década de 1920 el nombre *yámana* fue popularizado por el sacerdote Martin Gusinde, que lo tomó a su vez del médico francés Paul Daniel Hyades, quien fue el primero en constatar que este era el nombre que se daban a sí mismos los indígenas. De acuerdo con el antropólogo Ernesto Piana, podría aceptarse la utilización del "vocablo *yámana* para designar a los canoeros del período etnohistórico desde el siglo XVI hasta la década de 1880, cuando los nativos mantenían buena parte de su estilo tradicional de vida, mientras reservamos el término *yagán* para denominar a los descendientes del siglo XX, que ya estaban totalmente transculturados" (Fiore, 2009: 282).

Ahora bien, los yaganes actuales, agrupados en las comunidades de Ukika, Ushuaia y Punta Arenas, se autodenominan así, yaganes, nombre que, por tanto, debe prevalecer sobre cualquier otro[33].

Volviendo a Víctor Vargas, que publicó en 2017 el libro *Mi sangre yagán*, donde relata magistralmente la vida de su bisabuelo Asenewensis y su familia:

“Nosotros somos yaganes y así nos pueden llamar. Estamos orgullosos de ser de este pueblo, y de saber de dónde venimos y a dónde vamos”.

Kawésqar, habitantes del mar

La palabra *kawésqar* significa en su lengua, literalmente, ‘los hombres que llevan una piel’, y es utilizada hoy por las comunidades indígenas para referirse a sí mismos.

Como el resto de los pueblos nativos, los kawésqar fueron nombrados de diferentes formas por los europeos. El navegante francés Louis Antoine de Bougainville, que recorrió la zona a mediados del siglo XVIII, los denominó *pécherais* porque “esta fue la primera palabra que pronunciaron al abordarnos, y que nos repetían sin cesar” (Bougainville, 1771: 147). En lengua kawésqar[34], *pektchewé* significa ‘extranjero’, por lo que no era raro que los indígenas emplearan esa palabra para dirigirse a los europeos.

Fitz-Roy los designó con el gentilicio de *alacalufes*, término que se popularizó durante mucho tiempo.

Los kawésqar utilizaban canoas hábilmente construidas para atravesar los innumerables canales de su amplio territorio, que se extiende desde el cabo de Penas hasta la costa oeste de la Tierra del Fuego. El agua no constituía una barrera para las personas; por el contrario, al ser excelentes navegantes, se convertía en una inmejorable vía de comunicación para que los distintos clanes pudieran estar en permanente contacto. En sus desplazamientos la familia kawésqar tradicional ocupaba la sencilla embarcación donde transportaban pieles, palos y cortezas para construir la choza y los utensilios necesarios para la caza y pesca. En el fondo de la canoa también conservaban permanentemente encendido un pequeño fuego que llevaban consigo por dondequiera que fuesen. Se alimentaban principalmente de mariscos, lobos marinos, nutrias, focas y ocasionalmente ballenas. Para Leticia Caro Kogler, dirigenta kawésqar: “somos parte de la tierra y el mar, pero sobre todo del mar, porque el mar en la antigüedad y hasta hoy provee la forma de subsistencia a través de la navegación por los canales. Es la única manera, porque no hay caminos”[35]. La comunidad kawésqar a la que pertenece lucha hoy

contra la perniciosa industria salmonera en los canales magallánicos y celebra la decisión de la Corte Suprema de retirar concesiones acuícolas otorgadas irregularmente dentro del territorio kawésqar: "Queremos avanzar hacia un equilibrio dentro de nuestro territorio, proteger nuestros lugares de pesca, caza y recolección, espacios de navegación para nuestras futuras generaciones, asimismo para quienes realizan pesca artesanal y todo el que requiera avanzar dentro de los espacios de manera sustentable, pero, además, poner en valor la memoria de nuestros antiguos, los que fueron diezmados y asimilados por la mano colonizadora en la antigüedad, avalados por un Estado indolente, es allí donde radica parte de la deuda histórica"36.

Aunque no era su herramienta principal, los kawésqar también usaban arcos y flechas, como prueban las representaciones de los más antiguos grabados europeos. El explorador sueco Carl Skottsberg nos dejó una descripción de ellos: "Son de la misma forma que aquellos usados por los Onas, pero más pequeños. Las flechas están hechas de madera amarilla de berberis y terminan en una punta prolijamente diseñada de pedernal o vidrio; la aljaba es de piel de foca o nutria. A veces se usan hondas para cazar pájaros y las mujeres son consideradas muy hábiles y astutas para esta tarea"

(Skottsberg, 1911: 96). El francés De Gennes, que convivió con ellos en 1696, nos amplía los detalles en un interesante relato:

Estaban construyendo al borde del mar dos pequeñas canoas de corteza de las que no se alejaban y que nos pidieron por signos que no tocáramos. Entre ellos había una anciana que aparentaba ochenta años y que de algún modo parecía mandar sobre los demás.

Tenían hondas, flechas y cinco o seis pequeños perros, que aparentemente les sirven para la caza. Sus flechas tenían por punta una piedra de pedernal, tallada en forma de lengua de serpiente con mucha industria, y utilizaban también grandes piedras talladas para cortar la madera, no teniendo uso ni conocimiento del hierro. Estos salvajes son de un color oliváceo, robustos y de una talla aventajada. Sus cabellos son negros, largos y cortados por encima de la cabeza en forma de corona. Se pintan de blanco el rostro, los brazos y otros lugares de su cuerpo. Haga el frío que haga están siempre desnudos, a excepción de la espalda que cubren con una piel de lobo marino. Viven sin religión y despreocupadamente (Froger, 1700: 97).

Es posible que las expediciones españolas de Francisco Cortés Ojea y de Juan Ladrillero, que atravesaron el estrecho de Magallanes a mediados del siglo XVI, tuvieran algún contacto con los kawésqar,

aunque no nos ha llegado registro de ello. Sabemos que en 1580 el navegante Pedro Sarmiento de Gamboa vio una de esas embarcaciones y, al acercarse a la costa, encontró una choza que había sido apresuradamente abandonada por sus moradores ante la llegada de los españoles: “Vieron venir por el agua una piragua. Venían en ella cinco indios, los cuales salidos a la costa, desamparando la piragua, se subieron muy maravillados por un monte adelante (…) Hallaron sola una choza baja y redonda, hecha de varas, cubierta de cortezas anchas de árboles, y cueros de lobos marinos. Veíanse en ella cestillas, marisco, redecillas y huesos para arpones, y zurrones llenos de aquella tierra bermeja con que en lugar de vestiduras se tiñen los cuerpos” (Sarmiento, 1768: XLVII).

Unos años después, los kawésqar iban a sufrir en carne propia la brutalidad de los conquistadores europeos en el primer encuentro del que se tiene constancia. El 25 de noviembre de 1599, la escuadra holandesa de Olivier van Noort llegó a la isla Santa Marta, en medio del estrecho de Magallanes, donde avistaron a un grupo de unos cuarenta kawésqar. El comandante ordenó inmediatamente el desembarco de una tropa armada que atacó a los indígenas: “y cuando entramos a la fuerza, no quisieron rendirse, hasta que los hombres fueron muertos a flechazos. Entonces nos abalanzamos sobre un grupo de mujeres y niños que estaban amontonados, los unos sobre los otros, viejos y jóvenes mezclados, que pensaban salvarse de las flechas de esa manera. Hubo varios muertos y heridos y capturamos a cuatro chicos y dos muchachas, que nos llevamos a bordo” (Van Noort, 1602: 15).

Las masacres y los secuestros se repetirían una y otra vez. En 1693 un grupo de filibusteros franceses naufragaron en el estrecho de Magallanes y, durante varios meses,

se dedicaron a construir otro barco con el que regresar a su país. En esas tareas les ayudaron los mismos kawésqar y la convivencia fue inicialmente pacífica. Sin embargo, los marineros comenzaron a forzar sexualmente a las mujeres y se instaló un clima de violencia que terminó en una sangrienta matanza de indígenas. Nos lo cuenta un viajero francés, el ingeniero Duplessis, que estuvo en el mismo lugar tan solo cinco años después: “los filibusteros esperaron a que llegara el día en el que se reunieron un gran número de estos salvajes y, a una señal convenida, mataron a diecisiete e hirieron a muchos otros que todavía hoy llevan las marcas de las heridas” (Duplessis, 2003: 117).

Esta matanza sucedió a la entrada del canal Smyth, en la desembocadura de un río que entonces fue bautizado como Río de la

Masacre. Por lo tanto, no es de extrañar que, víctimas de la violencia irracional de los navegantes que atravesaban su país, los kawésqar se convirtieran en un pueblo desconfiado y temeroso de los europeos.

Cuando su territorio fue ocupado de forma permanente por los colonizadores, desde mediados del siglo XIX, los kawésqar padecieron nuevas persecuciones y asesinatos.

Muchas de estas expediciones de castigo eran organizadas por las propias autoridades, como la ordenada por el gobernador de Magallanes Oscar Viel en 1874: "Dispuse marchase una expedición compuesta de seis individuos, los que a un día de marcha encontraron las huellas. Seguidas estas, alcanzaron hasta un escarpado monte en el centro de la península de Brunswick, en cuya cima se hallaban alojados los bárbaros.

Fue necesario que los expedicionarios treparan el monte desmontados, por escalerillas labradas en la tierra, hechas por los indios, posición escogida por ello sin duda para estar en seguridad. Llegados a su guarida, fueron recibidos los expedicionarios con flechas y piedras lanzadas por ondas, las que afortunadamente no lograron sino herir levemente a uno de los expedicionarios. Atacados, fueron muertos seis indios y dos mujeres"37.



Encuentro entre kawésqar y franceses. Las mujeres bucean en busca de moluscos.

Acuarela publicada en el libro de Duplessis, 1698.

Los kawésqar también fueron víctimas de los zoológicos humanos en una delirante gira por Europa en 1881, que pasó por París, Berlín y Zürich y en la que los infortunados hombres, mujeres y niños fueron fotografiados, medidos y examinados. Del grupo de once personas, siete murieron en el terrible viaje y sus restos humanos —cráneo, esqueleto, vísceras y cerebro— pasaron a engrosar los departamentos de anatomía de prestigiosas instituciones y universidades. Los cuatro supervivientes, en lugar de ser devueltos a su país, fueron desembarcados en la misión anglicana de Ushuaia a petición del pastor Thomas Bridges, que esperaba aprender su lengua para atraer a otros indígenas.

Los kawésqar tienen además el triste privilegio de haber sido los primeros inquilinos de la misión salesiana de isla Dawson, verdadero campo de concentración de donde nunca saldrán con vida. Aquellos

que consiguieron escapar a la deportación se refugiaron en las ensenadas y los fiordos más inaccesibles, como Puerto Edén, donde existe hoy una de las comunidades kawésqar más activas[38].

El equilibrio natural y humano de la Tierra del Fuego va a verse irreversiblemente afectado por la colonización de la región, sobre todo desde el último cuarto del siglo XIX. Decenas de especies animales se situarán peligrosamente al borde de la extinción a causa de la despiadada caza de la que son objeto mientras otras, exóticas y dañinas, serán introducidas con exclusivos fines comerciales[39]. Extensas zonas sufrirán la deforestación y el sobrepastoreo de ganado, llegando a alterarse la fisonomía de la flora del lugar. Los pueblos originarios, que habían alcanzado antes de la llegada de los

colonizadores una población superior a las diez mil personas, una remarcable densidad demográfica para regiones tan extremas, sufrirán enormemente con matanzas, despojo de tierras y asimilación forzosa. Los selk'nam y haush de la isla Grande y los yaganes y kawésqar de los canales serán diezmados. Los sobrevivientes perderán definitivamente su modo de vida tradicional y sus tierras, y nunca volverán a ser los mismos.

CAPÍTULO 3 UNA ISLA POR DESCUBRIR

En la apariencia la tierra del extremo sur no es otra cosa que una sucesión de páramos desiertos y penínsulas cubiertas de nieve y de árboles raquíticos o bosques impenetrables. Infunde una sensación de terrible desamparo. Es el término de la creación, el punto final que la naturaleza ha colocado en el planeta.

Domingo Melfi, 1940

Una región sin fronteras

La Patagonia y la Tierra del Fuego jamás tuvieron fronteras; sus habitantes ancestrales no conocían el significado de esa palabra. En su lugar empleaban el término

“territorio” para designar aquellas regiones que habitaban más comúnmente, un concepto que era en muchos aspectos opuesto a la visión occidental de “límite”.

Durante siglos los aónikenk cabalgaron por las estepas que se extendían entre el océano Atlántico y el estrecho de Magallanes, estableciendo libremente sus toldos en los paraderos o *aike*. Más al norte, los distintos pueblos de origen mapuche que habitaban la región se movían con normalidad a ambos lados de la cordillera[40], traspasándola frecuentemente sin más limitación que las condiciones climatológicas, que en invierno hacían impracticables los pasos de montaña. Los yaganes del extremo austral y los kawésqar de la región magallánica remaban en sus canoas en busca de una bahía tranquila y de aquellas ensenadas donde la pesca fuera más abundante, llegando en sus travesías hasta el cabo de Hornos. En Tierra del Fuego, los selk’nam recorrían sus *haruwen* siguiendo el rastro del guanaco, cruzando ríos, atravesando estepas y bosques, subiendo y bajando colinas, infatigables. Todo esto sucedía mucho antes de que chilenos y argentinos imaginaran siquiera a sus propios países.

Sin embargo, este nomadismo de los pueblos originarios, caracterizado por su libertad de movimientos, va a finalizar progresivamente a partir de la firma del Tratado de Límites por Argentina y Chile, que establecerá definitivamente la separación territorial entre los dos países[41]. El 23 de julio de 1881, en Buenos Aires, el cónsul general de Chile, Francisco Echevarría, y el ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, Bernardo de Irigoyen, estampaban su firma al final de los siete artículos del famoso acuerdo diplomático. Se estableció el *divortia aquarium* o “divisoria de aguas” de la cordillera de los Andes como límite de la Patagonia entre ambas naciones. El proceso de negociación y la firma del tratado contó con el arbitraje y la supervisión de Gran

Bretaña, un país que ya había demostrado sobradamente sus apetencias económicas en la región y que en las décadas siguientes llevará a cabo la colonización comercial de ese inmenso territorio. No es casual que tanto el gobernador de Magallanes, Diego Dublé

Almeida, como el de Santa Cruz, Carlos Moyano, realizaran en dicha época varios viajes de negocios a la colonia de las islas Malvinas. Estas visitas precederán a la invasión de las ovejas malvineras, primero a la Patagonia continental y más tarde a la Tierra del Fuego.

También los británicos fueron los que impusieron la no militarización y la libre navegación de los barcos extranjeros por el estrecho de Magallanes, una medida que beneficiaba especialmente a la poderosa compañía inglesa The Pacific Steam Navigation Company. Los vapores de esta sociedad conectaban desde 1868 los puertos del Pacífico con Europa a través de la ruta marítima Liverpool-Callao. Por si fuera poco, el gobierno chileno había concedido a la compañía naviera inglesa cien mil pesos anuales de subvención, mientras que, al mismo tiempo, imponía a los funcionarios portuarios la obligación de recibir a los vapores a cualquier hora del día o de la noche. En las décadas siguientes, los barcos con destino a Gran Bretaña serán utilizados para transportar ingentes cargamentos de lana, carne procedente de los frigoríficos y otros productos ganaderos y agrícolas, casi siempre en bruto, condenando a las economías chilena y argentina a su papel secular de meros exportadores. En el juego de la expansión capitalista mundial, los países de América del Sur se iban a convertir, por un lado, en nuevos mercados abastecedores de materias primas y, por el otro, en importadores del producto final manufacturado en las fábricas europeas.

La firma del mencionado Tratado de Límites supuso la imposición de una frontera nítida que, en la isla Grande de Tierra del Fuego, tuvo como consecuencia la partición de la isla en dos a través de una línea perfectamente recta que comenzaba en el estrecho de Magallanes y que continuaba, sin cambiar un ápice su rumbo, hasta el canal *Onashaga*, cortando montañas, lagos y ríos por la mitad. Al igual que sucedió con los países de África, donde las potencias coloniales establecieron arbitrariamente los límites con escuadra y cartabón, no respetando los lugares tradicionales de habitación de las distintas comunidades, en *Karukinká* se impuso una frontera con tiralíneas, que dejaba el territorio selk'nam dividido entre ambas naciones, correspondiéndole la parte oriental a Argentina y la occidental a Chile. Veremos cómo, a pesar de este reparto, la persecución llevada a cabo contra el pueblo selk'nam se sirvió de los mismos métodos violentos y fue igual de implacable en ambos países.



Mapa Tratado de Límites, confeccionado por el ingeniero Carlos Prieto, de la oficina Hidrográfica de Chile, 1881.

Previo a la firma del tratado, y también en las fechas inmediatamente posteriores, tanto chilenos como argentinos llevarán a cabo distintas expediciones a Tierra del Fuego, con la finalidad de inspeccionar una zona que para esa época aún era muy mal conocida.

Punta Arenas, la colonia chilena situada en la península de Brunswick frente a la costa oeste de Tierra del Fuego, será el lugar desde donde partirán las primeras exploraciones con destino al territorio fueguino. Los orígenes de esta ciudad se encuentran en Fuerte Bulnes, primer establecimiento chileno sobre el estrecho, fundado en septiembre de 1843 por un grupo de audaces colonos y marineros originarios de Chiloé, comandados por el capitán John Williams al mando de la goleta *Ancud*[42]. Unos años después, en 1848, la colonia se trasladaría sesenta kilómetros más al norte, fundándose oficialmente Punta Arenas. El nombre proviene del inglés *Sandy Point*, porque así fue bautizado el lugar por el comodoro John Byron en 1764 a causa de la presencia de bancos de arena en el litoral.

Su incipiente prosperidad se debía a su estratégica ubicación en medio del estrecho, que la convertían en obligada escala para los barcos que cruzaban el paso entre los océanos Atlántico y Pacífico. Su fondeadero es excelente para echar el ancla, protegido de los vientos dominantes del oeste y el sudoeste, aunque al carecer de puerto los marineros debían transbordar a pasajeros y mercancías hasta el muelle en sus pequeñas lanchas. En aquel tiempo Punta Arenas tenía categoría de colonia penal y era todavía una pequeña ciudad con un par de calles solamente y casas bajas construidas en

madera, siendo la casa del gobernador el único edificio destacable. Un viajero nos la describe así: “Más de dos tercios de las casas eran meras casuchas viejas, de tablas cuadradas, de madera vieja, con velas viejas, fierros corrugados, oxidados, todo mezclado en la construcción de una casa. Algunas no tenían ni siquiera una ventana, sino una abertura cuadrada en los muros y una puerta ajustada con cuero de buey. El lugar estaba infestado con perros y gatos hambrientos. Vi muchos que habían sido envenenados, arrojados a la calle hasta que el hedor era suficientemente fuerte como para lamentar haber tomado ese camino”[43].

En 1877 la ciudad sufrió una violenta sublevación, el famoso “motín de los artilleros”, llevada a cabo conjuntamente por soldados y reclusos que se rebelaron contra sus terribles condiciones de vida, que incluían regularmente malos tratos como el castigo físico, los azotes y los grillos. Se produjeron pillajes y asesinatos y buena parte de la villa fue destruida por los incendios y los saqueos. Al conocer la noticia de la insubordinación, el gobierno de Chile envió al lugar a la cañonera *Magallanes* con un destacamento militar que reprimió duramente el levantamiento. Un consejo de guerra condenó a muerte a los principales cabecillas de los disturbios, que fueron fusilados en la Plaza de Armas. A partir de entonces, Punta Arenas perderá su carácter de colonia penal y se convertirá en territorio de colonización, con una guarnición muy reducida y sin convictos cumpliendo allí su condena. La ciudad fue reconstruida y se incentivó la llegada masiva de nuevos inmigrantes, muchos de ellos colonos de origen europeo.

Por otra parte, las exploraciones argentinas tendrán su punto de partida en Buenos Aires, desde donde se despacharán distintas expediciones marítimas a la zona. Como veremos más adelante, a partir de 1884, con la fundación de Ushuaia en la costa norte del canal *Onashaga*, Argentina tomará oficialmente posesión de su parte en la isla Grande y organizará nuevas exploraciones con destino al interior.

Del “tesoro de los incas” a la primera exploración de la isla
Eugène Pertuiset fue un aventurero francés con aficiones muy particulares: coleccionista de obras de arte, apasionado por las armas de fuego y cazador de fieras en África. Él fue el hombre a quien cabe atribuirle la primera exploración terrestre de Tierra del Fuego. Partió desde Punta Arenas, desembarcando el 7 de diciembre de 1873

en la bahía San Felipe, con un grupo compuesto de veinte hombres armados hasta los dientes y más de treinta caballos para transportar los víveres y provisiones. Recorrió la parte norte de la isla, que todavía se encontraba inexplorada por los europeos, en busca nada menos que del “tesoro de los incas”, fabulosa e imaginaria fortuna que, como era

previsible, no pudo hallar. Decepcionado, pidió al gobierno de Chile cuarenta mil hectáreas para poner en marcha varias explotaciones auríferas en isla Dawson y otros puntos, solicitud que le fue denegada.

Tras el regreso a Europa de los expedicionarios, se publicaron varios artículos e informes en los boletines de la Sociedad Geográfica de París, donde se describían los recursos aprovechables de la isla, como el oro y la madera, y se proporcionaban datos muy útiles sobre el clima, la orografía y la fauna y flora del lugar, siempre en vistas de una ulterior ocupación de un territorio que, para la época, todavía no había sido repartido entre Chile y Argentina.

En cuanto a Eugène Pertuiset, el jefe de la expedición, frecuentó a escritores y artistas como Édouard Manet, y se dedicó con pasión a la literatura. Provisto de una gran imaginación, escribió un libro que tuvo un cierto éxito entre el público, *Le trésor des Incas à la Terre de Feu*, donde exageraba sus aventuras y caracterizaba a los selk’nam como peligrosos caníbales. Las autoridades chilenas de Magallanes tuvieron que emitir notas desmintiendo estas noticias, pues no querían alarmar innecesariamente a los emigrantes europeos que planeaban atraer para colonizar la región.

Habrían de pasar seis años hasta que en 1879 se lleve a cabo el reconocimiento minucioso del interior de la isla[44]. Fue promovido oficialmente por el gobierno de Chile, que, desde la toma de posesión del estrecho en 1843, no había organizado ninguna expedición hacia Tierra del Fuego. La misión estuvo comandada por el teniente Ramón Serrano Montaner, una persona que tendrá un papel protagonista en la violenta colonización ganadera de la isla Grande al ser uno de los ideólogos de la misma. Él fue quien intervino ante el mismísimo presidente de Chile para que José Nogueira obtuviera una concesión

de más de un millón de hectáreas. Serrano estuvo acompañado en esa exploración por doce soldados armados con carabinas y revólveres, teniendo como objetivo llegar hasta el canal *Onashaga*.

El 9 de enero de 1879 los expedicionarios chilenos tuvieron el primer encuentro con los selk'nam:

Se avistaron dos indios cerca del campamento: venían sin armas y envueltos en sus largas capas de pieles de guanacos que usan con el pelo para afuera y que al flotar con la brisa les deja casi todo el cuerpo en descubierto, mostrando todas sus formas musculosas, muy proporcionadas a su estatura agigantada, principié a hacerles señas para que se acercasen, lo que hicieron con mucha cautela, avanzando algunos pasos, sentándose y volviendo a andar otro poco. Caminaron así observando todos nuestros movimientos, hasta que llegaron a ponerse casi al habla y como parecía que no estaban

dispuestos a seguir adelante, mandé tres hombres de los más despiertos para conducirlos donde yo estaba, sin ejercer presión sobre ellos. Tan pronto como estos tres hombres salieron del campamento en dirección a ellos, vi asomarse varias otras cabezas detrás de la loma por donde habían aparecido los indios. Después de mucho trabajo aquellos consiguieron hacerlos venir, pero estos pobres salvajes se manifestaron muy asustados y afligidos (…) Cuando los indios habían ya adquirido cierta confianza con nosotros les pedí llamasen a sus compañeros que de vez en cuando asomaban sus cabezas por detrás de la loma; lo hicieron y muy luego aparecieron otros dos que avanzaron hacia el campamento con las mismas precauciones que los anteriores; mas como notase que todavía quedaban algunos ocultos les volví a pedir llamasen a los demás, volviendo a aparecer otros dos, formándose un grupo de seis, todos hombres y al parecer de una sola familia, pues obedecían al mayor de ellos que había llegado el último. El traje de todos estos indígenas, como antes he dicho, consistía en una capa hecha con pieles de guanacos o zorros y a veces de ambas clases de pieles. Dos de los indígenas tenían el pie derecho calzado con una especie de zapatilla u ojota hecha también con la piel de esos animales. Todos los indios tenían el cabello cortado hasta 2,5

centímetros de largo en la parte inferior de la cabeza y tenían un cerquillo de pelo largo que les caía sobre la cara y hombros y que sujetaban con un cordón de nervios para que no se levantase con el viento. Tienen toda la cabeza pintada con tierra rojiza, con el objeto, según creo, de impedir el nacimiento de insectos parásitos. Dos de los indígenas traían su cara completamente pintada de un negro lustroso, excepto la barba, y los demás una que otra raya blanca o colorada en

la cara o la barriga (Serrano, 1929: 391).

A pesar de este encuentro en apariencia cordial, al día siguiente los selk’nam mataron con sus flechas a ocho de los caballos que formaban parte de la expedición n45. Se trató de uno de los primeros actos de resistencia de los que tenemos constancia, pues sin duda los nativos eran perfectamente conscientes de que este tipo de ataques era un modo de retrasar la ocupación de su tierra. El historiador Alberto Harambour Ross ha estudiado las tácticas de lucha de los selk’nam contra los invasores: “la destrucción de alambrado era una práctica frecuente de sabotaje a la empresa colonial, lo mismo que la matanza de ovejas. El robo de alambre u ovejas para el consumo no era el objetivo principal de los ataques” (Harambour, 2016: 93).

Lo cierto es que a causa de este incidente los expedicionarios tuvieron que abandonar parte de sus víveres y limitar el recorrido previsto inicialmente, llegando solo hasta la mitad de la isla. En su itinerario de dos meses de duración, Serrano recorrió las bahías Gente Grande, San Felipe, Lomas, Inútil y San Sebastián, esta última en territorio argentino, estudiando la fauna, la flora y a los habitantes de la región. Su informe fue elevado a las autoridades y en él concluía que el terreno era apto para mantener la cría de ovejas.

Tan solo unos meses antes, los misioneros anglicanos, en un supuesto viaje de cristianización, también habían examinado la región y ponderado la calidad y abundancia del pasto. Estas informaciones serán enseguida utilizadas por las sociedades ganaderas, que no tardarán en concretar la colonización lanar de la isla con centenares de miles de animales, cambiando para siempre el destino del pueblo selk’nam.

Otro chileno, Jorge Porter, en este caso un antiguo oficial de la Marina, fue el protagonista en 1880 de la exploración de la parte noroccidental de la isla. El marino bautizó la bahía Porvenir, donde se ubica hoy la localidad del mismo nombre. Este estrecho brazo de mar fue muy frecuentado desde tiempos inmemoriales por los selk’nam, quienes lo llamaban *karkamke*, que significa ‘aguas bajas’ (Martinic, 1982: 64).

Su ubicación era también conocida por los loberos y pirquineros o buscadores de oro, que formarán el grueso de sus primeros habitantes a partir de la fundación de la ciudad en 1894.

En la comarca costera comprendida entre bahía Lomas y cabo Boquerón se establecieron los mineros y rápidamente comenzaron las

dificultades para los selk'nam.

Y es que los invasores llevaron muerte, violaciones y enfermedades a los indígenas que habitaban en el territorio, donde, para su desgracia, se encontraban los yacimientos de oro. Las mujeres sufrieron agresiones sexuales y muchos hombres, en su intento de defenderlas, fueron asesinados. No era raro encontrar a niños huérfanos que vagaban desorientados tras haber perdido a sus progenitores. El sacerdote salesiano Fagnano, que visitó la comarca unos años más tarde, escribió: “en esta parte norte de Tierra del Fuego se encontró oro en el lecho de los arroyos. De todas partes acudió gente, la cual, a decir verdad, no era la más decente del mundo y cometió infamias” (Aliaga, 2000: 46).

El gobernador de Magallanes Sampaio desplazó a la zona en 1882 un destacamento de soldados cuya función será, sorprendentemente, proteger a los colonos y hostilizar a los selk'nam.

No obstante, la vida de los mineros nunca fue fácil. Llegados desde todos los rincones del mundo, formando un mosaico de lenguas y nacionalidades, se repartían en grupos por las distintas islas y lugares de explotación. Con rudimentarios útiles y herramientas, sometidos a privaciones y sufrimientos indecibles, lavaban las arenas auríferas en pos del codiciado metal. Hambrientos de oro, los mineros tenían frecuentes enfrentamientos entre ellos mismos, que muchas veces terminaban con muertos.

Solamente unos pocos lograron hacerse con un capital considerable después de una campaña penosa y muy laboriosa, quedándose el resto de los mineros igual de pobres que antes.

Los que sí hicieron buenos negocios fueron los comerciantes locales, que enseguida pusieron en pie una red de factorías y tiendas para avituallar a los mineros. En 1885 el inglés Thomas Saunders, que después se convertirá en ganadero, inauguró el primer despacho de mercaderías de Porvenir, con el que obtuvo elevados beneficios. La misma fórmula que puso en marcha otro inglés, Thomas Bridges, quien vendía materiales, ropa y víveres a los mineros radicados en las islas Picton, Nueva y Hoste, a los que abastecía a través de su bergantín *Phantom*.

Unos años después, a principios de 1885, el ingeniero Alejandro Bertrand fue enviado por el gobierno chileno para realizar un viaje exploratorio por la región de Magallanes, la isla Dawson y el archipiélago de Tierra del Fuego, con la finalidad de estudiar las

cualidades de esos terrenos para la cría del ganado lanar, negocio que ya empezaba a despuntar con la reciente puesta en marcha de las primeras explotaciones ovinas. En marzo de ese año los expedicionarios se embarcaron en el *Abtao* y se dirigieron a la Tierra del Fuego, donde examinaron los distintos lavaderos de oro que proliferaban en los ríos de la zona y también la calidad del pasto para el ganado: "Las estrechas quebradas que desde la cima de los cerros bajan hacia la bahía Inútil, tienen mucho pasto i arbustos, i se encuentran en ellas algunos guanacos (…) toda la parte baja de la costa comprendida entre el puerto de Porvenir i la bahía de Jente Grande está en su mayor parte ocupado por grandes lagunas en cuyos alrededores se divisaban varios humos que nos indicaban la presencia de indios en aquellos parajes" (Bertrand, 1886: 60).

El funcionario chileno había estudiado el espectacular desarrollo de la ganadería ovina en Malvinas, que solo una década después, en 1898, alcanzaría el máximo de cabezas que el archipiélago podía albergar: ochocientas siete mil ovejas (Bernhardson, 1989: 475). Al ser muy similar el clima de las saturadas islas Malvinas al de la región de Magallanes y Tierra del Fuego, y haberse llevado a cabo con éxito los primeros ensayos de aclimatación de los animales, Bertrand concluyó que las condiciones para el pastoreo eran excelentes. Entre otras haciendas, pudo visitar la estancia Punta Delgada, propiedad de los británicos Wood & Waldron, uno de los grupos ganaderos más ricos de la zona, que formaban parte de la denominada *sheepocracy* o aristocracia ovina y que ya tenían en esa época más de diez mil ovejas en la provincia de Santa Cruz.

Los informes de Bertrand sobre la altísima rentabilidad de la industria ganadera, junto a las observaciones anteriores de Serrano Montaner, servirán al gobierno chileno para autorizar enormes concesiones en la isla Grande de Tierra del Fuego, lo que a la postre significará el fin del modo de vida tradicional de los habitantes autóctonos.

De la Expedición Austral Argentina a la fundación de Ushuaia La primera expedición de carácter oficial organizada por Argentina supuso el envío a la zona de Giacomo Bove, un teniente de la Marina italiana con amplia experiencia en la navegación, que llegaría a Tierra del Fuego en 1882. Denominada Expedición Austral Argentina, la misión fue financiada por el Instituto Geográfico de ese país y su finalidad principal era inspeccionar los límites y las fronteras del nuevo territorio definido tras el acuerdo de 1881. A Bove lo acompañaban un grupo de prestigiosos científicos de su misma nacionalidad, que también trabajaban para instituciones y museos de Argentina: los geólogos Decio Vicinguerra y Domenico Lovisato, el

doctor Carlos Spegazzini, del Museo de La Plata, y el teniente Giovanni Roncagli, pintor y fotógrafo.

Todos ellos se embarcaron en la goleta *Cabo de Hornos*, pilotada por el legendario marino Luis Piedra Buena, con el capitán Edelmiro Correa Falcón como segundo, y recorrieron las costas fueguinas, la isla de los Estados y el canal *Onashaga*. Este último, a pesar de haber sido reconocido en toda su extensión por la célebre expedición del *Beagle* en 1830, se hallaba en buena medida inexplorado, ya que los barcos que pasaban del océano Atlántico al Pacífico empleaban la vía del estrecho de Magallanes o doblaban el cabo de Hornos. Hay que advertir que cuando empleamos el término “inexplorado” nos referimos exclusivamente a la perspectiva de los viajeros europeos. Yaganes y kawésqar conocían desde hacía miles de años hasta el último rincón de los canales de la Patagonia, mientras que selk’nam y haush habían recorrido la isla Grande de Tierra del Fuego de un extremo al otro.

Un viaje posterior a bordo de la goleta *Golden West,* mandada por el capitán inglés Pritchard y fletada en Punta Arenas, resultó mucho más accidentado. En el mes de mayo de 1882 el barco naufragó a causa de un temporal en bahía Sloggett en la península Mitre, en la parte sureste de la isla Grande de Tierra del Fuego. Algunos tripulantes pudieron llegar con un pequeño bote ballenero a solicitar auxilio a la misión de Ushuaia, desde donde se envió el *Allen Gardiner* para rescatarlos. Mientras esperaban el rescate, el campamento de los náufragos fue visitado por un grupo de selk’nam que se comportaron de forma pacífica y amigable, tal y como lo relata Lucas Bridges: “Los onas venían de gala, pintados a su modo, y con su mejor vestimenta. Cada hombre tenía sobre la frente una pieza cónica de cuero de cabeza de guanaco, que con su piel corta y espesa, de color gris azulado, les daba un aspecto agradable e imponente. Venían provistos de arcos y flechas en carcajes de piel; rápidamente los canjearon por cuchillos (…) hombres fuertes, altos, muy bien formados. Sus pies estaban calzados con mocasines hechos con el cuero de las patas del guanaco” (Bridges, 1952: 104). Giacomo



Bove aprovechó la estadía en Ushuaia para desenterrar cráneos y esqueletos de la fosa común del cementerio de la misión anglicana y de otros lugares, y después llevárselos a Italia[46]. Todavía los museos de Roma y Florencia conservan en sus depósitos los restos humanos correspondientes a treinta y dos personas del pueblo yagán y que siguen siendo aún hoy en día objeto de estudio por parte de los científicos italianos[47]. En aplicación de las leyes internacionales de restitución, deben ser devueltos sin demora a la comunidad yagán Paiakoala de Ushuaia para su reentierro[48].

Misión inglesa de Ushuaia. Fotografía: Expedición científica cabo de Hornos, 1882-83.

Museo Quai Branly, París

En esa época los informes de Bove inquietaron sobremanera al gobierno argentino.

En ellos se hacía una detallada descripción de la misión de Ushuaia, un pequeño poblado en el que se enseñaba inglés en la escuela y donde ondeaba la bandera británica. Sorprendidos por la presencia extranjera en territorio nacional, enseguida las autoridades se aprestarán a enviar desde Buenos Aires una flota militar.

En el marco de las celebraciones del Primer Año Polar Internacional, expediciones de distintos países llevaron a cabo viajes para instalar estaciones de observación meteorológica, la mayoría de ellas concentradas en el hemisferio norte. Francia participó con el envío en septiembre de 1882 de un barco, *La Romanche*, a los canales fueguinos, donde permanecieron más de un año con la finalidad de

observar el tránsito del planeta Venus entre la tierra y el sol. Al mando del comandante Louis-Ferdinand Martial, el equipo estaba formado por geógrafos, fotógrafos, médicos, astrónomos y naturalistas. Sus publicaciones, realizadas en varios volúmenes, fueron claves para el conocimiento de la región y especialmente de sus habitantes.

Lo primero que apreciaron los franceses fue la falta generalizada de comida que padecían los yaganes, abocados a la hambruna por los cazadores de lobos marinos que habían mermado la presencia de estos animales. Y es que la fuente esencial de alimento del pueblo yagán desaparecía a causa de las intensivas campañas de pesca de los loberos norteamericanos y europeos.

Hay que destacar los trabajos del cirujano de la Marina Paul-Daniel Hyades, autor de artículos, observaciones y relatos de gran valor etnográfico sobre la forma de vida tradicional de los yaganes, con los que convivió durante largos meses en bahía Orange.

Visitante asiduo de la misión anglicana de Ushuaia, por entonces el único asentamiento de la zona ocupado por europeos, Hyades enseguida advirtió el carácter nocivo y perjudicial para la salud de los indígenas del establecimiento religioso: “la tisis pulmonar es rara entre los fueguinos que viven al aire libre; pero es muy frecuente entre los que habitan la misión inglesa de Ushuaia, que han adquirido costumbres sedentarias y que viven encerrados” (Hyades, 1884: 582). El médico francés se lamentaba también de que los religiosos no hubieran planificado la presencia de un doctor en la misión para tratar las enfermedades que ellos mismos les contagiaban involuntariamente. En consecuencia, dos terribles epidemias diezmaron a la población yagán de la misión.

Poco después, los misioneros Bridges y Lawrence colgaron sus hábitos y se convirtieron en prósperos ganaderos. Hoy los descendientes de estos exmisioneros británicos son propietarios de miles de hectáreas en Tierra del Fuego.

Durante la misma época una expedición uruguaya exploró el archipiélago fueguino.

Dirigida por el comandante Bartolomé Bossi a bordo del vapor *Charrúa*, arribaron a la zona en febrero de 1882. Bossi escribió un libro donde habla despectivamente de los

“fueguinos”, siempre desde su particular visión de superioridad racial: “hicimos mal en dejarlos entregados a esa vida salvaje constantemente

en lucha con los elementos, sufriendo en el verano las lluvias sin abrigo y cubiertos de nieve en invierno. Creemos que son los salvajes más desgraciados del mundo y sería una obra de humanidad recogerlos para conducirlos a regiones más templadas haciéndolos copartícipes de nuestra cómoda vida" (Bossi, 1882: 47). También se hizo eco de la caza indiscriminada de lobos marinos asegurando que la goleta norteamericana *Florence*, en menos de dos meses, abatió doce mil animales, por lo que proponía una regulación de su pesca para evitar la desaparición de la especie.

Fue en septiembre de 1884 cuando llegó a Tierra del Fuego la flotilla argentina de la División Expedicionaria del Atlántico Sur. Aunque originalmente iba a estar al mando de Piedra Buena, su inesperado fallecimiento en agosto de 1883 obligó a improvisar un cambio de última hora, de tal modo que fue elegido comandante el comodoro Augusto Lasserre. Estaba compuesta por la cañonera *Paraná*, los transportes *Villarino* y *Cabo de*

Hornos, el vapor *Comodoro Py* y los cúteres *Patagones* y *Santa Cruz*, y su objetivo era tomar posesión del territorio que había correspondido a los argentinos por el Tratado de Límites. Se trataba de demostrar a Chile que Argentina estaba dispuesta a ocupar de manera efectiva sus nuevos territorios y, al mismo tiempo, alejar de la zona posibles pretensiones de otros países —como Gran Bretaña— que tenían presencia en el canal *Onashaga* a través de los misioneros protestantes. No hay que olvidar que los británicos poseían desde 1833 un asentamiento permanente en islas Malvinas, lo que en cualquier momento podía transformarse en una seria amenaza territorial para Argentina usando como avanzadilla a los religiosos anglicanos. Los argentinos también construirán en la isla de los Estados el faro de San Juan de Salvamento, el mítico "faro del fin del mundo"

que sirvió de inspiración al escritor Jules Verne para su novela homónima. Lasserre lo construyó para guiar en la navegación a los múltiples barcos que transitaban por esas aguas, pero sobre todo para señalar la soberanía argentina de la región a todos los que por allí pasaran.

La misión de Ushuaia, fundada en 1869 por los misioneros llegados desde las Malvinas, era en aquel momento el único lugar de esa región habitado por europeos.

Ushuaia, en yagán, significa 'bahía que penetra hacia el poniente', ya que los yaganes contemplaban día tras día cómo se ponía el sol detrás de aquellas montañas. Aunque enarbolaban el pabellón británico en

tierra argentina y los yaganes tenían en su choza un retrato de la reina Victoria, enseguida los misioneros Bridges, Whaits y Lawrence aceptaron cooperar con los nuevos ocupantes y pronto se convirtieron en valiosos aliados de los militares argentinos. Esta colaboración tuvo su recompensa, puesto que años después todos ellos recibirían grandes extensiones de tierras del gobierno a título gratuito.

Un mes después de su llegada, el 12 de octubre de 1884, se fundaba oficialmente la subprefectura de Ushuaia y se instalaba un pequeño puesto militar que, con el paso del tiempo, daría lugar a la ciudad que hoy conocemos. La alegre ceremonia de inauguración, con banda de música, piquete de soldados y salva de cañonazos, fue contemplada con inquietud y temor por los yaganes, que veían cómo más "hombres blancos" venían a establecerse en su territorio. Su experiencia con los misioneros había sido ya desastrosa, puesto que los yaganes que allí vivían se vieron afectados por violentas epidemias de tuberculosis que diezmaron su población mucho antes de que desembarcaran los marineros argentinos. A partir de entonces su situación iba a ser todavía peor.

Muy pronto las autoridades argentinas pensaron en Tierra del Fuego como ubicación ideal para la construcción de una gran cárcel, lo que permitiría de paso el poblamiento de la última ciudad del territorio nacional, que se encontraba justamente

en el mismo límite de la nueva frontera con Chile. Si inicialmente el presidio funcionó en la isla de los Estados, en 1902 se inauguró el penal de Ushuaia en su actual ubicación, siendo su primer director Catello Muratgia. Su aislamiento y lejanía de lugares habitados, el hecho de estar rodeada de montañas y canales y lo extremo de su helado clima, que provocó que se la conociera con el sobrenombre de "la Siberia criolla", hacían casi imposible cualquier intento de fuga.

Durante el medio siglo de funcionamiento pasaron por sus celdas miles de reclusos que sufrieron las duras condiciones carcelarias, que incluían habitualmente torturas y castigos físicos. Aunque algunos de los penados eran criminales confesos, la mayoría pertenecía a la categoría de presos políticos o delincuentes comunes, a los que se esperaba reeducar mediante el trabajo forzoso y la vigilancia permanente. Uno de los convictos más famosos fue el anarquista Simón Radowitzky, autor en noviembre de 1909 del atentado contra el jefe de policía de Buenos Aires Ramón Lorenzo Falcón.

Radowitzky ingresó en la cárcel de Ushuaia en 1911, donde permaneció preso más de veinte años, siendo uno de los pocos

internos que llevó a cabo una evasión con éxito, aunque días después fue capturado nuevamente en Punta Arenas.

Muchos de los carceleros eran de origen español y pasaron tristemente a la historia por la brutalidad con la que trataban a los detenidos y por su absoluta falta de escrúpulos. Uno de sus entretenimientos era colocarse en dos largas filas y hacer pasar a los reclusos por en medio, para poder golpearlos con sus cachiporras y bastones.

También obligaban a los penados a desnudarse y después los tiraban en la nieve o les arrojaban cubos de agua helada. Eran los temidos "baños en la nieve", que muchas veces ocasionaban en la víctima la muerte por pulmonía. Por lo demás, los presidiarios eran obligados a trabajar muy duramente en el aserradero y en la construcción de caminos y carreteras, instalándose incluso una pequeña vía férrea para trasladar a los hombres a los bosques contiguos a la ciudad: "Salen aquellos leñadores todos los días a la madrugada para ser conducidos hasta el monte, distante tres leguas del establecimiento; viaje y trabajo que se realiza pese a la lluvia, el viento y la nieve (…) Los leñadores parten del presidio después de haber tomado un jarro de café negro sin pan; y sin más alimento, deben cortar leña en el monte hasta el mediodía. Al volver de la tarea matinal se les suministra el rancho y otra ración se les entrega en el presidio a las 18, al regresar de sus trabajos por la tarde" (Rojas, 2012: 111).

Las denuncias de destacadas personalidades —como el escritor Ricardo Rojas, que estuvo confinado varios meses en esa cárcel, o el diputado socialista Manuel Ramírez—

llevaron finalmente a la clausura del penal de Ushuaia en 1947. Actualmente la cárcel, un lugar en el que tantos seres humanos padecieron sufrimientos e injusticias, se ha convertido en un atractivo turístico muy popular, donde los visitantes, niños incluidos,

recorren entusiasmados las sombrías galerías, se hacen fotos con los muñecos de los reclusos más famosos o sonríen mientras viajan acodados en los vagones del ferrocarril de los presos. En un ejemplo de la mercantilización del pasado, las tiendas de la transitada calle San Martín también venden recuerdos y *souvenirs* a los turistas e incluso en el interior de una de ellas se ha construido una especie de mini parque temático donde media docena de penados de cartón piedra, con sus trajes de presidarios a rayas azules y amarillas, se afanan en sus trabajos carcelarios. Por suerte el Museo Marítimo y del Presidio, con su colección permanente y sus exposiciones temporales, aporta seriedad y rigurosidad al relato de esta parte trágica de la

historia de la ciudad.

Probablemente jamás sepamos el número de víctimas que ocasionó la siniestra cárcel de Ushuaia mientras estuvo activa.

La “fiebre del oro” y la exploración de Julio Popper

La noche del 23 de septiembre de 1884 en las inmediaciones de cabo Vírgenes naufragaba el *Arctique*, un vapor de tres mil quinientas toneladas de la Compagnie des Chargeurs Réunis, que hacía la ruta entre el puerto francés de Le Havre y el chileno de Valparaíso. Como era habitual cuando se perdía un barco, el naufragio atrajo a la zona a decenas de aventureros que buscaban aprovechar los restos del buque y su carga. La presencia de saqueadores y raqueros[49] obligó al gobernador de Magallanes a enviar un retén de soldados para que impidieran el desvalijamiento del buque y sus mercaderías.

Tres semanas después del accidente, el empresario portugués José Nogueira firmaba un contrato de salvamento con el capitán del buque, Joseph Hulot, organizándose la recuperación de las mercancías, de las que los rescatadores obtendrían un sesenta por ciento del producto líquido de su venta.

En medio de esas tareas casualmente se descubrió oro aluvial en la playa. La leyenda dice que fue un cacique aónikenk, Lukache, quien recorriendo los restos del naufragio cavó en busca de algo que pudiera vender y descubrió pepitas provenientes de las arenas auríferas. Consiguió recoger cerca de un kilogramo de oro, que llevó a Punta Arenas para venderlo y comprar herramientas para proseguir sus excavaciones. En ese instante la noticia del hallazgo corrió como la pólvora por la ciudad y una muchedumbre de heterogénea procedencia se trasladó hasta el lugar para probar suerte. Un funcionario chileno que exploraba la zona, Alejandro Bertrand, nos cuenta el caso de dos franceses ocupados en lavar las arenas “en pequeñas bateas, consiguiendo por este medio sacar cada hombre de 6 a 12 gramos diarios” (Bertrand, 1886: 50).

La existencia de oro se convirtió en todo un acontecimiento que puso en el mapa la hasta entonces remota región y atrajo la atención tanto de chilenos como de argentinos.

En agosto de 1886, el misionero Thomas Bridges pronunció una conferencia titulada “La Tierra del Fuego y sus habitantes” en la Sociedad Literaria Inglesa de Buenos Aires: Se ha hallado oro en alguna abundancia en la bahía Slogett y alrededores, bahías Inútil y

Porvenir, también en las islas Nueva, Lennox y Navarino. El precioso metal solo se encuentra como depósito de aluvión y jamás en las formaciones cuarzosas. El oro bruto se paga en Londres a razón de dos chelines con 3 o 4 peniques el gramo. De algunos años a esta parte han sido explotados estos yacimientos, no tan solo en las costas sino también en el interior, en los lechos de los ríos. En la costa del mar los mejores yacimientos se hallan en el reflujo (…) Aunque en todos los parajes indicados se encuentra todavía oro en cantidad explotable, sin embargo, no produce hoy la minería tantos beneficios como en años anteriores, porque los mejores yacimientos ya están agotados y la extracción exige una ruda labor, siendo en consecuencia menor la utilidad (Bridges, 1998: 143).

Estas palabras de Bridges atraerán a la región a un número considerable de buscadores de oro, hombres brutales que invadieron los territorios indígenas asesinando y violando a quienes se cruzaban en su camino.

Entre octubre y diciembre de 1886 el ingeniero rumano Julio Popper llevó a cabo una de las más famosas expediciones a Tierra del Fuego, atraído por la posibilidad de conocer un territorio todavía ignoto: “la mayor parte de la isla constituía un misterio aún para el mundo civilizado. Antecedentes tan vagos e indeterminados debían aumentar en mí el deseo, ya poderoso, de conocer y estudiar esa tierra enigmática, que forma el extremo sur de nuestro continente”. Sin embargo, hoy sabemos que su motivación real era la búsqueda de oro. Tras comprobarse que estaba agotado el yacimiento de Zanja a Pique en cabo Vírgenes, en la zona continental, y después de escuchar al pastor Bridges sobre la existencia de oro aluvial en la comarca de Porvenir, Popper pensó que debía haber otros yacimientos auríferos en la isla Grande y con ese fin exploró la parte norte del territorio argentino.

Conocemos con bastante precisión el recorrido de este viaje gracias a los diarios, fotografías y relatos que Popper nos legó, incluyendo una conferencia que dictó a su regreso, en marzo de 1887, en el Instituto Geográfico Argentino de Buenos Aires y que tenía por finalidad interesar a posibles inversores en sus negocios fueguinos. El mismo Popper imprimió el texto de esa charla propagandística y lo tradujo al francés e inglés, obteniendo una muy amplia distribución, sobre todo entre la acomodada clase alta porteña. Hay que tener en cuenta que la visión que se impuso en la época sobre la



Tierra del Fuego, como territorio susceptible de explotación de sus recursos naturales, vino condicionada por informes como los de Popper o Bridges, donde se alababan las virtudes económicas de la región.

En el transcurso de la expedición, en los alrededores del río Grande, Popper y sus hombres tuvieron una violenta escaramuza con los selk'nam: "en un momento estuvimos desmontados, contestando con nuestros Winchester, la agresión indígena.

Era un combate raro. Mientras hacíamos fuego, los indios, echados de boca sobre el suelo, dejaban de enviar sus flechas; pero apenas cesaban nuestros disparos, oíamos nuevamente el silbido de las flechas. Poco a poco logramos colocarnos del lado del viento, lo que obligó a los indios a retirarse, pues la flecha no puede causar gran daño, lanzándola contra el viento. Dos indios quedaron esta vez muertos sobre el terreno"

(Popper, 2003: 90).

Popper se retrató en el lugar de la matanza con los cadáveres de los selk'nam a su alrededor, como el cazador que exhibe su trofeo, y ese gesto habría de marcarlo de por vida: "La fotografía que se hizo tomar carabina en mano con un indio ona muerto a sus pies, agarrado a la

esperanza de su arco, es otro rastro de su paso por los coironales", escribió Francisco Coloane en su libro *El guanaco blanco* (Coloane, 1999: 122). También hizo posar a sus hombres en actitud de combate, disparando a un inexistente enemigo.

En otra de las espeluznantes fotografías de la serie que forma parte del álbum50, saquean y queman un toldo selk'nam, mientras en primer plano aparece el explorador tocado con un sombrero y con el sable en la mano. La imagen de Julio Popper como el más temible "cazador de indios" comenzó a afianzarse en la opinión pública tras la masiva difusión de estas fotografías, lo que permitirá, de paso, exculpar a los verdaderos responsables de las matanzas.

Popper y sus hombres disparando a los selk'nam, 1886. En primer plano una de sus víctimas,

Museo del Fin del Mundo.

A pesar de estos asesinatos, Popper siempre defendió la idea en sus conferencias y escritos de que los selk'nam eran los legítimos dueños de la tierra y que por consiguiente cualquier proyecto colonizador debería tenerlos en cuenta. Era consciente de que la irresistible expansión de las ovejas malvineras iba a alcanzar a la isla Grande de un momento a otro y que, antes de que esto sucediera, los selk'nam tenían que ser oficialmente los propietarios de su territorio.

Y es que en Malvinas ya no había ni una sola hectárea de terreno disponible. Para que el negocio no se detuviera y continuara a buen ritmo, había que buscar nuevas regiones susceptibles de colonización ovina. Los beneficios obtenidos con las explotaciones lanares eran fabulosos y los ganaderos doblaban su capital en solo dos años. Esto era debido a que la oveja se aclimataba perfectamente a esas latitudes, produciendo más lana que en los lugares cálidos, pastando libremente a la intemperie y reproduciéndose cada año sin epidemias ni enfermedades. La lana de las ovejas fueguinas era sedosa, muy resistente y de pelo más largo, y encima su precio subía sin parar. Si los malvineros cazaban a las avutardas para que no se comieran el pasto de las ovejas, veremos enseguida que en Tierra del Fuego los estancieros no harán distinciones entre animales y seres humanos, matando tanto a los guanacos como a los selk'nam.

Así, las ovejas van a convertirse en un inequívoco elemento de identidad a escala regional, en un ícono de la Patagonia.

Ramón Lista y la masacre de San Sebastián

En 1886 el ejército argentino provocará la mayor matanza de selk'nam de la que se tiene oficialmente registro. Ramón Lista, oficial mayor de Marina, comandaba una expedición militar de exploración de la isla, compuesta por veinticinco soldados al mando del capitán de caballería José Marzano y en la que también participaban como personal auxiliar el sacerdote salesiano Giuseppe Fagnano y el cirujano Polidoro Segers.

Se embarcaron en el cúter *Santa Cruz* y llegaron a bahía San Sebastián, al norte de la isla, en la costa atlántica. No había transcurrido más que un día desde el desembarco de

los animales, suministros, armas y municiones, cuando el grupo de exploradores se enfrentó violentamente con los selk'nam. Tras recibir los soldados una lluvia de flechas, Lista ordenó una mortífera descarga de fusilería. A partir de entonces se desata una guerra sin cuartel, una carnicería que provocó entre los selk'nam veintiocho muertos y un elevado número de heridos y prisioneros, la mayoría mujeres y niñas. Los militares no sufrieron ninguna baja. Lo cuenta el propio Lista:

Por lo que respecta a los indios onas que habitan la isla, tengo el sentimiento de comunicarle que me he visto en el caso de tener que librar un combate con diez hombres contra cuarenta salvajes, que ocultos en un espeso matorral, antes de entregarse y a pesar de nuestras demostraciones pacíficas, pretendieron rechazarnos lanzándonos enjambres de flechas. Los hice cargar a sable, el capitán a la cabeza, y cuando ya daba por terminada la lucha, este intrépido oficial cayó herido de un flechazo en la cabeza con lo cual el ataque se detuvo un instante; pero enseguida mandé cargar nuevamente y después de un ligero tiroteo el matorral fue desalojado quedando en nuestro poder algunos prisioneros, mujeres en su mayor parte, y sobre las zarzas veintiséis indios muertos, todos ellos de estatura gigantesca y de una corpulencia solo comparable a la de los patagones o tehuelches51.

El cura que acompañaba a las tropas nos narra así la violenta matanza: El oficial trató de hacerse entender por los pobres salvajes a través de gestos, invitándoles a rendirse, ofreciéndoles carne y galleta. Parece, sin embargo, que nada comprendieron de su mímica amistosa ya que, en lugar de responder, lanzaron sus flechas contra los militares sin, no obstante, producir daño de ningún tipo. Luego de más de media hora de vanas tentativas y después de haberles inútilmente

ordenado la rendición, el jefe ordenó desalojarlos de sus escondites, y a tal efecto se comenzó a abrir fuego donde quiera que apareciera una piel de guanaco. Cada detonación era seguida de un grito de los indios, entre cuyas voces se distinguía una que, dominando al resto, animaba a los demás a mantener la resistencia. Eso indujo al comandante a ordenar una carga con sables, con la esperanza de poder, de esta manera, cogerlos a todos con el menor derramamiento de sangre. El intrépido capitán Marzano se movió adelante y se lanzó hacia la mata negra desde donde continuaba saliendo aquella voz provocadora.

Sin embargo, al llegar a una brevísima distancia del enemigo invisible fue herido en la sien izquierda por una flecha de madera, y cayó al suelo sin sentido, perdiendo sangre de la herida. En este punto ya no fue posible contener la animosidad de los soldados, anhelantes de vengar la herida de su valeroso capitán; se lanzaron rabiosamente contra los indios y mataron a todos cuantos osaron aún oponer resistencia. Hicieron trece prisioneros, incluidos dos niños52.

En este testimonio Fagnano simplemente lamenta las muertes, lo que no le impedirá continuar acompañando a la expedición militar. La realidad dista mucho de cómo la historiografía salesiana narró tiempo después este violento encuentro, y donde el sacerdote poco menos que expone su pecho desnudo a las balas de los soldados para evitar la matanza de indígenas: “Se acercó con valentía al jefe de la expedición y con palabras francas les hizo conocer su delito. Temíamos por su vida, puesto que el jefe ora se encendía en cólera, ora el hombre palidecía delante de Dios, que en medio de la soledad de la selva se levantaba como un profeta para condenar la crueldad del soldado. Estaban listos 25 fusiles que a la más mínima señal se descargarían sobre aquel pecho valeroso (…) comprendí que monseñor Fagnano es un verdadero héroe digno de admiración” (Carbajal, 1900: 112).

Un tercer relato de un testigo de la masacre corresponde a Polidoro Segers, el médico de la expedición:

A nuestros pies y sobre la orilla del mar entre manchones negros, que revelaban las crestas de las restingas que emergían de las aguas unos veinte individuos se entregaban tranquilamente a la pesca de mariscos sin habernos apercibido cuando los ladridos de los perros llamando su atención les descubrió nuestra presencia en el vértice del cabo Peñas, al lado de sus viviendas. La alarma que esto les produjo fue espantosa y los pobres indios que se encontraban a una larga distancia en la playa que la marea al bajar había dejado al descubierto, no sabían de qué lado escapar. La confusión aumentó más cuando vieron que los

soldados de la expedición bajaban a toda prisa en su persecución la cuesta de la barranca en la cual estábamos.

Triste espectáculo era para mí ver a estos pobres indios inofensivos correr de un lado a otro perseguidos como fieras por los que representaban la civilización. Como los indios huían en varias direcciones y los soldados temían que escapase su presa, empezaron a hacer fuego sobre ellos hiriendo a algunos, pero logrando sustraerse todos a sus perseguidores, menos uno que, rodeado por cinco soldados armados de Remington no pudo adelantar. El infeliz se había atrincherado detrás de una enorme peña y se defendía valerosamente del fuego que le hacían aquellos. A cada descarga salía de su fortaleza improvisada y lanzaba una flecha en dirección de sus verdugos.

La huida le era imposible: a retaguardia tenía el mar que subía ya y delante cinco bocas que vomitaban fuego. En fin, acribillado por las balas cayó el valiente y por conmiseración fue ultimado con un tiro de revólver en el oído derecho. El reverendo padre Fagnano, capellán de la expedición, y yo nos habíamos hecho cargo de las criaturas abandonadas y mientras seguía el tiroteo no podíamos menos que protestar indignados contra este acto de crueldad que pasaba a nuestra vista, sin que pudiéramos

impedirlo. Como avanzara la noche y deseosos de dar sepultura al cadáver, conseguimos del jefe de la expedición que lo arrastraran hasta el lugar donde nos encontrábamos.

Era un lindo joven, a lo más dieciocho años de edad, robusto y bien formado. Una melena tupida y negra cubría con sus enmarañados mechones su cuero cabelludo diferenciándose de los demás indios en que no usaba tonsura y su cabeza estaba cubierta de pelo. Veinte y ocho balas Remington habían acribillado el cuerpo de este valiente, más la bala de gracia (...) Al poco rato volvía una expedición de soldados que fue en persecución de los fugitivos, trayendo catorce individuos de chusma, pues los hombres aunque heridos se habían escapado: se aseguraron mujeres y niños en el cepo de campaña atándolos unos a otros por los pies con una larga cuerda, se pusieron centinelas a la vista y tratamos de conciliar el sueño. Era en vano, toda la noche las pobres chinas no cesaron en sus lamentaciones...

La aparente indignación de Segers por los asesinatos no le impidió, sin embargo, quedarse con la piel del joven selk'nam como un bonito recuerdo etnográfico: "Disequé todas estas partes así como la cabellera que, preparadas para conservación, excitaron mucho la curiosidad a mi regreso a Buenos Aires" (Segers, 1891: 73). Además, en un claro

ejemplo de adopción forzada de servidumbre, el cirujano belga secuestrará poco después a un matrimonio haush que se llevó de regreso a Buenos Aires para emplearlos en el servicio doméstico53.

Una y otra vez en multitud de libros se repetirá la misma historia, en la que Segers y Fagnano, aparentemente jugándose la vida al enfrentarse a los militares argentinos, serán los encargados de entablar relaciones pacíficas con los selk'nam: "El capellán y el médico, puestos de acuerdo, se colocan en vanguardia de la columna, en vez de la retaguardia y, desarmados, son los primeros en tomar contacto con los salvajes a quienes ganan en todos los casos por la simpatía y la confianza, de tal modo y con tal éxito que la expedición de Lista recorre toda la isla y la reconoce palmo a palmo sin disparar un solo tiro después de aquella desgraciada e imprudente descarga" (Bustos, 1959: 94).

Algo que no es cierto, puesto que tan solo quince después, el 11 de diciembre de 1886, los militares matarán a otros dos selk'nam en las cercanías del cabo Peñas. En una constante que se repetirá siempre que se produzcan estos violentos encuentros, los hombres son asesinados y las mujeres y niños, capturados: "Los prisioneros son nueve: dos mujeres, de 30 a 40 años, y siete criaturas de ambos sexos. Todos estaban envueltos en quillangos de guanaco, con el pelo hacia fuera, y las primeras llevaban sujetas a la espalda bolsas de cuero pintadas, cuyo contenido era el más diverso: lapas, mejillones,

crustáceos, erizos de mar y peces de varias formas y tamaños" (Lista, 1887: 100). El grupo de detenidos fue conducido a Río Gallegos, donde serían embarcados en el vapor *Villarino* del capitán Federico Spurr y trasladados a Buenos Aires. *The Standard*, uno de los diarios en lengua inglesa que se publicaban en aquella época en la capital, no dudó en calificar la expedición de Ramón Lista de "bárbara, y sus miembros son mucho más bárbaros que los indios contra los que están luchando"54. Al periodista le llamó la atención la presencia exclusiva de mujeres y niños heridos en la comitiva de prisioneros, sospechando acertadamente que todos los hombres habían sido asesinados.

Lamentablemente no tenemos ningún relato de los selk'nam sobre el trágico acontecimiento, aunque sin duda alguna la memoria de ese pueblo registró la matanza gracias a los supervivientes y a la transmisión de la historia oral. El balance de víctimas provocadas por los soldados del ejército argentino es aterrador, ascendiendo a treinta muertos entre hombres, mujeres y niños, asesinados a balazos, ensartados con las bayonetas, ultimados a golpe de sable. Los quince prisioneros, la mayoría mujeres y niños, fueron colocados en el cepo

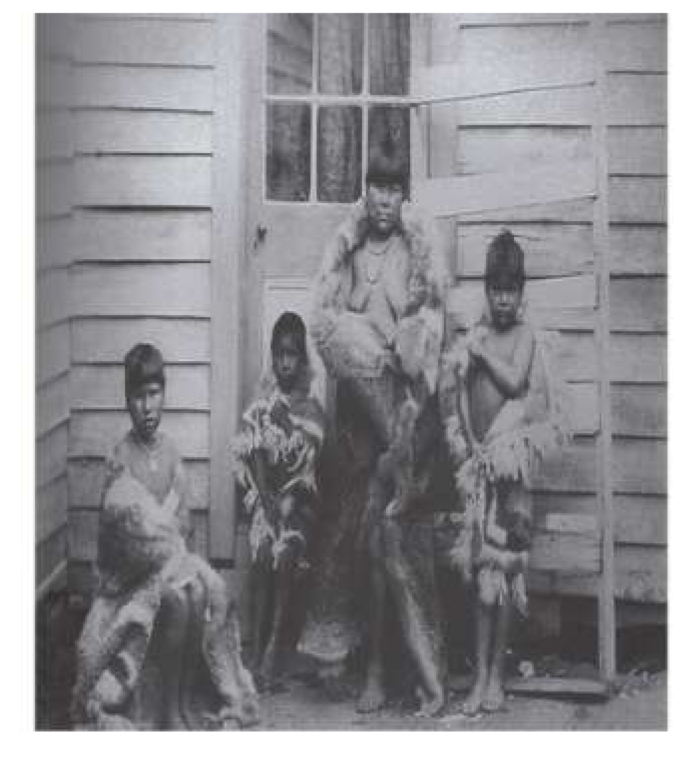
de campaña, atándolos unos a otros por los pies con una larga cuerda y, como hemos visto, llevados a Buenos Aires, desconociéndose su destino final. Ninguna baja entre los militares atacantes, que hicieron valer su potencia de fuego.

El día que ocurrió la matanza, el 25 de noviembre, ha sido declarado desde 1992

“Día del Indígena Fueguino”, para recordar la terrible masacre de los selk’nam provocada por los soldados argentinos.

La expedición francesa de Rousson y Willems

Durante su estadía en Tierra del Fuego en 1882, la famosa expedición francesa de *La Romanche,* capitaneada por Louis-Ferdinand Martial, había realizado interesantes estudios y reconocimientos geográficos en las islas comprendidas entre el canal *Onashaga* y el cabo de Hornos, pero sin aventurarse hacia el interior de la isla. Unos años después, en 1888, el francés Jean Lecocq cruzó la isla entre Porvenir y bahía San Sebastián y luego bordeó el litoral atlántico hasta bahía Policarpo en un largo viaje que duró varios meses. Las noticias de esta expedición llegaron a París debido a que Lecocq dio varias conferencias en las sociedades geográficas, donde ponderaba los excelentes pastos para el ganado disponibles en la isla Grande y también las altas probabilidades de encontrar oro. Así, rápidamente, nuevos expedicionarios procedentes de Francia se pusieron en viaje y en mayo de 1890 llegaron a Punta Arenas Henri Rousson y Polydore



Willems, con el encargo del ministro de Instrucción Pública francés de llevar a cabo un viaje exploratorio por la Tierra del Fuego.

Selk'nam prisioneros en Punta Arenas, 1890. Fotografía: Henri Rousson, Biblioteca Nacional de Francia.

Para esa época, los selk'nam conservaban todavía la propiedad de la mayor parte de su territorio, que se consideraba inexplorado desde el punto de vista de los colonizadores, y faltaban aún varios años para que se instalaran las grandes estancias ganaderas, las de la Sociedad Exploradora de Tierra del Fuego en el lado chileno y las de Menéndez y Braun en la parte argentina. Solamente existía en el norte de la isla la estancia Gente Grande, de la Wehrhahn & Cía. de Rudolf Stubenrauch, donde los indígenas pronto iban a conocer la brutalidad de los ganaderos. En una de las primeras fotografías que tomaron los expedicionarios se ve a tres niños y una mujer selk'nam capturados en la isla Grande y trasladados a Punta Arenas. Falta el hombre, que sin duda alguna murió aferrado a su arco al tratar inútilmente de defender a su familia.

El gobernador de Magallanes, el general Samuel Valdivieso, puso a

disposición de los franceses todos los medios con los que contaba la gobernación, incluyendo guías locales y un vapor, el *Toro*, para su viaje. Punta Arenas era entonces una ciudad de dos mil habitantes, que recibía frecuentemente la visita de los aónikenk que venían a intercambiar sus productos de la caza, pieles de guanaco y plumas de avestruz, a cambio de harina, tabaco, alcohol y cerillas.

Antes de viajar a Tierra del Fuego, los franceses estuvieron en la isla Dawson, donde funcionaba un establecimiento misionero instalado por los salesianos desde hacía dos años. En la misión tomaron medidas antropométricas a los kawésqar confinados allí, con la finalidad de comparar después a estos indígenas con los selk'nam. Fotografiaron a una desdichada familia kawésqar que, en lugar de las pieles de animales a las que estaban acostumbrados, se cubría con las mantas que les proporcionaban los misioneros y que eran vehículos de transmisión de contagiosas enfermedades. A la mujer le habían rapado el cabello.

El 20 de julio de 1890 los componentes de la expedición francesa llegaban a Porvenir, una gran bahía perfectamente protegida de los embates del mar, pero que tenía escasa profundidad, por lo que solo admitía embarcaciones de poco calado. Allí se había levantado una pequeña población que, en esa época, no era otra cosa que un puñado de casas y almacenes que servían para aprovisionar a los mineros atraídos por la "fiebre del oro" y que buscaban el preciado mineral en los arroyos vecinos. Dirigiéndose hacia el norte, hacia las bahías Felipe y Gente Grande, los expedicionarios pudieron pronto encontrar los primeros grupos de selk'nam, a los que trataron de "conquistar" con regalos como collares, brazaletes, tabaco o cerillas. Enseguida se sorprendieron de la fabulosa contextura física de los selk'nam, fortalecida por su constante actividad cazadora, siempre persiguiendo a los escurridizos guanacos.

Del mismo modo, las mujeres selk'nam tenían un aspecto formidable, sobre todo comparado con la triste visión de los debilitados kawésqar que los franceses habían conocido encerrados en la misión de Dawson, y que estaban afectados por terribles enfermedades. A finales de agosto, los miembros de la expedición recorrieron la bahía San Sebastián en la costa atlántica argentina, donde también pudieron fotografiar a algunos selk'nam y una choza abandonada. Tras tres meses de preparativos en Punta Arenas, los franceses regresaron nuevamente a principios de 1891 a Tierra del Fuego con el fin de estudiar la parte sur de la isla. Como tantos otros expedicionarios que fueron actores de la violencia contra los indígenas, el 19 de febrero, en la zona de cabo San Pablo, Rousson y Willems tuvieron un

enfrentamiento con los selk'nam, matando a un hombre e hiriendo de gravedad a otro. Los franceses se quedaron varados en la zona y fue Luis Fique, subprefecto de bahía Thetis, quien los acogió durante dos meses, mientras esperaban un barco que los rescatara.

En mayo de 1891, a bordo del barco de la misión, el *Allen Gardiner*, los expedicionarios franceses llegaron a Ushuaia, una ciudad que por aquel entonces contaba con alrededor de un centenar de habitantes agrupados en torno a la casa del gobernador y otros puestos oficiales. También estaban las casas de la misión anglicana, donde todavía sobrevivían algunos yaganes allí acogidos. Los franceses fotografiaron a

las mujeres indígenas vestidas "a la europea", lo que desde el punto de vista de los religiosos era un símbolo de su éxito civilizador. Lo primero que hicieron los británicos fue cubrir la desnudez de los yaganes con atuendos occidentales, que casi siempre les eran entregados a cambio de trabajos manuales o pieles de nutria y foca[55]. Con su peculiar lógica mercantilista, los misioneros protestantes no querían "empobrecer" a los yaganes dándoles regalos, por eso les vendían las ropas. Lo mismo sucedía con las raciones de comida y los útiles y herramientas, que solamente les eran entregadas si aceptaban trabajar para ellos. Al poco tiempo, el proyecto misionero de Thomas Bridges y John Lawrence tuvo un efecto devastador sobre los canoeros nómadas que vivían en libertad en esa zona. Aquellos que optaron por radicarse en la misión fueron rápidamente diezmados por las enfermedades importadas.

Tras un año recorriendo las tierras más australes de América, Henri Rousson y Polydore Willems regresaron a Francia con multitud de objetos etnográficos, incluyendo numerosos restos humanos que hoy se encuentran en el Museo de Historia Natural de París[56], y la gran colección de fotografías que sirvieron para ilustrar sus conferencias por Europa. También publicaron varios artículos en revistas y boletines sobre población, fauna, mineralogía, flora y climatología de la región. Pero ¿cuál era la verdadera motivación del viaje de los franceses a Tierra del Fuego? Algunos autores han señalado que Francia buscaba un lugar donde establecer una colonia que pudiera servir de avituallamiento para los barcos que realizaban el largo viaje interoceánico entre la metrópoli y las lejanas colonias de la Polinesia.

Cinco años después Henri Rousson viajaría a Madagascar, en este caso para explorar el territorio a cuenta de las empresas francesas que querían instalarse allí. Fuera como fuese, las imágenes tomadas por estos expedicionarios que hoy se conservan en la fototeca del Museo

del Hombre de París nos permiten tener una idea en conjunto de la situación en la que vivían a finales del siglo XIX los cuatro pueblos originarios, kawésqar, aónikenk, yagán y selk'nam. De todos ellos, solamente los selk'nam mantenían aún casi intacto su modo de vida, quizá conocedores de que en unos pocos años se iba a cernir sobre ellos una violenta persecución que acabaría con su forma de existencia ancestral.

Tierra del Fuego, la puerta de la Antártida

Años antes de que el noruego Roald Amundsen alcanzara en 1911 el Polo Sur, varias expediciones provenientes de países europeos habían intentado el asalto al gran continente blanco, la Antártida, el último gran espacio del planeta en ser descubierto. Si los expedicionarios británicos —entre los que figuraron famosos exploradores como Robert Scott o Ernest Shackleton— utilizaban las islas Malvinas como base de partida, suecos, belgas y franceses se instalarán en Ushuaia para aprovisionarse de todo lo necesario antes de internarse en los campos de hielo. También la ciudad chilena de Punta Arenas tendrá una gran relevancia en la "carrera antártica", siendo el escenario de algunas de las más dramáticas hazañas de supervivencia, como el salvamento en 1916 de los náufragos del *Endurance* protagonizado por el piloto Luis Pardo Villalón a bordo del escampavía *Yelcho*.

Suecia, que había sido en siglos anteriores un gran imperio militar con fines expansionistas, promovió en el siglo XIX importantes empresas de carácter científico alrededor del mundo. Varios de estos viajes recalaron en las costas de la Patagonia y uno de ellos, dirigido por el gran geógrafo y explorador polar Otto Nordenskjöld, tuvo como destino la Tierra del Fuego. En un primer viaje de reconocimiento[57], los expedicionarios suecos desembarcaron en la bahía San Sebastián a principios de diciembre de 1895 con un equipo de botánicos y zoólogos, entre otros Per Dusen y Axel Ohliln. Se organizó una caravana de trece mulas y cinco caballos para cargar las provisiones, las tiendas y el material. Atravesaron la isla grande de Tierra del Fuego en sentido este a oeste, llegando hasta la localidad chilena de Porvenir. En su recorrido hicieron un alto en la estancia Springhill, la más antigua de la isla, propiedad de capitales ingleses y que para esa fecha tenía a veinticinco mil lanares pastando en pleno territorio selk'nam.

Una de las misiones de los suecos era encontrar esqueletos indígenas con la finalidad de llevárselos a los museos de su país para su estudio.

En las cercanías de bahía Gente Grande un colono alemán condujo a los expedicionarios al lugar donde un hombre selk'nam había sido asesinado hacía poco tiempo. Sin embargo, no pudieron encontrar la tumba y la expedición regresó con las manos vacías. Unos días más tarde, en una zona llamada Serranías del Norte, los suecos tuvieron más suerte. Encontraron varios cadáveres de nativos que inmediatamente fueron despedazados sobre el terreno.

Charles Rabot, que escribió la crónica de este viaje, nos describe la macabra escena: “los exploradores se pusieron manos a la obra y, transformando el coqueto rincón en un lúgubre anfiteatro de anatomía, empezaron a desmembrar los cuerpos con sus cuchillos.

¡Verdadera escena de antropofagia en nombre de la ciencia! Si queréis sentiros como asesinos, transformaros en coleccionistas de cráneos” (Rabot, 1902: 17).



La expedición sueca es muy interesante para nuestro relato, puesto que constituye un testimonio contemporáneo del genocidio de primer orden. Nordenskjöld fue testigo de la matanza que se estaba llevando a cabo y advirtió del peligro que corrían los selk'nam: “este insignificante resto de la raza se extinguirá pronto si no se hace nada para impedirlo. Los onas se ven perseguidos en todas partes por los colonizadores”[58]. El testimonio de Nordenskjöld y el de otras muchas personalidades de la época que denunciaron los hechos en el preciso instante en el que estaban ocurriendo invalidan el discurso de todos aquellos que acusan al revisionismo histórico de cuestionar los hechos del pasado desde una perspectiva actual. A finales del siglo XIX la sociedad magallánica, los viajeros europeos y los diarios de Chile y

Argentina denunciaron una y otra vez el genocidio que ese estaba cometiendo contra los pueblos originarios. Más adelante veremos que incluso se instruyó un sumario judicial en Punta Arenas para juzgar a los responsables de los asesinatos, sin embargo, este terminó sin condenas debido a la tremenda influencia de los grandes terratenientes sobre los jueces.

Hombre selk'nam, 1897. Fotografía: Frederick Albert Cook.

El 1 de diciembre de 1897 atracaba en la rada de Punta Arenas el *Belgica*, un velero de tres palos comandando por el barón Adrien de Gerlache, cuyo destino era la exploración de la Antártida en un viaje que habría de durar más de dos años. Su tripulación estaba formada por un equipo de destacados científicos de diversas nacionalidades, belgas, noruegos y polacos. Entre ellos se encontraba un joven de veinticinco años llamado Roald Amundsen, que años después conseguiría la proeza de ser el primero en llegar al Polo Sur geográfico. También formaba parte de la tripulación

el médico norteamericano Frederick Albert Cook, un hombre que siempre estuvo rodeado de polémica y al que algunos acusaron de atribuirse hazañas que en realidad habían sido realizadas por otros, como la primera ascensión al monte McKinley en Alaska o la primera llegada al Polo Norte. Después de su estancia en Tierra del Fuego, Cook publicó apócrifamente el diccionario yámana-inglés confeccionado por el misionero anglicano Thomas Bridges, aunque con el tiempo los hijos del expastor consiguieron que se reconociera la autoría de su padre. En cualquier caso, el norteamericano fue un destacado explorador polar y nos dejó fotografías de selk'nam que demuestran la gran corpulencia y la vigorosa constitución física de este pueblo extraordinario.

Los miembros de la Expedición Antártica Belga fueron los primeros en pasar un invierno completo en el continente blanco, una hazaña que Gerlache narró en su libro *Quince meses en la Antártida*. Esta obra incluye una descripción de la Punta Arenas finisecular e, indirectamente, como veremos en el capítulo VI, contiene una prueba más de las matanzas de selk'nam que entonces se encontraban en pleno apogeo.

También escribió un libro sobre este viaje otro de los integrantes de la expedición, el marino y astrónomo Georges Lecointe, que nos ha dejado un estremecedor relato de las cacerías humanas:

En el pasado los Onas vivían en las grandes praderas de Tierra del Fuego, donde encontraban, en abundancia, guanacos y moluscos. Un día, los gobiernos argentino y chileno hicieron, a un gran número de estancieros, la concesión de todos los terrenos con buenos pastos, y aunque, en los contratos, fue especificado frecuentemente que los concesionarios protegerían a los indios, en la práctica no se hizo nada de eso. Los naturales fueron expulsados hasta las montañas, donde enseguida no encontraron de qué vivir. Entonces hicieron algunas excursiones en el territorio invadido y se llevaron las ovejas. Estalla la guerra, pero una guerra desigual, la más cobarde que se pueda imaginar. Los concesionarios estaban armados con fusiles y secundados por fuerzas militares de los gobiernos de América del Sur; ¡los indios no tenían más que sus arcos!

Las masacres fueron numerosas; pero como, a pesar de todo, los indios tenían que comer, a menudo todavía lograban llevarse una que otra oveja. Como consecuencia de ello, algunos estancieros pusieron precio a su cabeza: ¡veinticinco o cincuenta francos dependiendo de la temporada! Con estas condiciones, se encontraban cazadores de hombres a voluntad, y la raza ona desaparecía poco a poco. Pronto su nombre será borrado de la faz de la tierra (Lecointe, 1904: 114).

Por su parte, los exploradores franceses realizarán dos campañas polares, siempre comandadas por Jean-Baptiste Charcot. A bordo del *Français* llegaron a Tierra del Fuego

en enero de 1904, anclando en Ushuaia y bahía Orange, y casi inmediatamente partieron para la Antártida, donde estuvieron por un período de más de un año. El éxito obtenido y la gran repercusión le permitieron a Charcot organizar en 1908 un segundo viaje a las regiones polares, esta vez a los mandos del legendario *Pourquoi-Pas?*[59], invernando en la isla Petermann por un año. A su regreso pasaron unas semanas en Punta Arenas, siendo agasajados por la importante colectividad francesa de la ciudad. Desde allí visitó la isla Dawson, para entonces convertida en un inmenso cementerio indígena, donde pudo fotografiar a los últimos selk'nam que aún sobrevivían en el establecimiento misionero.

Todos estos exploradores europeos, Nordenskjöld, Gerlache y Charcot, se sorprendieron del maltrato infligido a los pueblos originarios y alertaron sobre una inminente desaparición de los indígenas si no se tomaban medidas para protegerlos.

Aunque el pesimista augurio no se cumplió, los selk'nam de Tierra del Fuego van a sufrir terriblemente los efectos de la colonización y la

invasión de su territorio por los buscadores de oro, los misioneros y, sobre todo, por los grandes terratenientes ganaderos.

CAPÍTULO 4 LOS ZOOLÓGICOS HUMANOS

No existe ninguna ley natural por la cual los pueblos indígenas deban desaparecer. Si los derechos de los nativos fuesen respetados, seguirían viviendo.

Georg Gerland, 1868

Europa, la invención del "salvaje"

París, 1889. La refinada capital de Francia exhibe sus mejores galas para conmemorar el centenario de la Revolución francesa, un levantamiento popular que puso fin al absolutismo de los despóticos reyes borbones y estableció la libertad, igualdad y fraternidad entre todos los seres humanos. Para celebrar tan señalado acontecimiento en los jardines del Campo de Marte, muy cerca del río Sena, se ha construido una desafiante estructura de metal de más de trescientos metros de altura, orgullo de la ingeniería europea. Se trata de la torre Eiffel, bautizada así en honor de Alexandre Gustave Eiffel, el ingeniero civil que la diseñó. Su edificación ha llevado dos largos años, el doble de tiempo de lo previsto, afectada por problemas de todo tipo, incluyendo una huelga de los trabajadores que fueron empleados en su construcción.

Finalmente, las obras se concluirán a tiempo y la flamante inauguración de la torre se realizará dentro de lo previsto, durante la Exposición Universal, en mayo de ese año. La expectación y el éxito de público son inmediatos. Ese día miles de personas, fatigadas pero contentas, subirán a pie los 1.665 escalones hasta el piso superior, puesto que los modernos ascensores no entrarán en funcionamiento hasta un mes después.

La "torre de los trescientos metros", como se la llamó inicialmente, va a ser la principal atracción de la exposición, la primera de carácter verdaderamente colonial que se celebra en París. Se trata de una inmensa puesta en escena en la que Francia se prepara para asombrar al mundo con sus conquistas territoriales y las últimas innovaciones de la industria. Sin embargo, la torre Eiffel no es más que uno de los muchos atractivos de la exposición. En la explanada de los Inválidos, los organizadores han levantado varios "poblados indígenas" donde hombres, mujeres, niñas y niños son observados con una mezcla de fascinación, repulsión y temor por los millones de visitantes.

Africanos, vietnamitas, canacos constituyen la gran novedad de la exposición, obligados a ejecutar sus ritos y costumbres a la vista de todo el mundo.

También son conducidos a París por las mismas fechas un grupo de once selk'nam de Tierra del Fuego que serán explotados sin compasión60. El traficante de personas y nada

escrupuloso empresario, Maurice Maître, ha contado para el traslado con la complicidad de las autoridades locales de Chile. Raptados en la bahía San Felipe, el gobernador interino de Magallanes, Lautaro Navarro Avaria, autorizó su embarque en el navío *Toulouse*.

Como era trágicamente habitual en este tipo de traslados forzosos, no todos los selk'nam soportaron el largo viaje y dos de ellos fallecieron en alta mar. A su llegada a Europa, los sobrevivientes fueron presentados como "caníbales" y situados tras pesadas rejas, con la finalidad de atemorizar al público curioso y otorgarle más emoción a la visita. A determinadas horas les arrojaban carne de caballo cruda e intencionalmente los mantenían en suciedad y total abandono para que realmente tuvieran la apariencia de

"salvajes".

Las imágenes y filmaciones que se tomaron del panorama general de la exposición nos permiten ver a una alegre muchedumbre, familias con sus hijos, que aprovechan el descanso dominical o el período estival para dar un paseo por la feria, espectadores que deambulan sin prisa por los quioscos, restaurantes, cafés y pabellones. Al final de las largas avenidas se encuentran las exhibiciones humanas de pueblos traídos desde los cuatro rincones del globo. Un verdadero espectáculo de masas que permitía a los europeos reafirmar su superioridad y construir un imaginario cultural sobre las razas humanas donde ellos ocupan el más alto escalón. Será el paso previo para apoderarse de sus tierras, por muy lejanas que estén, expulsar a sus habitantes originarios, casi siempre violentamente, y construir un mundo que gire exclusivamente sobre los ideales de modernidad de las potencias occidentales. Estamos en el punto álgido del colonialismo europeo, una ideología sustentada en la expansión territorial y el racismo.

Se conserva una fotografía de los selk'nam con su captor, que aparece a la izquierda de la imagen tocado con un bombín, la mirada dominante, sosteniendo en su mano derecha una fusta, símbolo inequívoco de su poder. Los rostros del grupo humano denotan preocupación, espanto, sorpresa. Van a ser exhibidos, mostrados,

humillados durante meses, convirtiéndose en un reclamo exótico, en una rareza. Antropólogos, fotógrafos y médicos los someterán a largas sesiones de estudio, atraídos por la ocasión única de examinar a “especímenes vivos” cómodamente desde sus gabinetes y demostrar así sus teorías de jerarquía racial. Estos supuestos representantes de la

“infancia humana” van a ser fotografiados de frente y de perfil, como si fueran criminales, o con una raya de pintura blanca dibujada en el brazo, que servirá a los anatomistas para calcular más tarde en su laboratorio fotográfico las medidas de las otras partes del cuerpo.



El empresario Mauricio Maître con los selk’nam llevados a París en 1889.

Museo de la Cultura Mundial, Gotemburgo, Suecia.

Las interminables jornadas de pruebas y experimentos, el alejamiento de su tierra, la desesperación y el agotamiento, la incertidumbre sobre su destino irán debilitando progresivamente la salud de estas personas. Enfermarán rápidamente y las muertes se sucederán una tras otra. Nada más pisar París murió uno de los niños, de tan solo tres años de edad, y casi inmediatamente Léonce Manouvrier le extrajo el cerebro para sus concienzudos análisis científicos. Nos lo cuenta él mismo:

[L]e pedí al empresario permiso para llevarme el cadáver al laboratorio de antropología. Pude ver al padre y a la madre del niño así como a sus compañeros.

Habían llegado directamente desde su país unos días antes y se

encontraban provisionalmente alojados en un vasto almacén donde les habían permitido hacer un fuego. Estaban prácticamente desnudos, revestidos solamente con algunas pieles, y se calentaban tristemente pensando sin duda en el pequeño difunto que habían enterrado en un rincón del depósito bajo un montón de carbón. El encargado me enseña sus arcos, a los que les habían quitado las cuerdas en señal de duelo (…) Me había prometido llevar a todo el grupo al laboratorio y dejarlos a mi disposición tanto tiempo como deseara; pero la prefectura revocó finalmente el permiso de exhibición, de tal modo que se vio obligado a partir sin tardanza a Inglaterra.

No obstante, Manouvrier pudo investigar el cerebro detenidamente, concluyendo, casi con un dejo de decepción, que “nada podía indicar a priori que se trataba del cerebro de un niño perteneciente a una de las razas consideradas más inferiores de la especie humana (…) El cerebro fueguino puede alcanzar el peso, el grado de complejidad y un aspecto general, muy similar a la media de los cerebros de la raza blanca” (Manouvrier, 1894: 609).



Otra de las fotografías que documentan el horror de las exposiciones universales está tomada en la sala de Antropología de la Exposición Universal de 1889. A la derecha de la imagen, Paul Topinard mira circunspecto a la cámara, mientras en la vitrina que tiene enfrente se aprecian algunos de los elementos del vasto muestrario de restos humanos que atesoraba el antropólogo: cráneos, esqueletos, moldes, máscaras, miembros disecados. Al fondo de la sala se ven los retratos de los diferentes tipos humanos que formaban parte de la colección del príncipe Roland Bonaparte y en la que los pueblos "primitivos" ocupaban, muy a su pesar, un papel central. Durante el tiempo que duró la exposición, Topinard fue uno de los muchos científicos que estudiaron a los selk'nam, tomando medidas antropométricas y llevando a cabo un análisis minucioso de la anatomía de los "fueguinos", desde los órganos genitales hasta el vello de su rostro. La misión de la antropología de la época era demostrar el "salvajismo" de los pueblos indígenas del mundo entero, considerados simples objetos de estudio, justificando así la expansión comercial y territorial de una Europa ávida de materias primas y otras riquezas. A cambio de la "civilización", debían entregar sus recursos naturales.

Paul Topinard en la sala de Antropología de la Exposición Universal de París de 1889.

Biblioteca Nacional de Francia.

Existe un excepcional libro titulado *Zoológicos humanos. Fotografías de fueguinos y mapuche en el Jardin d'acclimatation en París, siglo XIX*, escrito por Christian Báez y Peter Mason. Allí se narra con todo detalle la historia de estos seres humanos tratados peor que animales y de cómo los selk'nam comenzaron una dramática *tournée* que los llevó de Francia a Inglaterra, donde fueron exhibidos en las mismas lamentables condiciones

en el Royal Westminster Aquarium de Londres. Durante el mes de enero de 1890 los principales diarios ingleses reprodujeron en sus páginas los anuncios invitando a los lectores a visitar a los "caníbales de Tierra del Fuego". Al poco tiempo, las quejas de la directiva de la South American Missionary Society, que amenazaba al cónsul chileno y a las autoridades británicas con un escándalo público, lograron suspender la exhibición humana, momento que Maurice Maître aprovechó para regresar al continente, vía Bélgica. En Bruselas fueron exhibidos en los museos de variedades y, tras la intervención de la policía, confinados en una cárcel. Finalmente, tras estas peripecias y

con el grupo reducido solamente a seis personas, fueron liberados y embarcados de vuelta a América, muriendo otros dos selk'nam más en la travesía. Desgraciadamente, los cuatro supervivientes jamás volvieron a pisar la Tierra del Fuego. La mayoría fueron recluidos en la misión de San Rafael en isla Dawson, donde murieron al poco de llegar.

El sacerdote salesiano José María Beauvoir, contemporáneo de los hechos aquí narrados, relató en sus memorias el penoso tratamiento dado a los selk'nam en la Exposición Universal de París, una opinión en la que conviene detenerse toda vez que unos años después él mismo será el organizador de otra muestra humana: Once indígenas fueguinos agarrados en Bahía Felipe, norte de la Tierra del Fuego, sobre el estrecho, por un individuo un tal Maurice, fueron embarcados por engaño en un vapor francés, habiendo sido llevados a la famosa Exposición de París el año 1889, centenario de la Revolución francesa. Allí habían sido colocados en una gran jaula y expuestos ellos también a la curiosidad pública, como caníbales y antropófagos fueguinos. De los infelices, dos habían muerto en el viaje de ida, otros dos muertos allí en la jaula donde los había encerrado el inhumano expositor; los siete restantes habían quedado presos enjaulados y exhibidos como feroces caníbales antropófagos, por algunos meses hasta que llegado a conocimiento del ministro chileno en Francia y Alemania, horrorizado del inhumano negocio, protestó enérgicamente ante el gobierno francés pidiendo un castigo ejemplar para el infame comerciante, que tan torpe y cruelmente denigraba la nación chilena, diciendo que en su tierra, si bien es cierto que aún existen salvajes nómadas que andan vagando por sus inmensos territorios, sin embargo no había y nunca habían existido caníbales o antropófagos comedores de carne humana. El bárbaro expositor lo supo y, temiendo el castigo justamente merecido, se apresuró sin más a abrir la jaula a sus infelices encarcelados, y dejarlos libres y desaparecer él. De los siete desgraciados, un jovencito se escapó y de los otros seis embarcados en un vapor inglés para la vuelta a su tierra, otros dos murieron en viaje y solo cuatro habían malamente llegado al estrecho. Venían en un estado tan lastimoso que al llegar a Punta Arenas y desembarcarse a tierra no podían más caminar, de modo que fue necesario que los cargásemos para traerlos a nuestra casa de la misión salesiana.

Estos cuatro individuos eran una pobre vieja de unos ochenta años con un niño que



debía ser su nieto y un matrimonio, marido y mujer, de unos treinta años (Beauvoir, 1892: 5).

Beauvoir juega también un papel protagonista en la historia del "jovencito que se escapó", un muchacho de doce años al que enviaron en un barco de regreso a América y que el religioso encontró por casualidad en Montevideo. Allí se hizo su "amigo" y nada más arribar a Punta Arenas "lo invité a venir a nuestra casa y, con el permiso del Sr.

Valdivieso, gobernador del territorio, lo retuve junto a nosotros"61. Además de Beauvoir, el joven selk'nam tenía otro pretendiente, el pastor anglicano Thomas Bridges. Oigamos al sacerdote italiano: "Regalándole alguna cosita me lo hice amigo. Preguntándole si gustase venir conmigo, que yo lo habría tratado bien, mantenido y vestido, sonriendo me contestó que sí, y desde ese día fue mi amiguito. Llegados a Punta Arenas lo pedí al Sr. Gobernador del territorio, que era a la fecha el general Valdivieso. Con mucho gusto se lo daré, me contestó ese viejo militar, que era muy amigo de la casa. Mandó un oficial a buscarlo a bordo, pues había otro que lo pretendía, era el pastor protestante de la misión inglesa de Ushuaia, y por orden del gobernador se lo hizo entregar y me lo trajo a casa".

Niña kawésqar con su madre en París, la pequeña morirá días después, 1881.

Fotografía: Pierre Petit, Museo del Fin del Mundo.

El muchacho selk'nam se llamaba Kalapacte, aunque fue bautizado por los salesianos con el nombre "cristiano" de José Miguel. Beauvoir lo empleará como

“lenguaraz” y le servirá también para atraer a otros selk’nam a la misión, especialmente a niños: “Fue en estos servicios que mi querido Kalapacte me ayudó admirablemente, procurándome el ahorro de un peón (es decir setenta pesos mensuales), y lo que es más importante, con su indianidad y habla, nos buscó y trajo muchos paisanos suyos. Lo tuve conmigo quince años parte en Punta Arenas, después en Tierra del Fuego y en último en Río Gallegos en Patagonia (…) Me separé de él cuando ya declarada su

enfermedad de pulmonía y por orden del médico tuve que mandarlo al hospital de Punta Arenas y de allí después de varios meses declarado incurable tuberculoso enviado a la misión de Dawson en donde dos meses después acababa de sufrir”[62]. Antes de morir, el joven selk’nam había sido el informante clave para que el sacerdote confeccionara el *Pequeño diccionario del idioma fueguino-ona con su correspondiente castellano*, que se publicará en Buenos Aires en 1901. Beauvoir se atribuirá todo el mérito de la obra, citando apenas a Kalapacte y a su colega Zenone, que se quejará amargamente en una carta de 1916 dirigida a monseñor Fagnano de haberle enviado

“más de mil locuciones onas que él recibió (pues están en su libro) y ahora veo que me asigna la centésima parte del producto de aquella obra” (Belza, 1977: 230). Kalapacte, en cambio, no tuvo ninguna oportunidad de protestar a causa de su fallecimiento prematuro.

La exposición de Génova de 1892

En 1892 Europa conmemoraba el IV centenario del “descubrimiento” de América por Cristóbal Colón y para celebrarlo se organizó una gran Exposición Universal en Génova, localidad natal del famoso navegante y explorador. La ciudad italiana se engalanó para la fiesta, ignorando los múltiples actos de genocidio cometidos por los conquistadores en América durante cuatro siglos y que habían provocado la abrupta reducción demográfica de la población originaria a una décima parte de su número inicial. Se trató de festejar el hallazgo de un “nuevo mundo” que en realidad solo era nuevo para los conquistadores, puesto que todo el continente, desde su extremo norte al sur, estaba densamente poblado desde hacía miles de años por pueblos y naciones indígenas.

Para los salesianos, cuya sede principal se encontraba en la vecina ciudad de Turín, era la oportunidad perfecta para mostrar al mundo los progresos realizados por sus misioneros en la civilización de los “indios salvajes”. De este modo, Giuseppe Fagnano, prefecto de la Patagonia y Tierra del Fuego, eligió a José María Beauvoir para que

hiciera la selección de los “fueguinos” que marcharían a Italia. Beauvoir era uno de los sacerdotes más veteranos, con quince años de servicios en América, nueve de los cuales los había pasado en la Patagonia. La expedición se completaría con tres mapuche, dos mujeres y un hombre, asilados en la casa salesiana de Viedma y que viajarían a cargo de otros dos salesianos, Giovanni Cagliero y Domingo Milanesio. Los religiosos habían bautizado a las muchachas mapuche con los nombres de Ceferina y Josefa, mientras que el hombre se llamaba Santiago Melipal y era sobrino del cacique Ñancucheo. En total

nueve personas, incluidos varios niños, que, como veremos, deberán afrontar un peligroso viaje transatlántico.

Después de lo que había sucedido con las recientes exhibiciones de kawésqar, mapuche y selk’nam, que fueron secuestrados, engañados y llevados a Europa, los salesianos se cuidarán mucho de especificar que sus indígenas habían aceptado libremente participar en la exhibición, dándoles incluso un consentimiento expreso. El sacerdote Beauvoir cuenta en sus memorias cómo “convenció” a un grupo de kawésqar para que se embarcaran voluntariamente con destino a Italia: “Mañana yo montar goleta más grande que canoa, andar como el viento, sin trabajo, sentado, comiendo y durmiendo; correr lindo, lindo hasta Punta Arenas; después montar otra canoa más grande llamada vapor que corre puff, puff, puff. Pasear lejos, lejos, lejos y más tarde volver, ¿quién quiere venir con Padre José? - Unos cincuenta entre los recién llegados y los que ya estaban levantaron la mano, yo, yo, yo, alegre y enfáticamente contestaron”.

Y a continuación nos relata la composición de los candidatos que partirán desde la misión de isla Dawson: “embarqué una familia compuesta de cuatro individuos: un hombre y mujer de los veinticinco a treinta años de edad y dos criaturas, un niñito de cinco años y una niña de pocos meses. A estos individuos añadí otros dos niños, un ona de seis o siete años (José Karkemanen) que ya había estado en París y un alakaluf de ocho a nueve años (José Silvestre Canales). Nada de miedo, ninguna resistencia. Bien visible es la mano de la providencia que nos animaba y nos guiaba”.

Si tenemos en cuenta que los salesianos nunca llegaron a hablar las lenguas indígenas, es imposible que los kawésqar entendieran adónde iban, cuál sería el objetivo del viaje y en qué momento regresarían a su tierra, por muchas gesticulaciones que hiciera el sacerdote. Además del engaño al que eran sometidos, los religiosos también ponían en peligro las vidas de estas personas, y todo ello para conseguir los fines

comerciales y propagandísticos que perseguía la congregación salesiana. El grupo completo se reunió en Montevideo, donde formaron una heterogénea caravana de kawésqar, mapuche y selk’nam. No es cierto que todos los indígenas regresaran a su lugar de partida. La mujer selk’nam enfermó durante el viaje en barco desde el estrecho y murió, y la bebé de cuatro meses fue entregada a la familia del médico de la casa salesiana que la atendió. Oigamos de nuevo a Beauvoir:

Tuvimos que esperar ocho días, espera que nos fue fatal porque perdíamos a esa mujer y dejábamos allí la niñita. La pobre mujer a pesar de que se hiciese ánimo no pudo aguantar. Ya porque había sufrido el mareo, ya fuese por la nostalgia y también por el calor que allí se sentía aunque estuviésemos a la mitad del invierno, se sintió venir a menos tanto que no valieron más los cuidados que se le usaron, los remedios

que se le dieron y las atenciones médicas del doctor Barattini que gratuita y atentamente le prestaba, sucumbió al cabo de pocos días.

Yo la visitaba a menudo haciéndole ánimo, consolándola. Asimismo las hermanas con un cariño más que maternal la asistían día y noche pero todo en vano. Una tarde que se había desmayado, pues a menudo caíase como inerte perdiendo casi completamente los sentidos, y siendo tarde la hora y estando para retirarme, la hermana Catalina Dabene, a quien en modo especial había sido encomendada, me llamó y me dijo: “Padre José, temo que la enfermita no vaya a pasar la noche, bueno sería bautizarla no ser que se muera infiel”. En efecto, acercándome y viéndola pálida como un cadáver temí realmente se encontrase en los extremos. Toquéle el pulso, se sentía apenas, las sienes frías y manando sudor. “Bueno, dije, tráigame un vaso de agua”, y le di el agua de socorro, llamándola Margarita, diciéndole: “Margarita, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

Al sentirse caer el agua sobre la frente y la cara se reanimó de repente, abrió los ojos, me miró con una sonrisa que parecía decirme: “Gracias padre José, era lo que esperaba.

Tú me has abierto el Paraíso en el cual muy pronto entraré”. Se movió como estremeciéndose de gozo, quiso levantarse pero las fuerzas ya no se lo permitieron. Le hice ánimo, la consolé, la recomendé de nuevo a la hermana diciéndole que volvería a la mañana, muy temprano y me despedí. Al día siguiente, en efecto, habiendo madrugado, fui a verla pero ya había volado al cielo. Así me dijo la hermana cuando me

presenté. Cuando la vimos ya había volado a la eternidad y la encontramos mientras que la acariciaba su angelito, la Lucia, que así llamábamos a la niñita. Bendito sea Dios.

Un alma más para el cielo. Esperábamos que, si hubiese llegado a Italia, hacer una gran fiesta solemnizando el bautismo de los cuatro; pero Dios había dispuesto de otro modo.

Allí se quedó y la sepultamos en el cementerio de Montevideo, habiéndola acompañado el esposo que se llamaba Daniel, como su hijito que lo nombramos Marcos.

Y a la niña Lucía la familia del doctor Barattini la pidió por suma gracia poderla tener, bautizándola más tarde y adoptándola (Beauvoir, 1892: 8).

Desde Uruguay embarcaron hacia Europa en el vapor italiano *Mateo Bruzzo* y, después de una breve parada en Barcelona, llegaron a Génova el 7 de agosto de 1892. El viaje había durado dos largos meses. En el parque donde se celebraba la Exposición Internacional se construyó un imaginario poblado fueguino y allí los indígenas eran expuestos a las visitas del público durante doce horas, desde las ocho de la mañana a las ocho de la tarde. En los grabados que se conservan de la exposición se puede apreciar a un nutrido público con aire festivo, vestidos con sus mejores trajes, niños sonrientes, todos acodados en la verja de madera, observando con interés y expectación. Al otro



lado, los selk'nam, mapuche y kawésqar deambulan apáticos por un inmenso decorado de cartón piedra, donde se entremezclan en gran desorden chozas, canoas, arcos e incluso huesos de animales, todo para lograr un efecto de calculado exotismo que, por lo demás, resultaba muy poco convincente. En palabras de la arqueóloga Dánae Fiore,

"intentan generar una escena étnica incorporando elementos del paisaje natural y cultural, como ramas y chozas, junto a artefactos de cultura material tradicional, arcos, flechas, canastas, ropas, etc., evitando documentar el encierro real al que estaban sometidas estas personas" (Fiore, 2014: 12). Considerados seres inferiores, se les ha negado su humanidad a mujeres, hombres y niños humillados, sometidos a la mirada indiscreta de los visitantes. Están vigilados de cerca por los empleados del recinto y siempre hay algún sacerdote por los alrededores.

Entre los ilustres invitados que acudieron a contemplar con sus propios ojos a los

"caníbales" se encontraban los reyes de Italia, Humberto I y su esposa Margarita. En noviembre, concluida la exposición, Beauvoir llevó a los indígenas de gira hasta Roma, donde fueron presentados ante el mismísimo papa León XIII, y a Turín, donde se hallaba la sede fundacional de los salesianos.

Beauvoir y los "indios fueguinos" en Génova, 1892, Museo del Fin de Mundo.

El balance que los salesianos hicieron del resultado del viaje a Génova fue altamente satisfactorio, a pesar del "imprevisto" de la pérdida de la mujer y la niña selk'nam: "dos criaturas que con toda verdad ni parecían indias por sus hermosas facciones, nos habrían valido mucho" (Báez, 2006: 162). Monseñor Fagnano tenía claro que, además del carácter propagandístico de la muestra, la expedición debía servir para sus fines económicos. El envío a Italia de los nativos "con canoa, útiles de caza, de pesca, sus pieles y sus tiendas" tenía por propósito aumentar las donaciones y así poder comprar un vapor, "las piernas con las que marchará la misión"63. En 1894 Fagnano logró su

objetivo y, con el dinero obtenido de los ingresos de las entradas de la exposición, adquirió el *Torino* por el precio de cuarenta mil liras italianas. Un negocio redondo de cuyos beneficios fueron excluidos los

indígenas allí exhibidos, que, encima, morirían muy poco tiempo después.

Así sucedió con los tres niños, un selk'nam y dos kawésqar, que aparecen en las fotografías propagandísticas de los religiosos. El primero en morir fue Marquitos: "Era dócil, respetuoso, obediente y muy piadoso. Muy pronto quiso el Señor llevárselo al Cielo para que gozara junto con los Ángeles. Casi al mismo tiempo le seguía Silvestre Canales. Joven óptimo, pacífico, inocente como una paloma, trabajador y piadoso, amante de Dios y de la Santísima Virgen, dejó gratos recuerdos de sí. Era un alma hermosa que el mundo era indigno de poseer por más tiempo: los ángeles le quisieron en su noble compañía. José Aldobrandini murió muy pronto, cuando apenas había cumplido los 16 años de su existencia. Estaba ya maduro para el Cielo; era fruto sazonado" (Borgatello, 1924: 71).

En cambio, Beauvoir, el promotor del zoológico humano de los salesianos, tardó mucho más tiempo en convertirse en "fruto sazonado". Murió tranquilamente en Buenos Aires cuando estaba a punto de cumplir ochenta años.

La exposición colonial de Buenos Aires de 1898

A fines del siglo XIX Argentina atravesaba un período de desarrollo económico y social que hacía que el país fuera cada vez más popular en Europa como destino para los emigrantes. Masacrados los pueblos autóctonos de la Pampa y la Patagonia tras la mal llamada "Conquista del Desierto" del general Julio Argentino Roca, millones y millones de hectáreas de tierras aptas para la ganadería y la agricultura estaban disponibles para los inversores extranjeros, las familias de la naciente aristocracia o los allegados de los poderosos políticos. Oleadas de emigrantes empobrecidos procedentes de Italia, España o Centroeuropa iban a constituir la mano de obra barata que la economía argentina necesitaba para su despegue. En Buenos Aires se construían ostentosos edificios, grandes teatros, amplias avenidas y la ciudad crecía rápidamente hasta convertirse en una de las urbes más pobladas del mundo.

En el escenario de la plaza de San Martín se va a desarrollar la Exposición Nacional del año 1898, que gravitará alrededor del Pabellón Argentino. Este monumental edificio de hierro y vidrio había sido construido para la Exposición Universal de París de 1889 y trasladado años después a Argentina. Conocemos por la prensa cómo transcurrió la



exposición, que fue también un éxito de público y donde lo más granado de la sociedad porteña de la época, con el presidente Roca a la cabeza, llenaba cada noche los salones de los lujosos restaurantes. En esta Argentina moderna que se dibujaba entonces no había lugar para los “indios”, que simbolizaban el atraso y el primitivismo, y el país se preparaba para construir una imagen de sí mismo a semejanza de las naciones europeas a las que siempre aspirará a parecerse.

Sin embargo, un par de familias de indígenas de Tierra del Fuego tendrán un indeseado protagonismo en la exposición. Y es que el principal aliciente para los visitantes no fueron los avances científicos, los nuevos productos comerciales o la accidentada ascensión en globo de Francisco Cetti, que terminó con un remojón en el Río de la Plata. La atracción más sobresaliente fueron dos familias procedentes de Tierra del Fuego que habían sido llevadas a Buenos Aires por orden del gobernador, el coronel Pedro Godoy. Este militar había demostrado ampliamente su “mano dura” con los selk’nam y, tras el asesinato de Seriot en 1895, uno de los rebeldes selk’nam más legendarios, Godoy se permitió el gesto de obsequiar los objetos que llevaba el cacique selk’nam al profesor Juan Bautista Ambrosetti y de regalar su esqueleto y cráneo al Museo de Ciencias Naturales de La Plata, donde inmediatamente se incorporaron a sus colecciones con el número de registro 1863. Los selk’nam trasladados a la capital procedían de la estancia Harberton, el mismo lugar donde había sido fusilado Seriot, e incluso fueron escogidos por uno de sus dueños, Lucas Bridges. Los acompañaban en funciones de intérpretes y guardianes dos miembros de la policía de Tierra del Fuego, los comisarios Ramón Lucio Cortés y Atanasio Navarro.

Selk’nam en la Exposición Nacional de Buenos Aires, 1898. Fotografía: Robert Lehmann-Nitsche,

Archivo Museo Fin del Mundo.

Pero volvamos a Buenos Aires, al pabellón donde se exhiben los "salvajes fueguinos". Los selk'nam se alojan junto a sus perros en una improvisada tienda y llevan consigo sus arcos, pieles y sus pocos objetos de uso cotidiano, lo que servirá a los organizadores para insistir en el carácter supuestamente prehistórico de este pueblo.

Conocemos los nombres de los selk'nam, a diferencia de otras exhibiciones humanas donde no se registraron o fueron cambiados por los religiosos. La primera familia estaba compuesta por Kiótemen y Altchek, con una pequeña niña llamada Kelo y un muchacho de siete años que era hermano de Kiótemen. La otra familia era una pareja también joven, Tchoskiái y Kusanche, que estaba embarazada cuando llegó a la capital.

La noche del 11 de noviembre de 1898, Kusanche dio a luz una niña, lo que a la mañana siguiente provocó la alborozada sorpresa del público y los organizadores, convirtiéndose en todo un acontecimiento en el recinto ferial.

El diario *La Prensa* publicó un artículo titulado "Los Onas. Su vida y costumbres.

Ideas sobre las prácticas de las sociedades civilizadas. Una visita a los que se exhiben en el certamen nacional"64, que nos permite hacernos una idea precisa de cómo fueron las semanas que los selk'nam pasaron en Buenos Aires:

El espectáculo que más llama hoy día la atención de los concurrentes a la Exposición Nacional son las dos familias onas traídas recientemente de la Tierra del Fuego. Es grande el interés que en el público de Buenos Aires han despertado estos retardatarios de la humanidad que viven aún en el territorio argentino; pero que lentamente van desapareciendo o transformándose, debido a la influencia creciente de las fuerzas civilizadoras. No es de extrañar ese interés, dada la singular rareza de los "sujetos" que lo despiertan. Es cierto que algunas veces han venido a Buenos Aires individuos de esa raza indígena; pero nunca han sido expuestos, como hoy, en un lugar apropiado, donde pudieran satisfacer la curiosidad de los que desearan conocer sus usos y sus costumbres.

Durante la mañana de ayer estuvieron expuestos en la gruta de la plaza San Martín, en cuyos alrededores levantarán hoy, probablemente, sus chozas primitivas; por la tarde tomaron ubicación

en el teatro de verano, situado en los jardines del Pabellón Argentino. Durante la noche recorrieron los salones y los jardines de la Exposición.

Indiferentes a las miradas de los curiosos, toman con la mayor despreocupación posiciones cómodas; ocúpanse descansadamente en recordar las cosas de su tierra; o en comentar a su modo la admiración de que son objeto; comen a la vista del público, fuman, juegan, ríen; y, sobre todo, cuando logran librarse de la conversación de los cristianos, detiénense en admirar los objetos más insignificantes, extraños para ellos.

Durante largo tiempo permanecieron ayer tarde inclinados sobre la pared del Pabellón

Argentino que da a la calle Florida, deleitándose en la contemplación de los carruajes, de las bicicletas y de los edificios.

Pero estas cosas que les producen admiración no son suficientes para despertar en ellos apego a esta ciudad; desean regresar a la Tierra del Fuego, no por "amor a la patria", no por que sientan la nostalgia del destierro, sino porque allí gozan de mayor comodidad, son más libres, sienten los placeres del salvajismo. (...) Visten chilangos de guanaco que, con mucha maestría, llevan sobre su cuerpo desnudo, y que no se les caen una sola vez a pesar de sus ágiles movimientos. Están descalzos, y los hombres llevan, como rasgo distintivo, un pedazo triangular de piel en la cabeza. Tal es su indumentaria primitiva, que han heredado de sus antepasados, y que las generaciones que se suceden, muy contentas, no intentan modificar.

Puede afirmarse, sin incurrir en una exageración, que los dos hombres son relativamente hermosos. Altos, fornidos, de anchos pechos, con bíceps desarrollados, de cabellos negrísimos, lampiños, de postura arrogante, ágiles, llaman más la atención que sus mujeres. Manuel, muy comunicativo, y más inteligente que sus compañeros, para probar la fuerza de sus músculos, pegó con el puño cerrado en la pared por repetidas veces, sin que diera muestras de haber experimentado dolor alguno.

Una de las mujeres está indispuesta y Manuel padece de la garganta. Un médico los visitó ayer y les recetó medicamentos de la farmacia moderna. Los enfermos los tomaron, no sin cierta desconfianza; pero, como hombre prevenido nunca fue vencido, cuidaron de aplicarse también las recetas conocidas en su tierra. Así es que, delante del público, con mucha calma, pintaron sus pómulos con polvos blancos

medicinales, que provocaron las risas de los curiosos. Sabido es que los salvajes no juzgan de la bondad de los remedios por sus propiedades, sino por las intenciones que sugieren a los

“espíritus”.

Los onas comen mucho. Manuel nos decía que, sobre todas las cosas, le gustaba

“comer y comer”. La comisión de la Exposición hízoles servir ayer algunos kilos de carne, que devoraron en un momento. Toman agua y leche; pero no ha faltado más de un visitante que les ha proporcionado alcohol, que produce en ellos efectos desastrosos.

En estos indígenas no está muy arraigado el vicio de la embriaguez, tan apetecida por otros salvajes, como los australianos, que para procurarse bebidas llegan hasta consumar los actos más vituperables.

De seguro que los onas no han asistido en su patria a un festín como el de ayer. Para ellos es una fiesta gastronómica notable el devorar los trozos crudos de una ballena que vara en la costa. Por lo general, el fueguino se alimenta con mariscos y pescados: su

alimentación es animal. El único alimento vegetal de que disponen es una especie de hongo viscoso y azucarado que crece en su inclemente tierra (…) Como su gusto es nada delicado, muchas veces comen la carne podrida de las ballenas. Sus estómagos fuertes digieren con facilidad esas sustancias. Las mujeres y los niños suelen devorar pájaros crudos; un naturalista tuvo ocasión de ver a un ona tragarse medio vivo un pez recién pescado. Pero hay más: en épocas de crisis, los hombres, como más fuertes, asfixian a las mujeres ancianas, y su carne les sirve de alimento. Dicen que deben comer antes a las mujeres que a los perros porque estos cazan *íappos* (nutrias).

La frente de los onas revela que en su cerebro es mínima la ideación; las impresiones que reciben no son debidamente trasformadas en sus centros nerviosos. Para todas las cosas, las que más queremos nosotros, tienen una risa estúpida. Conocen solamente la materialidad de los placeres; su insensibilidad moral es completa; y hasta desconocen el beso, esa delicada manifestación del amor. Los hombres onas aspiran a trabajar lo menos posible; ese es su ideal en la vida. Echados sobre la tierra, inmóviles, pasan largo tiempo. De vez en cuando, toman su arco y lanzan sus flechas contra los guanacos, cuya carne y pieles aprovechan con mucha utilidad. Los visitantes de la Exposición tendrán oportunidad de conocer la maestría de los onas en

manejar el arco.

El fueguino mantiene a la mujer en una condición de bestia de carga. Ella es la que entra en el agua, en toda estación, a pesar del rigor del clima, sea para recoger los mariscos, sea para sacar el agua de los botes; ella es la que construye el *toigwim* rudimentario, la choza cónica, cubierta con pieles; ella es, a menudo, la que rema; ella cría sus hijos, que lleva, mientras hace todos sus trabajos, a la espalda, metidos en una especie de saco. El fueguino, entre tanto, juega con sus perros a los cuales tiene mucho cariño. Ayer los perros que han traído consigo pelearon entre sí delante del público.

Manuel, para poner término pronto a la riña, los tomó de las patas, y los arrojó a gran distancia. Parece que este procedimiento es normal entre los onas y que sus perros fieles lo aceptan buenamente.

Los onas no conocen la propiedad territorial, pero sí la mueble. Ayer se quejaban de que algunas personas mal intencionadas les hubieran robado varias flechas. El régimen que reina en sus hordas es la anarquía absoluta, no hay entre ellos jefes, todos son iguales; desconocen la esclavitud (…) Lo que también llama mucho en ellos la atención es su lenguaje expresivo, que ha llegado ya a la forma aglutinante.

Apenas si saben contar más que con los dedos y no tienen idea alguna de los números. Al preguntarle cuántos años tenía, Manuel nos enseñó dos dedos, y al interrogarle sobre la edad de un sobrino suyo: nos mostró tres. No tienen, pues, conciencia del tiempo. Tales son los hombres, próximos todavía según la teoría

darwiniana al tipo intermediario *Pithecanthropus erectus,* que viven en una sociedad primitiva, que carecen de sentimientos elevados, de rudimentaria inteligencia, cuyo organismo está gobernado por los instintos, y que no han logrado libertarse todavía de la influencia poderosa de los elementos naturales (Ballestero, 2011: 807).

En este artículo y otros similares, los diarios de la época presentaban a los selk’nam como un inmenso espectáculo digno de ver por el gran público, cuya sola presencia en el recinto ferial ya justificaba el precio de la entrada a la exposición. No importa que el texto estuviera repleto de inexactitudes, invenciones, exageraciones y mentiras. El objetivo no era otro que despertar la curiosidad del lector para que acudiera a contemplar con sus propios ojos a estos “brutos, salvajes, glotones”, a estas “razas infrahumanas” que todavía vivían en la Edad de Piedra y que además no dudaban en comerse a las ancianas cuando

el hambre apretaba65. Sin embargo, nadie salió a desmentir estas palabras. Los hombres de ciencia del momento estaban más preocupados de tomar medidas antropométricas y coleccionar cráneos humanos que de refutar las palabras de los periodistas.

El alemán Robert Lehmann-Nitsche fue uno de los jóvenes antropólogos europeos contratados en 1897 por el perito Moreno para impulsar las actividades científicas del recientemente inaugurado Museo de La Plata. Para conocer a las poblaciones indígenas en su entorno natural, recorrió Argentina de norte a sur y realizó varios viajes a Patagonia y Tierra del Fuego, donde entró en contacto con los selk'nam y otros pueblos indígenas. Es el autor de una serie de fotografías de tipo etnográfico que circularon ampliamente como postales, entre ellas las que mostraban a dos mujeres kawésqar desnudas de frente y de perfil y que tenían un evidente uso pornográfico en la época.

En Buenos Aires visitó a las dos familias expuestas y no perdió la oportunidad de tomar mediciones y escribir sus conclusiones, siempre condicionadas por sus propios prejuicios raciales. Lehmann-Nitsche estudió el color de la piel, de los ojos, del cabello, las proporciones de la cabeza, la forma del rostro o de la nariz, de los labios o el mentón, el estado de la dentadura, el aspecto de las manos, los pies, los dedos y las uñas. No obstante, pronto se encontró con la resistencia de los selk'nam, que se hartaron de colaborar con el antropólogo: "estas gentes eran personas tranquilas y reservadas; nunca se les oyó discutir y muy pronto se convirtieron en los niños mimados de los visitantes. Sin embargo pusieron muchas pegas a las observaciones antropológicas, y las dos mujeres, alentadas por sus esposos, me permitieron solamente medir su altura"

(Lehmann-Nitsche, 1915: 174).



Kiótemen retratado de frente y de perfil en Buenos Aires, 1898. Fotografía: Robert Lehmann-Nitsche.

Parece ser que en este caso todos los integrantes del zoológico humano de Buenos Aires consiguieron regresar sanos y salvos a Tierra del Fuego, ya que unos pocos años después aparecerán retratados en varias fotografías tomadas en la isla por Lehmann-Nitsche y Gallardo66. Kusanche tuvo una numerosa descendencia y una larga vida, pues falleció en 1949. La menor de sus hijas fue Enriqueta Gastelumendi, la famosa "india Varela", una mujer de gran personalidad que con el tiempo se convertiría en uno de los referentes de la cultura selk'nam. Excepcional talladora, sus piezas se exhiben en el Museo del Fin del Mundo de Ushuaia, ciudad donde en 1993 fue declarada ciudadana ilustre. Los descendientes de los selk'nam que fueron llevados a la capital argentina, orgullosos de sus ancestros, evocan con dolor el trato inhumano y la injusticia de la que fueron víctimas.

Las exhibiciones de selk'nam de París, Génova o Buenos Aires aquí reseñadas no son más que tres hitos en la larga y trágica historia de los zoológicos humanos, cuyas muestras se celebraron cientos de veces y que proliferaron en Europa y América desde fines del siglo XIX hasta la década de 1930. La finalidad que perseguían estas ferias era presentar al público a individuos "salvajes" que todavía existían en el

mundo en

“estado primitivo” y, de paso, arraigar entre la ciudadanía la idea de superioridad racial. Los visitantes que acudían en masa a estas exposiciones lo hacían para comprobar que ellos eran diferentes a los cautivos: “Pagaban por ver a ‘otros’ que no eran ellos. Pagaban para verse en el espejo de lo que no son” (Báez, 2018: 109). La participación de los antropólogos en el estudio de los pueblos indígenas fue utilizada para avalar la construcción y la expansión de la hegemonía de Occidente.

Sin embargo, como hemos podido comprobar, ya en aquella época hubo personas e instituciones que protestaron ante tamaña crueldad hasta que se puso fin a estos

sórdidos circos humanos67. Ahora bien, eso no impidió que se instalara en la sociedad una mirada racista que, a pesar del tiempo transcurrido, sigue todavía vigente en muchas personas68. Algunos de los estereotipos negativos sobre las culturas originarias de América proceden precisamente del tiempo de los zoológicos humanos. En el año 2012 un cuarto de millón de personas visitaron en París la exposición “Exhibiciones. La invención del salvaje”, organizada por el museo quai Branly y que confrontó al público visitante con el brutal pasado colonial de Francia y otros países. Dieciséis mil escolares recorrieron las salas de la exposición, formadas por carteles, fotografías, postales, pinturas y esculturas que denunciaban la crueldad de los zoológicos humanos. Divulgar y dar a conocer estas atrocidades, que forman parte del pasado colonial de muchas naciones europeas, es el primer paso para superar ese período infame.

CAPÍTULO 5 LAS MISIONES RELIGIOSAS

La extracción de los indios onas de la isla Grande de Tierra del Fuego es un acto de humanidad que el gobierno no puede rehusar, y que lo único que podría dejarse para resolver después de un estudio convenientes es dónde y cómo colocar estos indígenas.

Sociedad Explotadora Tierra del Fuego, 1896

Los primeros intentos de los misioneros anglicanos

La noción del “salvajismo” de los selk’nam, construida desde los relatos de los viajeros, los zoológicos humanos y la tendenciosa interpretación de las primeras fotografías que circularon por Europa,

convenció a misioneros y religiosos de la urgente necesidad de actuar sobre el terreno, para ayudar a lo que ellos consideraban era un desventurado pueblo que todavía no conocía las bondades de la civilización y la verdadera religión. Desde su particular perspectiva, los indígenas eran considerados simplemente como seres necesitados de tuición a los que era preciso educar: "El indio es un niño, un niño para nosotros, viciado, y que tiene todas las facilidades para adquirir los vicios y pocas para las virtudes. El indio de más de diez años no es susceptible de civilización, ya tiene demasiado arraigados en el alma sus principios de libertad y de haraganería" (Spegazzini, 1882: 180).

Aunque la tradición evangelizadora sobre los pueblos autóctonos americanos se remonta al mismo momento de la llegada en 1492 de los primeros europeos[69], en Tierra del Fuego el movimiento misionero va a comenzar a raíz del viaje de Robert Fitz-Roy en 1830 y el traslado de los primeros yaganes y kawésqar a Inglaterra para ser educados e instruidos en los valores occidentales. Después de una estadía de tres largos años en Londres en la que incluso fueron presentados ante el rey y la reina, fueron devueltos a los canales fueguinos, donde, nada más reunirse con sus familiares, recuperaron sus costumbres atávicas y su forma de vida tradicional. Profundamente desilusionado, Fitz-Roy nunca más volvió a pronunciar el nombre de Jemmy Button, su protegido, y años después, acosado por depresiones y pesadillas, se suicidó cortándose la garganta con una navaja. A pesar del decepcionante resultado de estos experimentos con seres humanos, una ola de humanitarismo digna de mejor causa recorre toda Gran Bretaña y

cada vez serán más las personas que sentirán compasión por los "fueguinos", cuyas almas hay que reconquistar para la religión y la fe.

En 1844 se fundó en Londres la Patagonian Missionary Society, cuyo primer presidente fue el capitán retirado Allen Francis Gardiner. Fundamentalista religioso, se hallaba poseído de "los fuegos apostólicos" y "enfervorizado con la diaria lectura de la Biblia acariciaba una irresistible vocación religiosa" (Belza, 1974: 69), lo que no le va a servir de mucho en el rincón más austral de América. En efecto, en 1851, a causa de su imprevisión y su inexperiencia, morirá de hambre en la isla Picton, en una bahía desolada, ante la mirada indiferente de los yaganes. Convertido en mártir por sus exaltados seguidores, otros hombres recogerán su testigo y se instalarán en las islas Malvinas, donde fundarán la misión protestante de Cranmer Station en la pequeña isla Keppel. Hasta allí llevarán, con engaños y a la fuerza, a decenas de yaganes del archipiélago fueguino, con el propósito de enseñarles a trabajar y llevar una vida sedentaria. A

través de esta convivencia obligada, los misioneros pretendían también aprender la lengua yagán para poder así evangelizar más fácilmente al resto de la población. Sin embargo, tras la matanza de Wulaia del 6 de noviembre de 185970, el gobernador de Malvinas prohibió el secuestro de indígenas y clausuró definitivamente el establecimiento misionero.

Como era de prever, los religiosos no se dieron por vencidos y, en 1869, tomaron la decisión de establecerse en el canal *Onashaga*, inaugurando oficialmente la misión anglicana de Tierra del Fuego. Dos años después arribarán con sus familias a Ushuaia los pastores Thomas Bridges y John Lawrence, radicándose de forma permanente en la región. Con el fin de atraer a los yaganes, los religiosos les entregaban comida y enseguida aprovechaban la ocasión para rebautizarlos con nuevos nombres de origen inglés: Lory, George, Stephen o David. Con una extraordinaria habilidad comercial, los misioneros incursionaron en negocios muy rentables, como la venta de materiales, ropa y comida a los mineros que probaban suerte en las islas del sur de Tierra del Fuego o la trata de pieles de lobo y nutria que conseguían de los yaganes. El periodista argentino José Manuel Eizaguirre recorrió la región en 1891: "en todo el camino marchan estos misioneros haciendo acopio de las pieles que tienen los indios yaganes y alacalufes desde Ushuaia hasta el sur de la isla Dawson. Las pieles forman el principal *negotium* de los misioneros y es así como logran mantenerse, y sin duda la razón por la que se mantienen con su misión, sencilla y esencialmente comercial, más que civilizadora"

(Eizaguirre, 2001: 116).

El beneficio, como veremos, será exclusivamente para los misioneros. En cambio, la misión protestante tuvo unos perniciosos efectos sobre la salud de los yaganes, alcanzando tal magnitud que solo aquellas personas que se mantenían alejadas de ese

lugar lograron mantenerse con vida: "Los indígenas que se acercaban a la misión morían irremisiblemente debido a los brotes de tuberculosis y sarampión que se transmitían unos a otros a causa del hacinamiento en el que vivían y el aire viciado que respiraban. Estas enfermedades infecciosas se declararon en la misión de Ushuaia con una violencia inusitada entre 1882 y 1884, de tal manera que a partir de entonces los yaganes sobrevivientes, que todavía mantenían su modo de vida nómada, evitarán con verdadero horror a los misioneros anglicanos" (Alonso, 2014: 52). A pesar de la hecatombe provocada por las epidemias, los pastores británicos mantuvieron inalterable su modelo de misión, sin escuchar las voces que les advertían de la

elevada tasa de mortalidad que estaban causando con su irresponsable actuar. Como la del doctor Hyades, que en 1882 se sorprendía de que los misioneros ni siquiera hubieran previsto la presencia de un médico: "la tisis pulmonar es rara entre los fueguinos que viven al aire libre; pero es muy frecuente entre los que habitan la misión inglesa de Ushuaia, que han adquirido costumbres sedentarias y que viven encerrados" (Hyades, 1884: 582). La fosa común de la misión comenzó a agrandarse cada vez más. Como en la época existía una gran obsesión por el estudio de cráneos y esqueletos pertenecientes a individuos de los pueblos "primitivos", el pastor Bridges se convirtió en el proveedor principal de los museos europeos. Varios cráneos yaganes terminarán así en el museo del Colegio de Cirujanos de Londres, mientras que otros restos humanos fueron llevados a Francia en 1882 por la expedición del cabo de Hornos.

Hay que tener en cuenta que estas epidemias mortales se producen antes de la llegada en 1884 de los marinos argentinos a los que erróneamente se acusará de ser los portadores de los virus, leyenda extendida quizá para exculpar a los misioneros de su responsabilidad71. Nos lo confirma nuevamente el médico Hyades: "Es en noviembre de 1881 que, por primera vez, se reciben en Londres malas noticias sobre el estado sanitario de los indígenas; muchos de ellos se quejan de su salud y se anuncia un gran número de muertes entre los fueguinos de los alrededores de Ushuaia. En 1882, en el establecimiento mismo de la misión inglesa, la tisis toma las proporciones de una enfermedad endémica, provocando el fallecimiento en solo unos días de 14 niños del orfanato, que contaba con 25 internos, haciendo perecer a un número mayor de hombres adultos" (Hyades, 1884: 582). En palabras del escritor yagán Víctor Vargas:

"Los ancianos aconsejaban que bajo ningún motivo debían acercarse a Tushkápalan, porque en ese lugar la gente moría. Casi todos los que se refugiaban allí experimentaban enfermedades desconocidas. Lo gente de la playa lo llamaba 'el cementerio yagán', ya que cada vez que preguntaban por alguno de sus hermanos acogido en ese establecimiento, la respuesta era: 'Ya no está entre nosotros'" (Vargas, 2017: 14).

Los testimonios de las mujeres yaganes recogidos por la antropóloga Anne Chapman son desgarradores. Según Hermelinda Acuña, "había que hacer lo que los misioneros ordenaban. Daban ropas y los que se vestían con esas ropas, poco después aparecían muertos". Para Cristina Calderón, que estuvo casada con el selk'nam Luis Zárraga, y que vivió en Harberton en la década de 1950, "los indios se ponían enfermos

por contagio, las ropas traían enfermedades” (Chapman, 1995: 24). Otra mujer yagán, Lakutaia le Kipa, relató a la escritora chilena Patricia Štambuk la terrible mortandad del establecimiento misionero de bahía *Tekenika* en isla Hoste:

[A]llá había un asilo donde llevaban a todos los chicos, aunque tuvieran padre o madre. Mi mamá me contaba que a las mujeres les enseñaban a hilar y tejer. Niños y chiquillos que estaban aprendiendo, y también grandes, empezaron a morir de golpe, casi al mismo tiempo, como si los estuvieran envenenando. Era alguna enfermedad que los atacaba, tal como ahora llega una tos mala y agarra a muchos; solo que entonces no había doctor ni vacunas. Quién sabe si les hizo mal vivir como vivían. Ya no salían antes, porque tenían casa en la misión y debían cuidarla. Tampoco comían las cosas naturales de la vida, como los antiguos: lobo, pescado, pájaros, mariscos, porque les daban comida en la misión. Cambiaron el agua por el té y café, y las piedras para hacer fuego por fósforos. Todo era más fácil, ni siquiera tenían que cuidar sus fogatas. Hoy estamos acostumbrados a las ropas y a las comidas, pero ellos no aguantaron. Dejaron de andar desnudos y de conseguir y comer sus propios alimentos y se enfermaron. La civilización les atacó el pulmón, el estómago y empezaron a morir (Štambuk, 2011: 19).

El final de esta historia ya la conocemos. Los superiores de la misión en Londres amonestaron a Bridges por sus negocios particulares y le dieron a elegir entre seguir siendo misionero o convertirse en comerciante. Thomas Bridges no lo dudó y renunció al cargo de superintendente de la misión, colgó los hábitos y se transmutó apresuradamente de pastor de almas en pastor de ovejas. Gracias a su excelente relación con el presidente Julio Argentino Roca, obtuvo en 1887 del gobierno una enorme concesión de ocho leguas de tierras frente al canal *Onashaga*, prácticamente todo el terreno de la zona apto para la ganadería. Bautizando el lugar con el nombre de la localidad natal de su esposa, Harberton, allí se instaló con su familia y un puñado de yaganes como jornaleros, convirtiéndose en un próspero ganadero.

No deben sorprendernos las simpatías del presidente Roca hacia los británicos, pues estas eran mutuamente correspondidas. Al final de su primer mandato, en 1887, fue agasajado en Londres con un gran banquete financiado por empresarios y banqueros de la *City* y fue en ese acto donde pronunció su famosa y reveladora frase: “Soy tal vez el primer expresidente de la América del Sur que haya sido objeto en Londres, este clásico y vasto centro de la libertad, de una demostración semejante por un número tan

escogido de caballeros. Qué mejor testimonio puedo presentar en este acto de la consideración en que están la República Argentina y sus hombres públicos, ante los gremios de las altas finanzas y comercio europeos... He abrigado siempre una gran simpatía hacia Inglaterra. La República Argentina, que será algún día una gran nación, no olvidará jamás que el estado de progreso y prosperidad en que se encuentra en estos momentos, se debe en gran parte al capital inglés" (Rivero, 1944: 437).

El periodista norteamericano John Randolph Spears, que visitó la hacienda de los Bridges en 1894, fue muy crítico con su forma de actuar y los acusó de apropiarse de las tierras de los indígenas, de usufructuar sus recursos naturales y de emplear a los pocos supervivientes yaganes como mano de obra barata. Para Spears, Thomas Bridges también había engañado muy hábilmente al gobierno argentino, puesto que en su solicitud de tierras especificó que la finalidad era lograr el progreso de los yaganes cuando en realidad el único beneficiado de la concesión fue él mismo: En medio de este encantador distrito, viviendo en la costa de una pequeña bahía que ofrecía excelente fondeadero para nuestro vapor, encontramos al reverendo Thomas Bridges, el fundador de la misión de Ushuaia, pero quien durante siete años se ha dedicado a las labores de ganadero y granjero. Todos los campos de pastoreo a la vista, y aún más también —ocho leguas cuadradas situadas a lo largo del Canal Beagle— le pertenecían. En la isla Gable, semejante a una pradera, tenía un rebaño de 4500 ovejas que no precisaban más atención que una visita ocasional y la esquila de temporada. En tierra firme tenía rebaños de ganado, caballos, una gran piara de cerdos, con miles de metros de vallas de estaca rodeando sus pastizales. Tenía una gran parcela ajardinada en una ladera soleada donde crecían en abundancia vegetales muy resistentes y las patatas alcanzaban tal tamaño que hacía que los productos de Ushuaia parecieran insignificantes. Su casa era una gran estructura de dos pisos rodeada de hierro —en la forma y estilo a la casa de un adinerado caballero inglés de campo— aunque la apariencia, debido al hierro, era en alguna medida extravagante. Había cobertizos y almacenes en las cercanías, y un agradable pabellón en el césped como mirador de la bahía. Anclada tenían una gran barcaza para el traslado del producto de la granja a los vapores y de la mercancía importada hacia la orilla, además de una flota regular de pequeños botes, cúteres y veleros, para navegar por placer y para visitar las distintas partes de su hacienda, con sus 24 millas de costas (…) La familia del Sr. Bridges estaba compuesta por él y su mujer, la hermana de su mujer, dos encantadoras niñas con menos de dieciséis años y tres robustos niños, solo uno de los cuales, un muchacho

adolescente, estaba en casa, los otros dos estaban en otras partes de la hacienda. Para ayudarles en los trabajos agrícolas contaban con una pequeña colonia de indios Yaganes viviendo en pequeñas casas localizadas detrás de una colina y fuera de la vista de la casa patronal. Por supuesto, las mujeres indígenas habían sido enseñadas a realizar las

tareas domésticas y los hombres el trabajo pesado de la granja. Además, cada miembro varón de la familia tenía un joven criado indígena (…) Las labores necesarias eran ejecutadas por los indígenas quienes recibían como paga, en lugar de dinero en metálico, la comida que el rancho producía y la ropa que ellos y su familia pudiesen necesitar. La larga experiencia que el Sr. Bridges tenía como misionero le había enseñado a manejar a los Yaganes sin fricciones y con el mínimo gasto (Spears, 1895: 118).

También Eizaguirre denunciaba la situación de indigencia en la que se encontraban los yaganes que trabajaban para la familia Bridges: “Si allí se levantan fortunas y los indígenas cooperan a su levantamiento, bien se haría en recompensarlos ampliamente, y digo esto porque las chozas de los indios, son miserables y hasta sucias, y algunas sin tener capacidad para dos individuos son habitadas por más de cuatro” (Eizaguirre, 2001: 185).

Los Bridges no se conformaron con su fabulosa hacienda a orillas del canal *Onashaga* y años después, en 1902, los hijos y yernos de Thomas Bridges fundaron la estancia Viamonte, situada a mitad camino entre Río Grande y Tolhuin, ingresando así en la lista de los mayores latifundistas del sur argentino. Su colega John Lawrence también se hizo estanciero, aunque a menor escala, poniendo en pie la estancia Remolino sobre una concesión de tres leguas ubicada treinta kilómetros al este de Ushuaia. De acuerdo con el político y escritor Ricardo Rojas, que vivió en Tierra del Fuego en 1934, “la empresa evangélica de Bridges y de sus colaboradores en las misiones del Beagle ha resultado estéril, porque no logró evitar la desaparición de las razas indígenas, y aun se dijera que la conversión civilizadora solo ha servido para extinguirlas. Bridges y Lawrence, en cambio, introdujeron aquí las primeras ovejas, traídas de Malvinas” (Rojas, 2012: 64). La doctora de la Universidad de Estocolmo Débora Rottenberg lo resume así: “Si destapamos el velo del discurso de la espiritualidad, la bondad y la salvación, podemos entender la misión como una forma de posesión de las personas, los territorios y sus riquezas” (Rottenberg, 2008: 113).

Pero no solo los yaganes fueron objeto de la atención de los religiosos

anglicanos; también los selk’nam van a comenzar a recibir visitas suyas. La primera fue en febrero de 1878, cuando Waite Hockin Stirling, obispo anglicano de Malvinas con jurisdicción sobre toda Sudamérica, y el pastor Thomas Bridges, acompañados de tres yaganes, se dirigieron al norte de la isla Grande con intenciones evangelizadoras. Sin embargo, el viaje fue un completo fracaso desde ese punto de vista, ya que los selk’nam de esa comarca ni siquiera se dejaron ver por los expedicionarios, que tan solo pudieron contemplar los sempiternos fuegos en la lejanía y un par de perros que les ladraron valientemente. Ahora bien, el relato que nos dejó Bridges de esta breve expedición

abunda en detalles sobre la calidad del pasto, la abundancia de agua o las características del terreno, informaciones que resultarán muy valiosas para las sociedades ganaderas británicas que muy poco tiempo después se instalarán en la región. No es casualidad que el año anterior el gobernador de Magallanes Diego Dublé Almeida, que mantenía una estrecha relación con el obispo Stirling, hubiera viajado a las islas Malvinas a negociar el desembarco de la ganadería ovina en el territorio bajo su autoridad.

Unos años después, a finales de julio de 1885, Bridges volverá a intentarlo desembarcando nuevamente en el norte de la Tierra del Fuego e internándose en la isla en busca de “indios”. En esta ocasión lleva consigo como guía y traductor a Anaci, un muchacho selk’nam que trabajaba en la estancia ganadera de la Wehrhahn y Cía. El administrador de esta gran hacienda, con 123.000 hectáreas ubicadas en pleno territorio selk’nam, entre bahía Gente Grande y bahía Porvenir, era William Bartlett, un exmisionero protestante reconvertido en capataz ganadero, muy amigo de Thomas Bridges. A los pocos días, los exploradores encuentran un nutrido grupo de indígenas que rápidamente se dispersan por los alrededores. Sin embargo, consiguen hallar a “dos pobres hombres aterrorizados. Tenían arcos y flechas y estaban vestidos con capas de guanaco. Eran muy delgados, de constitución robusta y medían cinco pies y ocho pulgadas”[72]. Después de tratar de tranquilizarlos con regalos y chucherías, que tenían por cometido demostrarles su amistad, Bridges quiso enseñarles su barco para que se animaran a subir a bordo y así llevárselos a la misión de Ushuaia. Pero los selk’nam, que desconfiaban con toda razón de las intenciones del religioso, se apresuraron a escapar del lugar perdiéndose entre los matorrales. El terror de los indígenas a los

“hombres blancos” estaba más que justificado. Tan solo unas semanas antes de la visita de los misioneros se había producido un encuentro

violento con los empleados de los estancieros, con un saldo de ocho selk'nam muertos73.

Poco después el obispo Stirling participó por segunda vez en una visita al norte de Tierra del Fuego, invitado en esta ocasión por el poderoso terrateniente Rudolf Stubenrauch. El alemán quería que, al igual que habían hecho con los yaganes, los misioneros "civilizaran" a los selk'nam para que dejaran de ser una molestia y poder luego emplearlos como trabajadores rurales. Sin embargo, el obispo no resultó nada convincente ante los nativos y sus intentos resultaron vanos. Cuenta Stubenrauch: "le pedí que me acompañara a la estancia Gente Grande y hablara a los indios acerca de la conveniencia de aceptar la civilización y respetar la propiedad de la gente blanca.

Probablemente los indios no dieron crédito a la palabra del señor Stirling, porque continuaron en sus depredaciones y cada día causaban mayores males"74.

En efecto, los selk'nam siguieron atacando las ovejas y rompiendo los alambrados en un desesperado intento de resistencia frente a los invasores de su territorio ancestral. Lo

que pretendían con esta estrategia era desalentar a los ganaderos de su intención de radicarse en Tierra del Fuego, aunque el resultado conseguido fue justo el contrario. Ese fue el momento en el que el administrador Bartlett contrató hombres armados de rifles:

"a partir de entonces, la propagación de ovejas con el crecimiento de los cercos de alambre de púa y la matanza de indios fueron alegremente de la mano, para todos salvo para los indios y ocasionalmente para algún hombre blanco pillado desprevenido"

(Spears, 1895: 127).

De este modo, los ganaderos impusieron a los selk'nam un temible castigo, matando a balazos a decenas de personas en lo que puede ser considerado sin ninguna duda como el comienzo del espantoso genocidio que estuvo a punto de aniquilar a este pueblo milenario.

La misión salesiana de Dawson: la isla de la muerte

El 14 de diciembre de 1875 desembarcaban en el puerto de Buenos Aires diez jóvenes italianos que habían realizado un largo viaje de más de un mes de duración desde su ciudad natal, Turín. A diferencia de los cientos de miles de emigrantes europeos que arribaban a Argentina en busca de trabajo y huyendo del hambre, la guerra y la pobreza, los

recién llegados tenían objetivos mucho más elevados y atrevidos: nada más y nada menos que evangelizar a todos los pueblos indígenas de América del Sur. Pertenecían a la orden de San Francisco de Sales, que había sido fundada en enero de 1854 por el sacerdote católico Juan Melchor Bosco. La leyenda cuenta que Don Bosco, apodo con el que se haría mundialmente famoso, había tenido un sueño místico donde veía a sus sacerdotes adoctrinando "salvajes" en un lugar lejano y desconocido: "Dios lo fue guiando, le fue iluminando la senda de sus destinos con la luz de sus sueños" (Entraigas, 1945: 40). Según el mito, el religioso ni siquiera sabía adónde debía dirigir sus huestes evangelizadoras hasta que "saltando nerviosamente de la cama, se dirige, corre casi, hasta una pequeña mesa sobre la cual hay un mapamundi esférico y haciéndolo girar lo frena de pronto con una fuerte presión del dedo índice. Debajo de la yema de su dedo puede leerse una palabra: Patagonia" (Bustos, 1959: 89).

La realidad, sin embargo, fue mucho menos novelesca. Juan Bautista Gazzolo, el cónsul argentino en Italia, oriundo de Liguria, fue quien invitó a los salesianos a establecerse en Argentina. Antes de partir, el cónsul se tomó una fotografía con el grupo de religiosos expedicionarios. Flanqueados por misioneros y coadjutores, vemos



sentados de izquierda a derecha a Giovanni Cagliero, Don Bosco, Gazzolo y Giuseppe Fagnano.

Los primeros salesianos con el cónsul Gazzolo, 1875.

Fotografía de Michele Schemboche, Archivo Central Salesiano.

El primer servicio de los religiosos italianos será acompañar al ejército en la Conquista del Desierto, la violenta expedición militar contra los

pueblos originarios de la Pampa y la Patagonia. Ejecutada entre los años 1878 y 1885 y dirigida por el general Roca, el balance de víctimas fue terrible, tal y como reconoce la propia Memoria del Departamento de Guerra y Marina: “se tomaron prisioneros 5 caciques principales y uno fue muerto, 1271 indios de lanza prisioneros, 1313 indios de lanza muertos, 10.513

indios de chusma prisioneros y 1049 indios reducidos”. Los misioneros salesianos que participaron en la campaña fueron Santiago Costamagna y Luis Botta, convirtiéndose en cómplices de las matanzas, asesinatos y deportaciones: “Es necesario adaptarse, por amor o por la fuerza; en esta circunstancia, la cruz tiene que ir detrás de la espada”75.

Más aún, las tímidas críticas que esbozaron estos sacerdotes a la brutalidad empleada por los militares serán silenciadas con posterioridad por la propia historiografía salesiana76, que terminó “por sostener la necesidad de la conquista, justificar la violencia del ejército e identificar al indígena como enemigo e invasor chileno” (Nicoletti, 2007: 19).

En su excelente libro *Pedagogía de la desmemoria* el profesor Marcelo Valko ha estudiado cómo el arzobispo de Buenos Aires, León Federico Aneiros, fraguó la participación de la Iglesia católica en la sangrienta campaña militar del ejército argentino. El prelado creó el Consejo para la Conversión de Indios al Catolicismo y viajó a Italia en junio de 1877 para proponerle a Juan Bosco que fueran los salesianos quienes acompañaran a las tropas, evitando así que religiosos de otras confesiones se les anticiparan. En palabras de Valko, “civilizar a los salvajes significa su evangelización.

Miles y miles de almas de infieles representan un botín tan tentador (…) es necesario adelantarse al inescrupuloso accionar ‘de masones y protestantes’ dedicados a estorbar la misión de la iglesia y prepararse para la pronta incorporación de los bárbaros de la pampa a la verdadera religión” (Valko, 2015: 214).

Ocupada la mayor parte del territorio argentino mediante “la cruz y la espada”, las miradas estaban puestas ahora en los “indios salvajes” de Tierra del Fuego. Para persuadir a Don Bosco de la conveniencia de establecer reducciones indígenas en esos territorios, varios misioneros salesianos llevaron hasta Italia a una niña selk’nam. Los curas habían bautizado a la muchacha con el nombre de Luisa Peñas, porque precisamente fue en el cabo Peñas donde fue “recogida”. En realidad, hoy sabemos que la pequeña formaba parte de un grupo de cuatro

niñas que quedaron huérfanas tras las masacres provocadas por los soldados argentinos al mando de Ramón Lista en noviembre de 1886. Giuseppe Fagnano, que formaba parte de la expedición militar, se llevó a las muchachas selk'nam a la casa salesiana de Carmen de Patagones y, desde allí, trasladó a la niña a Europa.

El encuentro entre el venerable religioso y la pequeña indígena tuvo lugar en Turín el 9 de diciembre de 1887. Nos lo cuenta otro salesiano, el padre Entraigas: "La pequeña fueguina estaba arrodillada. Miraba con sus grandes ojos negros a aquel anciano sacerdote que tenía no sé qué encanto en su mirada cansina. El santo puso su mano temblorosa sobre la hirsuta cabellera de Luisa y ella, a una señal de la madre Ángela, pronunció a duras penas, en italiano, estas palabras que tanto le había costado aprender: —Le agradezco, querido Padre, el haber mandado sus misioneros a civilizarnos. Ellos nos han hecho cristianos y nos han abierto las puertas del Cielo".

Poco tiempo después ambos murieron: el fundador de la congregación salesiana con más de setenta años de edad, después de una larga y tranquila vida; la niña selk'nam, apenas cumplidos los doce años y sin poder regresar nunca más a Tierra del Fuego. Este hecho no pareció importar en lo más mínimo al cronista, que celebra que "así plugo a la Divina Providencia que la humilde onita, sin haberlo jamás soñado, asistiera a las solemnes exequias de un santo. La angelical indiecita murió, pues, contenta"[77].

Convencidos de la bondad de sus acciones, los salesianos darán el salto a Chile y se instalarán en Punta Arenas, siendo nombrado Giuseppe Fagnano, uno de los salesianos más ambiciosos, prefecto apostólico de la Patagonia meridional y Tierra del Fuego.

Ocupaban así el lugar dejado por los misioneros franciscanos, llegados con los primeros colonos desde Chiloé y que habían renunciado definitivamente a tratar de "convertir" a los nativos. El padre Francisco Cárcamo abjuraba de "estos salvajes de un carácter indiferentista que nada creen, ni quieren por cuanto hay en el mundo cambiar sus groseras costumbres por la pureza de la religión y las inmensas ventajas que les ofrece la civilización cristiana"[78].

Para conseguir sus objetivos evangelizadores, los salesianos emplearán otros medios y así en 1889 lograrán finalmente la autorización del

gobernador de Magallanes para instalarse en isla Dawson. La solicitud de los salesianos fue patrocinada por monseñor Rafael Eyzaguirre, rector del seminario de Santiago, con gran influencia política y en cuyo honor se nombró la misión de “San Rafael”.

En efecto, durante algo más de dos décadas, entre los años 1888 y 1911, los salesianos regentaron en isla Dawson, en el estrecho de Magallanes, una misión destinada a recluir en ese lugar a los indígenas que vagaban en libertad por la región.

La entrega de la isla en arrendamiento por parte del gobierno chileno se hizo oficialmente mediante el decreto n.º 82 de 11 de junio de 1890 firmado por el presidente José Manuel Balmaceda, con una duración de veinte años y donde se señalaba como objetivo “la civilización de los indígenas de Tierra del Fuego y la colonización de tan apartados territorios de la República”.

Instalados en bahía Harris, un puerto natural protegido de los vientos del sudoeste, los misioneros construyeron un embarcadero, la pequeña capilla, casas con techo de zinc y suelo de tablas, algunos edificios auxiliares que servían de barracones, escuela, una rudimentaria enfermería y una estancia lanar en la parte más septentrional de la isla. Con el paso del tiempo, la misión se convirtió en un pequeño pueblo, como muestran las fotografías tomadas por Francisco Bocco de Petris, un hermano coadjutor que estuvo destinado allí desde 1898. Esa fue la época en la que se instaló el famoso aserradero, en el que se empleaba a los indígenas y que estaba destinado a aprovechar la madera de los numerosos bosques de los alrededores.

Los primeros inquilinos de la misión fueron hombres, mujeres, niñas y niños pertenecientes al pueblo kawésqar, que ocupaba desde tiempos inmemoriales un amplio territorio de canales, islas y fiordos comprendido entre el golfo de Penas y el estrecho de Magallanes. Los kawésqar eran obligados a abandonar los canales por donde transitaron durante siglos con sus canoas, para ser recluidos en la misión, quisieran o no.

Muchas veces eran los gobernadores quienes enviaban expediciones desde Punta Arenas para capturarlos y, en otras ocasiones, fueron los mismos misioneros quienes los

“recogieron” en su goleta *María Auxiliadora*. Como atestiguan los propios diarios de la misión, una vez llegados a Dawson los indígenas trataban inmediatamente de fugarse, de tal modo que los religiosos se servían de los “indios mansos” para hacerlos desistir



de sus intenciones de huida: “con la inclinación muy viva a escapar eran buscados por la isla con la ayuda de las indias ya civilizadas y a los pocos días se aquietaban”79. Las escasas fotografías que se conservan de los primeros años de la misión muestran el semblante triste y el aspecto desdichado de los internos, kawésqar en su mayoría, que cubren sus cuerpos con mantas en lugar de sus tradicionales pieles de animales y a los que se les ha rapado el pelo. Precisamente la imposición de ropas de origen europeo y la costumbre de cortarles el cabello tenían el cometido de borrar cualquier rastro de su pasada “vida salvaje”.

Familia kawésqar en isla Dawson en 1890. Fotografía: Henri Rousson, Biblioteca Nacional de Francia.

La complicada convivencia en medio de tanto sufrimiento generará constantes conflictos entre los internos y sus guardianes. El 18 de septiembre de 1889 los kawésqar organizarán una rebelión contra los religiosos aprovechando que el padre Antonio Ferrero —director de la misión— y varios de los empleados habían acudido a Punta Arenas para reaprovisionarse y celebrar los días patrios chilenos. El cabecilla de la revuelta fue un hombre llamado por los religiosos “capitán Antonio”, que exhortó a sus compatriotas a sublevarse con un encendido discurso:

Queremos ser libres, queremos ser dueños de estar aquí o salir cuando

se nos antoje sin tener que pedir permiso a nadie. Nuestros son estos campos, las islas y los canales que

nos vieron nacer; nuestros son porque nuestros antepasados aquí también nacieron y vivieron, dejándonoslos en herencia. Los coipos y las nutrias que pueblan los tortuosos ríos y canales, así como los lobos, los peces y las ballenas que nadan libremente sus anchas y alborotadas aguas, todos nos pertenecen y queremos poder pescarlos y utilizarlos a nuestro albedrío, siempre donde y cuando nos plazca o nos convenga. Sí, estos mares y bahías y canales con todos los seres que en ellos se mueven, son nuestros, no menos que estas tierras e islas, montañas y llanuras, selvas y praderas con todas sus aves y animales, todo es nuestro y de ello debemos servirnos ya cazando con certeros arcos y agudas flechas, ya con nuestras nervudas redes y fuertes arpones (…) Estos extranjeros que vistiendo largos y negros vestidos se llaman misioneros no son más que unos intrusos que codician nuestros mares y tierras, que con el pretexto de civilizarnos han venido de lejos para hacernos sus esclavos o para echarnos de aquí apoderándose de los campos y montes que fueron, son y serán de nuestros hijos[80].

Los kawésqar se proveen de cuchillos y, en el forcejeo con los curas, resultan heridos el padre Bartolomé Pistone y el hermano Giovanni Battista Silvestro. Sin embargo, los dos religiosos consiguen encerrarse en una de las casas, desde donde disparan con armas de fuego a los atacantes, que huyen hacia el bosque. Un cúter lobero, el *Dora*, que pasaba casualmente por bahía Harris, escuchó las detonaciones y desembarcó a varios hombres armados para seguidamente dirigirse a Punta Arenas a dar la alarma. Desde la capital de Magallanes se coordinó una expedición de castigo que liberó a los hombres que se habían atrincherado en los edificios. Varios indígenas, entre ellos el cabecilla, resultarán muertos en confusas circunstancias. Así se puso fin a la insurrección y se restableció la disciplina, lo que no impedirá que los kawésqar sigan tratando de huir de la misión a la primera oportunidad.

A partir de 1894 empezaron a llegar un gran número de selk'nam procedentes de la vecina isla de Tierra del Fuego, los cuales eran confinados en Dawson después de ser víctimas de las cacerías humanas. Estas persecuciones fueron llevadas a cabo por los terratenientes y tenían por objeto "limpiar" la isla de sus antiguos habitantes para dejar todo el territorio disponible para la ganadería ovina. Uno de los barcos que participó en estas travesías de la muerte fue el famoso vapor *Amadeo*, propiedad del magnate José Menéndez,

donde hombres y mujeres eran embarcados por la fuerza y llevados a isla Dawson. En febrero de 1896 treinta y seis selk'nam capturados por los empleados de las estancias fueron conducidos a Punta Arenas a bordo de ese vapor. El 8 de marzo el mismo barco trasladó desde bahía Inútil a la misión salesiana de isla Dawson a un grupo de diez personas deportadas: tres hombres, dos mujeres y cinco niños y niñas.

Los restos herrumbrosos de este barco se encuentran hoy amarrados inútilmente frente

a la estancia San Gregorio[81], sucumbiendo día a día al poder destructor de las olas. A pesar de haber sido declarado monumento nacional, ningún letrero alude a su sombría participación en la deportación de seres humanos. Otro de los barcos implicados en los traslados forzosos fue el vapor *Torino*, propiedad de los mismos salesianos que lo habían comprado con el dinero recaudado en el zoológico humano de Génova de 1892.

En algunos libros podemos ver hoy como tampoco se cuenta la verdadera historia, sino justamente todo lo contrario. La profesora Norma Cantatore escribe todavía en 2006 que

"el *Torino* les llevó a los ona todo el bien de Dios. Desde entonces los aborígenes identificaron al vapor como la providencia" (Cantatore, 2006: 166).

Por su colaboración en las deportaciones, los misioneros salesianos no perdieron la oportunidad de exigir a las sociedades ganaderas el pago de una prima en concepto de manutención. La solicitud la hizo en 1895 el mismísimo padre Fagnano a los directores de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego y merece ser reproducida íntegramente: El que firma superior de la misión a los indios de la Tierra del Fuego expone: que el agente de la sociedad en Punta Arenas señor Moritz Braun ha transportado a la isla Dawson más de cien indios que tenían su asiento en el campo ocupado por dicha sociedad en la bahía Inútil, prometiendo que el directorio nos ayudaría a los gastos de mantención. Los sacerdotes y las Hermanas Hijas de María Auxiliadora atienden a la educación de los niños y de las niñas mientras otros empleados enseñan el trabajo a los hombres para hacerlos útiles a sí mismos y a sus familias.

Me presento a Ud. para obtener un auxilio para mantener estos indios y a cuantos transporten a la misión, auxilio sea por una vez o sea una asignación por el espacio de cuatro años que calculo necesarios hasta que estos infelices se basten a sí mismos con su trabajo. No escapará a

la penetración de Ud. el beneficio que reportará la hacienda de la Sociedad sacando a los salvajes de este punto y más el crédito de la misma ante el mundo civilizado que alabará los sentimientos humanitarios de la sociedad chilena cuando se vea el salvaje transformado en cristiano y trabajador.

Insinuaría al directorio determinara una cantidad fija por cada año para, con esta concesión, poderme presentar a algún instituto de crédito y obtener los recursos que yo crea conveniente para la misión. A lo menos dos veces al año los misioneros recorrerán el campo aconsejando a los indios que hubiera y llevando a nuestra misión. Llamando los sentimientos humanitarios de los directores y confiando en su perspicacia en el negocio espero una favorable resolución a mi pedido.

Firmado: *Mons.* José Fagnano82.

Para esta fecha el superior de los salesianos sabía perfectamente el nocivo efecto que la misión había provocado en los kawésqar, sus primeros inquilinos, que murieron en masa en muy poco tiempo a causa del hacinamiento, la inadecuada alimentación, el cambio de hábitos y las enfermedades. También conocía con detalle los asesinatos que los ganaderos de Tierra del Fuego habían cometido contra los selk'nam, Sin embargo, estas dos trágicas circunstancias no le impidieron formalizar el convenio con "la Explotadora", que selló el destino de la mayor parte de la población autóctona de la isla.

El acuerdo se firmó en mayo de 1895, estableciendo el pago de una libra esterlina por cada persona deportada. Sin embargo, la sociedad ganadera se negó a entregarles a los religiosos las tres mil ovejas que también les habían solicitado, quizá porque intuían en ellos a un competidor formidable en el negocio lanero. Dos años después, los salesianos extenderían el contrato a las otras empresas de la isla, The Tierra del Fuego Sheep Farming Company, The Philip Bay Sheep Farming Company Ltd. y la Sociedad Wehrhahn y Cía., también con las mismas condiciones. Los ganaderos no tardarán en protestar por el desembolso que debían realizar, y eso a pesar de que los salesianos los libraban para siempre de los selk'nam deportados. Así lo reconoce un exempleado de los estancieros del que solo conocemos sus iniciales, G. H. C.: "Por cada indio, adulto o pequeño que se manda a la misión hay que pagar 20 chelines para que los mantengan allí. Tienen una estancia con ovejas y ganado y un gran aserradero, de cuyos negocios deben sacar rentabilidad. Nuestros ganaderos se quejan a gritos por tener que pagar 1

libra esterlina, además de los gastos de captura y transporte a la isla Dawson"[83]. Ante esta situación, muchos selk'nam, particularmente los hombres, serán asesinados sin contemplaciones, pues una bala resultaba mucho más barata.

Las autoridades y los misioneros que diseñaron y planificaron la misión de isla Dawson previeron desde el inicio el papel que deberían ocupar los residentes selk'nam y kawésqar. En un documento de 1887 redactado por monseñor Eyzaguirre, alto dignatario de la Iglesia chilena, puede leerse: "los indios civilizados se convertirán en peones baratos, que permitirán realizar una producción abundante a poca costa"

(Aliaga, 2000: 26). Los misioneros ofrecían a los indígenas amparo y ayuda, pero, eso sí, a cambio de su trabajo gratis. Según la doctora en Antropología Mariela Eva Rodríguez,

"la Congregación Salesiana, que había acompañado el sometimiento de los indígenas durante la etapa de avance militar en Río Negro, argumentó que podía protegerlos de estas matanzas indiscriminadas y solicitó la autorización a los gobiernos de ambos países para establecer misiones que pudieran albergarlos. Al igual que en el caso de la misión anglicana, protección presuponía que los indígenas debían someterse a la evangelización, cambiar sus costumbres y modos de vida y convertirse en trabajadores dóciles" (Rodríguez, 2016: 22). Y así fue, puesto que en la misión empezó a funcionar a partir de mayo de 1896 un aserradero en el que se empleaba a los indígenas como fuerza laboral, situación que acreditan las imágenes de la época y los documentos de los

religiosos: "por la tarde tocaba a la una y media la máquina del aserradero salesiano que era la llamada para todo el pueblo, entonces se veía el movimiento de la misión: los hombres se veían con sus hachas al hombro atravesar la plaza que tenía el camino delante de la cruz que estaba plantada en el centro de la misión. Las mujeres se dirigían con sus husos y atados de ropa para el taller de las hermanas y las niñas entraban a clase hasta las dos y media, después de un corto recreo comenzaba la labor: cosían, marcaban, deshilaban, tejían medias e hilaban hasta la merienda (…) aquí ya se ve como tenían también que trabajar las niñas"[84].

El aserradero estaba instalado en un gran barracón donde se encontraba la maquinaria, compuesta de cuatro bancos con sierras movidas por dos motores, capaces de producir cinco mil pies de madera al día. Una vía férrea de seiscientos metros de longitud

comunicaba el edificio con el bosque, de donde se extraía la materia prima, y con el muelle, en el que se embarcaba la madera lista para la exportación. Las tareas que más especialización requerían eran ejecutadas por empleados europeos y chilenos, mientras que los hombres selk'nam se utilizaban para los trabajos más pesados y rudos.

También era frecuente que muchachos muy jóvenes, casi niños, trabajasen en el aserradero, siempre vigilados de cerca por los religiosos.

Aunque para los misioneros el trabajo de los indígenas debía servir para que conocieran "las bondades de la civilización", enseguida aparecieron las primeras denuncias de trabajo esclavo. Roberto J. Payró, periodista argentino del diario *La Nación*, viajó por la Patagonia a finales del siglo XIX y poco después publicó un libro titulado *La Australia argentina*, en el que criticaba los nefastos efectos de la colonización sobre los pueblos originarios. En él relató cómo los sacerdotes salesianos obligaban a trabajar en el aserradero de isla Dawson a los indígenas selk'nam, sobre todo niños, que habían sido llevados allí contra su voluntad. También recogió la protesta de los empresarios madereros de Punta Arenas, que se quejaban amargamente de que "el precio al que los salesianos venden su madera es el de cuatro centavos papel el pie, y a los demás propietarios de aserraderos les será imposible competir, mientras no hallen el medio de hacer trabajar gratuitamente a sus hombres" (Payró, 1898: 113). Los salesianos se defendían asegurando que la producción maderera y la estancia lanera tenían exclusivamente fines de autoabastecimiento para cubrir las necesidades de la misión.

Sin embargo, pusieron en pie un negocio muy rentable con el que obtenían pingües beneficios al vender cargamentos de madera a la colonia británica de islas Malvinas, donde no existían árboles.

En total, al establecimiento misionero de isla Dawson fueron conducidos al menos un millar de hombres, mujeres y niños pertenecientes a los pueblos originarios de la Patagonia. Según el diario de los salesianos, el primer bautizo de indígenas fue llevado

a cabo el 4 de marzo de 1889 por el padre Antonio Ferrero sobre un niño kawésqar de dos años de edad llamado Miguel. El último fue asentado el 23 de diciembre de 1910

por el sacerdote Luis Carnino y correspondía a una niña selk'nam recién nacida a la que pusieron de nombre María Victoria Gama.

Como hemos visto, se puso especial atención en la educación de los más pequeños, puesto que, de acuerdo con el perverso razonamiento de los misioneros, una vez

“civilizados” los niños se avergonzarían del “salvajismo” de sus padres y los ayudarían a convertirse. Sin embargo, en esas dos décadas de lapso temporal, la mayoría de los asilados de la misión murieron prematuramente. En efecto, fueron las epidemias las que ocasionaron una altísima mortandad que llegó a afectar a la práctica totalidad de los internos. Los kawésqar y los selk’nam morían a causa de la tuberculosis, la tisis y el sarampión, enfermedades que eran para ellos desconocidas y que estaban provocadas por una combinación de causas: la imposición de la vestimenta, el hacinamiento, los cambios en la alimentación, la ausencia de cuidados médicos y el obligado sedentarismo.

Los cronistas de la época inmediatamente advirtieron que, efectivamente, la principal causa de muerte eran las enfermedades introducidas involuntariamente por los mismos religiosos, que se propagaban devastadoramente al vestir a los internos con ropas viejas y harapos sucios. Por eso sorprende que los salesianos se empeñaran tozudamente en cubrir la desnudez de los indígenas, obligándolos a portar prendas que, desde hacía trescientos cincuenta años, ya habían demostrado su capacidad para aniquilar poblaciones indígenas completas. El viajero británico William S. Barclay, que recorrió la Tierra del Fuego en el verano de 1901, sentenció: “La convicción, común a todas las sectas proselitistas, de que la regeneración de un indio solo puede comenzar cuando se viste con la misma ropa de sus bienhechores, está tan firmemente asentada que generalmente solo desaparece al mismo tiempo que muere el indio” (Barclay, 1926: 146).

Los testimonios de las personalidades que visitaron la misión en aquellos años coinciden en señalar que Fagnano y los demás dirigentes de la orden salesiana deberían haber previsto las consecuencias de obligar a un pueblo entero a habitar un lugar cerrado, cambiándoles además sus hábitos, transformándolos a la fuerza de nómadas en sedentarios. Este cúmulo de nefastas disposiciones llevó a la fosa común a más de mil personas, especialmente niños.

El juez de Punta Arenas Carlos Cerveró señalaba el fiasco de los misioneros salesianos, aunque al mismo tiempo se felicitaba porque, gracias a su actuación, apenas quedaban indígenas: “Sabido es que la misión que la Congregación Salesiana mantiene



en la isla Dawson ha fracasado lamentablemente. Los indios al civilizarse, o sea al adquirir la condición de seres humanos, no pueden subsistir: la tisis y otras enfermedades los diezman, la nostalgia de la vida puramente animal los desespera y los mata. En realidad, la única ventaja que ha traído la misión que esos frailes establecieron hace ya más de quince años, guiados por un espíritu de tan levantado cuan equivocado altruismo, es la de haber contribuido poderosamente a la casi completa extinción de las salvajes indiadas magallánicas, indiadas que según la opinión de un sociólogo eminente, están formadas por los seres más ruines y miserables de la especie humana”85.

La mayoría de las fotografías tomadas en la misión de Dawson tenían un carácter propagandístico y su finalidad era documentar el éxito en el grado de “civilización” de los indígenas y los grandes avances conseguidos por los salesianos en la educación de los internos. Así, podemos ver las imágenes de la banda de música de “indiecitos” que se formó al comienzo de la misión, que pretendía mostrar a los pequeños indígenas como dóciles y obedientes, y de la que al poco tiempo, tras la muerte de los niños y niñas, solo quedaron silenciosos y abandonados los instrumentos musicales. O las de los dos selk’nam retratados con ropas occidentales en el estudio del fotógrafo Cándido Veiga y que el religioso José María Beauvoir incluyó en uno de sus libros con el texto:

“dos jóvenes fueguinos onas de la misión salesiana ya civilizados. Actualmente ganan buenos sueldos como empleados de las haciendas ganaderas de Tierra del Fuego”

(Beauvoir, 1915: 68).

Visita del presidente Errázuriz a la misión de isla Dawson, 1899. Fotografía: Francisco Bocco de Petris.

Archivo General Histórico del Ministerio de RR. EE. de Chile.

Quizá la fotografía más representativa, atribuida a Bocco de Petris, es la que muestra a un numeroso grupo de selk'nam colocados en la explanada para recibir al presidente

de Chile, Federico Errázuriz. Están perfectamente organizados y separados por sexos, en primer plano los hombres y más atrás las mujeres y las niñas. Se encuentran flanqueados por los misioneros, monjas, empleados de la misión y la comitiva de visitantes, uno de los cuales, a la derecha de la imagen, sostiene un arco ya inútil, trofeo que evoca la anterior vida en libertad de estos hombres y mujeres. Esta imagen se hizo muy famosa y apareció reproducida en multitud de libros y postales, algunas veces confundiendo a los selk'nam de la imagen con mapuche86.

Muchas de las imágenes difundidas por los salesianos a través de su órgano de promoción, *Il Bollettino Salesiano*, retrataban los quehaceres diarios de los internos. De esta manera, podemos contemplar el taller de costura, donde mujeres y niñas custodiadas por las monjas posan frente a la cámara rodeadas de ruecas, hilos, lanas, agujas y tejidos. También tenemos instantáneas de los trabajos en el aserradero, tanto en la tala exterior de árboles como ocupados en el manejo de la maquinaria instalada en el gran barracón. Los religiosos se cuidarán mucho de no mostrar vistas del cementerio o de las fosas comunes y solo en casos aislados alguno de los visitantes pudo fotografiar a la multitud de enfermos que agonizaban en la misión. En el Museo Salesiano Maggiorino Borgatello de Punta Arenas se guardan los álbumes de las misiones, con fotografías recopiladas durante décadas por el padre Vicente Lucchelli y que conforman todo el particular imaginario de los religiosos acerca de los pueblos indígenas de la región.

La visión idílica del establecimiento misionero que transmiten estas imágenes fue complementada más tarde con múltiples libros y publicaciones cuya finalidad no era otra que apuntalar la memoria oficial y en los que se describía una obra "plena de sentido" en la que los religiosos se dedicaban a "hacer el bien". Para el historiador

regional Mateo Martinic, “los salesianos pusieron en esa obra admirable todo cuanto buenamente pudieron hacer, con una entrega abnegada y total, con fervor espiritual motivador y con una determinación increíble en procura de la salvación y el bienestar de los pueblos aborígenes” (Martinic, 2011: 103), mientras que Fernando Aliaga define la misión de San Rafael como “una gesta de evangelización cargada de heroísmo y sacrificio” (Aliaga, 2000: 8). El mismo Borgatello, en cuyo honor se nombra el actual museo salesiano de Punta Arenas, describía bucólicamente el conjunto de la misión de Dawson: “Se ha construido un hermoso muelle de 30 metros, muy resistente, de modo que para desembarcar ya no hay que mojarse. En la costa, una larga avenida recta conduce a la pequeña iglesia, bella y elegante, en la que caben centenares de personas.

Una gran cruz, fijada en la amplia plaza de la iglesia, parece que quisiera abrazar a toda la colonia… Todos estos edificios están rodeados por edificios para escuelas, talleres y dormitorios para niños y niñas, y para las viudas. Hay una escuela de música, un hospital, una panadería, un matadero, y a poca distancia del muelle se han situado

varios grupos de casas simétricas, que forman calles rectas, ya habitadas por las familias de los indios. Lejos de las habitaciones y separado por el río está el cementerio”

(Cantatore, 2006: 150). A pesar de estas descripciones, el conjunto de los edificios de la misión evoca inevitablemente un campo de detenidos, con los barracones alineados y donde la alambrada ha sido sustituida por el mar, infranqueable para los selk’nam.

Aunque evidentemente en las misiones nunca existió un plan deliberado para eliminar a los indígenas, la imprevisión e irresponsabilidad de los curas provocará que el número de muertes alcance prácticamente el cien por ciento de los internos.

Además de ser desmentido el carácter benefactor de las misiones por la realidad de los hechos, también apuntan en ese sentido muchos de los testimonios coetáneos. La supuesta imagen de dicha y felicidad se transmuta en un verdadero infierno a causa de las terribles condiciones de vida que debieron soportar los internos de la misión y que fueron descritas por quienes visitaron el lugar. El chileno Domingo Canales estuvo en Dawson en junio de 1896, dejándonos un relato estremecedor sobre la misión: Horror y pesar experimenté al ver el abandono, el desaseo repugnante, la hiriente desnudez y miseria en que yacen ciento y tantas mujeres adultas y veinte y más hombres. Los

indígenas vigorosos que importan a allá de la Tierra del Fuego, se enferman porque se les recibe en sitios inmundos y nadie desde el principio de su llegada se preocupa de compensar de algún modo la rica alimentación de que disfrutaban esos hombres, ni de combatir con presteza los contagios de diferentes enfermedades que los invaden desde el primer momento de su contacto con las razas civilizadas y por el cambio de vida a que se les somete violentamente. Una vez enfermos en Dawson no reciben atención alguna ni se los aísla siquiera, ni aun en este caso se les da cama y por horrorosa que sea la enfermedad que los ataque, esta sigue su proceso al lado de los sanos o medio sanos agrupados en sitios miserables que son contagiados a su vez, o mueren al lado de sus compañeros como los seres más infelices que hayan habitado la tierra. ¡En cerca de ocho años los señores misioneros no han podido aún establecer una enfermería a que, de paso sea dicho, están obligados por su contrato con el gobierno de Chile! El único régimen o sistema interno de la misión se reduce a cuidar de una manera altamente deficiente de los niños de cinco años en adelante de ambos sexos y de los mocetones cuyas fuerzas pueden aprovechar fácilmente en la explotación de los negocios establecidos en la isla y a no tener ningún cuidado para las infelices mujeres y hombres adultos que los misioneros, con la notable sagacidad de la que se hayan dotados, se imaginan no poder aprovechar con facilidad.

Es así como han muerto abandonados centenares de esos desgraciados que han caído en las manos de la misión87.

Mariano Guerrero Bascuñán, delegado del gobierno en Magallanes, inspeccionó el 8

de mayo de 1897 la misión salesiana de San Rafael en isla Dawson. Lo primero que llamó la atención de la máxima autoridad del territorio fue el hecho de que ningún misionero hablara las lenguas indígenas: “Hasta la fecha son muy raros los indios que hablan algo el castellano porque no tienen contacto alguno con personas que hablen este idioma, ni los sacerdotes italianos de la misión tienen la preparación especial que se necesita para enseñarlo (…) ninguno de los misioneros ni empleados de la misión conoce hasta hoy, siquiera medianamente, la lengua de los alacalufes ni la de los onas, de manera que su acción sobre los niños tiene que ser muy lenta”. Y eso a pesar de que medio siglo antes de que los salesianos se instalaran en isla Dawson había sido promulgado en Chile un decreto del gobierno que establecía la obligatoriedad de que los misioneros conocieran el idioma de los indígenas que pretendían evangelizar:

“todos los religiosos a quienes en lo sucesivo se les encomiende el

servicio de alguna misión de infieles deberán precisamente comprometerse, antes de tomar posesión de su cargo, a aprender dentro de un plazo determinado, que no deberá exceder de cuatro años, el idioma de los indios”88.

Guerrero Bascuñán se quejaba de que los misioneros solo estuvieran interesados en el adoctrinamiento de los indígenas y no hubieran previsto, al menos, la presencia de un médico entre el personal de la misión: “Fui penosamente sorprendido por la enorme mortalidad de los párvulos y de los frecuentes estragos que hace la tuberculosis pulmonar. En una población tan reducida, es raro el mes en el que no mueren cuatro o cinco. Tuve también la ocasión de ver algunos adultos, entre ellos al indio Mario, muchacho vigoroso de veinte años de edad y que yo había conocido meses antes en Punta Arenas, completamente aniquilados por una tisis violenta” (Guerrero, 1897: 169).

A pesar de los cuantiosos beneficios económicos obtenidos y de la obligación que les imponían las leyes, los religiosos jamás contrataron un médico para la misión que pudiera atender a los indígenas confinados allí, lo que provocó la muerte de todos los internos en un plazo muy breve de tiempo.

En efecto, la mayoría de los visitantes de la época quedaron horrorizados por las condiciones de vida de los indígenas en Dawson. El científico polaco Henryk Arctowski, que formaba parte de la expedición polar belga, visitó la misión en diciembre de 1897:

Los fueguinos, cazados en Tierra del Fuego, su patria, por los colonos que acaban de establecerse para dedicarse a la ganadería ovina, encuentran un último refugio entre los misioneros. Los religiosos, que son esencialmente prácticos, saben sacar buen provecho de ellos. Allí, en isla Dawson, predican poco o más bien nada porque saben bien que sería inútil y tiempo perdido. De este modo, hacen trabajar a los fueguinos en beneficio



de la congregación, cuidando de sus necesidades materiales. La misión de isla Dawson me ha producido una penosa impresión. Es una penitenciaria lo que hemos visto, una cárcel de inocentes, pobres diablos que no comprenden nada sobre su destino, que no saben por qué se los detiene, ni por qué se los fuerza a trabajar. Todos sufren: los hombres se quejan sin cesar, las mujeres lloran. Estos hombres primitivos mueren a consecuencia de las miserias de nuestra civilización. Allí, en los confines de América, en esta comarca apenas habitada, bien lejos de las ciudades y los centros industriales, allí es donde mejor se ve cuán pequeña es la tierra para la gran familia humana. Ya no hay más lugar sobre la tierra para los fueguinos y dentro de poco serán completamente exterminados, del mismo modo que lo han sido tantos otros pueblos indígenas. La isla Dawson es una hermosa propiedad que los salesianos podrán revender, en excelentes condiciones, cuando ellos quieran. Visitamos todo el establecimiento. Primero se nos conduce al refectorio donde conocemos a los hermanos salesianos. Todos son italianos salvo el hermano cocinero que es un polaco procedente de la Silesia prusiana. Pasé mucho rato con él con la intención de aprender algo sobre las costumbres de los salvajes pero fue inútil. Estas personas, procedentes de las clases bajas de la sociedad y que ingresaron tempranamente en la congregación, se creen santos; cegados por la fe, no ven y no entienden nada, no reflexionan y sería imposible interesarlos en cualquier tema. Después de haber tomado algunas fotografías de los salvajes que nos encontramos en el bosque y en el aserradero, fuimos a ver a las mujeres. Son custodiadas por las hermanas. Vestidas con harapos, estaban sentadas y tumbadas en gran desorden a lo largo de un gran corredor que conducía al taller donde cosen. Los gritos y lloros de los niños se mezclaban con el lenguaje incomprensible de sus madres; era

un estruendo sordo, horrible. El mal olor, el polvo, una atmósfera asfixiante y malsana y luego la vista de todas estas figuras asustadas y de esta infeliz miseria…

(Arctowski, 1901: 55).

Mujeres, hombres y niños selk’nam flanqueados por curas y monjas, misión de Dawson.

Instituto de la Patagonia.

El botánico Carl Skottsberg, que llevó a cabo un largo viaje por la Patagonia y Tierra del Fuego formando parte de la Expedición Magallánica Sueca, estuvo allí de visita en febrero de 1908:

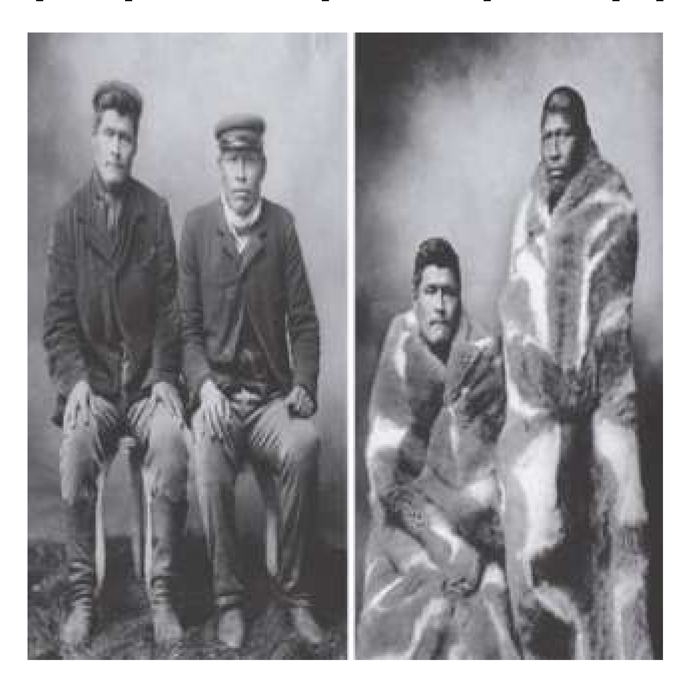
Los misioneros estaban convencidos de que la hasta entonces vacía vida de los nativos podría encontrar un objetivo y un sentido verdadero. De todas maneras poco se tiene en cuenta lo que realmente los indios quieren para sí (…) el número está disminuyendo gradualmente. Es la historia de siempre; los nativos son sometidos o conquistados, obligados a vestirse, a vivir en casa y a trabajar, en algunos casos puede que su vida se vuelva más fácil, pero con este tipo de civilización impuesta, absurda y más que triste, devienen las enfermedades y la miseria, desconocidas por ellos absolutamente. Lo que los desnudos indios pueden soportar es ya demasiado como para aceptar además las ropas europeas; viven penando y mueren en “la fe verdadera”.

Pero tal vez surja en el fondo de sus agonizantes almas una pregunta jamás expresada en voz alta: ¿Qué hemos hecho para que debamos ser sacados de nuestros territorios y exterminados de la faz de la tierra? (Skottsberg, 1911: 35).

También Esteban Lucas Bridges, que visitó el establecimiento de Dawson hacia 1895, destacaba el carácter de centro de reclusión de las misiones salesianas: “Los invasores pagaban cinco libras por cada indio que se atrapara y se llevara a una misión. Algunos pensarán que ello fue meritorio, porque se desembarazaba al país de una plaga peligrosa y se ayudaba al mismo tiempo a la misión a reformar a los salvajes y transformarlos en útiles ciudadanos; pero otros lo consideraban como un medio de reducir a los aborígenes libres, los verdaderos dueños de la tierra, a una servidumbre forzada” (Bridges,

1952: 270). Este testimonio resulta cuando menos contradictorio, ya que Lucas era hijo del pastor Thomas Bridges, quien regentó durante dos décadas la misión protestante de Ushuaia. Es cierto que, mientras en Dawson los selk'nam y kawésqar eran recluidos forzosamente, en Ushuaia los religiosos atraían a los yaganes con regalos y comida. Sin embargo, también los yaganes sufrieron allí terriblemente, viendo su población mermada por violentas epidemias, al igual que sucederá con los asilados de las misiones salesianas una década más tarde. Tal fue la mortandad en Ushuaia que, tras fallecer la mayoría de los internos, el religioso dejó su puesto de administrador de la misión para convertirse en estanciero. Fue entonces cuando los Bridges comenzarán a emplear a los indígenas como trabajadores en su hacienda de Harberton, una práctica que denunció el gobernador de Tierra del Fuego Pedro Godoy:

"amansadores de indios, que vienen a pedirle al gobierno grandes concesiones de tierras con el objeto de atraerlos a la vida civilizada y que lo que hacen es explotarlos en provecho propio"89.



Dos selk'nam posan con ropas occidentales y vestimentas tradicionales.

Fotografía: Cándido Veiga, archivo Museo Fin del Mundo.

A pesar de los terribles efectos que la reclusión en Dawson causaba sobre la salud de los selk'nam, el gobierno de Chile, presionado por los grandes terratenientes, estaba dispuesto a poner los medios que fuesen necesarios para completar la deportación de todos los indígenas de la isla Grande. En junio de 1898, el ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, Juan José Latorre, estableció que "atendiendo el reducido número de los mencionados indígenas, ha resuelto este ministerio trasladarlos a la isla Dawson o a las pampas de la Patagonia. Estima el departamento que la manera más conveniente y eficaz de llevar a cabo esta necesaria medida a fin de tranquilizar los ánimos de los pobladores (...) sería la de comisionar a uno de los buques de guerra de estación en Punta Arenas para que de acuerdo con los hacendados de dicha isla, quienes le suministrarán los recursos necesarios y algunos indios intérpretes, proceda a extraer los expresados indios de la isla y ponerlos a disposición del gobernador (...) que designará el lugar adonde debe conducírseles"90. Latorre conocía muy bien la situación de los selk'nam de Tierra del Fuego, pues había sido durante años comandante de la corbeta *Magallanes*, barco que sirvió de apoyo en 1879 a la expedición de Ramón Serrano Montaner.

En los años cincuenta del siglo XX, el arqueólogo francés Joseph Emperaire, una de las personas que mejor conocía el territorio y que había realizado excavaciones en los principales sitios arqueológicos de la región, escribió: "Los resultados de la misión salesiana de Dawson fueron desastrosos. Onas y alacalufes eran empleados como trabajadores en una misión bastante parecida a una empresa industrial. Se trataba de incorporar a la nación chilena a un grupo indígena y, paradojalmente, para alcanzar tal fin, se los entregó a misioneros italianos, recientemente llegados de Europa con otros miembros y empleados a la misión, que hablaban mal el español y que utilizaban siempre la lengua italiana entre ellos (…) Ninguno de los misioneros de Dawson

aprendió jamás ni el ona ni el alacalufe. La enfermería estaba desprovista de medicamentos de urgencia. Control y cuidados médicos eran inexistentes. En septiembre de 1911 expiraba el contrato acordado a misión de Dawson. El cementerio, agrandado varias veces, contaba con ochocientas tumbas" (Emperaire, 2002: 108).

Los propios escritos de los misioneros confirman la magnitud de la tragedia. Así lo acredita, por ejemplo, el testimonio de una hermana de la congregación de las Hijas de María Auxiliadora: "todos los días el padre Bernabé llevaba la comunión a la enfermería y se las veía a las niñas y mujeres comulgar por la mañana sentaditas en sus camas y

al otro día ya no existían". El historiador Alberto de Agostini, tras ponderar los progresos "civilizatorios" de los salesianos, nos da un panorama del holocausto padecido por los selk'nam: "Poco a poco aquellos misérrimos nativos tan despreciados por los civilizados, suavizaron, bajo el benéfico influjo de la religión, sus indómitas pasiones; vencieron su natural indolencia y dejadez, adquiriendo hábitos de trabajo, y aprendieron con gran apego las verdades religiosas hasta convertirse en fervorosos cristianos, modelos de bondad y de virtud. Quien ha visto u oído hablar de sus muertes verdaderamente edificantes, no podrá menos que bendecir los designios de la Providencia que, sirviéndose de los hijos de Don Bosco, ha hecho brillar los esplendores de la fe en esta desgraciada raza en agonía" (De Agostini, 2005: 315).

Aterra leer el testimonio del padre Guillermo del Turco: "En febrero del año 1901 me confiaron la educación e instrucción de varios niños Onas. Eran de carácter tan vivo que sentía placer de hallarme entre ellos. Desgraciadamente, poco tiempo después empezaron a enfermar del flagelo que diezma a la raza, la pulmonía, y tuve que suspender la instrucción civil para limitarme a darles la religiosa. Tanto aprovecharon que debo confesar se hicieron maestros en el arte de morir cristianamente. Deseaban confesarse con frecuencia, y la mayor parte de ellos conservó lucidez de mente hasta el último momento (...) Fui testigo de muertes edificantes y santas. De los diecinueve solo quedan hoy cinco con vida" (Migone, 1935: 138).

En la misma línea, el sacerdote Maggiorino Borgatello escribió un libro titulado *Florecillas silvestres* donde nos narra, con prosa extasiada, algunas de estas muertes, deleitándose especialmente en los fallecimientos de niños: "cerró los párpados y se durmió plácidamente en el señor. ¡Cuán bella y envidiable fue su muerte!". El cura continúa: "No pocas fueron las muertes semejantes a esta que yo presencié entre estos salvajes convertidos. Causaba envidia verlos partir de este mundo para la eternidad tan bien dispuestos, llenos de fe y alegría como si fueran a un festín. ¡Bien recompensadas son las fatigas de los misioneros con la salvación de almas tan bellas y queridas a Dios!

¡Bien empleadas son las limosnas de los bienhechores que con su dinero concurren a una obra tan grande y tan santa!" (Borgatello, 1928: 38). Como vemos, el religioso no


4

pierde ocasión de reivindicar la labor de los misioneros y, de paso, pedir dinero para la congregación. A diferencia de sus pupilos selk’nam y al igual que la mayoría de los misioneros salesianos, Borgatello tuvo una larga vida. Murió en 1929 a los setenta y dos años en Turín, Italia, donde pasó los últimos años de su vida dando tranquilos paseos, disfrutando de su merecida jubilación.

Relación de fallecidos en la misión de Dawson, con información de la edad.

Archivo Central Salesiano.

Existe un impactante documento que concentra todo el horror de esta fatídica historia. Se trata de un manuscrito gastado por el tiempo, que tiene casi borrado el ángulo superior derecho, una hoja identificada con el número 4. Este papel era todo el sistema que tenían los misioneros para anotar las defunciones, lo que hacían trazando una rayita en el tramo correspondiente a la edad de la persona fallecida. Sobrecoge comprobar que, de los casi mil difuntos de la misión, más de una tercera parte eran niños y niñas menores de diez años. Las muertes de los internos se sucedían una tras otra, sin solución de continuidad. Uno de los religiosos se encargaba de contabilizar los muertos de la misma manera que inscribía los bautizos o los matrimonios, como si fuera una estadística más, impotente ante la tragedia de la muerte.

Los testimonios de los propios religiosos impresionan por su crudeza: “Temo que a fin de año nos quedemos sin niñas. El físico de ellas no resiste la civilización”, se lamentaba sor Teresa Bragutti. “¡Qué dolor! Han muerto quince personas. No se sabe adivinar bien las causas de tantas muertes (…) y es solo un alivio el ver la muerte tan santa que tienen. Mueren todos en gracia de Dios y bien dispuestos al Paraíso”, se lee en las crónicas de las Hijas de María Auxiliadora. “Dios nos los ha dado y Dios nos los ha quitado. Estos pobres indios mueren aún en los bosques pero entre nosotros como santitos”, se consolaba monseñor Fagnano. Hoy sabemos que los responsables de las misiones nada hicieron para detener este inútil sacrificio.

El 23 de septiembre de 1911 fue el último día de la misión salesiana de San Rafael de isla Dawson. Ese día fueron enviados a la misión de Nuestra Señora de la Candelaria en Tierra del Fuego argentina los últimos selk’nam supervivientes: “21 personas, 4 hombres, 12 mujeres, 2 niños y 3 niñas. Los mismos llegan enfermos de tuberculosis y terminan por cerrar el circuito mortal, en las misiones” (Penazzo, 1995: 107). La frontera no existía ni para los grandes terratenientes ni para los religiosos y, a capricho de estos últimos, los selk’nam eran tan pronto habitantes de Chile como de Argentina. El vapor *Amadeo* fue nuevamente el barco empleado para el traslado. Trágicamente, al poco de llegar, una violenta epidemia diezmará a los internos de La Candelaria, incluyendo a los recién llegados desde Dawson.

No obstante, unos años antes, en 1904, y previendo el despoblamiento de la misión, los salesianos habían tratado ya de vender las tierras de isla Dawson, incluyendo el aserradero y la estancia donde pastaban siete mil ovejas. En efecto, el 24 de octubre de ese año, Fagnano firmaba una escritura pública en la que vendía a un grupo de inversores de Santiago los derechos que poseía la congregación sobre la isla. A cambio los religiosos recibirían 6.000 hectáreas en propiedad y 32.000 pesos en efectivo; al mismo tiempo, se les daba la posibilidad de vender sus animales, maderas, edificios y otros bienes a precio tasado. La operación fue aprobada por el ministro Emilio Bello Codesido mediante decreto n.º 509 de 27 de octubre de 1904. Sin embargo, desavenencias entre los compradores, que terminaron en los tribunales, impidieron que se consumara la venta y que los religiosos cerraran el suculento negocio económico.

De este modo, sin haber conseguido vender la misión, en 1911, al cumplirse veinte años de la concesión de tierras hecha por el gobierno

chileno, los misioneros no tuvieron más remedio que abandonar la isla Dawson. Ahora bien, aún tuvieron tiempo de liquidar por 86.347 pesos las mejoras existentes en las construcciones realizadas que, legalmente, debían pasar a beneficio del fisco. Finalmente, los terrenos de los salesianos fueron ocupados por la Sociedad Ganadera Gente Grande, entre cuyos socios se contaban los principales terratenientes alemanes e ingleses de la Tierra del Fuego: Rudolf Stubenrauch, Moritz Braun, Lucas Bridges y Ernst W. Hobbs.

El sacerdote Luis Carnino se lamentaba de la mala suerte que habían tenido los misioneros: "La reducción de San Rafael iba en auge pero en este valle de lágrimas no

hay rosas sin espinas, pues los pobres indios tan queridos morían, morían…alcanzaron una temporada hasta quinientos cincuenta, mas cada año bajaban más de ciento a la tumba. Hasta que en 1911 tras una campaña infame de la prensa puntarenense se optó por abandonar la isla Dawson, llevando los restantes indígenas a la misión Candelaria en Tierra del Fuego"[91]. La realidad fue que en la misión salesiana de Dawson las expectativas de vida de los indígenas se reducían drásticamente y más de un millar de kawésqar y selk'nam murieron prematuramente. El poeta Juan Pablo Riveros, en su poema "Dawson I", sentencia:

A un ritmo catastrófico, la muerte

resolvió definitivamente el problema

de la adaptación indígena.

Y en 1911, septiembre,

expiró el contrato de la Misión en Dawson

con un cementerio de ochocientas tumbas.

Dawson quedó a la espera.

El escritor Jorge Baradit apunta: "En un eco perverso de la historia, esto ocurrió en la misma isla que sesenta y cinco años más tarde Augusto Pinochet elegiría para instalar su propio campo de concentración" (Baradit, 2016: 158). Y es que la tenebrosa isla Dawson todavía volvería a poblarse con inquilinos forzosos, ya que en 1973 los militares chilenos instalaron allí uno de los centros de

detención de la dictadura. El criminal de guerra nazi Walter Rauff fue el encargado de diseñar el campo de concentración en Río Chico, el primero construido en Chile específicamente para ese fin, rodeado de una alambrada y con guardias fuertemente armados en las garitas de vigilancia. Por sus barracones pasaron cientos de prisioneros condenados a trabajos forzados y torturados diariamente, que vivían en condiciones inhumanas. Así, sin saberlo, los selk'nam y kawésqar de la misión salesiana se hermanaban en el dolor y el sufrimiento con los detenidos políticos de la siniestra dictadura de Pinochet. Hoy Dawson es propiedad de la Armada de Chile y el acceso a los visitantes está prohibido.

Aunque el campo de prisioneros fue declarado monumento histórico en 2010, ninguna placa en la isla recuerda el trágico destino que allí sufrieron los habitantes originarios.

El establecimiento de Río Grande: de refugio a fosa común

Después de los logros económicos del modelo misional implantado en Chile en la isla Dawson, Giuseppe Fagnano proyectó exportar la misma fórmula a territorio argentino92.

Tras un viaje de inspección por la parte norte de la isla Grande de Tierra del Fuego, en pleno territorio selk'nam, encontró la ubicación para el nuevo establecimiento religioso, que se fundará oficialmente el 10 de junio de 1893 con el nombre de "Nuestra Señora de la Candelaria". En Buenos Aires los altos dignatarios de la congregación se moverán hábilmente para conseguir el apoyo de las máximas autoridades a la recién inaugurada misión. El obispo Giovanni Cagliero intercederá ante el presidente Luis Sáenz Peña, que dará instrucciones al gobernador Godoy para que "preste toda la eficaz cooperación a los establecimientos que dirigen los salesianos sirviéndoles en cuanto les sea posible a fin de que puedan desenvolver sus principios moralizadores y educacionistas y pidiéndole haga igual recomendación a sus subalternos"93.

La primera estación provisional de los misioneros se ubicó en la bahía San Sebastián, en la desembocadura del arroyo Gama. Los trabajos fueron dirigidos por los sacerdotes José María Beauvoir y Juan Bernabé y en ellos se emplearon una decena de obreros.

Para la puesta en marcha y el traslado de los materiales, Fagnano contrató los servicios del vapor *Amadeo* de José Menéndez. Para esa

época el religioso todavía mantenía buenas relaciones con el potentado español, hasta el punto de que un año después será él quien oficie el casamiento de Josefina, la hija mayor de Menéndez, con Moritz Braun.

El 12 de diciembre de 1896 un devastador incendio destruyó los edificios, a causa del cual se cambió el emplazamiento de la misión más al sur, a la zona de cabo Domingo. El que llegaría a ser director del establecimiento, el salesiano Maggiorino Borgatello, se felicitaba de la nueva ubicación, más apartada de la estancia de José Menéndez: "la antigua misión se encontraba muy cercana a la hacienda del Sr. Menéndez, donde muy a menudo nuestros indios eran molestados por el personal de la misma y donde ocurrieron escándalos y contiendas no poco importantes; la nueva se encuentra más alejada y este peligro ha cesado prácticamente, de lo cual damos gracias a Dios"94.

Los diarios de los salesianos, que se conservan precisamente a partir de esa fecha, constituyen una irrefutable prueba de los asesinatos que llevaron a cabo los empleados de las haciendas por orden de Menéndez. Así sabemos que disparaban a los selk'nam que hallaban merodeando cerca de las ovejas, e incluso que en diversas ocasiones se llevaron a cabo acciones de castigo en las que participaban varios hombres armados.

Las mujeres y niños capturados de este modo eran confinados en la misión de La Candelaria. Tan solo en los primeros meses de 1897 fueron entregados a los salesianos unos cuarenta indígenas que habían sido apresados en los alrededores de las estancias del "rey de la Patagonia"95.

Como hemos visto, los religiosos aceptaban a los indígenas en sus instalaciones siempre y cuando los estancieros contribuyeran con una libra esterlina por cada hombre, mujer o niño conducido allí, de acuerdo con el pacto suscrito entre monseñor Fagnano y los principales hacendados de Tierra del Fuego. Una vez en la misión, los sacerdotes se aprestaban a "civilizar" a los internos, borrando cualquier resquicio de su anterior "vida salvaje". Una de las primeras cosas que hacían era cambiarles el nombre y el apellido, sustituyendo el nombre indígena por otro "cristiano". De esta forma tan simple y a la vez tan brutal, se destruía deliberada y sistemáticamente su identidad cultural y se cortaba cualquier vínculo con los antepasados.

Casi inmediatamente los indígenas eran educados en la religión católica, se les inculcaba la idea de Dios e incluso se les mostraban las sagradas escrituras traducidas rudimentariamente a su lengua. Por

supuesto, no se respetaron sus propias creencias, de las que, por otro lado, los salesianos nunca pudieron saber nada por la sencilla razón de que los selk’nam jamás se las revelaron. Algunos de los religiosos que más tiempo convivieron con ellos y que se jactaban de conocer todas las costumbres y características de los selk’nam, como José María Beauvoir, nunca pudieron acceder a sus rituales y ceremonias: “en el trato continuo y en el estudio que sin interrupción, hicimos, estando con ellos de día y de noche, pasando los meses y los años, siempre observándolos, nunca nos fue posible descubrir en ellos, sea en privado, sea en común, algún acto o dicho que pudiera interpretarse como exteriorización de sentimientos religiosos”

(Beauvoir, 1915: 217). Y es que, como apunta Marcelo Valko, “el último refugio de una cultura vencida es su retaguardia simbólica, representada por sus creencias. Ese fue el principal objetivo de los evangelizadores que emplearon todos los medios posibles, desde la suave persuasión al liso y llano terror valiéndose de fantasmas, no solo sobre lo que ocurriría en la vida de ultratumba, sino con el mismo destino del cuerpo” (Valko, 2015: 216).

Se trató de un auténtico epistemicidio o destrucción del conjunto de conocimientos culturales y saberes de un pueblo. Los religiosos les cambiaron su forma de vestir, su alimentación, los despojaron de su idioma y les impusieron nuevos hábitos y costumbres, acelerando el final del modo de vida tradicional de los selk’nam. Mirtha Salamanca, una de las referentes de la comunidad selk’nam hoy en día, mientras sostiene con orgullo una fotografía de las mujeres de su pueblo encerradas en la misión salesiana, evoca con rabia la forma en la que los religiosos separaron a las niñas de las ancianas y les impedían hablar en su idioma: “Era prohibido la lengua, prohibido. Lo primero que les sacaron fue la lengua”[96]. Horacio Vera, del pueblo haush, “recuerda que su padre le contaba que en la escuela salesiana solo les permitían hablar en castellano y que, si se olvidaban y se les escapaba alguna palabra, el cura les pegaba con un

rebenque pequeño” (Rodríguez, 2016: 10). El pueblo selk’nam acababa de perder absolutamente todo: sus costumbres, sus tierras, su identidad, su lengua.

Se ejerció una suerte de violencia simbólica[97] por la que, a través de su acción pedagógica, los misioneros impusieron por la fuerza a los selk’nam sus valores religiosos y su visión cultural, con una clara intención de dominación y cuyo fin último era la explotación económica de estas personas. Aunque muchos de los selk’nam aceptaron con resignación la nueva realidad, los diarios de los

salesianos hablan constantemente de actos de insurgencia y de los intentos de escapar de buena parte de los internos, lo que evidencia que la mayoría de ellos eran cabalmente conscientes de esta injusta situación. En palabras de Anne Chapman, “algunos europeos parecían creer que era obligación cristiana de los indígenas recibir el abrazo de la muerte de los blancos con una amable sonrisa” (Chapman, 2007: 38).

El estudio minucioso de los diarios de la misión nos lleva a la conclusión de que bautizar a los indígenas era en muchos casos la única prioridad que tenían los religiosos, sin que pareciera importarles el destino fatal de estos miles de hombres, mujeres y sobre todo niños y niñas. Frecuentemente la imposición de los sacramentos de la fe católica se hacía *in articulo mortis*, es decir, cuando la persona yacía moribunda.

Aunque a veces los internos se les morían antes. Así lo atestiguan las monjas al hablar de una niña que había enfermado gravemente desde su entrada en la misión: “estuvo en ese doloroso estado no menos de diecisiete días hasta que ofreció su alma a Dios. En ese tiempo se hicieron todas las pruebas para hacerla confesar: se la atendía a cada momento, para ver si venía en sí, a fin de poderla confesar; pero no lo pudimos obtener.

Es imposible describir lo que ha sufrido con esta enfermedad”98.

Uno de los ilustres visitantes de la misión fue el antropólogo alemán Robert Lehmann-Nitsche, que viajó a Tierra del Fuego como comisionado del Museo de La Plata. Además de aprovechar su estadía para tomar mediciones físicas de los internos y llevar a cabo otros estudios antropológicos, Lehmann-Nitsche realizó varias instantáneas de los selk’nam, a quienes obligaron a posar con ropas occidentales, perfectamente alineados y disciplinados, en un intento de representar la normalización de la labor evangélica. Sin embargo, el cuidadoso estudio de estas imágenes permite contemplar unos rostros que expresan desconsuelo, preocupación y temor. Para entonces la muerte ya era compañera inseparable de los selk’nam de la misión que, ante la alternativa de ser cazados como animales salvajes por los empleados de las estancias, se resignaban a morir de una forma lenta y silenciosa. Las enfermedades se cebaban especialmente en los más pequeños. Un estudio llevado a cabo en la fosa común del cementerio de La Candelaria concluyó que en la mayoría de los huesos infantiles no se aprecian lesiones patológicas atribuibles a procesos infecciosos por “la escasa respuesta



inmunológica de este grupo etario ante patologías de origen infeccioso, lo que podría implicar la evolución aguda de las enfermedades y por lo tanto un menor registro de las lesiones sobre los restos esqueletales” (Suby, 2010: 161). Es decir, los niños murieron tan súbitamente que apenas quedaron rastros de la enfermedad en sus restos.

El cementerio de la misión salesiana de Nuestra Señora de La Candelaria se encuentra en un completo estado de abandono, con multitud de lápidas destruidas, cruces en el suelo o cambiadas de sitio y la cerca que lo rodea muy deteriorada. La comunidad selk’nam protesta porque en las sucesivas campañas de excavaciones llevadas a cabo por los arqueólogos se extrajeron restos humanos que, a fecha de hoy, todavía no han sido devueltos a sus familiares99. Son precisamente las comunidades indígenas quienes deben decidir, sin presiones ni injerencias, el lugar donde deben descansar estos restos humanos.

Selk’nam en la misión de La Candelaria en 1902. Fotografía: Robert Lehmann-Nitsche, Instituto Iberoamericano, Berlín.

A los supervivientes no les quedó otra alternativa que trabajar para los religiosos y, tal como había sucedido en isla Dawson, la misión de Río Grande se convirtió en un emprendimiento económico, una gran estancia lanar: “hoy poseen [los salesianos]

varias leguas de tierra cedidas por el gobierno argentino, con miles de ovejas que esquilan los indios y que se faenan en el frigorífico anglo-chileno de Río Grande, del que dependen. La obra social en favor de los onas parece, en cambio, haber sido allí muy escasa” (Rojas, 2012: 73). Fagnano se había asegurado la propiedad de las tierras tras lograr, en 1909, que el gobierno argentino le concediera los títulos de

propiedad de las ocho leguas de terreno fiscal que ocupaba la misión. Para conseguir que su solicitud

fuese autorizada, el superior de los salesianos insistía en su escrito en que “no he establecido la misión con el objeto de lucrar dinero, sino para servir a los hombres por el amor a Dios”100. Ahora bien, en cuanto se convirtieron en dueños de las tierras, los salesianos se apresuraron a venderlas al mejor postor.

En la decisión de la venta influyeron también las acusaciones de acumulación de riqueza que empezaron a recibir los salesianos desde los más diversos sectores, incluida la prensa regional, y la bancarrota en la que se encontraban. Todo ello convenció a los superiores de Italia de la conveniencia de decretar la venta de las tierras de la misión.

Así, en enero de 1912, el consejo inspectorial de la congregación religiosa dio orden de vender con la mayor discreción los terrenos que ocupaba la misión fueguina. Sin embargo, la desmedida ambición económica de Giuseppe Fagnano iba a desencadenar un escándalo de dimensiones mayúsculas.

En efecto, ese mismo año Fagnano decidió vender las tierras y las más de veinte mil ovejas que poseía a los Braun, poderosos terratenientes de Magallanes que eran propietarios —en el lado argentino de Tierra del Fuego— de la estancia Sara, situada al norte de las tierras de la misión. El contrato de compraventa se firmó en Punta Arenas el 26 de abril de 1912 entre Fagnano y Mayer Braun, que actuaba en representación de su hermana Sara Braun. El salesiano se comprometía a vender a los Braun las 20.000

hectáreas que conformaban los terrenos de la misión salesiana de Río Grande por un precio de 65.000 libras esterlinas. Se pactaron varios adelantos, de tal modo que Fagnano recibió de manera anticipada en sucesivos pagos un total de 19.700 libras esterlinas.

Sin embargo, el religioso no se dio por satisfecho y dos años después cambió de opinión y vendió las tierras nada menos que a los Menéndez-Behety, sus vecinos por el lado sur. A la hora de firmar este nuevo acuerdo a Fagnano no pareció molestarle en exceso que uno de los capataces de José Menéndez, Alexander Mac Lennan, hubiera sido el más tristemente célebre asesino y matador de selk’nam. La razón de este cambio de criterio se debió simplemente a que Fagnano, una vez obtenidos del gobierno argentino los títulos de propiedad definitivos de los lotes de terrenos101, encontró quien le pagara más. Tanto los

Menéndez como los Montes estaban dispuestos a llegar hasta la cifra de cien mil libras esterlinas, una astronómica cantidad para la época y que suponía un treinta y cinco por ciento más de la cifra acordada con Braun. Este nuevo contrato fue firmado el 29 de enero de 1914 entre Francisco Campos Torreblanca, en representación de la Sociedad Anónima Ganadera y Comercial Menéndez-Behety, y el salesiano Luis Héctor Sallaberry, que actuaba en nombre de Fagnano. El precio total se estableció exactamente en 102.385 libras esterlinas, valorándose los bienes de siguiente forma: las 20.000 hectáreas de tierras con sus alambrados por 84.760 libras esterlinas,

20.000 animales lanares a 12 chelines cada uno, 15 caballos de silla a 7 libras esterlinas y 12 bueyes a 10 libras cada uno.

Ahora bien, como era de imaginar, los Braun no se resignaron a perder su operación de compra y promovieron un juicio contra Fagnano, al que le reclamaban una fabulosa indemnización de 137.927 libras esterlinas. El abogado de la parte demandante, Nibaldo Sanhueza, fue especialmente duro con Fagnano, a quien acusó de "faltar a su palabra y a su firma" y actuar de "mala fe", señalando que "como en estos tiempos el dinero vale más que la palabra y que el buen nombre aún para los religiosos, el contrato se hizo con quien pagó más"102. A causa de esta polémica, durante mucho tiempo, los salesianos fueron el blanco de los chismorreos y comidillas de la población local. Todos los diarios de la época se hicieron eco de estas noticias, apareciendo artículos y notas en *El Magallanes*, *La Humanidad*, *La Unión* y *La Patria*. Se organizó así un gran alboroto que, sin embargo, no aparece recogido en ninguna de las monografías escritas con posterioridad sobre la misión de Río Grande.

El peliagudo asunto concluyó por fin en 1918, después de cuatro años de pleitos judiciales, cuando ya había fallecido Giuseppe Fagnano. El juez condenó a los salesianos a pagar una fortísima suma a la familia Braun. No obstante, a pesar de haber ganado el litigio, Moritz Braun decidió en un calculado gesto de generosidad perdonar la multa impuesta por la justicia a los religiosos, que únicamente tuvieron que devolver el dinero que habían recibido como pago anticipado. Después de perder el juicio, el padre Ambrosio Turriccia recomendaba "la liquidación de una vez de la hacienda de Río Grande puesto que mientras exista será ocasión de charlas y habladurías"103.

Lo que nunca sospecharon los curas era que los Menéndez y los Braun, unidos por fuertes vínculos familiares y comerciales, habían llegado a un arreglo secreto a sus espaldas. Fuera cual fuera el dictamen judicial, ambas familias habían acordado previamente repartirse las

tierras de la misión de Río Grande. Los Braun se quedarían con los dos lotes al norte de Río Chico, que estaban a nombre de los sacerdotes Pablo Ronchi y Juan Villa, mientras que para los Menéndez-Behety serían los seis lotes al sur de ese curso fluvial, cuya titularidad ostentaban los religiosos Juan Zenone, Francisco Javier Vigne, Guillermo del Turco, Santiago Dalmasso, Juan Ferrando y José Riva[104].

Incluso pactaron dividirse el dinero de la indemnización por daños y perjuicios, algo que al final no hicieron porque esa cantidad les fue condonada de mutuo acuerdo a los salesianos.

El resultado de estas vergonzosas maniobras es que la mayor parte de los terrenos de “La Candelaria”, ubicados en uno de los ancestrales territorios selk’nam y que habían sido entregados por el Estado argentino a los salesianos a título gratuito,

sirvieron finalmente para acrecentar todavía más los inmensos dominios de los Menéndez-Behety y los Braun. Los dos grandes grupos ganaderos alcanzaron después de esta operación la asombrosa cifra de medio millón de hectáreas de tierras solo en Tierra del Fuego, que hoy siguen siendo propiedad de sus descendientes. Los salesianos salieron bien parados, puesto que, a pesar de perder el pleito, los terratenientes les perdonaron la fuerte indemnización impuesta por el juez y les permitieron además conservar un pequeño terreno donde se ubican todavía los edificios misionales.

En las décadas siguientes la historiografía regional borró completamente esta historia de trapicheos mercantiles, ambiciones económicas y procesos judiciales. Esto se explica fácilmente si tenemos en cuenta que los principales historiadores revistaban en las filas de los latifundistas, como Enrique Campos Menéndez y Armando Braun Menéndez, o en las de los salesianos, con Lorenzo Massa, Juan Belza y Raúl Entraigas como principales exponentes. Ni en los doce volúmenes de la *Historia de la Iglesia en la Argentina* de Cayetano Bruno, ni en los tres tomos sobre Tierra del Fuego del padre Belza, ni en la densa obra de Entraigas aparece una sola línea sobre la ignominiosa venta de los terrenos de la misión a los Braun-Menéndez. Además, a partir de entonces, los cronistas oficiales de la congregación salesiana no se permitirán ninguna crítica a Moritz Braun, al que comenzarán a apodar “Mauricio el Bueno”[105], escribiendo una historia complaciente en la que los ricos estancieros jugarán el papel de grandes hombres sin tacha que contribuyeron al progreso patagónico y al desarrollo regional.

Los grandes perdedores, una vez más, fueron los selk'nam, cuyas tierras fueron usurpadas violentamente y luego repartidas entre los grandes terratenientes.

Río Fuego: la misión volante

La práctica clausura de la misión de Río Grande después de su venta a los Menéndez llevó a los misioneros salesianos a cambiar de táctica para lograr su objetivo de evangelización de los selk'nam, para entonces muy dispersos por toda la isla. Con la finalidad de estar más cerca de sus futuros feligreses, en 1914 el salesiano Juan Zenone propuso arrendar al estanciero Percival Reynolds —propietario junto a los Bridges de la estancia Viamonte— una parcela de terreno en los alrededores del lago Kami. Su intención era instalar una pequeña hacienda ganadera y de paso continuar con las tareas de cristianización de los indígenas, "ya que los Bridges nos dejan plena libertad en cuanto a la religión"106.

El padre Juan Zenone había llegado a Punta Arenas en 1893, convirtiéndose en director de la misión de La Candelaria a partir de 1906. Activo opositor a la venta de los



terrenos de la misión, fue el impulsor de las misiones volantes de Río Fuego y Lago Kakenchow, ubicadas en el lugar donde se concentraban la mayor parte de los selk'nam sobrevivientes y desde donde los religiosos podían pasar a Chile en busca de nuevos adeptos. La fórmula de estos establecimientos se basaba en la movilidad y se contraponía al modelo de reducciones o misiones fijas de Dawson y Río Grande, mucho más costosos de mantener. En cualquier caso, la misión volante, que duró unos quince años, tuvo un éxito relativo. Como hecho novedoso, en los nuevos bautismos Zenone, además de la imposición de un nombre "cristiano", registraba también el nombre

indígena (Bascopé, 2012: 459). Los selk'nam no guardan precisamente un buen recuerdo de este religioso. Para Segundo Arteaga, "a este más le gustaba enseñar a las chicas que a los varones. Pero hay muchas historias que no se pueden contar" (Gutiérrez, 1999: 18).

Según el historiador salesiano Cayetano Bruno, fue el estanciero Reynolds quien lo indujo a la bebida, lo que le provocaría problemas de alcoholismo crónico.

Escandalizados por su conducta, los superiores de la congregación salesiana decidieron la repatriación definitiva del sacerdote a Italia. Zenone llevaba veintiocho años en Tierra del Fuego. Murió en Turín en 1941, a los casi setenta años de edad.

El sacerdote Zenone oficiando misa entre los selk'nam. Fotografía: Alberto María de Agostini,

Museo Fin del Mundo.

Tras la marcha del padre Zenone, muy poco tiempo después, entre 1924 y 1929, dos epidemias de sarampión diezmaron a los selk'nam que trabajaban como esquiladores en la hacienda de los británicos. Según el mismo Lucas Bridges, murieron repentinamente, entre otros, Kankoat, Koiyot, Puppup, Aneki, Taäpelht, Tenenesk y Leluwhachin.

Reducida la población indígena a la mínima expresión, los misioneros salesianos dejaron de interesarse por la evangelización y se centraron en la enseñanza, tarea que los gobiernos de Chile y Argentina habían delegado en los religiosos: "a la evangelización de los salvajes, que ya no son salvajes o no existen, ha sucedido la educación cristiana, a la vez práctica, técnica y cultural de niños y jóvenes" (Bustos, 1959: 108). Dedicados a estos menesteres desde su llegada a la región, en el quinquenio de 1893-1897 pasaron por los colegios salesianos de Punta Arenas nada menos que 768

niñas y 542 niños (Carbajal, 1900: 96). De misioneros a maestros, el papel de los religiosos siguió siendo muy relevante, influyendo poderosamente en la construcción del pensamiento de la sociedad de la Patagonia y Tierra del Fuego.

En 1945 el inspector salesiano Pedro Giacomini condensó en media docena de palabras lo que, según los propios religiosos, habían sido dos décadas de "exitosa" obra misionera en Tierra del Fuego, en cuyos establecimientos "los indios encontraron pan, paz y el paraíso"107. Y

es que, al igual que sucedió con anterioridad en la misión anglicana de Ushuaia, la mortandad entre los internos de las misiones salesianas alcanzó, según datos oficiales, cifras elevadísimas: 862 personas en isla Dawson y 175 en Río Grande (Penazzo, 1995: 497)[108]. Sin médicos que los atendieran, la inmensa mayoría de los selk'nam allí recluidos terminaron sepultados en la fosa común del cementerio.

Eso fue lo que sucedió durante la gran epidemia de tuberculosis, que acabó con la vida de un centenar de niños y niñas. Según el padre Marino Francioni, que fuera responsable del Archivo Central Salesiano de Buenos Aires, "durante la epidemia de 1901-1902 el cura Aliberti hizo dos tumbas comunes en las que se depositaron 50 indios en cada una. Se hizo un pozón redondo bastante hondo y se metió todo. Durante el día a los indios muertos se los tapaba con frazadas y se les decía a los otros indios que estaban durmiendo. Y a la noche, envuelto con la misma frazada los cargaba al hombro y los tiraba con frazada y todo y los tapaba con tierra" (Casali, 2011: 63).

Merece la pena concluir este capítulo con la posición tremendamente crítica que muchos de los selk'nam de hoy tienen sobre la trágica época de las misiones salesianas.

Con ocasión de la colocación en 2016 de la denominada "Cruz de la Misericordia" en el Cerro Jeujepen, territorio selk'nam, miembros de la Comunidad Indígena Rafaela Ishton se sintieron insultados y mostraron su público rechazo mediante una carta colectiva publicada en los medios de comunicación locales. Por su interés, la reproducimos aquí: La Iglesia católica desarrolló un proceso de evangelización que provocó una serie de efectos devastadores para la población indígena, generando una profunda alteración en su modo de vida tradicional, creencias, y en última instancia, causa principal de su defunción. Pueden mencionarse como elementos de esta aseveración el hacinamiento, la reducción de movilidad, la incorporación de la vestimenta occidental, y el cambio

abrupto en los hábitos alimenticios. Estudios ulteriores arrojaron resultados determinantes y comprobatorios sobre este asunto, siendo la principal causa de fallecimiento la tuberculosis, enfermedad provocada por las condiciones antes descritas.

La orden salesiana de Don Bosco ha jugado un rol preponderante en la muerte de nuestros ancestros a raíz de la concentración de originarios en campos que apuntaban a la evangelización, pero que resultaron ser auténticos cementerios humanos. La Misión de Nuestra Señora de la Candelaria aquí en Río Grande y la Misión de San Rafael en la isla

Dawson en Chile, este último, que posteriormente fue utilizado para albergar presos políticos en la dictadura de Pinochet, tuvieron un papel concluyente en la historia de los pueblos originarios y su exterminio (…) asumimos la responsabilidad de alzar nuestra voz y reivindicar nuestra identidad, por nuestra autodeterminación, para rescatar nuestro patrimonio y ¡Porque no estamos extintos!109.

CAPÍTULO 6 EL GENOCIDIO OLVIDADO

Al matarlos se realizaba una acción muy humanitaria (…) esa gente nunca podría convivir con los blancos, y cuanto más pronto fueran exterminados, mejor, pues era una crueldad tenerlos cautivos, aunque fuera en una misión, donde languidecían o morían de enfermedades importadas.

Alexander Mac Lennan, 1907

Los orígenes del genocidio selk'nam

El estremecedor testimonio que encabeza estas líneas, recogido por Lucas Bridges en su libro *En el último confín*, provoca al leerlo hoy, cien años más tarde, una mezcla de tristeza y rabia a partes iguales. La naturalidad con la que Mac Lennan sentencia a muerte a un pueblo entero parecería una exageración o un exabrupto si no procediera de uno de los más sanguinarios "cazadores de indios".

En este capítulo vamos a tratar de penetrar en los orígenes y el desarrollo del genocidio selk'nam, que se ejecutó a través de un proceso relativamente rápido en el tiempo y cuyo objetivo no era otro que eliminar a la población autóctona de Tierra del Fuego con el fin de apropiarse de sus tierras. En él podemos distinguir tres etapas. Una fase inicial que comienza en 1881, protagonizada por exploradores, mineros y estancieros aislados, y donde se producen los primeros encuentros violentos. Un segundo período mucho más mortífero, que se circunscribe a la parte chilena de la isla Grande, y que coincide con la instalación de las haciendas de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego y de otras compañías ganaderas, detrás de las cuales se encontraban los capitales británicos. Y una tercera fase, esta vez en el lado argentino, que comienza con la puesta en marcha de la primera estancia ovina del español José Menéndez, cuyos empleados sobresaldrán en las feroces matanzas. Será en estas dos últimas etapas, que se superponen en el tiempo, cuando, tras una desesperada resistencia selk'nam, se implemente una suerte de solución final del "problema indio", holocausto que diezmó a los habitantes autóctonos de Tierra del Fuego.

Este genocidio, que se completó en un plazo muy breve de tan solo quince años y que fue diseñado y planificado por los grandes terratenientes ganaderos con el consentimiento de las autoridades y la colaboración de los misioneros, se caracterizará por los asesinatos, la esclavitud, las deportaciones y el secuestro de niños, acciones

tendentes a una limpieza étnica que consideraba a los selk'nam un estorbo para el progreso económico. Ya en 1882 la prensa de Londres vaticinaba las terribles matanzas que estaban a punto de suceder, dejando entrever por otro lado las apetencias económicas británicas sobre el territorio: “se estima que la región podría resultar adecuada para la cría de ganado, aunque el único inconveniente para llevar a cabo este proyecto es que desde cualquier punto de vista se hace necesario exterminar a los fueguinos. Están tan absolutamente acostumbrados a una vida de privaciones que cualquier aspecto relacionado con el bienestar y la civilización resulta fatal para ellos. Se dice que el simple hecho de vivir en una casa es suficiente para que se vean afectados por una enfermedad pulmonar”[110]. A diferencia de los ingenios azucareros del noroeste argentino o de las explotaciones salitreras de Chile, el régimen económico de la estancia ganadera no requería de una gran mano de obra, razón por la que los indígenas fueron considerados un simple obstáculo que superar.

Así fue como la Tierra del Fuego se convirtió en un inmenso campo de propiedad particular, en el que pastaban sin ser molestadas más de un millón de ovejas. Su lana estaba destinada, en su totalidad, a abastecer a la industria textil británica, la gran beneficiada por este comercio. Dentro de un contexto internacional de expansión del negocio ganadero, Gran Bretaña llevó a cabo una colonización de facto mediante la cual sustituía el costoso sistema colonial que había implantado en India, Australia y Sudáfrica por un modelo de dependencia y tutela de carácter más económico que político y por el que jóvenes repúblicas como Argentina o Chile se encontraban complemente supeditadas a sus intereses comerciales. Cuando en la década de 1910 se pongan en marcha los grandes frigoríficos y graserías, toda la maquinaria y los materiales de construcción se importarán directamente desde Gran Bretaña, contribuyendo todavía más al desarrollo industrial y a la prosperidad de ese país[111].

Como además los barcos mediante los cuales se exportaba la lana enfardada a Europa y en los que se traían las máquinas y el personal especializado también navegaban bajo bandera de la *Union Jack*, los británicos conseguirán cerrar así completamente el círculo del máximo beneficio.

Como consecuencia de todo ello, la explotación de millones de hectáreas en Tierra del Fuego y Patagonia a través de la ganadería ovina entorpeció el propio desarrollo de la región, provocando el despoblamiento de amplias áreas[112] y una pérdida de soberanía económica donde las decisiones se tomarán teniendo en cuenta los intereses de las potencias europeas. Es lo que el historiador Alberto Harambour ha llamado "soberanía ovina", entendida como "la instalación de una fuerza efectiva de colonización (las ovejas) que antecedió a la de los Estados, los que se hicieron presentes a partir de la constitución de las estancias y a través de ellas" (Harambour, 2016: 24). Solo salieron beneficiados los grandes latifundistas titulares de las haciendas, que se hicieron

inmensamente millonarios, y Gran Bretaña, que dispuso de una materia prima barata y abundante para su sector textil, potenció las grandes fábricas en su país y monopolizó las rutas comerciales de navegación entre Europa y América del Sur. Esto se logró gracias a la complicidad de las élites dirigentes y de la oligarquía terrateniente de Chile y Argentina, que favorecieron la instauración de una economía de tipo extractivo que todavía hoy sigue siendo una de las señas de identidad de muchas naciones de América.

En el caso específico de Tierra del Fuego, la implantación del negocio lanar provocó una tragedia humana en la que los gobiernos chileno y argentino tuvieron una responsabilidad abrumadora. Además de no detener las matanzas, pusieron a las autoridades y a la policía del territorio al servicio de los grandes latifundistas para realizar, en muchas ocasiones, el trabajo sucio. No debe extrañar esta actitud si tenemos en cuenta que muy pocos años antes los dos países habían llevado a cabo violentas campañas militares contra los pueblos originarios del continente. Entre 1861 y 1883 se desarrolló en Chile la denominada "Pacificación de la Araucanía", todo un eufemismo para nombrar la agresión del ejército al pueblo mapuche que causó miles de muertos.

Los indígenas fueron obligados a vivir en reducciones o reservas y se les arrebataron la mayor parte de sus tierras, que fueron entregadas a colonos de origen centroeuropeo.

Sin embargo, no pudieron aniquilar a todos los mapuche y hoy las comunidades se organizan para reclamar la devolución de sus territorios usurpados y exigir sus derechos ancestrales.

En Argentina, la Conquista del Desierto, desarrollada entre 1878 y 1885, provocó una masacre entre los habitantes de la Pampa y la

Patagonia. El exterminio de indígenas como política de Estado estaba ya presente entre los dirigentes argentinos desde mucho antes del comienzo de las operaciones militares a gran escala y puede rastrearse en los documentos históricos. Domingo Faustino Sarmiento, que llegaría a ser presidente del país, ofrecía en 1844 la justificación ideológica de las masacres: “Puede ser muy injusto exterminar salvajes, sofocar civilizaciones nacientes, conquistar pueblos que estén en posesión de un terreno privilegiado; pero gracias a esta injusticia, la América, en lugar de permanecer abandonada a los salvajes, incapaces de progreso, está ocupada por la raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más bella y la más progresiva de las que pueblan la tierra”[113]. Otro presidente, Nicolás Avellaneda, opinaba en 1875 que

“suprimir los indios y las fronteras no implica en otros términos sino poblar el desierto (…) no suprimiremos al indio, sino suprimiendo al desierto que lo engendra. No se extirpa al fruto, sino extirpando de raíz el árbol que lo produce”[114]. Hay que acotar aquí que la elección de la palabra *desierto* no tiene nada de casual, ya que supone toda una declaración de intenciones por parte de los promotores de la expedición militar. Se trataba de resaltar que la región estaba prácticamente despoblada y “vacía de

civilización”, por lo que se imponía su ocupación e incorporación al Estado nacional argentino. Ahora bien, las escalofriantes cifras de muertos y prisioneros entre los pueblos originarios contradicen esa interesada visión y demuestran que toda la parte sur de Argentina, desde la Pampa hasta el cabo de Hornos, estaba habitada desde tiempos inmemoriales.

El general Julio Argentino Roca, que estuvo al mando de las operaciones militares, en realidad estaba replicando casi exactamente la misma estrategia que Andrew Jackson había llevado a cabo en Estados Unidos cincuenta años antes. En 1829, Jackson se convirtió en presidente del país tras destacar en las violentas guerras de exterminio contra los pueblos nativos de Norteamérica, tal y como relata magistralmente la historiadora Roxanne Dunbar-Ortiz en su excepcional libro *La historia indígena de Estados Unidos*. Por su parte, Roca fue el ejecutor, primero como líder militar y luego como presidente del país, del plan original gestado por Sarmiento, Avellaneda y otros ideólogos de la nación argentina, que consistía en la expulsión de todos los pueblos indígenas. Las agresivas guerras coloniales británicas a lo largo y ancho del planeta y la brutal usurpación de los territorios indios por parte del ejército de Estados Unidos habían servido de modelo y enseñanza para los militares

argentinos. La campaña fue un éxito desde el punto de vista militar, pues una vez terminadas las operaciones el informe oficial establecía en "14.000 el número de muertos y prisioneros que ha reportado la campaña y se han quitado las tierras a la raza estéril que las ocupaba"115.

Aunque la explicación más común que ofrece la historia oficial sobre las motivaciones de la expedición militar tiene que ver con la necesidad de Argentina de ocupar efectivamente su territorio, por detrás subyacen los intereses de la industria de la lana británica, que precisaba de cada vez más espacio para expandir sus negocios ovinos. Desde la instalación de las primeras ovejas merinas en la Pampa y la saturación de los campos de las islas Malvinas, donde no cabía un animal más, los británicos fijaron la vista en la Patagonia y Tierra del Fuego como el terreno natural para la ampliación de las explotaciones ovinas. Este desarrollo económico de la ganadería, verdadera "fiebre ovina", se hará a costa de miles de nativos que serán asesinados o condenados a la servidumbre y esclavitud.

En el sur de Chile y Argentina la propiedad de los lotes de tierras se concentró en manos de los grandes terratenientes, dando lugar al latifundio que hizo inmensamente ricas a un puñado de familias. Los colonos sin tierra siguieron sin ella, y los pocos que la obtuvieron la perdieron pronto a causa de los especuladores o terminaron siendo expulsados de sus pequeñas parcelas. De acuerdo con Marcelo Valko: "así fue como se originan los enormes emporios de los terratenientes más importantes del país. La idea de entregarla a los inmigrantes ávidos de tierra propia para trabajar, queda en nada;

todo se lo engulle el círculo de amigos del poder" (Valko, 2015: 142). El término desierto va a ser empleado una y otra vez por parte de los codiciosos terratenientes que se quedaron con todo. El mismo José Menéndez justificaba el acaparamiento de inmensas extensiones de tierras asegurando que se encontraban poco menos que deshabitadas:

"procedimos a poblar unos campos desiertos y áridos, único habitado y habitable en el confín de la América del Sur, condenados a los rigores de intensísimos fríos de 10º hasta 18º bajo cero, y separados del demás mundo civilizado por la inmensidad de los desiertos, soportando los mil inconvenientes y contratiempos consiguientes, ya siendo víctimas de indios, que arrean nuestras haciendas, ya de los innumerables animales que pululan la tierra y el espacio, como por ejemplo el león y el zorro, el cóndor y el águila, etc., etc., que no cesan de destruir nuestras majadas"116. Sin embargo, la arqueóloga María José Figuerero Torres, que ha estudiado con detalle el caso del

poblamiento de la provincia de Santa Cruz, desmiente al poderoso estanciero: “en la concepción oficial estos terrenos estaban vacíos, libres para su ocupación por los colonos quienes estaban destinados a revertir la improductividad del desierto. La figura del pionero, como precursor e iniciador de la ocupación del territorio provincial ha reforzado esa idea de vacío de ocupación y ausencia de los pueblos indígenas (…) Esto contrasta con el conocimiento que actualmente tenemos acerca de la historia de la ocupación indígena.

La profundidad temporal se basa en el aporte de la arqueología, que remonta la ocupación a 16.000 y 13.000 años atrás, en la meseta central de Santa Cruz”117.

Volviendo a Tierra del Fuego, Enrique Salvador Inda, escritor y político que estuvo viviendo en la isla a mediados del siglo XX, calificó las matanzas contra los selk’nam como “genocidio bajo un imperio constitucional”. En sus escritos no dudará en señalar directamente al Estado argentino:

Debía convertirse en el responsable de la vida y la seguridad de todos los habitantes preexistentes del archipiélago. Así lo ordenaba la Constitución de 1853, y ninguna ley autorizaba lo contrario. Sin embargo, los hechos posteriores demostrarían que los indígenas fueguinos no fueron respetados, ni por las autoridades argentinas, ni por los latifundistas que en pocos años ocuparon las mejores tierras para la cría del ganado lanar. Los pobres onas, principalmente desalojados de las llanuras de la zona norte de la Tierra del Fuego, tuvieron que resignarse a permanecer en los peores lugares, donde ni siquiera podían vivir las manadas de guanacos, base principal de su alimentación.

Deliberadamente, por indiferencia, desconocimiento o movidos por intereses económicos, los funcionarios de Buenos Aires privatizaron la tierra pública condenado al hambre y a la desesperación a los primitivos habitantes del territorio. Acorralados por los alambrados de las estancias, perseguidos por las patrullas exterminadoras armadas de Winchester de los administradores, con sus familias y sus hijos desfallecientes, deambulando por campos estériles y sin guanacos, en su desesperación,

tuvieron que convertirse en cazadores de ovejas. Entonces, el blanco, tuvo una buena excusa para eliminarlos físicamente, sin contemplaciones, como si los indios fueran una plaga dañina. Y los funcionarios, impotentes, cómplices o resignados, una buena razón para lavarse las manos. Con la venta o concesiones de vastísimas

extensiones de tierras fueguinas, el Gobierno Nacional había generado un grave conflicto, que jamás se intentó resolver con justicia a favor de los desposeídos. Por el contrario, el Estado nacional, en vez de ser árbitro y protector de los desvalidos, apeló al Código Penal y a la Policía, condenando a los indios por su "delito" de obtener comida para sus hijos. La tierra, desde tiempos milenarios, había sido para ellos fuente de alimentación y de vida; pero ahora, para los hacendados, se transformaba en materia de especulación y productora de riqueza, sin ninguna obligación ni solidaridad humana para con los despojados (Inda, 2005: 7).

También demostró ampliamente esta participación de las autoridades Nelly Iris Penazzo, autora en 1995 de un importante libro que hoy en día es casi inencontrable: *Wot'n, documentos del genocidio ona*. En esa obra dedica el capítulo 8 a relatar la construcción del latifundio, mediante la entrega de la totalidad de las tierras fiscales por parte del gobierno argentino a cuatro familias: los Menéndez, los Braun, los Montes y los Bridges. Analizaremos, con documentos, la estrecha colaboración de los máximos gobernantes de Chile y Argentina para "vaciar" la isla de sus ancestrales habitantes.

En esta hecatombe asimismo existe una clara responsabilidad de los misioneros salesianos que, como vimos en el capítulo anterior, se prestaron a aceptar los traslados forzosos a cambio de obtener un beneficio puramente económico. Muy poco o nada hicieron para mitigar la aterradora mortandad de los indígenas en sus establecimientos, limitándose casi en exclusiva a registrar los muertos. Aunque la historiografía tradicional nos ha presentado a los religiosos como los únicos que trataron de ayudar a los selk'nam protegiéndolos de los estancieros, en realidad los hechos y los documentos demuestran que finalmente se convirtieron en estrechos aliados. De los terratenientes ganaderos, que habían despojado a los selk'nam de sus tierras, recibieron cuantiosas donaciones y dádivas y, a cambio, los historiadores salesianos escribieron una historia complaciente con las grandes fortunas. El sacerdote Lorenzo Massa reconocía que "la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, una de las sociedades anónimas de mayor potencia económica de esta República, hace bastantes años que subvenciona al vicariato apostólico con una cuota de 20.000 pesos" (Nicoletti, 2006: 168).

Se llegó incluso a la construcción de iglesias y parroquias pagadas directamente con los fondos de las sociedades ganaderas. Si en 1930 la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego construyó a su cargo la iglesia de María Auxiliadora en Puerto Natales, en 1949

se inauguraba en Buenos Aires la parroquia del Patrocinio de San José, edificada en la

calle Ayacucho número 1072, en el solar donde estuvo uno de los palacios de Moritz Braun y Josefina Menéndez y que la pareja donó a la Iglesia católica para tal fin.

Merece la pena detenerse en el concepto de "genocidio" con el fin de explicar su significado y alcance en el caso de los selk'nam de Tierra del Fuego. Fue en 1944 cuando Raphael Lemkin, jurista polaco de reconocido prestigio, usó el neologismo *genocidio* por primera vez, refiriéndose a la destrucción de una nación o grupo étnico. Lemkin había padecido la persecución contra los judíos en la Polonia antisemita de la década de 1930

y, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, consiguió llegar a Estados Unidos vía Suecia. Allí denunció reiteradamente las horribles matanzas y las salvajes atrocidades que los alemanes estaban llevando a cabo contra judíos, gitanos, homosexuales, comunistas, prisioneros de guerra, *etc*. Todavía en pleno conflicto publicó en Washington el libro *El dominio del Eje en la Europa ocupada*, donde estableció la etimología de la palabra *genocidio*, compuesta de la raíz griega *genos*, que significa 'tribu'

o 'raza', y de la latina *cidium*, tomada en el sentido de 'acto de matar' o 'crimen'

(Lemkin, 1944: 79). Si *homicidio* es el asesinato de una persona, *genocidio* lo es de todo un pueblo.

Con el paso del tiempo, el término se ha ido perfilando y ampliando. Se trata de un delito regulado internacionalmente a través del artículo 6 del Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional118, que establece como genocidio "cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir total o parcialmente a un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal: a) Matanza de miembros del grupo;

b) Lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; c) Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial;

d) Medidas destinadas a impedir nacimientos en el seno del grupo; e) Traslado por la fuerza de niños del grupo a otro grupo".

Aunque estamos ante una palabra moderna, los expertos han

demostrado que su uso puede extenderse a sucesos anteriores a la aparición del vocablo. Florencia Roulet, historiadora de la Universidad de Lausana, sentenció que “la consagración jurídica de los conceptos que designan prácticas delictivas siempre es posterior a la generalización de su uso, ya que el delito precede al concepto y este precede al tipo penal. Lo reciente

del término genocidio no debe hacernos olvidar que se trata de un nuevo nombre para un crimen tan viejo como el mundo” (Roulet, 2011: 5). Uno de los ejemplos más evidentes de esto es el genocidio de los armenios, reconocido como tal por toda la comunidad internacional y que aconteció a partir de 1915, cuando dos tercios de la población armenia de Turquía perdieron la vida debido a las deportaciones, hambrunas y masacres. Aun así, algunos autores se resisten a adoptar el término *genocidio*, que prefieren reservar exclusivamente para el genocidio judío, empleando las palabras *exterminio* o *masacre* para designar otros crímenes colectivos.

Con respecto a la violencia ejercida en todo el mundo contra los pueblos indígenas, muy tempranamente, desde mediados del siglo XIX, un grupo de antropólogos alemanes, Theodore Waitz, Georg Gerland y Friedrich Ratzel, pusieron en cuestión los motivos a los que las potencias coloniales atribuían su desaparición: indolencia, guerras tribales, disminución de la fertilidad, abortos e infanticidios, canibalismo y sacrificios humanos, naturaleza inhospitalaria, *etc.* Bien al contrario, estos expertos llegaron a la conclusión de que la causa fundamental de la aniquilación de pueblos enteros era el comportamiento hostil de los colonizadores, ávidos de más y más tierras, y el contagio de enfermedades importadas. Eso fue exactamente lo que sucederá con los selk’nam de Tierra del Fuego, cuya población, estimada en varios miles de personas[119], fue diezmada en el transcurso de muy pocos años.

En el mismo sentido, Carlos R. Gallardo, que dirigió a fines de 1901 una expedición oficial argentina a Tierra del Fuego, escribía: “Y los onas se extinguen, a pesar de estar libres de los defectos característicos de los salvajes, a pesar de estar admirablemente constituidos, de ser los más grandes y los más fuertes de los habitantes del extremo sur de América. Se extinguen a causa de la civilización, que les quita los campos en que antes cazaban y vivían con holgura, víctimas de las fierezas de sus combates y de accidentes, por enfermedades epidémicas y por falta de cuidados en sus dolencias”

(Gallardo, 1910: 98).

Precisamente, la llegada de la "civilización" a la isla fue la razón principal de esta catástrofe humana, que podemos a su vez subdividir en distintas causas: asesinatos por parte de los empleados de las estancias, epidemias y enfermedades propagadas en las misiones y otros centros de reclusión, reducción de las fuentes primordiales de alimento como el guanaco o el cururo, cambio forzado de costumbres y obligado sedentarismo, imposición de creencias y lenguas extrañas, pérdida de valores culturales y referencias espirituales de la sociedad selk'nam, *etc.*



Mujeres selk'nam prisioneras en Ushuaia, 1896. Fotografía: Fernand Lahille, Museo de La Plata.

En este sentido, a mediados del siglo XX el escritor argentino Ricardo Rojas acusaba a los nuevos conquistadores de eliminar incluso los nombres autóctonos que durante milenios habían servido para designar montañas, valles y ríos: "En el caso de nuestra Tierra del Fuego debemos protestar nuevamente de que al indio no solo le hayan quitado su tierra los presuntos pobladores, sino de que, tras haberlo exterminado con verdadera crueldad, vayan borrando en el solar nativo los nombres de su idioma, descriptivos y eufónicos. En cuanto a designaciones más recientes, muchas obedecen a caprichos de exploradores europeos o a adulaciones palaciegas" (Rojas, 2012: 34). Rojas irá todavía más lejos al escribir avergonzado: "Habíamos

declamado tanto contra España, contra sus crueldades del siglo XVI, contra su régimen colonial, para concluir nosotros portándonos peor, tres siglos después (…) El Onaisín ha quedado desierto, y con su riqueza casi inmóvil. Aquí, la vida se ha deshumanizado hasta el crimen" (Rojas, 2012: 93).

Otro de los grandes estudiosos de la Tierra del Fuego, el sacerdote piamontés Alberto María de Agostini, pondrá el acento en el exterminio físico de los selk'nam llevado a cabo por los colonizadores: "exploradores, estancieros y soldados no tuvieron escrúpulo en descargar su máuser contra los infelices indios, como si se tratase de fieras o de piezas de caza, ni de arrancar del lado de sus maridos y de sus padres a las mujeres y a las niñas para exponerlas a todos los vituperios; de arrancarlas a sus hogares para llevarlas a tierras extrañas en nombre de la ciencia, y de exhibir estos desgraciados indígenas en público, como los seres más desgraciados del género humano" (De Agostini, 1929, 244).

La antropóloga Anne Chapman escribió en 1974 su "Llanto por los indios de Tierra del Fuego", en uno de cuyos párrafos sintetiza este terrible drama: "A finales del siglo XIX

desembarcaron en Tierra del Fuego unos hombres extraños, armados de balas, de venenos, de afán de riquezas. Se apropiaron de las tierras que luego 'limpiaron' para explotarlas sin amarlas. Después se jactaron de pioneros, de civilizadores, de sacrificados servidores. Los indios se defendieron como pudieron, con solo arcos y flechas. Familias enteras huyeron de hombres montados, armados, pagados para matarlas, de perros adiestrados para despedazarlas. Los indios resistieron como pudieron, con angustia, de manera confusa, con afán de sobrevivir. Pero cayeron acribillados, las orejas, a veces la cabeza, arrancadas. Fueron deportados. Perecieron viciados. Agonizaron de las enfermedades traídas y sufrieron el dolor indescriptible de ver que sus niños también sucumbían"[120].

Ensayo de la violencia: las primeras matanzas (1881-1894)

Como una repetición —aunque a menor escala— de la "fiebre del oro" de California, en la década de 1880 miles de mineros procedentes de todos los rincones del mundo se instalaron en la Patagonia y Tierra del Fuego, atraídos por la posibilidad de hallar el preciado metal. En 1879 el militar chileno Ramón Serrano había encontrado trazas de arenas auríferas en un río del norte de la isla Grande, al que bautizó como Río Oro:

“Durante el día la gente se ocupó en lavar tierra para obtener oro; pues en las cercanías del río parecen existir mantos auríferos valiosos. Donde quiera que lavaran sacaban pepitas pequeñas (…) debo observar aquí que la gente no era diestra en lavar y que no disponía de los útiles apropiados al objeto por lo que me permito afirmar que la región aurífera a que me refiero puede ser de importancia si se la explota convenientemente y por personas de la profesión: hay mucha tierra que lavar y agua en abundancia”

(Serrano, 1929: 399).

A partir de ese momento la noticia se propagó como la pólvora y los primeros colonos se instalaron al norte de la isla, lo que constituyó la primera invasión del territorio selk’nam con los consiguientes encuentros violentos. Uno de estos enfrentamientos ocurrió en 1884 en las cercanías de San Sebastián y le costó la vida a seis selk’nam. Nos lo cuenta el periodista Roberto Payró a través del relato de Jorge Morgan, contramaestre de la subprefectura de San Juan del Salvamento, que en aquellos años dirigía una cuadrilla de mineros: “Era evidente que los indios estaban resueltos a atacarnos y que no iban a huir con salvas. —Apuntemos a los tres primeros, mandé entonces. Estaban ya a unos cincuenta pasos, pues todo esto había ocurrido en un momento. Los Winchester se dirigieron hacia los indios. —¡Fuego! Uno de ellos cayó muerto; los otros, heridos, se detuvieron. Pero la formidable columna siguió impertérrita su marcha. —¡Fuego a discreción!, ¡y apuntar bien!… Una lluvia de flechas,

afortunadamente demasiado cortas, me contestó. Después de haber hecho tres o cuatro disparos más cada uno de nosotros, cayeron otros tres onas. El grupo titubeó, se detuvo, y creyéndosenos sin duda con más municiones de las que teníamos, resolvió huir, como en efecto lo hizo con asombrosa rapidez…” (Payró, 1898: 259).

En 1887, en un lugar conocido como El Páramo, en la costa argentina, Julio Popper fundó un poblado minero que contó incluso con complejas maquinarias, como una cosechadora para lavar arenas. Con aires de grandeza, el ingeniero rumano emitió sellos para despachar su correspondencia, en color rojo, presididos por la “P” de Popper y con un pico y una pala en el escudo, e incluso acuñó también su propia moneda con los mismos símbolos mineros. Pero las expectativas no se cumplieron y pronto los yacimientos fueron abandonados y sus trabajadores buscaron otros rumbos, la mayoría de ellos sin cobrar los salarios adeudados.

Sin embargo, el verdadero peligro para los selk’nam va a llegar muy

poco tiempo después de la mano de un aparentemente inofensivo animal, la oveja, pero que pronto brotará por miles y se multiplicará hasta alcanzar cifras exorbitantes.

Gente Grande tiene el triste privilegio de ser la primera estancia ovina de Tierra del Fuego. Está situada en la bahía del mismo nombre, cincuenta kilómetros al norte de la localidad de Porvenir. Era propiedad de la sociedad alemana Wehrhahn y Cía., domiciliada en Valparaíso y representada por el estanciero alemán Rudolf Stubenrauch, quien había obtenido en 1884 una concesión de nada menos que ciento veintitrés mil hectáreas que explotará junto con el empresario británico Ernst W. Hobbs. Las haciendas se componían de un casco central con varios edificios, como el galpón de esquila, los bañaderos de las ovejas, los barracones para los peones, los corrales y potreros y los almacenes. Situada a una cierta distancia, en un terreno un poco más elevado desde el que contemplar y vigilar todo el conjunto, se levantaba la casa patronal o "casa grande". Habitada por el administrador de la estancia, sus relaciones sociales se limitaban a su familia, los escasos visitantes y los administradores de las otras estancias, casi siempre de origen británico. En las haciendas propiedad de empresarios individuales, la mansión señorial se reservaba para ser utilizada como alojamiento del dueño cuando realizaba viajes de inspección a sus establecimientos. En la estancia Gente Grande el primer administrador fue el exmisionero William Bartlet, del que se esperaba que fuera capaz de apaciguar a los selk'nam y convencerlos de las buenas intenciones de los ganaderos.

Inmediatamente procedió al cercamiento de los terrenos y a la instalación de las primeras ovejas en las distintas secciones de la enorme concesión. Y casi al mismo tiempo aparecieron los primeros testimonios de asesinatos de selk'nam por parte de los

empleados de esta estancia. El reverendo inglés Thomas Bridges escribirá: "los onas han destruido a menudo los rebaños de ovejas de esta granja con sus perros. Algunos indios fueron muertos en varias excursiones hechas por los colonos para echarlos. No tienen ninguna oportunidad de éxito contra los colonos a caballo, armados con fusiles de repetición" (Legoupil, 2007: 77). Mientras, el explorador Julio Popper, siempre refiriéndose a Gente Grande, añade: "en la estancia se ha cambiado de política, si bien los indios siguen matando ovejas y caballos cuando pueden burlar la vigilancia de los guardas o puesteros, en cambio estos últimos matan a los indios cuando los hallan en flagrante delito" (Popper, 2003: 88). Continúa Popper, erigido nuevamente en defensor de los selk'nam: "¡Son ladrones!, exclaman los estancieros que comienzan a radicarse en la parte

chilena de Tierra del Fuego, ‘nos roban las ovejas, destruyen nuestros cercados’.

Es bien cierto, pero pongámonos en el caso del indio. Desde siglos remotos, el ona caza los escasos y ariscos guanacos de la isla (…) armado de arco y flechas espera a veces días enteros oculto tras alguna mata. De repente un suceso inesperado viene a perturbar su vida de cazadores. Hombres de raza desconocida ponen en sus tierras de una sola vez, tres, cuatro o cinco mil ovejas… ‘Son para nosotros’, exclaman los indios, y se apoderan de algunas. Pero una terrible detonación interrumpe el festín…”121.

Los enfrentamientos se suceden. Al año de la inauguración de la estancia, en 1887, un grupo de selk’nam se apodera de un rebaño de ovejas, pero son descubiertos por los pastores. Tras quebrarles apresuradamente las patas, los selk’nam se desperdigan por el bosque con la intención de regresar más tarde a por su botín. Entonces el administrador de la estancia decidió inyectar estricnina en las ovejas moribundas, lo que provocó la muerte inmediata de los animales por envenenamiento. Horas después, hombres, mujeres y niños acudieron a alimentarse de las ovejas, falleciendo muchos de ellos tras una atroz agonía. El sacerdote Alberto María de Agostini, que llegó a Tierra del Fuego en 1910 y pudo entrevistar a los supervivientes, da testimonio de estos terribles hechos:

“El principal agente de la rápida extinción122 de los Onas fue la persecución despiadada y sin tregua que les hicieron los estancieros por medio de peones ovejeros, los cuales estimulados y pagados por los patronos, los cazaban sin misericordia a tiros de Winchester o los envenenaban con estricnina, a punto de casi exterminarlos, hasta quedar como únicos dueños de los campos primeramente ocupados por los aborígenes.

Se llegó a pagar una libra esterlina por par de oreja de indios. Al aparecer con vida algunos desorejados, se cambió la oferta: una libra por par de testículos” (De Agostini, 2005: 318). Es importante señalar que la atroz costumbre de cortar orejas ya había sido utilizada por los ingleses en la conquista de Irlanda durante la segunda parte del siglo XVII. El ejército de Oliver Cromwell pagaba una recompensa por las cabezas de irlandeses rebeldes, aunque más adelante bastará con presentar las dos orejas para cobrar el premio: “a pesar de que los irlandeses eran tan ‘blancos’ como los ingleses, transformarlos en un ‘otro’ extraño al que había que exterminar anunció lo que más

tarde se considerarían prácticas racistas al aplicarse contra los pueblos

indígenas”

(Dunbar-Ortiz, 2018: 59).

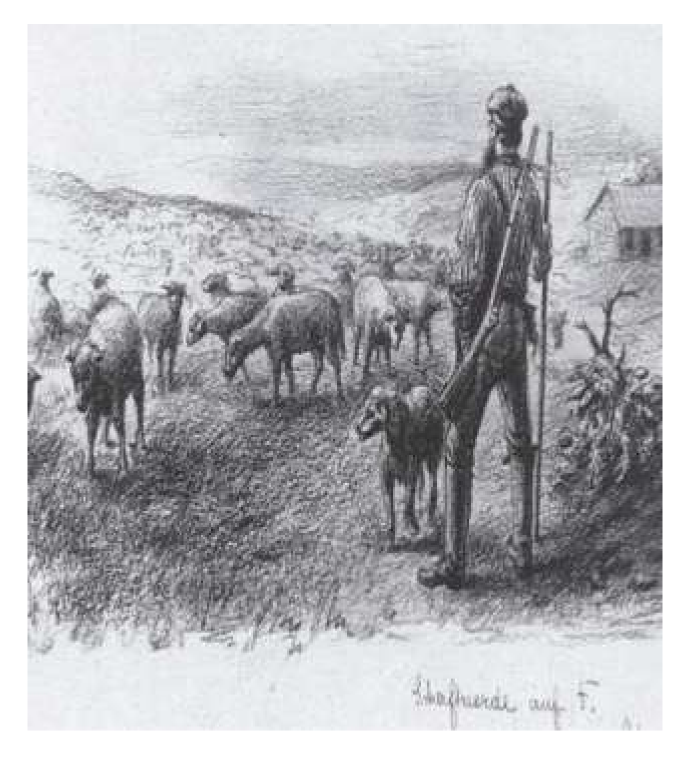
Frente a las acusaciones por los asesinatos, el estanciero Rudolf Stubenrauch, uno de los principales responsables de la persecución de los selk’nam, dramatizará las pérdidas de animales sufridas, que cifra en “no menos de cinco mil ovejas”, y asegurará que sus hombres jamás han matado a nadie: “en mis instrucciones a los mayordomos o sirvientes de las estancias me he limitado a recomendarles la más estricta vigilancia de los cercados y que tan pronto como noten algún robo de animales den cuenta al administrador respectivo a fin de que este disponga la oportuna persecución de los ladrones. Cuando esto sucede, la gente encargada de la persecución va naturalmente provista de armas de fuego para su defensa y jamás, que yo sepa, se le ha permitido disparar contra los indios indefensos”123.

Sin embargo, una terrible evidencia se imponía: el número de selk’nam en la comarca se había reducido abruptamente en solo unos años. Esta situación llevó a Giuseppe Fagnano, el superior de la congregación salesiana, a denunciar los asesinatos: “El gobierno de Chile ha concedido en el estrecho de Magallanes más de cien mil hectáreas de terreno a dos sociedades inglesas, las cuales importaron ovejas. Los indios, que vivían en las faldas de estos montes de la pesca de productos del mar y de guanacos, fueron expulsados y tuvieron que emigrar al sur donde había menos guanacos y no había playas. Comenzaron, por tanto, a molestar a los pastores, robando ovejas y caballos, rompiendo los cercados hechos de palos y 5 o 6 corridas de alambre. De aquí la guerra, en la que el indio pierde la vida y los pastores, las ovejas” (Aliaga, 2000: 46).

Continúa el religioso: “Los pobres indios después de haber sido despojados de las tierras heredadas de sus antepasados, violadas sus casas y robados sus animales, son tratados por los representantes de la civilización con la más inicua barbarie imaginable; he presenciado escenas tan horrorosas que sublevarían las almas más crueles y los corazones más duros. Inútilmente he escrito a Santiago, a personas influyentes y generosas, para tratar de atajar estos atropellos, pero los criminales llevan nombres distinguidos y el temor a un escándalo ha hecho acallar el primer impulso de protesta, apagando la voz de la verdad”124. Estas acusaciones demuestran claramente que Giuseppe Fagnano conocía el genocidio perpetrado en Tierra del Fuego contra los selk’nam y sabía perfectamente quiénes habían sido los máximos responsables. Esos

“nombres distinguidos” a los que años después venderá, a cambio de miles de libras esterlinas, los terrenos de la misión de Río Grande.

A pesar de las numerosas denuncias, las autoridades de Chile no solo no intervinieron para frenar las matanzas, sino que llevaron a cabo nuevas concesiones a la industria ganadera. José Nogueira, un próspero comerciante de origen portugués, y



Moritz Braun, su despierto empleado, serán las cabezas visibles de tres fabulosas concesiones otorgadas en 1889 y 1890 por un total de 1.359.000 hectáreas.

Pastor de ovejas armado con fusil en la estancia Gente Grande, 1894. Dibujo de Theodor Ohlsen.

La magnitud de la concesión, la más grande de la historia de Chile, sorprendió a los habitantes de Magallanes, que vieron un trato de favor hacia el portugués. En efecto, hoy sabemos que Nogueira se había entrevistado tan solo unos meses antes con el presidente chileno José Manuel Balmaceda en las termas de Cauquenes, donde gracias a un obscuro personaje[125] obtuvo el apoyo incondicional del gobierno. Como es de imaginar, este favoritismo tuvo un coste elevado en

regalos y comisiones para los intermediarios que alcanzó incluso a la pareja presidencial: Emilia Toro, la primera dama, recibió una espléndida capa de piel fina de nutria, mientras que al mismísimo presidente Nogueira le obsequió un chaleco de cuero de lobo, curtido especialmente en Francia para tan alto dignatario[126]. Ahora bien, una vez obtenida la titularidad de las tierras hacía falta el capital para poner el negocio en funcionamiento, un dinero que llegará desde Gran Bretaña.

El negocio lanar estaba impulsado por inversionistas extranjeros, británicos en su mayoría, que son los que obtendrán los réditos de la explotación ganadera. Los titulares de las estancias eran sin embargo los todavía modestos hombres de empresa puntarenenses, cuyo papel consistía en conseguir de los respectivos gobiernos las grandes concesiones de tierras. En palabras de Alberto Harambour: "Moritz Braun, Alexander Cameron, Campos, José Menéndez, Henry Reynard, Rudolph Stubenrauch, operaron todos como agentes de empresas comerciales alemanas e inglesas y, en ocasiones, de unas y otras al mismo tiempo" (Harambour, 2017: 584). Con el paso de

tiempo, como una forma de mantener el control comercial e institucional, estos ricos comerciantes ostentarán también la representación oficial de las potencias extranjeras en Magallanes; Menéndez era cónsul de Argentina y de España, Braun de Estados Unidos y de Rusia, Blanchard de Francia, y Stubenrauch ejercía simultáneamente el cargo de cónsul de Gran Bretaña y de Alemania.

Hay que tener en cuenta que el capital inicial para poner en marcha las grandes haciendas lanares estaba constituido por las mismas tierras públicas, obtenidas a título gratuito o a precios irrisorios por estos hombres de negocios. Elsa Mabel Barbería, que analizó el caso de las estancias de Santa Cruz, demostró que "a mejores tierras correspondieron menores precios y exigencias, mayores posibilidades de acceso a la propiedad, grandes superficies, escasas inversiones y libre elección del sitio" (Barbería, 2001: 167). Una vez obtenidos los lotes de terreno llegarán los capitales británicos, casi siempre en forma de préstamo y que estarán garantizados por la propia producción de lana de cada temporada. La estancia Springhill, de ciento ochenta mil hectáreas y administrada por el galés Montagne E. Wales, y la estancia Bahía Felipe, con ciento setenta mil hectáreas, eran propiedad respectivamente de The Tierra del Fuego Sheep Farming Company Ltd. y The Philip Bay Sheep Farming Company Ltd., sociedades ambas participadas mayoritariamente por el grupo financiero Waldron & Wood[127].

Mientras, la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, cuyo principal socio capitalista era la firma escocesa Duncan, Fox & Co.128, gestionará las estancias Caleta Josefina, San Sebastián y Cameron.

Además de los capitales británicos, la mayor parte de los administradores, los capataces y el personal especializado de las estancias serán de origen anglosajón: ingleses, escoceses, malvineros, galeses o neozelandeses. El idioma oficial es el inglés y la moneda empleada es la libra esterlina. Esta acumulación de inversores extranjeros en suelo chileno provocó un gran revuelo en la capital, Santiago, donde los empresarios se quejaban de la dilapidación de las tierras públicas del sur. En paralelo, el modelo de colonización basado en la creación de grandes estancias mediante el acaparamiento de colosales extensiones de tierras estaba provocando un brusco frenazo a los procesos poblacionales. El periodista Pedro Nolasco Herrera lo resumía con meridiana claridad:

"al ganadero no le conviene, ni que se cultiven los campos, ni que las propiedades se subdividan, ni que aumente el número de habitantes, le conviene únicamente, por la naturaleza de su industria, que aumenten sus ovejas pero no la población" (Nolasco, 1897: 44).

Aunque la opinión pública exigió la aplicación estricta de la ley, que limitaba las hectáreas máximas por concesión, y se nombró una comisión gubernamental con la misión de revisar o anular las concesiones irregulares, la gran influencia de los

poderosos terratenientes y de los inversionistas británicos con grandes intereses en la región dio al traste con estas medidas.

Merece la pena detenerse no solo en el acaparamiento de tierras, sino también en las terribles condiciones de vida de los jornaleros. Eran en su mayoría chilenos o argentinos, que acudían a las estancias para trabajar en las labores de la temporada de esquila, entre diciembre y enero de cada año. Denominados "peones golondrina" por su estacionalidad laboral, eran trasladados a las estancias de Tierra del Fuego en los barcos propiedad de los grandes terratenientes. En su libro *Los chilotes de la Patagonia rebelde*, el profesor Luis Mancilla Pérez ha documentado la historia de esta emigración chilota: "A comienzos del siglo XX una gran cantidad de chilotes emigraba contratado para trabajar en las faenas de esquila en las estancias del monopolio ganadero que en la Patagonia crearon los Braun, Blanchard, Menéndez, Campos y otros. Esos chilotes firmaban un contrato en las oficinas de los representantes de las empresas de navegación —que realizan el servicio de cabotaje en todos los puertos de la Patagonia—,

y en octubre de cada año se embarcan en Castro para viajar, encerrados durante cinco días en las bodegas, hasta llegar a Punta Arenas donde las comparsas de esquiladores eran transportadas hasta las estancias de las sociedades ganaderas, otros continuaban viaje a Tierra del Fuego" (Mancilla, 2012: 47). Allí ejecutaban los trabajos más duros e insalubres y, tras largas y extenuantes jornadas de trabajo, al concluir la temporada de la esquila se encontraban de pronto desocupados esperando un vapor que los devolviera a Punta Arenas o Chiloé. Nunca les permitieron traer a sus familias ni quedarse a vivir en la región después de terminadas las faenas ganaderas. Los latifundistas sabían que favorecer la subpoblación era el mejor medio para mantener intacto el vigente sistema de acaparamiento de tierras en unas pocas manos. En Tierra del Fuego los jornaleros no iban a encontrar trabajo ni, por supuesto, tierras que explotar individualmente.

Además, los peones de estancia debían soportar el despotismo de los administradores y unas condiciones de trabajo infames: dormían hacinados en cuartuchos sin calefacción, nadie se responsabilizaba de los accidentes, no había médico ni botiquín, la alimentación era pésima —generalmente, carne cocida sin vegetales ni frutas, lo que provocó la generalización del cáncer de estómago—, no estaba regulado el trabajo de los menores y el salario se pagaba con fichas y vales contra la tienda de la sociedad, donde, en el colmo de la explotación, la empresa recuperaba la mayor parte de los míseros salarios que había desembolsado.

Para mejorar sus condiciones, los trabajadores se organizarán en torno a las federaciones y sociedades obreras y nombrarán delegados; es el caso de Marcos Mancilla, chilote, que representaba a la estancia Primera Argentina de los Menéndez-Behety. Sin embargo, cuando la protesta se generalice y las huelgas rurales se extiendan por toda la región, los grandes terratenientes acudirán al ejército y a la policía, que desatarán una brutal represión. Así sucedió con los obreros del frigorífico de Puerto Natales en 1919[129], los trabajadores de la Federación Obrera de Magallanes en 1920 y los peones rurales de Santa Cruz en 1921. Estos hombres, con las manos partidas a causa del duro trabajo en el campo y el rostro curtido y quemado por el viento helado, fueron capaces de plantar cara a los poderosos terratenientes, ocupando su gesta un lugar muy importante en la memoria popular.

Retomando las persecuciones de los selk'nam de Tierra del Fuego, una de las fuentes históricas de las que disponemos para conocer estos

hechos son los diarios o cartas en las que los empleados de las estancias relataban sus sangrientas aventuras. William Alexander Blain había nacido en Escocia en 1852 en el seno de una familia muy pobre.

Empleado como ovejero desde que era solo un muchacho, en 1878 llegó a las islas Malvinas contratado por la poderosa compañía ganadera Falkland Islands Company.

Cuando se acabaron las tierras disponibles en las islas para la explotación ovina, Blain dará el salto al continente para hacerse cargo en 1883 de la estancia Cóndor[130], propiedad de un grupo de capitalistas británicos y cuyas más de doscientas mil hectáreas estaban ubicadas en Santa Cruz en pleno territorio aónikenk. En abril de 1891 Blain llega a Tierra del Fuego como subadministrador de la estancia Springhill, con la tarea de poner en marcha la hacienda, dirigir a los empleados y enfrentar las incursiones de los selk’nam de la región.

Conocemos las memorias completas de Blain gracias a la rigurosa investigación realizada por Alberto Harambour en Edimburgo, en la sede del The National Archive of Scotland, y que fue publicada en forma de libro en 2016 con el título Un viaje a las colonias. *Memorias y diario de un ovejero escocés en Malvinas, Patagonia y Tierra del Fuego (1878-1898)*. En el texto aparecen frecuentemente los enfrentamientos de los empleados de las estancias con los selk’nam, que solían finalizar con la muerte o la detención de estos últimos. A mediados de junio de 1896 los hombres de la estancia Springhill capturaron a “alrededor de una docena de indios hombres, mujeres y unos pocos niños, que serían enviados a la misión estación en isla Dawson” (Harambour, 2016: 110). En otra expedición de castigo en noviembre de 1897, se hicieron cuarenta y cinco prisioneros, mujeres y niños en su mayoría: “hicimos caminar a los 45, hasta este lugar, y al día siguiente a Springhill, donde están ahora vigilados por hombres armados durante el día y con grilletes de hierro por la noche, hasta que puedan ser transportados”[131]. En enero de 1898 todo el grupo fue deportado a la misión salesiana de isla Dawson.

En la misma estancia Springhill y para la misma época trabajó el inglés James Radbourne como ovejero. Apodado “el Jimmy”, nos dejó estremecedores relatos de las cacerías humanas que fueron recopilados en forma de libro por el escritor norteamericano Herbert Childs[132]. En ellos describe las partidas de cazadores lideradas por un escocés extremadamente cruel, Duncan Mac Donald, quien “no gastaba balas en los viejos ni en las mujeres que eran dejados atrás sin defensa por los otros indios, pero saltaba de su caballo y acuchillaba a todos los que podía atrapar, viejos o jóvenes, hombres o mujeres. Ningún indio,

sin consideración de edad o sexo, escapaba vivo si estaban los jefes” (Childs, 1997: 52). El Jimmy reflexionaba en voz alta: “las cacerías de indios no eran tan románticas como se las había imaginado, ni podía admirar el sistema que estaba liberando a la isla de los nativos, pero era parte del trabajo y, al mismo tiempo, más excitante que nada de lo que hubiera hecho antes” (Childs, 1997: 49).

También trabajó a las órdenes de los hermanos Wales el inglés Sam Hyslop, uno de los hombres que se hizo famoso por su crueldad con los selk’nam. Su nombre aparecerá frecuentemente en el sumario judicial instruido por el juzgado de Valparaíso para investigar los crímenes contra los indígenas de Tierra del Fuego. José Agustín Concha, empleado de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego que estuvo en noviembre de 1894 en visita de inspección a las estancias ganaderas de la isla, declarará que el mismo Hyslop “contó al declarante y a varias otras personas con entera llaneza, que durante el tiempo que estuvo al servicio de Mont. Wales y Ernest Wales, su patrón le ordenaba matar a todos los indios varones grandes y le pagaba una libra esterlina por cada muerto que podía comprobar; que él, Hyslop, había procedido en consonancia y obedeciendo las órdenes de sus patrones en muchas ocasiones, recibiendo el estipendio ofrecido”133.

A cien kilómetros de Springhill se encontraba la estancia Gente Grande, cuyo administrador era otro escocés, John Farquhar Mac Rae. En 1891 regresaba de una expedición contra los selk’nam con un hombre y dos mujeres detenidos, que serán tratados como esclavos, “los cuales se distribuyeron de la manera siguiente: el varón quedó en poder del mismo McRae; una de las mujeres en casa del señor Stubenrauch y la otra mujer se le remitió a don Ramón Portas; que el primero murió de enfermedad natural y los otros dos existen en esta ciudad”134. Estas muchachas eran enviadas a Punta Arenas y empleadas como servidumbre doméstica en los palacios de los terratenientes ganaderos. El alemán Stubenrauch se hizo fotografiar en varias ocasiones junto a ellas, imágenes que han llegado hasta nuestra época conservadas en el Instituto de la Patagonia de Punta Arenas. En una de las fotografías se observa a tres mujeres selk’nam ataviadas con delantales blancos formando parte del personal de servicio y posando con el resto de la familia. La seriedad y la resignación se dibujan en sus rostros.



Mujeres selk'nam al servicio de Stubenrauch en Punta Arenas. Álbum Stubenrauch, Instituto de la Patagonia.

Las matanzas de las que fueron víctimas los selk'nam de Tierra del Fuego no pasaron desapercibidas y pronto provocaron la indignación de destacadas e influyentes personalidades. El 21 de noviembre de 1892 el senador por Valparaíso Agustín Edwards Ross clamaba por la cesación de las persecuciones: "Los indios, viendo que disminuyen los guanacos y que el territorio fueguino está ocupado por ganado lanar, naturalmente han entrado a cazar corderos para comer y vivir. Por ello los colonos están cazando o matando a bala de rifle a los salvajes, como si fueran guanacos; y esto sucede a vista y paciencia de las autoridades de Punta Arenas"135.

El escándalo va a traspasar incluso las fronteras de Chile y Argentina. Élisée Reclus, el pensador anarquista francés, autor de una monumental obra de veinte tomos sobre la geografía mundial, escribe al respecto de los selk'nam: "Pero, ¿cuántos quedan hoy?

Nacidos cazadores, persiguen el ganado de los blancos sin poder comprender que cinco o seis pastores puedan necesitar para ellos solos tantos miles de ovejas: encuentran muy natural compartirlas. Pronto habrán perecido todos, perseguidos por hombres armados de fusiles, a los que se les entrega como prima una libra esterlina por cada cabeza

de indio" (Reclus, 1893: 762).

"La Explotadora" y la solución final (1894-1901)

Los enfrentamientos aislados y los asesinatos individuales van a dar paso a una auténtica persecución en masa a partir del momento en que la temible Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego ocupe la práctica totalidad del territorio chileno de la isla. Ya hemos visto que el embrión de sus estancias lo compone la fantástica concesión

de tierras de más de un millón de hectáreas, obtenida por Nogueira, heredada por su empleado Moritz Braun136 y explotada con capitales británicos, que, a la postre, serán quienes adquieran toda la producción lanera.

La primera estancia de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego fue Caleta Josefina, puesta en marcha en febrero de 1894 en el interior de bahía Inútil con ovejas traídas de las estancias San Gregorio, propiedad de José Menéndez, y Pecket Harbour, cuyo dueño era Moritz Braun. Se nombra administrador a Alexander Allan Cameron, un neozelandés con una amplia experiencia en el negocio ganadero y que contratará como capataces y empleados a los más reputados "cazadores de indios". Una prueba de ello es que en 1923, en los alrededores de la hacienda, Martin Gusinde desenterrará media docena de cráneos selk'nam, consecuencia directa de las matanzas. El nombre de esta estancia fue puesto por Moritz Braun como homenaje a la que sería su esposa, Josefina Menéndez Behety, la hija mayor de Menéndez. Esta unión matrimonial permitió a Braun emparentarse con uno de los hombres más ricos de la región, con el que pronto se asociará comercialmente en muchos otros negocios.

Al año siguiente se fundó la estancia San Sebastián, que ocupaba 210.000 hectáreas cerca de la bahía del mismo nombre, casi en el límite con Argentina. Para esa época la frontera no constituía ningún obstáculo para los terratenientes, hasta el punto de que al otro lado se encontraba la estancia Sara, de los mismos dueños. El primer administrador de San Sebastián fue Norman G. Wood y enseguida sus empleados destacarán en el acoso a los selk'nam del lugar. El propio comisario de la policía argentina protestará por los asesinatos: "estos individuos se ocupan pura y exclusivamente en la caza de indios, ya sea en territorio chileno o argentino. Los indios tomados son enviados mediante una libra esterlina por cada individuo macho y cinco chelines por cada muchacho o mujer (…) Esto es un abuso que no se debe dejar pasar"137.

Años después, en 1906, se formará con casi cien mil hectáreas la tercera estancia, Cameron138, cuyo nombre homenajea al administrador neozelandés que rivalizó con sus propios hombres en las persecuciones. Ubicada al sur de bahía Inútil, con esta estancia, y con la adquisición en ese mismo año de las estancias Springhill y Bahía Felipe, la poderosa Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego completaba la apropiación de todo el territorio de la parte chilena de la isla susceptible de explotación ganadera.

Tal y como había sucedido anteriormente en otros lugares, el avance de la frontera ovina suponía al mismo tiempo el retroceso del territorio indígena, cada vez más reducido, y la persecución de los habitantes autóctonos, que eran percibidos como una molestia por los latifundistas. Justo en la época de la formación de las primeras estancias ganaderas, el periodista estadounidense John Randolph Spears realizó un

viaje por la Patagonia y Tierra del Fuego. Spears pronosticó el genocidio en su libro: “el negocio ovino se extiende con lentitud, como todo lo que se hace en las regiones de la América española, aunque es indudable su crecimiento. Probablemente ocupe toda la tierra con pasto disponible de la isla, a pesar de los Onas, del mismo modo que se expandió en Australia a pesar de los aborígenes o como el ganado se extendió por Texas a pesar de los Comanches (…) el ovejero terminará por arrinconar [a los selk’nam]

extendiendo sus cercas de alambre, y luego vendrá el exterminio" (Spears, 1895: 127).

Aunque la mayoría de la correspondencia personal de los grandes propietarios de tierras y los archivos comerciales de las sociedades ganaderas contienen huellas de haber sido prudentemente expurgados para retirar los documentos más comprometedores, el estudio atento de estas fuentes nos permite encontrar múltiples testimonios y pruebas de este genocidio. El 22 de febrero de 1894 Moritz Braun, gerente de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, ordena a Mac Rae, uno de sus capataces, que "quite de en medio a los selk'nam lo antes posible"139, y le envía tres hombres con sus armas y municiones a la zona de Sierra Boquerón. Mac Rae, que había trabajado como administrador de la estancia Gente Grande, tenía fama de ser uno de los más implacables "cazadores de indios".

Lista de armas y balas enviadas a las estancias de SETF. Museo Regional de Magallanes.

Unos meses después, en mayo del mismo año, Braun escribe a Peter McClelland, presidente de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego: "Estamos perfectamente preparados para los indios, de hecho tengo seis hombres que no hacen otra cosa que mantenerlos a raya"140. Incluso existen estadillos, como el que reproducimos en esta página, donde se relacionan las armas y municiones despachadas a las estancias de "la Explotadora" para acabar con los selk'nam: dieciocho carabinas y diez revólveres con

casi nueve mil balas con destino a Caleta Josefina y, en otro documento, quince fusiles con seis mil tiros para San Sebastián. En el lado argentino, también la gobernación de Tierra del Fuego recibió una considerable cantidad de munición que será empleada para que los policías hostiguen a los indígenas: diez mil balas de Remington y otras tantas de revólver (Penazzo, 1995: 218).

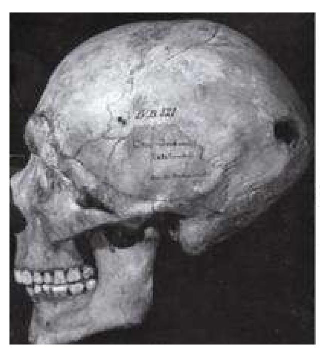
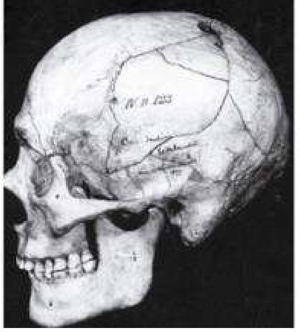
El 29 de junio de 1894 los hombres de Cameron llevan a cabo una redada contra los selk'nam de bahía Inútil, haciendo nueve prisioneros: seis mujeres, dos niños y un solo hombre adulto. Todos fueron deportados a la misión de isla Dawson en la goleta *Ripling Wave*. El número de muertos de esta acción nos es desconocido, pero podemos hacernos una idea gracias al testimonio de Ramón Serrano, quien, en carta a Braun, expresaba su esperanza de que "los que han quedado en el campo [muertos] sean el doble de número; de otro

modo no hay escarmiento posible”141. En las fotografías de la época es muy habitual que la presencia de mujeres y niños sea muy elevada, mientras que casi ningún hombre aparece en las imágenes, lo que nos permite sospechar su trágico final.

En marzo de 1895 el periódico *La Razón* de Punta Arenas publicaba una nota sobre uno de estos “traslados”: “Plena comprobación: deportación en masa de las mujeres y niños indígenas de la Tierra del Fuego. Habiendo uno de nuestros redactores emprendido viaje de recreo a la isla Dawson, tuvo lugar de presenciar, el día 23 del presente marzo el desembarque de 19 indios (11 mujeres y 8 menores) tomados en Tierra del Fuego, y llevados a la Misión Salesiana de Puerto Harris en dicha isla. Preguntando a los conductores del cargamento humano por la suerte de los hombres adultos y jefes de esas familias, se nos dijo ignorarla completamente. Ya se sabe qué suerte corren los hermanos adultos, los padres, etc., cuando de esas familias solo se trae a las mujeres y a los niños”142.

Mientras los directivos de la sociedad ganadera se felicitaban del éxito de la expedición de castigo contra los selk’nam, el gobernador Señoret, que todavía no se había inclinado ante la voluntad de los grandes ganaderos, se preguntaba “si muchos indios no habrán pagado con su vida el intento de proporcionarse alimento en esta inclemente estación y en aquellos parajes donde hasta el año pasado encontraba el indígena el guanaco y al cururo, de cuya caza ha siempre vivido”143. Ambas especies, especialmente el guanaco, fueron consideradas dañinas por los ganaderos y perseguidas con saña.

Cualquier viajero que recorriera la isla en aquel tiempo se topaba de frente con las huellas de la terrible carnicería. Es lo que le sucedió al explorador polar sueco Otto Gustav Nordenskjöld, que visitó la Tierra del Fuego en 1895. Al norte de la isla encontró los cadáveres de varios hombres selk’nam con signos inequívocos de haber sido asesinados con un disparo en la cabeza hecho a bocajarro. El orificio de entrada de la bala y la dirección del proyectil no deja lugar a dudas de que estas personas fueron


ejecutadas. Esto sucedió en las dependencias de la estancia Springhill. La prueba irrefutable es que Nordenskjöld desenterró los cuerpos y se llevó los cráneos y esqueletos a Suecia, conservándose en la actualidad en el Instituto Karolinska de Estocolmo. Se trata de un testimonio estremecedor que demuestra la falta de escrúpulos del puñado de terratenientes que se quedaron con las tierras, para quienes los habitantes originarios no eran otra cosa que una plaga a exterminar.

Cráneos selk'nam con orificio de bala recogidos por la expedición sueca, Museo de la Cultura Mundial, Gotemburgo, Suecia.

Existen diseminados por varios países muchos más restos humanos selk'nam con evidencias de violencia. Hasta 2016 el Museo de La Plata conservó en su inventario un cráneo identificado con el número 1340, procedente también de la estancia Springhill y que presenta un gran orificio en la sien izquierda, ocasionado por un arma de fuego. En 1902 fue llevado a Hamburgo otro cráneo selk'nam con huellas de un impacto de bala en la cabeza, cuyo estallido provocó que todos los huesos craneales estuvieran fisurados. Formó parte de las colecciones del Museo de Ciencias Antropológicas y Zoológicas de Dresde, la mayoría de cuyas piezas quedaron destruidas tras los bombardeos de la aviación aliada de 1945 (Gusinde, 1989: 224). Mientras, en el Museo Provincial de Tierra del Fuego de Porvenir, Chile, todavía se expone hoy a la vista del público un cráneo selk'nam parcialmente destruido por un balazo a corta distancia.

Para las autoridades, el denominado "problema indio" se estaba convirtiendo en un complejo y preocupante asunto que exigía ya una solución definitiva. El gobernador Manuel Señoret reconocía que la instalación de las ovejas en Tierra del Fuego había supuesto la desaparición de los alimentos tradicionales de los selk'nam, el guanaco y el cururo, lo que llevaba a los indígenas a la necesidad de procurarse ovejas en su sustitución. Esta circunstancia provocaba "encuentros

sangrientos entre el hacendado que cuida y defiende su propiedad y el indio, que desde su punto de vista y su estado de barbarie, considera legítimo matar y alimentarse con el ganado que pace en las pampas donde antes cazaba el guanaco". Incluso Manuel A. Cruz, ministro de la Corte

de Apelaciones de Valparaíso, giró una visita a Magallanes para informarse sobre estos asesinatos: "la voz pública acusa en Punta Arenas a aquellos empleados y a sus jefes o superiores de crueles e innecesarias vejaciones cometidas en las personas de los indios y de sus mujeres y aún de odiosos asesinatos perpetrados con refinada maldad para evitar aquellas depredaciones" (Guerrero, 1897: 139). Nuevamente La Razón, uno de los diarios que denunció con más energía las matanzas, se preguntaba: "¿Con qué derecho se destrozan las familias y se deporta o destierra a los verdaderos propietarios del suelo fueguino, por el solo crimen de buscar el alimento que se les ha arrebatado? ¿Dónde está la ley o la autorización para tales atentados? "144.

Era urgente resolver esta situación de una vez por todas. Señoret se preparará para tomar una medida "equitativa y humanitaria" que, sorprendentemente, supondrá que hombres, mujeres y niños sean cazados como animales salvajes y deportados de su territorio:

Los indios de que trato, que son los onas, se han mostrado hasta ahora refractarios a la civilización y a la influencia de los padres salesianos. No creo que las misiones entre ellos, en el territorio que ocupan, obtuvieran resultado alguno y estimo, de acuerdo con Monseñor Fagnano, superior de la misión salesiana, que la medida más eficaz y prudente sería recogerlos y trasladarlos todos a la isla Dawson. Imposibilitados así para hacer mal, obligados por su ignorancia de la navegación a permanecer en la isla y a recibir de los padres salesianos su alimentación, irían poco a poco penetrándose de las ventajas de la civilización y adquiriendo hábitos de trabajo y de cultura de que ahora carecen por completo; no pasaría mucho tiempo sin que fuera posible darles parcialmente entera libertad para fijarse en otros puntos del territorio y llegar a ser miembros útiles de la comunidad. La medida que propongo es de rápida y económica ejecución y tendría la ventaja de resolver de una vez el problema. Se calcula que el número de indígenas de la Tierra del Fuego llegue a 1500 aproximadamente. Bastaría para recogerlos una partida de caballería de 30 a 50 individuos y un escampavía que los fuera trasladando a Dawson a medida que se iban reuniendo y en el próximo invierno todos los onas estarían en la isla Dawson145.

Este estremecedor documento, un informe escrito por el gobernador de Magallanes y dirigido al ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, demuestra que las más altas autoridades conocían con detalle cómo se estaba planificando y llevando a cabo la deportación masiva del pueblo selk'nam.

El plan se pondrá en marcha con la captura de un primer y numerosísimo grupo formado por 225 personas, familias enteras que serán llevadas discretamente a la misión salesiana de isla Dawson. Sin embargo, la siguiente batida, en la que se capturará a 165

selk'nam, devendrá en el mayor escándalo de la historia de Punta Arenas cuando, inesperadamente, los selk'nam arriben a la ciudad en lugar de a la misión. Las rencillas entre el gobernador, defensor furibundo de un liberalismo laico, y los salesianos, que se arrogaban el papel de evangelizadores, llevaron a Señoret a tomar la decisión de no entregar los indígenas a los religiosos en esta ocasión[n146].

Además, no debemos olvidar que entonces en Chile existía un gran recelo en contra de los salesianos. A muchas personas les parecía inaceptable que el Estado chileno entregase a unos religiosos extranjeros grandes extensiones de tierras públicas además de asignaciones económicas, y sobre todo que les permitiera utilizar a los indígenas como mano de obra gratuita en sus estancias y aserraderos. Unos misioneros italianos que actuaban con total independencia de las autoridades, puesto que solo se debían a sus superiores en la congregación. Además, tenían su sede principal en Buenos Aires, casas en la Patagonia argentina y otra misión en Río Grande, lo que los convertía en doblemente sospechosos a los ojos de muchos chilenos. Sin duda, estas serán algunas de las razones que pesarán en 1911 en la decisión tomada por el gobierno chileno de no renovar el arrendamiento de la misión de isla Dawson.

La redada se llevó a cabo en julio de 1895 y fue efectuada con extrema violencia por los hombres de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, con un balance indeterminado de muertos y heridos. Sabemos que Alexander Allan Cameron mató a la vista de todo el mundo a los dos cabecillas selk'nam, para someter así al resto del grupo. Los 165 prisioneros serán recluidos durante casi veinte días en un gran galpón de la estancia Caleta Josefina, donde el administrador realizó el primer reparto de acuerdo con Moritz Braun: "como supongo que todos los indios irán directamente a Punta Arenas, no reservaré aquí más que los que yo necesito, así es que si Ud. necesita alguno, puede elegirlo allí"[147]. A principios de agosto fueron trasladados en el *Huemul*, un escampavía de la Armada chilena, a la

capital de Magallanes, donde serán repartidos como esclavos entre los habitantes de la ciudad. Los testimonios de los numerosos testigos son estremecedores:

Como a las dos de la tarde del mismo día la indicada exhibición fue a lucirse a la plaza.

El capitán Don Ramiro Silva, con la policía, pretendió hacerlos formar, sin conseguir su objeto, llevándolos en seguida a la Gobernación. En el trayecto, cuando se traía a los indios de la plaza, se les hizo parar frente a la botica del señor Piña con el objeto de fotografiar este cuadro de vergüenza y desgracia, fotografía que tomó el joven don Sigfrido Braun. Después de esta operación fueron llevados a la puerta de la Gobernación Civil en donde se cubrió de ropa a los que todavía no la tenían. Enseguida algunos se dispersaron por la población y el resto fue llevado a su alojamiento. Al siguiente día debía ser el reparto de los indios, para cuya operación se quitaban a las



madres sus hijos, por la comisión nombrada para este objeto, la cual estaba compuesta de Don Ramiro Silva, el comisario de policía don Alberto Barra, don Carlos Heede y don Rodolfo Stubenrauch. Me consta que ninguna india ha dado voluntariamente a sus hijos, los cuales han sido quitados por la fuerza148.

El mismo declarante relata en su testimonio cómo vio a dos mujeres selk'nam llorar y gritar desesperadamente porque les habían arrebatado a sus hijos pequeños y cómo a una de ellas la azotaron brutalmente con una huasca para hacerla callar.

Un militar o marino señalando a los selk'nam recluidos en Dawson Álbum Stubenrauch, Instituto de la Patagonia.

Otra testigo, Camila José de Paz, declaró que “habiendo tenido noticia de que iban a ser repartidos los indios traídos de Tierra del Fuego entre las personas que los solicitaran, averigüé quienes estaban encargados de dicha repartición. Me dirigí a uno de ellos y me dijo que volviera al día siguiente. Volví pero ese día no dieron ninguno a nadie. Al día siguiente comenzaron a repartirlos pero de una manera muy irregular pues a algunos les permitían entrar a donde estaban las madres y padres teniendo a sus hijos como almohadas para que no se los descubriesen, los elegían, y se los llevaban a pesar de las protestas, gritos y alaridos de los indios, que se tomaban la cabeza a dos manos. Todos querían hacer lo mismo, pero a ciertas personas no más se lo permitían. Al día siguiente vi repetirse la misma operación, y observando que a algunos que habían pedido después que yo les daban y a mí no, me aburrí, pensando que esta era más bien una repartición de favoritismo que una repartición General. Algunos se llevaban hasta dos y otros ninguno”149. Aunque la comisión oficial que organizaba el “reparto de indios”

aseguró que estos se entregaban con el consentimiento de sus padres, los múltiples testimonios recogidos, como el anterior, demuestran que no era así.

Para situarnos correctamente en la época, hay que recordar que Chile había promulgado setenta y dos años antes la Ley de Abolición de la Esclavitud, decretada por el Congreso Nacional del 25 de junio de 1823 y que en su artículo 2 establecía que

“en Chile no hay esclavos y el que pise su territorio queda libre”. Sin que pareciera importarle esta circunstancia, el gobernador Manuel Señoret se felicitaba de la rapidez con que los selk’nam adquirían las costumbres civilizadas después de haber sido entregados como esclavos: “el grupo traído a Punta Arenas en agosto de 1895 ha dado a los menos quince o veinte adultos que en pocos meses han demostrado la facilidad con que se adaptan a los hábitos de la civilización. Los niños se prestan admirablemente para cambiar su sistema de vida y sobre todo cuando se hallan en poder de familias donde ellos ven prácticamente los usos y costumbres de la gente civilizada” (Señoret, 1896: 23). Ahora bien, cuando se difundieron las noticias del vergonzoso “remate de indios”150 y se conocieron los detalles del inhumano trato dado a los selk’nam, la prensa y la opinión pública reaccionaron protestando airadamente. Los días 8 y 9 de noviembre de 1895 el diario *El Chileno* publicaba en la capital un largo artículo titulado “Cacerías de indios, escenas de sangre”:

En los días 7, 8 i 9 de agosto, se llevó a cabo el doloroso i salvaje

espectáculo que en Punta Arenas se ha llamado el REMATE DE INDIOS, en medio de las escenas más desgarradoras que he visto en mi vida. Los amigos del gobernador Señoret recibieron para su servicio uno o más pequeños esclavos. Siento oprimida mi alma por el recuerdo de aquellas escenas cuando las evoco al escribir estas líneas. Al comprender que les arrebataban sus hijos, los indios salieron de su habitual serenidad y dócil placidez, y dando gritos horribles, con ademanes desesperados, trataron de defender a sus criaturas. Cada niño arrebatado originaba una escena. La madre se echaba sobre su hijo defendiéndolo con su cuerpo, mientras el padre, con la expresión de todas las furias en los ojos, dando aullidos que infundían pavor, se lanzaba sobre los que le robaban su niño, atacándolos con las manos, los dientes y las uñas. Los niños mismos se resistían, se agarraban a las piernas de sus madres y se echaban al suelo golpeándose contra las piedras, y fue menester amarrarlos, arrastrarlos a la fuerza por las calles y aun cargarlos en carros, como carne para el matadero. Y allá en las casas de sus nuevos amos, encerrados en un cuarto oscuro, atados los brazos y los pies, algunos golpearon sus cabezas contra el suelo con salvaje violencia hasta hacerse heridas (…) Horrorizado y sin hallar medio de protestar contra aquellas iniquidades que la autoridad había decretado, me retiré a mi alojamiento, y allí vi todavía, desde la ventana, a dos hombres que arrastraban a una niña como de ocho años, entre gritos de desesperación.

Después, los padres y madres se pusieron a correr por la ciudad, llamando en su idioma a sus hijos con exclamaciones lastimeras, llorando a gritos, mesándose los cabellos, mirando al interior de las casas con horrible angustia. Una india casi desnuda pasaba cerca de mi alojamiento, tenía la áspera y revuelta cabellera sobre los ojos, airado y espantoso el rostro y gritando alzaba al cielo los brazos como si profiriera maldiciones.

De súbito se detuvo, calló y vi pasar por su semblante un rayo de felicidad. Había oído en el interior de una casa el llanto de su hijo pequeño, sin aguardar más atravesó el umbral arrastrada por el amor, loca de esa locura que tienen las madres aun entre las fieras; pero un instante después el dueño de casa la arrojaba a golpes a la calle cerrando tras ella la puerta, y la india caía al suelo inerte, medio aturdida, lanzando un ronco aullido como de fiera moribunda (…) En las noches de aquellos días de la repartición de esclavos se oían resonar en el silencio los gemidos de los indios en su galpón de la playa. Amontonados padres y madres lanzaban a las sombras su dolor y llamaban a sus hijos con gritos capaces de conmover a las piedras. Los vecinos de aquel barrio, no pudieron dormir con los continuos y monótonos alaridos que exhalaban desde el ocaso al alba aquellos

infelices.

Las denuncias llegaron hasta el Senado de Chile, donde se trataron los "sucesos de Magallanes" en la sesión del 13 de enero de 1896. Ramón Ricardo Rojas, senador por Llanquihue, presentó como prueba la declaración ante el juez de un vecino de Punta Arenas, el abogado Julián Sardés. Su testimonio, que también se difundió en los periódicos de la época, es estremecedor y conviene transcribirlo completo aquí: Me consta que de orden del Gobernador don Manuel Señoret se han traído los indígenas los cuales fueron repartidos entre los habitantes de este pueblo por una comisión nombrada al efecto por la Gobernación, cuyo reparto fue hecho de una manera tan inhumana que daba horror ver a algunos de los comisariados ayudados por la población arrebatando a las madres sus hijos. He visto indios grandes de ambos sexos dando a entender por sus ademanes que protestaban por el estado a que los habían sometido, es decir porque los entregaban como esclavos al interesado que los pedía.

Estos hechos no solo los he presenciado yo en esta población, sino que también entre las muchas personas que ahora no recuerdo, don Santiago Díaz, don Enrique Bacigalupi, don Floridor Sayego y don Enrique Jiménez que reside actualmente en Quillota. Todos los días veo salir de la cárcel de este pueblo a grupos de indios que van custodiados por la policía a trabajar a la descarga del carbón que llegó en el *Angamos* y en muchos trabajos públicos y particulares del Gobernador, a pesar de que la carga según he oído decir está dada a contrata particular. Después que se concluye el trabajo la policía vuelve nuevamente a la cárcel en forma de esclavos a esos infelices, a quienes he visto diariamente lamentarse de hambre en su prisión y algunos moribundos por lo malsano

del patio en donde los alojan en la cárcel. El doctor don Rigoberto Aranis les ha dado siempre que comer y medicinas costeadas de su propia cuenta, por lástima.

He oído decir por muchas personas que don Rodolfo Stubenrauch tiene indios prisioneros en su chata, ocupándolos en la descarga del carbón, siendo capitán de esta chata don Santiago Steffens. Los abusos que con los indios se cometen datan desde mucho tiempo a esta parte, sin que la autoridad administrativa lo haya impedido. Por el contrario se la señala por la voz pública, como el único responsable y así lo denunciaba la prensa en distintas ocasiones, como se ve en los seis números del periódico *La Razón* que acompaño.

En Porvenir (Tierra del Fuego) en una estancia que posee don Rodolfo

Stubenrauch en sociedad según creo con N. Mac Kray, es notorio que se hacen cacerías de indios a bala y cuando no es así, envenenan ovejas muertas para que sean comidas por los indígenas con el fin de concluir con ellos. Estas cacerías o matanzas de indios, tienen por objeto impedir que los indígenas tomen y coman las ovejas del señor Stubenrauch. Estos datos me los proporcionaron en una excursión en que hice a Tierra del Fuego ahora nueve meses más o menos y me los dio un individuo cuyo nombre ignoro y que es de profesión carpintero y al cual he visto aquí en varias ocasiones y también por los sirvientes del mismo Mac Kray que en la época a que me refiero volvía de una excursión en la cual habían dado muerte como a ochenta indígenas. La cacería, como es de suponer, se hace muy reservadamente entre tres o cuatro individuos sirvientes de confianza de Mac Kray y otras veces por los empleados de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego y de otra estancia vecina, situada en Gente Grande. Estos hechos no pasan ignorados en Porvenir, pues muchas veces se han visto los cadáveres de indios en el campo. A orillas de un río vecino a estos lugares pueden verse en la actualidad cantidades de huesos y restos de indígenas. Mejor que yo pueden declarar a este respecto los vecinos de esa localidad y entre ellos don Juan Pablo Durán, don Nicolás Covachich, don Cosme Espiro, don Ramón Lisboa, don Melitón Riquelme y don Vicente Traslaviña. Muchas personas entre otras a la policía he oído decir que en la cárcel se azota a los indios. Como principal cómplice se señala en la matanza de indios y otros serios crímenes cometidos o amparados por el gobernador, al actual ministro de la Corte de Apelaciones de Valparaíso, don Leoncio Rodríguez, quien en sus visitas hechas aquí con carácter de tal, como es notorio, se ha ocupado en amenazar a empleados y particulares, haciendo caso omiso de graves crímenes cometidos en las personas de los indígenas por el interés que tiene como fuerte accionista de la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego. Por este motivo se publicó en el número diecinueve de *La Razón* diario que acompaño entre los mencionados, el artículo titulado: “Por qué el Gobernador no ha querido impedir las matanzas de indios en la Tierra del Fuego”, artículo que subrayado y cuyo autor fue el entonces director de aquel periódico doctor

don Florencio Middleton. Ignoro quien haya podido proporcionado esos datos pues todos los días nos llegaban quejas y denuncias de distintas personas entre las cuales por ahora recuerdo don Julio Izarrótegui y don Antonio Rojas[151].

Como no podía ser de otro modo, los salesianos se prepararon para sacar partido a la situación y se ocuparon de azuzar a la prensa y a la población contra su enemigo Señoret. El sacerdote salesiano

Maggiorino Borgatello nos ha dejado una vívida descripción de aquellos días terribles: “en medio de escenas las más desgarradoras, sacando por la fuerza los hijos de los brazos de sus padres para hacer de ellos esclavos.

Por los malos tratamientos recibidos, por el hambre y nostalgia y sobre todo por verse privados de sus criaturas sin saber noticias de ellos, todos los indios cayeron miserablemente enfermos y no pocos han muerto. Lo peor era que esos enfermos, así de gravedad como se hallaban, eran enteramente abandonados y muchos yacían sobre la nieve o barro, sin abrigo ninguno, y casi desnudos por completo”152.

Este polémico y ruidoso asunto llevó a la Corte Suprema de Valparaíso a ordenar al juez de Magallanes la apertura de un proceso de instrucción para esclarecer estos hechos, el famoso “Sumario sobre vejámenes inferidos a indíjenas de Tierra del Fuego”.

Los más de cuatrocientos folios que componen el expediente judicial contienen decenas de testimonios sobre la brutalidad con la que los estancieros y las autoridades trataban a los selk’nam de Tierra del Fuego. A pesar de estas evidencias, nadie resultó condenado y el juez Waldo Seguel terminó sobreseyendo la causa. Sin duda alguna, las presiones de Leoncio Rodríguez, que llegaría a ser presidente de la Corte Suprema de Justicia, influyeron decisivamente en la absolución de los acusados. Rodríguez era además amigo íntimo de Moritz Braun y Manuel Señoret, con los que compartía participaciones en las sociedades ganaderas y otros negocios de tierras.

De todos modos, el escándalo obligó a Señoret a renunciar a su puesto en 1896. Tras cuatro años de mandato en los que se había conducido como un soberano absoluto favoreciendo siempre a los grandes terratenientes extranjeros, el caso del “remate de indios” fue la puntilla que precipitó su destitución. Su sucesor, el delegado del gobierno Mariano Guerrero Bascuñán, enseguida se dará cuenta de la magnitud del problema que tiene entre manos: “los onas llevaban en Tierra del Fuego una vida tranquila y holgada con los elementos que su suelo les ofrecía: pero vinieron los exploradores, que la recorrieron en diversos sentidos con propósitos meramente científicos, y poco más tarde los buscadores de oro, y recibieron de ambos los primeros agravios. Desde entonces comenzaron a mirar al hombre blanco con profunda desconfianza (…) los empleados de las estancias han repelido con firmeza y a veces con severidad a los indígenas, y no es raro el caso en que haya llegado a Punta Arenas la noticia de haber sido muertos varios indios en esas refriegas, lo que ha dado margen a procesos ruidosos

y de consecuencias mortificantes para los empleados que han tomado parte en repeler las agresiones” (Guerrero, 1897, I: 136). No obstante, la solución que aplicará el nuevo gobernador va a ser muy similar a la de su antecesor. Continuará con las deportaciones, aunque, eso sí, los selk’nam serán confinados en isla Dawson sin pasar por Punta Arenas.

Autoridades, terratenientes y salesianos se confabularán así para completar el vaciamiento de la isla de sus ancestrales habitantes. Los hacendados de la parte norte de la isla, William Blain de The Tierra del Fuego Sheep Farming Company, Mont E. Wales de The Philip Bay Sheep Farming Company Ltd. y Rudolf Stubenrauch de la Sociedad Wehrhahn y Cía., acordarán con los salesianos sufragar los gastos de manutención de los selk’nam, mediante la aportación de una libra esterlina por cada indígena desalojado de la isla. El 19 de noviembre de 1897, en la estancia Bahía Felipe, los empleados de The Philip Bay Sheep Farming Company Ltd., dirigidos por el administrador Wales, capturan a cuarenta hombres, mujeres, niñas y niños, después de una expedición de castigo por los alrededores. Los selk’nam estuvieron casi dos meses prisioneros en un galpón, hasta el 13 de enero de 1898, cuando fueron deportados a Dawson (Harambour, 2016: 165).

Enseguida se sumó al pacto la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, que ya tenía un acuerdo privado con los salesianos para la deportación de selk’nam[153]. El propio Moritz Braun justificará el gasto económico que suponía esta medida: “El padre Fagnano presentó una solicitud concerniente a los indígenas y nosotros convinimos en dar una libra esterlina por cada indio que enviáramos a la isla Dawson (…) es el modo más barato de deshacernos de ellos, más corto que dispararles, lo que es más censurable”[154]. Como vemos, el plan sistemático para deportar a todos los selk’nam de Tierra del Fuego debía ejecutarse con mucha reserva y con el menor coste económico posible. Como ha demostrado la escritora canadiense Jane Springer, “el genocidio no podría tener lugar sin una amplia preparación y planificación por parte de los instigadores o perpetradores. En su mente, los perpetradores tienen buenas razones sobre la necesidad de desembarazarse de un grupo particular de personas” (Springer, 2014: 44).

Para abordar la solución del problema de una vez por todas, el directorio de “la Explotadora” se reunió de forma extraordinaria a finales de 1896. Tras constatar que la introducción de ganado lanar en la isla había acabado con las fuentes de alimento de los indígenas y que por consecuencia no tenían otros elementos de subsistencia que el

“robo”, le propusieron nada menos que al presidente de la República

de Chile la deportación por razones humanitarias de toda la población selk'nam de la isla. Los hacendados se permitirán incluso aconsejar a la máxima autoridad del país sobre dónde

debían llevar a los selk'nam capturados: "no sería imposible distribuirlos en las islas Dawson, Navarino, Wollaston y otras, y aún se podrían colocar una buena parte de ellos en Punta Arenas, Puerto Montt y algunas otras ciudades chilenas cuyo clima no difiera mucho del de Magallanes. Se podría aun largar un número considerable, tantos como se quisiesen, en la parte de la Patagonia despoblada inmediata a la cordillera, donde no podrían hacer daño a nadie". Es decir, para los estancieros no importaba adónde los llevaran con tal de que fueran alejados de sus haciendas. Incluso ya habían hecho sus cálculos: "el número de indios debe alcanzar alrededor de mil por lo que la extracción podría hacerse fácilmente en una temporada de verano y por unos cincuenta hombres montados", poniendo a disposición del gobierno los empleados de sus estancias para la cacería que se avecinaba. Aún más, conscientes del gasto que las autoridades tendrían que afrontar para el mantenimiento de los selk'nam, "la Sociedad estaría dispuesta a hacer algún sacrificio para contribuir al sustento de estos indios y a los gastos que origine su extracción de la isla y tenemos motivos para creer que los demás hacendados de Tierra del Fuego no se excusarán de hacer otro tanto"155.

Desde Santiago llegaban buenas noticias para las estancias ovinas de Tierra del Fuego.

El presidente de la sociedad ganadera le comunicaba alborozado a Moritz Braun: "Ud.

tendrá por supuesto un sargento de policía para atender sus haciendas que nos será de gran utilidad, y deberemos proporcionarle toda la asistencia requerida en orden a protegernos de las hordas indígenas. Teniendo un hombre, un oficial de la ley, todo lo que podamos hacer en orden a defendernos de los ataques de los indios no puede entonces ser interpretado como homicidio"156. Este documento es trascendental, pues contiene el reconocimiento implícito por parte de la compañía ganadera de los asesinatos que sus empleados estaban cometiendo contra los selk'nam. Además, es uno de tantos ejemplos que demuestran la absoluta subordinación de las fuerzas policiales a los intereses de los grandes empresarios latifundistas.

En efecto, los estancieros mantuvieron siempre una excelente relación con las principales autoridades del territorio, hasta el punto de que llegaban a influir en el nombramiento del gobernador157. Por

supuesto, la policía y el ejército se hallaban enteramente a su servicio para cumplir un triple objetivo: mantener a raya a los indígenas, resolver conflictos delictivos, como el robo de ganado, y reprimir duramente a los obreros y jornaleros cuando se atreviesen a reclamar por sus derechos laborales.

En 1911 Moritz Braun envió una carta al ministro de Guerra y Marina solicitando la presencia permanente en Punta Arenas de un batallón, “que sirva para mantener el orden y a la vez garantizar la tranquilidad a los habitantes”, ofreciendo incluso una de sus múltiples propiedades para que los militares pudieran instalarse con comodidad[158].

En diciembre de 1912 el administrador Cameron de “la Explotadora” se colocó al mando de una tropa del regimiento Llanquihue enviada a la parte chilena de Tierra del

Fuego afectada por las huelgas obreras para “restablecer el orden”. Más tarde, a finales de 1916, en el lado argentino de la isla, la Sociedad Anónima Ganadera y Comercial Menéndez Behety puso a disposición del gobernador Manuel Fernández Valdés un vapor para el movimiento de gendarmes en la isla, al objeto de sofocar la huelga de los esquiladores decretada por la Federación Obrera de Magallanes (Belza, 1977: 107).

Después de haber masacrado a los selk’nam, los peones desocupados y los vagabundos se convertirán en el nuevo enemigo a batir, como reconoce en su correspondencia Alejandro Menéndez Behety: “¡Cuántos beneficios nos reportó a nosotros el teléfono en Tierra del Fuego cuando se daba gran vuelo a los trabajos de aquellos establecimientos y teníamos que librarnos de los malones de los indios onas! Aquí son los indios blancos que hay que sorprender y castigar y nada facilitará más esta tarea que una buena línea telefónica”[159].

En el lado argentino de Tierra del Fuego el mismo Moritz Braun visitó a principios de 1896 la comisaría de San Sebastián para coordinar con la policía la acción represiva contra los últimos focos de selk’nam rebeldes. Se trata también de un ejemplo de la fragilidad de la frontera entre Chile y Argentina, cerrada para la población en general, pero prácticamente inexistente para los grandes estancieros, que se movían cómodamente y sin dificultades a ambos lados de ella. Los gastos de edificación y el mantenimiento de los puestos policiales en la Patagonia correrán a cuenta de los latifundistas, como reconoce Braun al referirse a la provincia de Santa Cruz, adonde habían extendido el negocio ganadero: “se levantaron construcciones, incluso casa para la comisaría y potrero de alfalfa bajo riego para la caballada

policial. Tratándose de una zona cordillerana, frecuentada por maleantes que asientan sus reales a un paso de la frontera, se pensó en la conveniencia de atraer de esa manera el apoyo de la autoridad policial" (Barbería, 2001: 166).

En los dos primeros meses de 1898 los empleados de la estancia Caleta Josefina todavía capturarán a veinticinco selk'nam, que son enviados a la misión de Dawson.

Son las postreras grandes batidas. A pesar de ello, en abril de ese año, los accionistas de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego volvieron a insistir ante el presidente chileno para que las autoridades acabaran de una vez por todas con los pocos indígenas que todavía se desplazaban en libertad por la isla: "para llevar la tranquilidad a los hogares, la confianza del trabajo, el bienestar social, en una palabra, el progreso general de esas colonias, se requiere como base y condiciones indispensables de existencia y desarrollo, la garantía de la propiedad, y la seguridad de los derechos individuales, garantía y seguridad que no es dable obtener y consolidar sin la extracción de los indios de Tierra del Fuego".160.

Muy poco tiempo después, el capataz Alexander Allan Cameron confesaba que "el problema indio está casi terminado"161. Apenas quedaban selk'nam viviendo en libertad en Tierra del Fuego, tal y como acredita el propio Moritz Braun, que escribía preocupado al presidente de "la Explotadora": "si podemos capturar indios este invierno, intentaré guardar una niña para enviársela"162. Hay que tener presente que, si el siniestro Mac Lennan era el hombre de confianza de José Menéndez, Cameron era la mano derecha de Moritz Braun. La confianza puesta en el neozelandés fue total, hasta el punto de que no solo llegó a alcanzar en 1906 el puesto de administrador general de la compañía, sino que además Braun se ocupó de pagar la fianza de cuatro mil pesos que le había impuesto un juez como uno de los principales responsables de los crímenes contra los selk'nam (Gómez, 2018: 29).

Cualquier viajero que visitara Punta Arenas en aquella época se hacía eco inmediatamente de las noticias y relatos sobre las "cacerías de indios". El geógrafo francés Paul Walle pudo ver a los asesinos con sus propios ojos: "no hay ninguna exageración en esto porque hemos visto el regreso de estas partidas de caza" (Cañas, 1911: 282). Algunos de los grandes terratenientes incluso presumían en público de sus violentas hazañas contra los indígenas. El explorador belga Adrien de Gerlache cuenta su estadía en la ciudad antes de partir en viaje hacia el Polo Sur: "Fuimos invitados a un gran picnic. Éramos quizá sesenta

personas en total en esta fiesta campestre, y sin embargo había diecinueve nacionalidades representadas. Un suizo, antiguo oficial del ejército ruso, era nuestro anfitrión. ¡Fue muy interesante escuchar a esta gente contarnos sus novelescas vidas! Me senté al lado de un millonario de Tierra del Fuego que posee una estancia con 100.000 ovejas y mantiene a los carabineros a los que entrega una libra esterlina por cada cabellera de 'perro salvaje'; así es como se llama a los desgraciados indios en el mundo de los negocios" (Gerlache, 1902: 71). Roberto Payró, el sagaz periodista argentino que recorrió la isla en 1898, se lamentaba: "El fueguino se extingue con pasmosa rapidez. Asistimos a los últimos estertores de su agonía, comenzada desde que los primeros hombres blancos pusieron el pie en su isla (…) se les ha cazado como a fieras, en nombre de los más altos principios de la humanidad" (Payró, 1898: 205).

Una fotografía del ingeniero francés Alberto Bour de 1905, fecha en la que ya se había consumado el genocidio, nos permite hacernos una idea de cómo eran las partidas de "cazadores de indios". En ella posan diez hombres que hacen ostentación de sus armas, Winchester, revólveres, cuchillos y lazos, calzados con botas altas de montar, muchos tocados con gorra escocesa, lo que delata su origen. Con la mirada dura de hombres dispuestos a realizar cualquier trabajo, el grupo presentaba un aspecto aterrador y mortífero. La imagen fue publicada por vez primera por Mateo Martinic en 1982 y está tomada en el lado chileno de la isla Grande, probablemente en la estancia Baquedano, en la comarca de Sierra Boquerón, una zona donde los selk'nam habían



sido casi eliminados de forma violenta tan solo unos años antes. En cada estancia se formaron grupos de empleados armados de apariencia similar a los de la imagen, cuya tarea principal consistía en acabar con los selk'nam. Lucas Bridges, que conoció bien a los supervivientes, relataba cómo desde la instalación de las estancias ganaderas y el comienzo de las persecuciones resultaba muy peligroso andar por la isla vestido con una piel de guanaco…

Grupo de hombres armados en Tierra del Fuego hacia 1905. Fotografía: Alberto Bour, Instituto de la Patagonia.

Resuelta violentamente la cuestión indígena, los grandes terratenientes extenderán sus dominios casi hasta el último rincón de la isla. Como explicaba la doctora Grete Mostny al referirse a la parte chilena de la isla, "el total de tierras controladas por la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego como arrendatarios y propietarios llega a 1.700.000 hectáreas o 17.000 kilómetros cuadrados, es decir, una superficie que equivale a casi el 60% de Bélgica" (Lipschutz, 1950: 43).

Es muy importante señalar que, desde el punto de vista de los grandes terratenientes, la aniquilación de la población selk'nam debía ser total, incluyendo también a niñas y niños, al objeto de que nadie pudiera

exigir más tarde el derecho a la restitución de sus tierras ancestrales. Francisco Jackson, familiar de Alexander Mac Lennan, el más temible “cazador de indios”, lo razonaba así: “en Tierra del Fuego no quedaron descendientes de indígenas para reclamar las tierras. Es duro decirlo, pero las matanzas de Alexander y otros son las que permiten que hoy exista absoluta tranquilidad en Tierra del Fuego y la Patagonia en general”163. Sin embargo, este testimonio está errado, puesto que, a pesar del tremendo impacto demográfico sufrido por la población selk’nam, hubo muchos sobrevivientes. Para disgusto del descendiente de Mac Lennan,

los selk’nam contemporáneos hoy reivindican con orgullo el legado de sus ancestros y exigen con determinación y energía el derecho a la tierra y a su identidad cultural.

Menéndez y los asesinatos del lado argentino (1895-1901)

El investigador que estudia el proceso de colonización ovina de la Tierra del Fuego y la Patagonia no puede dejar de sorprenderse al comprobar que las personas que monopolizaron el negocio lanar en Argentina son exactamente las mismas que las que coparon ese rubro en el lado chileno. Estamos hablando de José Menéndez, próspero empresario español radicado en Punta Arenas, dueño de la estancia San Gregorio en Chile, uno de los primeros accionistas de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego y que en el lado argentino será propietario de tres grandes estancias en los alrededores del río Grande. Y de su yerno Moritz Braun, de origen centroeuropeo, heredero a través de su hermana de la gran “concesión Nogueira”, promotor de las principales estancias ganaderas en Chile y que explotará la estancia Sara en la Tierra del Fuego argentina.

También es el caso de Lucas Bridges, dueño junto a sus hermanos de las estancias Harberton y Viamonte en el lado argentino de Tierra del Fuego y que en Chile desarrollará un espectacular negocio ovino en la región de Aysén. Como no podía ser de otro modo, aparecen otra vez los mismos apellidos, puesto que allí Bridges se asociará nada menos que con Moritz Braun y Francisco Campos Torreblanca, yerno de José Menéndez, ganándose el sobrenombre de “Señor del Baker”164. Es evidente que para estos grandes latifundistas la frontera entre ambos países era una borrosa línea que se traspasaba con facilidad.

También vuelven a aflorar los capitales británicos, parte clave del negocio, debido a que serán los que presten el dinero para poner en marcha las estancias ganaderas. La garantía de devolución es la propia producción lanera, que debe venderse obligatoriamente a los

prestamistas, un sistema que permite a la industria textil de Gran Bretaña asegurarse el abastecimiento permanente. Un ejemplo es el préstamo que por importe de diez mil libras esterlinas formalizaron en mayo de 1899 la sociedad Duncan, Fox & Co. y Sara Braun. La sociedad prestamista había sido fundada por financieros escoceses en Valparaíso en 1864 y, a través de ella, comenzaron a afluir a Chile capitales de inversionistas británicos, siempre buscando elevadas rentabilidades. “La Duncan”

participó en la constitución de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego y se ocupó de financiar a la mayoría de las estancias ovinas de la región. Por su parte, Sara Braun se había convertido en heredera de las descomunales concesiones de tierras obtenidas por su difunto marido, José Nogueira. En esta operación en concreto, los Braun se comprometían en escritura pública a consignar toda la lana de la siguiente cosecha de

las haciendas Pecket Harbour, Sara y Sofía a favor de los escoceses, que se ocuparían de venderla en el mercado europeo, recuperando así el importe adeudado. Los británicos percibían además el interés del préstamo del 7% y una comisión del 2% por la venta de la lana, mientras que en contraprestación los hacendados magallánicos conseguían el dinero necesario para iniciar el negocio165. Los perjudicados serán los pueblos originarios, únicos propietarios de las tierras sobre las que se asientan las estancias, y el fisco de Chile y Argentina, que prácticamente regalarán millones de hectáreas de tierra pública sobre las que se cerrarán suculentos negocios.

Estas obscuras prácticas, que iban en contra de los intereses de la mayoría de la población, ya fueron advertidas en el mismo momento en que estaban aconteciendo. En 1901 Paul Walle denunciaba la existencia de “sociedades que han alcanzado proporciones gigantescas, sin contribuir ni un céntimo al desarrollo comercial, ya que para la explotación de las estancias traen de fuera todo lo que necesitan: personal, provisiones, etc., y por este medio contribuyen a que el producto íntegro del suelo vaya a engordar las riquezas de Inglaterra, no dejando en el país más que migajas en forma de arriendos” (Walle, 1901: 158). No olvidemos que, desde la creación de los territorios nacionales en Argentina, toda la tierra tenía carácter público y solo el Estado nacional podía disponer de ella mediante concesiones y adjudicaciones. Decretos y leyes, como la Ley General de Tierras n.º 4167 de 1903, limitaban estrictamente el máximo de tierras a poseer: “Ninguna persona o sociedad podrá adquirir, sea directamente o por transferencias anteriores al pago total del precio, más de cuatro solares o dos lotes agrícolas y uno pastoril, ni más de veinte mil

hectáreas en compra o arrendamiento". El objetivo del legislador era permitir el acceso a la tierra a los pequeños colonos y pobladores por la vía de ejercer un mayor control de los terrenos adjudicados, limitar la superficie máxima de cada concesión y poner trabas a las transferencias a terceros.

Sin embargo, esta ley no sirvió de nada, puesto que los estancieros y latifundistas sortearon de múltiples formas las restricciones y el desproporcionado proceso de acumulación de tierras continuó a buen ritmo. Tiempo después, el político argentino Ricardo Rojas, que estuvo cinco meses preso en el penal de Ushuaia, denunciaba que

"casi toda la llanura aprovechable ha sido entregada por precios irrisorios a unas pocas personas o sociedades anónimas cuyos adjudicatarios no residen en estas tierras. De los restantes lotes, muchos se atribuyen a personeros (llamados 'palos blancos' en la jerga local), puestos por aquellos capitalistas. La 'compañía' de tal o cual denominación encubre también a los mismos poderosos señores. La tierra aún retenida por el Estado argentino es de insignificante extensión o se la considera inhabitable. Es inimaginable a qué sutilezas ha llegado la falsía en leyes, administraciones y peritajes, para el favoritismo de las tierras" (Rojas, 2012: 188).

En la Tierra del Fuego argentina la explosión del negocio ganadero comenzó el 6 de junio de 1893, cuando el conocido explorador Julio Popper fue encontrado muerto en su casa en la calle Tucumán 373 de Buenos Aires. Su súbito fallecimiento estuvo rodeado de extrañas circunstancias y desde el primer momento planeó la sospecha del asesinato.

Su acta de defunción, firmada por el doctor Domingo San Germes, estableció la

"congestión pulmonar" como causa de la muerte166. El historiador Armando Braun Menéndez se apresuró a resaltar el carácter fortuito del fallecimiento, aunque atribuyéndolo a otra causa. Según él, la autopsia que se le realizó en la asistencia pública "reveló que el fallecimiento había sido repentino y ocasionado por una afección al corazón" (Braun, 1971: 186). En todo caso, sus restos mortales, tras ser inhumados provisionalmente en el cementerio de la Recoleta, desaparecieron sospechosamente poco después, sin que se pudiera realizar un segundo examen del cadáver.

El carácter y la personalidad de Popper le habían granjeado muchos enemigos en su corta estancia en Argentina. Entre estos, los dos

primeros gobernadores de Tierra del Fuego, Félix Mariano Paz y Mario Cornero, que tuvieron que renunciar a sus cargos en 1890 y 1893 respectivamente, debido a sus disputas con él. También sabemos que el sucesor de ambos, el teniente coronel Pedro Godoy, recibió con respiro la noticia del fallecimiento del rumano justo unos días antes de tomar posesión del cargo: "Preparaba su viaje de inspección a Ushuaia para liquidar el Territorio Nacional fueguino, cuando recibió la aliviante [*sic*] noticia de la muerte de Julius Popper" (Belza, 1975: 101).

José Menéndez también es señalado por el sacerdote salesiano Juan Belza como uno de sus enemigos declarados, una animadversión que se remontaba a la época en la que se conocieron, en 1886, en Punta Arenas. El mismo Popper cuenta la anécdota que le sucedió cuando descubrió en el almacén de Menéndez una capa de guanaco que le habían robado poco antes y que el comerciante había comprado "por la tercera parte de valor a un individuo sospechoso" (Popper, 2003: 153). Sin dudarlo, el rumano denunció ante el juez que Menéndez vendía artículos de dudoso origen en su tienda. Este aparente litigo sin importancia toma toda su relevancia si tenemos en cuenta que el comerciante español será el gran y único beneficiado por la muerte de Popper. En efecto, aunque el rumano había fracasado en sus intentos de explotar yacimientos de oro en grandes cantidades y no tenía en el momento de su muerte ningún bien material de importancia, en cambio había obtenido en 1891 del gobierno argentino una importantísima y codiciada concesión de ochenta mil hectáreas en Tierra del Fuego.

El escritor fueguino Nelson Guevara, en su libro sobre Popper, sospecha que el explorador fue víctima de un "refinado y letal envenenamiento", ya que "confrontó abiertamente con sectores poderosos que lo consideraban lisa y llanamente un obstáculo infranqueable para el desarrollo 'corporativo' de sus propios intereses laneros, cuyos

latifundios se encontraron para esa época en franca expansión en el sector chileno de la isla Grande, pugnando por avanzar sobre el codiciado territorio insular argentino, como finalmente aconteció, a mediados de 1893, a partir de la muerte del joven explorador y geógrafo rumano" (Guevara, 2016: 439). El cómic también ha apuntado sin tapujos al asesinato como la causa de la muerte de Julio Popper. Si el guionista francés Christian Perrissin y el dibujante italiano Enea Riboldi plasmaron en una viñeta del tomo 4 de su serie *Cap Horn* el momento preciso en el que Popper muere a causa del veneno, los franceses Matz y Léonard Chemineau cerraron su célebre

álbum sobre el explorador rumano con la imagen de la misteriosa desaparición de su ataúd del cementerio de la Recoleta.

Sea como fuere, la colonia agrícola que planeaba fundar Julio Popper con el nombre de "Atlanta", y en la que los selk'nam serían propietarios de sus propias tierras, que explotarían por parcelas adjudicadas a cada una de las familias, se fue definitivamente al traste con la muerte de este. Merece la pena reproducir las cláusulas de aquella concesión, puesto que años después se convertirá en el núcleo fundacional del inmenso imperio ganadero de Menéndez en Tierra del Fuego:

Art. 1°. Concédase al ingeniero Julio Popper, de acuerdo con los artículos 100 y 104 de la Ley de Colonización de 16 de octubre de 1876, una superficie de terreno de 80.000

hectáreas en la Gobernación de la Tierra del Fuego, ubicándose en el lugar más adecuado para el establecimiento de los indígenas que habiten en aquellos parajes.

Art. 2°. Las 80.000 hectáreas serán divididas en dos lotes de igual extensión, uno al sud y otro al norte del Río Grande, en el paraje que se designe como más conveniente, de acuerdo con el señor Popper y un representante del Gobierno, siendo entendido que la ubicación no se hará sobre la costa del mar, ni en lugares destinados para fuertes.

Art. 3°. El concesionario queda obligado a construir en los puntos que se señalen para establecimiento de las familias indígenas, casas con capacidad suficiente para alojar a 150 familias en cada fracción.

Art. 4°. Tendrá igualmente la obligación de edificar una capilla católica y mantener un misionero para la reducción de los aborígenes dándole la instrucción religiosa necesaria, y construyendo además un edificio para la escuela primaria.

Art. 5°. Facilitará además los alimentos gratis a todas las familias que se presenten por el término de seis meses, siempre que no excedan del número de 150, y una vez establecidas, les enseñará los beneficios de la vida agrícola y pastoril, suministrándoles las herramientas, semillas, animales de servicio y de cría y la manutención hasta

pasados seis meses, toda vez que ofrezcan la probabilidad de reembolsar el costo de una y otra cosa, ya sea en productos naturales o en dinero efectivo, en los términos que prescribe el artículo 89, incisos 5° y 6° de la Ley de Colonización, procediendo además, de conformidad a los incisos 7°, 8° del expresado artículo.

Art. 6°. Cederá gratuitamente a cada familia indígena de las que se compromete a establecer, un lote de 100 hectáreas de terreno, cuando quisieran dedicarse al cultivo o al pastoreo, entendiéndose por familia todo matrimonio con hijo o agrupación de tres individuos; pero esta concesión, bajo responsabilidad del señor Popper y con la intervención del Gobernador del Territorio, no podrá ser enajenada por las familias indígenas que la reciban sino después de seis años de residencia continua en ella y cuando hayan construido su habitación y cultivado la tierra cuando menos una tercera parte.

Art. 7°. El concesionario ubicará en el término de seis meses, a contar desde la fecha en que este contrato sea reducido a escritura pública, los lotes de terreno que solicita y que previamente se hubiesen designado de conformidad al artículo segundo. Practicará igualmente de su cuenta la mensura y subdivisión del terreno conforme a las instrucciones que se le expedirán por la Oficina de Tierras y Colonias, debiendo presentar dicha mensura y el plano por duplicado a la aprobación del Gobierno, dentro del término de un año y sujetándose a la traza prescripta en el inciso 1° del artículo 98.

Art. 8°. Si la ubicación y mensura se hiciera dentro de los terrenos medidos por el agrimensor D. Julio Díaz a expensas del Gobierno, el señor Julio Popper tendrá la obligación de pagar el importe de ella en la proporción que corresponda a la extensión que hubiese tomado.

Art. 9°. El concesionario no podrá explotar los bosques ni las minas que existiesen dentro del área concedida, ni permitirá que los colonos indígenas hagan otra explotación de los bosques que la permitida por la Ley de 18 de abril de 1879.

Art. 10°. La escrituración en propiedad de dicho terreno se efectuará a pedido del concesionario en cualquiera de los dos casos siguientes:

Cuando este haya establecido 250 familias indígenas y se constatare que todas se dedican a los trabajos pastoriles o agrícolas.

O cuando haya reducido a todos los aborígenes habitantes de la Tierra del Fuego argentina, no bajando en ningún caso el número de 250 familias, a relaciones amistosas con las autoridades y pobladores del Territorio y se hubiesen sometido a los decretos y

disposiciones administrativas del Gobierno Nacional y a las autoridades que lo representen en aquel punto, subsistiendo en este caso la obligación de parte del señor Popper, de ceder gratuitamente las 100 hectáreas de que habla el artículo seis a cada una de las

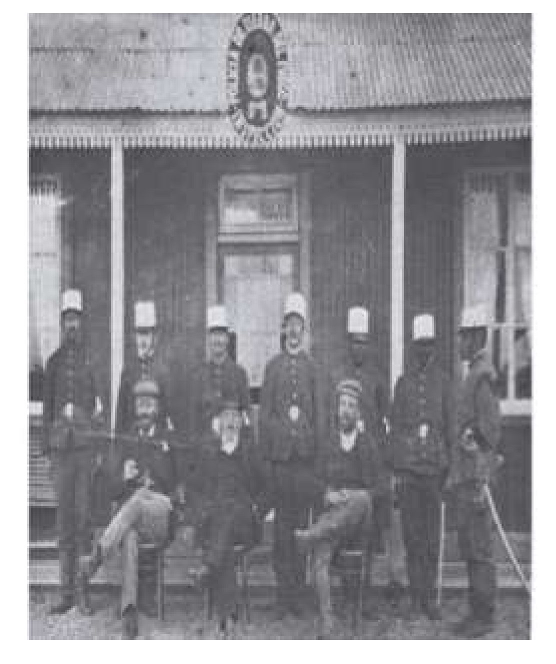
familias indígenas, no excediendo de las 250 que está obligado a establecer. Pero en este caso queda obligado el señor Popper para completar el número de 250 familias de que habla el inciso 1° del citado artículo, a traer una familia extranjera agricultora compuesta por lo menos de cinco personas por cada familia indígena.

Art. 11°. La escrituración en propiedad de las 100 hectáreas le será otorgada por el señor Popper a cada una de las familias, a sus expensas, una vez que haya recibido la escritura que a él le corresponda, debiendo hacer esta escrituración con intervención del Gobernador del Territorio como representante del Gobierno Nacional, debiendo hacerse dicha escritura por duplicado, una de las cuales será remitida a la Oficina de Tierras y Colonización.

Art. 12°. El concesionario señor Popper dará fiador abonado con arreglo al artículo 98, inciso 9° de la Ley de Colonización y no podrá transferir su concesión en ningún caso, sin la aprobación del Gobierno.

Art. 13°. Este contrato será reducido a escritura pública a los quince días de su aprobación, debiendo la Oficina de Tierras y Colonias remitir al Gobernador del Territorio una copia legalizada[167].

El terrateniente asturiano ambicionaba desde hacía tiempo la “concesión Popper”, un territorio que conocía muy bien gracias a los servicios prestados por uno de sus barcos, el vapor *Amadeo*, que realizó frecuentes viajes entre Punta Arenas y Tierra del Fuego transportando materiales y provisiones para la puesta en marcha de la misión salesiana de Río Grande. En noviembre de 1894, recién llegado de su segundo viaje a Europa, José Menéndez realizó una inspección de los terrenos y se interesó enormemente por ellos: “estas tierras resultan pastosas en alto grado, bien aguadas, accidentadas, abrigadas, buenas y hasta magníficas, con lugares espléndidos” (Belza, 1975: 264). Tan solo unos meses después de la muerte de Popper, Menéndez ya se había hecho con la propiedad de las ochenta mil hectáreas que le habían correspondido al finado y donde fundará, a principios de 1895, su estancia Primera Argentina. Con este inesperado acontecimiento se esfumará el proyecto de colonización agrícola de la región, en el que los selk’nam iban a tener sus títulos de propiedad. En cambio, tras la llegada del potentado español, los antiguos habitantes van a ser tratados como intrusos en sus propias tierras.



Como ya hemos visto con anterioridad, para ocupar el puesto de administrador de su flamante primera estancia en Tierra del Fuego, José Menéndez eligió a Alexander Mac Lennan, un escocés que se rodeó de un grupo de hombres fieros que impusieron un castigo brutal a los indígenas. Apodado “chancho colorado” por su rostro rojizo y su pelo rubio, había llegado a la Patagonia ese mismo año después de servir en el ejército colonial británico. El hacendado Lucas Bridges, que en su libro *El último confín de la tierra* protege la identidad del asesino cambiando su nombre auténtico por el de McInch, lo definía así: “medía alrededor de un metro sesenta y ocho de estatura, su cara era grandota y colorada, su pelo rojizo y sus ojos azules verdosos brillaban extrañamente. Era impetuoso y su tenacidad corría pareja con su absoluta falta de escrúpulos. Había sido soldado, y cuando joven estuvo con Kitchener en Khartum. En años posteriores, a pesar de ser un bebedor inveterado, fue un admirable tirador de rifle. Tendría alrededor de treinta y cinco años de edad” (Bridges, 1952: 273).

Puesto de policía de Tierra del Fuego hacia 1905, con *Josecito* Menéndez Behety en el centro, Alexander Mac Lennan sentado a su derecha y Sam Hyslop a su izquierda.

En libro *En la isla del Fuego*, Juan E. Belza.

Fue precisamente Mac Lennan quien, siguiendo órdenes de su empleador, planeó y ejecutó en 1895 una de las mayores matanzas ocurridas en Tierra del Fuego, la masacre de cabo Peñas. Ese lugar era muy frecuentado por los selk'nam debido a que las bajas mareas les permitían recolectar moluscos y en ocasiones capturar algún ejemplar de lobo marino. Allí los hombres de Mac Lennan les prepararon una emboscada.

Apostados en el cercano acantilado y armados de rifles de repetición, cuando llegaron los selk'nam comenzaron a hacer fuego sobre hombres, mujeres y niños. Algunas personas murieron ahogadas tratando de escapar de las balas y otras fueron rematadas

con un tiro de revólver en la misma playa. Catorce cadáveres quedaron tendidos en la arena.

La brutalidad de este sangriento episodio quedó grabada en la memoria oral de los selk'nam. Muchos años después, Luis Garibaldi Honte recordaba así esta trágica historia: "El cabo Peñas es el que está frente donde está el faro. Es un cabo que desplaya

[*sic*] mucho y hay un descanso de lobos, porque es muy desplayada y hay mucha alimentación en la marea baja. Hay peces y mariscos, de muchas clases. Entonces, el

'Chancho Colorado' este, puso una vez unos centinelas armados con Winchester, unos tres, cuatro hombres, tres por un lado, tres por otro lado del cabo. Cuando vino la marea alta a crecerse, en una parte del acantilado del cabo los iban apretando a medida que venían subiendo la marea, los iban apretando y el que quería pasar para el lado de la gente, le metían bala así que la gente, las mujeres y los chicos, se aglomeraron donde estaba el acantilado y ahí los ahogaron a todos". Federico Echeuline, de madre selk'nam y padre noruego, se lamentaba con tristeza: "allá murieron unos parientes míos, como dos o tres mataron, en las barrancas esas. Y no tuvieron salvación, ningún lado podían escaparse, tan solo uno se escondió entre las rocas y bueno, ellos ya esperaban para ver si salía de ahí pero se aburrieron ellos, y lo dejaron. Ese fue el único que se escapó de ahí" (Chapman, 2002: 71).

Además de los empleados de sus estancias, Menéndez contó con la policía argentina como una inestimable aliada, con un papel protagonista en las persecuciones contra los selk'nam. Considerados vulgares ladrones, aquellas personas sorprendidas en pleno robo de ovejas o que simplemente merodeaban por los alambrados fueron detenidas y, en caso de resistencia, eliminadas. El 4 de enero de 1895,

tras un enfrentamiento con mineros que habían invadido su territorio, un grupo de selk’nam huyeron hacia el sur y se refugiaron en la estancia Harberton de los Bridges. Allí fueron descubiertos[168] por las fuerzas policiales al mando del comisario Ramón Lucio Cortés, quienes fusilaron sobre el terreno a varios hombres. Entre los asesinados está Seriot, uno de los más famosos guerrilleros selk’nam, cuyo cadáver fue entregado por el gobernador Godoy al Museo de La Plata y que no sería restituido a su comunidad hasta 2016, más de ciento veinte años después de su muerte. Las mujeres y niños fueron conducidos prisioneros a la comisaría de Ushuaia.

Tan solo dos meses después, en marzo de ese año, los comisarios de San Sebastián, Ramón Lucio Cortés, y de Río Grande, José Pezzoli, acompañados de ocho gendarmes, mantienen un enfrentamiento con un grupo de selk’nam cinco leguas al sur del río Grande, hacia el interior. Los policías emplean sus Remington, disparando contra los indígenas. Al recorrer el lugar donde los selk’nam se habían parapetado para tratar de resistir, los gendarmes encontraron el cuerpo de un hombre de gran estatura que yacía

en tierra. Una bala le había atravesado el cráneo, produciéndole la muerte instantánea.

A su lado se encontraba el arco y el carcaj completamente vacío (Belza, 1975: 229).

Al hostigamiento del que son objeto por parte de empleados y policías, los selk’nam responderán con un desesperado pero también renovado espíritu de resistencia.

Charles Finger, un joven socialista londinense que había llegado a Tierra del Fuego en 1890 para trabajar como jornalero en la estancia Gente Grande, registraba en su diario cómo “varios blancos habían sido atacados con flechas”[169]. Hay constancia de al menos una ocasión en la que los selk’nam salieron vencedores en estos combates. El 16 de enero de 1896, cerca de San Sebastián, un grupo de siete selk’nam que estaban siendo trasladados a la cárcel-misión salesiana de isla Dawson se rebelaron contra sus captores, dos empleados de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. Al día siguiente fueron encontrados los cuerpos de Emilio Traslaviña y Edward Williamson[170], sin rastro de los indígenas. El administrador de la sociedad ganadera Alexander A. Cameron, con ese desprecio tan habitual de los jefes por sus subordinados, tuvo palabras muy duras para los muertos: “la forma en que dos hombres completamente armados con rifles y revólveres pueden ser muertos de esa manera por

siete hombres desarmados sobrepasa la imaginación"[171].

En represalia, la policía argentina y los empleados de "la Explotadora" llevaron a cabo una implacable persecución, que concluyó con casi un centenar de prisioneros y un número indeterminado de asesinados. Los gendarmes argentinos organizaron una gran batida contra los selk'nam en las cercanías del cabo Domingo, con el resultado de la captura de ochenta y una mujeres, hombres y niños, y un reguero de muertos y heridos en la acción. Los detenidos, entre los que había veintiséis niños de menos de diez años de edad[172], fueron confinados en una rudimentaria prisión en Ushuaia, donde se los mantuvo encarcelados nueve largos meses. En ese plazo, muchos murieron de enfermedades, otros fueron trasladados a la provincia de Chubut y los menos se dispersaron nuevamente por la isla.



y

Harnejas,

selk’nam

prisioneros

en

Ushuaia,

1896.

Fotografía: Fernand Lahille, Museo de La Plata.

Fernand Lahille, uno de los colaboradores del Museo de La Plata, fotografió a todo el grupo en su lugar de detención. Las imágenes son estremecedoras, mostrando los rostros demacrados y las expresiones de horror de unas personas capturadas violentamente y que desconocen cuál va a ser su destino. Los salesianos no desaprovecharán la oportunidad y a fines de septiembre de 1896 se trasladarán a Ushuaia para realizar un bautismo en masa de los prisioneros, firmando como testigos del sacramento impartido sus propios captores, Ramón Lucio Cortés, comisario de policía, y Mariano Muñoz, secretario de la gobernación. Los bautismos fueron impartidos por el sacerdote José María Beauvoir, que años después confesará:

“deseando vivamente salvar esta raza de su total exterminio, al que ya desde entonces la veíamos correr, no tan solo por la atroz persecución que le hacían los blancos civilizados, sino y más por su propia constitución física, que pronto nos dio a entender viciada e imposibilitada para resistir a la civilización, teniendo ya inoculado el germen de su disolución. Viéndonos impotentes para detener el golpe fatal que acabaría con su cuerpo, nos estudiamos entonces salvar siquiera la parte mejor de ellos, es decir su espíritu, redimiendo los últimos restos, por la gracia del bautismo” (Beauvoir, 1915: VI).

A nadie debe extrañar la dureza con la que las autoridades argentinas trataron a los habitantes originarios de la isla. En una carta dirigida al presidente de la nación, el gobernador Pedro Godoy enumeraba las opciones que, según él, existían para enfrentar el “problema indio”: “Cuatro cosas pueden hacerse: 1º.- Tomarlos y mantenerlos por cuenta de la nación. 2º.- Exterminarlos por el hambre y la miseria, o por muerte violenta en la lucha con la policía. 3º.- Dejarlos en libertad de seguir su vida de depredaciones con perjuicio de los intereses de privados. 4º.- Tomarlos y trasladarlos a otro punto”

(Belza, 1974: 326). Miguel Cané, el político que impulsó la siniestra Ley de Residencia[173],

sentenciaba en el Senado argentino: “Yo no tengo, señor presidente, gran confianza en

el porvenir de la raza fueguina. Creo que la dura ley que condena a los organismos inferiores ha de cumplirse allí, como se cumple y está cumpliendo en toda la superficie del globo…”174.

Por tanto, sin ningún tipo de amparo oficial, el único refugio temporal que encontrarán los prófugos será el asilo en la misión salesiana de Nuestra Señora de La Candelaria en Río Grande. Ahora bien, la aparente protección escondía en realidad una rápida condena a muerte, pues el hacinamiento y el sedentarismo favorecieron la propagación de enfermedades y epidemias175. En palabras del periodista Mingo Gutiérrez, “la misión seguía siendo la gran tumba de los onas” (AA.VV., 1995: 261).

Mientras los selk’nam morían en masa en su establecimiento misionero, el salesiano Fagnano protestaba por las matanzas que seguían teniendo lugar en los alrededores de la misión. En este caso elevó su queja hasta el ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, Amancio Alcorta, al que escribió acusando a Menéndez de “dar caza a los indios, sea por sus peones que van haciendo excursiones en los bosques, sea por la policía, cuyo inspector vive en la misma estancia del señor Menéndez” (Nicoletti, 2006: 167). Y es que los diarios de los curas salesianos constituyen otra prueba irrefutable de las matanzas llevadas a cabo por Menéndez y los suyos. En enero de 1897 varios selk’nam son asesinados por los empleados de José Menéndez, siendo capturadas las mujeres y los niños, que se entregan a los misioneros: “empleados de la hacienda de Menéndez mataron a un grupo de hombres indios y las mujeres las condujeron a la misión: bautizamos a las muchachas”176. Por esta misma fuente tenemos constancia del asesinato de Cauchicol, uno de los jefes selk’nam más famosos, que fue muerto junto a tres de sus hombres el 9 de julio de 1899: “Traen la noticia de que Mac Lennan y el comisario Pezzoli en la última expedición que hicieron mataron a Cauchicol con otros indios más”177. El sacerdote Beauvoir escribirá: “La conducta de José Menéndez fue ingrata y escandalosa, matándonos indios por decenas” (Penazzo, 1995: 211). Toda esta extrema violencia denunciada por los salesianos llevará precisamente a Amancio Alcorta a protestar por los asesinatos ante la Cámara de Diputados de la Nación el 24 de noviembre de 1899, en una memorable sesión que fue clave para que se pusiera fin a las matanzas: “cuando pasábamos por el Chubut encontramos que de una familia de diez o doce indios, llevados allí para ser juzgados, habían quedado dos indios y un niño; todos los demás habían muerto. ¿Por qué? Porque los habían encontrado en la Tierra del Fuego matando una oveja u otro animal para alimentarse; lo que hacen porque viven perseguidos por todo el mundo, porque no tienen de qué vivir”178.

Resulta indignante comprobar cómo el escritor Enrique Campos Menéndez, nieto de José Menéndez y que conocía perfectamente estos hechos, relató en uno de sus cuentos la muerte de Cauchicol como si fuera una simple disputa fratricida entre selk'nam.

Según su versión, un tal Kautesh sería quien habría asesinado al "último cacique", encima a traición: "Sus ojos se desorbitaron, su boca se abrió faltándole el aire y su cuerpo se desplomó hacia delante, mostrando clavada en la espalda una larga y aguda flecha. Todos rodearon a Kauchicol, de cuya boca salía un hilillo de sangre" (Campos, 1964: 192). Para más infamia, en el lugar exacto donde los hombres de Menéndez cometieron esta sangrienta matanza se construyó poco después un puesto ovejero perteneciente a la estancia Primera Argentina, que fue bautizado por los asesinos como

"Sección Cauchicol".

Dos años después de su llegada a Tierra del Fuego, en 1897, Menéndez fundará en la otra ribera del río Grande una nueva estancia, la Segunda Argentina. Nombrará administrador a su tercer hijo, José María Menéndez Behety, *Josecito*. De más de doscientas mil hectáreas de extensión, su suelo es muy fértil en pastos de coirón, que crece hasta los treinta y cinco centímetros de altura y constituye un excelente alimento para las ovejas. La Segunda Argentina llegó a tener ciento ochenta mil cabezas lanares, presumiendo de contar con el galpón de esquila más grande del mundo. Para su organización, la estancia se subdividió en diversas secciones que, como Miranda o El Castillo, evocaban los lugares de la niñez de José Menéndez en Asturias. Como vemos, no solamente se expulsó a los selk'nam de su territorio, también fueron borrados los nombres originarios. Como estableció la lingüista Débora Rottenberg, "en el hecho de imponer un nombre a lo que ya lo tenía hay un intento de avasallar a los sujetos cuyo saber se está negando" (Rottenberg, 2008: 121).

En la zona de bahía San Sebastián se formará otra estancia, la Sara, propiedad de Moritz Braun, el yerno de Menéndez. Los Braun se hicieron con las tierras gracias a su intermediario en Buenos Aires, Julio Schelkly. De origen alemán, fue presidente del Centro Político Extranjero, una organización cuya finalidad era promover la participación de los no argentinos en la vida política del país y que le permitía estar en contacto con sus más altos gobernantes. Es probablemente la figura clave en la formación del gran latifundio de la Patagonia y Tierra del Fuego y en el entramado de la concesión de tierras de José Menéndez y Moritz Braun, que le pagaban un buen porcentaje sobre el valor de las tierras que les conseguía. Tenía

audiencia con el director de la Oficina de Tierra y Colonias, los ministros e incluso con el presidente de la nación, y se jactaba de que “mis promesas valen el éxito, porque nunca fallo”.

En marzo de 1897 Schelkly le escribía a Braun: “El ministro está resuelto a hacer el remate de las tierras en la Tierra del Fuego en esta capital y muy pronto aparecerá el decreto correspondiente”[179]. Y el 6 de noviembre de ese año se celebró el remate de tierras en el que Moritz Braun, su hermana Sara y su suegro José Menéndez resultaron adjudicatarios de la totalidad de los lotes en subasta de Tierra del Fuego.



Mapa de la parte argentina de Tierra del Fuego en 1917, en libro *Riquezas y bellezas australes*.

En total fueron adjudicadas noventa mil hectáreas a Menéndez y Braun, quienes, para saltarse la legislación vigente que impedía obtener más de veinte mil hectáreas por persona o sociedad, se sirvieron de testaferros, los famosos “palos blancos”. Se trataba de personas que prestaban su nombre en el contrato para dar apariencia de legalidad, una fórmula que los grandes terratenientes repetirían por toda la Patagonia y Tierra del Fuego para hacerse con la propiedad de millones de hectáreas de tierra pública. En este caso los implicados fueron Juan Maupás, Narciso Laclau y Gabriel Labarrière,

adjudicatarios de los lotes X sur y XXV, y Juan Repetto, agraciado con los lotes XXII, XXIII y XXIV, todos vecinos de Punta Arenas que inmediatamente transfirieron sus derechos a los grandes terratenientes.

En un posterior remate, los días 26 y 28 de diciembre de 1899, Menéndez y Braun redondearían las formidables concesiones de tierras. Los títulos definitivos de propiedad les serán reconocidos mediante publicación en el Boletín Oficial de la República Argentina, en decretos firmados nada menos que por el presidente Julio Argentino Roca en persona[180]. José Menéndez también se haría con el único lote concedido en Tierra del Fuego a un militar por la famosa Ley n.º 1628 de Premios Militares, el lote XXVI de cinco mil hectáreas que el Estado le había entregado a Eduardo O'Connor por su participación en la Conquista del Desierto. En 1906 este terreno servirá para engrandecer aún más la estancia Segunda Argentina. Todavía Menéndez pondrá en pie otra enorme estancia, apropiándose de tierras hacia el sur comprendidas entre la frontera con Chile y el lago Kakenchow. Será la estancia Tercera Argentina, de ciento veinticinco mil hectáreas, que con el tiempo cambiará su nombre a Herminita en homenaje de una de las hijas del potentado español.

Además de saltarse las leyes que limitaban la posesión por parte de una persona, familia o empresa a un número máximo de hectáreas, la revisión de la propia correspondencia personal de los latifundistas evidencia claramente los métodos turbios empleados para la acumulación de inmensas extensiones de tierras en unas pocas manos y que incluían sobornos y pagos a diputados y congresistas. Las pruebas de las redes de corrupción y el tráfico de influencias son abrumadoras. Moritz Braun se jactaba de que "todo es cuestión de un poco de aceite aquí y allá para que las ruedas caminen fácilmente"[181].

Las gigantescas concesiones todavía crecerán mucho más en las siguientes décadas.

Nuevas adjudicaciones unidas a las tierras que les vendieron los salesianos conformarán una colosal hacienda lanar sin precedentes que aún sigue siendo propiedad de sus descendientes. Uno de ellos, Roberto Fernández Speroni, no puede disimular su orgullo al evocar el inmenso monopolio puesto en pie por sus antepasados Braun-Menéndez: "entre los dos llegaron a tener aproximadamente 3 millones de ovejas, manejando casi 4,5 millones de hectáreas. Creo que en algún momento se pudo haber producido ese choque que tantas veces las historias lo tienen y Tierra del Fuego no debe de estar

exento. Es muy fácil hablar de exterminio de los indios hoy pero habría que hablar hace cien años atrás cuando era uno u otro”182.

El tercer gran acaparador de tierras en el lado argentino de la isla fue otro asturiano también procedente de Chile, José Montes Pello, gran amigo de Menéndez y al que lo unían fuertes lazos familiares. De hecho, JosecitoMenéndez Behety se casará con Teresa Montes Thurler, uniendo familias y patrimonios. Montes obtuvo del gobierno argentino seis lotes en Tierra del Fuego a nombre de distintos prestanombres que totalizaban ciento quince mil hectáreas. Así, para burlar la exigencia legal que fijaba la tenencia máxima por adjudicatario, José Montes Pello obtuvo un lote a su nombre, otro al de su hijo José Montes Thurler y el resto hasta completar las ciento quince mil hectáreas a nombre de cuatro empleados suyos: Pedro Rodríguez, Juan Cordeu, Gonzalo Muñiz y Feliciano García, de tal forma que ninguno superaba las consabidas veinte mil hectáreas fijadas como límite183. En estos terrenos levantó las estancias San Pablo y Santa Ana e instaló cincuenta mil lanares que pasaron a formar parte de la Sociedad Anónima Ganadera y Comercial José Montes, empresa que ya tenía estancias en Magallanes y Santa Cruz. Sobre Montes, que se hizo construir un fabuloso palacio en la Plaza de Armas de Punta Arenas, donde hoy se encuentra la Municipalidad, Mateo Martinic escribirá: “Aunque rústico y al parecer huraño, era un trabajador incansable. Como otros en aquella época, se dedicó a variados trabajos lucrativos que, ahorrativo como era, le permitieron hacerse de un pequeño capital que a su tiempo le posibilitaron incursionar con éxito en la crianza ovina tanto en suelo magallánico como en el argentino de Santa Cruz. Con los años llegó a ser un importante empresario con

negocios ganaderos y mercantiles. Dejó una abundante descendencia magallánica.

Reservado, siempre trabajó por cuenta propia, ganando fama por su sentido de la economía lindante con la cicatería” (Martinic, 2001: 149). Sin embargo, a diferencia de su consuegro Menéndez, en lugar de matarlos Montes aprovechará a los selk’nam como mano de obra para sus estancias, llegando a tener una veintena de trabajadores indígenas en sus instalaciones.

Fuera de este sonrojante monopolio, pero ligados de manera muy estrecha por relaciones empresariales y de amistad a los Menéndez y Braun, se encuentra el cuarto grupo de latifundistas, los Bridges y Reynolds, propietarios de la estancia Viamonte.

Ubicada al sur del cabo Peñas, los hijos del exmisionero Thomas

Bridges, buscando nuevas tierras para la explotación ganadera, decidieron instalarse en 1902 al otro lado de la cordillera. Para hacerse con una extensión de cien mil hectáreas, cinco veces más de lo permitido por las leyes de la época, los Bridges emplearán los servicios de un gestor de tierras, Ronaldo Tidblon, que se había desempeñado como jefe de la División de Ganadería del Ministerio de Agricultura y que incluso aparecerá inicialmente como titular de una quinta parte de la concesión. Se trata de un evidente ejemplo de la utilización de "palos blancos" también por parte de los Bridges. El resto de los lotes fueron adjudicados a Despard, Guillermo y Lucas Bridges y al cuñado de estos, Percival Reynolds. En Viamonte repitieron el mismo modelo de explotación que tanto éxito les había dado en la estancia de su padre, Harberton, frente al canal Onashaga. Utilizaron a los nativos del lugar —en este caso selk'nam en lugar de yaganes— como peones, siguiendo la teoría de que, para que los indígenas se civilizaran, era imprescindible que aprendieran a trabajar[184].

Aunque los selk'nam encontraron un refugio transitorio en la estancia Viamonte, donde eran bien tratados, el cambio de hábitos, de alimentación y de forma de vida resultó fatal, produciéndose enseguida una gran mortandad. A mediados de la década de 1920 dos epidemias de sarampión mataron a la mayoría de los trabajadores que los Bridges tenían en su hacienda.

Después de estas adjudicaciones, la relación de las principales estancias en el territorio argentino de Tierra del Fuego quedó como sigue:

Primera

Argentina,

Menéndez,

105.000

ha.

Segunda

Argentina,

Menéndez,

190.000

ha.

Estancia

Tercera

Argentina,

Menéndez,

125.000

ha.

Estancia

Sara,

Braun,

95.000

ha.

Estancia

Viamonte,

Bridges

y

Reynolds,

100.000

ha.

Estancia San Pablo, Montes, 115.000 ha.



La formación del latifundio en la parte argentina de Tierra del Fuego ocurrió muy rápidamente, de tal modo que el número de ovejas pasó de 7.000 animales en 1894 a 1.300.000 cabezas en 1905, sin que existan precedentes en la historia económica del país.

Los propietarios de esta inmensa cabaña lanar eran exclusivamente las cuatro familias antes mencionadas, tres procedentes de Chile y una originaria de Gran Bretaña, todas unidas por fuertes vínculos familiares y económicos y que copaban casi totalmente la superficie aprovechable de la isla185. Ellas fueron las que fundaron en abril de 1917 el frigorífico de Río Grande a través de la Compañía Frigorífica Argentina de Tierra del Fuego, que faenó carne con destino al mercado británico hasta 1940. En la década de 1970 el sociólogo José Luis de Imaz describió a uno de estos grupos, el de los Bridges y Reynolds, cuyos descendientes conservan intacta hoy la propiedad y la riqueza: “Han creado el estilo *gentleman farmer* que se percibe en el territorio. Han rodeado sus explotaciones de un gran señorío, y sus casas tienen comodidades materiales casi desconocidas en otras partes del país (…) Y no es extraño encontrar entre estos productores anglofueguinos al que, tentado por la cinegética, abandona el

territorio solo para algún safari africano (…) la gentry fueguina continúan apegados a las casas de sus establecimientos. Y los propietarios, aun guardando formas, idioma y costumbres británicos, constituyen una curiosa simbiosis del país de origen con la radicación e interés regional" (De Imaz, 1972: 141).

Lucas Bridges y Carlos Braun Menéndez, restaurante La Cabaña, Buenos Aires, 1948.

Dartmouth College Library.

Así, con todos los campos de Tierra del Fuego susceptibles de utilización ganadera ocupados por los grandes terratenientes, y con el guanaco y el cururo difíciles de encontrar, los selk'nam deambulaban hambrientos de un lugar a otro. El naturalista Roberto Dabbene, que visitó la isla en 1902, nos lo relata así:

Siendo casi todo el territorio concedido por los gobiernos chileno y argentino a estancieros para destinarlo a la cría de ganado, los pobres indígenas que antes tenían toda la isla, ahora pueden vivir solo en las partes más retiradas que en el invierno son casi inhabitables. Impelidos cada día más por los invasores de su propio territorio hacia regiones inhospitalarias y en donde el guanaco se hace cada día más escaso, sin otros medios para proveer a su subsistencia, no les han quedado más recursos que el robo para no morirse de hambre. Faltando la caza se apoderaron de las ovejas, los guanacos blancos, como ellos los llaman, sobre todo al ver que se encontraban en número tan grande y que, según su modo de pensar, debían sobrar a los hombres blancos que los habían traído. De allí, han surgido los conflictos tremendos entre indios y colonos, aquellos luchando por su existencia, estos para defender lo que consideran hoy su propiedad. Pero no se puede negar que muchos entre los últimos se han excedido, cometiendo inauditas crueldades, indignas de hombres civilizados. Hay ciertos episodios en los cuales una persona sensata podría preguntarse cuál es el verdadero salvaje: el indio o el hombre civilizado. El robo de las jóvenes indias, el envenenamiento de la pulpa de ballena con estrignina [*sic*], eran crímenes muy frecuentes y por fin se llegó hasta poner a precio la cabeza de cada indio, organizándose bandas de individuos desalmados, gentes pertenecientes a la hez de todas las naciones del mundo y de los que no faltan en Tierra del Fuego, los cuales se dedicaban a la caza del hombre (Dabbene, 2009: 216).

Es un hecho que el guanaco, sustento principal de los selk'nam, se retiró a las partes más inaccesibles de la isla cuando su territorio se llenó de cientos de kilómetros de alambre de púas. Juan Pablo Ovando, veterano alambrador, nos lo confirma: "Con decirte que el guanaco cuando comenzamos a alambrar, no conocía el alambrado, se enredaba. Tú en la mañana cuando salías por el camino para salir a trabajar, encontrabas dos, tres, hasta cinco guanacos enredados, porque no conocían el alambre.

Era todo libre para ellos, y ahora están encerrando (...) Yo he encontrado animales quebrados de las dos piernas o las paletas, los sacas y mueren ahí; mueren porque no puedes hacer nada por ellos" (Acuña, 2012: 84). Al guanaco se lo perseguía también porque era enemigo acérrimo de los grandes terratenientes, puesto que competía con las ovejas por el mismo alimento.

El jefe de la policía de Ushuaia, Ramón Lucio Cortés, escribió al ministro del Interior interrogándose sobre si estaba justificada la persecución policial contra los selk'nam:

"¿pueden ser castigados por las autoridades y ser sometidos a la justicia ordinaria estos indios que, desesperados por el hambre y la miseria, cometen en comunidad robos de haciendas? (...) mucho me temo señor ministro que a pesar del celo y actividad que desplieguen estas autoridades no se puedan evitar las raterías de estos indígenas pues, como ya he manifestado, estando acosados por la más espantosa miseria, no

desperdiciarán ocasión de procurarse por medio del robo el alimento que les falta"186. El explorador chileno Alejandro Cañas Pinochet, que atravesó la isla de parte a parte en 1911, atribuyó los robos de ovejas al "primitivismo" de los indígenas, quienes, al tratarse de una sociedad de cazadores-recolectoras, ignoraban el concepto de propiedad privada: "Desposeídos de sus tierras y de su libertad para perseguir sus guanacos y otros animales que les proporcionaban su principal alimentación, los indios acometieron hambrientos las majadas de ovejas, a las que llamaban guanacos blancos, y esto provocó las más crueles hostilidades contra los naturales a los que llamaban indios ladrones a los que era necesario extirpar (...) El indio fueguino ignora que haya una sanción penal y conjuntamente una sanción social para el que se apodera de lo ajeno, en el sentido que la civilización ha dado a esa palabra" (Cañas, 1911: 379).

Algunos autores proponen hoy una interesante interpretación de las sustracciones de ovejas por parte de los selk'nam, que serían

consecuencia no solamente de la necesidad de mitigar el hambre, sino también de una más compleja estrategia de oposición contra el invasor: “el actuar selk’nam se concibe de forma intencionada, elaborada y con un objetivo político definido: expulsar al estanciero y a las ovejas de los territorios ancestrales indígenas” (Moreno, 2017: 136). De este modo, la principal táctica de resistencia selk’nam habría sido el robo y matanza masiva de ovejas para provocar el mayor daño en el menor tiempo posible. Habría que añadir la rotura de los cercos y alambrados y las esporádicas emboscadas a los empleados de las estancias que, en algún caso, se saldaron con muertos de ambos bandos. Se trataría así de desalentar nuevas empresas ganaderas y transmitir un mensaje claro a los empresarios en el sentido de que les convenía buscar otras tierras más tranquilas donde instalar sus ovejas.

Sin embargo, la reacción provocada fue justo la contraria y las matanzas continuaron con cada vez mayor frecuencia. En 1898, decenas de hombres, mujeres y niños son asesinados por los empleados de la Primera Argentina en una de las masacres más terribles de las que tenemos registro. El lugar de la matanza se encuentra al sur de Punta María, en la costa atlántica de Tierra del Fuego. Contamos con el testimonio de uno de los hombres que participaron en los asesinatos, James C. Robins, que escribió una carta a un amigo escocés narrándole estos hechos:

Los indios hicieron una incursión y robaron 1.300 ovejas de una vez y recientemente han robado otras 1.200. El señor Mac Lennan ha recibido otro flechazo, esta vez en el centro de la espalda y por suerte como yo tengo instrumentos quirúrgicos propios saqué de su espalda media flecha de vidrio bien enterrada, él está bien ahora. Tenemos quince soldados aquí cuyo deber es cazar indios pero hacen la cacería alrededor del fuego (…) Los indios han quemado tres casas y en el hecho han mantenido las cosas

muy movidas, pero pude suponer que no siempre han salido libres. Ocho de nosotros salimos de aquí una noche y viajamos al sur, pasado Punta María, con un indio como guía y llegamos justo antes del amanecer al punto más cercano al campamento indio, dejamos los caballos y caminamos una hora y 20 minutos a través del monte y pillamos alrededor de 70. Voy a correr un velo sobre los siguientes 5 minutos y dejarlo que suponga el resto[187].

La flecha que hirió al temible Alexander Mac Lennan fue lanzada por el selk’nam Taäpelht y evidencia la resistencia desesperada que los indígenas llevaron a cabo contra los invasores de sus tierras. El propio Mac Lennan conservó como recuerdo la punta de flecha. Con el

pequeño pedernal de vidrio mandó que le confeccionaran un prendedor de corbata, que atesoraba como uno de sus objetos más preciados188.

En otra de las expediciones de castigo, a principios de febrero de 1898, una fuerza armada comandada por Ramón Lucio Cortés y compuesta por el comisario Atanasio Navarro, el sargento Simón Imperial, Alexander Mac Lennan y dos gendarmes provocará una nueva matanza. Fue relatada por Cortés a Roberto Payró: Mandé que se hicieran algunos disparos al aire como señal de ataque. Los indios contestaron a esta salva disparándonos flechas con que hirieron al caballo del sargento.

Solo al ver esto, mandé que se hiciera fuego sobre los árboles, pues los indios no presentaban blanco alguno. Hice repetir, sin embargo, la intimación, y esa vez salió a entregarse con su arco el indio más joven, un muchacho de catorce o quince años, quien declaró que los demás no querían hacerlo; en efecto, apenas nos acercábamos, llovían flechas sobre nosotros. Otra descarga que hicimos hirió gravemente al cacique Shule, que murió poco después; atemorizados por esto y por mi amenaza de pasarlos a todos a cuchillo, los indios consintieron en entregarse. Aquella primera jornada dio por resultado la muerte de Shule, la captura de seis indios de pelea con sus arcos y flechas y el rescate de 236 ovejas. Volvimos al campamento para asegurar a los prisioneros, dar alimento y descanso a los hombres y animales, y preparar una nueva batida, atacando a los indios en su toldería general, de cuya situación tuvimos noticias por los presos (...) En este segundo ataque no tuvimos necesidad de disparar un solo tiro, pues los indios huyeron al bosque, donde era imposible toda persecución. Tomamos cuatro mujeres y dos criaturas, solamente. Las indias e indios presos, puestos a disposición del juez letrado, fueron embarcados con nosotros y el *1.º de Mayo* los condujo hasta el Chubut, donde se quedaron llorando (Payró, 1898: 436).

En muchos casos, el deseo de apropiarse de las mujeres selk'nam era la causa de las cacerías contra los indígenas. La sociedad colonizadora de Tierra del Fuego estaba compuesta por hombres solos, empleados, policías, misioneros, que se procurarán las mujeres que necesiten entre los selk'nam, después, lógicamente, de haber matado a los hombres. En marzo de 1902, en el puesto policial de Río Fuego, al mando del sargento Fermín Quinto, "había allí nueve individuos, de los que cuatro tenían sus esposas

[selk'nam], o sea matrimonio a la fueguina, sin partida en el registro civil y sin bendición religiosa, lo que hace un total de trece personas adultas a las que hay que agregar cuatro criaturas" (Holmberg, 1906: 70). Las evidencias indican que las mujeres indígenas padecieron la violencia sexual ejercida por los colonizadores.

Del mismo modo que los terratenientes inflan las cifras de ovejas perdidas a causa de los ataques de los selk'nam, también minimizan el número de personas asesinadas por los empleados de sus estancias, en un intento de ocultar sus crímenes. Es lo que sucedió en la matanza del 27 de febrero de 1898, donde resulta imposible cuantificar el número total de muertos, heridos y prisioneros. Nos lo cuenta el salesiano Maggiorino Borgatello tras su entrevista con el jefe de policía Cortés: "Los soldados y el patrón, después de ver lo hecho, coléricos se armaron para la cacería de los pobres indios y ayudados por un traidor de los onas, cayeron de improviso sobre el campamento de los salvajes. No es posible describir la carnicería que hicieron porque es muy horrible e inhumana. Basta decir que muy pocos pudieron ponerse a salvo (…) El comisario de Policía dice que fueron muertos catorce salvajes, pero en realidad creo que han sido más, porque tanto el comisario como el estanciero sabían que yo estaba y trataron de disminuir la cosa"189.

La médica y poeta fueguina Nelly Iris Penazzo190, autora junto a su hijo de tres tomos dedicados a documentar el genocidio selk'nam, resumirá el trágico balance de esta terrible época: "Desde el fin de 1897 a mediados de 1898, la región del Río Grande se transforma en un campo de batalla a medida que se organiza la estancia Primera Argentina, que sirve como centro de operaciones desde donde parten las expediciones punitivas contra los Onas. Es comandada por el administrador James C. Robins y el mayordomo o capataz Alejandro Mac Lennan. Los empleados subalternos y los policías alojados en distintas casas y puestos de esa estancia, que se calcula puede llegar a 15

guardias policiales, con sus respectivos comisarios, entre los cuales se identifican a Ignacio Igarzábal y Atanasio Navarro, quienes también participan en las operaciones.

Tampoco es ajeno a los hechos el propio jefe de Policía Ramón Lucio Cortés y el secretario de la Gobernación Mariano Muñoz. Cortés fue herido en una de las acciones y es el comisario inspector José Pezzoli el que lo sustituye en la empeñosa tarea punitiva". Penazzo identificó correctamente a los responsables y sus motivaciones: "no es ajeno al interés por el pastizal el colonizador ganadero, y lo disputa al indio,

para

criar sus animales domesticados. La lucha por la apropiación del pastizal es la causa principal del genocidio Ona" (Penazzo, 1995: 19).

Efectivamente, existen pruebas y documentos que demuestran que el acaparamiento del pasto era una prioridad para los grandes terratenientes. Alejandro Menéndez Behety, el primogénito varón del "rey de la Patagonia", se quejaba amargamente de que el guanaco competía con la oveja por el mismo alimento: "algo también hay que estudiar para exterminar los guanacos que abundan en el campo como verdadera plaga (…) Si Ud. toma en cuenta que cada guanaco come seguramente por dos ovejas podrá comprender que hay mucho pasto disponible para animales lanares que aún no ha sido utilizado"191. Por supuesto, a la familia Menéndez no le importaba en absoluto que los selk'nam se vieran abocados al hambre una vez que los guanacos desaparecieran. Lo único que les preocupaba era no perder ni una sola de sus centenares de miles de ovejas que pastaban en una vasta región que, gracias a las generosas entregas de tierras hechas por los gobiernos de Chile y Argentina, ahora les pertenecía casi por entero.

También les daba igual la sobreexplotación del terreno de cuyo pasto se alimentaba el ganado y que provocó un importante desastre ecológico por la degradación de las tierras de pastoreo. La obsesión por obtener un beneficio económico inmediato sin preocuparse del futuro de la comarca llevó a los terratenientes a colocar un número excesivo de ovejas que se alimentaban de toda la hierba disponible sin dar tiempo a que se recuperaran las pasturas. Los esfuerzos de los ganaderos se dirigirán a mejorar la cruza de la cabaña ovina y a mantener libres de sarna y en razonable estado de salud a sus animales, sin preocuparse de la regeneración del pasto. Ignorantes de las características específicas del ecosistema donde se ubicaban sus estancias, no planificaron la rotación de campos, confiando en que la hierba brotaría de forma natural de año en año. A consecuencia de ello, desde mediados del siglo XX aparecerán los primeros signos evidentes de desertificación, la cual, con el tiempo, será una de las causas del lento declinar del sector económico ovejero. Contrasta la cortedad de miras de los terratenientes con la meticulosa planificación de los selk'nam, quienes, desde tiempos inmemoriales, usaban el fuego para ampliar los pastizales y regenerar el pasto, logrando así atraer a la población de guanacos, su alimento principal, y que su número se mantuviera siempre estable.

Como colofón al relato de todas estas salvajes matanzas de seres humanos conviene escuchar la voz del mismísimo José Menéndez, en

cuyas estancias se cometieron algunos de los más horrorosos crímenes contra los selk'nam. El 13 de junio de 1899 se publicaba en *El Diario* de Buenos Aires una entrevista en la que habla de sus relaciones con los selk'nam: "son de una rapacidad imponderable, roban por el placer de robar y gozan con destruir la propiedad ajena". El gran terrateniente asturiano le confiesa al periodista que podría tener ciento cincuenta mil ovejas solo en la estancia Primera Argentina, pero los indígenas le provocan cuantiosas bajas y, cuando son sorprendidos por sus capataces, "juegan con su risa taimada y silenciosa, haciéndose los tontos".

Menéndez, al igual que el resto de los estancieros de Tierra del Fuego, elevará deliberadamente las cifras de pérdidas de ovejas para presentarse ante el gobierno y la opinión pública como una víctima desamparada. Ahora bien, en sus cartas privadas estos avariciosos terratenientes reconocerán que las pérdidas reales representan una cantidad ínfima en comparación con los centenares de miles de ovejas que poseen.

Moritz Braun, yerno y socio comercial de José Menéndez, confesaba: "efectivamente los indios nos han molestado bastante pero no nos han robado todavía tantas ovejas como se dice; en esos momentos convenía exagerar las cosas para que el Gobierno tomara algunas medidas pero en realidad hasta hoy no hemos perdido más de cien ovejas durante todo el tiempo con los indios"[192].

Una parte de la historiografía ha tratado de exculpar a José Menéndez y a los otros grandes terratenientes de las matanzas de los selk'nam, argumentando que fueron perpetradas por sus subordinados, sin su conocimiento ni su autorización. Sin embargo, esa hipótesis olvida que el terrateniente español era famoso por su "certero ojo", siempre vigilando el trabajo de sus dependientes, sin que se le escapara el más mínimo detalle, y que presumía de conocer hasta al último de sus empleados por el nombre de pila. Alexander Mac Lennan, llamado "Chancho Colorado", el más temible asesino de "indios", fue durante doce largos años el administrador de su estancia Primera Argentina y su empleado de mayor confianza. Cuando se jubiló, como agradecimiento a su diligente trabajo en el exterminio de los selk'nam, Menéndez le regaló al escocés un costoso reloj de oro de dieciocho quilates comprado en París y en el que hizo grabar la siguiente dedicatoria: "Recuerdo de José Menéndez a su buen colaborador Alex Mac Lennan 1907".

De todas maneras, importa poco si, en algún caso, las masacres más horribles respondieron a una iniciativa personal de sus administradores y capataces. En Tierra del Fuego, a fines del siglo XIX, el poder de Menéndez, Braun, Stubenrauch y las sociedades ganaderas de capital británico era omnímodo, y ellos eran los únicos responsables de lo que ocurría en sus haciendas. Siguiendo al antropólogo argentino Hernán Vidal: "cuando se otorgaron las grandes concesiones de tierras, los estancieros implementaron un plan de aniquilamiento sistemático de la población selk'nam. Fueron ellos quienes condujeron las matanzas, contrataron a los cazadores de indios y les proveyeron de armas y perros de caza" (Vidal, 1993: 19).



Alexander Mac Lennan a la izquierda de la imagen, febrero 1907. Fotografía: Charles W.

Furlong,

Dartmouth College Library.

A comienzos de 1901 se producirá el último asesinato de un selk'nam del que se tiene registro: "Un inofensivo anciano recibió un disparo hace unos ocho años (...) es el último que conozco que ha sido asesinado por un hombre blanco"193. Gracias a Carlos R.

Gallardo, que recorrió la Tierra del Fuego justo al año siguiente del homicidio, podemos recuperar el nombre de la última víctima oficial del genocidio: "Kelain murió en el año 1901, a los setenta años de edad, asesinado por un cristiano" (Gallardo, 1910: 116). Sin embargo, el sufrimiento del pueblo selk'nam todavía iba a durar más de un siglo.

Genocidio, de la negación al reconocimiento oficial

La historia tradicional ha tratado de ocultar o minimizar el terrible genocidio selk'nam, ensayando distintas teorías que intentaban explicar la súbita disminución de la población indígena de Tierra del Fuego. Hay que tener en cuenta que el enorme poder político y económico alcanzado por los grandes latifundistas desaconsejaba a cualquier investigador chileno o argentino la profundización en las causas de la evidente reducción del número de habitantes originarios. En Chile, los estrechos vínculos de los descendientes de Menéndez y Braun con el siniestro dictador Pinochet[194] podían ocasionar serios problemas a quien tratara de difundir estos embarazosos acontecimientos. En Argentina, autores como Osvaldo Bayer, que indagaron en el lado más obscuro de los negocios ganaderos de los terratenientes, tuvieron que exiliarse del país para salvar su vida. Así pues, la mayoría de los escritores evitarán hablar de las

"cacerías de indios" llevadas a cabo por los empleados de las estancias ganaderas y,

cuando lo hagan, se encargarán de liberar de la responsabilidad a los dueños de las haciendas alegando las más disparatadas hipótesis.

El escritor Lucas Bonacic, autor de una historia en tres tomos sobre los yugoslavos en Magallanes, abordó ya a mediados del siglo XX el tema del genocidio selk'nam. A pesar de reconocer que "el indio fueguino se vio avasallado, acosado en los últimos reductos de la tierra fueguina y continental, y opuso recia resistencia, de acuerdo con sus medios defensivos, hasta el momento de su trágica agonía, puesta su cabeza a precio", enseguida se apresuró a exculpar a los autores de las persecuciones y los asesinatos: "A nadie se puede acusar directamente de responsabilidad, porque el mal estaba en la naturaleza de las cosas, y si culpables hubo, la culpabilidad fue más colectiva que individual". A esto añade la supuesta debilidad física de los selk'nam como causa de su ocaso: "además el escaso número de indígenas, su deficiencia fisiológica, bajo nivel cultural, y las taras de la civilización, precipitaron la extinción de las tribus fueguinas e islas australes" (Bonacic, 1941: 193). En esa línea de pensamiento evolucionista usado en la época para explicar la desaparición de sociedades humanas se sitúa Eduardo Holmberg, hijo del famoso naturalista argentino del mismo nombre, que visitó Tierra del Fuego en 1902: "Estas razas debieron ocupar el archipiélago en épocas muy cercanas a la llegada de Magallanes, pues en ninguna parte se observan rastros de paraderos antiguos, y la rapidez con la que el indio desaparece hace pensar, o que aún no se había hecho al medio que pudo verse forzado

a habitar o el reducido número que hoy queda de este, diezmado incesantemente por causas cuyo origen está en la naturaleza misma del terreno, fue siempre escaso” (Holmberg, 1906: 53). Las palabras de Holmberg lo dejan completamente en evidencia, puesto que ya vimos al principio de este libro que los últimos estudios arqueológicos indican que los selk’nam llevan asentados en la isla Grande alrededor de diez mil años. En cambio, Hernando de Magallanes atisbó esas costas hace solo quinientos, lo que podríamos calificar como

“ayer” en términos históricos.

Fueron varios los autores que sufrieron la censura en sus propias carnes. Entre ellos Alberto de Agostini, uno de los más famosos cronistas de la Patagonia, que, como veremos más adelante, tuvo que suprimir un párrafo entero de uno de sus libros. De hecho, el asunto del genocidio selk’nam provocó agrios enfrentamientos entre los mismos salesianos, puesto que no todos los religiosos aceptaron colaborar de buen grado en la ocultación de las matanzas ni se plegaron a los deseos de los prósperos hacendados.

En Argentina, uno de los sacerdotes más veteranos, Manuel Jesús Molina, protestó airadamente en 1963 al ver cómo el padre Raúl Agustín Entraigas, en su obra *Don Bosco en América*, escribía que “la desaparición de los onas se había producido no por el

plomo del blanco sino por la incapacidad de su organismo virgen”. El objetivo del sacerdote Entraigas, uno de los historiadores salesianos más complacientes con los acaudalados terratenientes, no era otro que proteger el “buen nombre” de las familias Menéndez y Braun. Molina, indignado, calificó la frase de Entraigas de “aserción antihistórica” y lo conminó a que la corrigiera en una errata o nota al pie, asegurando que los antiguos misioneros que fueron testigos presenciales (Borgatello, Fagnano, Beauvoir, etc.) certificaron que la principal violencia contra los pueblos fue ocasionada por los grandes ganaderos. Merece la pena hacer pública completa la carta del padre Molina toda vez que ha permanecido durante décadas oculta en el fondo polvoriento de un archivo:

Río Gallegos 3 de septiembre de 1963

Dr. Raúl Entraigas

Apreciado Hermano:

Con estupor escuché leer en el comedor un concepto suyo sobre la desaparición de los Onas en Tierra del Fuego, en su reciente libro,

muy interesante por cierto, *Don Bosco en América*: "y la forma vertiginosa en que los infelices iban desapareciendo…no por el plomo del blanco, como con harta ligereza y mal conocimiento de la verdad se suele afirmar también en letras de molde, sino por la incapacidad de su organismo virgen de defenderse contra los virus que necesariamente acarrea la civilización".

Nosotros que estamos en el medio y vivimos con los hombres que han sido actores de los hechos o son sus descendientes directos; han sido testigos presenciales o han recogido los datos directamente de sus autores, no podemos estar de acuerdo con una aserción antihistórica de ese calibre. No desconocemos ciertamente el otro motivo y las otras causas, pero no podemos cerrar los ojos a la evidencia de los hechos.

Los Onas del Norte del Río Grande, los "Chonkólluka", desaparecieron de tal forma, que de ellos no quedó sino el recuerdo de unos pocos vocabularios. Y cuando al padre Beauvoir se le desestima por su obra "Los Shelknam" en los círculos científicos, es porque se desconoce la existencia de esta fracción norteña de los Onas y se cree que todo es Shelknam y con ese cartabón se juzga la obra. Su crítico, Lucas Bridges, no conoció a los Chonkólluka, desconocía de consiguiente su idioma y de allí las fallas de su crítica, que ha sido tomada como artículo de fe por los científicos argentinos. Y esta fracción norteña desapareció tan vertiginosamente, precisamente, arrasada por el plomo de los blancos.

Para su archivo, si es que no lo tiene, le envío unos pasajes de *El Jimmy* de Herbert Childs. Habla solamente de un rincón habitado por los Chonkólluka y de cómo fueron exterminados en esa zona. Jimmy Radburne falleció el año 1958. En mis viajes por la provincia de Santa Cruz me encontré con varios matadores de indios.

Espero que en una nota o en una errata corrija esa opinión, que no puede compartir un santacruceño o un fueguino. Algo semejante ha ocurrido con su otro libro *Monseñor Fagnano* sumamente interesante por otros conceptos pero deficiente en lo histórico, por cuya causa fue dejado de lado por los antiguos misioneros que habían vivido los hechos o habían recibido los datos de primera agua.

Salúdale con aprecio de siempre[195].

La respuesta de Entraigas no tiene desperdicio, puesto que, aunque en privado va a reconocer los homicidios, trata de convencer a su colega para que no airee tan escabroso asunto y le pone como ejemplo de la manera de tratar el tema pero sin armar escándalo a monseñor

Fagnano:

Buenos Aires, 13 de septiembre de 1963

Muy estimado padre Molina:

En mi poder la tuya del 3 corriente. Ella me dio pie para rever mi carpeta titulada

“Malos tratos, causas de extinción de aborígenes”. Me dispongo a contestarte, no obstante mis múltiples ocupaciones aquí, porque valoro tu labor científica que más de una vez he puesto en evidencia en privado y en público. Como ves tengo una carpeta que trata de eso, donde constan 24 testimonios muy encumbrados[196]. No he escrito, pues, ligeramente. Comencé a estudiar ese tema en 1936, como verás, si te tomas la molestia de revisar este encuadernador cuando andes por acá. Escribí esos renglones en la vida del padre Pedemonte luego a haber comprado en el centro un libro de una pobre mujer que tituló su libro *Una oreja de indio por una libra esterlina* y luego en el cuerpo solo trata de una placentera excursión, en avión, por la Patagonia; pero deja el veneno en el alma… Y así se hace la historia…

“Estamos en el medio y vivimos con los…actores…o descendientes”. Yo también, antes de escribir he tratado con los verdaderos colonizadores de aquellas tierras, va a hacer treinta años. Ustedes ya no podrán alternar con el padre Crema, ni con el padre Carnino, ni con aquel pobre ebrio consuetudinario que debió volver a Turín con su vicio, que debía mantener el capítulo superior, ni con Giuspin, ni con Vigne, testigo de primer orden, ni con el padre Sallaberry, ni con el padre Borgatello, cuya veracidad hay

que ver cómo la juzga el padre Massa, ni con Dalmasso, ni con Ferrando, testimonio de alto coturno en estas cosas, ni con Contardi, ni con Roux, porque siempre hay que escuchar las dos campanas…, y yo he podido alternar con ellos y escribir luego de escuchar a tirios y troyanos[197].

A través de tanto y tanto testimonio fehaciente, comprenderás que no se me oculta la verdad verdadera: que hubo matanzas de indios. Y ahí está la vida de monseñor Fagnano, cuya “Limen”, pág. 17, dice eso muy bien para quien sabe leer entre renglones, pero no armar escándalo.

No seamos nosotros los salesianos los que encendamos la tea del escándalo. No sabes la pena que me dio cuando, luego de haberle conseguido un pasaje de 1ª ida y vuelta a Tierra del Fuego a un

dominico francés, él fue fugazmente y habiendo hallado ese brulote de Borrero La Patagonia trágica, escribió un libro de escándalo *Patagonie et Terre du Feu*, en que habla de las matanzas[198], pone en ridículo a monseñor Esandi, dice perrerías de los salesianos de Comodoro Rivadavia, de los de Tierra del Fuego y de los de Punta Arenas. Nosotros no debemos imitar esos malos ejemplos. Hay temas más limpios para hacer literatura, siempre dentro del respeto que nos merece la verdad histórica.

Mi libro *Pinceles de Fuego* trae un episodio "El dimas de la Patagonia" donde se habla de esto, pero sin armar escándalo[199]. Y creo que un sacerdote que es respetable no puede bajar a la arena a recoger esas cosas… La película que yo asesoré, *Tierra del Fuego*, menciona el famoso episodio de la ballena envenenada. Pero ello no significa generalizar. En mi carpeta figura el opúsculo de Segers sobre las causas que influyeron en la extinción de los onas. Es raro, como comprenderás. Y está a tu disposición, si lo deseas. Puede ser bien que una tribu, como los Chonkólluka, haya sido exterminada.

Pero no todos los indios de la Patagonia… Me dices que los antiguos misioneros

"dejaron de lado mi libro" sobre Fagnano. Puede ser. Lo lamento precisamente ahora que don Ziggiotti me dice en su última carta que mis libros ocupan en nuestra sociedad el lugar que ocupan los de don Ceria[200]. Espero ir este verano. Debo documentarme mejor sobre Piedra Buena. Saludos para todos los amigos. Tu afectísimo[201].

Molina nunca dio su brazo a torcer y no aceptó la imposición de esta visión falsificada de la historia, y quizá por ello muy rápidamente cayó en el ostracismo y fue apartado de cualquier puesto de responsabilidad, debiendo renunciar al cargo de director del Museo de Ciencias Naturales de Santa Cruz. Entraigas, en cambio, se erigió en una suerte de cronista oficial salesiano, junto con Lorenzo Massa, Juan Eduardo Belza, Cayetano Bruno y algunos otros. Precisamente en la correspondencia privada del padre Massa encontramos las razones que, desde el punto de vista de los salesianos,

justificaban la conveniencia de no hacer públicas las abrumadoras evidencias que relacionaban a Menéndez con las matanzas de selk'nam: "¿qué ganaríamos nosotros los salesianos? Absolutamente nada. Eso sí, nos atraeríamos la enemistad de las familias Menéndez y Braun y de todas las otras familias de Argentina y Chile, íntimamente vinculadas a los Menéndez. Yo no he conocido a don José Menéndez pero cualquiera que estudie su personalidad, descubre en ese hombre

indiscutibles méritos por su obra de orden material y moral. En su vida privada fue un hombre de hogar (…) ha dejado una familia numerosa (…) sus tres hijas son damas de acendrada piedad. La beneficencia en Punta Arenas y en Buenos Aires de ellas recibe magníficas oblaciones (…) todos estos motivos, deben inclinarnos a cubrir con el silencio las fallas que ese hombre pueda ofrecer”202.

La lectura de las cartas de Entraigas y Massa nos permite comprender los arteros motivos que llevaron a los historiadores salesianos a convertirse públicamente en defensores de la construcción de una historia servicial, en la que los ricos estancieros jugarán el papel de grandes hombres de conducta intachable, impulsores del desarrollo regional. Para la historiadora María Andrea Nicoletti, que ha estudiado en profundidad los archivos salesianos, los religiosos y los estancieros “se convirtieron en estrechos colaboradores e hicieron una lectura de la historia que intentaba superar viejos rencores, correr de la escena de la violencia a la familia prestigiosa y ante lo inevitable, la desaparición de los selk’nam, buscar una explicación muy alejada de aquella que con justicia esgrimieron sus protagonistas” (Nicoletti, 2006: 23).

Evidentemente, la misma visión idealizada defendieron los historiadores de la familia.

Armando Braun Menéndez, que monopolizó las investigaciones fueguinas en la década de 1940, era descendiente por partida doble de los grandes latifundistas, hijo de Moritz Braun y nieto de José Menéndez. Obstinadamente leal a sus antepasados, negó siempre los asesinatos de indígenas, que para él no eran otra cosa que patrañas y exageraciones malintencionadas destinadas a desprestigiar a los esforzados pioneros que habían puesto en la isla los cimientos del “desarrollo económico” y la “civilización”. Sin embargo, ante el evidente y rapidísimo descenso de la población selk’nam de la isla, tuvo que buscar las razones que explicaran este suceso sin manchar la reputación de sus ancestros. De este modo, sentenció que “la causa principalísima de la extinción de las razas aborígenes fueguinas no debe buscarse, pues, sino en su absoluta falta de adaptación a la vida civilizada” (Braun, 1971: 135). Todavía añadió otra razón adicional que, a su juicio, justificaba la repentina desaparición de una parte importante de la población autóctona de Tierra del Fuego. Se trataba nada menos que de la impericia alimenticia, que llevaba a los indígenas a comer alimentos en mal estado, lo que provocaba, sin más, su envenenamiento involuntario. Enrique Campos Menéndez, también nieto del “rey de la Patagonia”, polémico premio nacional de Literatura de

Chile en 1986[203] y escritor favorito del dictador Augusto Pinochet, apuntó a la

“indómita” naturaleza de los selk’nam como primera causa de su ocaso: “las continuas luchas que sostenían entre las tribus o espíritu de venganza. Existen testimonios de estas guerras que diezmaban sus poblaciones”[204]. Ya se ha demostrado suficientemente que los selk’nam nunca fueron un pueblo guerrero, que sus armas estaban diseñadas exclusivamente para la caza y que la inexistencia de jefes y el carácter igualitario de su sociedad hacía casi imposible conflictos armados intertribales de importancia. Sin embargo, es muy frecuente que las supuestas luchas intestinas sean citadas una y otra vez, interesadamente, como una de las razones de la reducción de su población (Cantatore, 2006: 30).

Ahora bien, para el arqueólogo francés Joseph Emperaire, que realizó varias campañas de excavación en la Patagonia a partir de 1946, la causa de las matanzas era más que obvia: “una parte de los onas fue masacrada por orden de las grandes compañías concesionarias de las tierras ganaderas. El desarrollo del ganado primaba sobre toda consideración y escrúpulo. La suerte de los onas se hallaba en las manos de los aventureros a quienes su reciente fortuna transformaba de golpe en avanzadas de la civilización. No se conocerá nunca el número de los onas asesinados. Intereses y personas todavía en juego continúan creando en torno a este asunto de más de medio siglo de antigüedad un muro de silencio protector del respeto de sus fortunas.

Cualquiera que sea el número de los onas masacrados; llegue a ciento a mil, sigue siendo una monstruosidad imborrable en el punto de partida de la colonización de la Tierra del Fuego” (Emperaire, 2002: 106).

Anette Laming-Emperaire era también una experta arqueóloga que dedicó muchos años de su vida a la investigación en la región de Magallanes. Su reflexión sobre el genocidio va en la misma línea:

Para los selk’nam la aceleración de su decrecimiento comenzó hacia los años 1880 con la

“fiebre del oro” y el comienzo de la ganadería. Los indios, expoliados de sus territorios de caza, se pusieron a cazar las ovejas. Las represalias fueron inmediatamente terribles y a pesar de la ilusoria protección de los misioneros, que les ofrecían en compensación de la pérdida de sus dominios el estrecho abrigo de las misiones, la caza al hombre se organiza en Tierra del Fuego. Una libra por oreja, más

tarde por cabeza entregada, esa era la remuneración de los asesinos, algunos de los cuales vivían hasta hace poco en las riberas del estrecho. Hubo episodios atroces, como el de la ballena varada cuya carne fue envenenada con estricnina de tal manera que cualquiera que comía moría. En el antiguo territorio de los dueños de las Pampas, hoy pasto para las ovejas y fuente de riquezas, es de mala educación recordar estos hechos que aseguran han sido exagerados

a placer. Sin embargo, una suerte de culpabilidad colectiva planea sobre los estancieros de Tierra del Fuego (Laming-Emperaire, 1972: 180).

Martin Gusinde, probablemente el autor más respetado cuando se trata de hablar de los pueblos originarios de Tierra del Fuego, lo tenía absolutamente claro:

[L]a adquisición por fuerza y el robo del terreno, invadido y ocupado por los civilizados, quitó a los indios todo medio de subsistencia. ¡He aquí el factor poderoso que diezmaba los campamentos de los indígenas y que corroía la fibra vital de la robustísima raza Ona! El indio indefenso y tímido fue lanzado de su tierra, sobre la cual tenía los títulos legítimos desde antaño, por la sola ocupación nunca disputada. Y si el pobre lanzado huía refugiándose a otra parte, allí le esperaba la muerte segura por la bala de los blancos. A tan bajo nivel llegó la codicia y la inhumanidad del hombre civilizado, que las cabezas de los indios constituían muy a menudo para él un artículo de comercio; pues, el ladino comerciante pagaba al asesino una libra esterlina y vendía después el cráneo al museo de Londres por cuatro libras… ¡espléndida ganancia en números redondos! El codicioso estanciero que quería limpiar su campo, pagaba la misma suma por un par de orejas humanas, como proporcionó igualmente la estricnina para envenenar grupos enteros de inocentes indígenas (Gusinde, 1920: 29).

Conviene, sin embargo, profundizar más en las razones de aquellos que niegan un genocidio tan evidente. Entre ellos se encuentra un pastor bautista, Arnoldo Canclini, cuya vasta obra sobre la Tierra del Fuego ha pretendido siempre exculpar de los crímenes a los grandes terratenientes y defender la labor de los religiosos: “a riesgo de ser muy mal entendido, digamos que el uso tan frecuente hoy de la palabra ‘genocidio’

no puede aplicarse a esta triste historia. Aun cuando haya habido

quienes mandaran matar indios, no hubo por cierto un plan oficial o sistemático para su exterminio (…) la historia nos dice que, lamentablemente, son muchos los pueblos que se ausentan. Por ejemplo, ¿dónde están hoy los etruscos, los filisteos, los visigodos y mil más?

Simplemente, fueron absorbidos" (Canclini, 2014: 95).

En el caso de los selk'nam sí que hemos acreditado en estas páginas que, después de las mortíferas expediciones de castigo emprendidas por los empleados de las estancias ganaderas, se trazó una elaborada estrategia para la "extracción" de toda la población preexistente en la isla Grande de Tierra del Fuego, mediante asesinatos, persecuciones y deportaciones, con la participación de los misioneros salesianos y la complicidad de las autoridades. De este modo se lograba la destrucción física del pueblo selk'nam y la anulación de su identidad cultural. Con respecto a la intervención oficial, en 1898 el

ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización autorizaba al gobernador de Magallanes para que "se ponga de acuerdo con el señor cónsul argentino a fin de llevar a efecto la extracción de los indígenas onas"205, lo que demuestra la colaboración de las más altas instancias de Chile y Argentina en el genocidio.

Muy poco después de la emisión de esta orden, el 15 de febrero de 1899, se reunían solemnemente en Punta Arenas los presidentes de ambos países, en el conocido como

"abrazo del estrecho". Si Errázuriz, el presidente de Chile, se alojó en el palacio de los Braun, el mandatario argentino Roca pernoctará en la mansión de Menéndez, lo que es indicativo de la inmensa influencia política que habían alcanzado los grandes terratenientes. La presencia de los dos altos dirigentes en casa de los latifundistas suponía un aval a las acciones que estos estaban llevando a cabo en Tierra del Fuego en contra de la población indígena. El destino del pueblo selk'nam estaba ya sellado.

Quizá el caso más flagrante de negación del genocidio es el de Mateo Martinic, el más importante historiador regional de Magallanes y director del Instituto de la Patagonia de Punta Arenas. Muy tempranamente, a principios de 1990, Martinic publicó un interesante artículo con el muy ilustrativo título de "El genocidio selk'nam, nuevos antecedentes", donde señaló a las grandes sociedades ganaderas como instigadoras directas de las matanzas y estableció el carácter planificado de estas: "Los sucesos de violencia asesina no

fueron casuales, producto comprensible del ardor del enfrentamiento entre cazadores de hombres y predadores de animales, sino francos y deliberados, cual cabía a un designio fríamente calculado, con los resultados atroces que paulatina y fragmentariamente han logrado conocerse y cuya significación en la disminución numérica de la población selknam pudo tal vez ser cuantitativamente mayor que lo que alguna vez estimáramos” (Martinic, 1990: 26).

Una década más tarde, en 2001, en su voluminoso libro *Menéndez y Braun, prohombres patagónicos*, cuatrocientas páginas dedicadas casi en exclusiva a ensalzar la vida y ponderar la obra de estos poderosos empresarios, volvió a ahondar en la cuestión del genocidio: “Fue necesario enfrentar su consideración con seriedad y objetividad a base de documentación fidedigna, nunca antes compulsada y fue posible establecer la verdad sin escamoteos: la colonización ovejera de los campos fueguinos fue la responsable directa de la acelerada extinción de los indígenas selknam hasta configurarse un virtual genocidio” (Martinic, 2001: 137). Eso sí, aun reconociendo específicamente la existencia del genocidio en Tierra del Fuego, unas páginas más adelante Martinic, usando el tan manido recurso de acusar a los subordinados de exceso de celo o de actuar por su cuenta, se va a encargar de desvincular de los asesinatos a los

“prohombres” José Menéndez y Moritz Braun, que eran precisamente los principales promotores de esa “colonización ovejera”:

Uno y otro, es claro eran hijos de su época y como tales adherían a sus ya conocidos principios éticos. Ahora bien, esta certidumbre los condujo a impartir instrucciones pertinentes cuya ejecución estaba librada a la diligencia de los administradores u otros empleados que les estaban subordinados, que al parecer no tenían grandes escrúpulos de conciencia. Y si estos cometieron excesos en su cumplimiento ¿cabía extender esta responsabilidad por hechos censurables hasta la jefatura superior? No resulta fácil aceptarlo, a lo menos en cuanto a que esta “realmente” aprobara “los procedimientos”

utilizados. Pero, aunque así hubiera sido (lo que no consta), en una apreciación que requiere de objetividad para ser justa —y ello obliga a considerar la materia a la luz de las ideas del tiempo—, cabría exculpar a Braun y a Menéndez en tanto que ambos —se reitera— participaban del concepto del darwinismo social en boga y que, en definitiva, proclamaba la superioridad de la civilización —los colonizadores— sobre la barbarie —

los indígenas— (Martinic, 2001: 146).

No es extraña la actitud de Martinic, ya que en el mismo libro también liberó de culpa a los grandes latifundistas de la Patagonia al respecto de las matanzas de obreros de Santa Cruz de 1921. Si en el genocidio selk'nam los culpables fueron los empleados que actuaron por su cuenta, en los fusilamientos de los peones rurales Martinic haría recaer la responsabilidad exclusivamente en la brutalidad incontrolable del soldado argentino:

"El pensar como pensaba la mayoría terrateniente, los hacendados patagónicos en el caso, no era de suyo reprochable, pues era el sentir común. Estos valoraban particularmente el orden público y la libertad económica que les permitían desarrollar sus actividades productivas y cuando, como sucedió entonces, surgían posturas obreras agresivas que amenazaban trastocar el ordenamiento vigente, el temor era una cosa que se hacía sentir con intensidad. De allí que, cuando en su preocupación sincera y honesta

—desde su punto de vista— recurrieron a la autoridad en demanda de la seguridad lo hicieron para reclamar la aplicación del rigor ejemplarizador de la justicia establecida a cuantos trasgredieran la legalidad vigente, y nunca para solicitar que la fuerza pública llamada a intervenir, obrara como lo haría, sujeta a la excepcional discrecionalidad de la arbitrariedad castrense" (Martinic, 2001: 347). A este respecto, en palabras del profesor Rodrigo Suárez Pemjean, "debemos ver con sospecha la construcción de una identidad que prescinde de la nefasta historia de exterminio de las culturas indígenas, de hombres, mujeres y niños palpables y concretos, por parte también de otros seres humanos concretos desde el empresario hasta el cazador de indios. Hay un punto ciego en el texto con respecto a la relación real entre la riqueza obtenida por los empresarios del oro y del ganado, y el exterminio, erradicación y destrucción cultural entre los aborígenes"206.



Huelguistas detenidos en la cárcel de Río Gallegos, 1921. Cortesía de Luis Milton Ibarra Philemon.

En 2007 Martinic abandonó definitivamente la idea del genocidio, que, a pesar de los precedentes anteriores, no volvió a aparecer en sus textos. Este cambio de opinión coincidió con la presentación por parte del senador por Magallanes, Pedro Muñoz, de una moción ante la Cámara de Diputados de Chile con la finalidad de que se reconociera el genocidio selk’nam y aónikenk. Consciente de que en caso de que la propuesta saliera adelante se derivarían gravísimas consecuencias jurídicas para el Estado, pues el genocidio es considerado un delito que no prescribe[207], el premio nacional de Historia de Chile se pronunció públicamente mediante una carta aparecida en *La Prensa Austral*, el diario de mayor tirada de la región. Titulada “Las enfermedades de los blancos fueron las verdaderas asesinas de los indígenas”, en ella insistía en que no hubo genocidio alguno, justamente lo contrario a lo que había manifestado en décadas anteriores: “Lo primero que debe aclararse es que la afirmación de haberse realizado el exterminio organizado, dándose a entender como algo planeado y ejecutado sistemáticamente, carece absolutamente de sustento histórico (…) Nada hay, reitero, en las fuentes que informan sobre la extinción de los indígenas que permita pensar de tal forma”[208]. En este texto Martinic también recuperaba la teoría fatalista, que pretendía explicar la inexorable disminución poblacional de los pueblos originarios exclusivamente a través de las epidemias y la falta de defensas inmunológicas de las víctimas, sin tener en cuenta las circunstancias en las que se propagaron esas enfermedades[209]. Esta estrategia de convertir el genocidio en involuntaria extinción no tuvo éxito, puesto que, tan solo un año después, el Informe de la Comisión Verdad Histórica y Nuevo Trato con los Pueblos Indígenas acreditó el carácter genocida de la colonización de los territorios del sur. Publicado durante la primera presidencia de Michelle Bachelet y con casi setecientas páginas, señalaba que “se trata de una tragedia.

La más grande cometida contra los pueblos indígenas en el territorio chileno. Fue un proceso de exterminación lo que allí ocurrió. Se trata de un genocidio”[210].

En los últimos años Mateo Martinic ha mantenido su negativa al reconocimiento del genocidio selk’nam y fue uno de los pocos intelectuales magallánicos que no apoyó la carta abierta promovida en 2016 por historiadores, arqueólogas, escritores, políticos, docentes y artistas[211], que solicitaban al Estado de Chile una reparación

histórica por estos hechos. A pesar de las evidencias, Martinic sigue defendiendo hoy en día que eran

“otras épocas” y pide “indulgencia” para los promotores de la violencia: “Hay que tener siempre presente que en un tema tan importante como este, como fue el trato que la sociedad de aquellos tiempos, de cien y más años atrás, le dio al mundo indígena a través de la oposición entre civilización y barbarie, debe ser entendido, reflexionado y ponderado no con los ojos de hoy, no con nuestro sentimiento, no con la comprensión de nuestra sociedad actual, sino que hay que reflexionar que fue otro mundo, otra gente, otras ideas, otras concepciones filosóficas que presidieron ese desarrollo en aquel tiempo, y ser en la medida en que se pueda aceptar el término, un poco más indulgente con la historia para valorar realmente lo que fue ese proceso tan duro que ha marcado nuestra historia con la extinción de los pueblos indígenas”212. Ya hemos demostrado con gran cantidad de documentos y testimonios que la sociedad “de aquellos tiempos” no validó mayoritariamente los abusos contra los indígenas y que incluso los sospechosos de los asesinatos fueron juzgados por ello. Además, hay que insistir en que ni los pueblos indígenas están extintos ni la historia puede ni debe ser indulgente con aquellos personajes responsables de crímenes tan atroces.

Tampoco apoyó la reivindicación de reconocimiento del genocidio el director del Museo Maggiorino Borgatello, el salesiano Salvatore Cirillo, que además aprovechó la ocasión para reivindicar la actuación de sus colegas y, de paso, decretar la inevitabilidad de la desaparición de pueblos milenarios: “Solo los salesianos con escritos, como fue el caso del padre De Agostini, y con las obras de las misiones aminoraron o retardaron la tragedia de la desaparición de los indígenas que resultó ser inevitable”213. Quizá habría que explicarle al padre Cirillo que los pueblos indígenas de la Patagonia y la Tierra del Fuego no han desaparecido y que ahora mismo existen comunidades kawésqar, yaganes, selk’nam y aónikenk en la misma Punta Arenas y también en Ukika, Río Grande, Ushuaia, Puerto Edén, Santiago, Tolhuin y Santa Cruz.

El lento proceso de la declaración oficial del genocidio en Chile, que lleva más de doce años de trámites parlamentarios, parece próximo a su aprobación definitiva. En su sesión del 7 de marzo de 2019 la Cámara de Diputados votó por mayoría aplastante, ciento catorce votos a favor frente a solo uno en contra, el reconocimiento del genocidio selk’nam, y ahora solo resta el trámite del Senado para hacerlo ley. Durante el debate existió una gran unanimidad entre los diputados de todos los partidos políticos a la hora de calificar de

“genocidio” la violenta colonización de la Patagonia y Tierra del Fuego. Para Marcelo Díaz, diputado del Partido Socialista: “estamos derechamente

frente a un genocidio deliberado, relacionado con la colonización del extremo sur del país y con la explotación ganadera y agrícola de la región de Magallanes y sus zonas aledañas”. La diputada comunista Carmen Hertz opinó que “es importante empezar a hablar de genocidio, pues este concepto engloba toda la barbarie y todos los ataques a la condición humana que conllevó a hacer desaparecer etnias completas, para apropiarse de sus tierras y recursos. El genocidio implica la eliminación física, el saqueo y la destrucción y un intento de borrar de la historia a parte de sus actores, para así validar el robo y la usurpación”. Por su parte, el diputado democratacristiano Gabriel Ascencio insistió en las consecuencia jurídicas: “El genocidio selk’nam constituye un delito de lesa humanidad que permanece impune hasta la actualidad, y del que son responsables los Estados argentino y chileno, con nombres y apellidos, junto con las sociedades explotadoras que lo ejecutaron”214. También los mapuche, la comunidad indígena más numerosa de Chile, se han sumado a esta reivindicación. En un acto en la misma Cámara de Diputados, el werken Aucán Huilcamán exigió que “este Parlamento debe reconocer su responsabilidad política en la invasión militar al territorio mapuche y del mismo modo reconocer el genocidio del pueblo selk’nam. Necesitamos hoy un estándar de verdad y diálogo”215.

Sin embargo, con toda la razón, a las comunidades indígenas les preocupa extraordinariamente que esta ley no vaya acompañada de un reconocimiento real de sus derechos actuales y que la inauguración del memorial que se prevé instalar en la localidad de Porvenir no sea más que “populismo exento de cualquier derecho que asista a la reivindicación de la memoria”216. La corporación selk’nam Covadonga Ona de Chile, a través de su presidenta Hema’ny Molina Vargas, rechaza de plano la ley por considerar que, al mismo tiempo que se reconoce el genocidio selk’nam, se los está declarando extintos. Y es que mientras la comunidad selk’nam de Argentina tiene personalidad jurídica desde 1995, los selk’nam de Chile todavía luchan por el reconocimiento de su identidad217.

Catálogo de los horrores: restos humanos y objetos expoliados
Como si fueran macabros trofeos de guerra, miles de restos humanos selk’nam se diseminaron caóticamente por multitud de museos e instituciones de América y Europa. Durante décadas, cualquier viajero o explorador que pisara la región trataba de hacerse con el esqueleto o el cráneo de un indígena para llevárselo de regreso a su país.

Algunos se los llevaban como un simple recuerdo, mientras que otros lo hacían para estudiarlos concienzudamente en la tranquilidad de sus gabinetes y laboratorios.

Obsesionados por clasificar los cráneos en alguna de las categorías aceptadas en la

época —dolicocéfalos, mesocéfalos y braquicéfalos—, los científicos propusieron algunas de las más disparatadas conclusiones. Si el paleontólogo Florentino Ameghino defendía la teoría del “autoctonismo”, por la que en América el ser humano se habría originado en el mismo continente por medio de la evolución, sin haber llegado desde fuera, para otros autores los fueguinos primitivos eran el eslabón perdido en cuyos cráneos podían observarse rasgos de los neandertales…

Hasta hace no mucho tiempo estos restos humanos se exhibían en las vitrinas de las salas de exposición de los museos, a la vista de todo el mundo, muchas veces sin ningún criterio científico ni ético. De acuerdo con la doctora Débora Rottenberg, “el otro como objeto de estudio alcanza su condición extrema cuando el cuerpo ya muerto del indígena queda expuesto en una vitrina cual trofeo” (Rottenberg, 2008: 98). En la actualidad, buena parte de la normativa museística prohíbe la exposición de cadáveres humanos, que solamente debe hacerse cuando tenga un propósito divulgativo y educativo, e incluso en algunos países se instaura la obligatoriedad de la restitución de estos restos a las comunidades originarias para su reentierro.

El Congreso de los Estados Unidos promulgó, ya en 1990, la Ley de Protección y Repatriación de Sepulturas Nativas, precursora en el campo del respeto por los restos humanos y elementos funerarios que forman parte del patrimonio cultural indígena. En Argentina la Ley n.º 25.517, sancionada por el Senado y la Cámara de Diputados en 2001, estableció en su primer artículo que “deberán ser puestos a disposición de los pueblos indígenas o comunidades de pertenencia que lo reclamen, los restos mortales de aborígenes, que formen parte de museos y colecciones públicas o privadas”. En Chile, aunque la legislación existente es confusa y fraccionada, la adopción del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo sobre Pueblos Indígenas y Tribales, casi veinte años después de su promulgación, ha permitido el retiro de muchos restos humanos que se encontraban en exhibición. También se ha conseguido alguna tímida restitución a las comunidades originarias que luchan por recuperar los restos de sus antepasados. Finalmente, en 2007 la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó la Declaración sobre los

Derechos de los Pueblos Indígenas, que, en su artículo 12, obliga a los Estados “a garantizar el acceso a la repatriación de objetos ceremoniales y restos humanos que se encuentren en su poder a través de mecanismos justos, transparentes y efectivos desarrollados en conjunto con los pueblos indígenas involucrados”.

La mayoría de estas normas establecen también el derecho a la información de los integrantes de los pueblos originarios, mediante el cual el museo debe facilitar el inventario completo de las colecciones de restos humanos y piezas sagradas que guarda en sus depósitos. Cuando se trate de realizar campañas de excavación en territorios indígenas, en opinión de la arqueóloga María Luz Endere, “se debería respetar el derecho de participación de las comunidades, permitiéndoles el acceso al sitio, informándoles sobre los procedimientos de excavación y estudio, proporcionándoles información acerca de los resultados de la investigación”[218].

Los primeros reclamos de restitución realizados por las organizaciones indígenas fueron rechazados por los museos, alegando que los restos formaban parte del patrimonio nacional. También encontraron la oposición de muchos antropólogos que aseguraban necesitar ese “material” para su estudio, y eso a pesar de que las teorías basadas en el análisis de las características raciales de los individuos hacía ya mucho tiempo que habían sido desacreditadas. Sin embargo, en algunos casos la legislación actual ha conseguido revertir la situación. El ejemplo más paradigmático es el del Museo de La Plata en Argentina, que alberga una colección de restos humanos formada por miles de piezas, en la mayoría pertenecientes a los pueblos autóctonos de la Pampa y la Patagonia que fueron arrasados en la campaña militar conocida como la Conquista del Desierto. Durante más de un siglo, la sección de Antropología del museo mantuvo un tenebroso aspecto, mostrando los cráneos y los huesos de los vencidos. Su director, el famoso perito Moreno, recorría esas salas saludando divertido con la mano a los esqueletos y presentándoselos por su nombre a los aterrorizados visitantes, mientras en los sótanos familias enteras de cautivos, los denominados “prisioneros de la ciencia”, esperaban la muerte para pasar a engrosar esas vitrinas. En palabras del poeta mapuche Jaime Luis Huenún: “El horror se exhibió sin vergüenza durante 102 años, naturalizando y legitimando la derrota de los ‘indios’ y cosificando sus restos para todo público. Exhibir la muerte del enemigo en vitrinas durante más de un siglo, exponer sus restos tal como se ostenta una cabeza en la pica, evidencia el lado más siniestro de una sociedad”[219].

A partir de 2006, la acción decidida de los estudiantes de la Universidad Nacional de La Plata, agrupados en torno al colectivo GUIAS, Grupo Universitario de Investigación en Antropología Social, logró que los restos humanos fueran retirados de las estanterías del museo. Además, el cambio de actitud de la dirección ha permitido que en los últimos años se hayan llevado a cabo restituciones que afectan a los caciques aónikenk y mapuche con una trayectoria histórica más notable, pero también a algunos de los restos selk'nam de Tierra del Fuego.

En efecto, durante más de un siglo formaron parte de este horroroso muestrario dos esqueletos selk'nam completos, identificados en el propio catálogo del museo con los números de referencia 1863 y 1864. El primero pertenecía a Seriot, asesinado en la estancia Harberton en 1895 y enviado al museo por el gobernador Pedro Godoy, el mismo que organizó el zoológico humano de Buenos Aires. El otro correspondía a una



mujer fallecida en Punta Arenas víctima del infame "remate de indios" y cuyo esqueleto fue llevado a Argentina en 1898 por Emilio Beaufils, embalsamador del museo.

También se conservaban dos cráneos sueltos, numerados 1339 y 1340, que fueron donados respectivamente por el teniente Martínez y por el geógrafo Elías Almeyda Arroyo, quien lo recogió en la estancia

Springhill (Lehmann-Nitsche, 1911: 63). Este último tiene un inmenso orificio de bala en la sien izquierda.

Sala de la sección Antropología del Museo de La Plata, 2004. Fotografía: Colectivo guias.

Este conjunto de restos humanos, correspondientes a cuatro personas, fueron devueltos a Tierra del Fuego en abril de 2016 y por fin se encuentran en poder de la comunidad selk'nam, que debate sobre la mejor forma de honrar la memoria de sus ancestros, mediante un mausoleo o la reinhumación en su territorio ancestral, en las cercanías del lago *Kakenchow* [220].

Ahora bien, se trata de casos aislados, puesto que, a pesar de todas las convenciones internacionales favorables a las restituciones y de la sensibilidad mostrada por algunos arqueólogos y conservadores, la realidad es que a fecha de hoy los depósitos y sótanos de los museos de todo el mundo rebosan de cráneos, huesos y esqueletos pertenecientes a los pueblos originarios, la mayoría con una procedencia claramente violenta o un origen ilícito producto de profanaciones y despojos.

Hemos localizado casi una veintena de instituciones, museos, universidades, etc., pertenecientes a una decena de países de América y Europa que poseen en la actualidad restos humanos selk'nam:

Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, Buenos Aires, Argentina.

Instituto de la Patagonia, Punta Arenas, Chile.

Museo de la Misión Salesiana de La Candelaria, Río Grande, Argentina.

Museo Municipal Virginia Choquintel, Río Grande, Argentina.

Museo de Ciencias Naturales, La Plata, Argentina.

Museo Salesiano Maggiorino Borgatello, Punta Arenas, Chile.

Museo del Fin del Mundo, Ushuaia, Argentina.

Museo Provincial de Tierra del Fuego, Porvenir, Chile.

Museo de Historia Natural, Viena, Austria.

Museo de Historia Natural, París, Francia.

Museo de Ciencias Antropológicas y Zoológicas, Dresde, Alemania.

Instituto Anatómico, Friburgo, Alemania.

Museo de Antropología, Madrid, España.

Museo de Historia Natural, Londres, Gran Bretaña.

Instituto Anatómico, Helsinki, Finlandia.

Instituto Karolinska, Estocolmo, Suecia.

Museo Americano de Historia Natural, Nueva York, Estados Unidos.

Museo de Arte Universidad de Princeton, Estados Unidos.

En el Museo Salesiano de La Candelaria se conserva una sobrecogedora colección compuesta por catorce cajas con restos humanos, con un total de más de un millar de

elementos óseos que corresponden aproximadamente a cincuenta personas, la mayoría selk'nam, aunque también hay al menos dos cajas procedentes de Santa Cruz que contienen restos de los aónikenk. El director del museo durante décadas, el padre Juan Ticó, era el responsable de organizar el material sin apenas medios. Experto taxidermista, fue él quien embalsamó los ejemplares de la fauna fueguina allí existentes.

Hasta hace poco tiempo los cráneos humanos estuvieron expuestos en las vitrinas de la sala principal del museo, mientras que los huesos se amontaban en numerosas cajas, envueltos en papel de periódico. Por su parte, el Museo del Fin del Mundo de Ushuaia resguarda la colección de restos humanos que obtuvo Anne Chapman en sus excavaciones en la década de 1970, mientras que en Quequén el Laboratorio de Ecología Evolutiva Humana sigue conservando los restos extraídos en las distintas campañas de excavación desarrolladas entre los años 2007 y 2013. Todos ellos deben ser restituidos sin más demora a la comunidad selk'nam.

Quizá el caso más flagrante se da al otro lado de la frontera, donde el Museo provincial de Tierra del Fuego de la localidad chilena de Porvenir sigue exhibiendo a la curiosidad del visitante una gran cantidad de cráneos y huesos selk'nam. La pieza más impactante es un cráneo que presenta una terrible fractura en la parte frontal, con un gran orificio a consecuencia de haber recibido un disparo a bocajarro[221].

También en Europa y Estados Unidos existen colecciones de restos humanos selk'nam, aunque ninguna está expuesta al público. La más numerosa se halla en el Museo de Historia Natural de Viena, que

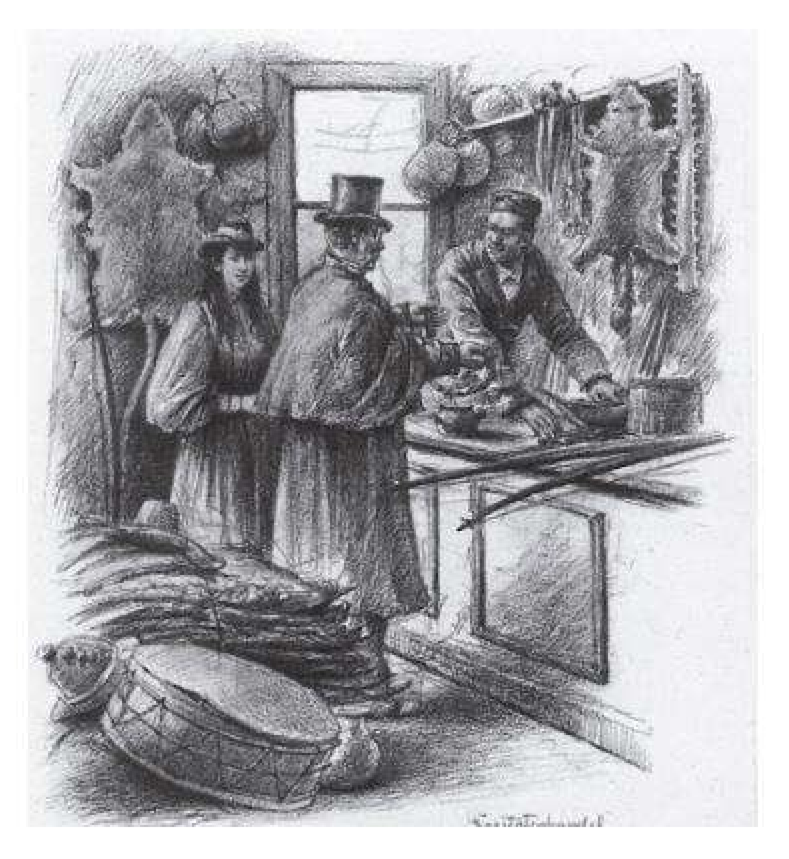
conserva media docena de los cráneos obtenidos por Gusinde en caleta Josefina, bahía Inútil y el cementerio de isla Dawson, y también cuatro calaveras desenterradas el 26 de marzo de 1902 por Lehmann-Nitsche en el noreste de Tierra del Fuego. En París, el Museo de Historia Natural de Francia tiene al menos cinco cráneos selk'nam de adultos y niños procedentes de la expedición de Rousson y Willems de 1891. Esta institución, que almacena más de 35.000 cráneos en sus depósitos, es uno de los máximos exponentes de lo que el historiador Julio Vezub ha definido como "epistemología colonial" (Vezub, 2009: 3), consistente en separar los restos humanos de su historia, y que fue el accionar común de los museos de la época.

El Museo de Ciencias Antropológicas y Zoológicas de Dresde tiene en su colección tres cráneos, uno de ellos con orificio de bala, y el Instituto Anatómico de Friburgo posee uno. Algunas de las piezas se han perdido, como el cráneo de un selk'nam de avanzada edad que, en 1911, un oficial naval alemán llevó al museo de la catedral de Lübeck y fue destruido en 1942 en el transcurso de un bombardeo durante la Segunda Guerra Mundial.

Los Estados Unidos son pioneros en el tratamiento respetuoso de los restos humanos e incluso tanto el Museo Nacional de Historia Natural como el Museo Nacional del Indio Americano, ambos pertenecientes al Instituto Smithsoniano, tienen oficinas con personal especializado y dotadas de presupuesto para la repatriación a sus lugares de origen de esos restos. No obstante, en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York se encuentran todavía tres cráneos selk'nam recogidos por Charles W. Furlong junto con otro llevado allí por el paleontólogo Barnum Brown. Los restos selk'nam de Estados Unidos se completan con el cráneo de un niño que ingresó en el Museo de la Universidad de Princeton.

En la mayoría de los grandes museos se conservan también centenares de piezas etnográficas pertenecientes a la cultura material de los pueblos de la Patagonia y Tierra del Fuego. Entre estos objetos nos encontramos los arcos y flechas de los selk'nam, cuya presencia tan lejos de su lugar de origen es ya una demostración de la violencia ejercida por los colonizadores. Lo último que haría un cazador selk'nam es desprenderse de esa herramienta imprescindible para cazar el guanaco y, por tanto, para alimentar a su familia. Sin su arco, el selk'nam estaba condenado directamente a la inanición y a la muerte. Sin embargo, desde la instalación de estancias ovinas en la isla comenzaron a aparecer misteriosamente a la venta estas armas en los comercios de Punta Arenas.

Muchos de los compradores eran simples viajeros procedentes de los buques que hacían escala en ese puerto y que buscaban un bonito *souvenir* para llevarse como recuerdo de aquella apartada región. Pero también había arqueólogos y representantes de los distintos museos que recorrían el mundo con la misión de completar las colecciones pertenecientes a sus instituciones. James Radbourne, ovejero en la estancia Springhill, confesaba que los estancieros "esperaban que matasen tantos indios como pudieran, trayendo a la vuelta los arcos y flechas de los muertos (...) Los administradores consideraban como una prueba suficiente de la muerte de un adulto si traían su arco, ya que vivos no lo darían jamás. Estos arcos y flechas así capturados eran vendidos como recuerdos en los barcos que pasaban por el Estrecho" (Childs, 1997: 51). Otra declaración de un empleado neozelandés que trabajó en las estancias de Tierra del Fuego en la época nos lo confirma: "El arco y las flechas de un hombre se consideran una prueba más que suficiente de que había sido eliminado"222.



Comerciante de Punta Arenas vendiendo arcos selk'nam. Dibujo de Theodor Ohlsen, 1894.

A fines del siglo XIX el pintor Theodor Ohlsen, que realizaba un viaje artístico por Sudamérica retratando todo lo que veía, representó magistralmente en un grabado el momento exacto en el que un comerciante de Punta Arenas se dispone a vender un arco selk'nam a una pareja de adinerados turistas. Precisamente en los mismos años el paleontólogo John Bell Hatcher recorrió la Patagonia en una expedición organizada por la universidad de Princeton y pudo adquirir los más diversos objetos, entre ellos arcos y flechas, pero también carcajes, cestas, arpones, collares y hondas, pertenecientes a selk'nam y yaganes. Hoy todas estas valiosas piezas engrosan el catálogo del Departamento de Antropología del Museo Natural de Historia Natural de Washington.

También llegaron a la región de Magallanes los integrantes de la Comisión Científica del Pacífico 1862-1866, proyecto organizado por España para explorar el sur de América y el océano Pacífico. Entre los componentes de la expedición se encontraban naturalistas, antropólogos, botánicos, geógrafos y dibujantes. Los españoles recalaron en Punta Arenas en febrero de 1863, donde no tuvieron ninguna dificultad en comprar objetos de todo tipo, como puntas de flecha, arpones, pieles, *etc.* Se trajeron también a Madrid una canoa a tamaño natural y un cráneo supuestamente selk'nam, que se encuentra hoy en el Museo Nacional de Antropología.

En Suiza existe al menos una institución con restos humanos, el Museo Etnológico de Basilea, que cuenta en su inventario con un cráneo selk'nam; y en Finlandia, en el Instituto Anatómico de Helsinki, se encuentra otro cráneo procedente de la expedición de 1928 de Väinö Auer a Tierra del Fuego y que el profesor finés compró al jefe de la oficina de correos de Río Grande. Sin embargo, el símbolo más terrible del sangriento

genocidio se encuentra en otro país nórdico, Suecia. A las afueras de Estocolmo se ubica el Karolinska Institutet, cuyos edificios están rodeados de un paisaje bucólico, de bosques muy verdes y césped que parece siempre recién cortado. Se trata de uno de los más prestigiosos centros médicos del mundo, con categoría de universidad, y cuyo Departamento de Anatomía conserva miles de restos humanos. Allí se encuentran los esqueletos y cráneos recolectados por Nordenskjöld en el norte de la isla Grande de Tierra del Fuego. Al examinarlos, estos cuerpos tienen una particularidad que los distingue de los demás: todos los cráneos presentan un enorme orificio en la parte posterior, originado por el disparo de un arma de fuego desde corta distancia. Es la evidencia incontestable de que estas personas fueron asesinadas de un tiro en la nuca:

“fueron perseguidos por los colonos, alcanzados en una meseta cerca del nacimiento del Río Pantano; allí fueron heridos y luego ultimados mediante tiros en la cabeza”

(Hultkrantz, 1907: 128).

La terrible violencia que fue desencadenada contra los selk’nam de Tierra del Fuego desde el mismo momento en el que los “hombres blancos” pusieron el pie en la isla, y que se acrecentó hasta límites desconocidos con la apropiación de las tierras por parte de los grandes latifundistas ganaderos, llevó a historiadores, antropólogos, naturalistas y viajeros a adoptar desde muy temprano la figura de la “extinción” para referirse al destino final de este pueblo. Una idea que todavía hoy está plenamente vigente y contra la que es necesario reaccionar: “la tesis de la inevitable extinción de los selk’nam desplegará una violencia simbólica sin precedentes hacia las poblaciones indígenas de Tierra del Fuego y se mantendrá en el imaginario del sentido común hasta la actualidad” (Nacach, 2013: 193). Sin ir más lejos, en la discusión parlamentaria sobre el genocidio selk’nam llevada a cabo por la Cámara de Diputados de Chile, el diputado Jorge Sabag trató de que la Comisión de Cultura, Artes y Comunicaciones cambiara la palabra *genocidio* por *extinción*, siendo rechazada su petición por mayoría de votos. Lo que el político del Partido Demócrata Cristiano pretendía con esa modificación era liberar de responsabilidad al Estado chileno en los crímenes y de paso dar por completamente desaparecido al pueblo selk’nam. En el próximo capítulo cuestionaremos con datos, documentos y hechos el polémico término y hablaremos de los sobrevivientes de las matanzas, que con sus testimonios, sus anhelos y sus reivindicaciones son los verdaderos testigos de esta historia.

CAPÍTULO 7 **SELK’NAM HOY**

Mientras yo canto aquí, el viento me lleva

Por las huellas de los que han partido

He llegado a las grandes montañas del cielo

El poder de aquellos que se fueron viene a mí

Desde el infinito me han hablado.

(Canto de Kiepja, 1968)

Relato de una resistencia

A pesar de la terrible violencia que se abatió contra ellos, de las cacerías, los asesinatos y las deportaciones de las que fueron víctimas, los selk'nam de Tierra del Fuego no desaparecieron. Internados en lo más profundo de los bosques, mimetizados con jornaleros y colonos, incorporados al paisaje social de las ciudades, hombres, mujeres, niñas y niños consiguieron mantenerse con vida: "dicha población debió reorganizarse, abandonando sus territorios de pertenencia y alterando su desplazamiento, la distribución de individuos, grupos y sus áreas de residencia"

(Casali, 2017b: 110). El éxito en la adopción de esta compleja estrategia de supervivencia ha permitido que continúe la milenaria existencia de este pueblo, sin interrupción, hasta el día de hoy.

Los resultados de la Encuesta Complementaria de Pueblos Indígenas de los años 2004-2005, realizada por el Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República Argentina, arrojaron la cifra de 391 personas que se reconocían como selk'nam solo en Tierra del Fuego. Por otro lado, el último censo realizado por los miembros de la Comunidad Indígena Rafaela Ishton en los años 2012-2013 registró un total de 729

integrantes (Gerrard, 2015: 149). Frente a la línea clásica de la antropología que establecía como determinante el concepto de "pureza", hoy las leyes chilenas y argentinas han instituido los criterios de autoidentificación, autoadscripción o autorreconocimiento para acreditar la pertenencia a una comunidad indígena.

Sin embargo, en los últimos cincuenta años innumerables veces se ha insistido en el discurso de su extinción total a través de interesadas consignas que provenían de los más diversos ámbitos: científicos, gubernativos, educacionales. Esta hipótesis tantas

veces repetida ha permitido, por un lado, la apropiación de los territorios indígenas y, por otro, el rescate por parte de la antropología de "los últimos indios puros". Así, los vencidos van a convertirse en objetos de estudio desde el punto de vista de la etnografía más clásica, mientras que su decretada extinción los privará de los derechos más elementales.

Se trata de un claro ejemplo de violencia alegórica ejercida para

sostener que los pueblos de la isla Grande de Tierra del Fuego y de su archipiélago han sido completamente exterminados. Una lógica perversa yace detrás de esta idea de desaparición del pueblo selk’nam: si ya no quedan auténticos dueños de la tierra, no hay nadie a quien devolvérsela. Los reclamos de tierras de las comunidades originarias de toda América, cada vez más enérgicos y que concitan el apoyo de amplios sectores de la población local y de los organismos internacionales, han demostrado ser un peligro para los grandes latifundios propiedad del Estado, de los terratenientes locales o de las multinacionales extranjeras.

En Tierra del Fuego los pedidos de devolución de tierras se han producido aún muy tímidamente y, aunque pueda parecer increíble, las grandes estancias del norte argentino de la isla continúan todavía en poder de las mismas familias de hacendados y las del lado chileno son propiedad de grandes empresarios o de instituciones como el Ejército y la Armada de Chile. La única entrega realizada hasta la fecha se produjo en 1998 a la Comunidad Indígena Rafaela Ishton[223], que logró la restitución de casi 35.000 hectáreas de tierras en los alrededores de Tolhuin, cuyo nombre deriva de la palabra selk’nam *Tol-wen*, que significa ‘corazón’. En realidad, se trató de una devolución, toda vez que estas tierras ya habían sido entregadas a los selk’nam en 1925 durante la presidencia de Marcelo Torcuato de Alvear, con la finalidad de constituir en la cabecera del lago *Kakenchowuna* reserva indígena. El lugar estaba muy alejado de las poblaciones de Río Grande y Ushuaia y era prácticamente inaccesible al no contar con caminos ni vías de comunicación, así que las autoridades de la época consideraron que era un buen emplazamiento donde “colocar” a los indígenas sobrevivientes[224]. Aun así, los lotes de terreno les fueron nuevamente usurpados y los selk’nam tendrían que esperar casi setenta y cinco años para que esas tierras les fueran reentregadas[225].

Resistiendo al odio, al olvido y la discriminación, los selk’nam contemporáneos reafirman el orgullo de pertenencia a su pueblo. En palabras del escritor selk’nam Miguel Pantoja: “la reproducción de la idea de extinción de mi pueblo es lo que anula por completo nuestra presencia hoy. En la actualidad nos continúan extinguiendo con el discurso dominante, pero nosotros seguimos resistiendo a pesar de todo. Es importante comprender que no estamos extintos y nunca hubo una discontinuidad como nos lo hizo creer la ciencia al servicio de los Estados argentino y chileno”[226]. También el sistema educativo de los dos países insistía hasta hace poco en la negación de

los pueblos originarios en su conjunto y de otras minorías, como los afrodescendientes, de acuerdo con la construcción de una idea de nación de inspiración europeísta donde los indígenas no tendrían cabida o serían invisibles. Vanina Ojeda se lamenta de que "hoy como mujer selk'nam, quinta generación en Ushuaia, siento que todavía hace falta que incluyan en la educación nuestra historia real y que fuimos víctimas de genocidio (…) Que no nos den lugar para participar o representarnos, cuesta mucho entrar en la política para llevar adelante tantas ideas y proyectos reivindicando nuestros antepasados ancestros y que ellos quieran, los políticos, decidir por nosotros cuando todavía tenemos abandono del Estado (…) queremos gritar día a día que estamos vivos y, como siempre respondo, mientras corra sangre por nuestras venas seguiremos vivos"227.

Mientras las políticas estatales invisibilizaban a los indígenas o los condenaban a la pobreza, la marginación y el estigma social, las prácticas científicas los consideraban extintos. Para la antropóloga Ana Cecilia Gerrard, que ha investigado en profundidad los archivos judiciales y policiales de Tierra del Fuego, "la idea de un territorio 'sin indios', asumida como doxa, convivió con la realidad de una población de origen indígena que fue mayoritaria hasta avanzado el siglo XX, cuya participación activa fue determinante para la conformación y el desarrollo de la región. Sin embargo, permanecieron invisibles y fueron negados de múltiples maneras" (Gerrard, 2018: 60).

En el mismo sentido, el sociólogo Joaquín Bascopé apunta que "el problema de la extinción india será confrontado a toda una serie de documentos que mostrarán las diferentes formas de supervivencia durante la colonización; personas que escaparán a las misiones, funcionarios de la policía nacional, empleadas domésticas o informantes de viajeros y antropólogos" (Bascopé, 2012: 21). La ceguera de la sociedad y de la ciencia, que no pudo o no quiso ver a las comunidades originarias, y las maniobras de ocultamiento de su identidad por parte de los propios indígenas, entendidas como una forma de protección, han contribuido a esta invisibilización. Sin embargo, durante todo este período y hasta la actualidad, los selk'nam siempre han existido, aunque constantemente han tenido que adaptar sus costumbres y formas de vida a un entorno cambiante y casi siempre amenazante, precisamente para no desaparecer. Hoy vivimos en Tierra del Fuego un proceso de resurgimiento indígena y de reafirmación de la identidad cultural, en el que los protagonistas son los propios integrantes de las comunidades originarias.

La historia de la resistencia del pueblo selk'nam comienza nada más

despuntar el siglo XX, cuando el sordo sonido de los últimos disparos aún resonaba en las estepas y bosques de la isla. En ese instante los selk’nam supervivientes, plenamente conscientes de que el objetivo de los colonizadores es la eliminación total de los indígenas, van a

poner en marcha una estrategia que les permitirá no desaparecer como pueblo, toda una cultura de la resistencia que legarán a las generaciones venideras.

Al reencuentro de los habitantes originarios

También en ese momento comenzaron a llegar a Tierra del Fuego investigadores y especialistas provenientes de diferentes países, atraídos por la singularidad de estos habitantes legendarios. Y es que, desde los principios de la colonización de Tierra del Fuego, el pueblo selk’nam fue objeto de gran fascinación para antropólogos, etnógrafos y curiosos de todo tipo, puesto que en teoría era una de las pocas sociedades del planeta que todavía mantenía su modo de vida primitivo. Gracias a su extraordinaria complexión física y su gran corpulencia y a su inalterado modo de vida de cazadores-recolectoras, los hombres y mujeres selk’nam eran el prototipo perfecto de los supuestos habitantes de la Edad de Piedra. A diferencia de otros pueblos de la Patagonia, como los aónikenk o mapuche, que había adoptado el caballo, los selk’nam eran nómadas pedestres que simbolizaban el ideal puro del hombre prehistórico. Para Anne Chapman representaban “aquella cultura milenaria que fue, en los tiempos paleolíticos, la de la humanidad entera”228. Así, rápidamente comenzaron a organizarse expediciones con la finalidad de estudiarlos antes de la que se temía fuera su desaparición definitiva de la faz de la tierra.

En enero y febrero de 1902 el ingeniero Carlos R. Gallardo dirigió una expedición del gobierno argentino acompañado de Roberto Dabbene, naturalista del Museo Nacional de Historia Natural, del fotógrafo Juan Ojeda y del periodista británico William S. Barclay. La ruta desde Buenos Aires se hizo vía Malvinas - Punta Arenas -

Ushuaia, lo que nos permite constatar el aislamiento y las dificultades de comunicación en las que se encontraba en la época aquel apartado territorio. Además de estudiar la flora, fauna, geografía e hidrografía de la región, Gallardo tenía por misión hacer contacto con los nativos de la isla: “es preciso buscar y ponerse en contacto íntimo con el salvaje si se desea conocer al hombre primitivo en la lata acepción de esta palabra, y entre los cuales el antropólogo y el etnólogo hallan elementos para realizar un estudio interesantísimo” (Gallardo, 1910:

99). Gallardo será el primero que buscará a los selk'nam ancestrales, llegando hasta donde sea necesario para encontrarlos en "estado puro". Veremos que, cuando ello no sea posible, se llevará a cabo todo un proceso de negociación entre antropólogos e indígenas para que estos últimos vuelvan a cubrirse con sus antiguos ropajes y pinturas.

El encuentro entre estos viajeros y los supervivientes de un genocidio que acababa de ocurrir permitirá al mismo tiempo la aparición de obras escritas que documenten los hechos sucedidos y las causas que provocaron las matanzas. Gallardo publicará en 1910

su célebre libro *Los onas*, donde escribe al respecto del robo de ovejas por parte de los selk'nam de Tierra del Fuego: "son la consecuencia del progreso que obligó al hombre civilizado a quitar poco a poco al ona la tierra de sus antepasados, disminuyendo así la extensión de los campos en que antes pastaban las tropillas de guanacos que la naturaleza había creado para servirles de alimento. Hoy ese mismo hombre civilizado ha puesto ovejas en los prados, remplazando a los guanacos, es decir, ha desterrado al ganado del ona para dar pastaje al suyo, sin preocuparse para nada si a ese hombre, primitivo dueño de la tierra y del guanaco, le queda para comer o si se muere de hambre por lo que nada de condenable tiene que el ona se apropie de las ovejas"

(Gallardo, 1910: 125). El libro de Gallardo, de casi cuatrocientas páginas, tuvo un gran éxito de público, pues incluía láminas y fotografías e incluso un pequeño diccionario de lengua selk'nam. Martin Gusinde, en el viaje que realizó al territorio fueguino una década más tarde, llevaba un ejemplar en su mochila. En una ocasión se lo enseñó a los sorprendidos selk'nam: "una noche saqué el libro de Gallardo y les mostré un retrato después del otro. Entonces se les iluminaron los ojos y comenzaron a charlar porque reconocieron a todas las personas y Tenenesk e Inxiol se vieron a sí mismos" (Gusinde, 1982: 82).

Al año siguiente, 1911, sería el turno de la publicación de los diarios de viaje del compañero de Gallardo, el naturalista Roberto Dabbene. Con el título de *Un viaje a la Tierra del Fuego*, en su libro relata cómo el 13 de febrero de 1902 en los alrededores de la estancia Harberton se encontraron con un grupo de ochenta selk'nam: "son grandes y vigorosos, de miembros admirablemente formados; tienen una fisonomía franca y vivaz, que denota al mismo tiempo el valor y el amor a la libertad. Por su lengua en fin y por su género de vida, tienen mucha analogía con los tehuelches de la Patagonia austral" (Dabbene, 2009: 56).

Dabbene estimaba en varios centenares de personas la población selk’nam, que divide en dos categorías, “salvajes” y “semicivilizados”:

Perseguidos por los colonos que poco a poco han venido a establecerse en la Tierra del Fuego, los onas se han retirado a los bosques y llanuras del interior, de donde salen de vez en cuando para hacer correrías con el fin de robar algunas ovejas a los usurpadores de su territorio. Por estas razones son, en estado salvaje, los menos conocidos de los indios que habitan el archipiélago, pues es muy difícil observarlos en las regiones adonde se han refugiado. Los onas que comúnmente se ven son los ya semicivilizados, los cuales trabajan como peones en algunas estancias, o los que se encuentran en las misiones salesianas de Río Grande y de la isla Dawson. De ahí la escasez de noticias completas sobre la vida y costumbres de esta tribu en estado salvaje (…) Su número, en estado salvaje, puede, según los datos que nos fueron suministrados por varias personas, las cuales han recorrido su territorio, evaluarse en 500 individuos de ambos sexos. Estos, con otros 300 más o menos que se encuentran en estado semicivilizado en las estancias o en las misiones, constituyen todo lo que aún queda de esta raza (Dabbene, 2009: 80).

También recogió varias leyendas y relatos orales de carácter mitológico y, como era costumbre en la época, al final del libro Dabbene incluyó una reseña con los resultados del análisis de las dimensiones de dos cráneos selk’nam, conservados uno en el Museo Nacional de Historia Natural y el otro en el Museo Etnográfico, ambos de Buenos Aires.

Las mediciones fueron efectuadas por el eminente antropólogo Aleš Hrdlička y, como era de esperar, arrojaron resultados muy similares en cuanto al tamaño y peso que los obtenidos en el estudio de cualquier otro cráneo humano.

El tercer integrante de la comitiva, el periodista británico William Singer Barclay, publicó primeramente un artículo sobre su viaje en 1904 en el prestigioso magazín trimestral *The Geographical Journal*, con el título “The Land of Magellanes, with Some Account of the Ona and Other Indians”. Además de incluir varias fotografías y un mapa de la región, donde aparece señalado por primera vez el camino terrestre desde Ushuaia hacia la costa atlántica, Barclay relataba las costumbres y los rituales selk’nam, muchos de cuyos datos le fueron proporcionados por la familia Bridges. Tiempo después, el interés del público británico por los pueblos de la Patagonia y Tierra del Fuego lo llevó a publicar en Londres un exitoso libro sobre el tema. En él,

además de denunciar las matanzas contra los indígenas, fue especialmente crítico con la improvisación de los misioneros que, con su ignorancia y falta de preparación, tantas muertes habían provocado entre los habitantes autóctonos: “En lugar de intentar enseñar a estos indios a plantar nabos en el húmedo suelo fueguino, su talento natural como pescadores podría haberse empleado para capturar y almacenar los bancos de sardinas, salmonetes y mariscos que abundan en el canal Beagle. De este modo se hubiera garantizado el alimento que necesitaban pero sin alterar su dieta ni retirar los estímulos al trabajo. Los excedentes siempre podrían haber sido vendidos fácilmente a los barcos de Punta Arenas. Sin embargo las sugerencias y críticas de esta clase llegan ya muy tarde. La certeza, común a todas las sectas proselitistas, de que la regeneración de un indio únicamente puede empezar cuando este se pone las ropas de sus benefactores, está tan profundamente asentada que por lo general solo desaparece cuando a causa de ello muere el indio” (Barclay, 1926: 146).

Por la misma época viajó a Tierra del Fuego, en otra misión gubernamental argentina, Eduardo Alejandro Holmberg. Con la tarea de estudiar el terreno fronterizo con Chile, desembarcó en Río Grande y visitó la misión de La Candelaria y la estancia Primera Argentina para luego dirigirse a caballo al sur, hacia la zona del río Fuego y del lago *Kakenchow*. En su recorrido se encontró con muchos selk’nam en distintos asentamientos, la mayoría trabajando como peones. Sin embargo, predominaban las mujeres, lo que dejaba adivinar el trágico final sufrido por la mayoría de los hombres.

Con una visión impregnada del racismo de la época y de una insultante mirada de superioridad, Holmberg se permitió ponderar las “ventajas” que tenían las mujeres selk’nam para los colonizadores:

Los blancos eligen compañeras ente las indias y del mestizaje se obtienen ejemplares más hermosos aún: vimos en el Puerto Elena una india que tenía tres hijos: uno de italiano, el otro de austriaco y el otro de español. Eran tres criaturas rubias que, lavadas y vestidas, hubieran parecido lindas entre nuestros más bellos chiquillos. También eran bonitos los hijos de los gendarmes de Río del Fuego. Nótese en ellos que, en el color del cabello y en la carne, predomina el del padre. Las mujeres, al abandonar las practicas salvajes, se transforman inmediatamente, siendo uno de los mayores rasgos la limpieza.

Se bañan en la playa de mar, dos y tres veces por día, dejan de embadurnarse el cuerpo con grasa de coruro [*sic*] y si obtienen aguas de olor las usan con gusto. El cabello desgreñado y revuelto con pedacitos de hojas y ramas de árboles y arbustos, toma con la higiene

brillantes matices, lo suelta sobre la espalda, lo recorta a manera de flequillo sobre los ojos invariablemente y lo suaviza y lo alarga (Holmberg, 1906: 56).

Junto a Holmberg también realizó parte del viaje Robert Lehmann-Nitsche, uno de los antropólogos del Museo de La Plata. Guiado por Pedro Covasovich, un selk'nam que ejercía como intérprete y que era además un excelente baqueano, el objetivo del alemán era completar el amplio catálogo de medidas antropométricas y del registro de la lengua selk'nam que había iniciado en el zoológico humano de Buenos Aires unos años antes. Ávido por incrementar su colección de datos sobre sujetos "primitivos", en la comisaría de Río Grande pudo examinar a seis mujeres selk'nam que vivían forzosamente como concubinas de policías y soldados. Estremece imaginar los terribles abusos sexuales que sufrieron las mujeres indígenas durante décadas a manos de los colonizadores, una violencia que todavía está grabada en la memoria de los selk'nam actuales.

Furlong, un pintor en la Tierra del Fuego

Entre 1907 y 1908 el norteamericano Charles Wellington Furlong viajó a Tierra del Fuego, conviviendo durante largas temporadas con los indígenas de la región, tanto selk'nam como yaganes. Trabó una gran amistad con el estanciero Lucas Bridges y fue pionero en recorrer por tierra la isla de sur a norte, desde la estancia Harberton, a orillas del canal *Onashaga*, hasta Río Grande, acompañado de un grupo de guías selk'nam: Ahnikin, Otrhshoöl, Warkceo, Shoyien, Halimink, Chalshoat y Puppup. No debemos olvidar que este paso había sido construido en 1901 por los Bridges, con la inestimable ayuda de sus peones selk'nam, que se ocuparon de señalar el mejor itinerario para el camino y de realizar las labores de nivelación y desbrozado del bosque. En su estadía con los yaganes de isla Navarino, Furlong trató de alcanzar en una vieja embarcación nada menos que el cabo de Hornos, aunque el temporal los hizo desistir.

También es el autor de un centenar de valiosas fotografías sobre los pueblos

"fueguinos", muy influenciado por el estilo artístico de su compatriota Edward S.

Curtis, el gran fotógrafo que acababa de publicar en 1907 el primer volumen de su monumental obra *The north american indian*, veinte volúmenes con mil quinientas imágenes de los nativos norteamericanos. El investigador recopiló artefactos y otros objetos de

la cultura material selk'nam que actualmente se hallan depositados en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York. Y fue el primero que registró en cilindros de cera los cantos selk'nam y yaganes, una compleja tarea teniendo en cuenta las complicadas circunstancias en las que tuvieron lugar las grabaciones y la desconfianza que el fonógrafo provocaba en muchos de los indígenas. Una copia completa de las grabaciones fue enviada en 1911 a Berlín para su análisis por los musicólogos más expertos de la época, dirigidos por Erich Moritz von Hornbostel[229]. En Estados Unidos Furlong publicó un relato divulgativo de sus viajes acompañado de numerosas imágenes en la popular revista gráfica Harper's Magazine, entidad que había financiado su viaje. El éxito de la publicación permitirá al lector norteamericano tener una primera noticia de los selk'nam de Tierra del Fuego.

Aunque Furlong no era antropólogo de formación, la minuciosa investigación realizada sobre el terreno lo convirtió en uno de los mayores expertos de su tiempo.

Para el etnólogo John M. Cooper, "el íntimo conocimiento personal del profesor Furlong sobre las tribus fueguinas lo convierten en la más alta autoridad norteamericana en relación a estas culturas" (Maturana, 2005: 79).



Dibujo realizado por Furlong en el libro de visitantes del Museum of the American Indian,

25 abril 1914.

Toda su correspondencia personal y las fotografías se conservan en el Dartmouth College de Hanover en Nuevo Hampshire. De su atento estudio podemos deducir una real preocupación por el trágico destino de los pueblos autóctonos de América del Sur.

En 1915, en el transcurso del XIX Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Washington, incluso se atrevió a proponer la entrega de tierras para los selk'nam: "hay solo una débil esperanza para los onas; radica en la magnanimidad de las repúblicas de Chile y Argentina, particularmente de esta última. El primer paso sería reservar en perpetuidad para el uso exclusivo de los onas al menos la menor y menos deseada parte de su patrimonio que se les ha quitado —hablamos de todo el territorio de su isla al sur de la línea 53 grados 40 minutos 51 segundos Sur (excepto la ocupada en el canal Beagle y su costa este por los colonos)— con una línea neutral de una milla de ancho al norte de allí. Como la ocasión lo requiere, su territorio debería de ser reabastecido de guanacos jóvenes (fácilmente obtenidos de las pampas del continente)"230.

Furlong ingresó en el ejército americano sirviendo en las dos guerras mundiales y llegó a alcanzar el grado de coronel. Era además un excelente dibujante y sus óleos sobre lienzo forman parte de una impresionante colección en el Smithsonian American Art Museum de Washington. Los cuadros están inspirados en las fotografías que él mismo tomó sobre selk'nam, yaganes y aónikenk. Contemplar esta hermosa galería de obras maestras supone todo un viaje hacia el pasado, un reencuentro con estos pueblos originarios.

De Agostini, fotógrafo y montañero

Alberto María de Agostini fue un sacerdote salesiano, nacido en 1883 en el pueblo de Pollone, en la región de Piamonte, una zona montañosa del norte de Italia, en el seno de una familia de cartógrafos. Ingresó muy temprano en la congregación salesiana y, como tantos otros jóvenes italianos de la época, se embarcó para América, adonde llegó en 1910. Rápidamente destacó por sus cualidades físicas e intelectuales, que lo llevaron a realizar importantes expediciones por las montañas de los Andes y a explorar la zona central de Tierra del Fuego, donde los selk'nam todavía mantenían su modo de vida tradicional.

De su convivencia con los pueblos originarios nos han llegado fotografías de gran valor etnológico e interesantes escritos sobre su cultura y sus costumbres. Es autor del documental *Terre Magellaniche*, estrenado en 1933 y que recoge impactantes imágenes del paisaje de la Patagonia y Tierra del Fuego y filmaciones de los indígenas de la región. Aunque ya se habían rodado anteriormente dos filmes en Tierra del Fuego, *El cóndor de plata* de 1928 por Gunther Plüschow y las tomas de Väinö Auer en 1929, la película de De Agostini es la primera en la que los indígenas adquieren gran protagonismo, al ocupar hasta una quinta parte de los planos totales. Sin embargo, Mónica Villarroel, actual directora de la Cineteca Nacional de Chile, nos advierte que

“en el filme del sacerdote italiano el discurso se construye desde el eurocentrismo, con una clara posición de superioridad, y respondería al contexto de producción cinematográfica del cine de exploradores, más que al cine etnográfico propiamente dicho” (Villarroel, 2010: 93). De hecho, la película de De Agostini tiene un carácter claramente propagandístico sobre la labor de los salesianos en la región, y no es casual que a las imágenes de indígenas harapientos, famélicos y semidesnudos las sucedan tomas donde se ve a niños y niñas sonrientes en los establecimientos misioneros ya completamente “civilizados”. La inclusión de una escena panorámica de la inmensa fosa común del cementerio de la misión de isla Dawson hubiera bastado para que el espectador conociera el trágico final de muchos de los improvisados actores participantes en esa película.

Hoy tenemos constancia además de que la mayoría de las fotografías tomadas por De Agostini fueron en realidad preparadas previamente para aparentar autenticidad étnica. Al italiano no le interesaba retratar la realidad etnográfica de la época, sino recrear la imagen perfecta que el indígena debía proporcionar al espectador europeo.

Los selk’nam y yaganes se prestaron conscientemente a ello, obteniendo a cambio dinero u otro tipo de compensaciones. Debemos tener en cuenta que la autoetnografía, mediante la cual el fotógrafo convence a los selk’nam para que se representen a sí mismos delante de la cámara, según la imagen que supuestamente debían proporcionar a los visitantes, como cazadores, como guerreros o chamanes, formaba parte de una

estrategia de pura supervivencia en un pueblo que había sido expulsado violentamente de sus propias tierras.

Precisamente, el sacerdote salesiano documentó en sus escritos la

brutalidad que los colonizadores desataron contra los habitantes de la región y el gran descenso demográfico producido entre la población autóctona por esta causa. Uno de sus compañeros de expedición, el alpinista Giovanni Battista de Gasperi, incluso publicó un pequeño artículo sobre la disminución de la población yagán, kawésqar y selk'nam, que según sus cálculos habría pasado en conjunto de unas diez mil personas hacia 1881 a solamente medio millar de supervivientes tres décadas más tarde.

Ahora bien, las denuncias de Alberto María de Agostini molestaron a las poderosas familias de los terratenientes y, al igual que sucedió con la mayoría de los cronistas salesianos, también tuvo que moderar sus críticas. Incluso se vio obligado a borrar un párrafo entero de su libro *Mis viajes a Tierra del Fuego*, en el que responsabilizaba al gobernador Manuel Señoret del infame reparto de indígenas acaecido en Punta Arenas en 1895. Fue Moritz Braun quien, a pedido de Octavio Señoret Silva, hijo del mencionado gobernador y que se desempeñaba como senador de la república chilena y presidente del Partido Radical, ordenó al sacerdote la supresión de ese párrafo. A De Agostini no le quedó más remedio que ceder, toda vez que los Braun, los Menéndez y sus sociedades ganaderas eran los mayores financiadores privados de la congregación salesiana: "será mi empeño el suprimir de mi libro la nota de referencia y evitar, en lo sucesivo, que se publiquen documentos históricos que puedan perjudicar de algún modo al señor Señoret"231. Y en efecto, si cotejamos la primera versión del libro de 1929

con la reedición que la editorial El Elefante Blanco hizo en 2005 con el título *Treinta años en Tierra del Fuego*, ambas versiones son idénticas salvo por el párrafo eliminado… Por su interés lo vamos a reproducir aquí:

Desgraciadamente prestaron fe las autoridades a todas estas patrañas de crueldades de los indios onas, y mandaron tropas a la Tierra del Fuego para reducirlos a esclavitud.

Enteras tribus de indios fueron perseguidas, acosadas, cercadas, hechas prisioneras y arrebatadas sus tierras para llevárselas a Punta Arenas como rebaños, bajo el pretexto de sacar a los infelices de la miseria en que vivían, y darles el alimento y vestido de que carecían. La responsabilidad de esta guerra de exterminio contra los indios onas recae, en gran parte, sobre el gobernador don Manuel Señoret, que en aquel tiempo gobernaba el territorio de Magallanes. Para tutelar los intereses de algunos señores a quienes el gobierno chileno había alquilado grandes extensiones de terreno en la Tierra del Fuego, y

además por odio a los misioneros salesianos, que quería expulsar de la isla Dawson para tomársela él, favoreció de la más indigna y cruel manera la persecución contra los indígenas, sometiéndolos a indecibles torturas y favoreciendo su destrucción (…)



fueron hechos prisioneros y llevados a Punta Arenas, donde después de haberlos expuesto al ludibrio del populacho, haciéndoles desfilar casi desnudos por las calles de la ciudad, fueron repartidos entre las personas que los pidieron, sin preocuparse de la honradez de los peticionarios. Hubo escenas desgarradoras al momento de la separación, entre padres e hijos, que no lograron conmover el ánimo cruel de aquel gobernador, y la mayor parte de esos jóvenes acabaron víctimas de las más abyectas pasiones (De Agostini, 1929: 244).

De Agostini y Pachek en 1917. Fotografía: Alberto María de Agostini,

Museo del Fin del Mundo.

El archivo del Museo del Fin del Mundo de Ushuaia conserva hoy buena parte de las fotografías de De Agostini, constituyendo un legado documental de primer orden.

Quizá la imagen más famosa de la colección sea aquella en la que el sacerdote salesiano aparece junto al viejo chamán Pachek, ambos mirando a la cámara sonrientes, cada uno vestido con sus hábitos tradicionales, el religioso tocado por una boina negra y el selk'nam con su gorro de piel de guanaco. De algún modo, la instantánea simboliza el encuentro de dos mundos que, a pesar del aspecto distendido de ambos, estuvo muy lejos de ser pacífico.

Gusinde, el "cazador de sombras"

En busca de los selk'nam supervivientes, con la intención de conocer sus costumbres y forma de vida tradicional, un sacerdote alemán de poco más de treinta años de edad penetró en los bosques de Tierra del Fuego. Se llamaba Martin Gusinde y realizó la hazaña de recorrer el archipiélago fueguino y convivir por largos períodos de tiempo con algunas de las principales comunidades indígenas, en una época en la que desplazarse por ese extenso territorio se convertía en una aventura extrema. Su motivación era recopilar la mayor cantidad posible de datos etnográficos de unas culturas que, según Gusinde, estaban irremediablemente condenadas a desaparecer. El resultado de sus cuatro viajes constituye hoy un material de enorme importancia para los estudios antropológicos de los pueblos originarios de la parte más austral del continente americano.

Gusinde había llegado a Chile en 1912, en calidad de misionero de la Sociedad del Verbo Divino. Antes de ese viaje estudió durante varios años filosofía y ciencias naturales en Viena, siendo uno de sus maestros el distinguido antropólogo Wilhelm Schmidt, fundador de la revista *Anthropos*, con el que sin embargo mantendrá algunas diferencias de opiniónn232. En Santiago muy pronto se vincula al Museo de Etnología y Antropología de la mano de su director, Aureliano Oyarzún, y del arqueólogo alemán Max Uhle. Allí se interesa inicialmente por los pueblos preexistentes más conocidos del país, como los mapuche o rapanui, aunque enseguida toma conocimiento de la obra del antropólogo norteamericano John Montgomery Cooper, autor en 1917 de una completa bibliografía analítica con centenares de referencias sobre los pueblos de Tierra del Fuego. En su libro Cooper llega a la conclusión de que los selk'nam no practican creencias religiosas complejas ni tampoco cuentan con una

deidad suprema, sugiriendo que “se necesitan más estudios exhaustivos sobre las relaciones de parentesco y matrimonio, de la mitología y la religión de todos los pueblos fueguinos” (Cooper, 1917: 64).

Gusinde aceptó el desafío y, convencido de la inminente extinción de los indígenas de la región, se apresuró a realizar el viaje a Tierra del Fuego con la finalidad de “coleccionar lo más rápidamente todo el material que sea posible adquirir de los pueblos primitivos antes de que desaparezcan bajo la influencia niveladora de las olas de la cultura moderna”233. Antes de la invasión de sus tierras por los terratenientes ganaderos, el número de selk’nam alcanzaba las tres mil quinientas o cuatro mil personas, pero cuando Gusinde arribó por vez primera a la isla Grande, en 1919, solo registró doscientos setenta supervivientes.

Manifestando una particular sensibilidad hacia los indígenas, él fue el primero que los presentó bajó un aspecto positivo, admirando sus costumbres y rituales y su forma de vida tradicional, y pasó mucho tiempo habitando junto a selk’nam y yaganes: “les he

acompañado día y noche, sin mostrarme jamás con aquella imperiosa superioridad que el civilizado acentúa en todas partes; me he amoldado en todo mi ser a ellos, me he contentado con la comida propia de ellos a pesar de su defectuosa preparación; estuve sentado con ellos alrededor de su fuego para abrigarme en las noches frías y lluviosas; les he seguido en sus cantos lastimeros y quejumbrosos en los cuales recordaban a sus amigos y demás deudos queridos ya desaparecidos; compartía también sus alegrías cuando en los largos días, a horas avanzadas, hacíamos una abundante pesca; en una palabra: me he amoldado a su ser tan íntimamente que he sentido con ellos y como ellos” (Gusinde, 1920: 148). Para el etnólogo europeo, los fueguinos habían sido víctimas durante siglos de rumores y maledicencias que los habían presentado como feroces “salvajes” cuya primitiva forma de vida no merecía ni siquiera una segunda mirada. Gusinde también evidenció en sus textos la responsabilidad de los grandes ganaderos, aunque no se atrevió a dar los nombres de los culpables: “Todos los desafueros cometidos contra los indefensos indígenas tenían por objeto dejar libre la parte norte de la isla Grande para la cría del carnero. Con ellos dañaron gravemente la comunidad del pueblo selk‘nam e hirieron mortalmente la vitalidad de dicha tribu. El horroroso drama de aquella planeada destrucción se desarrolló en unos treinta años.

Los aislados supervivientes se refugiaron en la zona de bosques del

sur, donde desde que terminaron las mortales persecuciones, continúan viviendo como triste resto de su tribu, de acuerdo a las costumbres heredadas de sus antepasados” (Gusinde, 1951: 103).

Ahora bien, a pesar de su declarada empatía, hay que tener presente que Gusinde estaba imbuido por la mirada colonialista y el pensamiento común de su tiempo, donde investigador e investigado no se situaban en el mismo plano de igualdad. Para Patricia Ayala: “La arqueología de esta época se caracterizó por una relación de poder marcadamente asimétrica con los indígenas, quienes desde una posición de subordinación cumplieron un rol de obreros y/o de informantes, más aún considerando que los arqueólogos se vinculaban a intereses estatales y/o privados, y se trataba de extranjeros o santiaguinos profesionales asociados a la clase dominante. En estas circunstancias la arqueología chilena reprodujo una serie de lógicas coloniales, a través de las cuales no solo preterizó y territorializó a las sociedades nativas, sino que impuso un conocimiento y valor occidental de la historia, del pasado y de los restos arqueológicos” (Ayala, 2017: 73).

Toda la obra de Martin Gusinde y de su colega Wilhelm Koppers —que lo acompañó en el tercer viaje— está orientada al anuncio de lo que según ellos será un hallazgo excepcional, el monoteísmo de los pueblos fueguinos, del cual se considerarán descubridores: “Las tres tribus fueguinas reconocen a un único Ser Supremo como una personalidad autónoma e independiente, de naturaleza espiritual pura. Esta deidad tiene sus nombres respectivos: entre los selk’nam, Temáukel; entre los yámanas,

Watauinewa; entre los alaculufes, Cholass. No se le considera como una fuerza personificada o fenómeno natural. La residencia permanente de este dios la colocan nuestros indios detrás de las estrellas. No tiene ni mujer ni hijos, ni tampoco hay otros seres en su cercanía. Gobierna a todos y a todas las cosas. Como corresponde a su incorporeidad, no manifiesta ninguna necesidad de dormir” (Gusinde, 1951: 319). Con esta visión creacionista, se trataba de hacer frente a las teorías evolucionistas tan en boga en la época. Además, hay que pensar que, en la década de 1920, emergían con fuerza por todo el mundo movimientos inspirados en el ateísmo, como el comunismo o el anarquismo, y para los religiosos era muy importante tratar de enfrentar al teórico modelo de sociedad comunitaria de los pueblos primitivos, que proponían ambas ideologías, su supuesto monoteísmo arcaico recién descubierto.

A su vez Gusinde fue muy crítico con sus predecesores, especialmente

con el misionero Thomas Bridges, cuyo trabajo calificó de muy deficiente. Le reprochaba que, a pesar de los años que convivió con los yaganes en la misión de Ushuaia, Bridges no conociera el nombre de los ceremoniales y ritos de iniciación ni por supuesto imaginara la existencia de un ser superior. Gusinde alertaba sobre "el hecho de que Bridges nunca recibió una educación sólida, ni siquiera había cursado por completo la escuela primaria. Además, creció y pasó toda su vida en un ámbito sumamente limitado (...).

Como es fácil comprender a partir de lo dicho, Bridges no era querido por los indígenas como persona. Muchos lo eludían debido a su porte autoritario y se mantenían alejados de la misión para no tener que renunciar a su valioso patrimonio cultural" (Gusinde, 1986: 142). Gusinde también criticó que Carlos Gallardo llegara a la conclusión en su libro de que los selk'nam no eran capaces de elaborar concepciones intelectuales complejas y que por lo tanto carecían de religión, cuando al mismo tiempo "lo que niega en sus desarrollos preconcebidos, lo confirma a través de las ostensibles afirmaciones de boca de los indígenas. Dadas las tan concluyentes coincidencias, puedo considerar la identidad de su Pimaukel con el Temáukel descubierto por mí" (Gusinde, 1982: 461).

Con todo el material recopilado en sus años de investigaciones sobre el terreno, Gusinde publicó en alemán en 1931 *Die Feuerland-Indianer*, el primero de los tres tomos de su monumental obra etnográfica sobre los fueguinos, con miles de páginas y centenares de fotografías impresas. En ellos describe los aspectos culturales de los diversos pueblos, poniendo el acento en sus costumbres materiales, sus creencias espirituales y los ritos y ceremonias de su folklore. Un libro clásico e imperdible para conocer la historia de los selk'nam, pero también para indagar y profundizar en los intereses particulares de su investigación.

La obra de Gusinde es famosa especialmente por su espectacular colección de fotografías, que recogen gráficamente las tradiciones y los rituales del pueblo selk'nam.

Esas imágenes fueron tomadas en su mayor parte en 1923, cuando convivió cuatro meses con los indígenas en los alrededores de lago *Kakenchow* y participó en el ritual del *Hain*. Cruzando la cordillera en el camino de regreso hacia la estancia Remolino, Gusinde fue sorprendido por una tormenta de nieve y solo gracias a la actuación decisiva de los dos selk'nam que lo acompañaban, Toin y Hotex, pudo sobrevivir:

“prendieron un fuego; me acostaron junto a él, dándome vuelta a menudo y frotando mi cuerpo entero enérgicamente con las dos manos. El calor de la lumbre me hizo despertar de mi inconsciencia después de unos minutos. Aflojé mis ropas, dejando que el calor me penetrara uniformemente, recuperando así mis fuerzas espirituales (…) nunca olvidaré que el valiente Toin me arrancó de las heladas garras de la muerte por congelación” (Gusinde, 1982: 106).

Hoy sabemos sin embargo que, conforme era habitual en los documentos de antropología visual de la época, muchas de las fotografías respondían a una puesta en escena deliberada, consecuencia directa de las exigencias del fotógrafo. Es decir, Gusinde reconstruía y recreaba, no sin dificultades, escenas de la vida ancestral de los selk’nam. Para Rodrigo Cárdenas y Alfredo Prieto, “se maquilló la cultura de los indígenas para hacerla lucir pura, y ello como un proceso consciente de los investigadores en cuestión que por ejemplo se materializa en las fotografías tomadas a los indígenas” (Cárdenas, 1999: 97). Y es que en la época en la que fueron visitados por Gusinde y Koppers los selk’nam se hallaban ya completamente occidentalizados, lo que no impedía que muchos de ellos se negaran a que se los fotografiara. Wilhelm Koppers, que estuvo allí en febrero de 1922, relata cómo las ancianas se oponían enérgicamente a ser fotografiadas y se indignaban cuando se les proponía que se pusieran la capa de guanaco para la toma: “ya no eran salvajes”, respondían enfadadas (Koppers, 1924: 32).

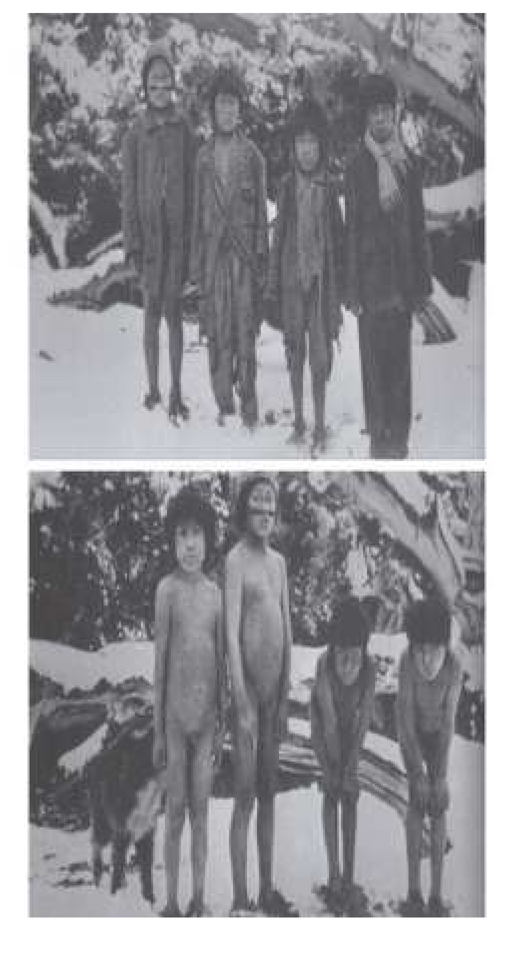
Algunos otros, los hombres generalmente, no tenían inconveniente en posar con sus atuendos tradicionales o incluso desnudos, siempre y cuando obtuvieran a cambio la contraprestación deseada. Nos lo cuenta el mismo Gusinde: “Siempre me tuve que enfrentar a una actitud de rechazo insalvable cuando me esforzaba por obtener fotografías aptas para la evaluación antropológica, esto no solo afectaba a las tomas de cuerpo entero, sino también las de retrato del rostro. Algunas personas no se dejaron convencer ni para realizarse mediciones antropométricas ni para tomar fotografías; la mayoría de los que se prestaron para estas o aquellas lo hicieron únicamente por el atractivo que representaban algunos obsequios apreciados. No tomé medidas en niños con el fin de evitar una mayor inquietud entre los adultos (…) durante el examen algunas personas resultaron presas de un indescriptible malestar, no se dejaban retener

en absoluto y tuve que esforzarme mucho para completar en una ocasión posterior algunas mediciones de las más importantes” (Gusinde 1989: 25).

Estos ejemplos de “actuación etnográfica” son rastreables en los diarios de Gusinde y también en la observación atenta de alguna de las imágenes tomadas por él. Christine Barthe, conservadora del museo del quai Branly de París y curadora de las exposiciones de fotografías de Martin Gusinde, reconoce que el sacerdote preparaba la puesta en escena y hacía posar a los selk’nam para fotografiarlos. Sin embargo, defiende que “no son fotografías robadas, él se involucró con los retratados y ellos accedieron a que los fotografiaran, había un acuerdo mutuo. Hay mucha honestidad en cada una de sus imágenes”[234]. Una honestidad que no está tan clara al examinar las fotografías de los cuatro niños selk’nam vestidos con harapos que evidencian su extrema pobreza y a los que Gusinde hace desnudar para retratarlos en todo su “salvajismo” en medio de la nieve. Frente a la imagen real de la miseria, Gusinde prefiere la imagen ideal de pueblo

“primitivo”, algo que reconoce él mismo: “inmediatamente comprendí que a estos hijos de la naturaleza no les queda bien nuestra ropa de fábrica sin estilo, que les da en verdad la apariencia de miserables vagabundos. Me dio pena verlos así, pues su agradable e innato sentido de belleza es violado por la imposición del mal gusto europeo” (Gusinde, 1982: 65).

En palabras del antropólogo Hernán Vidal, “las imágenes de los etnógrafos de esos años, como sus fotografías, están prolijamente depuradas de todo elemento que pudiera señalar la convivencia con los colonizadores. La contaminación con elementos occidentales era síntoma directo de falta de autenticidad” (Vidal, 1993: 43).



Niños selk'nam retratados primero vestidos y luego desnudos, 1923. Fotografía: Martin Gusinde,

Archivo General de la Nación, Argentina.

Martin Gusinde regresó a Alemania y fue testigo del auge del nazismo en la década de 1930. Durante la época de la Alemania nazi, junto a otros distinguidos antropólogos austriacos como Josef Wastl, Robert Routil o Herbert Kahlich, Gusinde participó en un programa de investigaciones raciales con deportados judíos y prisioneros de campos de concentración. El historiador chileno Jorge Pavez afirma que Gusinde era amigo de Eugen Fischer, el científico nombrado por Adolf Hitler director del Instituto de Higiene Racial y considerado uno de los ideólogos de la solución final, que llevó a la cámara de gas a millones de judíos, gitanos, homosexuales y disidentes políticos. En concreto Gusinde realizó mediciones de prisioneros de guerra en los Stalag

XVII-A Kaisersteinbruch y XVIII-A Wolfsberg entre 1940 y 1942. Al terminar la guerra fue detenido por las tropas soviéticas y sometido al usual proceso de desnazificación. Una vez liberado siguió con sus estudios sobre los pueblos africanos, especialmente entre los bosquimanos, e impartió clases en universidades de Estados Unidos y Japón.

Para lo que nos interesa aquí, el corpus fotográfico de Martin Gusinde constituye un patrimonio cultural de incalculable valor, un "inventario para la conservación de la memoria de un pueblo, que parecía estar condenado a desaparecer" (Palma, 2013: 138).

Merece la pena detenerse en las opiniones de la historiadora chilena Marisol Palma puesto que su libro, *Fotografías de Martin Gusinde en Tierra del Fuego (1919-1924): la imagen material y receptiva*, es probablemente la mejor obra crítica sobre Martin Gusinde.

Publicado originalmente en alemán en 2008, fue editado en español por la Universidad Alberto Hurtado en 2013. Además de realizar un completo análisis de las imágenes que Gusinde tomó a los pueblos de la Patagonia y Tierra del Fuego, la autora también ha profundizado en el archivo personal del sacerdote, revelándonos sus diarios inéditos y sus pensamientos más profundos. La doctora Palma concluye: "Gusinde se llamó a sí mismo 'el último selk'nam' y apreciaba altamente el valor de su trabajo, en relación con los resultados alcanzados por los investigadores previos. No solo destacaba el grado de confianza alcanzado entre los grupos fueguinos sino también el tipo de proximidad.

Nadie antes que él había logrado una cercanía semejante y una comprensión tan profunda de su mundo espiritual. Gusinde buscó el acceso a esta dimensión cultural, encontrándola en el mundo de los mitos y en los rituales de iniciación en los que pudo participar" (Palma, 2013: 59).

Las imágenes se complementan con el repertorio de cantos selk'nam colectados por Martin Gusinde y Wilhelm Koppers en 1922 y 1923 y que se conservan hoy en el Archivo Fonográfico del Museo Etnológico de Berlín235. Trágicamente, dos epidemias de sarampión en los años 1924 y 1929, propagadas con terrible virulencia desde las estancias ganaderas, diezmarán todavía más a los componentes de la comunidad selk'nam. Muchos de los hombres y mujeres que conoció Martin Gusinde, y que aparecen repetidamente en sus fotografías, morirán muy poco tiempo después de su visita a causa de estas enfermedades.

Gusinde también convivió con los kawésqar del canal Smyth y pasó largas temporadas con los yaganes, que lo recuerdan todavía hoy con gratitud, ya que trató de ayudarlos consiguiendo que el gobierno de Chile les entregase tierras en propiedad.

Estamos hablando de un lote de terreno en *Katushwea* o bahía Mejillones, al norte de isla Navarino, que había quedado desocupado por un antiguo concesionario: "ahí llevaban una vida tranquila, estaban muy cómodos y más o menos al cubierto de los atropellos de que se les quisiera hacer víctimas" (Gusinde, 1924: 60). Hacia 1919 los yaganes de la zona se radicaron en ese sector de la isla, levantando sus casas, cultivando pequeños huertos y criando algunos animales, pero siempre con sus canoas sobre la playa de guijarros listas para echarse a la mar. Fue en este mismo sitio donde De Agostini filmó para su película documental la escena de dos mujeres yaganes, Yayosh y Lakutaia Le Kipa, pintándose el rostro al modo tradicional de su pueblo… pero ataviadas con capas de guanaco, la vestimenta habitual de los selk'nam. En ese acto tan repetitivo de vestir y desvestir al indígena, el sacerdote italiano pensó que cubrir a esas mujeres con pieles era la mejor forma de reforzar el exotismo y la autenticidad de las imágenes. Muy cerca de allí, en una elevación del terreno, se ubica el viejo cementerio, declarado monumento nacional desde 1976 y uno de los lugares sagrados de los yaganes.

Por desgracia, Gusinde no pudo ayudar de la misma manera a los selk'nam de la isla Grande de Tierra del Fuego, ya que los grupos que conoció se encontraban en territorio argentino, mientras que el etnólogo alemán había venido comisionado oficialmente por un museo chileno. Martin Gusinde falleció en Mödling, Austria en 1969 a la edad de ochenta y tres años, y, aunque en la década de 1950 realizó un viaje a Santiago de Chile para dar algunas conferencias, nunca más volvió a poner el pie en Tierra del Fuego. Allí quedó también el apodo que le pusieron los mismos selk'nam por su condición de fotógrafo, Mankacen, el "cazador de sombras"236.

De Lothrop al viaje Lipschutz-Mostny

El arqueólogo norteamericano Samuel Kirkland Lothrop realizó un viaje a Tierra del Fuego durante el verano de 1924-25, recién licenciado de la Universidad de Harvard.

Pasó tres meses en contacto con los selk'nam del lago *Kakenchow* y de

laguna *Taps* o Pescado. En esta ocasión la expedición fue financiada por el Museo Nacional del Indio Americano y su finalidad era recopilar datos sobre las poblaciones selk'nam y yaganes que todavía conservaban su modo de vida tradicional:

Al planificar mi trabajo, debido al tiempo limitado de que disponía, me pareció prudente concentrarme en problemas obvios y concretos que se podrían investigar con una minuciosidad razonable. Aunque los estudios de Gusinde y Koppers todavía no se habían publicado, me dijeron que habían trabajado principalmente en la religión, las ceremonias de iniciación, el folclore y la lingüística. Por lo tanto, mi objetivo más seguro fue dedicarme principalmente a la cultura material y la tecnología. Tomé esta decisión por el hecho de que ambas tribus (yaganes y selk'nam) habían sido reducidas casi a la extinción por una reciente epidemia, de modo que los hombres mayores que una vez participaron en los rituales nativos habían muerto casi sin excepción (Lothrop, 1928: 11).

Uno de los pocos supervivientes de aquellas epidemias fue Halimink, que se encontraba muy afectado por la reciente muerte de su esposa. De él y de algún otro anciano selk'nam recopiló cuentos y leyendas que más tarde volcó en un libro, publicado en 1928 y que todavía no ha sido traducido al español: *The indians of Tierra del Fuego*. Para Lothrop, igual que para la mayor parte de los investigadores que le precedieron, el aislamiento secular de los pueblos de Tierra del Fuego era una oportunidad única para estudiarlos en su modo de vida más primitivo: "tales aisladas y

atrasadas personas pueden exhibir, a través del estancamiento cultural o degeneración, una etapa temprana en el desarrollo de nuestra civilización y de otras igual de complejas" (Lothrop, 1928: 16).

Esa atracción por lo primitivo fue lo que llevó al geógrafo francés Paul Castelnau a filmar entre abril y mayo de 1925 una casi desconocida película alrededor de los selk'nam. Durante una expedición en barco por la Patagonia organizada por la Sociedad Francesa de Geografía, recaló en Río Grande, donde visitó la misión salesiana y pudo realizar una breve toma de los selk'nam que vivían asilados allí, entre ellos a Loij: "Las pocas imágenes de cazadores pedestres selk'nam que se pueden apreciar fugazmente al final de la película no fueron tomadas durante el viaje en barco, sino después, en la región esteparia de Tierra del Fuego, entre la bahía San Sebastián y Río Grande. La primera en aparecer sería la estancia Sara según la identificación de Mateo Martinic y Samuel García-Oteiza, comparando imágenes de la película con fotografías. También es posible que algunas imágenes

fueran filmadas en la misión La Candelaria, ubicada muy cerca de allí. Cinco selk’nam aparecen en la película: un hombre y cuatro mujeres, todos vestidos al modo europeo. Se reconoce a Ángela Loij, conocida por las fotografías de Gusinde e informante de la etnóloga Anne Chapman, 40 años más tarde” (Legoupil, 2017: 77).

Mucho más larga será la estadía del explorador finlandés Väinö Auer a finales de esa década, puesto que recorrió el interior de Tierra del Fuego en el marco de una expedición geológica patrocinada por la Sociedad Geográfica de Finlandia. Auer desembarcó en la isla Grande el 18 de diciembre de 1928 procedente de Punta Arenas, acompañado de un botánico y dos geólogos. Su objetivo era estudiar las glaciaciones, las variaciones del nivel del mar, la flora y la vegetación, y los pantanos y turberas fueguinas. El resultado de sus investigaciones fue publicado en diez volúmenes con más de cuatro mil páginas, donde se ponía especial énfasis en la comparación de la superficie terrestre de los hemisferios norte y sur.

El guía de la expedición de 1928-29 fue Freily, un selk’nam de unos cincuenta años que trabajaba en la estancia Vicuña, cerca del lago Blanco en Chile. Según Auer, era

“uno de los hombres más amables que conocí en mi vida. Había usado su arco contra los conquistadores blancos pero abandonadas las hostilidades ahora trabajaba en la estancia”. En su recorrido se encontraron con el siempre ubicuo Pachek y su familia, que se hallaban radicados en la zona boscosa al norte de la estancia Herminita. El viejo selk’nam ya había sido retratado años antes por el sacerdote Alberto de Agostini. Auer lo filmó junto a su mujer en una interesante secuencia, en la que el observador avezado puede descubrir unos pantalones debajo de su capa de piel de guanaco… La apariencia



de experimentado cazador de Pachek no era más que una pose teatral, una puesta en escena por la que cobraba cinco pesos.

El selk’nam Freily tallando un arco, 1929. Fotografía: Väinö Auer, cortesía de Mikko Piela.

Como era costumbre en la época, Auer no perdió oportunidad de conseguir cráneos y esqueletos para llevárselos a Europa. En Río Grande le compró un ejemplar al jefe de correos, que lo había obtenido en Cabo Domingo, sin duda procedente de alguna matanza. Una evidencia de cómo los restos humanos de los selk’nam eran objeto de un siniestro comercio. Ese cráneo se encuentra hoy en el Instituto Anatómico de Helsinki y debe, como todos los demás, ser restituido a la comunidad selk’nam de Tierra del Fuego.

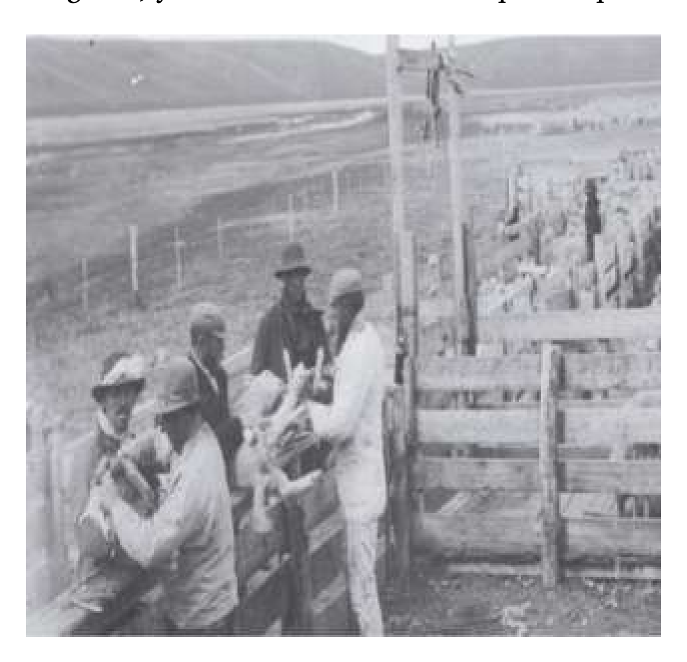
A finales de 2003 el cineasta Mikko Piela regresó a Tierra del Fuego con la intención de repetir el mismo camino que había recorrido su ilustre compatriota casi setenta y cinco años antes. El resultado de aquel viaje fue el rodaje de una película documental de enorme valor testimonial, pues rescata las filmaciones y las fotografías originales y pone de manifiesto la forma de vida de los selk’nam supervivientes que habitaban en esa comarca, una de las más castigadas por la violencia de los colonizadores. En 2017, gracias a la colaboración de la embajada de Finlandia en Chile, pudo traducirse por fin al español la obra cumbre de Auer sobre su famosa expedición, *Tulimaata tutkimassa*, con el título de *Exploración a Tierra del Fuego*.

Ya hemos visto cómo la Tierra del Fuego y sus habitantes ancestrales van a concitar el interés de viajeros de todo el mundo. En 1931 llegó a la isla un curioso personaje, Yoshitaro Okada, corresponsal de los diarios japoneses *Asahi Simbun* y *Cho-kokumin-Shimbu*, que recorría América dando conferencias a sus paisanos. Estuvo con los selk'nam, tal y como acredita una fotografía en la que aparece compartiendo la comida nada menos que con el legendario Pachek y su familia[237], y después publicó varios artículos relatando su viaje en el *Aruzenchin Jihō*, un periódico escrito en japonés que se publicaba en Buenos Aires para la comunidad *nikkei* residente en Argentina.

Okada conectó enseguida con los selk'nam puesto que, como ellos, también había sufrido desde pequeño el racismo y la segregación. En 1901 emigró de Japón a Hawái y de allí pasó a California, en una época en la que japoneses, chinos y coreanos, al igual que los afroestadounidenses o los indios nativos, padecían la discriminación racial y la explotación laboral más absoluta por parte de los blancos norteamericanos. Huyendo de estos abusos y financiando sus viajes con los artículos que escribía, recorrió América de norte a sur, llegando hasta Tierra del Fuego. Por desgracia, enfermó y falleció en el viaje de vuelta, cuando se encontraba en la ciudad de Registro en Brasil, en febrero de 1933.

Quizá el intelectual que más certeramente analizó la situación de Tierra del Fuego desde una perspectiva contemporánea fue el escritor, político y poeta argentino Ricardo Rojas. De enero a mayo de 1934 estuvo recluido en el penal de Ushuaia como preso político, tiempo que aprovechó para escribir sobre la realidad de la Tierra del Fuego argentina. Rojas denunció con energía el genocidio de los selk'nam, protestó contra la entrega ilimitada de tierras a un puñado de terratenientes, se quejó de las lamentables condiciones de vida de los penados y se lamentó de la completa inutilidad de las misiones, tanto anglicanas como salesianas. En 1942 publicó sus reflexiones en forma de libro, *Archipiélago*, probablemente la obra más lúcida sobre la historia de Tierra del Fuego, "un texto de denuncia, un panorama descriptivo y de auto-exploración que bajo la forma de la investigación directa invoca relatos y voces silenciadas para exponerlas a la lectura de las clases aristocráticas" (Bartalini, 2018: 1). El libro constituye un testimonio coetáneo de los hechos de insustituible valor: "Hay un gran dolor en aquella comarca: el exterminio del indio, el régimen del presidio, el despilfarro de las tierras fiscales, el aislamiento geográfico, la esterilidad económica, la incuria oficial, la falta de estímulos de cultura y, como consecuencia de todo ello, la despoblación, la pobreza, la injusticia, la explotación internacional, la ausencia de la ciudadanía" (Rojas, 2012: 11).

A diferencia de otros muchos autores que escribieron sobre la Tierra del Fuego ignorando el terrible genocidio padecido por sus habitantes originarios, Rojas muestra su compromiso ineludible con el pueblo selk'nam: "El exterminio del nativo es el punto doloroso de la historia fueguina, y de él arranca toda la iniquidad que ha sido, desde la



llegada de la 'civilización', la obra del hombre blanco en esta isla trágica. Los despojaron de su tierra; los lanzaron a nuevas condiciones de vida sin ayuda alguna; los esclavizaron y enviciaron; les contagiaron inmundas pestes, y además los cazaron como si fueran animales" (Rojas, 2012: 87). Y se atrevió a denunciar a los grandes terratenientes con una clara referencia a los Menéndez-Behety: "Los gobiernos han malbaratado la tierra pública para entregarla a latifundistas ausentes, verdaderos barones del Sur, con marina y moneda propias" (Rojas, 2012: 95). La obra literaria de Rojas fue muy elogiada y en 1952 fue propuesto para el Premio Nobel de Literatura.

Desde Chile llegará por fin en 1946 a Tierra del Fuego una misión oficial, después de largos años durante los cuales las autoridades no parecieron mostrar mucho interés por la región. Estaba dirigida por el académico Alexander Lipschutz y también participaba Grete Mostny, directora del Departamento de Antropología del Museo Nacional de Historial Natural. Los científicos chilenos tenían por finalidad estudiar sobre el terreno a los selk'nam, yaganes y kawésqar, para así tratar de realizar una clasificación racial de los pueblos fueguinos. Para ello se hacía imprescindible la observación de sus características físicas y el análisis posterior de las fotografías y filmaciones obtenidas durante el

viaje238. El fin último era nada menos que desentrañar los supuestos orígenes asiáticos o australianos de los habitantes autóctonos. Para la época, estimaban la población selk'nam en unas cuarenta personas repartidas por la ciudad de Río Grande y el lago *Kakenchow* y calculaban que el sesenta por ciento eran mestizos. Se trata de un improvisado censo que deja sin duda fuera a centenares de personas que trabajaban en las estancias o vivían en los núcleos urbanos y que, a pesar de su ascendencia selk'nam, ya no eran consideradas indígenas por los estudiosos. Tan solo un par de décadas antes, el 5 de julio de 1922, el cacique Julio Leguizamón había contabilizado en el campamento Shenen a 158 selk'nam.

Marca de corderos en Tierra del Fuego. Álbum de Stubenrauch, Instituto de la Patagonia.

Mostny reflexiona sobre el proceso de transculturación de los pueblos originarios y concluye que, en tan solo dos generaciones, estas culturas habían quedado abocadas a la desaparición y sus miembros a la extinción física. Para la doctora de origen austriaco,

“cuando más valioso es el terreno para el invasor, tanto mayor la disminución del número de los indígenas” (Lipschutz, 1950: 23). Así, las tierras de los selk'nam, de enorme riqueza para la alimentación de las ovejas, fueron ocupadas por las sociedades ganaderas y la mayor parte de su población autóctona deportada, expulsada, asesinada.

Por fortuna, no se cumplieron sus sombríos vaticinios y la tan mentada extinción nunca se produjo.

Lipschutz también se hace eco en sus escritos de las matanzas de selk'nam perpetradas por cazadores profesionales e incluso llegó a entrevistar a uno de estos hombres, cuyo nombre protege bajo las iniciales N. N. Sin embargo, tras estudiar las fotografías tomadas por los científicos chilenos y cotejar otras fuentes, sabemos que la persona en cuestión era Arthur Stewart, de familia escocesa, aunque había nacido en las Malvinas en 1877, sobrino de otro despiadado cazador, uno de los más temibles, Sam Hyslop. Como tantos otros malvineros de aquella época, Stewart se radicó en Tierra del Fuego, enrolándose primero en la policía argentina y empleándose más tarde en las estancias ganaderas. Fue capataz de la estancia “Tercera Argentina”, propiedad de los Menéndez-Behety. Cuando fue entrevistado por Lipschutz tenía casi setenta años de edad y mostraba síntomas de alcoholismo; aunque negó haber participado en las cacerías, todas las

personas de su entorno, incluido el administrador de la estancia Gente Grande, lo señalaban como uno de los más mortíferos perseguidores de selk’nam.

Uno de los selk’nam informantes de Anne Chapman, Federico Echeuline, citaría años después su nombre al enumerar la lista de los “cazadores de indios” más terribles:

“yo conocía a varios matadores de indios: uno era José Díaz, algo de portugués por ahí.

Otro se llamaba Kovacich, yugoslavo. Niword, Alberto Niword era otro. Son tres. Sam Hyslop era otro y Stewart, algo de malvinero por ahí” (Chapman, 2002: 71). Stewart también aparece como personaje en *El guanaco blanco*, la famosa novela de Francisco Coloane que relata las persecuciones y asesinatos de los indígenas de Tierra del Fuego.

A pesar de estas evidencias, tanto Lipschutz como Mostny evitarán señalar en sus escritos los nombres de los grandes terratenientes como responsables de estas matanzas:

“no es nuestro propósito el de responsabilizar por los abominables hechos referidos a alguna persona ya muerta o todavía en vida” (Lipschutz, 1950: 43). Los científicos debían tener mucho cuidado con lo que decían, pues el poder de los descendientes de los latifundistas era inmenso, tanto en Chile como en Argentina. Un ejemplo de ello es que poco tiempo después del viaje de Alexander Lipschutz a Tierra del Fuego, el director de la revista *Ciencia e Investigación*, Eduardo Braun Menéndez, hijo de Moritz

Braun y nieto de José Menéndez, obligó al eminente antropólogo a eliminar cualquier referencia a la caza de indígenas como condición previa para publicar sus ensayos239.

Como explica Joaquín Bascopé, el médico “le sugerirá suprimir el párrafo sobre ‘el último cazador de indios’ que en realidad no será ‘esencial para la comprensión del informe’ enviándole en su lugar ‘para que esté mejor documentado’, algunos textos de su hermano, el historiador Armando Braun Menéndez” (Bascopé, 2012: 88).

Lucas Bridges, el amigo de los “indios”

Durante dos prolongadas décadas, entre 1940 y 1965, la Segunda Guerra Mundial y sus terribles consecuencias de destrucción y muerte, con el fallecimiento de sesenta millones de personas en todo el planeta, impidieron nuevas expediciones etnográficas a Tierra del

Fuego. Europa había sido arrasada y los países beligerantes ahora tenían que poner toda su energía en reconstruir ciudades enteras, puentes, carreteras, fábricas, *etc*.

De este modo, además de la expedición de Lipschutz y Mostny mencionada anteriormente, el único aporte para el conocimiento de los selk'nam durante este largo período de tiempo fue la aparición de un libro emblemático, *El último confín de la tierra*, escrito por Esteban Lucas Bridges. Como corresponde a la ascendencia británica de su autor, la obra fue publicada por vez primera en inglés en 1948 con el título *The uttermost part of the earth*, apareciendo su traducción al español en Buenos Aires en 1952.

Merece la pena detenerse en la biografía de Lucas Bridges, ya que es una de las figuras protagonistas de los principios de la colonización europea de Tierra del Fuego y probablemente la persona que mejor conoció a los selk'nam. Hijo del exmisionero anglicano Thomas Bridges, nació en 1874 en Ushuaia y, junto a sus hermanos mayores, fueron los primeros "nativos blancos fueguinos". Pasó su infancia y juventud en compañía de los indígenas yaganes y selk'nam, unidos por una relación de amistad y aprecio mutuo. No obstante, los vínculos entre la familia británica aislada en el "fin del mundo" y los habitantes autóctonos no fueron del todo desinteresados, puesto que los primeros necesitaban a los segundos como jornaleros y empleados de sus estancias.

Si primero pusieron en marcha la estancia Harberton, fundada por su padre sobre veinte mil hectáreas a orillas del canal *Onashaga*, en 1902 los hijos consiguieron cien mil hectáreas de tierras al otro lado de la cordillera, donde levantaron la estancia Viamonte.

Allí los selk'nam fueron incorporados masivamente como trabajadores. Lucas Bridges nos ha descrito las peculiaridades de las tareas que ejecutaban: "¡Cuál no hubiera sido la sorpresa de un criador civilizado al ver un grupo de onas, enteramente desnudos y

pintarrajeados, ensayando las tijeras de esquilar sobre las ovejas! (…) La estancia Viamonte poseía ahora de doce a quince mil ovejas, y mantenía permanentemente ocupados a no menos de treinta onas. A veces teníamos hasta sesenta de ellos trabajando como cuidadores de ovejas, esquiladores o constructores de cercos, y todos recibían, cuando desempeñaban tareas contratadas, los mismos sueldos individuales que los blancos" (Bridges, 1952: 465). El hacendado de origen británico, además de ponderar las cualidades laborales de los selk'nam, nos proporciona los nombres de aquellos que más

destacaban en las tareas de la esquila, como Koiyot, Yoshyolpe y los hermanos Metet y Doihei.

La historia tejida alrededor de estos terratenientes británicos insiste en que la razón principal por la que los Bridges fundaron Viamonte fue para que los selk'nam encontrasen refugio allí: "fueron los amigos onas los que invitaron a Lucas a trasladarse a sus tierras y formar otra estancia donde ellos encontraran amparo y alimentos, tal como los yámanas habían hallado en Harberton. Lucas aceptó la propuesta con la intención humanitaria de culturizar en parte a esas tribus para que pudieran integrarse al nuevo mundo que se les venía encima y frenar todas esas fuerzas primitivas que hervían en su sangre. Los indios de Tierra del Fuego estaban en un proceso de extinción imparable, no solo amenazados por los conocidos vicios y abusos de la ocupación europea, sino también por los desenfrenos de su propia índole natural, belicosa, traicionera y vengativa, que los autodestruía"240.

Aunque algunos selk'nam que habían trabajado en las estancias de los Bridges —

como Segundo Arteaga o Alfredo Rupatini— se mostraban agradecidos a sus patrones, otros tenían una visión completamente diferente. Luis Garibaldi Honte se quejaba de que "educaron algunos indios, educar en el sentido del trabajo, darle amor al trabajo, al dinero, en fin. Ahí el indio, en principio, el que quería trabajar trabajaba, el que no, no trabajaba. Pero el que no trabajaba no tenía comida, así que era fácil educarlos".

Federico Echeuline va más allá para afirmar que "los Bridges llevaron ovejas y se montaron una estancia ganadera en la que no empleaban más que a indios: ¡al trabajo, a poner alambrados! Los indios alambraban las tierras de estos señores que se convirtieron en millonarios. Pero la educación, la escuela para los indios, de eso no se hablaba (…) Puro trabajo nomás, puro trabajo nomás. Así se hicieron ricos ellos, a costillas de los paisanos; se hicieron millonarios" (Chapman, 2012: 72).

En el libro de Lucas Bridges, una suerte de memorias publicadas un año antes de su muerte, el autor nos narra los muchos momentos de amistad y caza que compartió con los selk'nam, que llegaron a aceptarlo como uno de los suyos. Sin embargo, el tono de la obra adolece de una cierta prepotencia cuando describe las costumbres selk'nam, especialmente al hablar de las prácticas chamánicas, que el escritor califica de artimañas

sin ninguna eficacia real en las curaciones. También sorprende comprobar, al estudiar su correspondencia personal, que en realidad sentía muy poca o ninguna lástima por la trágica suerte de sus jornaleros nativos. En una de sus cartas Lucas Bridges escribe: "No quedan mucho más de 200 Onas; Halimink, Puppup, Kankoat, Kilchen, Hechoh, Tenenesk y algunos otros de la vieja escuela como Dolal, Shaiyuth, Napoleon. Los jóvenes que están creciendo ahora ya son totalmente 'cristianos' y por norma general mueren entre los 18 y los 23 años, lo que no supone una gran pérdida"241. Precisamente, muy poco tiempo después de escribir esta carta, dos epidemias que se transmitieron desde su estancia Viamonte matarán a la mayoría de las personas que nombra Lucas Bridges. A los ganaderos de Tierra del Fuego no les quedará más remedio que sustituir a sus trabajadores selk'nam fallecidos por jornaleros chilotes.

Hay que tener en cuenta que los chilotes serán durante un siglo el colectivo más numeroso entre los jornaleros de las estancias fueguinas, tanto en Chile como Argentina, lo que no impedirá que la historiografía regional los haya mantenido en el más absoluto olvido. La invisibilidad histórica de la comunidad chilota no es exclusiva de la Tierra del Fuego argentina, sino que se extiende también a la parte chilena de la isla Grande y al resto de la Patagonia. Nos lo confirma el geógrafo francés Philippe Grenier, autor de un monumental trabajo sobre los chilotes: "Su aportación ha sido tan poco digna de atención por parte de la historia *oficial* que incluso una extensa obra como *Historia de la región magallánica* de Mateo Martinic no consagra en sus 1424 páginas ni un solo párrafo a la aportación de los chilotes a la colonización de la Patagonia; es como si fueran tan comunes como el aire y el agua..."242. Lucas Bridges y otros hacendados también repetirán los mismos tópicos racistas: "pequeños de estatura, pero fuertes y de buena índole, son un producto de la cruza entre soldados españoles de la conquista y mujeres de las tribus de los chonos, de los mapuches y de los indómitos araucanos"

(Bridges, 1952: 486). Armando Braun Menéndez opinaba que "la sobriedad, vitalidad y resistencia" convertían a los chilotes "en elementos inestimables para los trabajos más rudos" (Braun, 1972: 195) y Arturo Fuentes Rabé afirmará que eran "gente robusta, trabajadora y sobria, de poca cultura, que ama por sobre todas las cosas de la vida el pedazo de tierra que le vio nacer" (Fuentes, 1923: 105). Volviendo otra vez al certero análisis de la sociedad fueguina que hizo el antropólogo Vidal: "Indios y chilotes han ocupado una posición social homóloga. Los chilotes sucedieron a los indios como grupo sometido a las formas más violentas de explotación económica y, paralelamente, de discriminación social y cultural" (Vidal, 1993:

78).

Y por encima de ambas colectividades siempre los hacendados "blancos", entre los que Bridges figura en una posición prominente, muy vinculado a su patria sentimental, Gran Bretaña, en cuyo ejército se alistó durante la Gran Guerra de 1914-18. En palabras del escritor Guillermo Giucci, Lucas Bridges en su libro "aprovechó también diversas

fuentes históricas para justificar la presencia inglesa en la zona (…) defiende el avance del Imperio británico de ultramar, la historia epónima y la fama por medio de topónimos, en parte porque el expansionismo se confunde con su propia familia a través de la obstinada tarea de los misioneros anglicanos para cristianizar a los nativos del

fin

del

mundo”

(Giucci,

2014:

188).

El famoso estanciero morirá en Buenos Aires en 1949 a los setenta y cinco años de edad, después de una larga y provechosa vida. Fue enterrado en una sencilla tumba del cementerio británico de esa ciudad. Y a partir de entonces, gracias al éxito de su libro, Lucas Bridges se convertirá en uno de los autores imprescindibles para entender la historia de Tierra del Fuego y de sus amigos, los “indios”.

Chapman, en busca de la “última selk’nam”

Anne Chapman es probablemente, con permiso de Martin Gusinde, la más conocida investigadora sobre los selk’nam de Tierra del Fuego. Invitada por Anette Laming-Emperaire a participar en la expedición arqueológica francesa en Chile austral, Chapman llegó a Punta Arenas en octubre de 1964. Su primer contacto con los pueblos originarios de la región fue en isla Navarino, donde pasó quince días con los yaganes estudiando su lengua y recopilando los relatos orales de los más ancianos.

En las Navidades de aquel año se trasladó a la isla Grande para unirse al equipo de arqueólogos que realizaban excavaciones en las cercanías del lago *Kakenchow*. Fue en ese momento cuando se produjo un encuentro trascendental con una mujer extraordinaria que, según Chapman, “fue el factor determinante para iniciar mi trabajo en Tierra del Fuego” (Chapman, 2007: 19). Se trataba de Kiepja, una anciana de unos noventa años de edad que en su juventud había vivido al modo tradicional de los cazadores y recolectoras selk’nam y que heredó de su tío materno la condición de *xon* o chamán.

Kiepja había participado en las grandes ceremonias rituales de los selk’nam antes de que este pueblo fuera casi aniquilado por los estancieros.



Kiepja en la portada del disco de cantos selk'nam publicado en 1972 por Folkways Records.

En enero de 1965 Kiepja y Chapman se instalan en Río Grande, en la casa de Loij, otra mujer selk'nam que les servirá de intérprete. En las siguientes semanas, la antropóloga grabará con un magnetófono la voz de Kiepja, que desgrana lentamente los cantos del ritual de iniciación del *Hain*. También recopila los relatos sobre las tradiciones espirituales de los selk'nam, los métodos de curación de los chamanes y las persecuciones y matanzas a las que había sido sometido su pueblo. El repertorio de cantos de Kiepja, que demuestra una memoria prodigiosa, es inabarcable. Entre marzo y junio de 1966 Chapman regresará a Río Grande para completar el trabajo de grabación con una beca de la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research. En ese período reúne más de ochenta registros sonoros sobre la ceremonia *Hain*, el *kaim-na* o duelo, cantos chamánicos e incluso algunas canciones de cuna. Fueron publicados en dos volúmenes en 1972 y 1977 en Nueva York en el sello Folkways Records.

También dedica su estadía a entrevistar a otros selk'nam y haush que se convertirán en sus privilegiados informantes. Uno de ellos fue Luis Garibaldi Honte, cuyo nombre indígena era Paka. Fue bautizado por los salesianos cuando tenía once años con el nombre de Garibaldi. La leyenda cuenta que su nombre es debido a que Giuseppe Stroppa le pedía una y otra vez que acarreara agua desde la fuente, "gare balde e portare l'acqua", y quedó "Gare balde", que en su bautizo Zenone convirtió en Garibaldi. Sin embargo, él siempre añadió a su apellido el nombre Honte, orgulloso de los orígenes haush de su madre. Fallecido

en 1981, fue uno de los mejores guías de Tierra del Fuego y a él se debe el hallazgo del paso que atraviesa la cordillera fueguina, conocido hoy en su honor como “paso Garibaldi”. Chapman recogió también el testimonio de Federico Echeuline, Esteban Ishton, Segundo Arteaga, Santiago Rupatini,

Enriqueta Varela, Francisco Minkiol hijo y la misma Ángela Loij. Con estas personas, destacadas representantes de su cultura y de su pueblo, convivió durante largos períodos, labrándose una amistad y complicidad mutua, producto de largas horas de conversaciones. En sus diarios Chapman compila un extenso vocabulario selk’nam, con palabras de uso corriente, nombres de pájaros y otros animales, de lugares geográficos y términos de parentesco.

Aunque Kiepja murió a finales de ese mismo año, Chapman regresó a Tierra del Fuego en 1968 para continuar con sus trabajos antropológicos y filmar una película documental. Se trató de *El pueblo ona: vida y muerte en Tierra del Fuego*, en codirección con Ana Montes de González y en la que actuó como camarógrafo, fotógrafo y editor Jorge Preloran[243], uno de los más conocidos cineastas etnográficos argentinos. Es decir, a sus textos etnográficos y las grabaciones sonoras, Chapman añade una extraordinaria actividad fílmica.

El resultado de todos sus años de trabajo de campo será la publicación en 1982 de un libro que ya se ha convertido en todo un clásico, *Drama and power in a hunting society: the selk’nam of Tierra del Fuego*, cuya traducción al español aparecería cuatro años después.

Buena parte del libro gira en torno al complejo ceremonial de los selk’nam, que era, recordemos, una manifestación espiritual que ya se encontraba desaparecida en esa época. En palabras de Gabriela Álvarez, “los indígenas tuvieron que traducir a la investigadora tradiciones que no practican en su totalidad, porque habían sobrellevado un largo proceso de marginalización, en que los episodios de su cultura de origen muchas veces ocupaban espacios solo en la remembranza cotidiana. En este sentido, fue una lucha contra el olvido en medio de una linealidad temporal impuesta por el hombre blanco” (Álvarez, 2013: 93).

En el libro Chapman dedica varios capítulos a la historia, la geografía y la estructura socioeconómica del pueblo selk’nam y también hay espacio para denunciar cómo habían sido diezmados a finales del siglo XIX. Sus informantes conocían perfectamente los relatos de cacerías y deportaciones y la propia Chapman pudo entrevistar en Punta Arenas a dos viejos escoceses que habían trabajado en las estancias fueguinas

como

“cazadores de indios”. También reivindica el papel de la mujer en la sociedad selk’nam, frente a los trabajos anteriores de Martin Gusinde o Lucas Bridges, que la consideraban totalmente subordinada al hombre. De hecho, la antropóloga tenía la certeza de que las mujeres conocían el secreto del *Hain*, es decir, que los espíritus eran en realidad los hombres, de tal modo que ellas se prestaban a una especie de parodia mientras duraba su representación.

Ahora bien, Chapman, desde un enfoque puramente biológico que imponía el concepto de “pureza”, decretó solemnemente la extinción de los selk’nam. En fecha tan temprana como 1974, al mes del fallecimiento de Loij, publicó en el diario *La Opinión* de Buenos Aires una nota necrológica con el significativo título de “Ángela Loij, la última selk’nam”. Para la investigadora, los auténticos selk’nam eran solamente aquellos que, entre otros rasgos característicos, hablaban la lengua con fluidez o descendían de ambos progenitores indígenas. Todas aquellas personas que no cumplen con este requisito son calificadas de “descendientes” o, peor aún, “mestizos”, y dejan de tener interés para la ciencia[244]. Al respecto del mestizaje, Chapman no podía ignorar la terrible violencia que habían padecido las mujeres selk’nam en una sociedad donde los colonizadores eran casi exclusivamente hombres. Estancieros, mineros y policías pusieron en marcha un sistema de depredación sexual y de dominación de los cuerpos que corría paralelo al arrebatamiento de las tierras. A los hombres los mataban, a las mujeres las violaban. Y

en relación con la lengua, Chapman sabía perfectamente que en las misiones religiosas a los niños no se les permitía hablar la lengua de sus mayores.

En el último viaje que Anne Chapman realizó a Tierra del Fuego, en 2009, un grupo de mujeres selk’nam se acercó a conversar con ella. Sin embargo, la famosa antropóloga no quiso recibirlas, insistiendo en que ya no quedaban selk’nam “puros”[245]: “todavía hay descendientes, pero están fuera de las tradiciones: no lo vivieron, no saben”[246]. De algún modo, con esa actitud de superioridad, Chapman estaba defendiendo su posición privilegiada frente a los mismos selk’nam y haush, afianzándose como única autoridad conocedora del pasado y la historia indígena de Tierra del Fuego. Miguel Pantoja, otro de los referentes selk’nam en la actualidad, también es muy crítico con el legado de Anne Chapman, señalando que en sus libros “se instala esto de los últimos; la última era Lola Kiepja y cuando se muere la última era Loij, cuando muere el último es Rupatini, después el último es

Arteaga, luego la última es Choquintel y nunca se acaban los últimos. Entonces esta ciencia lo que hace es instalar esta idea, y hoy muchos no nos reconocen como pueblo vivo justamente porque repiten y reproducen esta idea implantada por este sector de la comunidad científica”[247].

Los argumentos de pureza racial implantados por una parte del discurso científico perseguían, por un lado, negar la existencia de las comunidades actuales y, por el otro, ocultar la forma en que se produjo ese mestizaje que, en el caso de Tierra del Fuego, fue el resultado de la violencia sexual y de los abusos de los colonizadores. Refiriéndose a Argentina, el antropólogo Miguel Alberto Bartolomé explica que “en un país que se presume blanco y donde las mentalidades racistas todavía se mantienen, ser indio es una ofensa, pero no ser suficientemente indio también puede ser una inadecuada forma del ser. Una antropología que al comienzo buscaba el exotismo, después el folklorismo nacionalista (los ‘orígenes nacionales’) y finalmente la exclusión de lo indígena de su

práctica profesional, no estaba preparada para reconocer existencias étnicas que no se ajustaran a sus filtros ideológicos, a los que consideraba basados en principios académicos” (Bartolomé, 2003: 180).

Cuando las naciones de América niegan una y otra vez la identidad mestiza de buena parte de su población están en realidad favoreciendo la lógica perversa que ha permitido a unos dominar a los otros, quitarles sus tierras, su lengua, incluso su pasado mismo. En 2010 la historiadora de ascendencia ojibwa Jean María O’Brien publicó un famoso libro en el que introducía el concepto *firsting and lasting*, “los primeros y los últimos”, para explicar, poniendo como ejemplo el caso concreto de la colonización de Nueva Inglaterra, cómo los europeos subrayaban sus propias historias pioneras negando de paso las de los pueblos indígenas. Del mismo modo, las narrativas de la Patagonia nos hablan constantemente del primer asentamiento, el primer vapor, el primer faro, la primera estancia, obviando a quienes llevaban miles de años viviendo en la región. Y a la vez insisten machaconamente en repetir aquello del último selk’nam, la última hablante yagán, el último cacique, inculcando el mito de la extinción indígena.

Un mito que, a través de su presencia y de sus acciones, las propias comunidades originarias de la región se han encargado ya de desmontar.

Selk’nam, jornaleros, baqueanos y policías

A pesar del genocidio, los testimonios nos dibujan una Tierra del Fuego habitada por indígenas, mimetizados en las labores de la estancia, pero perfectamente visibles.

Un informe del gobernador de Tierra del Fuego Manuel Fernández Valdés, del 14 de septiembre de 1912, establecía el número de selk'nam que vivían en la misión salesiana o trabajaban en las estancias en 155 personas:

Estos indios ganan regulares sueldos y son considerados buenos peones, particularmente como campañistas. Son excelentes rastreadores y para buscar los animales extraviados en el monte poseen un maravilloso instinto, secundado por una vista poderosa y un oído delicadísimo. Estas cualidades vuelven inestimables los servicios de los indígenas en las estancias montuosas, donde son verdaderamente disputados. Solo dos causas influyen para que la situación de estos indios no se regularice por completo; sus hábitos nómadas hereditarios que los impulsan irresistiblemente a abandonar los trabajos en ciertas épocas y el hecho de que terminadas las faenas ganaderas, los estancieros los reducen a un mínimo su personal, dejando sin trabajo a muchos indios, que, obligados a vivir de la caza, tienen que recorrer grandes distancias para salir de la región de los campos ocupados donde,

naturalmente, no se les permiten sus correrías por las mezclas y otros prejuicios que puedan ocasionarse (Inda, 2005: 121).

Sara Sutherland, antigua pobladora de Río Grande y cuyo padre era administrador de una de las haciendas de los Braun en la isla, la estancia La Teresita, recuerda a los peones selk'nam hacia 1922: "Cuando llegaba la época de esquila de lanares venían los onas a instalarse y traían a sus familias. Estos hacían campamento a la orilla del potrero, cerca del manantial. Había infinidad de ranchos de palos parados, forrados con cueros de guanacos. (...) Recuerdo que los onas eran personas muy altas y corpulentas.

Esquilaban muy bien y esto agradaba a mi papá; ellos no cortaban a los animales"

(AA.VV., 1995: 160). Margarita Maldonado, selk'nam cuyos ancestros se remontan a los tiempos de la vida nómada, habla de sus paisanos "como peones de estancia, donde terminaron siendo excelentes esquiladores, pero muy explotados, trabajando por un pedazo de pan" (Maldonado, 2014: 90). Entre estos peones se encontraba Segundo Arteaga, nacido el 20 de julio de 1911 en la estancia Ruby de Río

Grande, propiedad de los Braun, de madre selk'nam, Kaitjen, que falleció de tuberculosis en la misión salesiana el 28 de octubre de 1927, y de padre chilote, que murió en Santiago al año siguiente. Desde los once años trabajó como ayudante en las estancias, luego peón y más tarde ovejero en la estancia de los Bridges: "tenían casas para mis paisanos, habían doce casas para los que querían vivir en casas, porque entonces habían los que hacían sus chozas al lado. Habían pa'dormir no más, doce casas habían, algunos dormían adentro, como digo, otros afuera. Seguían comiendo guanacos, cuando podían cazar cazaban, cuando no, trabajaban. Todos los trabajadores eran indígenas. Ahí aprendieron a trabajar, se refugiaron ahí, en Viamonte, los últimos onas, los últimos que quedaban de las matanzas de los Menéndez" (Gutiérrez, 1999: 17). Una hermana, Cristina, murió en Viamonte, mientras que tres de sus hermanos fallecieron prematuramente en la misión. Las epidemias de tuberculosis y sarampión seguían haciendo estragos entre los indígenas. Arteaga falleció en agosto de 1998 en el asilo de ancianos de Río Grande.

Además de esquiladores, los selk'nam eran empleados también como leñadores, alambradores o domadores. Nos lo cuenta nuevamente Lucas Bridges: "Cuando se acostumbraron al oficio, muchos se convirtieron, si no en artistas del hacha, por lo menos en muy buenos leñadores, y les gustaba más hachar que cavar. Trabajaban con mucho entusiasmo y amor propio y se enorgullecían del trabajo que habían podido realizar. Algunos de los muchachos más jóvenes, fuertes y valientes, fueron contratados, pocos años después, como domadores de potros, y muchos otros para levantar cercos; todos hicieron buen trabajo y cada vez con menos supervisión"

(Bridges, 1952: 494). Francisco Minkiol hijo fue uno de los más famosos domadores selk'nam, hasta el punto de que una calle de Tolhuin lleva hoy su nombre. Había sufrido un accidente a los veintiocho años en una estancia de Santa Cruz que lo dejó



imposibilitado para caminar, ganándose la vida a partir de entonces como zapatero. Su padre, del mismo nombre, fue informante del sacerdote Juan Zenone, al que transmitió algunos de los relatos orales selk'nam, como el mito de Kuanip248. Existe una fotografía de 1910 tomada por Alberto María de Agostini donde podemos ver al narrador y chamán con su pecho cubierto de una pintura ritual blanca en forma de "T". Mucho antes, en 1902, Barclay lo retrató de muchacho junto a su familia, incluyendo a su padre, Khaushél, todos ataviados con los mantos de guanaco y los tradicionales arcos. Esta imagen se hizo muy popular al ser reproducida por fragmentos en el libro de Carlos Gallardo.

Familias selk'nam. De izquierda a derecha: Kiliutá, Minkiol, Kelo, Khaushél, Kiótemen y Alchek, y dos niños. Fotografía: William S. Barclay, 1902, Archivo Museo Fin del Mundo.

Un caso particular de supervivencia fue el de los selk'nam y haush que ingresaron como agentes policiales en los destacamentos de Tierra del Fuego. Conocemos al menos tres ejemplos, el de Matías Silcha, Minkiol y Luis Garibaldi Honte. El primero nació en Harberton en 1909 e ingresó en la fuerza policial en 1927 a la edad de dieciocho años, donde sirvió durante diez años. A pesar de que había sido iniciado en el *Hain* y hablaba la lengua selk'nam, "Matías parece haber invertido mucho tiempo y esfuerzo en ocultar marcas de

aboriginalidad: aprendió a leer y a escribir en unos pocos años, se esforzó por ingresar a la policía, tener su rancho y sus ovejas. Su aspecto corporal era un diacrítico que no podía ocultar frente a quienes lo clasificaban como *ona*, mas todo aquello que podía controlar (habla, gestualidad, vestimenta, laboriosidad, higiene, orden) era cuidadosamente atendido en la interacción con los *otros*" (Gerrard, 2018: 65).

Lamentablemente, todo este trabajo por esconder su origen selk'nam no le sirvió de nada, pues en 1938 se produjo su temprano fallecimiento a causa de la tuberculosis, una enfermedad que diezmó a muchos de sus compatriotas. En ese momento Silcha se hallaba en trámites para instalarse como ganadero en las tierras indígenas del lago *Kakenchow*. Había sido muy amigo del escritor Ricardo Rojas, al que proporcionó muchos datos para su libro *Archipiélago*.

También estuvo alistado en la policía Minkiol, muy apreciado por sus dotes de orientación en un oficio eminentemente rural. En opinión del comisario Aníbal Allen:

"era muy valioso como baqueano porque era una brújula humana; en el monte en cualquier momento y en cualquier lugar se le podía pedir un rumbo y automáticamente decía 'para acá, para allá' y señalaba con la mano, lo que después se controlaba con la brújula y era exacto" (AA.VV., 1995: 342).

El tercero de los policías indígenas es mucho más conocido, pues, además de ser informante de Anne Chapman y haber sido entrevistado en dos ocasiones por el periodista Mingo Gutiérrez, el más importante paso de montaña de Tierra del Fuego lleva su nombre. Nos referimos a Luis Garibaldi Honte, cuyo nombre haush era Paka, y que había nacido en 1897 en bahía Thetis. Estuvo trabajando para los Bridges hasta que en 1923 se incorporó a la policía fueguina. Al igual que hizo Silcha años más tarde, en la década de 1930 se instaló en el lote 92 de la reserva indígena, donde también estaban afincados otros selk'nam, como Halimink, Minkiol, Rupatini, Antonio Young, Tinch Jack y Julio Leguizamón, que regentaba un almacén.

Empleado como baqueano en vialidad por su conocimiento del terreno, Garibaldi integró la expedición que encontró el paso de montaña que hoy lleva su nombre.

Partiendo del lago Escondido, el guía selk'nam localizó a fines de 1935 el lugar más adecuado para atravesar los Andes fueguinos, que es el que hoy permite unir por carretera el sur y el norte de la isla.

Garibaldi alcanzó relevancia política al promover ante el presidente argentino Pedro Eugenio Aramburu un reclamo de respeto de las tierras propiedad de su pueblo. Esto ocurrió en 1957 y estuvo motivado por las apetencias de los estancieros vecinos sobre los lotes donde se ubicaba la reserva indígena. Murió en 1981 a una edad muy avanzada y convencido del orgullo de pertenencia al pueblo selk'nam: "me pasé media vida tratando de disimular mi condición de indio, para en esta última convencer a los demás que lo soy ciento por ciento" (Gutiérrez, 1999: 35).



De la imagen alegórica a la presencia real indígena

En Punta Arenas, en el centro mismo de la Plaza de Armas se alza un monumento en honor del navegante portugués Hernando de Magallanes. Construido por voluntad testamentaria de José Menéndez e inaugurado en 1920 para celebrar el IV centenario del

"descubrimiento" del estrecho, es hoy quizá el más importante símbolo de la ciudad. El escultor Guillermo Córdova Maza fue el encargado de diseñar una obra artística en bronce y granito que representa al conquistador portugués en lo más alto, encaramado encima del bauprés de su barco, con la mirada perdida en el horizonte en actitud descubridora. Los pueblos indígenas, que llegaron a la región miles de años antes que los europeos, ocupan un lugar mucho más discreto en la escultura: a ambos lados del podio, casi a ras de suelo, el artista coloca dos representaciones de indígenas con ademanes pacíficos y actitud vencida.

Francisco Campos, yerno de José Menéndez, en la inauguración del monumento a Magallanes, 1920. Instituto de la Patagonia.

Del conjunto escultórico nos interesa el musculoso cazador selk'nam al que Córdova representa sentado, con su arco descansando en el regazo, la mirada extraviada que todavía parece conservar la sorpresa del primer avistamiento de las naos de Magallanes. Una de sus piernas cuelga flácida, poniendo al alcance del turista supersticioso un gordo dedo que la tradición obliga a besar. Pocos de los visitantes reparan en que, tan solo a unos centímetros de distancia, se encuentra colocada la placa que acredita que el donante fue instigador de uno de los más terribles genocidios que ha conocido la historia reciente:

"HERNANDO DE MAGALLANES, monumento legado por José Menéndez e inaugurado al conmemorarse el IV centenario del descubrimiento del estrecho. MDXX.

MCMXX"249

En un lado de la misma plaza se erige aparentemente inofensivo el busto de José Menéndez, aunque, como nos advierte el escritor Marcelo Valko, "nada es más peligroso que una estatua en su aparente inmovilidad; porque la estatua está ahí, inmóvil, parece que no hace nada, que es inofensiva pero la estatua derrama sentido, significación, naturaliza un estado de cosas que acostumbra, domestica. Y en esa domesticación se impone la dialéctica del amo"250.

En el lado argentino, en Ushuaia, se alzaba majestuoso el otro monumento dedicado a los selk'nam/haush/yaganes, cuyo autor fue uno de los infortunados presos del penal.

Ubicada inicialmente en el patio del presidio, la imponente escultura fue colocada sobre un gran pedestal de piedra en una plaza sobre la avenida Maipú, frente a la comisaría de policía, el comercio La Capital y el edificio de la prefectura. El coronel José Enrique Rodríguez, que visitó Ushuaia y escribió una crónica de su viaje, nos amplía algunos datos: "el penado n.º 212 José Bonomi o Arzac, erigió un modesto monumento en el patio del Presidio, consistente en la estatua de un indio Ona, hecho en cemento portland y pedregullo, en actitud de haber roto sus cadenas, cuyos pedazos cuelgan de sus muñecas, sosteniendo con su mano derecha el pabellón argentino, a su pie un salvavidas y un ancla, y como bajorrelieve la silueta de la Corbeta *Paraná*" (Rodríguez, 1921: 235).

Allí estuvo ese "último indio" desafiante, orgulloso, con la vista fija en el canal *Onashaga*, hasta que en 1938 la caprichosa esposa del gobernador de turno ordenó su demolición porque "afeaba el paisaje". También desapareció producto del vandalismo el grupo escultórico "Los Dueños de la Tierra", una obra de Luis Díaz Córdoba que representaba a una familia selk'nam y que se encontraba instalada en la ciudad de Río Grande.



Monumento al indio, Ushuaia. Forma parte de la colección de postales de Federico Kohlmann, 1932, Biblioteca Nacional de la República Argentina.

El "indio" de piedra o bronce, inmóvil, congelado en su pose de estatua, y la prensa, que tantas veces transmite las consignas del poder político y económico, han reproducido una y otra vez el discurso hegemónico que sentencia a la extinción a los selk'nam. El famoso mensaje de Santiago Rupatini en lengua selk'nam, emitido por Radio Nacional de Ushuaia en 1965, iba precedido por las palabras del locutor, que lo presentaba como "último cacique de la raza ona"[251]. Cuando en 1986 falleció Rafaela Ishton, una de las referentes de la comunidad indígena, el diario *Clarín* tituló de manera grandilocuente "Murió la última Ona". El mismo diario, en 1999, al morir Virginia Choquintel, insistió una vez más en el mismo mensaje: "Tierra del Fuego: murió la última ona a los 56 años". Más recientemente, en 2004, otro diario argentino de tirada nacional, *La Nación*, se hacía eco del fallecimiento de Enriqueta Gastelumendi: "A los 91

años murió la última india ona". Como demuestra Cecilia Gerrard en su tesis doctoral,

"lo cierto es que la 'desaparición' nunca terminó de demostrarse, siempre quedaba algún 'último Ona' que no la hacía total. Lejos de

desaparecer, la población indígena ha sido por mucho tiempo la mayoritaria en Tierra del Fuego, aunque las cifras oficiales mostraran lo contrario" (Gerrard, 2015: 10).

A pesar de esta realidad, el pastor Arnoldo Canclini, cuyos libros pueden encontrarse apilados en las tiendas para turistas de Ushuaia, no tuvo reparos en dictar en su *Historia de la Tierra del Fuego* el epitafio del pueblo selk'nam: "Como historiadores, solo nos queda consignar el hecho de la desaparición. Quizá también lamentarlo. Y

lamentarlo sobre todo porque la historia posterior no contiene ni siquiera elementos culturales que por lo menos nos dejaron los de otras razas igualmente extintas". Ahora bien, la constante presencia de los indígenas en la sociedad fueguina contemporánea desmiente las palabras del escritor. Además, en los últimos tiempos los mismos selk'nam y yaganes han comenzado a relatar su historia y a realizar sus propias

investigaciones. Según el escritor Mingo Gutiérrez, que en la década de 1990 entrevistó a muchos de los referentes de la comunidad, los selk'nam, de "objetos de estudio, comenzaban a programarse como sujetos de acción" (Gutiérrez, 1999: 72). El protagonismo de los indígenas comenzó con una mujer, Amalia Gudiño Ishton, sobrina de Loij, quien en 1995 será la primera diputada nacional selk'nam por Tierra del Fuego y que, junto con Rubén Maldonado, destacado promotor del resurgimiento selk'nam, impulsó la ley provincial para la restitución de tierras en Tolhuin. Rubén clamaba en el año 2000: "Queremos recuperar la identidad, queremos recuperar nuestra cultura, y a través del fortalecimiento institucional que tenemos hoy con la gente de la comunidad, hacerle saber al mundo, hacerle saber a toda la gente que existe sobre el planeta Tierra, de que realmente los selk'nam, los onas, existen, que todavía estamos vivos y que vamos a seguir vivos por muchos años"[252].

Otra mujer, Margarita Maldonado, publicó en 2014 el primer libro escrito por una selk'nam, mientras que en Ushuaia Víctor Vargas es autor de *Mi sangre yagán*, un excelente relato sobre su pueblo que vio la luz en 2017. También tiene una interesantísima actividad la Casa Cultural Rafaela Ishton en Río Grande, donde Miguel Pantoja, una de las voces selk'nam más activas, organiza charlas y talleres abiertos a los vecinos en los que se cuenta la historia del pueblo selk'nam en primera persona.

Hoy la iconografía y la toponimia indígena están muy presentes en Tierra del Fuego, especialmente en Ushuaia, algo que se puede

apreciar simplemente dando un paseo por el centro urbano. Los nombres de las calles, los de muchos comercios, los murales que decoran las tapias[253] e incluso la llave oficial de la ciudad, que fue tallada por la legendaria Enriqueta Varela, la “india Varela”, nos remiten a las culturas selk’nam y yagán. Entre otras razones, el boom turístico que ha experimentado Ushuaia en las últimas décadas explica esta explosión de lo indígena. Al visitante europeo, asiático o norteamericano que llega hasta este particular “fin del mundo”[254], ávido por conocer la geografía y el formidable paisaje, le interesa asimismo la historia de la región y, específicamente, todo lo relacionado con los pueblos autóctonos que supieron habitar el lugar con miles de años de anticipación. También hay elevada presencia de nombres indígenas en las calles de las otras ciudades de la Tierra del Fuego argentina, Río Grande y Tolhuin. En este caso, y de acuerdo con la interpretación de algunas autoras, como la antropóloga Ana Cecilia Gerrard[255], esto se debería a la necesidad de encontrar un pasado común por parte de los nuevos inmigrantes que acudieron a radicarse masivamente a la isla a partir de la década de 1980. Y es que la expansión económica que vivió la isla por medio de las explotaciones petrolíferas y las industrias de ensamblaje provocaron la llegada de una oleada de trabajadores con sus familias, provenientes de otras partes de Argentina y de Chile, y que se contraponen a los nacidos en la isla.

Del lado chileno, Porvenir ha sido la localidad elegida para erigir un memorial que recuerde el genocidio selk’nam, según el proyecto aprobado por el Congreso de Chile en marzo de 2019. Un reconocimiento oficial que carecerá de sentido si no va acompañado de medidas reales a favor de los pueblos indígenas de Chile, empezando por el reconocimiento de los derechos de las propias comunidades indígenas. Al mismo tiempo, en Punta Arenas, la capital de la región de Magallanes, cada vez más personas exigen que se cambie el nombre de una de las principales arterias de la ciudad, la calle José Menéndez[256], que fue uno de los más señalados responsables del genocidio. La finalidad es que se ponga fin a toda una memoria monumental que gira casi exclusivamente alrededor de las adineradas familias extranjeras y que relega al olvido a los otros grandes protagonistas de la historia regional, emigrantes, indígenas y jornaleros.

Mujeres selk’nam, un legado de lucha y perseverancia

Como hemos visto, en la sociedad selk’nam tradicional la mujer tenía un papel trascendental debido a que sus tareas cotidianas eran esenciales para la supervivencia del grupo familiar: se ocupaban de la

recolección de alimentos, del cuidado de los hijos, del traslado de los elementos necesarios para construir la choza y muchas de ellas eran además reconocidas chamanes dentro de la comunidad. Una vez desatado el terrible genocidio que se abatió sobre los habitantes de Tierra del Fuego, las mujeres selk'nam sufrirán doblemente. Por un lado, padecieron las persecuciones, asesinatos y deportaciones comunes a todo su pueblo. Pero además soportaron vejaciones, humillaciones y violencia específicamente por su condición de mujeres.

Ahora bien, debido a que en muchos casos ellas serán junto a sus hijos las únicas sobrevivientes, las mujeres van a ser las encargadas, con su lucha y resistencia, de otorgarle un porvenir al pueblo selk'nam. En buena medida ellas se convertirán en las protagonistas de la "reemergencia indígena", un concepto que define la antropóloga argentina Mariela Eva Rodríguez y que consiste en "un proceso de reorganización comunitaria y de fortalecimiento de las identidades ancestrales que comenzaron a manifestarse públicamente. 'Reemergencia' no significa que antes no hubiera indígenas, sino que la gente solía identificarse en el espacio íntimo, doméstico, en secreto.

'Reemergencia' es entonces la contracara de las prácticas y los discursos hegemónicos que impusieron y naturalizaron la premisa de la 'extinción' y que volvieron 'invisibles'

a los indígenas" (Rodríguez, 2016: 13).

Merece la pena hacer un recorrido por la biografía de las mujeres, de ayer y de hoy, que han marcado la impronta del pueblo selk'nam. Desde muy temprano el nombre de Covadonga Ona, mitad leyenda, mitad realidad, se incorporó a la memoria popular. Su prestigio es tal que los descendientes selk'nam en Chile han elegido su nombre para bautizar a su comunidad, honrando la fuerza y la valentía de esta mujer. Sabemos que la muchacha, que también era conocida con el nombre de Chonga, había sido raptada por el poderoso estanciero alemán Rudolf Stubenrauch en 1886 cuando contaba diez años de edad y trasladada a Punta Arenas para ser empleada como servidumbre doméstica. Tremendamente inteligente, aprendió el español y el alemán y sirvió de intérprete para que los colonizadores pudieran hacer entender sus órdenes a los desdichados selk'nam que eran capturados en Tierra del Fuego y llevados a la ciudad.

La leyenda cuenta que, tras su apariencia de inocente sirviente, Covadonga Ona era en realidad una especie de espía indígena, que escuchaba disimuladamente las conversaciones que tenían los

terratenientes y luego se las transmitía secretamente a Felipe Barragán, cacique de orígenes aónikenk. Esta historia está relatada en el libro de Perich Slater, quien añade además que, cuando Felipe fue asesinado a manos de empleados de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, se le encontró una misteriosa carta escrita por Covadonga en lengua selk'nam (Perich, 1995: 147). También planeó la sospecha del asesinato sobre el fallecimiento prematuro de la muchacha, que ocurrió solo unos días después que el de Felipe Barragán, concretamente el 20 de noviembre de 1899, cuando contaba veinticinco años de edad. Sin embargo, no hay nada de extraño en la causa de su muerte, tuberculosis, que era desgraciadamente la más habitual entre los selk'nam de la época.

En su particular pugna con los salesianos, el latifundista José Menéndez acusará a los religiosos en una carta del 6 de septiembre de 1899 de dar refugio en la misión al cacique indígena para, desde allí, atacar impunemente a los ganaderos: "el cacique Felipe, cuya fama de salteador y ferocidad en sus hechos es perfectamente conocida, después de haber incendiado las dos casas de la 'Primera Argentina', en una de las cuales vivía el cuidador Don Máximo Gutiérrez y en la otra un destacamento de cuatro policías dedicados a guardar la línea por aquel lado, llegó a la misión muy tranquilamente, acompañado de cuatro cómplices, en donde permaneció todo el tiempo que quiso, amparado por los fueros de la misión, contra las pesquisas de la policía argentina que en vano intentaba dar con él para imponerle el castigo que se merecía"

(Perich, 1995: 128). La trágica historia de Felipe y Covadonga inspiró al escritor magallánico Pavel Oyarzún, que en 2009 publicó Barragán, una de sus novelas más célebres, donde relata en clave literaria la lucha de Felipe Barragán contra los poderosos estancieros de Tierra del Fuego. La historia de Covandonga Ona se mueve entre el mito y la realidad y nos relata el sufrimiento de la mujer selk'nam, apartada de los suyos y viviendo en el mundo extraño de los colonizadores.

También Kusanche tuvo que padecer toda clase de penalidades muy lejos de su Tierra del Fuego. Se trata de la joven mujer selk'nam que dio a luz un bebé en medio de la Exposición Nacional de Buenos Aires en 1898 para regocijo de los visitantes de esta. La imagen de Kusanche amamantando a la recién nacida se hizo muy popular al ser difundida masivamente en la prensa porteña. Sin embargo, según Antonela Guevara, descendiente de Kusanche y perteneciente a la comunidad selk'nam, el bebé nacido en el zoológico humano nunca llegó a ver la Tierra del Fuego, puesto que fue entregado a una familia de Buenos Aires[257]. Kusanche sí regresó a la isla y tuvo una amplia

descendencia, convertida hoy en símbolo de los espantosos “zoológicos humanos”.

Otra emblemática mujer, Rafaela Ishton, es una de las referentes para los selk’nam de Tierra del Fuego, que eligieron su nombre para su comunidad como una forma de homenaje y evocación. Nacida en 1919, en el seno de una familia que todavía conservaba su modo de vida ancestral, siempre mostró su orgullo de pertenencia al pueblo selk’nam y luchó por preservar su milenaria cultura. Su madre, Te-al, era originaria de un *haruwen* del lago *Yehuin* y su padre provenía de la costa atlántica. Su hermano Esteban fue un famoso baqueano. Ishton falleció en Ushuaia el 3 de noviembre de 1985 a los 66 años. El diario *Clarín* le dedicó una nota necrológica afirmando que

“Murió la última ona”, uno de los muchos ejemplos de esas maliciosas noticias que buscaban certificar la desaparición de los selk’nam y, por tanto, de sus derechos. Sin embargo, la elección de su nombre por los selk’nam contemporáneos para registrar a su comunidad cuando se constituyó en 1995 supuso toda una reivindicación de su herencia y también un desafío a aquellos que declaraban extinto al pueblo selk’nam.

Cristina Alkán nació en bahía Sloggett hacia el año 1873 y vivió gran parte de su vida en los campamentos de los alrededores de Tolhuin. Falleció a los setenta años en el *haruwen* de Laguna *Taps*. En una de las fotografías suyas que se conservan, sentada con una piel de guanaco sobre sus piernas y su cuello adornado con un collar hecho de caracoles marinos, su rostro se antoja cansado y desolado, y tras sus ojos entrecerrados puede apreciarse toda una vida de sufrimientos. Alkán fue la madre de Matilde Illioyen y con ella se inaugura toda una dinastía de selk’nam de Tierra del Fuego.

Al tratar el tema de Anne Chapman y sus informantes, ya hablamos ampliamente de Kiepja y Loij, probablemente las dos mujeres selk’nam más conocidas, cuyos rostros surcados de arrugas hablan de la sabiduría ancestral de este pueblo. Kiepja murió en 1966, muy anciana, y durante su larga existencia vivió al modo tradicional de los selk’nam, conoció las ceremonias secretas y fue una de las mujeres que ejerció como chamán. Loij nació en 1900 en la estancia Sara al norte de Río Grande y pasó muchos años en la misión salesiana, donde murieron su madre y tres de sus hermanos a causa de las epidemias. Fue entrevistada por Anne Chapman en múltiples ocasiones a lo largo

de ocho años, hablándole Loij de casi tres mil selk’nam que conoció personalmente o por oídas y cuyos nombres recopiló la antropóloga.

Falleció a causa de un infarto el 18

de mayo de 1974258.

Virginia Choquintel fue una de las doce mujeres selk'nam que se encontraban en la misión de La Candelaria cuando esta fue clausurada definitivamente en el año 1946.

Fueron trasladadas a la cercana ciudad de Río Grande, donde debieron trabajar en labores domésticas para algunas de las familias más acomodadas de la localidad. El Museo Municipal de Río Grande, inaugurado en 1992, lleva su nombre en homenaje suyo. Enriqueta Gastelumendi, la "india Varela", fue una reconocida artista cuyas obras se encuentran en los principales museos de Tierra del Fuego. A pesar de que entre los selk'nam tradicionales no existía la talla en madera, fue en la impresionante naturaleza fueguina que la rodeaba donde encontró la inspiración para sus creaciones. Siempre se la veía trabajando en su ventana y vendía a los turistas las figuras de estilizados guanacos. También impartió clases y talleres en Ushuaia, ciudad de la que fue nombrada hija ilustre y cuya llave fue la encargada de confeccionar. Enriqueta había nacido en 1913 cerca de la estancia Harberton, creció en la estancia Moat y murió en 2004 con noventa y un años, dejando tras de sí una larga descendencia. El hijo de Enriqueta, Tino Varela259, fue uno de los baqueanos que guio a Chapman por península Mitre. Por otro lado, Rosario Imperial era hija de madre selk'nam y padre uruguayo, quien, siendo policía, participó en algunas de las cacerías humanas que se llevaron a cabo en el norte de la isla Grande a finales del siglo XIX. La corpulencia de Rosario evidenciaba su origen indígena y su historia familiar era una biografía común a muchos selk'nam. Asesinados los hombres, las mujeres tuvieron relaciones, muchas veces forzosas, con los colonizadores: "Hombre blanco, mujer india y vasta prole" (Gutiérrez, 1999: 23).

Una de las embajadoras actuales de la cultura selk'nam en Argentina y en el extranjero es Margarita Maldonado, escritora y artesana, hija de Herminia Vera, nieta de Illioyen y bisnieta de Alkán, que con su libro *Entre dos mundos. Pasado y presente de los habitantes selk'nam-haus de Tierra del Fuego* ha participado en ferias del libro en Buenos Aires, San Carlos de Bariloche y Punta Arenas. Desde 2006 impulsa un taller de cestería tradicional denominado *Halchin Taiu* que se extiende a todos los niveles e instituciones educativas de Tierra del Fuego. En junio de 2019 estuvo presente a través de una instalación de videoarte en la exposición "Selk'nam, cielos del infinito", organizada por Sofía Williamson en Barcelona. Recordando el genocidio que padeció su pueblo, Margarita se lamenta de que "jamás nos imaginamos que

algún día nuestros sueños se verían truncados por la codicia, el odio, la maldad, la soberbia. Todo se oscureció vertiginosamente y con gran sorpresa nos dimos cuenta de que nuestra tierra estaba perdida. ¡Nada de lo que teníamos nos pertenecía! Nuestros cráneos, senos o testículos

se convirtieron en trofeos que adornaban y adornan paredes de edificios suntuosos o salones de exposición. Cada saco de lana de oveja por una bolsa de oro… ¡Qué despertar tuvimos!” (Maldonado, 2014: 18).

Un despertar terrible del que sin embargo los selk’nam ya hace tiempo que se han recuperado. Ahora falta que sus derechos ancestrales sean reconocidos completamente y respetados para siempre. Porque las mujeres, los hombres, las nuevas generaciones de Tierra del Fuego crecen conscientes de su pertenencia a uno de los pueblos más deslumbrantes y asombrosos del planeta, el pueblo selk’nam.

EPÍLOGO **ECOS DE UN GENOCIDIO, MEMORIA DE LA RESISTENCIA**

Ahí va

mi indio roto,

mi ona destrozado,

camina sin orejas,

algún latifundista

se las ha cortado.

(“Mi Cristo ona”, fragmento, Julio José Leite, 1986)

La historia del pueblo selk’nam se hunde en el albor de los tiempos. Diez mil años habitando la isla Grande de Tierra del Fuego, en un ejemplo de perfecta adaptación del ser humano a un entorno natural de clima riguroso y extremas condiciones de vida.

Conformando una sociedad muy igualitaria, donde hombres y mujeres tenían roles muy importantes y en la que la elevada esperanza de vida convertía a los ancianos en personas sabias e imprescindibles para transmitir los conocimientos a los miembros de la comunidad. Los

niños aprendían de sus mayores de forma natural y el castigo corporal era desconocido entre las familias indígenas. Tampoco existía la riqueza individual y las decisiones se tomaban primando el interés colectivo, siempre con un gran respeto por la naturaleza, que proveía el alimento y era fuente de la vida.

Sin embargo, a finales del siglo XIX los selk’nam sufrieron el violento impacto de la colonización. En este caso concreto tomó características de un terrible genocidio padecido por hombres, mujeres y niños, cuando los grandes terratenientes ganaderos invadieron sus tierras con miles y miles de ovejas. Un concepto, el de genocidio, que han asumido los selk’nam de hoy al relatar su pasado y donde se condensan todas las penalidades sufridas por los habitantes autóctonos a causa de la brutalidad intencionada de los colonizadores. Si hasta hace poco el genocidio era negado por el mundo académico y las autoridades de Chile y Argentina, hoy, gracias a la acumulación de pruebas y documentos, ha obtenido el reconocimiento oficial. Un camino que no ha sido nada fácil, debido a que la mayor parte de la bibliografía tradicional que narra el pasado de la región omitió los detalles del genocidio selk’nam, extendiendo un manto de espeso silencio sobre los trágicos acontecimientos acaecidos en la Tierra del Fuego.

Este olvido ha sido implantado artificialmente, ocultando y echando tierra sobre las crónicas de la época que certificaban las matanzas en el mismo instante en el que

estaban sucediendo. Desde el ignominioso “reparto de indios” en 1895 en Punta Arenas a las deportaciones forzadas con destino a las misiones católicas, pasando por los asesinatos, las violaciones y los malos tratos, todos estos luctuosos sucesos están perfectamente documentados en una gran cantidad de relatos contemporáneos que hemos reseñado en las notas y citas del final del texto. Aunque numéricamente muy inferior, el genocidio selk’nam tiene trágicos paralelismos con los distintos genocidios ocurridos en la historia de la humanidad[260]. Como otros pueblos, los selk’nam sufrieron persecuciones violentas, deportaciones en masa, confinamiento en las misiones y además se les impidió hablar su lengua y continuar con su tradicional forma de vida nómada. Características todas ellas que son señaladas por la Corte Penal Internacional a la hora de constatar que nos encontramos oficialmente ante un genocidio.

Es importante señalar que la responsabilidad de estos crímenes no fue exclusiva de los grandes latifundistas, puesto que contaron con el apoyo o cuando menos con la pasividad de las autoridades, y con la

colaboración culpable de los misioneros. Si los primeros proporcionaron soldados y policías para apoyar las acciones punitivas de los estancieros, los religiosos se prestaron a regentar las misiones de Dawson y Río Grande, que pronto se convirtieron en inmensas fosas comunes. José Menéndez y Moritz Braun acapararon centenares de miles de hectáreas de tierras aptas para la ganadería en el centro del territorio selk'nam y casi inmediatamente ordenaron a sus empleados acabar con los molestos pobladores autóctonos mediante el empleo de una extrema violencia.

Convertidos en próceres debido a su extraordinario poder y fortuna, sus biografías fueron reescritas por cronistas obsecuentes emplazados a la compleja tarea de eliminar su obscuro pasado. Generalmente la historia de Tierra del Fuego ha sido relatada por historiadores religiosos, como el padre Juan E. Belza, o por autores procedentes de esas mismas familias, como Armando Braun Menéndez. Por eso merece la pena rescatar la multitud de testimonios contemporáneos de los trágicos hechos que demuestran los abusos y las atrocidades cometidas.

Basta leer la prensa contemporánea, las crónicas de los viajeros o las actas judiciales para constatar que estas inhumanas acciones no recibieron el beneplácito mayoritario de la sociedad de la época. Y es que, a diferencia de lo que nos han contado hasta ahora, el exterminio y persecución de indígenas, el acaparamiento de tierras o las miserables condiciones de trabajo de los peones no fueron aceptadas unánimemente por quienes vivieron en ese período. Todos estos documentos y testimonios con un siglo de antigüedad dejan en evidencia a aquellos que justifican los "excesos" que se cometieron durante la bárbara colonización aduciendo que no podemos juzgar los hechos históricos desde la perspectiva actual y que eso era lo "normal" en la época.

Por fin la visión monolítica impuesta de arriba abajo a lo largo de décadas, que transmitía una imagen ideal de los poderosos magnates de América del Sur, se resquebraja como un enorme cristal que al caer se hace añicos. Hoy sabemos que la supuesta riqueza y el hipotético progreso que sus acciones repartieron por los territorios del sur fue en realidad en su único y exclusivo provecho, hasta que los colosales capitales que amasaron los convirtieron en personas tan inmensamente ricas que abandonaron definitivamente el lugar para radicarse en las grandes capitales.

Además, estos hombres fueron responsables de la implementación de un desastroso modelo agroexportador al servicio de sus propios

bolsillos y de los intereses comerciales de países como Gran Bretaña, que supuso la despoblación de grandes áreas antes habitadas, el entorpecimiento del desarrollo de amplias regiones y una pesada hipoteca en forma de dependencia comercial que todavía sufren las economías nacionales. A pesar de que Chile y Argentina son países ricos en recursos naturales y capital humano, grandes capas de su población son mantenidas en el límite de la pobreza. Esto es así debido a la desmedida codicia de unos pocos: acumulación de tierras saltándose la legalidad vigente en la época, persecución y asesinato de los habitantes originarios en uno de los holocaustos más terribles de la historia reciente, explotación brutal de los jornaleros y peones que fueron reprimidos sin piedad cuando se atrevieron a reivindicar sus derechos. Estos han sido los medios empleados por un puñado de familias, fuertemente unidas por vínculos comerciales y personales, para lograr un imperio económico sin parangón ni precedentes.

Cuando el negocio ganadero ya no fue lo suficientemente rentable, estos grandes latifundistas no tuvieron ningún empacho en venderles centenares de miles de hectáreas a multinacionales extranjeras, en un ejemplo clamoroso de malbaratamiento de la antigua tierra pública. Eso fue lo que sucedió con los inmensos territorios ubicados en la provincia argentina de Chubut que, en 1991, la familia Menéndez Hume, una rama de descendientes de José Menéndez, "rey de la Patagonia", le vendieron al gigante textil italiano Benetton por cincuenta millones de dólares. La operación económica es relatada magistralmente por Ramón Minieri en su libro *Ese ajeno sur. Un dominio británico de un millón de hectáreas en la Patagonia*. Unas tierras siempre en litigio, arrebatadas a las comunidades indígenas, que sin embargo reclaman con energía y determinación sus derechos sobre los territorios ancestrales.

Un nuevo peligro se cierne ahora sobre las tierras indígenas: se trata de la sobreexplotación de los valiosos recursos energéticos o naturales de la región. Las grandes corporaciones, muchas veces en connivencia con los políticos locales y nacionales e incluso tratando de obtener el beneplácito de las mismas comunidades indígenas, instalan sus industrias extractivas en el centro de su territorio provocando un

irreparable daño ecológico. No obstante, cada vez con más fuerza aparece la indignación y se organiza la protesta contra estos abusos, como ha podido comprobarse con la reciente campaña "No + salmoneras" en las aguas de Tierra del Fuego. Liderada por la comunidad yagán, las asociaciones ambientalistas y la ciudadanía en general, ha logrado paralizar la instalación de granjas de salmones en el canal *Onashaga*. En el territorio kawésqar, las agrupaciones

indígenas Grupos Familiares Nómades del Mar han conseguido, con sus denuncias sobre los terribles efectos que provoca la industria acuícola, que la Corte Suprema suspenda las concesiones otorgadas. Y los tribunales han paralizado también, por su enorme impacto ambiental, las tronaduras de las explotaciones mineras a cielo abierto, como las que lleva a cabo en isla Riesco, territorio kawésqar, la empresa Mina Invierno S. A., que no dudó incluso en patrocinar la edición de libros para favorecer sus actividades[261].

Las secuelas del terrible genocidio no impiden que en la actualidad los pueblos originarios selk'nam, kawésqar, yagán y haush estén llevando a cabo un histórico proceso de movilización social y cultural, que se corresponde con este cambio en la percepción de la historia y con un creciente protagonismo de las comunidades indígenas, tanto en la sociedad chilena como argentina. Es necesario insistir en que el término *genocidio* no debe asociarse en ningún caso con el de *desaparición*, que lleva implícita la negación de la continuidad del pueblo selk'nam hasta el presente. Debemos desterrar de una vez por todas de nuestro lenguaje los vocablos *extinción*, *exterminio* o *desaparición* y en cambio exigir a las autoridades el respeto por los derechos de los pueblos originarios, a sus territorios, a sus costumbres y a su lengua.

Con *Selk'nam, genocidio y resistencia* he intentado dar a conocer una historia ocultada deliberadamente, arrojar luz sobre unos hechos mantenidos intencionadamente en el olvido y aportar una visión que resulte esclarecedora. Cualquier acercamiento al estudio de las historias nacionales de Argentina y Chile debe contener el análisis de las circunstancias que desembocaron en el terrible genocidio de los pueblos originarios. No somos responsables de lo que hicieron nuestros antepasados, pero sí somos responsables de la sociedad en la que vivimos. Tampoco podemos modificar los acontecimientos históricos, pero sí estamos obligados a conocerlos para no volver a cometer, nunca más, los mismos errores. Este trabajo pretende también reivindicar a las comunidades indígenas actuales, que resurgen con un ímpetu irresistible. Porque debemos ser conscientes de que no es posible imaginar un futuro para las naciones de América sin la participación de los pueblos originarios, un futuro que será diferente, un futuro mejor.

AGRADECIMIENTOS

La investigación para este libro ha ocupado casi completamente mis últimos cuatro años de trabajo y es tributaria además de viajes y estudios realizados más atrás en el tiempo, desde la primera vez que

visité Tierra del Fuego en 2009. En esta singladura he tenido la fortuna de conocer y conversar con muchas personas, que me orientaron en mi camino y que forman ya parte inseparable de esta historia. En primer lugar, mi gratitud a los selk'nam de Tierra del Fuego, que componen una comunidad numerosa y diversa repartida entre Tolhuin, Río Grande y Ushuaia, desde donde se elevan las voces enérgicas que reivindican su pasado y sus derechos ancestrales. Verdaderos protagonistas de su futuro, a los que nadie jamás les volverá a arrebatar su historia, han tomado conciencia de la importancia de la cultura indígena y luchan por visibilizar a su pueblo después de un largo siglo de silenciamiento. Tengo que citar a Margarita Maldonado, autora de un excelente libro titulado *Entre dos mundos. Pasado y presente de los habitantes selk'nam-haus de Tierra del Fuego*, que narra sus historias y costumbres y en cuya segunda edición tuve el privilegio de participar en el prólogo. Gracias también a Miguel Pantoja, escritor y activista selk'nam dedicado a revelar la historia de los suyos y que se ha convertido en una de las voces más combativas de la resistencia indígena por medio de las ponencias y textos presentados en diversos congresos sobre pueblos originarios. A Mirtha Salamanca, importante referente selk'nam, heredera de la tremenda fortaleza de las mujeres de su pueblo, cuyo testimonio valiente y que contiene un dolor muy antiguo es de un valor incalculable. A Alexia Guevara, actual vocal en el Consejo de Participación Indígena, y a su hermana Antonela, que se prepara para convertirse en abogada para así defender los derechos de los indígenas de Tierra del Fuego. Con la hospitalidad que caracterizó desde siempre a los selk'nam, me abrieron las puertas de su casa en Tolhuin y me invitaron a participar en una interesante conversación. Un agradecimiento especial para Víctor Vargas, escritor, artesano y guía en el Museo del Fin del Mundo de Ushuaia, autor de *Mi sangre yagán*, un libro imprescindible para entender el tremendo choque que sufrió el pueblo yagán al arribar misioneros y colonizadores. Él me guió en mi último viaje por la isla, proporcionándome valiosos datos sobre la historia, la geografía y la fabulosa naturaleza de la región.

Mi reconocimiento también a las antropólogas que trabajan estrechamente en contacto con la comunidad selk'nam, con una planificación conjunta de las tareas a realizar, informando previamente de sus líneas de investigación y de los objetivos perseguidos. Su excelente trabajo es posible en muchos casos gracias a la labor de apoyo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), ese gran centro de la ciencia argentina siempre amenazado por los recortes y la falta de

presupuesto. Así, citaré a Mary Jo Figuerero, un ejemplo de académica

que estudia con y por los pueblos originarios para evitar su arqueologización e invisibilización. A Ana Cecilia Gerrard, cuyos artículos, tesis y ensayos invitan a asumir una mirada descolonizadora de la narrativa dominante. A la doctora Mariela Eva Rodríguez, de quien aprendí el concepto de "reemergencia indígena", un proceso de organización comunitaria y de fortalecimiento de las identidades ancestrales. A Romina Casali, que ha analizado las fuentes escritas de la misión salesiana de La Candelaria y es autora de diversos trabajos que promueven la investigación conjunta y respetuosa entre miembros de la comunidad científica y de la comunidad indígena. Mi agradecimiento igualmente a la doctora Dánae Fiore, que en su obra escrita ha abordado desde los pigmentos usados por los selk'nam para sus ceremonias hasta la mirada, siempre parcial, de la fotografía etnográfica. Las ponencias, tesis, libros y artículos de todas ellas son un referente para aquellos estudiosos que tratamos de acercarnos a la historia indígena desde una perspectiva diferente.

La tarea que lleva a cabo el investigador no sería posible sin la colaboración de las personas que trabajan en los museos y archivos, grandes expertos en los fondos que custodian y que me han guiado por el intrincado mundo de la búsqueda histórica. Mi agradecimiento a Rodrigo González Vivar, del Instituto de la Patagonia de Punta Arenas, institución que, a través de su biblioteca digital "Aike", pone al alcance del público estudioso valiosos documentos y fotografías. En el Museo del Fin del Mundo de Ushuaia mi reconocimiento a su directora, Silvia A. Tale, que puso a mi disposición su impresionante archivo fotográfico, autorizándome la reproducción de sus imágenes para ilustrar las páginas de este libro. En el Ministerio de Relaciones Exteriores de Santiago de Chile quiero agradecer sus consejos y orientaciones a Sandra Gutiérrez Alcamán, jefa del Archivo General Histórico. En Estados Unidos mi agradecimiento a Morgan Swan y Phyllis Gilbert, que me abrieron las puertas de la colección Furlong depositada en el Dartmouth College Library, y a William F. Burns, de la Frederick A.

Cook Society, que me dio permiso para incluir una de las fotografías tomadas por el célebre explorador polar. Gracias también a Angèle Martin, del museo quai Branly de París, y a Marta Barbaro, de la Biblioteca Nacional de Francia, por su asesoramiento con las imágenes de los viajeros franceses del siglo XIX, algunas de las cuales se reproducen aquí. También debo citar la buena disposición del Archivo Audiovisual del Museo Chileno de Arte Precolombino y del Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín. Mi gratitud a Silvia Ametrano, directora del Museo de La Plata, y al doctor Máximo Farro, jefe en dicho archivo, que me facilitaron las imágenes del catálogo de

Fernand Lahille.

Se trata de una serie de fotografías de gran valor histórico tomadas a principios de 1896, y una de ellas, en la que se muestra a un grupo de hombres selk'nam prisioneros en Ushuaia, ha sido empleada para la portada.

Debo la introducción de este libro a un autor imprescindible por el que siento una gran admiración y cuyas investigaciones han influido poderosamente en mi visión de esta historia. Se trata del historiador magallánico Alberto Harambour Ross, profesor en la Universidad Austral, que ha analizado en profundidad la expansión británica del negocio ovino a la Patagonia y la Tierra del Fuego y las tácticas de resistencia que los selk'nam implementaron contra esta invasión. Además, existen multitud de otros autores, referenciados en las casi veinte páginas de bibliografía, de los que me considero deudor y sin cuyos excelentes trabajos previos este libro que tienen entre sus manos no existiría. Del mismo modo, las huellas de esta larga investigación pueden rastrearse entre las numerosas notas a pie de página que permitirán al lector interesado profundizar en los documentos y fuentes que constituyen la esencia de este libro.

También facilitan la apertura de un diálogo autor-lector, donde este último puede revisar el camino recorrido, y confieren complejidad a un texto creado justamente en la era de la desinformación interesada y el mensaje de consumo rápido y fácil.

Y es que la aventura de escribir un libro es cautivante y motivadora, pero al mismo tiempo es una ardua tarea. Sin el aliento de mi familia y amigos hace ya mucho tiempo que hubiera tirado la toalla, dejando inconclusa la labor emprendida. Mi inmensa gratitud a mi compañera, Natalia Braidot, que está siempre a mi lado escuchando mis dudas y vacilaciones y que, además de convertirse en mi primera lectora, es una excelente y exigente correctora literaria. A mi madre, Ana, por su sostén incondicional, y a mis suegros, Néstor y Lucía, por su apoyo logístico en mis viajes a América del Sur.

Gracias a Arturo Infante y Verónica Vergara, de Editorial Catalonia, que apostaron por mi trabajo sin dudar y han hecho una excelente tarea de edición, promoción y distribución de mis libros.

Tengo que dedicar un saludo especial a mis amigos de Chile y Argentina que me han acompañado todos estos años. En Buenos Aires, mi agradecimiento al profesor Marcelo Valko, autor de una vasta e imprescindible obra que reflexiona sobre el genocidio de los pueblos

originarios y el proceso de creación de una identidad argentina de corte europeizante. Con su generosidad habitual, Marcelo accedió inmediatamente a escribir el prólogo para la edición argentina de este libro. En Natales, a Kris Robles Chamorro, de la Asociación Local de Guías de Turismo, que me organizó una inolvidable visita a su tierra donde aprendí mucho sobre la historia de la región, y al escritor Ramón Arriagada y a Juan Salvador Miranda Vios, de la Agrupación de Mártires del 23 de enero de 1919, que me mostraron las tumbas de los obreros muertos en “La comuna de Natales”. En Santiago, a los exitosos Carlos Reyes, guionista, y Rodrigo Elgueta, dibujante, que están a punto de publicar un cómic sobre los selk’nam que se convertirá en una obra de referencia; al escritor Jorge Baradit, que con sus libros me descubrió la otra cara de la historia de Chile; a Felipe Dittmar y su equipo, que han

realizado una interesante película documental sobre el “rey de la Patagonia”; y a Christian Báez, antropólogo que ha realizado una monumental investigación sobre el horror de los zoológicos humanos. En Punta Arenas, a Rafael Cheuquelaf, músico, fotógrafo y periodista que hace ya mucho tiempo empezó a rescatar con su obra la memoria popular de indígenas y trabajadores; al historiador Nicolás Gómez Baeza, con quien intercambié valiosas informaciones sobre las organizaciones obreras; a Mario Isidro Moreno, prolífico escritor y difusor de la cultura regional que siempre tuvo palabras elogiosas para mis libros; y a Carlos Alberto Villarroel Barria, una de las personas que más ha contribuido a la divulgación de la colección de fotografías de los pueblos de la Patagonia y Tierra del Fuego a través de su trabajo en las redes sociales.

En Río Grande, mi reconocimiento al escritor Federico Rodríguez y al artista Omar Hirsig, autores del *El origen del viento*, un libro convertido ya en todo un clásico; a Mingo Gutiérrez, periodista y escritor, cuyos textos son verdaderamente inspiradores, en especial la obra *Los selk’nam, ausencias y presencias*; y al historiador Esteban Rodríguez, siempre bien dispuesto a resolver mis dudas y consultas y que conduce en Radio UNTDF un programa muy interesante titulado *Memorias selk’nam*. En Calafate, mi gratitud a Luis Milton Ibarra Philemon, del Archivo Municipal, cuya infatigable y desinteresada labor para mantener vivo el recuerdo de los obreros de las huelgas de 1921 es un ejemplo a seguir. En Chiloé debo nombrar al profesor Luis Mancilla Pérez y al consejero Nelson Águila Serpa, que me hablaron con orgullo de sus abuelos chilotes, quienes con su esfuerzo y tenacidad engrandecieron la Patagonia.

Por último, mi emocionado recuerdo para dos personas muy

importantes para mí que ya no podrán leer las páginas de este libro: el maestro Osvaldo Bayer, cuyas obras, ideas y compromiso son un modelo para las generaciones venideras, y Laureano Alonso Feito, mi padre, que llevó una vida de dignidad y de trabajo y cuya memoria me acompañará siempre.

Madrid, septiembre de 2019

BIBLIOGRAFÍA

Archivos y bibliotecas

Archivo Audiovisual del Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.

Archivo Central Salesiano, Buenos Aires.

Archivo General de la Nación, Buenos Aires.

Archivo Judicial de Magallanes, Punta Arenas.

Archivo Ministerio de Relaciones Exteriores, Santiago.

Archivo Museo del Fin del Mundo, Ushuaia.

Archivo Regional de Magallanes, Punta Arenas.

Biblioteca Hispánica AECID, Madrid.

Biblioteca Nacional, Madrid.

Biblioteca Nacional de Francia, París.

Casa Cultural del Pueblo Indígena “Rafaela Ishton”, Río Grande.

Dartmouth College Library, Hanover.

Instituto de la Patagonia, Punta Arenas.

Instituto Iberoamericano, Berlín.

Bibliografía general

AA.VV. *A hacha, cuña y golpe. Recuerdos de pobladores de Río Grande, Tierra del Fuego*.

Ushuaia: Fundación Banco Tierra del Fuego, 1995.

AA.VV. *Arqueología de Patagonia. Una mirada desde el último confín*. Ushuaia: Editorial Utopías, 2009.

Acuña Aravena, Mario; Ana Díaz Guerrero y Rodrigo González Vivar. "La relación del ciprés de las Guaitecas y actividades económicas ligadas a la estancia magallánica desde una perspectiva histórico-actual". Tesis para optar al título profesional de Profesor de Historia y Ciencias Sociales. Universidad de Magallanes, Punta Arenas, 2012.

Alboff, Nicolás. *Essai de flore raisonnée de la Terre de Feu*. La Plata: Talleres de Publicaciones del Museo, 1902.

Aliaga Rojas, Fernando. *La misión salesiana en isla Dawson, 1889-1911*. Santiago de Chile: Editorial Don Bosco, 2000.

Alonso Marchante, José Luis. *Menéndez, rey de la Patagonia*. Santiago de Chile: Editorial Catalonia, 2014.

Alvarado, Margarita, Carolina Odone, Felipe Maturana y Dánae Fiore. *Fueguinos.*

Fotografías siglos XIX y XX. Imágenes e imaginarios del fin del mundo. Santiago de Chile: Editorial Pehuén, 2007.

Álvarez Gamboa, Gabriela. "El texto etnográfico y la problemática indígena. Las posibilidades de una escritura diferenciada en la investigación antropológica de Anne Chapman". *Atenea* n.º 508 (2013): 91-100.

Arctowski, Henryk. "Voyage d'exploration dans la région des canaux de la Terre de Feu". *Bulletin de la Société Royale Belge de Géographie*, tomo XXV (1901): 33-62.

Ardemagni, Mirko. *Viaggio alla Terra del Fuoco e in Patagonia*. Milán: Casa Editrice Giacomo Agnelli, 1928.

Auer, Väinö. *Tulimaata tutkimassa. Kuvia ja kuvauksia suomalaisen Tulimaaretkikunnan matkoilta Tulimaassa ja Patagoniassa*. Helsinki: Otava, 1929.

Ayala Rocabado, Patricia. "Arqueología y pueblos indígenas: los casos aymara, atacameño, mapuche y rapanui", *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* n.º 47

(2017): 69-92.

Azócar Avendaño, Alonso. *Así son…así somos. Discurso fotográfico de capuchinos y salesianos en la Araucanía y la Patagonia*. Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera, 2014.

Azúa Sánchez, Andrés. "Una avanzada del progreso: Escritura de la historia y epopeya en Magallanes". Memoria para optar al título de Antropólogo Social. Universidad de Chile, 2016.

Báez Allende, Christian y Peter Mason. *Zoológicos humanos. Fotografías de fueguinos y mapuche en el Jardin d'acclimatation de París, siglo XIX*. Santiago de Chile: Pehuén Editores, 2006.

Báez Allende, Christian. *Cautivos. Fueguinos y patagones en zoológicos humanos*. Santiago de Chile: Pehuén Editores, 2018.

Baldassarre, Carlos. "Recortando las fotos de Lahille. Koschiot y Tenenesk, dos casos en particular sobre la cultura selk'nam". *Tefros* 7, n.º 1-2 (2009).

Ballestero, Diego A. "Los 'fueguinos', Robert Lehmann-Nitsche y el estudio de los onas en la Exposición Nacional de Buenos Aires (1898)". *História, Ciências, Saúde-Manguinhos* 18, n.º 3 (2011): 789-810.

Baradit, Jorge. *Historia secreta de Chile 2*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2016.

Barbería, Elsa Mabel. *Los dueños de la tierra en la Patagonia austral, 1880-1920*. Santa Cruz: Universidad Nacional de la Patagonia Austral, 2001.

Barclay, William Singer. *The land of Magellan*. Londres: Methuen & Company Limited, 1926.

Bartalini, Carolina. "Del otro al yo: ideologías lingüísticas y nacionalismo cultural en Archipiélago de Ricardo Rojas". *Anclajes*

XXII, n.º 2 (2018): 1-19.

Bartolomé, Miguel Alberto. “Los pobladores del ‘Desierto’ genocidio, etnocidio y etnogénesis en la Argentina”. *Cuadernos de Antropología Social*, n.º 17 (2003): 163-189.

Bascopé Julio, Joaquín Luciano. “La colonisation de la Patagonie australe et la Terre de Feu, sources pour une histoire internationale, 1877-1922”. Tesis de doctorado en Sociología. École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2012.

Bayer, Osvaldo. *La Patagonia rebelde.* Tafalla: Editorial Txalaparta, 2009.

Beauvoir, José María. *Viaje de los indios a la exposición colombiana de Génova*. Roma: Archivo Salesiano, 1892.

Beauvoir, José María. *Los Shelknam, indígenas de la Tierra del Fuego: sus tradiciones, costumbres y lengua*. Buenos Aires: Librería del Colegio Pío IX, 1915.

Belza, Juan Esteban. *En la isla del Fuego*, Tomo I: Encuentros. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas de Tierra del Fuego, 1974.

Belza, Juan Esteban. *En la isla del Fuego*, Tomo II: Colonización. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas de Tierra del Fuego, 1975.

Belza, Juan Esteban. *En la isla del Fuego,* Tomo III: Población. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas de Tierra del Fuego, 1977.

Bernhardson, Wayne Bruce. “Land and life in the Falkland islands (islas Malvinas)”.

Tesis en Geografía. Universidad de California, Berkeley, 1989.

Bertrand, Alejandro. *Memoria sobre la región central de las tierras magallánicas*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1886.

Bonacic-Doric, Lucas. *Historia de los yugoeslavos en Magallanes: su vida y su cultura*, Tomo 1. Santiago de Chile: Imprenta La Nacional, 1941.

Borgatello, Maggiorino. *Florecillas silvestres*. Turín: Scuola Tipografica Salesiana, 1924.

Bornemann, Fritz. “P. Martin Gusinde S. V. D. (1886-1969). Eine Biographische Skizze”.

Anthropos Institut 65, n.º 5/6 (1970): 737-757.

Borrero, Luis Alberto. *Los selk’nam (onas), evolución cultural en Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Galerna, 2007.

Borrero Martínez, José María. *La Patagonia trágica*. Buenos Aires: Ediciones Peña Lillo-Continente, 1999.

Bossi, Bartolomé. *Exploración de la Tierra del Fuego con el vapor oriental Charrúa*.

Montevideo: Tipografía La España, 1882.

Bove, Giacomo. *Patagonia-Terra del Fuoco. Mari Australi*. Génova: Tipografia dei R.

Istituto de Sordo-muti, 1883.

Bove, Giacomo. *Expedición a la Patagonia: un viaje a las tierras y mares australes (1881-1882)*. Buenos Aires: Ediciones Continente, 2005.

Braun Menéndez, Armando. *Pequeña historia fueguina*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1971.

Braun Menéndez, Armando. *El motín de los artilleros*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1972.

Bridges, Esteban Lucas. *El último confín de la tierra*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1952.

Bridges, Thomas. “Moeurs et coutumes des Fuégiens”. *Bulletins de la Société d’Anthropologie de Paris* 7, (1884): 169-184.

Bridges, Thomas. *Yámana - English: A dictionary of the speech of Tierra del Fuego*. Ushuaia: Ediciones Shanamaiin, 1987.

Bridges, Thomas. *Los indios del último confín. Sus escritos para la South American Missionary Society*. Ushuaia: Zagier & Urruty Publications, 1998.

Bruno, Cayetano. *La evangelización de la Patagonia y de la Tierra del Fuego*. Rosario: Ediciones Didascalia, 1992.

Bustos Berrondo, Rafael. *Huellas en los mares del sur*. Buenos Aires:

Ediciones Peuser, 1959.

Campos Menéndez, Enrique. *Solo el viento*. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag, 1964.

Canclini, Arnoldo. *Indios fueguinos. Vida, costumbres e historia*. Buenos Aires: Ediciones Continente, 2014.

Cantatore de Frank, Norma M. *Indígenas y misioneros en la Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Editorial Dunken, 2006.

Cañas Pinochet, Alejandro. *La geografía de Tierra del Fuego y noticias de la antropología y etnografía de sus habitantes*. Trabajos Sección de Ciencias Naturales, Antropológicas y Etnológicas, Tomo 1. Santiago de Chile: Carlos Porter Editor, 1911.

Cárdenas, Rodrigo y Alfredo Prieto. "Entre los fueguinos: ¿Una reacción antievolucionista de la escuela histórico-cultural?". *Anales del Instituto de la Patagonia* 27, (1999): 89-98.

Casali, Romina. "Contacto interétnico en el norte de Tierra del Fuego: la misión salesiana La Candelaria (Río Grande) y la salud de la población selk'nam (1895-1931)".

Tesis doctoral en Historia. Universidad Nacional de Mar del Plata, 2011.

Casali, Romina. "De la extinción al genocidio selk'nam: sobre historia e historias para una expiación intelectual. Tierra del Fuego, Argentina". *A Contracorriente* 15, n.º 1

(2017): 60-78.

Casali, Romina y Liliana Mabel Manzi. "Etnicidades capitalistas: el rol de la estancia San Pablo en el entramado de resistencia selk'nam. Tierra del Fuego, 1904-1930".

Magallania 45, n.º 2 (2017): 109-133.

Chapman, Anne MacKaye. "Economía de los selk'nam de Tierra del Fuego". *Journal de la Société des Américanistes* 64, (1977): 135-148.

Chapman, Anne MacKaye. *Drama and power in a hunting society: the selk'nam of Tierra del Fuego*. Londres: Cambridge University Press, 1982.

Chapman, Anne MacKaye. *Cap Horn 1882-1883, rencontre avec les*

Indiens Yahgan. París: Editions de la Martinière, 1995.

Chapman, Anne MacKaye. *Fin de un mundo. Los selk'nam de Tierra del Fuego*. Santiago de Chile: Taller Experimental Cuerpos Pintados, 2002.

Chapman, Anne MacKaye. *Los selk'nam. La vida de los onas en Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2007.

Childs, Herbert. *El Jimmy. Bandido de la Patagonia*. Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes, 1997.

Coiazzi, Antonio. "Los indios del archipiélago fueguino". *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomos IX, 288-352, y X, 5-51. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1914.

Coloane, Francisco. *El guanaco blanco*. Tafalla: Editorial Txalaparta, 1999.

Cornero, Mario. *Memoria de la Gobernación de Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Imprenta La Universidad, 1891.

Cook, Frederick Albert. "The giant indians of Tierra del Fuego". *The Century Magazine* LIX, (1900): 720-729.

Cook, James. *Relation d'un voyage fait autour du monde dans les années 1768, 1769, 1770 et 1771 par James Cook, commandant le vaisseau du roi l'Endeavour*. París: Lepetit, 1817.

Cooper, John Montgomery. A *nalytical and critical bibliography of the tribes of Tierra del Fuego and adjacent territory*. Washington: Government Printing Office, 1917.

Correa Falcón, Edelmiro A. *Estudios hidrográficos en la Tierra del Fuego y Magallanes hechos con motivo de la demarcación de límites con Chile*. Buenos Aires: Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser, 1892.

Dabbene, Roberto. *Un viaje a la Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Editorial Albatros, 2009.

Darwin, Charles. *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Buenos Aires: Librería El Ateneo, 1942.

De Agostini, Alberto María. *Mis viajes a la Tierra del Fuego*. Milán: Editorial G. de Agostini, 1929.

De Agostini, Alberto María. *Treinta años en Tierra del Fuego*. Buenos

Aires: Ediciones Peuser, 1956.

De Bougainville, Louis Antoine. *Voyage autour du monde par la frégate du Roi La Boudeuse et la flûte l'Etoile*. París: Saillant & Nyon, 1771.

De Brosses, Charles. *Histoire des navigations aux Terres Australes*. París: Chez Durand, 1756.

De Gasperi, Giovanni Battista. "La diminuzione della popolazione indigena della Terra del Fuoco". *Archivio per l'Antropología e la Etnología*, vol. XLIII, (1913): 163-166.

De Gerlache, Adrien. *Voyage de la Belgica. Quinze mois dans l'antarctique*. Bruselas : Ch.

Bulens editor, 1902.

De Hoyos Sainz, Luis. "Crânes fuégiens et araucans du Musée Anthropologique de Madrid". *Journal de la Société des Américanistes*, Tomo 10-1, (1913): 181-194.

De Imaz, José Luis. *Los hombres del confín del mundo, Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Eudeba, 1972.

De Ovalle, Alonso. *Historica relacion del Reyno de Chile*. Roma: Francisco Cavallo, 1646.

De Rochas, Victor. "Journal d'un voyage au détroit de Magellan et dans les canaux latéraux de la côte occidentale de la Patagonie". En *Le Tour du Monde* vol. 3, (1861): 226-236.

Del Valle Carbajal, Lino. *Le missioni salesiane nella Patagonia e regioni magallaniche. Studio storico-statistico*. Turín: Benigno Canavese, 1900.

Dunbar-Ortiz, Roxanne. *La historia indígena de Estados Unidos*. Madrid: Capitán Swing Libros, 2018.

Duplessis. *Périple de Beauchesne à la Terre de Feu (1698-1701). Une expédition mandatée par Louis XIV*. París: Éditions Transboréal, 2003.

Durán, Fernando. *Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego 1893-1943*. Valparaíso: SETF

Editor, 1943.

Eizaguirre, José Manuel. *Tierra del Fuego. Recuerdos e impresiones de un viaje al extremo austral de la República*. Ushuaia: Zagier & Urruty

Publications, 2001.

Emperaire, Joseph. *Los nómades del mar*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2002.

Entraigas, Raúl Agustín. *Monseñor Fagnano; el hombre, el misionero, el pioneer*. Buenos Aires: Editorial S.E.I., 1945.

Entraigas, Raúl Agustín. *Pinceles de fuego: episodios de la vida misionera en la Patagonia*.

Buenos Aires: Sociedad Editora Internacional, 1947.

Fernández de Navarrete, Martín. *Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, Tomo IV. Madrid: Imprenta Nacional, 1837.

Fiore, Dánae. "Body painting in Tierra del Fuego. The power of images in the uttermost part of the world". Tesis para optar al grado de doctor en Filosofía. University College London, Institute of Archaeology, 2001.

Fiore, Dánae, y Varela, María Lydia. *Memorias de papel. Una arqueología visual de las fotografías de pueblos originarios fueguinos*. Buenos Aires: Editorial Dunken, 2009.

Fiore, Dánae y Ana R. Butto. "Violencia fotografiada y fotografías violentas. Acciones agresivas y coercitivas en las fotografías etnográficas de pueblos originarios fueguinos y patagónicos". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, n.º 14 (2014).

Flores, Enrique. "Cantos chamánicos selknam". *Revista de Literaturas Populares*, n.º 2

(2009): 277-314.

Fremaux, Geneviève. *Les peuples indiens de Terre de Feu*. Ushuaia: Editorial Utopías, 2009.

Froger, François. *Relation d'un Voyage fait en 1695, 1696 & 1697 aux Côtes D'Afrique, Détroit de Magellan, Brésil, Cayenne et Isles Antilles, Par une Escadre des Vaisseaux du Roi, commandée par M. De Gennes*. París: Nicolas le Gras Editori, 1700.

Fuentes Rabé, Arturo. *Tierra del Fuego y los canales magallánicos*. Valdivia: Imprenta Central, E. Lampert, 1923.

Furlong, Charles Wellington. “The vanishing people of the Land of Fire”. *Harper’s Monthly Magazine* CXX, (1910): 217-228.

Gallardo, Carlos R. *Los onas. Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Cabaut y Cía. Editores, 1910.

Gallez, Pablo J. “La más antigua descripción de los Yámana (Schapenham 1624)”.

Karukinka, n.º 15 (1976): 17-30.

García, Miguel A. *Etnografías del encuentro: saberes y relatos sobre otras músicas*. Buenos Aires: Ediciones del Sol, 2012.

García de Nodal, Bartolomé y Gonzalo. *Relación diaria del reconocimiento del nuevo estrecho de San Vicente y del de Magallanes*. Madrid: Fernando Correa de Montenegro, 1621.

García Laborde, Pamela. “El cementerio de la antigua misión salesiana ‘Nuestra Señora de la Candelaria’, Río Grande, Tierra del Fuego, bioarqueología de contacto en el siglo XIX-XX”. Tesis de Licenciatura de Antropología con orientación en Arqueología.

Necochea, 2010.

García Laborde, Pamela. “Estado nutricional de la población selk’nam: aproximación bioarqueológica al impacto generado por la misionalización. Misión salesiana Nuestra Señora de La Candelaria, Tierra del Fuego (siglos XIX-XX)”. Tesis para aspirar al título de Doctora en Arqueología. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2017.

García-Moro, Clara. “Reconstrucción del proceso de extinción de los selknam a través de los libros misionales”. *Anales del Instituto de la Patagonia* 21, (1992): 33-46.

Garson, John George. “On the inhabitants of Tierra del Fuego”. *Journal of Anthropological Institute of Great Britain and Ireland* XV, (1886): 141-157.

Gerland, Georg. *Über das Aussterben der Naturvölker*. Leipzig: Editorial Friedrich Fleischer, 1868.

Gerrard, Ana Cecilia. “‘Ya no saben cómo extinguirnos’. Los selk’nam de Tierra del Fuego: historia, territorio e identidad”. Tesis de Licenciatura en Antropología Social.

Universidad Nacional de Misiones, 2015.

Gerrard, Ana Cecilia. “Silcha, el agente de Policía: una aproximación a la conquista simbólica en el Territorio de Tierra del Fuego (1920-1940)”. *Conversaciones del Cono Sur* 3, n.º 1 (2018): 60-68.

Giardinelli, Mempo. *Final de novela en Patagonia*. Barcelona: Ediciones B, 2009.

Giordano, Mariana. *Indígenas en la Argentina. Fotografías 1860-1970*. Buenos Aires: El Artenauta, 2012.

Giucci, Guillermo. *Tierra del Fuego: la creación del fin del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014.

Gómez Baeza, Nicolás. “Disciplinamiento laboral y conflicto en Magallanes: los trabajadores y la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego (1893-1919)”. En *Empresas, empresarios y trabajadores, siglos XIX y XX*, editado por Hernán Venegas, 17-54. Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile, Departamento de Historia, 2018.

Gómez Izquierdo, Jerónimo. *A través del territorio argentino: tierras australes, la Patagonia y Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Empresa Editorial Bell, 1942.

Guerrero Bascuñán, Mariano. *Memoria que el delegado del supremo gobierno en el territorio de Magallanes presenta al señor ministro de Colonización,* 2 vol. Santiago de Chile: Imprenta y Librería Ercilla, 1897.

Guevara, David Nelson Federico. *Julio Popper, el alquimista de El Páramo: Tierra del Fuego, Argentina 1885-1893*. Río Grande: Edición del autor, 2016.

Guichón, Ricardo Aníbal. “Experiencias de trabajo conjunto entre investigadores y pueblos originarios. El caso de Patagonia Austral”. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 17, n.º 2 (2015).

Gusinde, Martin. *Expedición a la Tierra del Fuego*. Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, Tomo II, n.º 1. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1920.

Gusinde, Martin, *Cuarta expedición a la Tierra del Fuego*, Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, Tomo IV, números 1 y 2. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1924.

Gusinde, Martin. *Hombres primitivos de la Tierra del Fuego*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1951.

Gusinde, Martin. *Los indios de Tierra del Fuego*, Tomo I: Los selk'nam, 2 volúmenes.

Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana, 1982.

Gusinde, Martin. *Los indios de Tierra del Fuego*, Tomo II: Los yámana, 2 volúmenes.

Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana, 1986.

Gusinde, Martin. *Los indios de Tierra del Fuego*, Tomo IV: Antropología física, 2

volúmenes. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana, 1989.

Gusinde, Martin. *El espíritu de los hombres de tierra del fuego. Selknam, yámanas, kawéskar*.

París: Éditions Xavier Barral, 2015.

Gutiérrez, Óscar Domingo. *Los selknam, ausencias y presencias*. Punta Arenas: Editorial Atelí, 1999.

Guyot, Mireille. *Les mythes chez les selk'nam et les yamana de la Terre de Feu*. París: Institut d'Ethnologie, 1968.

Harambour Ross, Alberto. *Un viaje a las Colonias. Memorias y diarios de un ovejero escocés en Malvinas Patagonia y Tierra del Fuego (1878-1898)*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2016.

Harambour Ross, Alberto. "Partes del exterminio: la barbarie de la civilización o el genocidio selknam en la Tierra del Fuego". *La Roca*, n.º 4 (2017): 38-58.

Harambour Ross, Alberto. "Los prohombres y los extintos. Patrimonio, identidad e historiografía regional en Magallanes". *Cuadernos de Historia*, n.º 48 (2018): 57-88.

Harambour Ross, Alberto. *Soberanías fronterizas. Estados y capital en la colonización de Patagonia (Argentina y Chile, 1830-1922)*. Valdivia: Ediciones de la Universidad Austral de Chile, 2019.

Hirsig, Omar y Federico Rodríguez. *El origen del viento (relatos gráficos sobre Tierra del Fuego)*. Río Grande: Editorial en Danza, 2016.

Holmberg Jorge, Eduardo Alejandro. *Viaje al interior de Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Argentina, 1906.

Hultkrantz, Johan Vilhelm. “Zur Osteologie der Ona-und Yahgan-Indianer des Feuerlandes”. En *Wissenschaftliche Ergebnisse der Schwedischen Expedition nach den Magellensländern 1895-97 unter Leitung von Dr. Otto Nordenskjöld, vol. 1, Geologie, Geographie und Anthropologie, nº. 5*, 109-173. Estocolmo: P.A. Norstedt & Söner, 1907.

Hyades, Paul Daniel. “Notes hygiéniques et médicales sur les fuégiens de l’archipel du Cap Horn”. *Revue d’Hygiene et de Police Sanitaire* 6, (1884): 551-590.

Inda, Enrique Salvador. *El exterminio de los onas: the extermination of the onas*. Buenos Aires: Cefomar Editora, 2005.

Iriarte Heredia, Gregorio. *La organización obrera en Magallanes*. Punta Arenas: Imprenta de El Trabajo, 1915.

Izard, Miquel. *Patagonia, crónica de un viaje*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2011.

Koppers, Wilhelm. *Unter Feuerland-Indianern*. Stuttgart: Verlag Strecker und Schröder, 1924.

Lahille, Fernand. “Matériaux pour servir à l’histoire des Oonas, indigènes de la Terre de Feu”. *Revista del Museo de La Plata*, Tomo XXIX, (1926): 339-361.

Laming-Emperaire, Annette. “Pêcheurs des archipels et chasseurs des pampas”. *Objets et Monde,* XII (2), (1972): 167-184.

Lazzari, Axel. “La reemergencia indígena en la Argentina: coordenadas y horizontes”.

Voces en el Fénix, n.º 72 (2018).

Lecointe, Georges. *Au pays des manchots. Récit de voyage de la “Belgica”* . Bruselas: Société Belge de Librairie, 1904.

Legoupil, Dominique y Denis Chevallay. “La Terre de Feu (1925): un documental francés sobre los indígenas de Patagonia y Tierra del

Fuego”. *Magallania* 45, n.º 2 (2017): 67-80.

Lehmann-Nitsche, Robert. *Catálogo de la Sección Antropológica del Museo de La Plata*.

Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos, 1911.

Lehmann-Nitsche, Robert. “Études anthropologiques sur les Indiens Ona (groupe Tshon) de la Terre de Feu”. *Revista del Museo de La Plata*, Tomo XXIII, (1915): 174-184.

Lemkin, Raphaël. *Axis rule in occupied Europe*. Washington: Carnegie Endowment for International Peace, 1944.

Lipschutz, Alexander y Grete Mostny. “Cuatro conferencias sobre los indios fueguinos”. *Revista Geográfica de Chile* 15, (1950): 21-24.

Lista, Ramón. *Viaje al país de los Ona. Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Establecimiento Tipográfico de Alberto Nuñez, 1887.

López Torres, Lorena. *Los pergaminos de la memoria. El genocidio indígena de la Patagonia austral (1880-1920) en la obra de los poetas magallánicos Juan Pablo Riveros, Pavel Oyarzún y Christian Formoso*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2017.

Lothrop, Samuel Kirkland. *The Indians of Tierra del Fuego*. Nueva York: Museum of the American Indian, Heye Foundation, 1928.

Maldonado, Margarita Angélica. *Entre dos mundos. Pasado y presente de los habitantes selk’nam-haus de Tierra del Fuego*. Ushuaia: Editora Cultural de Tierra del Fuego, 2014.

Malvestitti, Marisa. “Palabras selknam. El vocabulario Ōōna recopilado por Roberto Lehmann-Nitsche”. *Magallania* 43, n.º 1 (2015): 69-90.

Mancilla Pérez, Luis Alberto. *Los chilotes de la Patagonia rebelde. La historia de los emigrantes chilotes fusilados en las estancias de Santa Cruz, Argentina, durante la represión de la huelga del año 1921*. Castro: Impresores y Editores Austral S.A., 2012.

Manouvrier, Léonce. “Le cerveau d’un fuégien”. *Bulletins de la Société d’Anthropologie de Paris* 5, (1894): 595-614.

Mansur, María Estela y Raquel Piqué i Huerta (coordinadoras). *Arqueología del Hain*.

Investigaciones etnoarqueológicas en un sitio ceremonial de la sociedad selknam de Tierra del Fuego. Implicancias teóricas y metodológicas para los estudios arqueológicos. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012.

Manzi, Liliana. "Territorialidad y movilidad en grupos cazadores-recolectores selk'nam: un acercamiento a partir del pasado etnográfico". Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Tomo I, 11-31, Córdoba, 2011.

Marcel, Gabriel-Alexandre. *Les Fuégiens à la fin du XVIIe siècle d'après des documents français inédits*, París, 1892.

Marguin, Gustave. "La Terre de Feu", *Bulletin de la Société de Géographie*, Tomo X, (1875): 485-504.

Martial, Louis-Ferdinand. *Mission scientifique du Cap Horn 1882-1883*, Tomo I: Histoire du voyage. París: Gauthier-Villars, 1888.

Martínez Crovetto, Raúl. "Estudios etnobotánicos. Nombres de plantas y su utilidad según los indios onas de Tierra del Fuego". *Revista Etnobiológica* 3, (1868): 1-20.

Martinic Beros, Mateo. "Panorama de la colonización de Tierra del Fuego entre 1881 y 1900". *Anales del Instituto de la Patagonia* 4, (1973): 5-69.

Martinic Beros, Mateo. *La Tierra del Fuegos. Historia, geografía, sociedad, economía*. Punta Arenas: Municipalidad de Porvenir, 1982.

Martinic Beros, Mateo. "El genocidio selk'nam: nuevos antecedentes". *Anales del Instituto de la Patagonia* 19, (1990): 23-28.

Martinic Beros, Mateo. "Centenario del cierre de la misión de Dawson. Reflexiones sobre un esfuerzo admirable e infructuoso". *Magallania* 39, n.º 2 (2011): 97-103.

Massone Mezzano, Mauricio. *Los cazadores después del hielo*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.

Mastroscello, Miguel Ángel. *La economía del fin del mundo: configuración, evolución y perspectivas económicas de Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Editorial de los Cuatro Vientos, 2008.

Maturana Díaz, Felipe Arturo. "Fotografía antropológica de Charles Wellington Furlong (Archipiélago fueguino, 1907-1908)". *Revista*

Chilena de Antropología Visual, n.º 6

(2005): 74-94.

Matz (Nolent, Alexis) y Léonard Chemineau. *Julio Popper, le dernier roi de Terre de Feu*.

París: Rue de Sèvres, 2015.

Mayne Reid, Thomas. *Odd people. Being a popular description of singular races of man*.

Nueva York: Harpers & Brothers Publishers, 1860.

Mayne Reid, Thomas. *The land of fire: a tale of adventure*. Londres: Frederick Warne & Co., 1885.

Mayorga Martínez, Pedro. *Costumbres y extinción de los indios del Extremo Austral*.

Santiago de Chile: Talleres de Arancibia, 1972.

Medina, Andrés y Ángela Ochoa (coordinadores). *Etnografía de los confines: andanzas de Anne Chapman*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008.

Melfi Demarco, Domingo. *El hombre y la soledad en las tierras magallánicas*. Santiago de Chile: Ediciones Atenea, 1940.

Méndez, Patricia María. "La extinción de los selknam (onas) de la isla de Tierra del Fuego. Ciencia, discurso y orden social". *Gazeta de Antropología* 28, n.º 2 (2012).

Migone, Mario Luis. *Un héroe de la Patagonia, apuntes biográficos de monseñor Fagnano*.

Buenos Aires: Librería del Colegio Pio IX, 1935.

Minieri, Ramón Manuel. *Ese ajeno sur. Un dominio británico de un millón de hectáreas en la Patagonia*. Viedma: Fondo Editorial Rionegrino, 2006.

Morales, Emilio B. *Canales fueguinos. Descripciones geográficas, históricas y panorámicas de los montes nevados, glaciales, islas y ensenadas de la zona austral*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos, 1920.

Moreno Durán, Matías. “Estado, soberanía y resistencia indígena. La colonización ovina de Tierra del Fuego y la resistencia selk’nam, 1881-1911”. En *Seminario Simon Collier 2017*, 129-153. Santiago de Chile: Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, 2018.

Nacach, Gabriela. “La producción de imaginarios indígenas en el censo nacional de 1895: Chaco y Tierra del Fuego en perspectiva comparada”. *Memoria Americana*, n.º 21

(2013): 26-47.

Nicoletti, María Andrea. “Los misioneros salesianos y la polémica sobre la extinción de los selk’nam de Tierra del Fuego”. *Anthropologica*, Año XXIV, n.º 24 (2006): 153-177.

Nicoletti, María Andrea. “Los salesianos y la conquista de la Patagonia”. *Tefros* 5, n.º 2

(2007).

Nicoletti, María Andrea. *Indígenas y misioneros en la Patagonia: huellas de los salesianos en la cultura y la religiosidad de los pueblos originarios*. Buenos Aires: Ediciones Continente, 2008.

Nicoletti, María Andrea, *et al. Araucanía-Norpatagonia: Discursos y representaciones de la materialidad*. Viedma: Editorial Universidad Nacional de Río Negro, 2016.

Nolasco Herrera, Pedro. *Magallanes, un emporio de riqueza nacional*. Santiago de Chile: Imprenta Santiago de Chile, 1897.

Nordenskjöld, Nils Otto Gustav. *Från Eldslandet, skildringar från den Svenska expeditionen till Magellansländerna, 1895-97*. Estocolmo: Norstedt & Söners Förlag, 1898.

Novati, Jorge. “Las expresiones musicales de los selk’nam”. *Runa* XII, (1970): 393-406.

O’Brien, Jean María. *Firsting and lasting: writing Indians out of existence in New England*.

Mineápolis: University of Minnesota Press, 2010.

Ohlsen, Theodor. *Durch Süd-Amerika*. Hamburgo: Louis Bock & Sohn, 1894.

Olrog, Claës Christian. *Destination Eldslandet*. Estocolmo: Albert Bonniers Förlag, 1943.

Orquera, Luis Abel, *et al. Diez mil años de fuegos. Arqueología y etnografía del fin del mundo*.

Buenos Aires: Editorial Dunken, 2012.

Outes, Félix Faustino. "Instrumentos modernos de los onas, Tierra del Fuego". *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, Tomo XIII, (1906): 287-296.

Oyarzún Díaz, Pavel. *Barragán*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2009.

Palma Behnke, Marisol. *Fotografías de Martin Gusinde en Tierra del Fuego (1919-1924): la imagen material y receptiva*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013.

Pantoja, Miguel. "El genocidio selk'nam". Ponencia presentada en el 1er Foro de Pueblos Originarios, Genocidio y Argentinización, Bahía Blanca, 2017.

Pastells, Pablo. *El descubrimiento del estrecho de Magallanes en conmemoración del IV*

centenario. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra S.A., 1920.

Pavez Ojeda, Jorge. *Laboratorios etnográficos. Los archivos de la antropología en Chile (1880-1980)*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, 2015.

Payró, Roberto José. *La Australia argentina, excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego e Isla de los Estados*. Buenos Aires: Imprenta de La Nación, 1898.

Pearson, Obsjorn M. y Mario Millones. "Rasgos esqueletales de adaptación al clima y a la actividad entre los habitantes aborígenes de Tierra del Fuego". *Magallania* 33, n.º 1

(2005): 37-50.

Penazzo de Penazzo, Nelly Iris. *Wot'n, documentos del genocidio ona*. Buenos Aires: Ediciones Arlequín de San Telmo, 1995.

Pepe, Fernando Miguel. *Fueguinos en el Museo de La Plata: 112 años de ignominia*. La Plata: Ediciones de la Campana, 2011.

Perich Slater, José. *Extinción indígena en la Patagonia*. Punta Arenas: Impresos Horizonte, 1995.

Perrissin, Christian y Enea Riboldi. *Le Prince de l'âme*, Tomo IV : Cap Horn. París: Les Humanoïdes Associés, 2013.

Pigafetta, Antonio. *Primer viaje alrededor del mundo*. Madrid, 1899.

Popper, Julius. *Atlanta, proyecto para la fundación de un pueblo marítimo en Tierra del Fuego y otros escritos*. Buenos Aires: Eudeba, 2003.

Prieto Iglesias, Alfredo. *Arquería de Tierra del Fuego*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2011.

Prosser Goodall, Rae Natalie. *Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Instituto Salesiano de Artes Gráficas, 1978.

Rabot, Charles. *La Terre de feu : d'après le Dr Otto Nordenskjöld*. París: Librairie Hachette et C., 1902.

Reclus, Élisée. *Nouvelle Géographie universelle. La terre et les homes*, Vol. XVIII: Amérique du Sud. París: Librairie Hachette et C., 1893.

Rivero Astengo, Agustín. *Juárez Celman, 1844-1909: estudio histórico y documental de una época argentina*. Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft, 1944.

Riveros, Juan Pablo. *De la Tierra sin fuegos*. Nueva York: Libros del Maitén, 1986.

Rodríguez, José Enrique. *Riquezas y bellezas australes: crónica de viajes*. Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar, 1921.

Rodríguez, Mariela Eva y Laura Horlent. "Tehuelches y selk'nam (Santa Cruz y Tierra del Fuego): 'No desaparecimos'". *Colección Pueblos Indígenas de la Argentina n.º 12*.

Buenos Aires: Ministerio de Educación y Deportes, 2016.

Roger, Étienne (impresor). *Recueil des voyages qui ont servi a l'établissement et aux progrès de la Compagnie des Indes orientales, formée dans les Provinces Unies des Païs-Bas*, Tomo IV.

Ámsterdam, 1705.

Rojas, Ricardo. *Archipiélago (Tierra del Fuego)*. Ushuaia: Editorial

Südpol, 2012.

Rottenberg, Débora. “Reescrituras de la identidad: La representación de indígenas e ingleses en la novela argentina de escenario fueguino”. Tesis doctoral. Universidad de Estocolmo, 2008.

Roulet, Florencia y María Teresa Garrido. “El genocidio en la historia: ¿Un anacronismo?”. *Corpus - Archivos Virtuales de la Alteridad Americana* 1, n.º 2 (2011).

Rousson, Henri. “Voyage à la Terre de Feu”. *Bulletin de la Société de Géographie Commerciale de Paris*, Tomo XIII, (1891): 280-286.

Sarmiento de Gamboa, Pedro. *Viage al estrecho de Magallanes por el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa en los años de 1579 y 1580*. Madrid: Imprenta Real de la Gazeta, 1768.

Schindler, Helmut. “Un informe etnográfico sobre los onas del año 17652. *Runa* 22, (1995): 177-185.

Segers, Polidoro A. “Hábitos y costumbres de los indios onas”. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Tomo XII, (1891): 56-82.

Señoret Astaburuaga, Manuel. *La Tierra del Fuego i sus naturales*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1896.

Serrano Montaner, Juan Ramón. “Diario de la excursión a la isla grande de la Tierra del Fuego durante los meses de enero i febrero de 1879”. En *Exploraciones y estudios hidrográficos: contribución de la Armada de Chile a la Exposición de Sevilla*, 381-432. Santiago de Chile: Imprenta de la Armada, 1929.

Skottsberg, Carl Johan Fredik. *The wilds of Patagonia: A narrative of the Swedish expedition to Patagonia, Tierra del Fuego and the Falkland Islands in 1907-1909*. Londres: Edward Arnold, 1911.

Spahni, Jean-Christian. *Patagonie et Terre de Feu*. París: Société Continentale d’Éditions Modernes Illustrées, 1971.

Spears, John Randolph. *The gold diggings of Cape Horn. A study of life in Tierra del Fuego and Patagonia*. Nueva York: G. P. Putnam’s Sons, 1895.

Spegazzini, Carlos. “Costumbres de los habitantes de la Tierra del Fuego”. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Tomo XIV, (1882): 159-182.

Springer, Jane. *Genocidio*. Barcelona: Ediciones Ekaré, 2014.

Štambuk, Patricia. *Rosa Yagán. Lakutaia le Kipa*. Santiago de Chile: Editorial Pehuén, 2011.

Suby, Jorge Alejandro y Ricardo Aníbal Guichón. "Los restos óseos humanos de la colección de la misión salesiana 'La Candelaria' (Río Grande, Argentina)". *Magallania* 38, n.º 2 (2010): 151-164.

Torres Elgueta, Jimena. "La pesca entre los cazadores recolectores terrestres de la isla grande de Tierra del Fuego, desde la prehistoria a tiempos etnográficos". *Magallania* 37, n.º 2 (2009): 109-138.

Tschiffely, Aimé Félix. *Por este camino hacia el sur. Un viaje a través de la Patagonia y Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Compañía de Tierras Sud Argentino S.A., 1996.

Tuhkanen, Sakari. "La Tierra del Fuego como objeto de investigación para investigadores finlandeses de la naturaleza". *Anales del Instituto de la Patagonia* 25, (1997): 105-116.

Turbon, Daniel, *et al.* "Fueguian crania and the circum-Pacific rim variation". *American Journal of Physical Anthropology* 163, (2017): 295-316.

Vairo, Carlos Pedro. *Los yámana, nuestra única tradición naval marítima autóctona*.

Ushuaia: Zagier & Urruty Publications, 1995.

Valko, Marcelo. *Pedagogía de la desmemoria. Crónicas y estrategias del genocidio invisible*, 3ª

y 4ª edición revisada y aumentada. Buenos Aires: Ediciones Peña Lillo-Continente, 2015.

Valko, Marcelo. *Cazadores del poder. Apropiadores de indios y tierras (1880-1890)*. Buenos Aires: Ediciones Peña Lillo-Continente, 2015.

Van Noort, Olivier. *Description du penible voyage faict entour de l'univers ou globe terrestre*.

Ámsterdam: Cornille Claesz, 1602.

Vargas Filgueira, Víctor. *Mi sangre yagán*. Ushuaia: Editora Cultural de Tierra del Fuego, 2017.

Vega Cacabelos, Carlos Roberto. “Medicina, salud e higiene de los aborígenes de Fuego-Patagonia”. Trabajo de titulación para optar al título de Profesor de Historia y Ciencias Sociales. Universidad de Magallanes, 2006.

Vega Delgado, Carlos. *Vejámenes inferidos a indígenas de Tierra del Fuego*. Punta Arenas: Corporación Nacional Indígena de la XII Región, 2002.

Vezub, Julio Esteban. “Henry de La Vaulx en Patagonia (1896-1897): la historicidad escindida de la antropología colonial y la captura de corpus y cuerpos”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, n.º 9 (2009).

Vidal Espinoza, Hernán Julio. “A través de sus cenizas. Imágenes etnográficas e identidad regional en Tierra del Fuego (Argentina)”. Tesis para optar al grado de maestro en Antropología. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Ecuador, Quito, 1993.

Villarroel Márquez, Mónica. “Por la ruta del discurso eurocéntrico en el cine de exploradores”. *Aisthesis, Revista Chilena de Investigaciones Estéticas*, n.º 48 (2010): 90-111.

Von Hornbostel, Erich Moritz. “The music of the Fuegians”. *Ethnos*, n.º 13 (1948): 61-102.

Walle, Paul. “A la Terre de Feu ; la vie et les ressources commerciales”. *Bulletin de la Société de Géographie Commerciale de Paris*, Tomo XXIII, (1901): 155-167.

Wilkes, Charles. *Voyage round the world: embracing the principal events of the narrative of the United States exploring expedition*. Filadelfia: George W. Gorton, 1849.

Zárraga, Cristina. *Cristina Calderón. Memorias de mi abuela yagán*. Punta Arenas: Edición Oliver Vogel, 2016.

NOTAS

1 El término indio para referirse a los habitantes autóctonos de América proviene de un malentendido relacionado con la creencia de los primeros conquistadores españoles de haber llegado a la India. La mayoría de los pueblos originarios de Centro y Sudamérica consideran la palabra indio como ofensiva, de tal modo que a lo largo del texto no la utilizaremos a menos que provenga de una cita literal o para el caso de expresiones hechas tales como “cazadores de indios”, “remate de indios”, *etc.* En su lugar emplearemos prioritariamente el nombre

del pueblo en su propia lengua, selk'nam, yagán, kawésqar, haush, aónikenk o mapuche, y, cuando se hable en términos generales, las palabras originarios, que hace referencia a los pueblos que estaban en el continente antes de la conquista europea, nativos, que quiere decir 'nacidos en el lugar', o indígenas, latinismo que significa 'originario del país'. Tampoco usaremos aborigen, otra palabra que viene del latín y que, aunque tiene un significado apropiado, pues quiere decir 'desde el origen', es rechazada mayoritariamente por las comunidades indígenas.

2 Onashaga o "canal de los Onas" es el nombre que le dan los yaganes al canal Beagle.

Ona es la palabra yagán para nombrar al pueblo selk'nam y ashaga significa 'canal'. El artículo 13 de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas de 2007 establece la potestad de los pueblos originarios para "atribuir nombres a sus comunidades, lugares y personas, así como a mantenerlos". En este libro, siempre que sea posible, emplearemos la toponimia originaria.

3 El lago es conocido también con el nombre de lago Fagnano, en honor de Giuseppe Fagnano, sacerdote salesiano que, sin recorrerlo, supo de su existencia gracias a los indígenas en 1891. Kakenchow, que significa 'agua grande', es el nombre indígena correcto según la escritora selk'nam Margarita Maldonado. Por tanto, es el que debe prevalecer, por encima del apellido del religioso que impusieron las autoridades y nos legó la historiografía oficial. La antropóloga Ana Cecilia Gerrard ofrece como variante el nombre Keken-choun para identificar al lago. Por otro lado, muchas personas lo nombran como Kami pensando que es el nombre indígena original, cuando en realidad hace referencia al aserradero "Cami" que funcionó en las inmediaciones del lago.

4 Hernando de Magallanes estaba convencido de la existencia de un paso entre los dos océanos, algo que nos confirma el propio Pigafetta: "sabía era preciso navegar por un oculto estrecho, del que tenía conocimiento por una carta que existe en la tesorería del rey de Portugal" (Pigafetta, 1899: 18). El navegante debía conocer el mapa del año 1515

del cartógrafo y matemático alemán Johannes Schöner, que dibuja las costas

patagónicas y señala un estrecho al sur que separa América de un supuesto continente con islas, ríos y lagos. Denominado "Brasilia

Inferior”, este misterioso continente está ubicado geográficamente en el mismo lugar donde se encuentra la Tierra del Fuego.

Parece ser que Schöner se basó para la confección de su globo terráqueo, entre otras, en las informaciones proporcionadas por la expedición de Joâo de Lisboa. Los navegantes portugueses exploraron las costas del Río de la Plata entre los años 1511 y 1512, aunque algunos autores afirman que también alcanzaron la boca oriental del estrecho de Magallanes. El plan inicial de Magallanes no era dar la vuelta al mundo, sino regresar por el mismo camino para evitar las fortalezas portuguesas de la costa africana.

5 Aunque está probado que el nombre patagones para designar a los habitantes de las costas del sur de la Patagonia fue puesto por Hernando de Magallanes, no sabemos a ciencia cierta la etimología de esta palabra. Algunos autores creen que viene del portugués patagão, que significa ‘pies grandes’ y que podría hacer referencia al calzado de piel de guanaco usado por los aónikenk. Otra hipótesis es que el nombre fuera inspirado por la lectura de Primaleón, novela de caballerías muy famosa en la época y en la que aparece un gigante llamado “Patagón”.

6 Alexander Koch et al., “Earth system impacts of the European arrival and Great Dying in the Americas after 1492”, Quaternary Science Reviews 207 (marzo 2019).

7 El actual estrecho de Magallanes fue bautizado por los primeros navegantes europeos con el nombre de estrecho de Todos los Santos, puesto que fue el día el 1 de noviembre de 1520 cuando ingresaron con sus barcos por su boca oriental. Lógicamente los pueblos originarios lo conocían desde hacía miles de años, empleando diferentes nombres para designarlo. Según el navegante francés del siglo XVIII Charles de Brosses, los aónikenk lo llamaban kaika (De Brosses, 1756: 138), mientras que el salesiano Juan E. Belza aseguraba que el nombre selk’nam era atelili.

8 La carabela Santiago se había perdido en un naufragio en la desembocadura del río Santa Cruz y el capitán de la San Antonio desertó con toda su tripulación y regresó a España. Entre las múltiples versiones que circulan sobre el descubrimiento de las islas Malvinas, algunos autores afirman que fue en este viaje cuando el piloto portugués Estêvão Gomes al mando de la nao San Antonio las avistó por primera vez. En cambio, los británicos aseguran que fue el inglés John Davis al mando del Desire el primero en llegar a las islas en 1592.

9 Proyecto de Ley en el Senado de la Nación que declara a Puerto San Julián como

“Punto Cero”, presentado por los senadores María Belén Tapia y Eduardo Costa y el intendente de Puerto San Julián Antonio Tomasso, 10 de abril de 2019.

10 En Cycles of conquest: The impact of Spain, Mexico, and the United States on Indians of the southwest, 1533-1960 (Tucson: University Arizona Press, 1962).

11 Mientras que Elcano con la nao Victoria tomó el camino de África y arribó a España, la nao Trinidad intentó regresar a la península ibérica atravesando nuevamente el océano Pacífico, quedando desarbolada a causa de una tempestad y siendo la tripulación finalmente apresada por los portugueses.

12 “Informe de la Real Academia de la Historia sobre la Primera Circunnavegación a la tierra”, 10 de marzo de 2019.

13 El original del primer mapa del estrecho de Magallanes de Pigafetta se conserva en la biblioteca Beinecke, perteneciente a la Universidad de Yale en Estados Unidos. Del mapa de Gastaldi existe un ejemplar en la biblioteca del Museo Naval de Madrid: “La Geografia di Claudio Ptolomeo Alessandrino. In Venetia: per Gigo Baptista Pedrezano col’ privilegio dell’illustriss senaeneto per anni. X., 1548”.

14 Esta es la fecha que aparece en la “Relación y Derrotero del Viage y Descubrimiento del Estrecho de Magallanes por la Mar del Sur a la del Norte, que hizo y escribió el Capitán Pedro Sarmiento de Gamboa, Caballero de Galicia, dirigiéndola al Señor Felipe II”, un manuscrito con el testimonio del propio Sarmiento transcrito por el escribano Juan de Esquibel. Otra fecha manejada por algunos autores para el primer encuentro entre los selk’nam y los españoles es el 16 de febrero de 1580.

15 El término fueguinos se ha utilizado comúnmente por los europeos para designar de forma genérica a cualquier habitante originario del vasto archipiélago de Tierra del Fuego, sin tener en cuenta las grandes diferencias existentes entre los distintos pueblos.

16 Después del viaje de Hernando de Magallanes en 1520, las principales expediciones de exploración por la región durante los siglos XVI y XVII fueron llevadas a cabo, en orden cronológico, por García Jofre de Loaísa y Sebastián Elcano (1526), que fallecieron

durante la larga travesía; el portugués Simón de Alcazaba Sotomayor (1535), que fue asesinado por sus propios hombres; Alonso de Camargo (1540), cuya expedición fue costeada por el obispo de Plasencia; Juan Ladrillero (1557), que partió desde Valdivia; el inglés Francis Drake (1578), que atacó las ciudades de Chile y Perú; Pedro Sarmiento de Gamboa (1579 y 1586), que trató en su segundo viaje de establecerse en el estrecho; los ingleses Thomas Cavendish (1586 y 1592), John Chidley (1590) y Richard Hawkins (1593); los holandeses Simon de Cordes y Sebald de Weert (1598), Olivier van Noort (1599), Joris van Spilbergen (1614), Jacob Le Maire y Willem Schouten (1616), que alcanzaron el cabo de Hornos; los hermanos García de Nodal (1618), que demostraron el

carácter insular de Tierra del Fuego; Jacques l'Hermite (1624), que nos legó la primera descripción de los yaganes; John Narborough (1670), los bucaneros Bartholomew Sharp (1680) y Lionel Waffer (1685); y los franceses Jean-Baptiste de Gennes (1696) y Jacques Gouin de Beauchesne (1698). Esta última expedición fue ordenada por Luis XIV con la finalidad de estudiar una posible colonización francesa del estrecho de Magallanes. La expedición duró tres años y sus informes se mantuvieron en secreto para evitar que los datos obtenidos fueran utilizados por potencias rivales. El mejor relato del viaje fue obra de Duplessis, un joven ingeniero que formaba parte de la tripulación, de espíritu científico y riguroso, cuyas descripciones tienen gran exactitud y precisión.

17 El escorbuto o "peste del mar" es una terrible enfermedad que durante siglos afectó a los marineros que realizaban largas travesías marítimas sin tocar tierra. Sus síntomas, que podían aparecer a partir de las doce semanas de navegación, eran la inflamación de las encías y la caída de los dientes, con fuertes hemorragias que terminaban causando la muerte del enfermo en medio de horribles sufrimientos. El escorbuto era provocado por la falta de vitamina C, algo que ocurría muy frecuentemente, puesto que los barcos apenas llevaban en sus bodegas frutas y verduras frescas. A mediados del siglo XVIII el médico escocés James Lind se dio cuenta de que el suministro de limones y naranjas a los marineros restablecía rápidamente su salud. La Royal Navy británica todavía tardaría medio siglo en introducir estos alimentos en la dieta de las tripulaciones, retraso que causó muchas muertes que podían haber sido evitadas. Aún hoy se pueden dar casos de la enfermedad entre la población de países empobrecidos o en campamentos de refugiados.

18 Según Carlos Gallardo, que viajó a principios de 1902 a Tierra del Fuego, el nombre Karukinká está formado de las palabras kar, huhin y

ka, que podrían traducirse como

'el extremo de nuestra tierra'. Para Miguel Pantoja, autor selk'nam, la traducción correcta sería 'el último rincón de los hombres'. Según el sacerdote Beauvoir, Karukinká significa 'tierra de la extremidad sur'. Los yaganes llamaban a la isla Onaisín, la 'tierra de los Onas'.

19 El número de haruwen en el que se hallaba dividida la estepa fueguina varía según los autores. Para Martin Gusinde eran treinta y nueve, mientras que Anne Chapman señaló la presencia de ochenta haruwen, distribuidos por el centro y el norte de la isla Grande.

20 De acuerdo con el antropólogo norteamericano Samuel Kirkland Lothrop, que realizó una expedición a Tierra del Fuego a fines de 1924, los selk'nam nombran al guanaco con diversas palabras, en función del tamaño, la edad o incluso la distancia a la que estuviera el animal: yoyen hace referencia al animal cuando es avistado a lo lejos, marren es el guanaco macho, máishe el guanaco hembra, tóol el guanaco recién nacido,

glátuen el guanaco macho de un año de edad y ómte la hembra de la misma edad (Lothrop, 1928: 49). Cuando la hembra va acompañada de una cría se denomina tohol pai (Gallardo, 1910: 184).

21 También los kawésqar, como los yaganes, eran hábiles cazadores de ballenas. El ingeniero Duplessis, que estuvo varios meses a finales del siglo XVII en el estrecho de Magallanes enrolado en la expedición francesa de Gouin de Beauchesne, nos describe una de estas cacerías: "van cinco o seis canoas juntas y cuando encuentran una la persiguen, la arponean con grandes flechas que tienen la punta de hueso o pedernal tallada con mucha habilidad, después dejan que pierda su sangre y cuando muere la marea la arroja sobre la costa donde van a buscarla unos días después. La primera canoa que la encuentra hace grandes hogueras para advertir a los otros, que acuden enseguida y se llevan cada uno sus provisiones" (Duplessis, 2003: 152).

22 A modo de ejemplo citaremos "Selk'nam project" de Elisa Pritzker, artista argentina afincada en Estados Unidos, que trabaja con materiales como piedra y madera inspirándose en los motivos selk'nam como un homenaje visual a este pueblo. El fotógrafo chileno Michael Angelo es el autor del proyecto "Censura", que confronta al espectador con las imágenes tradicionales de los selk'nam encerradas en vitrales de templos católicos. También la artista española Paula Díaz presenta una exposición multidisciplinar titulada "Selk'nam, memoria austral", donde, a través del vídeo, la escultura, el dibujo y

la performance, reflexiona sobre el violento trato dado a los pueblos originarios de América. Citar también "Asolación", la obra de danza contemporánea dirigida por el coreógrafo magallánico Martin Andrade, que ha sido estrenada en 2018 en la Ópera Nacional de Chile y que invita a repensar "el encuentro de las culturas europeas con los pueblos ancestrales que vivían en equilibrio con la naturaleza en el extremo sur del continente".

23 Conferencia dada por Julio Popper en Buenos Aires el 27 de julio de 1891.

24 "Notas sobre el Hain", Archivo Central Salesiano, Caja 163.

25 En Los animales domésticos de la América precolombina (Santiago de Chile: Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología, 1922).

26 Los perros salvajes son hoy sin duda la mayor preocupación de los grandes ganaderos de Tierra del Fuego. David Thompson, administrador de la estancia José Menéndez, que aún hoy sigue ocupando miles y miles de hectáreas, se quejaba amargamente de los ataques de los perros asilvestrados "que pueden llegar a matar un centenar de ovejas en la misma incursión". Entrevista con el autor en Río Grande, 20 de diciembre de 2009.

27 El cururo, pequeño roedor que servía de complemento alimenticio a los selk'nam, desapareció de amplias zonas de la isla después de que sus madrigueras fueran apisonadas por millones de pezuñas de ovejas. El "Reglamento para la Clasificación de Especies Silvestres" del Ministerio de Medio Ambiente de Chile coloca hoy a esta especie en situación de vulnerabilidad a causa de la sobreexplotación ovina. El guanaco consiguió sobrevivir, aunque, en diciembre de 2018, se aprobó una ley para liberalizar su caza, justificada teóricamente en la superpoblación y los accidentes de tráfico causados por estos animales. Quizá la explicación haya que buscarla en los miles de cabezas de ganado vacuno introducidas solo unos años antes en la isla por los grandes latifundistas y para los que el guanaco no es más que un competidor por el pasto. El firme rechazo de las comunidades originarias y las asociaciones ecologistas permitió que no entrase en vigor dicha ley, aunque la amenaza sobre esta especie sigue todavía latente.

28 Carta de Thomas Bridges al director de La Nación, septiembre de 1886 (Bridges, 1998: 169).

29 El comandante británico Robert Fitz-Roy aseguró en 1830 que los

yaganes eran caníbales, afirmación que fue aceptada sin comprobaciones de ningún tipo por Charles Darwin y que fue repetida hasta la saciedad por multitud de autores. Sin embargo, como se encargó de demostrar con rotundidad el médico francés Paul Hyades, que convivió un año con los yaganes en bahía Orange: “hay que relegar al rango de las fábulas estos relatos de antropofagia editados sin ninguna prueba por algunos antiguos viajeros (…) jamás los fueguinos se comen entre ellos”. “Une année au cap Horn”, en Le tour du monde, vol. 49, París, 1885.

30 The South American Missionary Magazine, IX, (1875): 12.

31 Zwecker fue un exitoso ilustrador alemán del siglo XIX, autor de los grabados del famoso libro de George Chaworth Musters Vida entre los patagones, publicado en Londres en 1873. El grabado de la ballena se encuentra en Mayne, 1860: 439.

32 The South American Missionary Magazine, IX, (1875): 218.

33 El 9 de agosto de 2016 se reunieron en Punta Arenas representantes de los pueblos australes en el marco de la conmemoración del Día Internacional de los Pueblos Indígenas, redactando varias propuestas, entre ellas la número 7: “Modificación en la forma de identificación del pueblo Kawésqar, no kawashkar ni alacalufe, y el pueblo Yagán, no yámana”.

34 La primera recopilación de vocabulario de lengua kawésqar de la que tenemos noticia se debió a Jouan de la Guilbaudière, un bucanero francés que naufragó en el estrecho de Magallanes en 1695 y que, junto a sus compañeros, pasó en el lugar diez largos meses hasta que lograron construir otro barco para regresar a Francia (Marcel, 1892: 7).

35 Entrevista en el diario El Mostrador de Santiago de Chile, 20 de mayo de 2019.

36 Entrevista en Radio Magallanes, 3 de julio de 2019.

37 Archivo Ministerio de Relaciones Exteriores, Santiago de Chile, 49 A: 303.

38 A partir de 1946 el arqueólogo francés Joseph Emperaire convivió con los kawésqar de Puerto Edén, legándonos un excepcional estudio sobre el entorno y sus costumbres, incluyendo una valiosa colección de fotografías conservadas hoy en el Museo del Hombre de París. Entre 1993 y 2002 la fotógrafa chilena Paz Errázuriz visitó esa misma

localidad, siendo la autora de un conjunto de imágenes de gran fuerza expresiva, en las que sus protagonistas son "testigos de las grandes abominaciones del siglo veinte, rostros fisurados que buscan la mirada sensible del espectador". Las fotografías fueron compiladas en un libro publicado en 2006 por LOM Editores, Kawésqar, hijos de la mujer sol, con prólogo del etnolingüista Óscar E. Aguilera.

39 El ejemplo más representativo de especie invasora en la Tierra del Fuego es el caso de los castores (Castor canadensis), que, originarios de Canadá, fueron introducidos en la isla en 1946 irresponsablemente por personal de la Armada argentina para hacer grandes negocios con sus pieles. Ante la ausencia de depredadores, los castores se reprodujeron exponencialmente hasta alcanzar los cien mil ejemplares, llegando a colonizar incluso la isla Navarino y partes del continente. Por puro instinto, estos animales siguen construyendo día a día sus diques, túneles y madrigueras, provocando un devastador efecto en los bosques de lenga, incapaces de regenerarse al mismo ritmo al que son destruidos. También la trucha marrón (Salmo trutta) se introdujo en algunos ríos de propiedad privada, iniciándose por parte de los antiguos terratenientes un lucrativo negocio de exclusivos lodgesde pesca donde acuden solo unos pocos turistas adinerados. Y justo en el momento de escribirse estas líneas, la gran industria pesquera tiene proyectos para la instalación de salmoneras en el canal Onashaga, un negocio muy contaminante. Las comunidades yaganes, las asociaciones ecologistas y la ciudadanía en general muestran su oposición y enérgico rechazo a una industria que será fatal para el ecosistema marino autóctono, que tiene una de las aguas más prístinas del planeta y que ha sido declarado por la Unesco Reserva de la Biosfera de Cabo de Hornos.

40 Actualmente en Argentina existe toda una campaña mediática, sin ningún fundamento científico, que insiste en que "los mapuche vinieron de Chile". Se sustenta en las vagas conclusiones de Rodolfo Casamiquela y su finalidad principal es deslegitimar los reclamos de tierras indígenas. Curiosamente, en Chile se escucha justamente lo contrario, es decir, que "los mapuche vinieron de Argentina". Aquí se basan en las dudosas teorías de Ricardo Latcham y el objetivo no es otro que presentar a los indígenas como "extranjeros". Sin embargo, los académicos, a través de los hallazgos arqueológicos, la toponimia o los documentos escritos de los archivos españoles, hace ya mucho tiempo que acreditaron la preexistencia del pueblo mapuche a los Estados chileno y argentino.

41 A pesar de la firma de este tratado, los dos países han tenido diferencias en cuanto a su interpretación. El momento más álgido de

este enfrentamiento fue el denominado

“Conflicto del Beagle”, a través del cual Chile y Argentina litigaron por la posesión de una serie de islas (Picton, Lennox y Nueva) situadas en el canal Onashaga, al sur de la isla Grande de Tierra del Fuego. En 1977 el laudo arbitral de la reina de Inglaterra, que resolvió a favor de Chile, no fue aceptado por los argentinos. Ambos países, gobernados por generales que se habían instalado en el poder tras sendos golpes militares, sembrando muertos y desaparecidos por doquier, prepararon sus ejércitos para el combate. Una guerra que estuvo a punto de desencadenarse por razones de Estado y cuya preparación convenía a ambos regímenes dictatoriales, confiando en que el patriotismo les permitiría movilizar a la población de un país en contra de la del otro.

Finalmente, la escalada militar se desactivó y el conflicto concluyó en 1984, tras un plebiscito entre la población argentina, que se mostró favorable a la aceptación de la mediación papal, y que desembocó en la firma del Tratado de Paz y Amistad entre Chile y Argentina del mismo año. En la zona se pueden encontrar todavía campos de minas, recuerdo de una guerra que no llegó a estallar.

42 La goleta Ancud partió de Chiloé con una tripulación compuesta mayoritariamente por chilotes, que formaron además el grueso de los primeros colonos en Magallanes. A pesar de su enorme protagonismo en la colonización y el desarrollo de la Patagonia, los hombres y mujeres chilotes han sido deliberadamente excluidos de los libros oficiales.

La inauguración en 2013 del “Monumento a la Goleta Ancud” en Punta Arenas reparó en parte esta injusticia. En 2017 se estableció como día festivo el 21 de septiembre tanto en Chiloé como en Magallanes, en honor a la fundación de la primera población en la región. Por otro lado, en memoria de John Williams, el marino irlandés al mando de esta goleta, se nombró la localidad de Puerto Williams, en isla Navarino, la ciudad más austral del mundo. Los yaganes la conocían con el nombre de Ushpashun.

43 Memorias de William Alexander Blain, Archivo Nacional de Escocia (Harambour, 2016: 55).

44 Tal y como ha demostrado el investigador del Instituto de la Patagonia Samuel García-Oteiza, a fines de 1875 un grupo de ciudadanos británicos residentes en Punta Arenas, animados por el gobernador Dublé Almeida, planearon una expedición exploratoria del

interior de Tierra del Fuego con la intención de comprobar las características del terreno para la ganadería. Para llevar a cabo dicho viaje, los expedicionarios solicitaron un buque de la Armada chilena además de víveres, armas, medicinas y cabalgaduras. La expedición nunca se llevó a cabo, por lo que podemos deducir que el gobierno no accedió a sus peticiones. Ver artículo: "La Tierra del Fuego en el papel. Nota sobre un proyecto exploratorio (1875)", Magallania, n.º 47 (2019).

45 Una descripción de la expedición puede leerse en el informe preparado por el propio Ramón Serrano Montaner, Archivo Ministerio Relaciones Exteriores 62B, 112.

46 Aunque Bove aseguró en sus diarios que eran los mismos yaganes los que le entregaban alegremente los cadáveres para que los metiera en cajas y se los llevara a Europa, nos permitimos poner en duda su afirmación puesto que el pueblo yagán, como cualquier otro pueblo del mundo, trataba con respeto y solemnidad los restos humanos de sus familiares.

47 Ver el artículo de Aurelio Marangoni, "Tierra del Fuego, its ancient inhabitants, and the collections of skeletal remains in the Museums of Anthropology of Florence and Rome", Museologia Scientifica, n.º 5 (enero de 2011).

48 En consonancia con dichas leyes, en junio de 2019 el Museo Nacional de Historia Natural de Chile devolvió a la comunidad yagán de Tierra del Fuego tres objetos culturales, entre ellos una máscara ritual. Habían sido trasladados a Santiago por Martin Gusinde en la década de 1920 y llevaban un siglo en los depósitos de la institución, sin formar parte de las colecciones expuestas al público.

49 La acción de "raquear" proviene de la pronunciación de la palabra inglesa wreck, traducida al español por "naufragio" y que era precisamente lo que repetían sin cesar los marineros ingleses o norteamericanos que habían perdido sus barcos. Consistía básicamente en apropiarse del cargamento de las naves náufragas.

50 El Museo del Fin del Mundo de Ushuaia tiene entre sus colecciones la copia del álbum de fotografías de Julio Popper que el explorador rumano le obsequió al presidente argentino Miguel Juárez Celman en 1887.

51 Carta de Ramón Lista a Miguel Juárez Celman, 27 noviembre 1886 (Lista, 1887: 26).

52 Il Bollettino Salesiano, Año XI, número 9 (octubre de 1887).

53 Según el historiador salesiano Juan E. Belza, los dos haush se llamaban Keppenau y Háuseme y fueron instalados en la quinta que Segers tenía en Banfield, al sur de Buenos Aires, donde “vivieron cómodamente” (Belza, 1974: 291). Sin embargo, un día los indígenas desaparecieron sin dejar huellas y jamás se volvió a saber de ellos.

54 The South American Missionary Magazine, XXI (1887): 37.

55 The South American Missionary Magazine, XIII (1879): 56.

56 Se trata de tres cráneos selk’nam masculinos, dos cráneos selk’nam de niños y otros dos cráneos de mujeres yaganes, uno de los cuales puede contemplarse en fotografías en la página web de la Biblioteca Nacional de Francia, identificados respectivamente con los números de catálogo 10278, 10279, 10285, 10280, 10288, 10282 y 10283.

57 En 1901 Otto Nordenskjöld protagonizaría la accidentada Expedición Antártica Sueca, cuyos miembros pasaron dos años aislados en la Antártida hasta que fueron rescatados por la corbeta argentina ARA Uruguay.

58 Boletín del Instituto Geográfico Argentino, Tomo XVIII, (1897): 161.

59 El Pourquoi-Pas? fue uno de los más importantes barcos franceses de exploración polar. Después de casi treinta años de servicios, un temporal lo hundió frente a las costas islandesas el 16 de septiembre de 1936. Jean-Baptiste Charcot pereció en ese naufragio junto a todos los miembros de la tripulación a excepción de un afortunado superviviente. Su cuerpo fue recuperado y recibió funerales de Estado en la catedral de Notre-Dame de París.

60 Antes que los selk’nam, otros pueblos de la Patagonia y Tierra del Fuego fueron víctimas de los zoológicos humanos. En 1830 el famoso yagán Jemmy Button y tres kawésqar fueron llevados contra su voluntad a Inglaterra con el fin de ser instruidos en las costumbres europeas, la lengua inglesa y la religión protestante. Tres años después fueron devueltos a los canales fueguinos, donde, ante la sorpresa de los europeos, renunciaron al “regalo de la civilización”, se arrancaron sus ropas y regresaron a su vida “salvaje”. Los misioneros anglicanos trasladarán forzosamente una y otra vez a indígenas a la misión de isla Keppel, en Malvinas, y en 1865 serán los promotores de un nuevo viaje de cuatro yaganes a Europa, que acabará con el mismo desastroso resultado desde el punto de vista de los religiosos. En 1881

el jardín zoológico de París será el

trágico escenario en el que se exhibirán a once kawésqar. Después de una infernal gira que incluyó Alemania y Suiza, solamente cuatro supervivientes pudieron regresar a Tierra del Fuego, aunque en lugar de devolverlos a su tierra fueron entregados a los misioneros de Ushuaia, territorio yagán, donde no tardarían en morir a causa de las enfermedades. En 1883 fue el turno de varias familias mapuche originarias de Quidico, que también fueron mostradas en París.

61 Il Bollettino Salesiano, Año XIV, n.º 12 (diciembre 1890): 220.

62 Memorias del Misionero Salesiano Don José María Beauvoir, Turín, Archivo Central Salesiano Roma, 1940.

63 Carta de Giuseppe Fagnano a su superior Giovanni Cagliero, Punta Arenas, 21 de mayo de 1892, Archivo Central Salesiano Buenos Aires, Caja 55-3.

64 Diario La Prensa, Buenos Aires, 7 de noviembre de 1898.

65 El supuesto canibalismo de los fueguinos tiene su origen en una leyenda contada por los yaganes al comandante británico Robert Fitz-Roy en 1830, aceptada sin comprobaciones de ningún tipo por Charles Darwin y reproducida en Viaje de un naturalista alrededor del mundo, su más famoso libro: “cuando en invierno se ven acosados por el hambre, se comen a las ancianas antes de comerse a sus perros”

(Darwin, 1942: 264). Como vemos, este ridículo bulo todavía era repetido por la prensa argentina finisecular. El escritor yagán Víctor Vargas sostiene una interesante hipótesis según la cual habría sido Jemmy Button el propagador de la idea del canibalismo de los yaganes como una forma de proteger a su propio pueblo, puesto que así desalentaría nuevas incursiones británicas a su territorio. La masacre de Wulaia de noviembre de 1859 también habría tenido ese objetivo, impedir o retrasar la llegada de más europeos.

66 Lucas Bridges menciona en su libro que Kiótemen, al que nombra como Kiyotimink, murió unos meses después de su regreso a Tierra del Fuego a causa de la rabia contagiada por uno de sus perros, que a su vez habría contraído la enfermedad en la exposición de Buenos Aires (Bridges, 1952: 264). Sin embargo, en 1902 tanto Lehmann-Nitsche como Gallardo, que lo llama Kiuttemink, registran su presencia en sus diarios y fotografías (Malvestitti, 2015: 73).

67 El último zoológico humano del que tenemos constancia fue el

parque de Bamboula en Nantes, Francia. La palabra Bamboula identifica un tipo de tambor africano y fue el nombre elegido por la fábrica de galletas Saint-Michel para sus galletas de chocolate.

Para promocionar su producto, inauguraron en 1994 un parque temático inspirado en

un poblado africano, con una veintena de negros y negras contratados como figurantes.

La enorme polémica que se organizó inmediatamente obligó a la empresa a clausurar el parque y renunciar al nombre de sus galletitas.

68 Hoy en día en Francia, España y otros países los tribunales de justicia han prohibido a la policía realizar identificaciones callejeras en función del "perfil étnico" de la persona, es decir, aquellas que estén basadas exclusivamente en su color de piel. Este hecho deja en evidencia que, al menos en algunos sectores de la sociedad, los prejuicios raciales hacia "el otro" se encuentran tristemente instalados.

69 La imposición del cristianismo a los pueblos autóctonos de América provocó, desde el primer momento, una aterradora mortandad causada por el cambio de hábitos, el contagio de enfermedades y los castigos impuestos a quienes se negaban a aceptar la nueva religión.

70 En la bahía de Wulaia fue asesinado el reverendo Garland Phillips junto a siete de sus compañeros. Los autores fueron un grupo de yaganes cansados de que los misioneros raptaran a sus hijos para llevárselos a Malvinas, de donde muchos nunca regresaron.

Unos meses después de los hechos llegó a la zona el capitán Smiley a bordo de goleta Nancy, que fue quien encontró los cadáveres y a un único superviviente, el cocinero Alfred Cole. La prensa británica reaccionó muy críticamente contra los misioneros, a los que responsabilizó de lo que calificó como "gratuita pérdida de vidas", consecuencia directa de su negligencia y su obstinación.

71 Así, por ejemplo, en el libro de José Luis de Imaz: "En Ushuaia, a poco de llegar, los marineros argentinos fueron agentes de contagio y transmisión. El sarampión provocó una epidemia (en 1884) que duró tres meses: murieron la mitad de los yámanas de la misión (…) 1886, segunda gran epidemia. Se extiende la neumonía y aparece por vez primera la tuberculosis. Todo esto lo documentó Bridges" (Imaz, 1972: 70).

72 The South American Missionary Magazine, XIX (1885): 247.

73 The South American Missionary Magazine, XX (1886): 9.

74 Declaración de Rudolf Stubenrauch ante el juez Waldo Seguel, Punta Arenas, 1 de febrero de 1896. “Sumario sobre vejámenes inferidos a indíjenas de Tierra del Fuego”, Archivo Judicial de Magallanes, Legajo 75, Expediente 112, 179.

75 Carta de Santiago Costamagna a Juan Bosco, 27 de abril de 1879, Il Bollettino Salesiano, Año III, n.º 7 (julio de 1879).

76 El historiador salesiano Juan Eduardo Belza, al comienzo del tomo 3 de su obra En la isla del Fuego, escribió la siguiente dedicatoria: “a los conquistadores del desierto que, al mando del general Julio A. Roca, iniciaron la gesta en 1879 camino del río Negro y la coronaron en 1884 con la División Expedicionaria del Atlántico Sur” (Belza, 1977: 1).

77 “Una flor entre hielos”, Raúl A. Entraigas, Buenos Aires, 1947.

78 “Historia de la Iglesia en Magallanes”, artículo publicado en línea por la Diócesis de Punta Arenas en http://santuariojesusnazarenopuntaarenas.blogspot.com.es.

79 “Apuntes de la misión de Dawson”, sor Herminia Sánchez, Hija de María Auxiliadora, Archivo Central Salesiano, 302.2, 1.

80 Memorias de José María Beauvoir, Archivo Salesiano de Roma. Investigación de Christian Báez.

81 La estancia San Gregorio fue la primera explotación lanar de José Menéndez y el embrión de su imperio ganadero. Situada frente al estrecho de Magallanes, en 1882 el asturiano se hizo con los derechos de explotación del francés Marius Andrieu y, años más tarde, obtuvo en arrendamiento noventa mil hectáreas. Desde allí expandió el negocio ovino a Tierra del Fuego, Santa Cruz y Chubut. Hoy es propiedad de un bisnieto, Alfonso Campos González, y se encuentra en total estado de abandono. Sus destartaladas y decrépitas instalaciones son el símbolo del inevitable declinar de la industria ganadera en la región a causa de la ausencia de modernización tecnológica y dinamismo empresarial.

82 Solicitud de Giuseppe Fagnano al presidente de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, Valparaíso, 16 de mayo de 1895, Archivo Regional de Magallanes, 7, carpeta documentos varios.

83 Este testimonio fue publicado con el título “Argentina y Patagonia.

Impresiones de un neozelandés” por medio de dos cartas en el diario Marlborough Express, ediciones del 7

y 9 de abril de 1898.

84 “Apuntes de la misión de Dawson”, sor Herminia Sánchez, Hija de María Auxiliadora, Archivo Central Salesiano, 302.2, 1.

85 Archivo Judicial de Santiago de Chile, volumen “Criminales Magallanes”, Legajo 144, año 1906.

86 Sandra Gutiérrez, jefa del Archivo General Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, localizó una postal de 1912 de la casa Hume & Co. donde aparece la misma imagen bajo el texto “Araucanos en la escuela” y que fue reproducida sin señalar el error de identificación en Historia de la postal en Chile, libro colectivo publicado en 2007.

87 Informe de Domingo Canales V. al gobernador de Magallanes, Punta Arenas, 10 de junio de 1896, Archivo Ministerio de Relaciones Exteriores, 237 B.

88 Decreto n.º 125, de 20 de mayo de 1847, firmado por el presidente Manuel Bulnes Prieto.

89 Archivo General de la Nación, Fondo Ministerio del Interior, 1893, expedientes 2.659, 2.733 y 2.734. (Belza, 1975: 103).

90 Diario El Magallanes, 30 de junio de 1898.

91 “Apuntes sobre la Misión de San Rafael y el Buen Pastor en la Isla de Dawson 1889-1911”, sacerdote Luis Carnino, Archivo Central Salesiano, Bahía Blanca.

92 Muchos años después Fagnano también trató de reproducir el modelo misional en la provincia argentina de Santa Cruz, aunque en este caso los destinatarios de sus anhelos civilizatorios iban a ser los aónikenk. En 1914 solicitaba al gobernador del territorio la gigantesca cifra de cincuenta mil hectáreas con la finalidad de radicar allí al “reducido número de indígenas y librarlos de la vida vaga que conducen para arraigarlos en un solo punto y evitar de esta manera todos los perjuicios que causar puedan a las vecinas estancias y a los pobladores de este territorio”. Sin embargo, el denominado “Proyecto de Colonia pastoril en el Territorio de Santa Cruz” fue rechazado por las autoridades, que acusaron a los religiosos de enriquecimiento desmesurado. Archivo Central Salesiano, Caja 26-6.

93 Carta de Luis Sáenz Peña a Pedro Godoy, Buenos Aires, 22 de febrero de 1894, Archivo Central Salesiano, Bahía Blanca, Caja 23.

94 Il Bollettino Salesiano, (julio 1898): 174.

95 La historia de José Menéndez ya fue tratada en un trabajo anterior, resultado de cinco años de investigaciones sobre el terreno. Con el título de Menéndez, rey de la Patagonia, el libro fue publicado en 2014 en Chile (Editorial Catalonia) y Argentina (Editorial Losada) y ha sido elegido por el Colegio Oficial de Profesores de Chile como material

para trabajar en el aula el profesor con sus alumnos, según la Revista Docencia, n.º 54

(diciembre de 2014).

96 Entrevista a Mirtha Salamanca para el documental Desde el infinito me han hablado, de Felipe Dittmar, 2018.

97 El concepto de "violencia simbólica" fue introducido por el sociólogo francés Pierre Bourdieu en 1970 y se basa en el ejercicio del poder por parte de una clase dominante a través de imposiciones culturales, sociales o filosóficas. Es un tipo de violencia soterrada, puesto que, en muchas ocasiones, los sujetos que la padecen no son completamente conscientes de ella.

98 Crónica de las Hijas de María Auxiliadora, julio de 1899.

99 En cambio, los restos pertenecientes a dos Hijas de María Auxiliadora, sor María Rodas y sor Antonieta Tapparello, que también fueron desenterrados en la campaña de excavación del año 2008, fueron ya devueltos a los salesianos, que los inhumaron en la capilla del Colegio María Auxiliadora de Río Grande (García, 2010: 47).

100 Solicitud de Giuseppe Fagnano a la Cámara de Diputados de la Nación, Buenos Aires, 23 de julio de 1900.

101 El 4 de julio de 1913 Fagnano le había pedido a los Braun un adelanto de ocho mil libras esterlinas precisamente para hacer frente a los gastos que tendría en Buenos Aires para obtener los títulos definitivos de las tierras de la misión, que luego vendería a los Menéndez.

102 Escrito presentado ante el juez por Nibaldo Sanhueza, abogado de la familia Braun, sin fecha, Archivo Central Salesiano, Caja 26-7,

Documento 3, 65.

103 Carta de Ambrosio Turriccia a Tomás Usher, Santiago, 24 de septiembre de 1918, Archivo Central Salesiano, Caja 23-6.

104 Al no tener personalidad jurídica propia la congregación salesiana, todos sus bienes se encontraban a nombre de sacerdotes o hermanos coadjutores.

105 Moritz Braun fue junto a José Menéndez el hombre más poderoso de la Patagonia.

Propietario de cuarenta estancias que abarcaban un total de tres millones de hectáreas, reinvirtió sus ganancias en otros múltiples negocios, como líneas de navegación, explotaciones carboníferas, compañías eléctricas, aseguradoras, frigoríficos y cadenas de supermercados, alcanzando los puestos de cónsul de Estados Unidos y Rusia y de

presidente del Banco de Chile y Argentina. A su muerte en 1953 sus restos fueron enterrados en el exclusivo cementerio porteño de La Recoleta, en la cripta de su cuñado Arturo Gómez Palmés, hijo del acaudalado comerciante gallego Casimiro Gómez. Sus descendientes directos, entre los que se encuentran Federico Braun Seeber, empresario dueño de supermercados La Anónima, Marcos Peña Braun, jefe de gabinete del presidente Mauricio Macri, y Miguel Braun Cortéz, secretario de Política Económica en el mismo gobierno, ocupan hoy en Argentina los más altos puestos de responsabilidad política y económica.

106 Carta de Juan Zenone a Giuseppe Fagnano, 20 de junio de 1914, Archivo Central Salesiano, Caja 55-2, 17.

107 Prólogo de Pedro Giacomini, en Lorenzo Massa, Monografía de Magallanes. Sesenta años de Acción Salesiana en el Sur – 1886-1946, investigación realizada por Alberto Harambour Ross.

108 Las cifras reales pueden ser mucho más elevadas. Para el caso de La Candelaria, la arqueóloga Pamela García Laborde proporciona el número de 342 defunciones para en el período 1897-1947, de las que al menos 250 corresponderían a indígenas que vivieron en la misión (García, 2017: 214).

109 Portal de noticias de Ushuaia, www.notitdf.com, 8 de diciembre de 2016.

110 The Daily News, Londres, 18 de septiembre de 1882, p. 5.

111 En diciembre de 2018, gracias a la invitación de Kris Robles Chamorro, de la Asociación de Guías de Turismo de Puerto Natales, tuve la oportunidad de recorrer las instalaciones del frigorífico de Puerto Bories. Perteneciente antaño a la todopoderosa Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, toda la maquinaria allí conservada tiene el mismo origen británico: Babcock & Wilcox Limited, The Haslam Engineering Company, Avonside Engine Company, *etc.*

112 En Irlanda, tras la gran hambruna de 1847 que provocó la despoblación de comarcas enteras, la ganadería ovina extensiva conoció un espectacular auge, alcanzándose en la isla la cifra de 4,5 millones de cabezas de ganado. Como buena parte de la población murió o se vio obligada a emigrar, las ovejas encontraron un excelente pasto en aquellos territorios abandonados y sus dueños se hicieron enormemente ricos.

113 "Investigaciones sobre el sistema colonial de los españoles", en El Progreso, 27 de septiembre de 1844.

114 Prólogo al libro de Álvaro Barros, Actualidad financiera de la República Argentina, Buenos Aires, 1875.

115 "Informe oficial de la comisión científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro realizada en los meses de abril, mayo y junio de 1879, bajo las órdenes del General D. Julio A. Roca" (Buenos Aires, 1881), p. XI.

116 "Datos sobre la colonia de Magallanes, su ganadería y sus necesidades" (Santiago de Chile: Imprenta Gutenberg, 1888).

117 Dossier "Pueblos originarios en el Atlántico Sur", en la web "Enseñar la Patagonia", 12 de octubre de 2016.

118 El Estatuto de Roma es un tratado internacional adoptado por la Corte Penal Internacional en Roma en julio de 1998 y que entró en vigor en 2002 después de la ratificación de más de sesenta países, entre ellos Argentina y Chile.

119 El gobernador Señoret calculaba a fines del siglo XX la población selk'nam en unas cuatro mil personas: "Cuando la Tierra del Fuego era apenas conocida se creía que el número de indios onas era muy reducido; ahora que se han fundado numerosas estancias y que es cruzada día a día por los empleados de ellas, se ha visto que su número es mucho mayor. Se estima, siendo un cálculo muy exacto y

aproximado, que no hay menos de cuatro mil indígenas en la grande isla de Tierra del Fuego" (Guerrero, 1897: 128).

120 Journal de la Société des Américanistes 62, (1973): 235-236.

121 Conferencia dada por Julio Popper en Buenos Aires el 27 de julio de 1891.

122 Hay que acotar que De Agostini, al igual que otros exploradores y viajeros, empleó frecuentemente la palabra extinción al referirse a la consecuencia final derivada de la violencia sobre los pueblos originarios, contribuyendo a la falsa idea de que en Tierra del Fuego "no quedaron indios". Las comunidades selk'nam, yagán, haush y kawésqar actuales, bien numerosas y activas, desmienten las conclusiones de estos autores.

123 Declaración de Stubenrauch ante el juez Manuel A. Cruz, realizada en Punta Arenas el 3 de febrero de 1896, "Sumario sobre vejámenes inferidos a indíjenas de Tierra del Fuego", Archivo Judicial de Magallanes, Legajo 75, Expediente 112, 180.

124 Entrevista entre Giuseppe Fagnano y Joaquín Edwards Bello, enero de 1911, Archivo Central Salesiano, Caja 55-3.

125 El "conseguidor" no era otro que Ramón Serrano Montaner, el militar que había participado activamente en la fijación de los límites entre Argentina y Chile como jefe de la Oficina Hidrográfica y que conocía perfectamente las características ganaderas de Tierra del Fuego. Debido a su privilegiada posición estaba en contacto con las más altas autoridades de su gobierno y será Serrano quien "sugerirá" al presidente chileno Balmaceda el nombre del portugués Nogueira como el adjudicatario perfecto para las grandes concesiones de Tierra del Fuego.

126 "Las capas de cuero de lobos han llegado en perfecto estado, la señora del presidente quedó muy agradecida con el regalo". Carta de José Nogueira a Moritz Braun, Los Andes, 27 octubre 1890, Archivo Regional de Magallanes, Caja 0.

127 La Philip Bay era dueña de la estancia Bahía Felipe y había sido constituida en Londres a finales de 1897, siendo propietarios Sara Braun, que aportaba la concesión de terrenos a la sociedad, y el grupo financiero Wood & Waldron, que contribuía con los capitales necesarios. La Sheep Farming se había constituido en las mismas fechas y con los mismos dueños para explotar la estancia Springhill. Todas estas estancias, con una superficie superior a las trescientas mil

hectáreas, terminarán en manos de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego cuando se “chilenicen” las sociedades ganaderas.

128 La Duncan, Fox & Co. fue fundada en 1876 en Valparaíso por el financiero escocés David Duncan, socio de la firma Balfour Williamson & Co., que controlaba el tráfico comercial marítimo entre Gran Bretaña y América del Sur, y por Henry Frederick Fox.

A medida que los negocios en Chile de la nueva compañía crecían, comenzaron a afluir cada vez más capitales de inversionistas británicos, que fueron los que estuvieron detrás de la constitución de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. Con el paso de los años, la Duncan, Fox & Co. perderá su carácter británico para convertirse en una sociedad anónima totalmente chilena, dedicada a los sectores hotelero, pesquero y agroindustrial. Los cargos de presidente, vicepresidente y los de la mayoría de los directores de la Duncan Fox S.A. son ocupados por los hermanos Lecaros Menéndez, quienes, como puede deducirse de su apellido, son bisnietos de José Menéndez, “rey de la Patagonia”. Junto con los Izquierdo Menéndez, también descendientes, forman una de las familias dueñas del mar chileno.

129 El 23 de enero de 1919 los obreros del Frigorífico de Puerto Bories se declararon en huelga para protestar por sus terribles condiciones de vida y de trabajo. En la revuelta los obreros tomaron la cercana ciudad de Puerto Natales, enfrentándose al retén de carabineros que la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego había colocado en sus instalaciones para defender los intereses empresariales. Además de cuatro policías, murieron seis obreros que son hoy considerados “mártires” por la memoria popular:

Carlos Vivero Bello, Enrique Guillermo Espinoza, Ramón Masilla Miranda, Alejandro Muñoz Bravo, Juan Saldivia Alderete y José de La Rosa Terán. Unos días más tarde, las tropas llegadas de Punta Arenas sofocaron definitivamente la revuelta.

130 Como un ejemplo del inmenso poder alcanzado por los grandes terratenientes de la Patagonia, cuando en 1973 el gobernador de Santa Cruz, Jorge Cepernic, trató de expropiar esta descomunal estancia, la familia Menéndez se movilizó para impedirlo.

Enrique Campos Menéndez habló en Madrid directamente con el mismísimo general Perón, quien, desde la capital de España, frenó en seco la expropiación (Minieri, 2006: 304).

131 “Argentina y Patagonia. Impresiones de un neozelandés”,

Marlborough Express, 9 de abril de 1898, 3.

132 El libro fue publicado originalmente en 1936 con el título El Jimmy. Outlaw of Patagonia y en 1952 se hizo una libre adaptación al cine como Way of a Gaucho en el más puro estilo de los westerns de la época. Existe una desafortunada traducción al español de Edmundo Pisano Valdés publicada en 1997 por la Universidad de Magallanes.

133 Declaración de José Agustín Concha ante el juez Manuel A. Cruz, realizada en Punta Arenas el 14 de febrero de 1896, "Sumario sobre vejámenes inferidos a indíjenas de Tierra del Fuego", Archivo Judicial de Magallanes, Legajo 75, Expediente 112, 213.

134 Declaración de Vicente Traslaviña ante el juez Manuel A. Cruz, realizada en Punta Arenas el 25 de enero de 1896, "Sumario sobre vejámenes inferidos a indíjenas de Tierra del Fuego", Archivo Judicial de Magallanes, Legajo 75, Expediente 112, 156.

135 Sesión extraordinaria de la Cámara de Senadores, 21 de noviembre de 1892.

136 El 21 de enero de 1893 José Nogueira falleció en Arequipa, heredando su formidable fortuna Sara Braun, que se había casado con él solamente unos años antes cuando el portugués ya estaba muy enfermo. Moritz Braun, su hermano, se convertirá así en el único administrador de la herencia de Nogueira.

137 Diario de Ramón Lucio Cortés, 5 de marzo de 1897 (Belza, 1975: 203).

138 La estancia pertenece desde 2008 a uno de los hombres más poderosos de Chile, el expresidente del partido Renovación Nacional Carlos Larraín, que ha instalado allí un lujoso y exclusivo lodge de pesca a imitación de los existentes en el lado argentino propiedad de los Menéndez-Behety. Larraín se hizo tristemente célebre por sus

declaraciones homófobas y racistas y por la polémica en torno a las supuestas maniobras y presiones a los jueces que permitieron a su hijo evitar la cárcel tras causar un atropello mortal.

139 Copiadores de Cartas 5, folio 387, Archivo Regional de Magallanes.

140 Copiadores de Cartas 5, folio 532, Archivo Regional de Magallanes.

141 Carta de fecha 29-6-94, Archivo Regional de Magallanes, 4.

142 Diario La Razón, Punta Arenas, 28 de marzo de 1895.

143 Informe al ministro de Relaciones Exteriores, Punta Arenas, 16 de junio de 1894, Archivo Ministerio de Relaciones Exteriores, 195 A, 302.

144 Diario La Razón, Punta Arenas, 28 de marzo de 1895.

145 Informe al ministro de Relaciones Exteriores, Punta Arenas, 8 de octubre de 1894, Archivo Ministerio de Relaciones Exteriores, 195 A, 516.

146 Moritz Braun se quejaba de que "habría sido más prudente llevarlos a la isla Dawson desde un principio, pero Señoret se encaprichó de que debían traerse aquí y aquí los tiene". Carta de Moritz Braun a José Menéndez, Punta Arenas, 14 de agosto de 1895, Copiadores de Cartas 6, Folio 355, Archivo Regional de Magallanes.

147 Carta de Alexander Allan Cameron a Moritz Braun, Caleta Josefina, 3 de julio de 1895, "Sumario sobre vejámenes inferidos a indíjenas de Tierra del Fuego", Archivo Judicial de Magallanes, Legajo 75, Expediente 112, 200.

148 Declaración de Emilio Olmos ante el juez Manuel A. Cruz, realizada en Punta Arenas el 22 de diciembre de 1895, "Sumario sobre vejámenes inferidos a indíjenas de Tierra del Fuego", Archivo Judicial de Magallanes, Legajo 75, Expediente 112, 58.

149 Declaración de Camila José de Paz ante el juez Waldo Seguel, realizada en Punta Arenas el 3 de enero de 1896, "Sumario sobre vejámenes inferidos a indíjenas de Tierra del Fuego", Archivo Judicial de Magallanes, Legajo 75, Expediente 112, 104.

150 Como un símbolo inequívoco del cambio de mentalidad de la sociedad magallánica, el 8 de agosto de 2018 se celebró en la Plaza de Armas de Punta Arenas una intervención para recordar el infame "remate de indios". Organizada por Rodrigo González Vivar, profesor de Historia de la Universidad de Magallanes, y protagonizado

por Mirtha Salamanca, del pueblo selk'nam, y Carolina Quintúl Coliboro, de la comunidad kawésqar, los participantes recrearon los acontecimientos poniendo el foco en los supervivientes de estos trágicos hechos "olvidados y silenciados con el paso del tiempo", diario El Mostrador de Santiago de Chile, 9 de agosto de 2018.

151 El Porvenir de Santiago de Chile, 18 de enero de 1896.

152 Declaración de Maggiorino Borgatello ante el juez Waldo Seguel, realizada en Punta Arenas el 11 de enero de 1896, “Sumario sobre vejámenes inferidos a indíjenas de Tierra del Fuego”, Archivo Judicial de Magallanes, Legajo 75, Expediente 112, 127.

153 El acuerdo entre Fagnano y la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego databa de mayo de 1895 y en él los ganaderos se comprometían a entregar una libra esterlina por cada persona deportada a isla Dawson, en concepto de manutención (Señoret, 1896: 27).

154 Carta de Moritz Braun a Peter McClelland, Punta Arenas, 29 de enero de 1896, Archivo Regional de Magallanes, 7, 219-220.

155 Solicitud elevada al presidente de Chile por el directorio de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, diciembre 1896, Archivo Regional de Magallanes, 2 bis, 53.

156 Carta de Peter McClelland a Moritz Braun, 21 de enero de 1896, Archivo Regional de Magallanes, 9.

157 José Menéndez llegó incluso a proponer al mismísimo presidente de Chile el nombre del gobernador de Magallanes: “mi idea era de recomendarle [al presidente] que, si llegase el caso de hacer un cambio de gobernador reemplazando al digno y honrado caballero que ahora y desde hace cuatro años tenemos, de fijarse en hombre bueno, serio y digno de por acá, y de ninguna manera confiar el puesto a ninguno de los de por allá que lo solicitan, pues el nombramiento de uno de ellos lo consideraríamos como una desgraciada calamidad local”. Carta de José Menéndez a Moritz Braun, Santiago, 25

de agosto de 1902, Archivo Ministerio Relaciones Exteriores, 13.

158 Correspondencia Moritz Braun, Copiadores de Cartas 20, 339, Archivo Regional de Magallanes (Gómez, 2018: 48).

159 Carta de Alejandro Menéndez Behety a Francisco Campos Torreblanca, director-gerente de la Sociedad Anónima Ganadera y Comercial Menéndez-Behety, Comodoro Rivadavia, 7 de marzo de 1914, Archivo Regional de Magallanes, 44.

160 Solicitud del directorio de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, 20 de abril de 1898, Archivo Regional de Magallanes, 3.

161 Carta de Alexander Allan Cameron, administrador de la estancia

Caleta Josefina, a Peter McClelland, presidente de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, 15 de septiembre de 1898, archivo familiar (www.aac-family.org).

162 Carta de Moritz Braun a Peter McClelland, Punta Arenas, 2 de junio de 1899, Copiadores de Cartas, 10, Archivo Regional de Magallanes.

163 Comunicación personal de Francisco Jackson, 24 de agosto de 2012.

164 Nos referimos aquí al libro Lucas Bridges, el señor del Baker, texto de exaltación del gran terrateniente británico y de sus negocios en la región de Aysén, cuya autora, Danka Ivanoff Wellman, lo escribió en 2004 por sugerencia del historiador Mateo Martinic.

165 Escritura notarial de préstamo entre Peter H. McClelland, en representación de Duncan, Fox & Co., y Tomás Sproat, actuando en nombre de Sara Braun viuda de Nogueira, mayo de 1899, Archivo Regional de Magallanes, 5 bis.

166 Testamentaría Julio Popper, Archivo General de la Nación, legajo 257 I-G.

167 Sucesión Popper, Archivo General de la Nación, 7.644/93, MI. 1893. Exp. 1212. Anexo V, p. 121.

168 El incidente fue muy confuso y todavía no se sabe con certeza quién denunció a la policía la presencia de Seriot en Harberton. El dueño de la estancia, Lucas Bridges, acusó a Lavino Balmaceda, ovejero y cazador de focas que, aunque vivía en la isla Navarino, cruzaba frecuentemente a Argentina (Bridges, 1952: 211).

169 En Charles Finger, Valiant vagabonds (Nueva York: Books for Libraries Press, 1936).

El historiador Alberto Harambour Ross actualmente lleva a cabo una investigación sobre los diarios de Charles Joseph Finger, que años después de su paso por Tierra del Fuego se radicaría en Estados Unidos, convirtiéndose en escritor de éxito y reputado director de orquesta: “socialista fabiano, anota en su diario citas de Marx, Kropotkin o Shakespeare. No le interesan los selk’nam más que como rareza en la evolución”.

Comunicación personal, 14 de mayo de 2019.

170 Ambos están enterrados en el viejo cementerio de colonizadores de la estancia Caleta Josefina. En el mismo recinto hay una lápida correspondiente a otro empleado de "la

Explotadora" supuestamente asesinado por los selk'nam. Se trata de John Saldine, fallecido el 20 de julio de 1898.

171 Carta de Alexander Cameron a Moritz Braun, 17 de enero de 1896, en Fondo Gobernación de Magallanes, Vol. 8. Agricultura e Industria de Magallanes (Harambour, 2018: 67).

172 En total fueron capturados diecisiete hombres adultos; veintiocho mujeres adultas; diez niños de diez a quince años; trece niños de cinco a diez años y trece niños de dos a cinco años; identificados todos mediante sus respectivos nombres, Archivo General de la Nación, MI, 1899, Exp. 175.

173 La Ley 4144 permitía la expulsión sumaria de los extranjeros sospechosos de propagar ideas socialistas o anarquistas, consideradas subversivas por el gobierno. Fue promulgada por el presidente Roca el 22 de noviembre de 1902 y autorizaba la deportación del país a cualquier extranjero "cuando su conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público". Esta legislación, en vigor durante más de medio siglo, fue utilizada de manera arbitraria por las autoridades para quitar de en medio a los obreros de ideas revolucionarias, separando —en muchos casos para siempre— a los padres de sus mujeres e hijos.

174 Discurso en el Senado de la Nación, 29 de agosto de 1899.

175 Para el profesor Alonso Azócar, "los indígenas encontraron en las misiones cierta seguridad frente a la represión, y, en muchos casos, la única forma de escapar a la muerte violenta. Sin embargo, también fueron un foco de contagio de enfermedades, hasta entonces desconocidas para ellos, epidemias que terminaron con la vida de la gran mayoría de los indígenas que se acercaron las misiones buscando seguridad y comida" (Azócar, 2014: 116).

176 Crónica de las Hijas de María Auxiliadora, enero de 1897, Archivo Central Salesiano, Buenos Aires.

177 Crónica de las Hijas de María Auxiliadora, julio de 1899, Archivo Central Salesiano, Buenos Aires.

178 Sesión de la Cámara de Diputados n.º 69, 24 de noviembre de 1899, Tomo 1899/2

(Belza, 1975: 348).

179 Carta de Julio Schelkly a Moritz Braun, Buenos Aires, 4 de marzo de 1897, Archivo Regional de Magallanes, 5 bis.

180 Lotes XII y XIII de 4391 ha y 1764 ha respectivamente a favor de Moritz Braun, Boletín Oficial de la República Argentina de 11 de agosto de 1900. Lote XXI de 6815 ha a favor de Moritz Braun y Lotes XII (sur), XIII (sur), XIV, XVI, XVII, XVIII, XIX y XX a favor de Sara Braun, Boletín Oficial de la República Argentina n.º 2962 de 22 de agosto de 1903.

Lote X de 2500 ha a favor de Moritz Braun, Boletín Oficial de la República Argentina n.º

3029 de 10 de noviembre de 1903.

181 Carta de Moritz Braun a Alejandro Menéndez Behety, Punta Arenas, 22 de julio de 1911, Archivo Regional de Magallanes, Copiadores de Cartas 20.

182 Testimonio recogido en el documental sobre Tierra del Fuego de la cadena japonesa NHK, febrero de 2000, cortesía del periodista Eiji Roppongi.

183 Carta de José Montes a Enrique del Castillo, Buenos Aires, 22 de junio de 1911, Archivo Regional de Magallanes, 36.

184 En 1920 los hermanos Bridges, Lucas y Despard, pondrán en marcha una estancia de ciento sesenta mil hectáreas en África. El lugar elegido, Devuli Ranch, se encontraba en la entonces Rodesia, una de las muchas posesiones coloniales británicas. Sus descendientes debieron abandonar la explotación ovina después de que los disturbios raciales le costaran la vida a uno de sus capataces (AA.VV., 1995: 185). Además, la introducción de millones de ovejas en esa comarca provocó la desertificación del terreno, absorbió las escasas reservas de agua con la construcción de presas y diques y produjo un negativo efecto sobre la fauna local, ya que los grandes depredadores —

como leones, leopardos o hienas— fueron abatidos por los cazadores y su población disminuyó alarmantemente. Una larga sequía puso fin definitivamente al negocio ganadero en la región y en 1991 se creó en el mismo lugar una reserva de animales, The Savé Valley Conservancy, donde han encontrado refugio algunas especies amenazadas.

185 En la parte norte se encontraba la estancia Cullen, perteneciente

al grupo financiero Wood & Waldron, que eran, junto a la Duncan Fox, los principales prestamistas de los Braun-Menéndez. Otras estancias más pequeñas eran la estancia Ruby, propiedad de Mayer Braun, hermano de Moritz, y la estancia Inés, que Menéndez gestionaba en sociedad con Francisco Bilbao.

186 Carta de Ramón Lucio Cortés al ministro del Interior, Ushuaia, 20 de julio de 1897, Archivo Central Salesiano, Buenos Aires.

187 Carta de James C. Robins a Albert H. Maryon, 20 de julio de 1898 (Martinic, 1990: 26).

188 La fotografía de este curioso amuleto ha sido reproducida por los investigadores Duncan S. Campbell y Gladys Grace en su sitio www.patlibros.org, una excepcional biblioteca online que, desde 2004, pone a disposición del público interesado un amplio catálogo de libros y documentos sobre la Patagonia y Tierra del Fuego en inglés y en español.

189 Carta de Maggiorino Borgatello a Miguel Rúa, 3 de diciembre de 1897 (Penazzo, 1995: 311).

190 Era tal la identificación de Penazzo con la causa de los selk'nam que, al morir en 1996, exigió como última voluntad que su tumba no estuviera identificada, exactamente igual que la mayoría de las tumbas de los indígenas, que tampoco tenían nombre.

191 Carta de Alejandro Menéndez Behety a Francisco Campos Torreblanca, director-gerente de la Sociedad Anónima Ganadera y Comercial Menéndez-Behety, Comodoro Rivadavia, 7 de marzo de 1914, Archivo Regional de Magallanes, 44.

192 Carta de Moritz Braun a Cruz Daniel Ramírez, de 30 de septiembre de 1894, Copiadores de Cartas 5, 832, Archivo Regional de Magallanes.

193 Carta de Esteban Lucas Bridges a Charles Wellington Furlong, 9 de abril de 1909, Correspondencia Charles Furlong 1898-1966, Box 1, Folder 10, Dartmouth College Library.

194 El escritor Enrique Campos Menéndez fue uno de los principales colaboradores civiles de la dictadura de Pinochet e incluso cedió una de sus propiedades en Magallanes, el fundo Los Robles, para que los militares instalaran allí un centro de torturas y detención. Otros dos descendientes de José Menéndez, Diego y Julio Izquierdo Menéndez, estuvieron involucrados en el asesinato del general René Schneider el

25 de octubre de 1970, una acción que trataba de evitar que Salvador Allende fuera investido presidente. Otro de los hermanos, Roberto Izquierdo Menéndez, destacado empresario forestal, ha sido llamado a declarar por su posible implicación como encubridor en la masacre de Laja-San Rosendo, ocurrida en septiembre de 1973, cuando carabineros asesinaron a diecinueve trabajadores.

195 Carta de Manuel Jesús Molina a Raúl A. Entraigas, 3 de septiembre de 1963, Archivo Central Salesiano, Caja 201-2.

196 El Archivo Central Salesiano de Buenos Aires conserva una carpeta que, bajo el título

“Matanza de indios y malos tratos a los mismos en la Patagonia meridional y Tierra del

Fuego”, contiene treinta páginas con los testimonios de las masacres. Fueron recopiladas por el padre Entraigas y nunca han sido divulgadas para proteger a los instigadores de los asesinatos, los grandes terratenientes del sur.

197 Entraigas nombra en este párrafo a la mayoría de los sacerdotes salesianos que estuvieron en la Patagonia: José Crema, Luis Carnino, Javier Vigne, Luis Héctor Sallaberry, Maggiorino Borgatello, Lorenzo Massa, Santiago Dalmasso y Juan Ferrando.

El “pobre ebrio consuetudinario” no era otro que el sacerdote Giovanni Zenone, encargado de las misiones volantes en Tierra del Fuego y que volvió a Italia completamente alcoholizado.

198 Se refiere al libro de Maurice-Hyacinthe Lelong, religioso dominico autor de En Patagonie et Terre de Feu, obra publicada en 1950 en París por Editions Julliard. El etnólogo suizo Jean-Christian Spahni dirá sobre el autor: “denunció con mucho coraje y sinceridad las atrocidades cometidas a ambos lados del estrecho de Magallanes. Este autor es considerado por muchos estancieros, al igual que sucede con José María Borrero, como un peligroso anarquista” (Spahni, 1971: 186).

199 Hace referencia al capítulo X de su libro Pinceles de Fuego, titulado “El Dimas de la Patagonia”. Allí se habla de un supuesto anciano inglés que va a morir a la misión de La Candelaria, arrepentido de sus acciones violentas contra los selk’nam en sus tiempos jóvenes, cuando era capataz de estancia. Entraigas, como ya hizo Lucas Bridges, vuelve a proteger el “buen nombre” de los estancieros al no dar el nombre de los asesinos: Alexander MacLennan,

Samuel Hyslop, Alexander Allan Cameron, James C. Robins, José Pezzoli, Arthur Stewart y otros.

200 Eugenio Ceria fue uno de los escritores oficiales de los salesianos, con publicaciones como los Annali della Società Salesiana o las Memorie biografiche.

201 Carta de Raúl A. Entraigas a Manuel Jesús Molina, 13 de septiembre de 1963, Archivo Central Salesiano, Caja 201-2.

202 Carta de Lorenzo Massa a Raúl A. Entraigas, Punta Arenas, 3 de junio de 1938, Archivo Central Salesiano, Caja 201-2.

203 Campos Menéndez se alzó sorpresivamente con el premio por delante de José Donoso e inmediatamente los intelectuales y la prensa consideraron la decisión del jurado como escandalosa, atribuyéndola al hecho de que era el protegido de Pinochet.

En 1986 fue nombrado por el dictador embajador en España, cargo que ocupó hasta la llegada de la democracia a Chile. Su obra permanece olvidada.

204 "Constitución de la Sociedad Magallánica", Revista de Estudios Históricos, n.º 23

(1978).

205 Oficio del ministro chileno de Relaciones Exteriores Juan José Latorre al gobernador de Magallanes, Carlos Bories, 20 de agosto de 1898, Archivo Ministerio de Relaciones Exteriores, 295, 83.

206 "Mateo Martinic y Francisco Coloane: La construcción de una identidad regional en Magallanes", Revista de la Facultad y Humanidades, n.º 23 (2002).

207 La imprescriptibilidad del genocidio fue aprobada por la resolución n.º 2391 de la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas, de 26 de noviembre de 1968.

La Prensa Austral, 30 de julio de 2007.

208 La Prensa Austral, 30 de julio de 2007.

209 El ejemplo más paradigmático es el de los yaganes en 1882. Aquellos que vivían asilados en la misión anglicana de Ushuaia y a los que se les había cambiado artificialmente sus hábitos morían uno tras

otro afectados por las enfermedades. Entre tanto, los que llevaban una existencia en libertad, manteniendo sus costumbres nómadas y su alimentación tradicional, nunca fueron afectados por las epidemias a pesar del contacto con los europeos y de vivir a poca distancia del establecimiento misionero.

210 “Informe de la Comisión Verdad Histórica y Nuevo Trato con los Pueblos Indígenas”, Comisionado Presidencial para Asuntos Indígenas, Santiago de Chile, 2008.

211 El documento fue obra de los historiadores magallánicos Alberto Harambour Ross y Nicolás Gómez Baeza y se publicó en la plataforma online change.org con el título de

“Reconocer el genocidio selk’nam y el derecho de los muertos a descansar en Tierra del Fuego”, logrando casi cinco mil firmas de apoyo en solo unos días. También tuvo amplio eco en la prensa del país y consiguió abrir en Chile el debate sobre el genocidio selk’nam.

212 Intervención de Mateo Martinic en la presentación del libro de Joaquín Bascopé En un área de tránsito polar: desde el establecimiento de líneas regulares de vapores por el estrecho de Magallanes (1872) hasta la apertura del canal de Panamá (1914), Museo Regional de Magallanes, 29 de noviembre de 2018.

213 Entrevista en la revista Urbe y Orbe, 14 de junio de 2017.

214 Diario de sesiones, Cámara de Diputados, sesión 137ª, legislatura 366º, jueves 7 de marzo de 2019.

215 “Pueblo mapuche lidera sesión histórica en la Cámara de Diputados”, diario Página 19, 13 de junio de 2019.

216 Comunicación personal de Leticia Caro Kogler, presidenta de la Comunidad Kawésqar “Nómades del Mar”, 18 de marzo de 2019.

217 En agosto de 2019 la corporación selk’nam “Covadonga Ona” presentó en la Cámara de Diputados un proyecto de ley que busca el reconocimiento legal del pueblo selk’nam en Chile. La iniciativa ha contado con el apoyo de las diputadas Camila Rojas Valderrama y Claudia Mix Jiménez.

218 “Recaudos legales y éticos aplicables a los profesionales que trabajan con el patrimonio arqueológico y bioantropológico”, en Temas de patrimonio cultural, ed. por María Luz Endere, María Gabriela Chaparro y Carolina Inés Mariano (Tandil: Universidad

Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2013).

219 Entrevista a Jaime Luis Huenún, Página 12, 12 de julio de 2017.

220 Para los supuestos en los que la comunidad todavía no ha dispuesto una ubicación definitiva para los restos humanos de sus ancestros, un grupo de investigadores y antropólogos argentinos liderados por Ricardo A. Guichón proponen la creación de

"Reservorios Transitorios Co-gestionados". Se trata de un "espacio de respeto y cuidado donde solo se resguardan cuerpos humanos que, como tales, son portadores de identidad e historia" (Guichón, 2015: 3). En cualquier caso, la última palabra sobre el destino final de los restos humanos la debe tener siempre la comunidad originaria y su voluntad ha de ser respetada tal y como establecen las leyes internacionales.

221 Según Tamara Torres Mimica, directora del museo, se trata de un "cráneo fragmentado sin mandíbula inferior, longitud 13,8 cm, alto 13,6 cm. Presenta una gran abertura o boquete en el centro de la frente". Comunicación personal, 30 de marzo de 2016.

222 "Argentina y Patagonia. Impresiones de un neozelandés", Marlborough Express, 9 de abril de 1898, 3.

223 La comunidad selk'nam obtuvo personería jurídica el 12 de diciembre de 1995

mediante resolución n.º 4070, eligiendo el nombre de Rafaela Ishton, una de las mujeres referentes para el pueblo selk'nam.

224 "Artículo 3º: Resérvanse los lotes 89, 90, 91 y 92 para concentración de familias indígenas de la región", Decreto n.º 515, expediente 9817, de 29 de julio de 1925.

225 Esto se logró por medio de la Ley Provincial n.º 405, de 23 de abril de 1998, de

"Adjudicación de tierras a las comunidades del pueblo ona de la provincia", publicada en el Boletín Oficial de 29 de julio de 1998.

226 Entrevista con Miguel Pantoja, Casa Cultural Rafaela Ishton, Río Grande, 10 de diciembre de 2018.

227 Comunicación personal de Vanina Ojeda Maldonado, 18 de marzo de 2019.

228 "Ángela Loij, la última selk'nam", diario La Opinión, Buenos Aires, 30 de junio de 1974.

229 En 2017 el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas de Berlín editó un CD con una selección de treinta y seis grabaciones en cilindros de cera de las colecciones Furlong, Koppers y Gusinde, realizadas entre 1907 y 1923 sobre cantos selk'nam, kawésqar y yagán. Acompañado de un pequeño libreto con notas de Miguel A. García y Richard Haas, el CD se comercializa a través de la web de los museos públicos de Berlín: www.smb.museum.

230 "The Haush and Ona, Primitive Tribes of Tierra del Fuego", en Proceedings of the nineteenth international congress of americanists, December 17-31, 1915, editado por F.

W. Hodge (Washington, 1917), 432-444.

231 Carta de Alberto María De Agostini a Moritz Braun, Buenos Aires, 20 junio 1936, Archivo Central Salesiano, Caja 201-2.

232 Martin Gusinde no estaba de acuerdo con la teoría de los círculos culturales o kulturkreise, cuyos principales valedores eran los antropólogos de la escuela de Viena, con Schmidt a la cabeza. Esta teoría explica el desarrollo de la civilización mediante la difusión de las innovaciones tecnológicas, cuyo descubrimiento se produciría en el mismo momento en varios lugares del planeta, sin conexión entre ellos. Las polémicas que tiempo después estallarán entre Gusinde y Koppers estaban condicionadas por el hecho de que el segundo era uno de los más fieles discípulos de Wilhelm Schmidt.

233 Martin Gusinde en Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, Volúmenes 1-2 (Santiago de Chile, 1917).

234 Entrevista de Denisse Espinoza para el diario La Tercera, 19 de octubre de 2016.

235 Aunque las colecciones están identificadas como "Gusinde Feuerland" y "Koppers Feuerland" respectivamente, existen dudas de quiénes fueron los autores de las grabaciones. Martin Gusinde aseguró siempre que fue él exclusivamente quien registró los cantos y que el papel de Koppers se limitó a llevar los cilindros hasta Berlín.

236 "A mí me llamaron mankátschen, compuesto de man (alma, sombras, imágenes) y kátschen (captar, coger), esto es, 'captador de imágenes', porque había reproducido sus figuras con mi máquina fotográfica" (Gusinde, 1951: 257).

237 Archivo General de la Nación, Departamento Documentos Fotográficos, caja 2508, inventario 350115.

238 Esta expedición reunió un amplio registro de fotografías e imágenes. Hans Helfritz fue el fotógrafo oficial y sus fotografías están conservadas en Colonia: Rautenstrauch-Joest-Museum.

239 Carta de Eduardo Braun Menéndez a Alexander Lipschutz, 20 de abril de 1946, Archivo Alexander Lipschutz, Caja 6.371, Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

240 Yuyú Gúzman en Viejas estancias de la Patagonia (Editorial Claridad, 2009).

241 Carta de Esteban Lucas Bridges a Charles Wellington Furlong, 28 de octubre de 1922, Correspondencia Charles Furlong 1898-1966, Box 1, Folder 10, Dartmouth College Library.

242 Chiloé et les chilotes. Marginalité et dépendance en Patagonie chilienne (Aix-en Provence: Edisud, 1984).

243 El Instituto Smithsoniano conserva la correspondencia de Preloran en “Box 6 The Ona People Includes Spanish and English scripts for the film ‘The Ona: Life and Death in Tierra del Fuego’ and correspondence with the film’s directors, Anne Chapman and Ana Montes de Gonzalez”.

244 El discurso de la extinción era el dominante en la época. En Santa Cruz, por ejemplo, Rodolfo Casamiquela registraba sobre la misma época los testimonios de los “últimos hablantes aónikenk” y decretaba de paso la extinción de los indígenas argentinos de la región. Con su polémica “teoría de la araucanización”, consideraba a los mapuche como invasores y por lo tanto sin derecho a reivindicar sus tierras, pasando por alto el mestizaje entre ambos pueblos y el hecho de que los mapuche llevaban miles de años

viviendo a ambos lados de la cordillera, por supuesto mucho antes de que existiera Argentina o Chile.

245 Entrevista con Mirtha Salamanca, vocal por el pueblo selk’nam en el Consejo de Participación Indígena (C.P.I.), Tolhuin, 9 de diciembre de 2018.

246 Entrevista a Anne Chapman, Página 12, 22 de febrero de 2009.

247 Entrevista a Miguel Pantoja, Infofueguina.com, 22 de noviembre

de 2018.

248 Así narraba en enero de 1911 Minkiol esta historia a Zenone: “Kuanip es nuestro héroe; fue engendrado en la tierra y nació precisamente de una montaña roja que está junto a Harberton (canal de Beagle), que fue su madre, y del cabo Kayel (un poco al sur del cabo Santa Inés) que fue su padre (…) Según iba creciendo parecía tan extraño e incomprensible que algunos indios intentaron matarlo dos veces, pero en vano. Lo intentaron tercera vez y entonces se dieron cuenta por propia experiencia de que era un héroe” (Coiazzi, 1914: 351).

249 La placa original decía “A HERNANDO de MAGALLANES, JOSÉ MENÉNDEZ, MCMXX”, pero fue sustituida discretamente por la familia ante las críticas recibidas por poner en el mismo plano a un simple comerciante y a uno de los navegantes más famosos de la historia. José María Borrero Martínez, autor de La Patagonia trágica, escribirá: “en la parte anterior, hacia el Sur, como una clarinada de soberbia —burda y grosera mezcla de imbecilidad y pedantería— en una plancha de bronce se lee la siguiente dedicatoria: A Hernando de Magallanes, José Menéndez. Así; tú por tú, de igual a igual; reflejando la necedad de ciertas gentes, para las que el vil metal es el gran nivelador con absoluta prescindencia de lo que valen y significan conceptos tan elevados como los de Virtud, Abnegación y Heroísmo” (Borrero, 1999: 30).

250 Entrevista en el Diario de La Pampa, 4 de julio de 2019.

251 Con el fin de estudiar las manifestaciones musicales de los selk’nam, Jorge Novati y la profesora Irma Ruíz llevaron a cabo una investigación de campo en Tierra del Fuego en enero de 1967. En la presentación de ella escribieron: “Los Selk’nam se encuentran en la actualidad virtualmente extinguidos. Nuestro informante principal fue Santiago Rupatini, mestizo de Haush y europeo, quien era el individuo que más recuerdos tenía acerca de la vida tribal. Fallecido poco después de la entrevista, tenía en la fecha citada alrededor de 75 años. Residía en la Reserva Indígena de Lago Khami (Lago Fagnano)”.

252 Testimonio recogido en el documental sobre Tierra del Fuego de la cadena japonesa NHK, febrero de 2000, cortesía del periodista Eiji Roppongi.

253 Muchos de estos murales sobre los pueblos originarios fueron pintados por el artista Fernando “Cany” Soto, tristemente fallecido en diciembre de 2018 tras regresar de una expedición a la isla de los

Estados. Soto fue también director y promotor de la revista Fuego, de Encuentro y Divulgación, que dedicó varios números a selk'nam y yaganes, editados con una altísima calidad y rigor e imprescindibles para conocer la vida tradicional de estos pueblos.

254 El escritor uruguayo Guillermo Giucci, en su libro Tierra del Fuego: la creación del fin del mundo, reflexiona sobre cómo se ha conformado a lo largo de cinco siglos el mito geográfico del "fin del mundo" a través de las cartas, relatos, libros e imágenes de navegantes, exploradores, etnólogos y viajeros de cualquier condición, que decretaron el carácter remoto de la región como contrapeso a su propio eurocentrismo.

255 "Memorias, paisaje urbano y poder: la ciudad de Río Grande en clave vidaleana", Programa Primera Reunión Científica ICSE UNTDF, 22 al 24 de mayo de 2018.

256 El nombre de la calle José Menéndez, anteriormente calle Valdivia, se impuso el 27 de mayo de 1975 mediante el decreto n.º 1040 publicado en el Diario Oficial de la República de Chile con la firma del dictador Augusto Pinochet. El 14 de agosto de 2014

el Congreso chileno, a instancias del diputado del Frente Amplio Gabriel Boric, solicitó al alcalde de Punta Arenas que se estudiara el cambio de nombre de la calle en vista de la participación de Menéndez en el genocidio del pueblo selk'nam. Hasta la fecha esta propuesta no ha tenido una aplicación efectiva y la memoria y el recuerdo de Menéndez siguen enseñoreando el centro de Puna Arenas con su calle, sus palacios y sus bustos.

257 Entrevista con el autor en Tolhuin, 9 de diciembre de 2018.

258 Según el escritor Mingo Gutiérrez, el cadáver de Loij fue encontrado por su paisano Segundo Arteaga, diagnosticándose infarto de miocardio como causa de la muerte. A pesar de la relevancia alcanzada en los últimos años y del interés de los antropólogos, Loij murió en la pobreza más absoluta. La poeta argentina Florencia Lobo es autora de un estremecedor y bellísimo poema titulado "Cuando Ángela Loij dejó este mundo".

259 En su particular clasificación racial, la bióloga norteamericana Natalie Prosser consideró que Celestino Varela era "un cuarto ona", un escalón claramente inferior a otros indígenas calificados por ella en su libro como "ona puro", "mitad ona" o incluso

"tres cuartos yagán" (Prosser, 1978: 29). A consecuencia de este tipo

de planteamientos

racistas, selk'nam y yaganes de Tierra del Fuego serán menospreciados durante décadas por su condición de mestizos.

260 Es importante insistir en que el reconocimiento del genocidio selk'nam no debe nunca usarse para relativizar los grandes genocidios del siglo XX. Además de la Shoah u Holocausto del pueblo judío a manos de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, debemos incluir en esta trágica lista al menos los genocidios de los armenios en 1915 y el de los tutsis de Ruanda en 1994.

261 Se trata de los libros El carbón en Magallanes. Historia y futuro, escrito por Mateo Martinic y que constituye una alabanza de las actividades mineras en la región, con dos ediciones impresas en 2010 y 2015, y Tras la ruta del carbón. La historia olvidada, publicado en 2014, cuyo autor es el periodista Cristián Morales y que cuenta con el prólogo del director del museo salesiano Salvatore Cirillo. Ambos libros han sido subvencionados por la empresa Mina Inverno S.A.